

De los escritores latinoamericanos, Benjamín Carrión es uno de los más conocidos y apreciados en los círculos literarios de América y de Europa. Su vasta y calificada producción en los campos de la crítica, el ensayo, la biografía y el periodismo, le ha valido el renombre internacional de que goza. Es la suya, una vida íntegramente consagrada al quehacer que, por vocación, le estaba asignado: la cultura. Y a ésta se ha dedicado con amor, con fé, con pasión. No sólo como escritor sino también como propulsor y encausador, Benjamín Carrión es un benemérito de la cultura y es, sin duda, uno de los más altos exponentes de la intelectualidad ecuatoriana e iberoamericana.

Esta vez el libro que viene a acrecentar la numerosa lista de sus obras, es una novela. No es la primera de Benjamín Carrión. En su juventud escribió: *El Desencanto de Miguel García*, obra un tanto pospuesta, acaso por la magnitud de las otras que el autor produjo con posterioridad en los géneros de su preferencia; pero valiosa en cuanto ponía de manifiesto su capacidad narrativa y su penetración psicológica, así como su habilidad para urdir la trama en que se ve moverse a sus personajes, como a seres vivos, como a personas conocidas; cualidades que en esta nueva, se advierten en plenitud.

Este es un libro escrito con pasión; por lo mismo, es no sólo apasionado, sino apasionante. Trátase de un enfoque de algunos sectores de nuestra vida social, en forma descarnada, dura y a las veces cruel. Con todo, no es un libro amargo ni áspero y no lo es porque enfoca la buena y la mala vida, la alta y la baja, en todos los sentidos de estos términos; pero con un vivo anhelo de mejoramiento, de verdad y justicia, de purificación. Es una sucesión de cuadros, de escenas, de personajes trazados e iluminados con gran acierto, desde los más puros y limpios, hasta los más tenebrosos y repelentes. Es un libro polémico. Suscitara, sin duda, resquemores y críticas de quienes no estén de acuerdo con el autor en su manera de ver, apreciar y decir las cosas —esto es en el contenido y en la forma— así como aplausos de quienes compartan sus puntos de vista fundamentales, aunque discrepen en detalles. En todo caso, es un libro escrito con maestría y con desusado valor, sin lagunas, ni reticencias.

POR QUE JESUS NO VUELVE

36.0-31 (866) Carrion
208
1963
9.5

BENJAMIN CARRION

POR QUE JESUS NO VUELVE

NOVELA



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Quito - 1963

NO ES PROLOGO

Este libro aparece a los treinta y cinco años de haber sido concebido en su intención y su plan. En un libro mío publicado en Madrid, mientras residía en Francia, en la página en que se anuncian Obras del Autor, aparece en primer término y entre interrogaciones ¿Por qué Jesús no vuelve? Año 1929,

Adopté inicialmente la fórmula del cuento. Pero este relato se fue alargando, en muchos años. Acaso no tenía —no tengo— la capacidad del remate, precisa en el cuentista. Luego, viajes, retornos fugaces a la provincia natal. Mi entrega total a grandes empresas de cultura. Las dos guerras mundiales. El mayor crimen de la historia de la humanidad: 6 de Agosto de 1945, Hiroshima. La Era Atómica, culminación de la civilización occidental. Todo esto sobre la vida de una generación de hombres, de un hombre dentro de ella nacido. A mi regreso de México, en 1959, al ordenar papeles, encontré el manuscrito, muy avanzado ya. Lo revisé, lo actualicé, lo terminé.



D. H. Lawrence —para mí, con Proust, Joyce y Sartre, uno de los escritores fundamentales de este siglo— libró una batalla maravillosa para que la literatura, el arte, la vida, consagren la pureza integral del cuerpo humano, obra maestra de Dios, creado por El “a Su imagen y semejanza”, sin partes “honestas” y partes “vergonzosas” (Génesis, V - 1). A esa batalla me uní, modestamente, desde los primeros ensayos de los años veintes. Al par, y siguiendo las huellas más ilustres, otra batalla se libraba también: la de consagrar como puras y buenas todas las palabras del léxico del hombre, la totalidad de las voces que incluye el diccionario, sin distinción hipócrita entre buenas y “malas palabras”. Lawrence era —naturalmente— uno de sus mayores paladines. Las dos batallas se resumen en una sola: la batalla por la verdad, contra la hipocresía, la falsa pudibundez, el fariseísmo.

Estas dos grandes batallas —hoy ganadas en todos los frentes— las venían librando antecesores ilustres: la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento), Aristófanes, Cervantes, Rabelais, Shakespeare, Bocaccio, Quevedo, Juan-Pablo y, en lo moderno, entre otros muchos, James Joyce, Sartre, Faulkner, Celine... En nuestra América, Miguel Angel Asturias, Carlos Fuentes y —orgullosamente lo digo— los novelistas ecuatorianos de los años treinta, por los cuales libré yo mi pequeña batalla desde Europa, defendiendo la temática cruda y la dureza expresiva, a la que yo llamara desde entonces, “la malacrianza heroica”. En mi libro El Nuevo Relato Ecuatoriano, hice la reafirmación de ese pensamiento y esa actitud.

Al escribir este libro, he sido consecuente con una posición y una lucha permanentes. Así fui, así soy. No me he compuesto: eso es todo. Y declaro: creo haber hecho un libro puro, sincero, sano... ¿Lo demás? Bah ...

B. C.

POR QUE JESUS NO VUELVE

Estad apercibidos: porque a la hora que menos pensais, ha de venir el Hijo del Hombre.

San Mateo.—XXV.—44

No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo.

San Marcos.—XIV.—36

No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros.

San Juan.—XV.—18

Ciertamente vengo presto. Amén. Ven, Señor Jesús.

San Juan.— El Apocalipsis.—XXII.—20

POR QUE JESUS NO VUELVE

PRIMER TIEMPO

EL ULTIMO RINCON DEL MUNDO

Estamos tejidos de la misma tela que los sueños.

W. SHAKESPEARE,

La Tempestad.—Acto IV.—Escena única.

*Tachez de garder toujours un morceau de ciel
au-dessus de votre vie.*

MARCEL PROUST,

Du coté de chez Swann.

*Los nombres son como aire matinal: se convierten
en sueños.*

HOELDERLIN,

Los Cantos de la Noche.

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?

.....
.....

¡No sé cómo eras, yo que sé que fuiste!

JUAN RAMON JIMENEZ,

Sonetos Espirituales.

1

—Introibo ad altáre Dei.

—Ad Deum qui laetificat juventutem meam.

Era la tercera Dominica de Adviento, nos lo había dicho la noche anterior el Padre Andrés. No he de olvidarlo jamás. El domingo de la alegría:

—“Vivid siempre alegres en el Señor, vivid alegres”

se lee en el ritual de ese día, tan próximo al nacimiento del Salvador.

Vacaciones de Pascua. Paseos de capulíes y misa. Arreglo de pesebres y nacimientos. Musgos y líquenes buscados por las quebradas y despeñaderos, entre muchachos y muchachas.

—¿Viste? Qué lindas piernas tiene la Cristina... Yo le vi hasta arribísima...

—Cállate, animal, deshonesto... Si te oyera tu mamá.

La primera misa de esa mañana alegre debía ser dicha por el Padre Andrés, en el pequeño oratorio de la estancia. Yo debía ser su acólito. La misa de siete. Porque la segunda, a las ocho de la mañana, estaba dedicada a mi abuela, mi tía, las personas mayores.

Lucía, Adolfo, las dos primas de Adolfo, todos los muchachos del paseo, debían oír la primera misa. Algunos comulgar. Yo... yo debía lucirme en la “ayudada” a misa, decir bien las respuestas en latín, llevar, sin tropezarme, el Misal del lado de la Epístola al del Evangelio. Hacer, todas las veces, la genuflexión bien hecha al pasar delante del Tabernáculo.

—*Confiteor Deo omnipotenti, Beatae Mariae semper Virgini...
mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa...*

Don Benedicto González, el hermoso mayordomo, que con sus espesas barbas rubias me dio siempre la impresión tranquilizadora de un dios todopoderoso y benévolo, nos había ofrecido tener listos los caballos para el paseo que debíamos hacer a *Virgen-pamba*.

—No habrá caballos para todos, muchachos. Para las personas mayores y las niñas. Los muchachos, a pie. ¿Me entienden?

Claro que le entendíamos todos. Y en esa diferencia, unos montados, otros a pie, estaba el chiste principal de estos paseos. Adolfo, los muchachos malcriados, se frotaban las manos...

Don Benedicto me quería. Era mi sombra protectora. Me dio siempre seguridad y confianza. Suave sin dulzonerías. Fuerte sin malas palabras. Dos carajos le oí lanzar una vez contra ese potro alazán que estaba *chalanearlo* y que casi lo derriba. Don Benedicto creía que yo era *muy vivo*, y lo repetía con frecuencia: allí está el secreto y la fuente para que yo hasta la vejez —gracias, don Benedicto—, me haya considerado “muy vivo”...

—Ah, muchachito éste para despierto y bandido...

Y en ese “bandido”, don Benedicto, —Dios se lo pague— ponía tal cantidad de cariño que, bueno...

—*Dóminus vobiscum.*

—*Et cum spiritu tuo.*

Don Benedicto era el cuarto de cinco hermanos. Tres hombres y dos mujeres. Los dos mayores, de marcado tipo mestizo, eran de una ordinariez física marcada, fuertes, machos, eso sí. Pero suaves de trato, suaves de sombrero, sin humildades, muy serviciales y comedidos. Uno de ellos, don José María, era un afamado *chalán*: nadie mejor que él para desbravar un potro, sacarlo *al paso-y-pasollano*, y dejarle la boca “echa una seda” de suave para la rienda. Manso y de espuela al mismo tiempo. El otro, don Vicente era mayordomo también, como don Benedicto, en las fincas de las Valverdes, familia muy unida, desde tiempos lejanos, a la nuestra.

¿Por qué don Benedicto era así, tan buenmozote y rubio, con esas lindas barbas jóvenes, igualitas a las del Corazón de Jesús que había en el oratorio... y que en ese mismo rato, durante la misa, me estaba dirigiendo miradas azules, cariñosas y tristes?

—*Gloria in excelsis Deo. Et in terra pax hominibus bonae voluntatis...*

Las dos hermanas eran también distintas entre sí. La mayor de ellas, doña Rosario, era morena, simpática y casada. Sus dos hijitas,

Bernardita y Violeta, eran la mar de lindas. Sobre todo Bernardita, polla de diez y seis años, bien formada ya, con sus pechitos altaneros, que apuntaban al frente, hinchando la blusita de olán. Estaba destinada, según todos, para casarla, cuando acabe el colegio, con Adolfo, su primo hermano, el hijo único de la señora Josefina, la hermana menor de la familia González. Adolfo, era, entonces, mi mejor amigo.

La otra chica, Violeta...

Había llegado la hora, después de la lectura de la epístola de San Pablo a los Philipenses:

—*Gáudete in Domino semper...*

de pasar el misal al lado derecho del sacerdote para la lectura del Evangelio:

—*Sequéntia sancti evangelii, secundum Joannem...*

La otra chica tenía apenas catorce años. Se ruborizaba cuando la quedábamos mirando los muchachos y, cuando estaba sentada, se bajaba a cada instante las faldas para cubrir más las pantorrillas, ya bastante cubiertas con las medias negras de algodón de colegiala.

No he hablado aún de la menor de las hermanas de don Benedicto, la señora Josefinita, viuda, madre de mi amigo Adolfo. La señora Josefinita era blanca como don Benedicto, pero no era guapa como él, aunque mucho se le pareciera. Blanca sin gracia, decía mi prima, que poco la quería. Pero buenísima, a más no poder. Conmigo, desde luego, porque con los demás... Avara, regañona, chismosa, según la mayoría de los demás muchachos, mis primas y primos y toda la servidumbre.

Pero es que yo era el amigo, el compañero, el protector de su hijo único, Adolfito. Al que había consagrado todo lo que le quedaba de juventud, que no era mucho, y de ahorros, que eran un poco más.

Adolfo era un chico dulce, afectuoso, calino. Quince años tenía —dos más que yo— y ya le gustaba refregarse a las muchachas, fuesen o no sus primas. Con su voz de falsete y muchos gallos, le gustaba hablar malas palabras y entregarse a los placeres solitarios, que lo mantenían pálido, ojeroso, llena la cara de granos y espinillas, y le impedían crecer y desarrollarse. Hasta esas vacaciones, había sido alumno del Seminario regentado por los padres lazaristas.

—*Dóminus vobiscum.*

—*Et cum spiritu tuo.*

¿Sería cierto lo que nos dijo un día, a Adolfito⁸ y a mí, la condenada bruja Sebastiana, la cocinera, en el chismeadero de la cocina, que don Benedicto y doña Josefina no eran hijos de don González?

—el finadito que era un pendejo— sino de *taita* cura Nicolás, el tío Nicolás Armijos, hermano de mi abuela?

No pude aguantarme con semejante cosota, y le pregunté a mi hermana mayor, a Serafina, si algo sabía de este chisme de la Sebastianiana... (En el fondo, yo deseaba que fuera cierto, sintiéndome así casi dentro de la trama de una novela).

—*Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae...*

Y ella, tan dulce y bondadosa, me contestó:

—¿Ves? Esas cosas te pasan por estar metido en la cocina, como los gatos, oyendo malas palabras y los cuentos de esas habladoras...

Pero, ¿es que los curas pueden tener hijos? ¿Y las monjas? Pecado, pecado... ¡Soy mismo bruto y malo!

—*Sursum corda.*

—*Habemus ad Dóminum.*

Pero Lucía era linda. ¿Por qué era así, Dios mío, por qué? En la parte baja de los potreros grandes, en la vega junto al río, no muy lejos de la casa de hacienda... Un tanto así, no más... Allí donde, sobre el verde mojado de los prados, se alzaba el verde tierno, fresquecito, delgado como nube, de los sauces... ¿Han visto ustedes, alguna vez, los sauces de mi tierra, junto al río Zamora? Entonces, ¿por qué se sonríen, idiotas?... Allí en la vega, junto a esos sauces, era la casa, chica, blanqueada con cal, con cubierta de tejas, de don Antonio Villacís, papá de Lucía y sus dos hermanitos menores, un varoncito y una hembra, *maltoncitos* ya, que iban a la escuela del otro lado del río... ¿Se acuerdan? La escuela de la Ifigenia Riofrío, que se besaba con ese feo señor de Loja, que iba montado en mula a visitarla, llevando botella de anisado... La mamita de Lucía, morlaquita decente, había muerto...

—*Accípite et manducáte ex hoc omnes. HOC EST ENIM CORPUS MEUM.*

La otra tarde la seguí de lejitos, hasta cerca de su casa. Salió don Villacís, al verme, a abrir la tranquera que ella acababa de cerrar.

—Pase, patroncito, visite alguna vez al pobre... Lucía, Lucía... Trae un quesillo fresco para que se sirva el patroncito...

Temblaba yo como azogado, como sorprendido en hurto de duraznos maduros. Y ella se había puesto colorada, colorada... ¿Qué diablos pasa en todo esto, diosito lindo?

—*Pax Domini sit semper vobis cum.*

—*Et cum spiritu tuo.*

El Padre Andrés había consumido después de la impresionante

ceremonia de la elevación. Creo que estuve realmente bien en la hora de pasar las vinajeras, de encender la velita —¿para qué servirá esa velita en día claro, a las siete de la mañana?— y cuando toqué la campanilla, tres veces para la elevación de la hostia y tres veces para la elevación del cáliz, todos debían arrodillarse y entonces... Diosito lindo, me perdonas. Pero yo solamente veía, con los ojos cerrados, inclinada la cabeza, la carita de Lucía, *toditita* Lucía arrodillada, en esta actitud que en otras misas la había visto en este mismo instante, parecida a esa estampa de Santa Rosa de Lima que me dieron de premio en la escuela. Diosito lindo, perdóname, mucho mejor que la estampa de Santa Rosa de Lima...

Yo estaba realmente feliz. Me sentía entre todos importante, casi tan importante como el Padre Andrés. Y, de reojo, miraba a los muchachos, después que levantaba la casulla relumbrante de oro sobre blanco.

—*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem.*

—*Amén.*

Retiré la velita, retiré las vinajeras. Traje el agua y el paño para la ablución. Luego, el segundo Evangelio, después del *Gradual* y finalmente:

—*Ite, Missa est.*

—*Deo Grátias.*

El Padre Andrés cruzó sus manos, blancas y largas, de virtuoso del piano, y quedándose del lado del Evangelio, dirigió unas palabras a los asistentes, tomando este epígrafe del *Gradual*:

—*Veni, Domine, et noli tardáre.*

El Padre Andrés creía en el retorno de Jesús. El Padre Andrés quería que Jesús viniera nuevamente hacia los hombres.

Y todos, por fin, al paseo de los capulíes. Unos en la cocina, otros en el comedor o en el patio, recibíamos la taza grande de agua de raspadura con hoja de naranja, la *guervida*. ¿Café con leche, como los demás días? Mortal. Empachos, diarreas, fiebre. ¿Quién no sabe eso? Como lo dijo don Benedicto, unos a caballo, otros en burro. Los demás a pie, con oferta de cambiarnos los caballos y los burros a *descansa compañero*.

Yo quise que Lucía montara en el caballo *huisto*, en mi caballo. Le puse montura de hombre —mi montura—, para disimular. ¡Pobre

mi caballito *huisto!* Chiquitón, esmirriado, con una de las patas traseras un poco torcida. De allí el humillante nombre. Don Benedicto hizo que, en un *rodeo de bestias* de ahora años, me lo regalara mi abuela, para que yo aprendiera a montar. Era mansote como una ovejita y ágil, ligerito como un viento. No había necesidad de espuelas para hacerlo correr.

—No, mejor no, niño Juan Antonio. Mejor no. ¿Qué van a decir? Que monte la niña Chabelita. Usted puede alzarla en los brazos y caminar bien despacito... ¡Cómo va a creer! Y que yo monte como hombre!...

Entre los dos, Lucía y yo, subimos a la Chabela, hijita pequeña de mi hermana mayor. Y nos pusimos a caminar a cada lado del caballito.

No nos decíamos nada el uno al otro. Y sólo le hacíamos preguntas a la muchachita...

—¿Vas bien, Chabelita?

Y después de unos pasos:

—¿No se cansa así, niña Chabela? ¿No quiere que mejor la lleve yo en mis brazos?

La Chabelita iba muy bien. Nunca había ido mejor. Creía ser ella el poderoso amo de tan inmensa bestia que, humilde, seguía sus deseos y caminaba por donde ella quería. Detrás de los otros, hacia los capulíes...

Adolfo y alguno de los muchachos y muchachas más grandes, seguían nuestras huellas. Retrasándose de intento, empujándose, dándose las manos en los sitios más difíciles, muriéndose de risa. Esa risa condenada de Graciela, tan comunicativa, que aún ahora, mil años después, la sigo oyendo, aquí, aquí.

Adolfo andaba tras de la Cristina, una criadita simpática y pícarona, a la que pretendía seducir, y a la que se arrimaba casi sin disimulo. A la chica no le desagradaba el asunto, ya que Adolfo era el único de entre nosotros realmente poderoso, como hijo único y mimado de la señora Josefina, la hermana del casi milagroso don Benedicto, al que mirábamos como al dispensador de todos los bienes, señor de vidas y haciendas...

Yo estaba indignado con estos majaderos. Me sentía responsable, ante Lucía, de la diaphanidad del aire, del brillo del sol, de la limpieza del agua, de la pureza de las gentes, de la bondad de Dios.

Y esos sinvergüenzas, Virgen Santísima, dados a malacrianzas, a "tocamientos deshonestos", como decía en la parte del sexto manda-

miento, el librito de examen de conciencia que nos habían dado "los Padres", para que nos preparásemos para la confesión. Y estos malditos que se hacían cosquillas, se pellizcaban por allí, hasta hacían como que se tropezaban al correr, y caían los unos sobre los otros en *cargamontón*. Y a las chicas hasta se les alzaban las faldas, dejando ver los muslos.

—¡Qué ricas piernas las de la Cristina!

Yo regresaba a ver, con disimulo, estos escándalos, y le dirigía al perverso de Adolfo miradas asesinas. Pero el bruto entusiasmado, sudoroso, jadeante, ni siquiera se daba cuenta de mi angustia. Y perseguía por los matorrales a esa grandísima de Cristina, como yo la nombraba a la chica impura dentro de mi corazón... Y al mismo tiempo que tenía —¡perdóname, Dios mío!—, estos sucios y calumniosos pensamientos contra la descocada muchachuela, me estremecía de bochorno, al pensar que Lucía se pudiera dar cuenta, regresara a ver... Y en un arrebató angélico de limpiador de nubes, me puse a decir versitos a la mena, de esos que pueden ser fácilmente coreados:

*Las estrellas en el cielo
vuelan una, vuelan dos.
Así vuelan mis ojitos
negrita, por verte a vos...*

Llegamos por fin. Primero las personas serias, encabezadas por don Benedicto, mis hermanas mayores, mi prima grande, la de los muchos, muchísimos novios. Que en esta vez se había hecho acompañar por "el doctor", ese abogadillo pequeñín, entrado en años, al que la bandida le llamaba, con mucho cariño, "ese viejo pendejo". Porque para mal hablada, mi prima, mi dulce y rubia primita, premio de *excelencia* en conducta donde las madres Marianitas.

Tres árboles de capulíes habían sido previamente seleccionados por Don Benedicto para el paseo de este año. ¡Qué árboles, Madre Purísima, qué árboles!... Agobiados de frutas redondas, negras, lucientes. En el suelo, negreando las que, por exceso de madurez, se habían caído.

—¡Cuidado, muchachos, con probar los capulíes del suelo! Están borrachos con el sol y son peor que veneno. ¡Cuidado!

A la orden del mayordomo, dicha con dulzura como si saliera de los labios de Jesús, el mayoral y los dos peones que nos acompañan-

ban, barrieron con grandes escobas de *cosa-cosa*, el suelo debajo de los árboles. Luego tendieron un entretejido de hojas de guineo, para que allí fueran recibidos los capulíes que cayeran al sacudirse las ramas dobladas al peso de las frutas.

Los muchachos —y allí estaba el principal gusto del paseo— se trepaban a los árboles y se disputaban las ramas más cargadas de fruta para sacudirlas.

—Oye, Cristina, allí te va ese racimo.

Y la chica obsequiada daba brinquitos alegres para que el gajo sabroso no cayera hasta el suelo.

Algunas de entre ellas, acuciadas por los muchachos maliciosos, trataban de envolverse las piernas y forrarse los muslos con la falda, para que no hagan daño los capulíes, se entretenían en tomar una que otra copita de anisado o refresco de frutas, sin llegar, Dios no lo quiera, a embriagarse.

—Vean esa marimacho de la Juliana —era la hija de la cocinera— decía indignada la señorita Josefina. Y le gritaba:

—Vée, no seas malcriada, lo que tú quieres es darles gusto a esos bandidos. Bájate pronto...

Lucía no participaba en esos juegos. Lucía no dejaba de la mano a mi pequeña sobrinita Isabel, y le recogía del suelo las más ricas frutas, las más maduras, negras, gordas. Yo las ayudaba a las dos. Recogía los capulíes mejorcs en una media calabaza con un poquito de agua —es el rito— y cuando estuvo llena me acerqué, tímido, roja la cara de rubor, a donde estaba Lucía junto con la muchachita...

—¿No les parece que debemos sentarnos un ratito a descansar? El camino es larguito y Lucía no se ha sentado un solo instante...

Me sentí heroico cuando, casi sin proponérmelo, había pronunciado así, sin vacilación, el nombre de Lucía... Así, digo, de frente, yo solito, sin la ayuda de nadie.

—Cierto, ¿no? Sí estoy un poquito cansada, de veritas...

Y atrayendo a Isabel hacia sí, dobló la una rodilla sobre la izquierda, luego la otra y, recogién dose la falda se sentó, colocando cuidadosamente sobre su regazo a la pequeñita compañera. ¿Y luego? Nada. Probar en silencio los capulíes recogidos y, en un momento, mirarnos a los ojos...

¿Han visto ustedes los ojos de Lucía? ¿Cómo eran, a ver, cómo eran? ¿De qué color? Años, muchos años han pasado. La medida de varias vidas jóvenes han pasado ya sobre mí. Varias historias de amor apasionadas, que han dado ya sus frutos: niños. Años. Años de años.

Y el tiempo se me hace azul para cubrir ese tiempo con río, ovejas, sauces. Todo lo más bello cuando se lo vive, todo lo más *huachafo* cuando se lo cuenta. El tiempo se me hace también dorado, como rayo de sol que ilumina un haz de polvo en resplandor. ¿Lo recuerdan ustedes? ¿Qué hacemos entonces, Dios mío? No puedo, no lo pude nunca, recordar cómo eran, cuál el color de los ojos de Lucía... Pero, imagínense ustedes, si ni siquiera puedo recordar el color de los ojos de Isolda, ni los de Genoveva de Bravante ni... hombre, ni siquiera de los ojos de María; la vallecaucana de Jorge Isaacs, que nos hacía llorar con sollozos. ¿Es que no vi nunca los ojos de Lucía? Soy francamente un zoquete. Pero Tristán; ¿vería los ojos de su amada? Pero si yo tampoco recuerdo el color de los ojos de mi hijita muerta a los dos meses de edad... Los ojos fijos, fijos, sólo sacudidos por el temblor de la agonía... Lucía' y yo, sin embargo, nos miramos ese instante hasta adentro, hasta adentro, los ojos. (De unos ojos sí vi el color, la dulzura y la tristeza, en aquella mañana de la despedida, para no verlos más: los ojos de miel oscura de mi madre). Algo vimos, algo. Yo en los de Lucía' ella en los míos. Los entrecerramos luego y los dos, eso sí es ciertito, nos pusimos colorados.

En aquella tarde, eso fue todo.

Regresamos callados. Yo tenía dolor de cabeza, a causa del sol y de los capulíes. Pero, créamelo, estaba feliz. Una felicidad que se me había metido por todos los poros del alma, que no quería palabras, que no buscaba compañía. Ganas de callar y de cerrar los ojos. Ganas de encontrarme solo para recordar la mirada de Lucía'...

¿Quedarme solo? ¡Imposible! Adolfo, que se había propasado, no mucho, en las copas, me buscaba, me llamaba a gritos, hasta que me encontró por fin, sin que le contestara siquiera. Sin hacer caso de mi silencio, de mi ausencia visible —para cualquiera que no fuera él—, con el tono de la voz muy bajo, con ademán conspirativo, me propuso:

—Oye, no seas pendejo. Tengo preparado un plan. Fijo, seguro, infallible. Ya se lo conté a Cristina y ella me lo aceptó. Verás: mañana, piden permiso para irse a bañar en el río las dos, tu Lucía' y mi Cristina. Si van juntas, estoy seguro de que mi mamá, verás, les ha de consentir. Tú sabes: aquí, la que manda es mi mamá, no hay vainas. Entonces, nosotros iremos al lugar del río donde ellas van a bañarse. Allá, arriba, ¿sabes? donde hay ese bosquecillo de sauces y de alisos. Más abajito del puente, ¿te das cuenta? Ya se lo expliqué

muy bien a la Cristina. Los dos, tú y yo, nos escondemos subidos en un árbol o entre los matorrales, y cuando ya estén desnudas, porque ellas se bañan con su camión, salimos nosotros y...

No lo dejé terminar. Sin poder contenerme, sin saber lo que hacía, me aparté unos pasos de Adolfo y tomando vuelo, le di una bofetada en la boca con todas mis fuerzas...

—¡Idiota!

Paso a paso, esperando su reacción y la respuesta a mi castigo, me dirigí allicito, a la banca grande del corredor, donde permanecí unos minutos, con la cabeza entre las manos. Como él se quedara en su sitio, inmovilizado quizás por la sorpresa que le causara mi brutal agresión y luego, lentamente, se dirigiera a las habitaciones de su mamá; yo me dejé estar sentado largo rato en la banca, dolorido, anorado, casi sollozante...

De entre la rabia ciega por la profanación, por la blasfemia del animal de Adolfo contra Lucía, fue surgiendo una ternura amarga, un remordimiento constrictor que me ahogaba la garganta, por la violencia contra Adolfo, el muchachote bueno que daba la vida por mí, para quien yo era como un dios protector y benévolo que tenía el secreto de todas las cosas... Pero que era un poco zongo para estos asuntos de las chicas... Adolfo, el muchacho campesino que, tres años mayor que yo, me había ayudado siempre contra los perros bravos, contra los chicos abusivos que me robaban las bolitas de cristal, los trompos, las cometas. El mejor amigo que tenía, quien me enseñó a montar a caballo, a coger lagartijas y mariposas, a robar frutas de los huertos ajenos, a decir malas palabras. Que estaba empeñado en enseñarme a fumar cigarrillos, a gozar de las muchachas —la teoría primero, luego vendría la práctica— y mientras tanto, allá en nuestro escondite, en esa gruta bajo los carrizales junto a la quebrada, los placeres solitarios...

—Acuérdate de los pechos de la Juliana, de las piernas, de las...

Y se agolparon a mi memoria todas las buenas cosas que Adolfo hacía todos los días por mí. El me hizo regalar el huisto, mediante su tío Don Benedito. El me enseñaba, solamente a mí, el sitio de los nidos, donde ponían sus huevos las gallinas. El me regaló el perrito, el *My Lord*...

Llamaron en ese momento a comer. Gentes mayores y el muchachero se arremolinaban ya por las cercanías del comedor. Yo no tenía hambre. Pero como había que presentarse en la mesa y yo tenía los

ojos llorosos, corrí a lavarme la cara para que no se advirtiera mi llanto. Pretexté que había comido demasiados capulíes durante el paseo, y sólo pedí una taza de café negro, pues a causa del sol que había estado violento toditita la mañana y la tarde, tenía un fuerte dolor de cabeza. Mi hermana mayor, la madre de Chabela que, en ausencia de mamá, me rodeara siempre de mimos y ternuras maternales, me acompañó a la cama; ordenó que prepararan una infusión de yerba luisa para que se me calme el dolor de cabeza y pueda dormir tranquilamente.

Todos se fueron retirando poco a poco a sus camas porque, a causa del paseo, había un cansancio general en el muchacherío. Y a los chistes cuchicheados en voces cada vez más bajas, fue sucediendo el silencio... Yo no podía dormir. Tenía acalorada la cabeza, un poco sudorosa y febril. Me daba vueltas en la cama, volteaba las almohadas en busca de un poco de frescura. Durante ese insomnio pertinaz y agobiador, se entremezclaban los episodios de la tarde. Dulces, retenidas, acariciadas y lloradas, las escenas en que intervenía Lucía, con sus silencios, con sus ojos bajos, con sus ojos... Y con su voz. ¡Ah, su voz! Si no he podido retener el color de sus ojos, la forma de su cuerpo. En cambio su voz. No una voz para las palabras de amor que nunca me había dicho, ni las cosas gratas que me hubiera gustado oírle. No. Su voz. La voz de Lucía que he guardado, que tengo aquí, junto a todo lo bello que descubrí en la vida, era la voz de decir cosas, todas las cosas, para hablar con los niños y acariciar los gatitos, para decir que le hacía calor o le hacía frío, para llamar a las gallinas:

—Tuc, tuc, tuc... ¿Dónde estará poniendo la gallina *gira*? Yo ya la toqué y estaba con huevo.

Y para apurar al caballo, así, dulcecito, no sea cosa que se asuste.

Junto a eso, la voz de Lucía, que hubiera querido vivir hace mil años para ponerle nombre. Junto a eso, en el insomnio, las risotadas sanas, juveniles, frescas de inocencia o de malicia, de las parejas de muchachos y chicas que iban detrás de nosotros, voluntariamente retrasados, para refregarse, empujarse amorosamente... Y, lo suponía sin haberlo visto, abrazarse y besarse. Todo se iluminaba con la mirada una, única y sola, que Lucía y yo nos dirigimos cuando nos sentamos en el prado, teniendo ella a la niña en su regazo.

Pero todo, hasta eso que era como un tesoro, se ocultaba ante el sufrimiento físico, estrangulante, que me retorció cuerpo y alma al recordar la brutalidad sin perdón de haber dado una bofetada a Adolfo... ¡Bruto, bruto, más que bruto! ¡A Adolfo, Dios mío! Las oració-

nes se me derramaban entre la angustia, la náusea del crimen cometido... Y en medio de eso, unas ganas incontenibles de orinar, carajo. En la oscuridad, poblada de pequeños murmullos, ¿dónde diablos pondrían la bacinilla? Al orinar se me vino, viva, infame la propuesta de Adolfo. Y claro... Pedacitos del Padrenuestro, más facilita el Ave-maría:

—Bendita eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús...

¿Qué hacer, Virgen Santísima, qué hacer? Se me vino una idea, que me empezó a tranquilizar: confesarme en cuanto amanezca y decirle al Padre Andrés, de hombre a hombre, lo que me había ocurrido. ¿Y si el Padre me preguntaba el motivo de mi brutalidad con Adolfo? Porque eso sí, caballero ante todo, no diría por nada en el mundo las proposiciones de ese animal inmundo de Adolfo respecto de Lucía. Esas palabras infames... ¡Soy yo un canalla peor que Adolfo! Perdóname, niñito Jesús... Esas infames palabrotas me acariciaban, no podía ahuyentarlas... Veía a Lucía como la había pintado Adolfo, en trajecito de baño, entre las aguas del río, con las ropas mojadas, pegaditas al cuerpo, los muslos gordezuelos, los senitos puntones...

Cosa del Diablo. Y me dormí.

2

—*Confiteor Deo Omnipotenti...*

—Yo pecador me confieso a Dios Todopoderoso...

La primera misa la debía decir el Padre Luis, el padre *suco*, como le decíamos por sus cabellos rubios, algo rizados y sus ojos azules. Y muy demañanita, por ser lunes.

Me aproveché de eso y del claroscuro matinal, para decirle al Padre Andrés que quería confesarme con él, para comulgar en la misa de ocho, que él celebraría. Era la primera vez que me iba a confesar con el padre Andrés y le tenía, en verdad, mucha vergüenza.

El Padre Andrés... ¡Cómo lo recuerdo! Con él jugábamos las noches a los "juegos de prendas" que él mismo nos enseñaba, y para los cuales era muy gracioso y bastante libre de palabras, con equívocos y doble sentido. Nos encantaba oírle decir y permitir que los otros dijeran uno que otro cuento ligeramente verde... Pero lo mejor, lo de veritas mejor, era cuando nos daba gusto en decir versos. Versos de poetas clásicos españoles.

—Padre, díganos esos versos pícaros de Quevedo, que se llaman "Definición de Amor". —Y el Padre Andrés, sonreídamente indignado, nos reprimía por mal educados y perversos. Pero consentía en otros, de Góngora, de Lope, y, entre los modernos, Bécquer:

*"Los suspiros son aire y van al aire,
Las lágrimas son agua y van al mar."*

*Dime, mujer, cuando el amor se olvida,
¿Sabes tú a dónde va?"*

Tenía el Padre Andrés una hermosa voz para cantar. Todos lo habíamos oído en el Coro de San Francisco, tocando el órgano y cantando, con un coro de niños, las más bellas cosas de Bach, de Mozart, de Haendel, de César Franck. Pero allí, en la estancia de mi abuela, le conseguíamos que nos cantara cosas profanas, acompañándose con la guitarra, que tocaba muy bien, o en el armonio —le llamábamos "melodio"— que nos permitía lo trajéscmos de la capilla a la sala. Peteneras, seguidillas, malagueñas, *soleares*. Alguna vez romanzas de ópera y arias italianas. Una ocasión, cosas de la bandida de mi prima —que le coqueteaba su poco al frailecito—, consintió en cantar aires nacionales, queridos por nosotros.

—Pero nada de suicidio y "tumba fría", nada de pasillos con letra de Julio Flórez, cosas alegres, que sí las tenéis, vamos, hijos míos, que sí las tenéis.

Y entonaba:

*"Al oírte tu acento divino
las palomas detienen su vuelo,
se abren todas las puertas del cielo
y hasta Dios se detiene a escuchar."*

(De este Padre se susurraba, a boca chiquita, entre beatas primero, y luego por toda la pequeña ciudad, que se había metido a fraile en Málaga por cosas de amor y de mujeres. Ella, veinte años. El, catorce. Pero se presentó un novio "formal", buen partido, rico... Ella se casa. El duda entre el suicidio o el convento. Y entonces, nuevamente Bécquer:

*"Volverán del amor a tus oídos
Las palabras ardientes a sonar;
Tu corazón, de su profundo sueño
Tal vez despertará.
Pero mudo y absorto y de rodillas,
Como se adora a Dios ante su altar,
Como yo te he querido... Desengáñate.
Así no te querrán".*

(Yo me he preguntado siempre: después de Bécquer, ¿para qué escribir versos de amor?).

Me daba en verdad mucha vergüenza confesarme con el Padre Andrés. Naturalmente, tenía confianza en él, como hombre, como amigo. Pero me hacía estremecer el recuerdo de ese Padre Miguel que intentó manchar mi pureza infantil en las primeras confesiones. En aquellas que precedieron a la primera comunión, cuando tenía apenas nueve años... Todas las sospechas, todas las preguntas infames, todas las insinuaciones, felizmente muy pocas comprendidas, dejaron en mi espíritu un temor invencible a esta inquisición torturadora.

No había confesonario en la pequeña capilla. Además, no es de hombres usar confesonario. El confesor se sentaba en una silla. El confesante se arrodillaba ante él. Con la cabeza descansada en las dos manos, el padre Andrés me esperaba, ligeramente sonreído.

—Reza el Yo pecador, muchácho...

—*Yo pecador me confieso a Dios Todo Poderoso, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos y a vos, Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra (me di tres golpes en el pecho), por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa...*

—Acúsate, hijo mío.

Balbuente, con la voz insegura, inicié el ritual conocido, casi maquinalmente. Mandamiento por mandamiento. Con cosas inventadas o agrandadas, porque si no, para qué se confiesa uno... Mandamiento por mandamiento, como me lo enseñara el odiado Padre Miguel, en aquellas ocasiones en que, todo lo que no había aprendido en la calle o la escuela, lo aprendí de aquel viejo, feo e hipócrita sacerdote, modelo de unción, elocuencia y virtud para toda la ciudad pequeña y recatada, chismosa y enredista. Por el Padre Miguel supe detalles sobre el onanismo, morosamente averiguados, sobre las enfermedades venéreas y modos de adquirirlas, sobre las funciones sexuales, sobre lo tremendamente pecaminosos que son los pechitos de las muchachitas. Me aconsejó que no me arrime a las sirvientas, que son toditas corrompidas. Y me dio detalles precisos sobre "el acto deshonesto", sobre "el pecado carnal", que es el camino más fácil de ganar la "condenación eterna"... Y a mí, un chico de nueve años, trataba de aleccionarme con la parábola de Jesús sobre la puerta estrecha...

El, ese fraile satánico, enturbió las fuentes de mi niñez alegre, pura, bobalicona. El me hizo preguntas que yo no comprendí plenamente sino años después, sobre intimidades con mis amigos y mis

condiscípulos. Si no se me acercaban demasiado en clase y en los juegos. Si no me seguían a lugares solitarios...

Por él, por el Padre Miguel, supe que los juegos con mis primas, de varias edades pero niñas todas, eran propicios a los malos pensamientos...

Pero el Padre Andrés era otra cosa. Con una gran bondad, con inmensa ternura fue conduciendo el interrogatorio, para llegar hasta lo que él, inteligente y sensible, consideraba "mi problema". Y era verdad: yo tenía, desde hace tiempos, "mi problema". Por él no me había confesado desde el último *Corpus Christi*. La cosa había ocurrido en el campanario de la Catedral de Loja, precisamente en las solemnidades del *Septenario*, posteriores al *Corpus*. Aquella terrible cosa de haber convencido al gordito Jacinto, el hijo del campanero mayor, que no había *Diablo ni Infierno*. Créanmelo ustedes: c-o-n-v-e-n-c-i-d-o... Fue una tremenda discusión teológica, en la que con todas mis armas de muchacho audaz: la bondad de Dios, la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor y de Mama Virgen, lo conduje de derrota en derrota al pobre muchachón gordo, rosado y asustado, a convenir conmigo en que, "tal vez, quien sabe" yo pudiera tener razón... Aquella tarde, Jacinto y yo, tocamos como nunca, con más arte que nunca, las campanas llamando a la fiesta mayor del Santísimo Sacramento. El en la grande, yo en las dos pequeñas, para festejar la abolición del Infierno y la muerte del Diablo. Tilín, tilín, tán, tilín, tilín, táaan.

El Padre Andrés, de quien, a pesar de su bondad, esperaba condenación airada por tamaña blasfemia, no pudo contener la risa con mi cuento.

—Bueno, hijo ¿en qué paró todo ello, qué hubo del angelito que es Jacinto, después de esta herejía en que tú lo metiste?

—Vea, Padre, lo que le voy a decir es ciertito, como que se lo digo en confesión: desde ese momento, Jacinto está más dulce y bondadoso, porque ahora, me dice, se siente más cerquita de Nuestro Señor... Parece que el Canónigo Moreno, con quien él se confiesa, no lo reprendió como esperaba. ¿Usted sí conoce bien al Canónigo Moreno, Padre Andrés? Es un poquito como usted. Es escritor, poeta. No me ha dicho Jacinto lo que le dijo su confesor, pero, ya le digo, en lugar de dañarse, es más devoto. ¿Ha de creer, Padre Andrés, que al contemplar la crecida piedad de Jacinto, me acuerdo de ese lindísimo soneto que usted nos ha enseñado?

*"No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,*

*ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte".*

A esta altura del cuento de mi confesión, debo explicar algunas cosas sobre mí mismo. Desde antes de los nueve años, era ya un apasionado por leer. Mi madre, mujer buena y, además, muy inteligente, estimuló siempre esos gustos míos que me retenían más largo tiempo junto a ella, lectora infatigable también. Su preferencia iba a los románticos franceses y, entre ellos, Lamartine. Lo leía preferentemente en francés, idioma que dominaba. Se sabía parrafadas de memoria. De la *Historia de los Girondinos*, de *Graziela*, de *El Picapedrero de Saint-Point*. Muy singularmente, de *Rafael*. Frecuentaba menos Víctor Hugo. Sin embargo, por ella leí *Los Trabajadores del Mar*. Me decía que, más tarde, podría leer *Los Miserables* y *Nuestra Señora de París*.

—No, hijito, no. Esos libros los leerás cuando seas más grande. Son un poco fuertes para un chiquillo como tú...

—¿Fuertes en qué, mamita?

—Pues que no son lecturas para niños... Yo mismo te buscaré otras cosas.

Comprendí que los libros, como las señales de tránsito actuales, tenían luz verde y luz roja. Y me dediqué a buscar los de luz roja...

Ernesto Ramírez era un muchacho con fama de inteligente. Universitario desde el año anterior. Como ayuda para que pueda continuar sus estudios, pues era pobre, se había conseguido un puesto de ayudante en la biblioteca municipal. Fui hacia él con mis cuitas. Y él me ayudó eficazmente, como quien se hace cómplice irresponsable del delito de otro. Me aconsejó cosas, todas ellas prohibidas: Balzac, Galdós. Hasta me tentó con Zola.

Pero yo quería saber por qué eran fuertes *Los Miserables* de Hugo. Y Ernesto Ramírez me facilitó su lectura. Cinco volúmenes de la Casa Garnier. Podría sacarlos, por ser yo quien era, uno a uno. Brutal, brutalísimo, desde el principio. ¿Por qué había llamado mi mamá fuerte a este libro? Capítulo tras capítulo, tendido a la sombra de un sauce, a la orillá del río. Estaba próximo a estallar, me quemaba por dentro, hablaba solito. Nombraba a Jean Valjean, a Eponina, a Coseta y a Marius... Y ese Obispo Bienvenido que regala los candelabros de plata al viejo presidiario, que se los había robado como pago a la hospitalidad que le diera... Pero no, no podía leer yo solo. Salí frenético en busca de Julio Emilio Ortega, el más querido y más inteligente de mis amigos del Colegio. Ya hablaré de él, largamente, en

el curso de este cuento... Lo encontré, como siempre, en la esquina, condenadamente tan lejana de mi casa, y me lo llevé para contarle mi descubrimiento. Felizmente, la rubiecita no estaba a la ventana. Si hubiese estado, cambiaba el curso de la historia. Le leí a gritos, a lágrimas, el bienamado libro. Se me ahogaba la garganta en ciertas páginas. Se lo entregué para que él, con su voz dulce y opaca, continuara leyendo. El propuso: acaba tú el primer tomo y me lo pasas. Y entonces conversamos... Y me arrastró a esperar a la rubia...

La otra cosa que quiero aclarar sobre mí mismo, es que yo amaba tiernamente a Jesús. Sí, no se rían: desde el Niño Jesús de los pesebres, hasta el Jesús Crucificado. Al de los panes, los peces y los niños. Lo amaba con todas mis fuerzas, mis increíbles fuerzas de muchacho apasionado. Lo amaba para el hambre y el amor, para contarle mis penas, para mentirle que estaba enamorado de Graciola, para que me ayude a aprender las lecciones pero sin estudiarlas. Y porque así lo amaba, comencé a detestar a los frailes, así, desde chiquito, porque ME lo calumniaban, pintándolo malo, colérico, del lado de los ricos y en contra de los pobres. Yo comencé a detestar a ciertos frailes y a ciertos cristianos, por amor a Jesús.

Cuando oía en los sermones hablar de Jesús como de un gendarme cuidador de propiedades y riquezas. Cuando le atribuían una falsa moral que encuentra elegante en los ricos lo que es criminal en los pobres. Cuando oía en los púlpitos engañar a las pobres gentes con la monstruosa historia de un Jesús vigilante de virginidades, de un recaudador de impuestos al nacimiento, al matrimonio, a la muerte; de un Jesús muerto de ira al que había que temer por sus maldades antes que amar por su dulzura. Entonces yo sentía un dolor hecho de angustia y rabia. Como si alguien hubiese hablado contra la pureza infinita de la muchacha querida.

Y comprendí entonces algo que después se ha hecho carne y esencia de mí mismo: que no eran lo mismo ni tenían nada que ver Jesús y algunos curas; que no tenían nada que ver Jesús y los que se llaman católicos. Y yo resolví quedarme del lado de Jesús.

Pero volvamos al relato de mi confesión con el Padre Andrés, de la que nos estábamos olvidando ya. Confesión que había sido resuelta en mi noche de insomnio, a causa del dolor, del remordimiento que me había producido mi brutal agresión a mi amigo Adolfo, por las infames insinuaciones que imbécilmente hiciera respecto de Lucía.

El Padre Andrés pasaba, pasaba, sonriendo, por sobre todos mis "gravísimos" pecados: mentiras, irreverencias en la iglesia, malos pensamientos contra el sexto —el terrible sexto— mandamiento, mala-

crianzas contra mis superiores, robos de huevos de gallina, bromas pesadas contra la pobre tía...

Fijando hondamente la mirada sobre mis ojos y pasando su mano sobre mis cabellos rebeldes y despeinados siempre, con su acento español dulcificado y confidencial, me dijo:

—Hijo, tú tienes algo que te está atormentando y no te atreves a decírmelo. Anda, desahógate. Olvídate que soy tu confesor y piensa que soy tu amigo. Háblame de hombre a hombre. ¿Amoríos? ¿Desengaños? Mi experiencia de persona de más edad, puede servirnos de algo. Vamos a ver la cosa, anda...

Me sentí subyugado por el humano proceder del Padre, y me abrí todo ante él. Olvidé la posición de penitente, de "reo ante su juez", que reclamaba el Padre Miguel. Y acepté su invitación a la amistad. Mi mamá estaba ausente... Pero, ¿me habría atrevido a contarle a mi mamá, mi mejor amiga desde luego, toda la brutalidad contenida en los planes de Adolfo que motivaron mi agresión?

Con el Padre Andrés sí, tuve valor. Tímido al principio, exaltado luego, jadeante, sudoroso, en muchos momentos próximo a las lágrimas, le relaté el cuento apasionado de mi amor y mi cólera. El Padre Andrés, perspicaz como era, no necesitó que le diera los nombres de las personas implicadas en el drama. Sabía quiénes eran. Viejo amigo de la familia. Por motivos de salud, llevaba ya unos cuantos meses de descanso y baños en la finca de mi abuela. Nosotros, los "veraneeros", los chicos en vacaciones, habíamos llegado después que él. Lucía, la muchachita campesina que ayudaba a trabajar a su padre viudo en la parcela arrendada y, sobre todo Adolfo, el hijo y sobrino de los puédelo-todo de la estancia, le eran familiares. Eran, además, sus "hijos de confesión".

Me consternó observar cómo el rostro plácido del Padre Andrés se iba ensombreciendo, no de disgusto sino de tristeza. Su mirada, su actitud se hallaban transidas de ternura. Una y otra vez pasó su mano acariciadora sobre mi cabellera rebelde y, levantándose el mentón:

—Pero tú, tú, ¿estás enamorado de Lucía? —Y con su voz de bondad y de caricia, me interrogó con delicadeza infinita hasta el tuétano de mis sentimientos. Y con suprema habilidad, trató de hacerme comprender, iluminó la cantidad de posible dolor que podría traer consigo un amor, entre dos personas colocadas a distancias sociales tan grandes. En una ciudad tan pequeña, tan cargada de prejuicios... Todo lo que me iba diciendo el padre Andrés era para mí sorpresa y descubrimiento. Y, cosa rara, al propio tiempo que se encendían mi rebeldía y mi cólera, podía entender que lo que me decía el Padre

era la verdad. La *verdad mala* aceptada por personas buenas: mi abuela, mis hermanas, la propia Lucía, ¿mi mamá?

—Padre, le respondí tembloroso, ¿no se puede querer, así, querer, a una muchacha linda, dulce, buena, que tal vez nos quiere también, sino con permiso de todos, con aprobación de todos? Querer, Padre, nada más, ¡querer! Si yo jamás he pensado en casarme, con mis catorce años no cumplidos aún. Si hasta ese pensamiento, *casarse*, ahora que usted, Padre, me abre los ojos, me parece una profanación, una impureza... ¿Yo casarme con Lucía? Pero si me estremezco todo entero sólo cuando se encuentran nuestras miradas, y me pongo todo rojo cuando al azar se rozan nuestros dedos... ¡Casarme con Lucía! Pero si es un plan tan impuro, a nuestra edad, como el de Adolfo, y por el que le dí la bofetada!...

En ese mismo momento, como una tentación satánica y maldita, me nublaba los ojos la imagen de Lucía como la había descrito Adolfo. Y una lasitud extraña, tibia, extenuante me invadía al pensar que podía casarme con Lucía... ¡Casarme con Lucía, dormir con ella, en la misma cama, abrazados!... *Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa*...

—Padre Andrés, yo se lo ruego, quiero pedirle perdón a Adolfo, quiero para ello su consejo y su ayuda. Pero hoy mismo, Padre, después de la misa y de la comunión...

El Padre Andrés me prometió arreglarlo todo, en seguida. Hablaría con Adolfo, sin violar el *sigilo confesionis*. Le diría que yo estaba acobardado, dolorido, que quería pedirle perdón. Que soy un chico bueno, pero muy violento. Y que quería que nos abrazáramos en su presencia, como si nada hubiera ocurrido jamás...

—*Ego te absolvo, a peccatis tuis, in nomine Patris et Filii et Spiritu Sancti.*

—*Amén.*

3

Fin de las vacaciones. De nuevo, el Colegio.

Como ave de mal agüero, Julio Emilio Ortega vino a la estancia de mi abuelá a recordármelo. ¡Maldito cholo Julio! Era, sin embargo, mi mejor amigo. Estaba recién llegado de su lejano pueblo, donde había pasado con su familia las "vacaciones grandes". Me contó cosas y cosas. Que era indispensable que yo regresara a la ciudad. Que ya estaban allá casi todos los compañeros. Que nos iba a resultar pesadísimo el cuarto curso:

—Figúrate no más: Lógica, Historia de la Literatura Universal, Historia y Geografía Universales, Química, Botánica, Algebra... Qué sé yo qué otras tonterías más. Esa Algebra, sobre todo

$$A + B = AB$$

¡qué gran pendejada!

Yo me puse de acuerdo con muchas de las opiniones del cholo Julio sobre las materias que nos correspondía estudiar en cuarto curso. Pero, más que las materias, me interesaba opinar sobre los profesores que nos tocarían.

—¿El de Literatura? Un beato, un tragahostias brutísimo, que se creía poeta porque le había hecho unos versitos cursis *A Nuestra Señora del Cisne, Patrona de Loja*. Que tenía, eso sí, unas hijas bien

lindas, de las que se enamoraban los muchachos alumnos del papá, año tras año. El de Historia Universal era el mismo del año anterior. Esta vez nos correspondía, de acuerdo con Duruy, la Edad Media. El coto Pancho, hombrezote grandullón y buenazo, de una definitiva, enciclopédica y prestigiosa ignorancia, sobre lo divino y lo humano. Su método consistía en lo siguiente: nos organizaba en campos o partidos, como en los Hermanos Cristianos. El campo cartaginés y el campo romano. El coto Pancho designaba, al principio del año, después de "tomar" la lección a todos, a los jefes de cada campo; y éstos, por turno, se iban "ganando" a los que consideraban mejores. Los muchachos que estaban inconformes con su puesto, "desafiaban" a su inmediato anterior, sobre un párrafo señalado de la lección del día. Cada titubeo o falla, era un punto en contra. El Profesor arbitraba la lucha. El año anterior, fue designado Jefe uno de los más brutos: Domingo Figueroa, que ha llegado a ser alta dignidad eclesiástica después. Y tuvo la osadía de señalarme a mí para su segundo... Tuve que desafiarlo en el párrafo correspondiente a la Guerra de Troya, en el compendio de Victor Duruy. Y no podía tumbarlo, porque sólo de verle la cara, me entraba una risa y me olvidaba el texto literal.

A este Domingo —personaje que no volverá a aparecer en este cuento— lo llamábamos el tamalero, porque los domingos vendía tamales por las calles. Era pobre y la pobreza no la perdonan los niños, ni los pobres ni los ricos. Y cuando queríamos joderlo —así lo pensábamos y lo decíamos— en medio de la lección, para que se equivoque, le gritábamos: ¡Tamales, tamales calentitos, a real! Pero el muy sinvergüenza no se equivocaba. Y su venganza consistía en llevar los bolsillos llenos de tamales chiquitines, de a medio, y fiarnos a los que creía que podíamos pagarle. Y tenernos así humillados, como desde que apareció la especie humana sobre la tierra, han tenido humillados los acreedores a los deudores, los usureros a sus víctimas. Cuando algo le decíamos, él nos contestaba: Callá, pagá primero...

Yo, dentro del sistema de los campos, nunca llegué a primero. Oscilaba entre segundo y cuarto. Más abajo también no, ¡qué se han creído ustedes!

Yo era inteligente de profesión. Inteligente por derecho divino. Inteligente vitalicio y hereditario. Inteligente por los cuatro costados. Porque sí. Porque no cabía que fuera de otro modo. Porque así lo ordenaba la historia, la geografía, la tradición. Porque sí nó, qué.

A veces tenía que sentarme a descansar de la pesada carga de tanta inteligencia. ¡Qué hacer contra ello, Dios mío! Era inteligente infeccioso, contagioso, epidémico, incurable. Todo lo que yo tocaba, se volvía inteligente: libros, amigos, sillas, escritorios, pupitres. ¿Resultado? Que fui, casi siempre, un alumno mediocre en la mayor parte de materias. Especialmente en gramática y literatura.

A Julio Emilio le hablé particularmente del profesor de álgebra, el doctor Villarreal. Por mi hermano Alberto, sabía que era una de las gentes más inteligentes de Loja y, sobre todo, que tenía ideas "socialistas". Para las gentes "bien", esto de "socialista", era un nuevo, un misterioso y siniestro motivo de susto. Hasta entonces, lo que aterrorizaba y hacía santiguarse a las beatas y beatos era eso de "masón". Era algo tenebroso, satánico, infernal. Algo maloliente a azufre, que tenía relación íntima con el demonio, con el chivo padre, cuyo rabo parece que tienen que besar los masones en las "misas negras", después de rezar el "credo al revés": *No creo en Dios padre Todopoderoso ni en Jesucristo su único hijo...* Los masones tenían que ver con los gatos negros, los curas sin cabeza, con el macho hijo de mula... Los masones habían hecho "pacto con el Diablo", mediante el cual le habían vendido el alma, por plata, por el amor de las muchachas, por vivir largo tiempo. Los masones, para poder gozar de estos privilegios, tenían que escupir y, algunas veces orinarse, en las Hostias Sagradas. Decir palabrotas contra la Santísima Trinidad, Nuestro Señor, la Mama Virgen y toditos los santos. Irse a comulgar después de una noche de juerga, bien comidos y bebidos, sin haberse confesado, naturalmente, en pecado mortal...

Sobre que así eran los masones, no había la más pequeña duda.

Pero, verán lo que pasó: el coto Pancho, el insustituible Profesor de Historia, al que todos creían un masonazo bestial, se había conseguido unos libros inmensamente patrióticos, enviados por el Ministerio, en que se contaba que los Próceres de la Independencia, los Precursores como el General Francisco de Miranda, Nariño y el mismo Espejo, habían sido masones. Sí señor m-a-s-o-n-e-s. Que el masonismo había ayudado eficazmente a las sacrosantas luchas por la independencia de la América Española. Y, ¡admírense ustedes! El mismísimo Bolívar, el Mariscal de Ayacucho, Sucre el immaculado, habían sido también masones... Escándalo general entre las "gentes bien", pero la muchachada del Colegio le empezó a perder el miedo a la pendejada del masonismo, como decía el Negro Zabaleta, de quien ya hablaremos largamente.



Entre las "gentes bien", a las que poco o nada les ha importado la independencia. Al contrario. Para el beaterío, la palabrita conservó su siniestro parentesco con el Diablo, los chivós padres, los gatos negros, la mula que parió en Viernes Santo, y con la muda Angelina, que estaba endemoniada y le daban unos ataques horribles durante los cuales se revolcaba echando espuma por la boca, rompía la camisa y las polleras hasta quedarse indecentemente en pelota... Los beatos y las beatas, cuando querían hacer daño a alguien, en un negocio, en una amistad o un matrimonio, echaban a correr la voz de que era masón y todo se perdía...

Pero esto de "socialista" era algo siniestramente nuevo. Mientras el masón era un condenado en vida al que oportunamente se lo llevaría el Diablo como cosa propia. En cambio, esto de "socialista", sí que debe ser bien fregado... Con hedor de robos, asesinatos de reyes y de nobles, atracos a los ricos, algo perturbador y bien jodido. El "socialista" es un vago que pretende quitarles sus bienes a los que tienen "cuatro reales", vivir sin trabajar y, después de asesinar a los nobles y ricos, violar a las monjas, quemar las iglesias, ahorcar al señor Obispo y saquear los almacenes y tiendas. Robarse el ganado de las haciendas, quitarles las propiedades a sus legítimos dueños... Así lo había explicado, clarito, clarito, el señor Cura de San Sebastián. Agregando las gentes bien enteradas y "leídas" que eso es cosa de cholos mugrientos, piojosos, muertos de hambre, que odian a la "gente decente".

Felizmente, se decía entre beatas y conservadores, esa plaga maldita que Dios ha mandado a los salvajes de los rusos, no llega ni llegará nunca a nuestra pequeña y piadosa ciudad. La Reina de los Cielos, la Inmaculada Concepción, a la que está consagrada, no ha de permitir que llegue esa nueva plaga de Egipto: el socialismo. Por eso la hemos puesto en la colina, en la entrada de nuestra ciudad bendita, como guardiana y defensora contra ese nuevo azote de la humanidad.

*Turris ebúrnea,
Ora pro nobis.*

Los liberales entraron porque no teníamos en ese tiempo, en la loma, a la gran centinela, Nuestra Madre. El maldito viejo Alfaro se habría dado con una piedra en los dientes en el 95...

Pero los socialistas, eso sí que no. Manada de cholos alzados, mapiosos, sinvergüenzas... ¡Ah! esos perros sarnosos no entrarán

jamás en esta tierra bendita de la Inmaculada Concepción de Loja. Menos mal que los liberales, con lo que se han hecho ricos "se están componiendo" y más estarán con nosotros que con esos ladrones... Ni pendejos: ahora que tienen "algo que perder", no aceptarán esas "doctrinas exóticas".

Pues bien: de este Profesor de Algebra, el doctor Villarreal, Antonio Villarreal, se decía que tenía "ideas socialistas". Julio Emilio y yo, íbamos a conocer esa cosa terrible, un socialista. Cierto que el Algebra no es materia que se preste para oírle opiniones... Pero, ya hallaríamos la oportunidad favorable para armarle conversación, fuera de clase.

Pero, vamos por partes: ¿conocen ya ustedes a Julio Emilio Ortega, el cholo Julio? ¿No? Verán: un muchacho provinciano, un chuso, pues no había nacido en la capital provincial, la ciudadita pretenchiosa y linda, Loja. Sino en un pueblo con chirimoyas, naranjas y papayas; con caña de azúcar para hacer raspaduras y alfeniques. Una alforja con eso me había llevado de regalo. Yo le aconsejé que se lo entregara todo a mi abuela, para que ella reparta entre los chicos y... los grandes. Mi abuela, que jamás distinguía por sus nombres a los muchachos que en gran número pasaban vacaciones en su estancia, agradeció mucho a "este querido Pedrito", y llamó a la señora Josefina, la mamá de Adolfo para que guardara "estas maravillas" y las repartiera entre los muchachos... Nos guardamos un buen pocotón para nosotros y para invitar a nuestros preferidos entre primos y amigos.

¿Y? Bueno. Julio Emilio es parte muy importante de lo mejor que me ha dado la vida. La cual, Dios se lo pague, no ha sido avara conmigo. Inteligencia, delicadeza, finura espiritual y, sobre todo, una increíble lealtad hacia mí. Su afecto, sin jerarquía ni escalas, era una especie de adoración que tenía de todo: era paternal, maternal, filial. Desde luego, fraterna. Me protegía y me pedía protección. Me entendía y, una cosa muy grande, a la que debo lo poco de bueno que yo haya podido hacer en la vida: tenía fe en mí. Yo la he sentido rodear mi adolescencia, sostenerme, alzarme, impulsarme. Pero también frenarme y contenerme. Julio Emilio me infundía una confianza activa en el amor, en el valor, en la fuerza y en la inteligencia. Pero no me dejaba hacer pendejadas.

Nunca me he de perdonar lo malo, lo canalla, lo estúpido que

fui el primer año de colegio con este muchacho que me ha hecho todo el bien que puede hacerse entre seres humanos. Hecho el macho, me uní a la pandilla que capitaneaba Leonardo González, ese lindo muchachote, robusto, rey de las malas palabras y de los cuentos verdes, que se gloriaba de acostarse con todas las sirvientas de su casa, con todas las muchachas de la vecindad. Pero que era un completo bruto para las cosas de estudios, deberes, lecciones y libros. Y que no tenía un así de pendejo ni de tonto. Era lo que orgullosamente ostentaba y quería aparecer: un jodido. Con todo nuestro apoyo, armó la maquinaria requerida para el bautismo de los novatos. Porque había que joder a este chaso carependejo. Primero, la *posesión de gradas*, que se realizaba en la pequeña escalinata del segundo patio del Colegio, y consistía en esta brutalidad: se conducía entre muchos a la víctima, a la cual se la colocaba en la grada superior de la escala en cuyos peldaños se había regado previamente grava gruesa; entonces un muchacho pesado —en este caso el propio Leonardo González— cabalgaba sobre los hombros del novato —en este caso el cholo Julio— y dos muchachos tiraban de cada una de las piernas. Y entre gritos rituales y carcajadas bárbaras se lo hacía descender de trasero escalón por escalón hasta el nivel inferior... Yo vi los ojos llorosos y los dientes apretados del chico martirizado, que no dijo nada, ni se quejó. Finalmente, se lo echó vestido en el "Jordán", que era una charca medio podrida, y se pronunciaron las palabras rituales del bautismo... Esta última parte, a pesar de lo sucia, refrescaba un poco y aliviaba las lastimaduras de los cascajos en las nalgas...

¡Canalla sin perdón que yo fui, carajo! El cholo Julio continuó concurriendo a clases, callado y recogido, sin meterse con nadie. ¡Chaso bruto y pretencioso! ¿Lo han de ver? Y a ese pasito hipócrita, lleva camino de convertirse en el mejor alumno de la clase. ¡Eso sí que no! Y seguimos cometiendo con él porquerías y perradas. Escondiéndole los libros, acusándole de ruidos que nosotros hacíamos. No se quejó de nadie, pero tampoco se humilló, ni dio aviso de nuestras infamias a profesores y a bedeles. Ni siquiera, estoy seguro, le fue con cuentos al hermano mayor que tenía en el cuarto curso, famoso para los puñetes. Ni chismoso ni delator. Simplemente altivo, digno, orgulloso si se quiere.

La serena dignidad, la altivez varonil del muchacho este, nos tenían anonadados. Ni una queja ni un reproche, lo hemos dicho. Pero tampoco ninguna actitud humilde de acercamiento a ninguno de nosotros, sus verdugos. Comenzamos a dudar de lo que siempre ha-

bíamos creído que era coraje, machismo, "cosas de hombres". Yo estaba preocupado, triste, *acholado*. No podía resistir ya solo el peso de mi culpa. Una tarde, a la salida del Colegio, resolví contarle todo a mi hermano Alberto, hasta ennegreciendo un poco nuestra infamia. A medida que le iba refiriendo lo ocurrido en el Colegio entre nosotros y Julio Emilio Ortega, Alberto se iba visiblemente encolerizando. Al final estalló:

—Ustedes se han portado como unos cobardes, como unos canallas con ese pobre muchacho. No les queda más remedio que pedirle perdón y acogerlo con todo cariño entre ustedes. Me da vergüenza pensar que tú, mi hermano, muchacho tan inteligente y de buenos sentimientos, hayas podido hacer una cosa semejante...

Y me rogó que, sin pérdida de tiempo, a primera hora del día siguiente, me acercara a Julio Emilio. Y terminó diciéndome que quería conocerlo, porque presentía que él era el amigo que más me convenía.

Lo que mi hermano Alberto opinaba en ésta y en todas las cosas, era para mí el Evangelio, la verdad revelada, la palabra de Dios. Resolví hacer al día siguiente lo que había ordenado. Y esa tarde comí con apetito, y esa noche dormí bien, de un solo lado.

Leonardo González, el cabecilla de nuestra *jorga* maleante, me oyó entre alegre y aliviado, todo lo que le dije. Generoso muchacho, un poco *alocado*, turbulento, *jodido*, pero bueno de adentro, romántico, sentimental. Los ojazos azules se le nublaron, mientras yo con mi capacidad histriónica le representaba la tragedia en la que él, yo, los demás muchachos, habíamos representado el papel de diablos malos, de puercos desgraciados, ¡de maricones de mierda! con el gran muchacho que había demostrado ser el cholo Julio...

—Y, bueno, dejémonos de pendejadas. En el recreo yo voy, lo abrazo, le pido perdón por todos nosotros. Luego te acercas tú y los demás, y asunto concluido!

Como lo dijo lo hizo, anchote de brazos y de generosidad. Julio se dejaba hacer, con los ojos perlados en lágrimas. Pero nos había dado una lección de dignidad y hombría; y fue uno de nosotros, acaso el mejor de entre nosotros.

Cómo nos hartamos de conversar ese día —a tres años de lo relatado— durante el paseo y el baño en el río. Lo primero que me preguntó fue:

—¿Y?...

Se refería si había, bueno, si había tenido cosas con alguna muchacha...

—¿Y?...

Los dos, que acaso no nos mentíamos en cosas esenciales, tuvimos que confesarles que nada, nada. Todavía nada.

Y, alzándose el pelo que siempre le caía sobre los ojos, se puso a contarme de un caso triste que había ocurrido en su pueblo, con una cholita, María Carmen, a la que había estado enamorado.

—Verás: la muchacha es bien bonita, colegiala también, de un colegio de monjitas que hay en el pueblo, y que como yo estaba en vacaciones...

Y con detalles, me contó que un día María Carmen había aceptado que él la acompañara a coger flores y frutas en el camino que conduce al río. El río está bastante lejos de la casa. Hay que atravesar potreros, pequeños matorrales. Julio Emilio no se atrevió, durante el viaje ni siquiera a estrecharle la mano. Palabras, nombres de compañeras y monjitas, casos sucedidos durante el curso. Voz cantarina, brinquitos ágiles, y habilidad para atrapar los racimos de moras, sin espinarse mucho las manos:

—Mira, mira, allá, están grandotas y maduras.

Y el cesto que se va llenando con lo que recoge ella y lo que recoge él.

De pronto, tras unas espesas matas de carrizos, cristalino, espumante, refrescante, el río. Y un verdecer de pequeños prados cercanos a la orilla. Con lindos, pero lindos lados para sentarse. Y se sentaron, con el cesto de moras entre ellos, las manos enrojecidas con el jugo de las que por muy maduras, se oprimían en los dedos y el meter las manos, las de él, las de ella en el cesto de fruta, prometiéndose:

—Al regreso, volvemos a llenarlo para llevarlo a la casa.

Se sentaron, porque ambos convinieron en que estaban cansados. El no sabía qué hacer ni qué decir. Seguir comiendo moras, por ocultar la timidez invencible. Ella, en cambio, hablaba y hablaba. De su mamá, de su hermanito menor y sus pequeños chistes. De cosas del colegio. De su amiga Fabiola que ya tenía enamorado, porque era muy bonita, pero mucho, muy bonita... Y él, atragantado de galanterías y preguntas, que no le salían. Pues, porque no le salían. Ni siquiera hacerle la pregunta que ella parecía insinuar al contar los amoríos de su amiga Fabiola:

—Y tú, que eres más bonita, seguramente tienes ya tu enamorado, ¿ah?

Es lo que debió decirle, pero no se lo dijo.

—Te juro, Juan Antonio, que no se lo dije...

—¿Vas a creer que no te creo?

—Ahí tienes.

Se sintió suciamente ridículo, despreciable, odioso. Nada racional le salía. Nada. Y de pronto, sin más ni más, se lanza por sobre de las moras, esparciéndolas por entre el césped, a besarla en la boca, como quien se lanza de cabeza a un abismo. Así.

La chica, como una potrilla indómita a la que se trata de enlazar al descuido y por sorpresa, se puso de pie de un salto y, sacudiéndose del intento de abrazo, sin acordarse siquiera del cesto de moras, echó a correr sin volverse a mirar, pendiente arriba. Y él, Julio Emilio, que intentara dar algunos pasos en su seguimiento, en actitud implorante, retrocedió corrido, derrotado, hecho un guñapo, a causa de su brutalidad imperdonable de animal imbécil del carajo... Bruto mismo que era: María Carmen era una chiquilla, con sus trece años apenas, muchachita honesta, que acaso comenzó a quererlo, a ilusionarse con él. Y a quien él, como un garañón despreciable, como un berraco indigno, había ofendido, en una verdadera tentativa de violación...

—¿Por qué seré tan animal, cholito, tan falto de delicadeza? No, no tengo perdón...

La honestidad esencial de Julio Emilio estaba estremecida, transida de dolor y de vergüenza al recordar ese episodio de su animadad desbordada... Pero no, en verdad. No fue ansia de posesión, sino timidez, imposibilidad de las palabras, gana de no pasar por estúpido.

—¿Qué te parece, Juan Antonio?

A mí me parecía eso, lo que a él le gustara que me pareciese... Y yo, ya lleno de literatura, en el fondo pensaba mal de la cosa. Eso no hubiera hecho Efraín con María ni Marius con Cosetta... En cambio, eso hubiera hecho Golo con Genoveva de Bravante... Eso es. ¡Lo que hubiera hecho Golo con Genoveva de Bravante! Pero con mi caritativa hipocresía, le disminuí la culpa:

—¿Qué me ha de parecer, pendejo? Te *acholaste*, perdiste los estribos y, para no pasar por mudo, quisiste besarla, porque eso se hace y eso les gusta a las muchachas. Si la hubieses seguido, claro que hubiera terminado dejándose besar. ¡Claro, hombre!

—Eso sí que es cierto. Estaba tan intimidado, que me quedé temblando y de allí, seguidito, me dio un acceso de tercianas. Con escalofrío y calentura. Y no salí al pueblo en lo que faltaba de vacaciones, hasta orita.

Yo le conté mi caso. Lo del paseo. Lo violento que había estado con Adolfo —a quien Julio Emilio conocía bien y quería mucho—. Y en forma exaltada de pasión le conté mi amor por Lucía, la confesión con el Padre Andrés, toda la vaina. En esto de la confesión, el cholo Julio, seguramente menos propicio a cosa de curas que yo mismo, no me desaprobó. Al contrario, encontró razonables las opiniones del fraile... Sobre todo en lo relativo al daño que mi amor, mi solo y puro amor, podía hacerle a la vida de Lucía. Porque nadie, pero nadie, creería en que el niño rico, el patroncito, amaba con buen fin a la muchacha campesina. Lo normal en estos medios hipócritas y falsamente cristianos, es que el joven rico y noble que enamora a una muchacha que “no es de su clase”, lo haga con el fin de seducirla y abandonarla luego, casi siempre con hijos. Todo ante la mirada risueña y complaciente de los propios papás, que creen muy conveniente que el chiquillo se desfogue, “para que no vaya a hacer una locura”. Hacer una locura es, casi siempre, proceder honradamente y casarse con una mujer que no fuera “un buen partido”...

—Tú sabes, más que yo mismo, que aquí en tu ciudad, las gentes se hallan divididas en altas y bajas, “decentes” y “cholos”, nobles y plebeyos. Si tú no te casas con Lucía, pero mantienes amoríos con ella —y no te puedes casar a los catorce años y pico— dirán esas mismas gentes de su clase, que te has aprovechado de la chica, que te acuestas con ella... Y esto, no lo dirán como yo te lo digo, sino empleando las más indecentes y sucias palabrotas...

Lo que me dijo Julio Emilio, el muchacho de diez y seis años casi infantiles, por la cantidad de cariño que contenía, me hizo acaso más impresión que lo dicho, también sinceramente, por el Padre Andrés... Y entonces, se desarrolló en mí un sentimiento super romántico, con recuerdos de *Manón Lescaut* y *La Dama de las Camelias*, el de “sacrificarme por amor”. Un poco extraño, ¿no?, dado el egoísmo infantil que quiere alcanzar las estrellas y si no puede se enoja, pero que yo he sentido muchas veces en la vida. No sabía qué haría, cómo procedería. Pero llegué a formularme esta resolución irrevocable: no haría nada, no daría un paso, no pronunciaría una sola palabra que pudiera hacer daño a Lucía...

Además, es la verdad, lo juro: hasta ese momento no le había dicho a Lucía una sola palabra de amor. Solamente una vez, en esa tarde de sol y capulíes, se habían cruzado, en un parpadear, nuestras miradas...

¿Cómo eran, Dios mío —lo digo hoy— cómo eran los ojos de Lucía?

4

Tran tran de siempre en el Colegio. La sucesión de juegos: las bolitas de cristal, los trompos, la rayuela, la pelota de pared. Estudios, clases, recreos. Qué jodida está la cosa. ¿Y a ti qué te toca? ¿Ya viste a tu muchacha? Me han dicho que mi *suca* ha estado coque-teando en vacaciones con un oficialito del cuartel. El negro Zabaleta ha traído bastantísima plata, bastantísima. Lo peor que a mí me toca de Profesor mi papá. El cholo Julio anda *futrisimo* con dos ternos enteritos, desde los zapatos hasta el sombrero. Oye, el burro Vivanco ya dizque ha hecho eso. El pobre celicano Sarango no ha podido venir por falta de plata...

—Bueno. ¿Y el famoso profesor de Algebra que dijiste que era socialista?

—Verás. Yo ya lo conocí en mi casa por mi hermano Alberto. Te digo que es formidable. Feo como él solo. Siempre sonreído. Pero sabe todas las cosas de lo divino y de lo humano. Toditas. Se informó sobre mí preguntándole a mi hermano. Y dijo: no parece ningún tonto el muphacho. Ojalá no lo echen a perder con cosas de memoria y millón de materias en cada año. No parece ningún tonto...

—¿De qué lo oíste hablar? ¿De álgebra?

—No seas pendejo. Hablaron con mi hermano de cosas muy bellas. Primero, desde luego, de la injusticia humana, que había que remediar. Todo con pensamientos tan bonitos, tan fáciles, que yo no les perdía palabra, como embobado.

—¿Y de socialismo no hablaron?

—Claro que hablaron. Pero, sin duda por no escandalizarme, y creyendo que más agradables podrían serme las cosas literarias, de eso hablaron con mayor fervor.

—Pero, ¿al doctor Villareal⁶ le interesan las cosas literarias?

—Claro que le interesan. Mi hermano le habló de Anatole France, como un resbalón del tema socialista al literario. Y se enfrascaron en comentarios sobre *La Isla de los Pingüinos*, *La Rebelión de los Angeles* y todas las obras del viejo enamorado de la justicia y de la libertad. Y abominaron del falso preciosista D'Annunzio, predicador de la guerra, cantor del vicio, de la fuerza, de la muerte.

Lectores incorregibles como éramos Julio Emilio y yo —sobre todo después de haberlo conocido yo al viejo Villarreal⁶—, tratamos de buscar todo lo que sobre socialismo, problemas sociales, marxismo, pudiéramos hallar en nuestras bibliotecas, comenzando por la del propio Colegio. Poco pudimos encontrar. Muy poco. Mucha y buena literatura, eso sí. Algo sobre filosofía, ciencias jurídicas, ciencias físicas y matemáticas. Pero ninguna cosa valiosa sobre corrientes modernas político-sociales. ¿Sobre socialismo? Nada. Nuestro profesor de Historia nos dijo que el socialismo era una cosa muy buena, pero muy buenísima... Que él era socialista. Buen hombre este profesor nuestro de Historia. Pero a chicos presumidos y dados de inteligentes como nosotros, no nos inspiraba mucha fe en materia de conocimientos y menos, mucho menos en materia de talento.

Quedaba mi hermano Alberto⁶. El cholo Julio⁶, después de su intercesión en su favor —contra nosotros, pero que yo le conté—, lo quería, lo admiraba, sostenía que era el hombre más inteligente del mundo. La idea de conversar con él sobre esto del socialismo le entusiasmó. Pero a mi hermano había que saberlo tratar, buscarle el buen lado. Y no porque tuviera mal genio, sino porque nada le desagradaba tanto como dogmatizar, predicar. A mi hermano Alberto⁶ le gustaba el coloquio. Sostenía que el diálogo es la mayor de las artes humanas. Le encantaba la plática en tono menor, en la que las ideas, las opiniones, las emociones, fueran surtiendo fáciles, cristalinas como agua de fuente. Que los temas fueran asomando fáciles, sin programación. Y entonces sí, escucharlo era un don de los dioses. Fue él quien me condujo a este amor por el diálogo, que ha sido y es el júbilo de mi vida, lo que considero el ejercicio más puro de la inteligencia y la sensibilidad de los hombres, pobres animales limitados y tristes que somos. La conversación para mi hermano Alberto⁶ era continuada, móvil, fluyente obra maestra. Si en el breve tiempo de

su vida, de su corta y luminosa juventud, se hubiesen registrado en cinta magnética sus palabras, acaso hubiese llegado a los hombres muchas palabras lúcidas, bondadosas, santas. Que se me perdone esta irreverencia, hecha acaso de verdad y amor a iguales partes: así debe haber hablado Sócrates a sus amigos en los peristilos, en las gradas de los mercados atenienses; así debe haber hablado Jesús a los pescadores a orillas del Lago y al caminar, sin sandalias, por los caminos polvorientos de Samaria y Judea.

Mucho he marchado por las veredas del mundo, por los caminos de la tierra, del mar y del aire. Y en los diversos lugares de los hombres he hablado con ellos o los he oído hablar. Todos me han enseñado, me han iluminado, han embuenecido un poco este barro pensante y queriente de que estoy hecho. Y han enriquecido mi pobreza con sus tesoros caudalosos de sabiduría y me han señalado los caminos que conducen a la libertad, a la justicia.

Pero he de dejar aquí este grave y terrible secreto: ninguna voz como aquella del hermano mayor, que vino quince años antes que yo y que se fue tan pronto. De esa época, me han quedado tres voces: la suya, la de mi madre y la de Lucía. ¿Pero cómo eran los ojos de Lucía?

Buscamos Julio Emilio' y yo la conversación de mi hermano, con la secreta esperanza de poderlo llevar hacia el tema de las teorías sociales. El resultado fue un deslumbramiento, casi pudiera decir un éxtasis: asistir al funcionamiento de una maravillosa máquina de pensar, de soñar, de sentir. Julio Emilio' y yo tuvimos la sensación reconfortante de que pensamientos pensados por nosotros, sentimientos sentidos por nosotros en forma nebulosa, imprecisa, se iban convirtiendo en teoría, en formulación, en cosa suave, sencillamente organizada, al pasar por el extraordinario mecanismo. Del doctor Villarreal' nos habló con fraternal afecto.

Y es así como llegamos a la amistad del Profesor de Álgebra. ¿Tuve yo amor, capacidad especial por las matemáticas, comenzando por el Álgebra? Hoy, a la distancia de una vida entera, no sabría discernirlo claramente. Lo cierto es que en los tres últimos años de colegio, cuarto, quinto y sexto, fui el mejor alumno de matemáticas del curso; y acentué mi mediocridad alegre y desaprensiva en las demás asignaturas, especialmente en gramática y literatura. A veces me dan ganas de creer que no era la materia sino el profesor. Yo ambicionaba esto, literalmente: que el doctor Villarreal' no me creyera un pendejo.

El doctor Villarreal', viejo Sócrates obeso y conversador, tenía tal

amor por el diálogo, que a pretexto de darme unas clases suplementarias me invitó a que fuera tres veces por semana a su casa, para platicar sobre todas las cosas. Lejos de él la intimidante intransigencia, el puritanismo exagerado, la virtud de seriedades monacales, que dejan en las gentes una sospecha de simulación. El viejo era biendecidor y alegre, rabelesiano a veces, para la mala palabra y la carcajada... Si, de vivir en otro sitio, se le hubiere exigido una afiliación partidista, el ser catecúmeno de una iglesia, el gran viejo bueno hubiera sido un heterodoxo, un heresiarca, nunca un tráfuga, pero tampoco un sometido.

Al salir de sus clases particulares, Julio Emilio me esperaba en la esquina para nuestro paseo de la tarde. Por allí, por las lomas. Caminando al azar, llegábamos a las orillas del Zamora. Pasábamos el puente de madera y, andando, andando, ascendíamos a la loma de El Calvario, desde la que se miraba, a nuestros pies, la pequeña ciudad. Allá, arriba, en uno de los muelles prados escalonados, bajo un árbol, nos tendíamos a contemplar, a hablar y, muchas veces, a callar,

—Sí, claro, el viejo es un sabio.

—Y, más que sabio, santo. Tenemos que luchar por imponer sus concepciones revolucionarias. Dedicaríamos nuestras vidas a luchar por mayor justicia para todos los hombres...

Cada timbre de campana nos era familiar y nos hablaba un idioma diferente. El son grave, un poco desentonado de las campanas de San Sebastián, desde el extremo sur de la ciudad le recordaba al cholo Julio la obligación sacratísima, de ir a ver a su *suquita*, a Irene; que a esa hora, sin falta, le sonreía desde su balcón. El tin tan maravilloso, cristalino, de las campanas de San Francisco, en el extremo norte, me platicaba de las cosas más dulces y más tristes de la vida. La muerte de papá. La llamada a la misa de seis, que me acompañaba en mi caminata, uyuyuy qué frío, al Colegio. Los toques de oración de la tarde, que fueron el fondo musical de toda la historia de Ella y nuestro amor.

Las nubes, allá por el Villonaco, se teñían de rubores. Los dos muchachos tendidos en la loma, nos poníamos a callar. Y callábamos hasta que, de pronto, el sol como que zambullera detrás de las montañas, nos traía ráfagas de sombra y ráfagas de frío.

Y vueltos de pronto al diálogo interminable, nos contábamos el curso de nuestros pensamientos, durante esos largos minutos de silencio. Y con frecuencia ocurría que lo pensado por los dos se pare-

cía en lo esencial: viajes, amor, poesía, temas escolares. Y esa gana de mujer, que se nos había hecho obsesión. Y qué, bueno...

—Pero, de veras, tú y la Miche...

—Te juro que no. Nada.

—¿Será cierto todo lo que dice Leonardo González? A ratos me parece que nos toma del pelo...

—No, hijo, no. Ciertísimo. Lo que pasa es que nosotros, cholito, somos tan sumamente...

Y con estos pensamientos, íbamos a recorrer las ventanas de las novias, para hacer motivo para los versos de la noche y para... Bueno, bueno. Hay que conseguirse una chica, porque si no... Y en la esquina de arriba, estaba la rubia sonrisa de Irene. Y a mí, ya purificado de malos pensamientos, me esperaba la sonrisa de Ella...

5

Una de esas tardes, cuando Julio Emilio y yo regresábamos a la ciudad entre llamadas de campanas, en la primera calle de entrada a la ciudad, Eusebio, el negrito sirviente, sudoroso, acesante, tembloroso, disparado como una flecha se lanzó hacia mí, llorando y hablando desde lejos:

--El niño Alberto... el niño Alberto...

Y no pudiendo articular palabra, se ahogaba en un llanto hipado, espasmódico, terrible...

--El niño Alberto se pegó un balazo y se halla agonizante...

Una carrera loca, frenética. Julio y Eusebio —lo sentía más que verlo— me seguían, en carrera igual, junto a mí. ¿Pensaba yo en algo, sufría, lloraba? No sé. Acaso más bien no... Todo yo convertido en músculos elásticos, de increíble agilidad. A cinco cuerdas apenas se hallaba mi casa, en línea recta. Y ya de lejos, con la transparencia que pone en los ojos la tragedia, alcancé a ver agolpada la gente frente a mi casa.

Llegué por fin hasta mi mamá. Hasta la puerta del dormitorio del hermano herido. Sólo entonces, ante la presencia del dolor ajeno, rompí a llorar, abrazado de mamá, calladito, a sollozos y a lágrimas, sin palabra, sin voz...

Traer más médicos, pues sólo había llegado el que vivía en la vecindad. Julio Emilio quiso hacerlo por mí, todos querían hacerlo, para que yo no me separara del herido, de mamá, de mis hermanas que lloraban llanto grande, sobre todo al mirarme... Yo no lo consentí.

Con tremenda frialdad, tracé un plan: iría a ver a los doctores tal, tal y tal, Julio Enrique iría por los otros. Sobre todo, al cirujano militar, que entendía más de estas cosas. En minutos convocamos a los facultativos. Ellos, sobre todo el del cuartel, estuvieron muy pronto.

Sólo entonces me acerqué, con mamá, a la cama del herido. Se debió ver tan fuerte, tan indetectable mi voluntad de entrar, que nadie hizo por oponerse, a pesar de que los médicos hasta entonces habían permitido, desde que llegaron, solamente la entrada de mi madre. Y vi a mi hermano Alberto, a la persona que, después de mamá, más quería en el mundo, tendido cara arriba en la cama. Despojado de sus ropas, cubierto apenas con una sábana que daba la impresión desolada de sudario. Pálido, intensamente. Con la frente, su ancha frente tan bella, perlada de sudor. Los ojos entrecerrados. Sereno, respiración tranquila. No parecía sufrir. ¿Le habían administrado algún calmante? Posible. Me pareció que a mi entrada, como que entreabrió los ojos y sonrió, un poquito. Una indescriptible placidez lo iluminaba. No pude permanecer mucho tiempo. Salí corriendo hacia mi pequeña habitación, me tendí boca abajo en la cama y me deshice en sollozos y en lágrimas.

¿Horas, minutos? No había estado solo: sentí una mano acariciarme la cabeza. Era el cholo Julio, para quien el herido era yo, el moribundo era yo, el suicida era yo...

¿Suicida? Sólo entonces, en esos minutos de lágrimas soterradas y de sollozos silenciados, se me presentó la trágica pregunta. Vaga y neblinosa al principio. Luego grandota, gigantesca, estranguladora...

El cholo Julio, alzándose el pelo de los ojos, pudo decirme, sin saber si yo le oía y sin esperar respuesta, dos cosas: que había oído a los médicos, al médico-cirujano del cuartel, que había alguna esperanza de salvar al herido. Que parecía que la bala había seguido una trayectoria que no había interesado ningún órgano esencial; que las funciones del corazón y las respiratorias eran, al parecer, normales; que el pulso estaba sin mayor agitación ni debilidad tampoco, y que la fiebre apenas alcanzaba los 38°... Y lo otro, con claro deseo de tranquilizarme: que el caso era evidentemente accidental y que Alberto había estado limpiando un pequeña pistola, porque en breve debía salir de vacaciones al campo...

Esta segunda cosa, ¿he de decirlo? casi me decepcionó. Algo de excepcional y heroico debía corresponder a la idea casi sobrenatural que de mi hermano tenía. Lo del accidente me parecía vulgar, empuñeñecedor, como calumnioso para el prestigio de Alberto. Mucho he pensado, mucho pienso aún sobre esta interrogación profunda abierta

en mí en la hora más abrumadora de mi adolescencia. Y he tratado de reconstruir, a la altura del trágico suceso, la vida sensible, contrariada, vibrante como cordaje de violín que fue la de mi hermano, ese amigo luminoso y triste de mi infancia y mi adolescencia. Pronto volveré sobre este tema obsesionante que puso delante de mí, junto a lo inmortal y querido, la presencia implacable, viva de la muerte... De esa muerte que había sido buscada, en un día cualquiera, por el más bueno de los hombres...

Tres días con sus noches de no dormir, sino a ratos sobresaltados y espasmódicos, de no comer casi. Mientras los médicos, en veces optimistas, en otras no tanto, seguían hora tras hora el estado del herido. Tres días con sus noches. Mi madre, tan leve, tan menuda, tan fina, no virtió una lágrima. Sus ojos, sus grandes ojos negros, se habían hundido tánto! Y desde allá dentro me parecían más dulces, más bienmiradores. El dolor de mi madre en los días en que mi hermano pasó entre la vida y la muerte, me acercó más a ella. Mi amor por ella se enriqueció, se hizo paternal casi; y a pesar de mi respeto y admiración por ella, la miraba un poco como una niña chiquita, menesterosa de protección y apoyo. Tan desvalida en su callar valiente, la admiré en los días trágicos en que, a brazo partido, le disputó a la muerte la vida de su hijo. Tercamente, sin esperar consuelo, sin recurrir a esa maldita pereza del corazón que llaman resignación cristiana. Y peleó con la muerte en su propio terreno: el de la vida. ¿Rezó, oró? En esta vez, ante el hijo yacente, que durante tres días creyó moribundo, no la vi robarle un solo minuto a su batalla muda, eficaz y trágica. No se acordó, les juro, durante esos tres días, ni siquiera de rezar el infalible rosario "a la oración".

Mis hermanas, las sirvientas, sí rezaban, en salmodias de voz baja y murmullo siniestro:

Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal,
Líbranos, Señor, de todo mal.
Salus infirmorum,
Ora pro nobis.

Y esas malditas beatas, esas brujas satánicas, lechuzas de mal agüero, que amargaron siempre mi vida y hasta la dulce vida de mi mamá, se propusieron atormentar también a mi hermano herido y doloroso —y con ello a mi madre—, realizando imbéciles conjuraciones con frailes para obligarlo a que se confiese y haga retractación pública "de sus errores".

Porque mi santo hermano, atormentado y yacente era, para esas gentes hipócritas, tragahostias, rezadoras y crueles, un corruptor de la juventud de mi pequeña ciudad de Loja, un mal hombre que, con su ejemplo herético y pernicioso, su incredulidad y su alejamiento de la "práctica de los sacramentos" producía mal ejemplo y escándalo. Todas estas viejas malvadas eran parientas nuestras, en una u otra forma; y una de ellas, "la tía Leonor", no le perdonaba a mi hermano el no haberse querido casar con una sobrina escrofulosa, clorótica, barbuda, beata, solterona, chismosa, enredista, enamorada de frailes buenosmozos, fea como una escoba, filuda como unas tijeras, bárbaramente virgen, imperdonablemente virtuosa, hediondamente casta.

¡Mi hermano un corruptor, mi hermano un mal hombre, mi hermano un ejemplo dañino! ¡Viejas corrompidas, vírgenes y putas! Su boca sucia y desdentada era indigna de pronunciar su nombre!...

Aquí, adentrísimo de mí, todo lo poco de iluminado y claro que poseo, a él y a mi madre se lo debo. El me infundió esta gana inmarcesible de ser justo, de estar de parte de los débiles, de los animalitos y los niños. El me hizo conocer las bellezas de la música y de la poesía. Supe por él la existencia de las rosas, de las pobrecitas gentes que no tienen qué comer ni vestir. El fue para mí una prédica permanente del Sermón de la Montaña, sin sermón y sin montaña. Todo lo que hay en mí de cristianismo esencial y profundo, él me lo transfundió. Supe por él la belleza de los dientes blancos del perro muerto y podrido...

Suave, pero resueltamente, se negó a permitir la aproximación del fraile llevado por las beatas, ante el dolor mudo de mamá. Dos de los médicos se pusieron de parte del enfermo contra el ataque frailuno. Pero fue él, Alberto, quien se negó. Julio Emilio y yo, desde la puerta, presenciábamos la suave negativa de los ojos apenas entreabiertos.

Hipócritamente, el fraile salió afirmando que él no había venido sino como visitante, amigo y admirador de "Don Alberto". Que elevaría sus preces al Altísimo por la mejoría del enfermo. Mi mamá acompañó unos pasos al clérigo, y con su dulce voz velada, le expresó su gratitud.

Julio Emilio me abrazó, como si hubiéramos, él y yo ganado una batalla.

—¡Eso es un hombre!

Me dijo, emocionado, casi gozoso.

—¡Eso es un hombre!

¡Qué de mentiras y de fábulas se tejieron, por las viejas beatas y los famosos "católicos practicantes", en torno de este acto armonioso y fiel, acorde con su pensamiento y su doctrina! A mi pobre mamá la atormentaron las beatas durante mucho tiempo. Pero, Dios mío, ¡que yo no haya tenido entonces el valor de ser gloriosamente un asesino! Mi mamá era la verdadera culpable. ¡Ah! ¡si viviera el papá de estos muchachos descarriados! Sin recordar que entre parientes hipócritas, rapaces y malvados, beatas chismosas, hediondas a incienso y a virginidad, y unos cuantos clérigos aprovechadores y perversos, habían amargado hasta la agonía la noble, sacrificada, generosa vida de mi padre.

A la tía Leonor y su legión de brujas, yo les deseaba, honradamente, que se las llevara el diablo. Pero, qué pues, si yo era el inventor de la maldita teoría de la muerte del diablo. ¡Qué gusto si me hubiera equivocado!

6

Desde que los médicos, por fin, al cuarto día, dijeron que había pasado el peligro, la vida volvió también a mi casa, a las gentes y cosas de mi casa. Mi madre consintió en descansar un poco y hasta en comer un poco. Yo la abracé con aliviada ternura.

—Mi guagua, mi chiquito, mi guagüito...

Me llevó a mi cuarto, junto al de ella, a recostarme para que descansara. Al desatarme el calzado, lancé un inesperado quejido de dolor. Mi pie derecho —se lo veía a través del calcetín— tenía el dedo mayor hinchado, con sangre coagulada y medio seca.

—¡Qué horror; pero si se te ha hecho *uñero!*...

Y corrió inmediatamente a llamar al médico que en ese instante estaba atendiendo la herida, en vías de cicatrizarse, de mi hermano.

—Esto sí que es grave —entró diciendo el médico gordito y socarrón— va a ser necesaria una junta de médicos y operación y horrores...

Me tomó el pie con sus calientes manos regordetas de abadesa:

—No será bruto, doctor, le dije muerto de miedo, temeroso de que me manosee el pie dolorido, con un dolor de setenta mil demonios.

El mediquillo era de nuestra confianza. Más que viejo, parecía vieja prolija y minuciosa. Después de rociarme con cloretilo la parte afectada, me recortó la uña encarnada, y después de ponerme yodo, me aplicó un apósito y me vendó todo el pie. Recomendó un par de

semanas de reposo... Con sus últimas palabras, me dormí. ¿Qué tiempo? pues como dieciocho horas. Desde las tres de la tarde, hasta las nueve de la mañana siguiente, en que me desperté rodeado de mi mamá y Julio Emilio.

—Qué bueno que hayas descansado un poco, dijo mi mamá. Has caminado tanto durante la enfermedad de Alberto. Sin comer, casi sin dormir...

Y se hizo la leyenda: me había portado como un héroe, no había consentido en descansar un instante, casi no había comido. Ni siquiera había sentido el dolor del *uñero*, poniendo en peligro mi pie. El negrito Eusebio se lo había contado, con sus pintorescas exageraciones, a mi hermano Alberto, cuya mejoría se acentuaba día a día. Y estaba ansioso por verme, apenas lo permitiesen los médicos.

Julio Emilio me acompañaba constantemente. Mamá le había conseguido que se quedara a las comidas conmigo, para que me entretuviera. Con él nos dedicamos a excavar una mina para nosotros rica e inagotable: la biblioteca del herido, no muy grande pero de una selección incomparable. Pasó esto: para poderlo atender durante los días de su gravedad, los médicos pidieron que se desocupara el dormitorio de Alberto. Yo me ofrecí a guardar los libros del enfermo en mi cuarto. Y mantenerlo con llave cuando tuviera que salir a la calle. Ayudado por Julio Emilio, realicé el traslado de la preciosa carga. En mi escritorio, en altas pilas, en una mesa grande que conseguí por allí, en las sillas y hasta en el suelo, previamente arreglado con periódicos. Todos, toditos. Hasta esos —yo los conocía muy bien— que Alberto me escondía por “peligrosos”. Y esos, los “Prohibidos para menores”, eran los que más nos interesaban al cholo Julio y a mí, los que ansiábamos devorar.

¿Saben ustedes —claro que no lo saben— sospechan ustedes siquiera lo que es tener doce, trece, catorce años ¡quince años, por Dios! en una provincia tan provincia como la mía? Ciudad con sonos de campanas permanentes para ahuyentar al diablo, con noches que comienzan a las siete, después del rezo del rosario y del chocolate con bizcochuelos, ciudad en que se engendran a los hijos “entreoscuro-y-claro” y en que las niñas quedan encinta después de los “besos” del seductor fermentado... Ciudad en que, todas las noches, el cura sin cabeza sale montado en la mula parida en Viernes Santo, y en la que, “en la esquina del Belermo”, el diablo se le apareció esa tarde de Jueves Santo, a don Deogracias Rojas, y se lo llevó, dejando un fuerte olor a azufre. Ciudad en que la niña virtuosa se bañó de kerosene todo el cuerpo y se prendió un fósforo, porque el Teniente

Lojo:
infame la perjudicó. Ciudad en la que San Miguel Arcángel le descargó un machetazo a ese bandolero de Cariamanga, que quiso robarse la corona de oro y piedras preciosas de la Virgen del Cisne, cuando estaba en la Catedral. Ciudad en la que las muchachas se casan sin conocer al novio y el novio se casa por la plata. Ciudad en que se ama, y se ama mucho, pero casi siempre como cosa maldita, como si se estuviera cometiendo un crimen. Y en que la niña virtuosa ya había sido seducida por su primo y había abortado con ayuda de santas señoras cuya misión es evitar el escándalo, como lo manda la Ley... Ciudad en que se falsifican testamentos, se roba honradamente a las viudas en nombre, en el santo nombre de Dios. Pero al propio tiempo, ciudad de purezas esenciales, de saucos como plumas, de canciones en la noche, de heroico patriotismo fronterizo, ciudad de mamá. Ciudad de Ella.

Cuando nos quedamos solos en mi cuarto Julio Emilio y yo, nos dimos el gran hartazgo al ver todas las maravillas del incalculable tesoro. Yo no podía moverme, y el cholo Julio no me permitía ningún movimiento que pudiera perjudiciar a mi pie enfermo.

—Ten paciencia. Yo te voy pasando uno a uno los libros, por su orden... Tal como los ha tenido don Alberto.

Y comenzamos el gozoso inventario, entre exclamaciones y gritos de mi parte, que Julio Emilio quería frenar y contener, porque temía que todo esfuerzo y toda emoción pudiera hacerme daño en mi enfermedad. Era como la madrugada aquella del Cura y del Barbero, el Ama y la Sobrina, con los libros de caballerías de mi Señor Don Quijote. Sólo que al revés...

Cuando —nos lo sabíamos de memoria:

“Entraron dentro todos, y la Ama con ellos y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vio volvióse a salir del aposento con gran prisa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: tome Vuestra Merced Señor Licenciado, rocíe este aposento...”

Nosotros habíamos hallado el tesoro que en vano buscábamos. Porque en las bibliotecas públicas de la pequeña ciudad, aunque bastante bien provistas, era imposible encontrar lo que nos apetecía. Lo nuevo, lo incitante, lo que en pequeñas pastillas habíamos podido saborear en revistas, en notas críticas. Pero no la fuente verdadera y total.

Un poeta sobre todos nos inquietaba y seducía: Baudelaire. Nombre de misterio y diablo, gatos negros, carroña y poesía. Mi hermano Alberto lo citaba con frecuencia y apasionada admiración. Allí esta-

ba: *Les Fleurs du Mal*. Desgraciadamente, en francés. O felizmente. Yo lo leía mal que bien, por habérmelo enseñado mamá para que leyera con ella a su idolatrado Lamartine. Julio Emilio no leía francés. En español solamente encontramos *Los paraísos artificiales*, libro que nos interesaba conocer con ingenua curiosidad malsana, porque por diarios y revistas de Quito y Guayaquil, sabíamos que los poetas modernistas ecuatorianos, seducidos por el grande y terrible francés, se habían entregado a esos paraísos. Uno de ellos, atacado de ingenuo y trágico satanismo declaraba frenético:

*"Voy a entrar al olvido por la mágica puerta
que me abrirá ese loco divino: BAUDELAIRE!"*

Nosotros, en la lejana provincia, "el último rincón del mundo", como la llamábamos con cierto inocultable orgullo de saberla lejana de todo y culta sin embargo, seguíamos con cariño y curiosidad el movimiento literario del país. Como no estábamos inmersos en él, como no se nos había pasado invitación para el paseo, nos sentíamos más libres. Y nos dábamos cuenta de que ya el modernismo estaba en su declinio y de que otras inquietudes, más americanas, más humanas, habían soplado por el mundo.

"Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje"

del admirado y querido mexicano González Martínez, era ya la nueva divisa de las gentes de nuestra promoción. Ni cisnes, ni duquesas, ni trianones... El culpable, este hermano mío Alberto, hoy tendido en su cama, en viaje de regreso de las comarcas de la muerte. Este hermano cuyos libros, unos pequeños, otros grandes de formato, como los de Don Quijote, estábamos, horas de horas, manejando con sobresalto, curiosidad y amor, Julio Emilio Ortega y yo.

--Mira, Juan Antonio, no seas malo, lee en español algo de Baudelaire, para ver si... Esta cosa, la primera...

Y yo, haciendo un gran esfuerzo, traduje:

"BENDICION

*"Cuando por un decreto de potencias supremas
El Poeta aparece en el mundo aburrido,
Llena de horror su madre y de horribles blasfemias,
Reta a Dios, que le tiene piedad, y así le grita:*

—*Habría preferido parir un nudo de culebras
más bien que dar a luz esta irrisión!*
*“Maldita sea la noche de lujurias efímeras
En la que concibiera mi propia expiación!”*

Y así, algo de aquí, algo de allá, con inmenso respeto a la literalidad perfecta, pasando por los horrores de la *Carroña* y la rebelde y triste *Letanía a Satanás*, hacia los remansos dulcísimos:

*“¡Sé bella y sé triste! Las lágrimas
Aumentan encantos a tu cara,
Como el río al paisaje;
La lluvia refresca las flores”.*

Encontramos luego a Verlaine, a Rimabaud... ¡A Rimbaud! El adolescente demoníaco y arcangélico, del que tanto nos hablara mi hermano. Y la historia crapulosa, para hablarse en voz baja, regresando a ver para que nadie nos escuche, de sus amores con el viejo sátiro, al que todos recordaban por los versos de Darío y las crónicas de Gómez Carrillo...

Y yo, a pedido de Julio Emilio, leía:

“¡Y esto es aún la vida! Si la condenación es eterna! Un hombre que se quiere mutilar, es un condenado, ¿verdad? Yo me creo en el infierno, luego, yo estoy en el infierno. Es el cumplimiento de lo que dice el catecismo. Yo soy el esclavo de mi condición católica, de mi bautismo. Padres: vosotros habéis hecho mi desgracia, mi perdición y habéis hecho la vuestra... ¡Pobre inocente! El infierno es para los católicos, no puede atacar a los paganos. Y esto es aún la vida! Más tarde, las delicias de la condenación serán aún más profundas. ¡Un crimen, pronto, un crimen, y que yo caiga en la nada, pero por la ley humana!”

Es curioso recordar ahora aquellas discusiones fervorosas, iluminadas de pasión, en torno del adolescente genial que, de los quince a los veinte años, pasó por la poesía como un meteoro deslumbrante. ¿Por la vida? Por la poesía pasó como una partícula desprendida del sol. Como una esquirla de las brasas del diablo. Como un arcángel maldito, como un satán adolescente. Y que era, para nosotros —¿quién iba a discutirnos eso que nos daba la gana pensar?— el más grande poeta francés de todos los tiempos!...

Provincia, provincia. Cosa divina y tonta. No, ustedes no saben, no pueden saberlo, lo que es leer a Baudelaire, a Rimbaud en la provincia más provincia del mundo: en Loja. Perversidad sin causa, sin aplicación, como esos estudios teóricos sin laboratorios de comprobación. Morfinómanos sin morfina, vicios nefandos entre gentes que se ruborizan delante de una muchacha, ella ya ruborizada al rojo vivo. Paraísos artificiales entre gentes que, a lo más, como un crimen, se han tomado, alguna vez, unas copas de vino dulce de consagrar, en la trastienda de "don Montesinos"... ¡Provincia! y allí Baudelaire diciendo a nuestros oídos:

*"Una noche en el lecho de una horrible judía
Como un cadáver junto a otro cadáver acostado".*

Y Rimbaud deslumbrándonos:

*"A negro, E blanco, I rojo, U verde, O azul, vocales,
Yo diré algún día vuestros significados profundos".*

O diciendo, arcangélico y diabólico, que rechaza a Dios...

Baudelaire, Verlaine, Lautréamont, y sobre todos, Rimbaud, junto a los ríos pequeños, los prados y las vacas. Hablando para unos mozos ingenuos, perseguidores de cholitas a las orillas del Zamora, y enamorados de sus "novias", ellas arriba, en el balcón, ellos abajo, en la esquina. No, nadie los conoce: mi Baudelaire, mi Rimbaud...

Eran luego, los grandes novelistas. Balzac, del que encontramos *Papá Goriot*, *El Lirio en el Valle*, *La Mujer de Treinta Años* y una bella edición de *Los Cuentos Droláticos* con grabados de Doré.

Pero, entre todos, Flaubert. Antes de su tragedia, mi hermano me había hecho que le leyera en voz alta *Salambó*, repitiéndome:

—Fíjate, muchacho, ni una palabra de más y siempre la palabra justa, la única palabra que hay para expresar las cosas. —Allí estaba *La Educación Sentimental* y, por fin, Dios mío, *Madame Bovary*. Llenas de notas y subrayas, en el texto y al margen. Julio Emilio, con su voz grave, modulada, sin énfasis oratorio —fuimos siempre enemigos personales de la oratoria, de Cicerón, ¡oh, Cicerón!—. Con su gesto característico de levantarse de cuando en vez el pelo que no se le caía sobre la frente, este muchacho sabía *ejecutar*, así, con verbo propio de la música, las *partituras* flaubertianas.

Luego de las lecturas, platicábamos, soñábamos y... hasta nos permitíamos encontrar fallas en las obras geniales.

Después, era Stendhal. Todo lo que de él queríamos, allí se hallaba. El tratado *Del Amor* en el que estudiábamos, el cholo Julio y yo, la teoría de lo que aún no habíamos podido practicar. Sobre *El Rojo y el Negro*, discutíamos con calor. La voluntad de poder, el amor y la muerte, conjugados en esa figura acaso poco amable, pero por nosotros admiraba: Julián Sorel. Y *La Cartuja de Parma*... Los Goncourt, Daudet, el extraordinario Maupassant. Zola, ¿por qué negarlo? nos entusiasmaba. ¿Era un deseo malsano de situaciones escasas, de pornografía, de sexo? Pues, han de creer ustedes que no. Creo que no. Porque Zola nos enseñaba actitudes. El caso Dreyfus, por ejemplo, nos apasionaba... Y es que estoy por creer que, en realidad, éramos en el fondo, unos rebeldes y lo que es más cierto, justicieros. Zola nos gustaba por su indeclinable ubicación en la orilla de la justicia, la piedad y el amor por los hombres. Acaso, también porque los curas viciosos de alcohol y mujeres baratas con hijos casi siempre abandonados, habidos en pobres campesinas y sirvientes; porque esos curas, desde el púlpito y el confesonario, anatematizaban al "inmundo Zola", el corruptor, el podrido Zola, "Zola-la-vergüenza". Habíamos leído ya, sueltas, separadas, algunas novelas del gran réprobo: *El pecado del abate Mouret*, *El Sueño*, *Magdalena Férat*. Pero sólo en la biblioteca de mi hermano encontramos, en una edición de fascículos baratos, la colección casi completa de *Los Rougon-Macquart*. No alcanzamos a leer mucho en ese mes de "vacaciones acostadas". Pero nos empeñamos sobre todo en dos novelas: *La Taberna* y *Naná*.

Ni Rimbaud, el serafín diabólico, ni Stendhal el supermoralista, ni Zola el librepensador humanitario, me alejaron del Cristo. Más bien me acercaron a él y me hicieron comprender que los cristianos negreros, esclavistas, explotadores y martirizadores de indios; los cristianos hipócritas, simuladores de virtud; los organizadores y negociantes de la guerra; los inventores de aparatos mortíferos para matar mejor, destruyendo ciudades enteras... Que ellos, todos ellos, están lejos de Jesús. Y que es por ellos "por qué Jesús no vuelve".

7

Mi hermano Alberto sanó completamente. También yo, aliviado ya, pude calzarme, volver al colegio, hacer mi antigua vida. Pero algo muy profundo se había cambiado en mí, después de esa nebulosa certidumbre de que alguien de mi carne y de mi sangre, ¡mi hermano Alberto!, había querido marcharse de la vida. Algo que no empañó los cristales de mi alegría ni mató mi optimismo. Pero que me hizo, ¿cómo podré explicarlo?, de otro modo. Me había nacido uno como impulso irreflexivo de acelerar el gozo de la vida, de descubrir todos los secretos del conocimiento, de la voluptuosidad, del amor. De todos los amores. Fui desde entonces un apresurado de la vida, valor y vamos andando, si me han de matar mañana como a los mexicanos que me maten de una vez como a los mexicanos. Y qué diablo, por qué me preocupo tanto...

Esta certidumbre de una muerte cercana, que nos circunda y aprisiona, que vela nuestro sueño. De una muerte hora a hora. De una sangre que como esa otra sangre hermana puede derramarse como agua de un pomo. Muerte posible, familiar y doméstica, convertida como una cosa —cosita así... De una muerte seguramente amable, bondadosa, deseable, como para que un hombre bueno, inteligente, puro como Alberto, la hubiese buscado como un reposo, una consolación.

¿Se debilitó o se corrompió mi concepción moral? Acaso no. Pero varió de rumbo. Se hizo esencial. Disminuyó la cantidad de nor-

mas. Podó lo excesivo y frondoso de mi código moral. Conservó sólo aquello que haciendo más bella y más buena la vida, hiciera más bella y más buena la muerte. Se debilitaron en mí los escrúpulos acerca del pecado. Me convencí de que si pido y doy amor, satisfacción, placer, no obro mal. No soy ni un corruptor ni un corrompido.

Desde entonces soy acaso mejor que si practicara las estériles virtudes de la renunciación, del ascetismo, de la *mortificación* del cuerpo y del espíritu. Amé más la santidad del que evita dolores, suscita entusiasmos, procura en forma activa hacer el bien. Pero no el bien para ganar el cielo o librarse del infierno:

*"No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte."*

No el bien que se pregonaba y se capitaliza: el bien para ser buenos, el bien para vivir, gozar, hacer gozar.

Me hice un más ahincado buscador de la justicia, defensor de los animales, protector de los niños. Quise ser para todos los hombres, un buen compañero de viaje hacia la muerte.

Jamás he conseguido un tan profundo enriquecimiento de mi sensibilidad como en aquella etapa intensa y corta de mi vida. Un *afinamiento de todos los teclados sensibles*, una *capacidad mayor de vibración de mis nervios*, más sana frescura de todas las fuerzas de mi ser.

Julio Emilio, mi eco, mi diapasón, mi triángulo sonoro, iba de sorpresa en sorpresa. Asistía, como me lo dijo deslumbrado, al espectáculo de mi regreso a una nueva infancia reflexiva, completada por una precoz entrada hacia los dominios de la madurez.

Entre las urgencias por vivir intensamente una vida que tiene allí cerquita las fronteras de la muerte, ocupó un lugar preferente el ansia de amor físico, de conocer mujer... Se había alejado cubierta por una niebla alucinante, la figurita impalpable y angélica de Lucía, la muchachita campesina. Lejos, lejos, como en la lámina de un cuento. Como una lucecita en el bosque de la lámina de un cuento...

Amar, poseer. Besar labios, penetrar en cuerpo de mujer. ¿El amor? El amor vendría luego, regresaría mejor. Con Julio Emilio nos planteamos, como un deber escolar, para este año, el hacer eso... Y a cada encuentro, nos interrogábamos con los ojos, que estaban puros y tontos, que no se manchaban todavía.

Yo no sé si en la conquista del placer fui apresurado o inexperto. Pero mis experiencias amorosas no fueron muy felices. Julio Emilio me venía hablando de una amistad muy estrecha que había hecho con una familia de csas despectivamente llamadas "de medio pelo". Y me animaba a ir con él, porque:

—Si vamos los dos, verás, seguro que "nos resulta". A mi chica no la dejan nunca sola, pero si tú te enamoras de la otra, entonces será todo más fácil...

Y me describía así la situación, entusiasmado:

—Madre viuda con una pequeña pensión de militar retirado. Casita propia, cerca del molino, con huerta. Tres tienditas, de las cuales alquilan dos para ayudarse y en la otra tienen pequeño comercio de "pulpería": víveres, hilos, botones y hasta medicinas. En la trastienda, que comunica con el patio de la casa por una pequeña puerta, "sirven" cerveza, pan con queso, cigarrillos y fósforos, a clientes de confianza, porque no tienen permiso de vender... Es lindo, verás.

Y fijamos para un sábado la primera visita mía. Las charlas del cholo Julio resultaron, más o menos ciertas. En efecto, la mamá, jamaona de buen ver, vecina de la cincuentena, tenía busto y caderas generosamente dotadas. Y un vaivén en los andares como canoa en puerto. Risueña, amigable, su virtud de antes, durante y después del matrimonio, era puesta en duda "a boca chiquita" por beatas chismosas y enredistas y en voz alta por donjuanes de aldea y "chumos" a los que no había querido fiar aguardiente esa "grandísima puta" de la Lola (cuando les fiaba era doña Lolita).

Pero, antes de esa primera visita, yo me informé como pude, por aquí, por allí. La cosecha fue buena: gentes mal pensadas y peor habladas, señalaban con pelos y señales entre los habitantes de la pequeña ciudad, a los diferentes padres de por lo menos tres de los hijos del finadito Mayor Echeverría Jijón. Mayor Ramón Echeverría y Jijón, a sus órdenes, carajo. De los dos primeros frutos del amor del Mayor y la fecundidad de la señora Lolita, nadie tenía nada que decir. Se le hubiese podrido la lengua al audaz calumniador que a semejante cosa se hubiera atrevido. Pero la duda, esa cosa asquerosa y babeante, mancillaba a la honorable y bondadosa señora en lo referente a los dos últimos hijos, un niño y un niña. Se citaban los nombres de un piadoso sacerdote y el de un comandante en retiro, los dos amigos íntimos del finadito. Se agregaban los nombres de un simpático y muy conocido sinvergüenza y el de un progresista agricultor... Como se ve, las malas lenguas no se habían puesto de acuerdo en la infame calumnia. Porque por lo menos sobraban dos

papás entre los cuatro señalados como progenitores de dos niños. Sólo que la aritmética...

Las dos primeras muchachas eran, sobre todo la segunda, María, el vivo retrato del Mayor Echeverría. Hombre romántico, este soldado de los buenos tiempos liberales, maduro ya y retirado, se había amañado primero y casado después, para "reparar la deshonra" de Lolita, cuando ésta se hallaba cerca de dar a luz a Angélica. Vino luego María y, con ella, la pobreza, la proximidad de la miseria. Su escasa pensión de retiro, bastante en los primeros tiempos, en los que el Mayor se ayudaba con pequeños negocios, se hizo insuficiente luego, por el encarecimiento de la vida, después de la Primera Guerra. Doña Lolita, embellecida con sus dos maternidades, tuvo que trabajar, abrir tiendita en el barrio, recibir gentes... Amigos del marido primero: el Comandante Ortiz Maldonado, el Canónigo Palacios. Luego, éste, ése, aquél, como en los ejemplos de gramática. El Mayor, entristecido, se dedicó a beber. Borracho llegaba a la casa por las noches, cantando, vociferando, llorando. Sus últimos años, meses y días fueron de pena, acanallamiento y sinvergüencería. Lloraba por sus hijitas, por María sobre todo y, a voz en cuello, gritaba que la sinvergüenza de la Lola era una grandísima puta.

Angélica era la mayor de las muchachas. Grande, morena, de cabellos ensortijados como el padre, con un cuerpo soberbio. Muchos novios, muchos enamorados, sobre todo entre los oficiales en guarnición en Loja o los viajantes de comercio. ¿Deslices? Quién sabe. La negra, como se la llamaba cariñosamente, era el diablo por lo viva y pillastrona. Se decía —¡oh, la pequeñita ciudad!— que cuando dejó el colegio de monjas para ayudar en la tienda a su mamá, se enamoró como boba de un joven teniente del Batallón *Pichincha*, de guarnición entonces. Buen mozo, moreno, *negrito lindo* como ella, dicharachero, generoso. Rasgueador de guitarra y cantador de pasillos: el Teniente Veintimilla, el guapo Teniente Veintimilla, quiteño de Latacunga... El era —todos lo sabían pero se hacían generalmente los pendejos— era el que había "desgraciado" a la señorita Angélica cuando apenas tenía diecisiete años, creía en el amor, en sus bellas palabras y en la pura soltería del joven oficial. El mismo que, después de haber pasado una temporada feliz de amor con la buena y dulce muchacha provinciana, había desaparecido un buen día de la ciudad, legalmente trasladado a otra plaza, cuando las señales inequívocas del amor fecundo, habían comenzado a deformar el cuerpo de la bienamada... De la tragedia de su juventud, Angélica había salido transfigurada.

Luego de días y días de llanto y deseo de morir, la chica se había decidido a confesárselo todo a mamá, quien después de la natural indignación del primer momento, expresada mediante unas cuantas bofetadas en la carita bañada en lágrimas, y después de haber desatado todo el vocabulario contra "el cabrón, hijo de puta y muerto de hambre de Veintimilla". Después de declarar que Dios es grande, que había librado a su hijita de casarse con el *para-nada* del oficialillo, clamó contra lo brutísimas que somos las idiotas de las provincianas, que nos dejamos deslumbrar por cualquier mequetrefe labioso que llega *díafuera a tirarnos prosa*. Bien merecido lo tenemos por pen-dejas. Luego... besos y abrazos a su muchachita inocente que se había dejado arrastrar a estos deslices, resolvió: a lo hecho, pecho, manos a la obra, aquí me picó la pulga, valor y vamos andando! Viaje a Vilcabamba donde una hermana menor, casada y dueña de un finquita de café y guineos, que podía hospedar unos meses a la chica, hasta que *se alivie*. ¿Pretexto? Pues que Angélica necesitaba descanso y, como era ahijada y la favorita de su tía, ésta le había pedido que fuera un tiempo a acompañarla, pues se hallaba delicada con unos reumas y tabardillos. Doña Lola se fue unos días antes a preparar el terreno. La hermana, bondadosa y dulce, como lo son las campesinas de esta tierra lojana, digna de que en ella hubiera nacido el niño Dios y en donde, ni de vaina, lo hubieran crucificado, entre otras cosas porque allí, en Vilcabamba no había judíos. Aun cuando, carajo, no nos hubiera redimido.

La hermana se llamaba Jesusita y sólo tenía dos hijitos pequeños. Era mucho menor que doña Lola, de la cual la distanciaban nueve hermanos. Por lo mismo, estaba más cerca de su sobrina en años que de su misma hermana. Y adoraba a Angélica, a quien le debía la maravillosa temporada de farras y paseos que había pasado en las últimas épocas de soltería, cuando había "salido a la ciudad", a prepararse el ajuar para la boda... Aquí, entre nos, Jesusita había conocido entonces al Teniente Veintimilla, qué rico, qué lindo, y se había puesto verde de envidia de su sobrina Angélica que se había "pescado" tan regio enamorado. Y todavía le quemaban la boca, los besos llenos de sabiduría del guapo Capitán Contreras —mi morlaquito adorado— que al bailar la poseía, llenando de fiebre sus noches de doncella, todavía, que debía guardar su doncelléiz intacta para el novio del pueblo, el buenazo y cazurro Valentín Jaramillo, que después de casados le había hecho los hijos mientras ella con los ojos cerrados, se entregaba a su "morlaquito querido".

Jesusita se sintió dichosa de poder ayudar a su "cómplice". A su

hermana mayor doña Lolita, la tranquilizó porque no debía ser tontita ya que todo saldría bien y hasta, segurito, hasta casada la podía mandar a la chiquilla... ¡Qué más se quisieran estos chagras brutos que una muchacha como Angélica! Y todo salió bien, en efecto. El muchachito del Teniente Veintimilla y de Angélica, fue incorporado a la familia de Valentín y Jesusita. Doña Lolita *ayudaba* con cincuenta sures para ropita y gastos del mocoso...

Y colorín colorado... Así termina la novela del Teniente y de Angélica. Y comienza la vida de la mujer coqueta, vivaz y desconfiada que administraría sabiamente su belleza y su ambición.

María, la segunda, es realmente hermosa. Fría, de apariencia por lo menos. Melancólica, distante. Lee mucho, y el hablarle de libros es el camino mejor de llegar a su confianza. La historia de su hermana, acaso la hizo poco crédula a las palabras y actitudes de amor. Pero cuando pude conocerla de cerca —porque ella debía ser mi muchacha, según los planes del cholo Julio— me encontré con un espíritu fino y hondo y con el más bondadoso corazón.

Esa tarde llegué solo. Julio Emilio había prometido ir más tarde. Le tocaba el turno de despacho en la tienda. Debía tentar mi suerte... Tenía un libro de versos de Rubén Darío en la mano:

—Venga, venga. Sé que usted lee muy bonito los versos.

Y me pasó el libro cerrado.

—¿Cuál prefiere, María?

—Bueno, veamos su gusto. Lea los que usted quiera, los que le parezcan más lindos...

Y yo, desconfiando un poco de las preferencias de una muchacha "así", de una muchachita de tienda, leí cosas fáciles y bonitas. Comencé por aquella *Sonatina*, con la que había conseguido éxitos entre gentes de la "buena clase":

"La Princesa está triste, ¿qué tendrá la Princesa?"

Me dejó terminar la lectura del musical poema, tan deliciosamente banal; pero no pudo contenerse ya:

—Usted lee lindo, Juan Antonio, pero me gustaría oírlo en otras cosas. Por ejemplo, verá, aquí, aquí... Se llama *Lo fatal*...

Y yo, sorprendido de una preferencia así, de fina y profunda, leí:

*Dichoso el árbol que es apenas sensitivo
y más la piedra dura porque esa ya no siente...*

He de confesarlo ahora: nunca he sido partidario de la recitación de poemas ajenos. Me ha parecido siempre una interposición intrusa de otra emoción, otra intención, otra vida, otra voz, entre el poeta y el silencioso, lejano y desconocido lector, a solas con su vida y con la poesía. Nunca me ha gustado que nadie interprete para mí, con voz y acción ajenos, mi Rimbaud, mi Keats, mi Hoelderlin, mi Machado, mi Neruda. ¡Déjenme solo, en soledad transida, al poema —ya ni siquiera al poeta— y a mí! ¡Déjennos solos!

Pero, a falta de esa soledad interrogativa, contemplativa, dialogante, qué bella tarde de pura y serena belleza pasamos María, yo y la poesía de Rubén. Hasta que, por la falta de luz, María encendió la luz eléctrica. Me pareció un aviso e inició la despedida. En ese mismo instante, entró el Teniente Rosero, que decían la cortejaba. Saludos, compra de un paquete de cigarrillos. Yo insisto en despedirme. Y ella:

—No, Juan Antonio, espere un poquito. No tardará en llegar Julio Emilio, que debía encontrarse aquí con usted. Y probablemente mi hermano Miguel Angel.

Yo le agradecí muy adentro de mí mismo, al propio tiempo que deseaba, con sencillez profunda, la muerte inmediata del Teniente, su desaparición milagrosa del mundo de los vivos.

Nunca hablamos de amor, de un amor nuestro, de ella y mío, entre María y yo. Nos acercamos, eso sí, en plática, a todos los amores de la historia y de la literatura... Aquella tarde en que le conté, con emoción, esa historia en que el amor aúlla a ratos como lobo en la noche, en que duele el amor y grita de júbilo el amor: la historia de Tristán e Isolda. Aquella tarde la vi palidecer y vi hincharse de lágrimas sus bellos ojos de color violeta. Esa tarde le tomé las manos, que estaban temblorosas y frías y que, como palomas ateridas, no me huyeron. Aquella tarde me estreché con ella, y la besé en la boca... Estaba fría, estremecida, casi dolorosa. Nada más.

El muchacho, primero de los hijos dudosos del Mayor Echeverría y tercero del hogar, caminaba por los diecisiete años: Miguel Angel. Por edad, por estudios, debió ser mi camarada, mi amigo. Pero, yo no sé por qué, no se daba ni se prestaba a acercamientos.

—Qué tal.

Nos decía displicentemente a Julio Emilio y a mí. Su mirada parecía ensombrecerse de odio, desconfianza. Sus largas y arqueadas pestañas, se volteaban hasta casi tocarse con las cejas espesas, cuan-

do abría, grandes, los ojos. Pareco como que veía, on cada visitante de su madre y hermanos, un asaltante presunto del honor de su casa.

María me explicó, con su voz suavecita, de inflexiones cálidas y su carita tranquilizadora, parte del enigma de Miguel Angel, el muchacho que se angustiaba por el ambiente familiar que lo rodeaba, y tenía celos de todo. Yo le rogué a ella —después de aquella tarde de Tristán e Isolda— que me recibiera en compañía de su hermano. Me dolía que este chico, al que sabía por María inteligente y bueno, me tuviera antipatía. Quería, al propio tiempo poner entre la muchacha y yo —con fracaso de los planes de Julio Emilio— un elemento de aproximación espiritual que excluyera todo peligro de desbordes pasionales.

¿Miedo de nosotros mismos? No sé. Yo había llegado a ella, reflexivamente, con lo que se llama “malas intenciones”. Pero, después de aquella tarde del cuento de Tristán e Isolda,

*Sólo quedó en mi mano
la forma de su huída...*

como en el poema de Juan Ramón Jiménez.

¿Huída de ella? ¿Mía? Con niebla de poesía velamos el instinto. Y allí donde, es verdad eso, llegué buscando la hembra desconocida, hallé la hermana, la compañera, preguntadora como yo de todas las preguntas...

Miguel Angel, hosco y zahareño al principio, comprendió. Y en él fui descubriendo como quien cava una mina, los más puros tesoros. La mayor cantidad de hombre bueno que hay dentro de los hombres. Nítido, translúcido casi; era un cristal de increíbles transparencias. Deliberadamente descuidado en el vestir, mantenía una cierta elegancia de un tipo especial, muy varonil, muy de hombre reñido con los acicalamientos petimetres que, ¡ay!, nos seducían un poco a nosotros. Miguel Angel era —y allí encontramos la mejor razón de nuestro acercamiento— un admirador, casi un discípulo del doctor Villarreal, nuestro Profesor de Matemáticas. Y al hablar con él, sin estridencias, era alguien que no quería o que no podía pertenecer al rebaño. No era un sometido, sin ser tampoco un insurgente por nada, un “rebelde sin causa”, como ahora se dice. No y no. El pensaba y obraba un poco al margen de todo lo convenido, de la norma seguida por todos.

Yo lo acerqué a Julio Emilio. A pesar de que Julio Emilio, que había ido a casa de las Echeverría en busca de “muchacha”, parecía haber caído en las redes de Angélica. Los tres, a veces con la presen-

cia incitante y reíadora de Angélica, platicábamos. Horas de exaltación, de pureza, de fe humana. Lecturas, planes, esperanzas. Miguel Angel —traicionado en su secreto de escritor por María— tuvo que leernos, en una de esas tardes un ensayo sobre el deber y la misión de los intelectuales en esta hora del mundo, con referencias de Romain Rolland y Henry Barbusse. En otra fui yo el lector de un cuento. María nos inspiraba y nos guiaba. Presencia lúcida, sin frondosidad efusiva. Un gesto, un silencio, una sonrisa, apenas el bien de una palabra suya: sus párpados tenían un modo de palomas al parpadear, que nos hablaban claro. Julio Emilio nos leía sus poemas. Poemas de amor, todavía.

Rosita, la menor, nos rondaba con su carita entre sonreída y ruborosa cuando la quedábamos mirando. Tenía unas pestañas largas, volteadas, que se abatían y se levantaban sobre unos ojazos de color miel de panela. Cerrados o abiertos, esos ojos traían la paz. Hacía bien hasta adentro contemplar esta chica. Todos —y ella cuando lo oía se ponía roja como una pitahaya— creían que la muchacha estaba enamorada de mí... Sólo recuerdo —y eso sí muy bien— que no la deseaba, a pesar de que era la época de mi espera urgente de mujer. Una tarde en que, como solía hacerlo con frecuencia, fui a la orilla del río, unas cuadras más allá de la casa de las Echeverría, Rosita se asomó por allí como haciéndose la enconradiza...

—Hola. Ya le contaré a mi hermana María que te encontré en el río sin duda citado por alguna muchacha...

Me dijo entre picaresca y frívola.

—Cállate, tontita. Bien sabes que ni espero a nadie ni estoy enamorado de María. Es amistad, compañerismo, lo que siento por ella, no amor. No estoy enamorado de nadie...

—Si es así, de veritas, voy a hacerte un ratito de compañía, para que me digas aquí, junto al río, esos bellos versos que lees o recitas cuando estás con Julio Emilio, Miguel y mis hermanas... Como a mí ni me invitan ni me hacen caso cuando están en sus tenidas en la casa... Me creen una mocosa. ¡Ya cumplí los quince años!

Oírla, dejar que me acaricie su gorjeo de pajarillo, que me miren y que dejen de mirarme sus ojazos color miel de panela. Lo confieso: tomé sus manecitas, tibias ellas como pecho de paloma y me acaricié con ellas las mejillas. Dije los versos populares del poeta de mi tierra:

“Si yo fuera pajarillo
de los sauces de tu río,

esperara, dueño mío,
que te fueras a bañar,
y al descuido te robara
de la frente unos cabellos
y alejárame con ellos
blando nido a fabricar.

“Si yo fuera un pajarillo
por tu estrado paseara,
y de intento no volara
si me fueras a coger...”

Y continué desgranando a los oídos de la muchachita, los versos ingenuos del poeta de “nuestro río”, bueno para las almas de las aves y los niños.

Ella, estremecida, como si sintiera frío, se acurrucó junto a mí y me pidió más versos, señalando algunos transidos de pasión...

—Sigue, no seas malito, sigue...

Yo, embriagado de música del río, de olor fresco de “muchacha en flor”, de paisaje y palabras, no sentí la mordedura del deseo y cualquier mal pensamiento lo hubiera desechado como una profanación. Las campanas de San Francisco, que tuvieron siempre para mí el secreto de todas las purificaciones, sonaron en ese instante el toque del *Angelus*... Callé. Pasó volando el ángel. Ella estrechó mis manos, que no se habían desunido de las suyas y se acercó tan, pero tan íntimamente, que su carita se rozaba con la mía, así, así, y sus labios, un poco temblorosos y como balbuceantes, se pusieron aquí, aquí, cerquita de los míos...

—Vámonos.

Dije poniéndome bruscamente de pie, e izándola igualmente a ella de un tirón, sin delicadeza, casi con violencia.

—Vámonos, ya es tarde, deben estar inquietos en tu casa, buscándote...

Bruto, rebruto que fui; al regresar a mirarle en la cara su silencio, vi sus ojazos de color miel de panela arrasados en lágrimas.

Sólo entonces comprendí. ¿Tuvieron la culpa las campanas de San Francisco, que me recordaron la hora, esa hora...? Todo era tarde y acaso perdido para siempre. En ese llanto de la niña enamorada en plenitud, en precoz amor entero, del alma y del cuerpo, se ex-

presaba la tragedia del amor no compartido, de la cálida entrega rechazada, de los labios y el cuerpo que se ofrecen y no son aceptados. En ese acto de dación sencilla, casi vegetal, se producía la oposición inhumana entre la Ley de Dios y la Naturaleza, de un lado, y las leyes de los hombres, los prejuicios, las hipocresías, de otro.

Ella, Rosita, representaba la verdad y la vida, ella el grito joven de una naturaleza poderosa y pura, de un cuerpo virgen que ansiaba realizarse por entero, inocente y jubiloso, frente a las cosas más bellas y radiosas, el prado, los árboles, el río...

Ella, Rosita, estaba ajena de las elaboradas y mortales sentencias del pecado, de la maldición de la culpa. Ella obedecía el mandato del espíritu puro, del cuerpo sano, del enamorado corazón...

Su vida en flor cumplía con el divino precepto de amar y darse, sin artificiosos frenos de una moral falsamente religiosa, en franca rebelión contra Dios, que quiere la pervivencia de la especie; una franca rebelión contra la naturaleza, en criminal virtud en que no incurre la flor que se ofrece abierta y generosa para el milagro sencillo de la fecundación.

Yo, con mi aparente generosidad caballeresca, representaba el más cobarde y repugnante egoísmo. Al no besar los labios que se me ofrecían, al negarme a poseer el cuerpo virginal que se me daba, no era sino un vil esclavo de los prejuicios, sobre los que vanidosamente creía haber edificado mi vida. Demostraba mi servil sometimiento a preceptos absurdos. Claudicaba ante el miedo de mi posible responsabilidad ante posibles consecuencias. Aceptaba el amor-pecado, el amor-culpa, el amor-mala-acción. Temía como cualquier hipócrita reaccionario, "perjudicar" a la mujer que pedía ser amada...

La muchacha lloraba despacito, sin sollozos, desde sus anchos ojos color miel de panela, capaces de ocultar o hacer salir el sol.

Cuando me quedé solo, me sentí desgraciado, en fea derrota para conmigo mismo, deprimido y pensándome en palabras mías de entonces, me declaré "un gran pendejo". Todas mis certidumbres de liberación se vinieron abajo ante esta gran verdad penosamente descubierta: continuaba siendo, al comenzar mi juventud, un sometido, un cualquiera, sin personalidad. Un mediocre.

La acompañé solamente hasta la puerta de su casa, en silencio. Al despedirme, me negó la luz de sus ojos grandes color miel de panela. Yo me alejé derrotado y culpable. Y mi aparente egoísmo de esa tarde, me dejó un feo regusto de amargura. Me sentí impuro y malo, indigno de ir, esa tarde a la esquina de Ella.

8

Era del barrio. La conocía mucho porque cuando más chicos los dos jugábamos a “las escondidas”, al “zapallito” y a los jueguitos malos de esos de irse por allí, por los rincones y dedicarse a los “tocamientos deshonestos” que decía el Padre Miguel.

Bonitiña fue siempre y se llamaba Miche, la Miche. Con su carita morena, su cabello rizado de zambita, sus actitudes picarueles de “muchacha de tienda” que vendía tamales en la calle y en las casas, con su batea en equilibrio increíble sobre su cabeza. Para todos tenía una buena salida, cuando se querían propasar con ella, muchachos y viejos.

—Manos arriba só... penitente.

—Ese tamal no se vende, mi blanco...

Se decían cosas de ella. Que el padrastro —amante de su madre, “papá” de su hermanito pequeño— el negro Morejón, Ambrosio Morejón, la había “desgraciado” cuando más chiquita, dándole a beber agua de adormidera pero que ella no se dejó nunca más... Que el cabo saxofón de la banda del cuartel, se la llevaba algunas tarde al río. Que el jefe de nuestra pandilla, Leonardo González, se la “aprovechaba” tras las puertas. Leonardo, todos ustedes lo saben, es incapaz de “alabarse” de éxitos con muchachas “decentes”. En cambio, chiste a chiste, es un gran bocón para referir escenas “coloradas” con sirvientitas y “muchachas de tienda”, a las que no cree hacer daño con sus habladurías.

Porque, ¿se han fijado ustedes?, la moral, la honra de las mujeres tiene dos límites dentro de los cuales rige: un límite hacia arriba y otro hacia abajo. La fragilidad, el peligro sólo tiene vigencia para la zona intermedia. ¿Que una mujer de alta posición, tiene amantes, engaña al marido? Pues, nada. Es una mujer moderna, "civilizada", libre de prejuicios ridículos y cursis. Una mujer que se da gusto, que sabe gozar de la vida, *trés a la page*... Porque unas palabritas francesas perfuman y enaltecen toda cochinado. Son como los "polvos de la Madre Celestina", porque

"Ella tenía seis oficios, conviene saber: lavandera, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos, alcahueta y un poquito hechicera".

En cambio, como veníamos diciendo, tampoco la moral y la honra juegan por debajo del límite inferior... ¿Qué honra ni qué ocho cuartos va a tener una indiecita, una sirvienta pata-al-suelo, una muchacha de tienda? Con ellas no reza aquello de la buena fama, de la virginidad, ni importa con quien se acuesta ni quienes son los padres de sus hijos.

Lo de la honra, la buena fama, sólo juega con la zona intermedia, la de las niñas que *deben* ser vírgenes, la de las casadas que *deben* ser fieles. Es esa zona de clase media la proveedora de vírgenes y santas, de mártires y putas. Para ellas el sexto mandamiento, para ellas el deshonor y la vergüenza y otras zoquetadas que, según el teatro de Calderón y Lope, de Tirso y de Alarcón, eran en España patrimonio de todas.

Afortunadamente, la Miche pertenecía al dichoso nivel de las mujeres que, desde que nacen hasta que mueren, no tienen, no pueden tener honor. Cosa de blancos, bonita. ¿El honor? No se ha sabido ni se ha ofrecido. Ellas tienen su virginidad hasta que dejan de tenerla. ¿Y qué?

El fracaso con Rosita me infundió valor e iniciativa. La Miche me coqueteaba con abierta sencillez, sin complicaciones. Sonreía, se volvía dos y tres veces para mirarme hasta entrar en su casa. Me hacía saludos con la mano. Leonardo González, que solía acompañarme en esta aventurilla, me alentaba:

—Vé, no seas pendejo. La chica te tiene "camote". Entrale resueltamente...

—Pero... Todos dicen que tu...

—Eso no tiene por qué importarte nada. Que dicen, que no dicen.

La muchacha, te lo aseguro, no es una santa, más claro ni el agua. Entrale. Como bonita, es bonita...

Y se extendía en lecciones generales, dándoselas de tipo experimentado, que sabe de la vida.

—Tienes que enamorarla, seguirla, decirle lindas cosas, hacerle sus regalitos. Nada de plata, eso sí, animal, nada de plata. Préstale novelitas rosadas y, cuando estés solo con ella, ofrécele cigarrillos rubios, ah! y enciéndeselos... Y, como te digo, no seas pendejo. Trátala como a una señorita. Tómale las manos, dile que son muy bonitas... Luego, claro, atraerla, besitos en la boca, manoseaditas de los senos. Nada de groserías ni apresuramientos. Calientala primero, choli, calientala primero antes de servírtela...

Mal me había ido en mis intentos anteriores de conquistar muchachas. Mal le había ido a mi amigo Julio Emilio, en su aventura melancólica con la muchachita campesina. ¿Por qué no seguir el sistema aconsejado con tanta precisión por Leonardo González?

Pero... hacer eso sin estar enamorado, sólo porque... Era una especie de remordimiento el que me atormentaba. En el fondo, timidez. Terrible timidez. Porque...

Bueno. Una mañana pasó, como otras veces, con su batea de ropa sobre la cabeza, acompañada de su hermanito, el negrito Miguelín, camino del río, a lavar y seguramente a bañarse. Como siempre, más que siempre, me coqueteó la chica. Con peligro de hacer caer la batea de ropa, regresó la cabeza para mirarme muchas, muchas veces. Yo, ¿lo creen ustedes? cuando estuvo lejitos, me atreví a mandarle un beso volado con los dedos. Así... Y ella me lo contestó también, así...

Corrí a mi cuarto en busca de un libro, última hipocresía, y la seguí hacia el río. Llevé también traje de baño y una toalla, ahora que me acuerdo.

Como quien no quiere la cosa, fui con mi libro y mi paquete, a la orilla opuesta del pequeño río, pasando el puente de madera, un poquitín más arriba del sitio elegido por ella. Bajo el sauce viejo, de tronco grueso y ancha copa, que da tanta sombra. Hice al principio como que no la veía. Y ella más o menos, lo mismo. Lavaba y golpeaba, lavaba y golpeaba. Me puse a leer el libro, con atención extraordinaria, tendiéndome al pie del árbol. Ah! También había llevado unas naranjas, como siempre. En mi tierra, para ir al río —casi no es preciso decirlo— hay que llevar “un pañuelo de naranjas”.

Miguelín sí me vio. Yo vi a Miguelín. Después de hacerle previamente una seña, le arrojé en el agua una naranja. El chico se lanzó, sin temor de mojarse el pantalón, a "pescar" la fruta. Y sólo entonces —vaya usted a creérselo— la Miche me vio a mí... Me sonrió, me desafió a bañarme, si era hombre. A todo esto, debo contarles que los lojanos llamamos "ríos", al Zamora y al Malacatos. El Zamora, es en verdad, no se lo revelen a nadie, un lindo, muy lindo arroyuelo, lleno de piedras medianas y piedras menudas, muy transparente de agua, muy lindo de borduras. Bueno, una preciosidad. Con unos pequeños remansos en las curvas, que permiten bañarse y, en ciertos lados conocidos por nosotros, hasta nadar un poquitín.

Acepté el desafío, y detrás del tronco del árbol, me desnudé y, ya en traje de baño, le hablé a la Miche:

—¿Está muy fría el agua? ¿No? ¿Por qué no se bañan ustedes, Michita y Miguelín? ¡Hace un calor brutal! Desvítete Miguel y méte-te en el agua. Aprenderemos a nadar los dos. —Le arrojé la segunda naranja y me fui yo mismo en su seguimiento, hasta acercarme donde estaba terminando su faena de lavar la Miche. El chico ya se había desnudado también y se metía en ese instante:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Mira, arriba junto a mi ropa hay más naranjas. Tráelas y ofrécele a tu *ñaña*...

Mientras el muchachito se alcejaba, yo le rogué a la Miche:

—Y tu, de veritas, ¿no vas a bañarte? ¿Me tienes recelo? Si no te bañas por mi causa, más bien me voy...

—Espérame un ratito, Juan Antonio. Claro que me voy a bañar. ¿Por qué te he de tener vergüenza? Nos conocemos desde guaguas, sólo que tú, ya de señor colegial, no le haces caso al pobre...

Todo esto dicho entre sonrisas que le marcaban los hoyuelos de sus mejillas morenas.

—Lo que pasa es que estás muy linda y que tienes muchos enamorados, y yo por no estorbar... Por ejemplo, el otro día...

—Calla, calla, tontito, desde ahora ya no va a ser así. Somos vecinos del mismo barrio, nos encontramos y como si no nos conociéramos. Se acabó eso, ¿no es así?

Todo lo palabreamos: nos encontraríamos esa misma tarde, a las cinco, ¿te parece, Michita?, frente de la "luz eléctrica" para irnos a pascar al "pedestal", a rezarle a la Mama Virgen, le dije con toda picardía.

—Claro, ya está. Yo le he de pedir a la Virgencita que haga que me quiera un poquito una personita que yo sé...

Llegó trabajosamente Miguélin, pisando entre las piedras, trayendo las naranjas. La Miche se alejó tras los árboles de sauce y regresó luego, luego, sonreída y muy linda, con su camisa de baño. Al entrar al río, lanzó unos grititos.

—*Achichay, uy, achichay*

para quejarse del frío. Sus senos pequeños, sus muslos bien formados se señalaban con el traje mojado. Yo, para no hacer visible la prueba de mi deseo, me sumergí en el agua.

Fue en esa tarde, al parpadeo de las primeras estrellas, bajo la mirada piadosa de la Virgen de Bronce. No en la primera tarde, sino después de varios encuentros románticos, tomados de las manos, paseando, por allí, con versitos cursis y cigarrillos rubios.

Fue en esa tarde. Ella sabía y segura. Yo estremecido y vacilante. Se me apretaban los dientes. Mis manos estaban temblorosas y torpes. Besos, besos sabios, despertadores y confortantes. Y, acaso prematuramente, se abrieron las fuentes de la vida y gocé entre espasmos, callado, avergonzado casi. Mientras ella desgranaba todos los diminutivos. ¿Y? Bueno, antes de ir a mi casa, quizás buscar a Julio Emilio. No, no. Tampoco. Ya se lo contaría cualquier rato. ¿Cómo llegar donde mamá? Mis ojos no los sentía puros. Quien sabe si... ¿Así que eso era eso? ¿Eso? Los ojos se me hincharon de lágrimas. Y me fui corriendo...

Esas viejas, las eternas viejas, todas ellas implacablemente tías, realizaron la repugnante hazaña: ir con el chisme donde mamá. Es que para brutos, nosotros. No nos escondimos, no nos recatamos. Todo el mundo nos vio, por lo menos en los paseos de las tardes por "el camino de la Virgen". Mi dulce, inteligente y confiada mamá no aceptó la delación rastrera de las beatas hipócritas. Cada una de las cuales tenía una o más sobrinitas anémicas, escrofulosas y feúchas, ¿feúchas?, feas hasta la obscenidad, como candidatas a esposas mías o de cualquier otro muchacho de buena familia y, sobre todo —esto de la buena familia es un poco secundario— "que tuviera en que caerse muerto". ¡Viejas grandísimas! Jamás de Dios he de perdonarles el que hicieran sufrir a mi mamá.

Eran legión, como los demonios en el Evangelio, las viejas desgraciadas. Por parte de padre y por parte de madre. Más, desde luego, por parte de padre. Pero la vieja loca de la tía Leonor fue la que montó la maquinaria del escándalo. Hizo intervenir a curas y frailes, ante mi abuela, ante mi hermana mayor. Los curas y los frailes celestinescos, abominaban del desliz de un joven de buena familia, que lo alejaba de la santa castidad matrimonial.

¿Desliz? He tenido yo siempre este defecto incorregible: poner en mis cosas, por transitorias e intrascendentes que fueren, una buena cantidad de corazón. Y puse corazón, les aseguro a ustedes, en mi aventura con la Míche. Gozaba con su voz, capaz de todas las dulzuras y modulaciones en los preludios de las horas de amor. Capaz de enronquecerse apasionadamente en las horas frenéticas de la posesión, para todas las malas palabras amorosas y los reclamos de la voluptuosidad insatisfecha...

—Más, cholito, más... bonito... un poquito más, no seas malito...

Gozaba con las miradas de sus ojos, aun cuando, como en el mardigral de Gutierre de Cetina, me mirasen airados. Ojos que se encandilaban de oro y de reflejos morados cuando se enojaba por lo que ella suponía infidelidades con las otras muchachas. Ojos que se azulaban de resignada tristeza cuando pensaba que no, que claro, no...

Potros nuevos e indómitos, no poníamos límites ni recato a nuestra mutua entrega. Nos buscábamos y sin acordarnos del resto de la humanidad, nos dábamos el uno al otro en cualquier parte: perlados por las aguas del río al salir del baño, donde volvíamos a sumergirnos después de la entrega, jadeantes y agobiados por la dulce fatiga... En los prados, en las zanjas, al pie de la Virgen de Bronce...

Las viejas arpías, esa bruja repulsiva de la tía Leonor, me hicieron indirectamente un beneficio: que mamá resolviera casi en secreto y temerosa de que yo no aceptara, mi viaje a Quito.

La eterna ambición: el viaje. ¿Para qué? Acaso todos los hombres, cual más, cual menos, han sido poseídos en cierta época de su vida —algunos como yo en todas las épocas— de la obsesión de andar, de trasponer la línea del horizonte natal, para ver... "Para ver el mundo", como dice la irremplazable expresión popular. Con Julio Emilio Ortega, en nuestras tardes de paseo por las colinas que bordean nuestra pequeña ciudad, nos perdíamos en sueños sobre el viaje. A donde fuese. A Europa, a París y Madrid principalmente. Pero,

naturalmente, pasando por las etapas previas de Guayaquil y Quito. Y se nos acababan la luz y las palabras ante esto: ¡el mar!

Quito, la capital de nuestra patria, nos ofrecía otra clase de incitaciones: la gloria, el estudio, el camino de los éxitos políticos. Y, bueno, carajo, las muchachas que allá parece que... "Ser algo", no enmohecerse, no perderse en el oscuro rincón provinciano. "Allá" sería otra cosa. Allá nos abriremos campo. Nuestro inmenso talento, porque, naturalmente, nos atribuíamos un inmenso talento, "allá" será reconocido y apreciado...

Nos faltaban eso que alguien llamara "la conciencia del propio límite". Armado con esta frase y su sentido, discutía apasionadamente con Julio Emilio sobre la necesidad de adquirir esa "conciencia del propio límite" que nos faltaba. Esa conciencia que está dicha tan clara:

*"Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir".*

Pero a los dieciséis años, qué lejos se está de la ceniza, del Eclesiastés, de todas esas cosas que hacen crujir los huesos y secan la saliva de la boca.

Viajar. Pero así, de pronto, con pocos días por delante para reflexionar, para reavivar las ganas que, en enredos de amor y besos, se habían enfriado y dormitaban. Desde luego, yo comprendí las intenciones, los temores de mi madre. Y me enternecieron casi hasta las lágrimas. Mi primera reacción fue no contrariarla. Mostrarme agradecido y jubiloso. Mi hermana mayor había escuchado toda la chismografía del coro de viejas hipócritas, presidido por la tía Leonor: que yo estaba ciego, como borracho, que la Miche me había atrapado en las redes del vicio y la lujuria. Que la madre de la chica, que era una grandísima, ayudada por el negro conviviente —que era el que había "perdido" a la muchacha para luego explotarla y venderla— me tenía preparada una trampa, la conocida trampa: sorprendernos en flagrante delito de "violación de menor", con aparato de testigos y el consiguiente escándalo.

Naturalmente, mi madre se alarmó en sumo grado y resolvió alejarme con la tentación del viaje. Lo primero que hice, después de la insinuación tranquila de mamá, fue buscar a Julio Emilio, con la inconfesada esperanza de que me apoyara. Contra mí mismo, contra

mi *voluntatem carnis*, cuya fuerza ni yo mismo conocía. La Miche^e...

—¡Hombre de suerte que eres! ¿Y cuándo piensas salir de aquí?

—Bueno, cholito, verás... esto de la Miche^e, pobrecita. Se me ha puesto que está encinta... Ella no me lo dice, por no atormentame. ¿Sabes? creo que ya son dos meses que no se ha enfermado...

—Mira, no seas tontito. (Primera vez que no me decía, como siempre, no seas pendejo). Yo sé que el más grande deseo tuyo, mío, es el de salir siquiera por un tiempo de aquí. ¿Lo vas a desperdiciar ahora que se te presenta así, de pronto, como caído del cielo?... Y luego, hombre, piensa en tu mamá que aún no convalece del asunto de tu hermano. Si la contrarías en esto, no sé...

—Si, pobre mamá. ¡Estas viejas malditas! Pero, ¿y la Miche^e? Se me hace un nudo en la garganta solamente en pensar en su carita llorosa y, bueno... Es que, para mí es la primera y... la única...

—Oye. Estás engañado sobre tus sentimientos por la Miche^e... Tú, óyeme bien, a la única que quieres es a Ella, y todo lo que has hecho, idiotamente, de publicidad en esta aventura, que es tu primera aventura, es por profundizar la zanja que te separe de Ella. En este pueblo pequeñito, lo que has hecho, sin recatarte ni esconderte, es para que Ella lo sepa. Y que por eso, Ella te odie. Ella te amará más y tú a Ella...

Julio Enrique^f, ciertito de Dios, *me sabía el alma*. Me estremecí hasta los tuétanos. Sí, en verdad, Ella...

—Oye: nadie como yo, después de tu mamá y de Ella, para sentir tu ausencia. Me quedo terriblemente solo. Pero sé que tú me necesitarás también allá y que harás algo para facilitarme el viaje. Luego, seguramente, volverás. Pero con el prestigio que dan los viajes. Y entonces, bueno, entonces, podremos realizar el apostolado por la justicia que el doctor Villarreal reclama de nosotros...

Lo de la preñez de la Miche^e... Lo que pasaba es que yo, en crisis de machismo prematuro, quería exhibir la prueba irrecusable de mi virilidad: un hijo. Con ella la cosa fue menos grave de lo que yo esperaba. Buena muchachita, ella. Sus ojos, que se hacían grises a ratos y azules y morados, se hincharon con las lágrimas. Me besó —cuando le conté mi viaje— con una ternura nueva y bienhechora en los ojos, en las manos... En esa tarde del anuncio melancólico, no... Conversamos. Me confesó que su mamá y el negro conviviente, querían casarla con el cabo o sargento ése del saxofón, al que, de veritas, nunca se había entregado. Que el negro seguía pretendiéndola, y que su pobre mamá sufría lo indecible, ya que el amante, cuando llegaba borracho, quería forzarla a ella en su presencia. Una noche

la mamá se había resuelto a protegerla, en momentos en que el negro se había lanzado sobre su cama, donde ella había estado dormida, y estaba tratando de violarla. El negro enfurecido, loco, había sacado a relucir un cuchillo blandiéndolo contra su mamá... Felizmente pudo salir hasta el patio de la casa dando alaridos y clamando socorro, seguida por ella en camisa... Se salvaron por la extrema borrachera del negro, que tropezó y cayó entre gritos soeces y amenazas sangrientas.

La pobre muchacha temía que algún día suceda una desgracia. El negro acostumbrado a la pereza, ratero, borracho y corrompido, había consentido en el matrimonio de la Miche^s con el cabo del saxofón, para que ayude a la mantención de la familia.

Ella estaba decidida, porque el cabo —que estaba loco por ella— le había prometido sacarla a cuarto aparte. Quería salir de ese infierno y acompañar a su marido, que además de saxofón era zapatero. Quería ser una buena mujer del pueblo, lo que era. Bueno, ¿qué más quedaba? Nos abrazamos y lloramos. Yo llegué a mi casa con los ojos tristes, pero puros.

9

—Ella se la pasa llorando. ¿Qué hay? ¿Qué le has dicho o le has hecho? Por más que le pregunto, nada quiere decir. Y llora...

Graciela Romero era, con Elvira Espinosa, la mejor amiga de Ella. Desde muy niñas las dos. Desde muy niños los tres, contándome yo mismo. Formaban el terceto inseparable para ir juntas al colegio, para reunirse los domingos casi siempre en la casa de Ella. Para jugar en las horas de recreo y conversar de eso, de él y reírse y ponerse coloradas y todo. A pesar de que la Madre Martita tan suavcita y buena o la Madre Elenita, la dientona tan brava y cantora del solo en el Himno Nacional, se empeñaban en separarlas, obligándolas a jugar con las demás muchachas. A saltar, a correr.

Graciela—pero si la tengo aquí, aquícito— rubia y ojiazul, tenía la risa más clara y alegre que jamás escuchara en mi vida. Había que reírse, sin saber nada del motivo, al escucharla. Y si no ¿cómo? Más bien gordita, picarona y bromista, era ahijada de mi abuela y vivía la mayor parte del tiempo en su casa, donde yo me pasaba también varios meses del año.

En Graciela, Graciña, asistí al paso maravilloso de la niña a la mujer. Nos bañábamos juntos en el río de la estancia de mi abuela y conocía a través de sus ropas mojadas, todas las colinas y valles de su cuerpo. Acaso la sorpresa del henchirse de sus senos pequeños, me despertó a la verdad de lo que era una mujer. ¿Llegué a desear-

la? Acaso no. Acaso sí. Recuerdo que disimuladamente, acercaba mis manos a sus senos —todo antes de que, bueno, Ella— cuando nos sentábamos todos, apoyados los unos a los otros, en la hora infaltable, todas las noches, de contar cuentos y “ejemplos”. Y descansaba, como quien nada malo hace, mis manos sobre su regazo.

—No, ejemplos no, señorita Josefina. Ejemplos no. Nos da miedo y no podemos dormir. Más bien cuéntenos, bueno, de cuando estaba enamorada de Don Adolfito...

¿La quise? No de amor, desde luego. Porque, bueno, Ella. Me sentía, eso sí, orgulloso, de la deslumbradora belleza de Graciela, que era la gloria de mi pequeña ciudad. Con sus largas trenzas rubias. Y toda blanca y gordita ella. Por eso, cuando el gran pendejo de Nicanor —el pobre Nicanor que acabó en un despenadero del camino a Sosoranga, desbarrancado por la mula, cuando volvía de Loja— me hizo bromas picantes respecto a Graciña, y me dijo esa estupidez, ¿la han oído ustedes? de

*A la prima
la pierna encima,*

me lancé a patadas y trompones, sin reparar en que el grandote ese podía destrozarme con sus enormes manotas de gorila.

No. No toleraba que en el colegio o en la calle, hablaran de Gracia con falta de respeto. Me indignaba también cuando el primer mequetrefe, de esos dados a aristócratas, se presentaba como enamorado de la chica y se atribuía éxitos de miraditas o sonrisas. ¡Con lo coquetona que era la bandida! Pero quererla de amor tampoco. Estoy seguro de eso. Bueno, es que, Ella.

¿Y Graciela me quería? Me lo he preguntado muchas veces. Nunca nos dijimos nada. Nunca. Sólo esa tarde, cuando quién sabe si con inconsciente crueldad, le hice la apasionada confidencia de mi amor, de toditito mi amor por Ella, Graciela, mi Graciña querida —siempre he sido un animal— lloró con lágrimas grandotas, dulcemente. Con unas grandotas lágrimas, cristalinas y tristes...

Solamente me dijo:

—Qué linda es Ella, qué buenita, qué dulce. Es la única mujer digna de ti. Y yo tontita, más que tonta, que no me había dado cuenta. ¡Claro! Si Ella no hace otra cosa que hablar de ti, de tu familia, de lo mucho que su papá quiere al tuyo, de lo que Ella adora a tu abuelita. ¡Claro! Tontísima que soy... Yo, sin ninguna piedad

para sus lágrimas, le seguí preguntando, exigiéndole palabras de Ella. Qué como me nombra, que si sabe esto o aquello, si me cree buena persona, si ha leído mis versos, si, si, si...

Graciela, Graciña. Toda mi niñez, toda mi adolescencia, hasta que advertí en la vastedad del universo, la existencia de Ella... Graciela fue mi confidente sacrificada y generosa... Me acuerdo esa vez, y esa otra vez.

Elvira Espinosa, por vecindad, un poquitín de parentesco con Ella y conmigo, era su confidente. Y sin embargo —todos los recuerdos fresquecitos me lo dicen— ella sí, Elvira Espinosa, estaba enamorada de mí. ¡Como repica aún en mis oídos la campana de plata de su voz! Cristalina hasta cuando, indignada, me contaba a mí, le contaba a Ella lo mal que de mí hablaban los jóvenes piadosos y virtuosos, parientes de todos nosotros, atribuyéndome siniestras cualidades de incrédulo, perverso, mal católico. Todo eso. No le importó nada que el Padre Vicente, el dominico ese de los sermones de moda y Director de la Congregación de las Señoritas de Pompeya, le recriminara su amistad conmigo, en presencia de sus compañeras en la Capilla del Rosario. Y llegaron a la barbaridad de afirmar que quienes mantenían relaciones con descreídos y librepensadores, no merecían la absolución. En respuesta, dejó de confesarse con el frailecito engreído y, para que la venganza fuera más cruel, resolvió confesarse en San Francisco, la iglesia rival, y nada menos que con el Padre Andrés. El Padre Andrés, ¿se acuerdan?

Elvira Espinosa era la confidente de Ella. Más que confidente, su otro yo. Fina, inteligente, mejor alumna y con mejores notas que Ella en el Colegio. No, para qué decir lo que no es: Elvira Espinosa no era bonita. No era tampoco fea. Buen cuerpo, elegancia, pero la carita mismo, pecosilla, con ojos grandes y, por un poco miopes, ligeramente dormidos y asombrados. Cejas demasiado finas, como pinceladas de negro sobre blanco. Y allí, debajo, cubiertos por unas pestañas, eso sí, muy largas y volteadas, unos ojos... ¿Eran pardos, castaños? Negros, no. Pero bastante oscuros, y extendidos de bondad, con su poca y difusa luz.

Elvira era el satélite claro, luz refleja, luna. Me quería a mí, de eso estoy seguro, pero era ante todo un accidente de Ella. Y cuando supo la cosa, eso entre Ella y yo, bueno, pues se dedicó a apoyarlo, a servirlo, con devoción para Ella y para mí.

A todo esto, ¿cuándo, en qué momento entró Ella en mi vida en calidad de... Ella? Nos conocíamos desde toda la vida. Muchas cosas de la infancia las vivimos juntos, con Graciela, Elvira, sus hermanos, los míos. Yo la *sabía* desde siempre. Pero, lo que pregunto ahora es ¿qué conjunción de astros se produjo para que la muchachita mil veces vista, mil veces oída, se convirtiera en Ella? Ese día, esa hora, ese minuto habían llegado. Fue esa tarde —eso sí, fue en una tarde— cuando estremecido, tembloroso casi, miré que Ella, al encuentro de su mirada con la mía, bajó los ojos y su carita se puso rosada, florecida de rubor. Sonaba en San Francisco una gloria de campanas vespertinas. Yo andaba, por allí con Julio Emilio, que estaba enamorado de la morenita esa que le coqueteaba de mirada y sonrisa. Además de la *Suca*.

Fue un cuatro de Octubre, día de San Francisco, fiesta grande en nuestra pequeña ciudad y, particularmente, en el círculo de nuestras dos familias. Ni al entrar a la iglesia, ni al salir, me acerqué a Ella y su familia. La saludé de lejos, ¿por qué? Me sonrió casi sin mirarme, con los ojos bajos, con las manos nerviosas estrujando el pequeño devocionario. Esa tarde murió la compañera, casi la hermana de mis tiempos muchachos. Esa tarde nació para mi vida, para su vida acaso también, Ella...

No, es verdad, nunca nos hablamos de amor. Esas cosas del te quiero más que a nadie, te quiero a ti sola, nunca he querido a nadie como a ti... Nada de eso. Cambiamos unas flores. Yo le mandaba libros, mis libros más queridos. Los que le gustaban a mamá. Lamartine, claro. José Asunción Silva, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez. Sobre todos, Bécquer. Mis palabras de amor le dijeron a Ella los poetas. Subrayaba en los libros lo que quería decirle:

*"Hoy la tierra y los cielos me sonrían;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!"*

Todas las cosas claras, todas las cosas puras que hay en mí, Ella las puso sin saberlo quizás. Y las seguirá poniendo desde esa época azul, sin dolor casi por mi larga ausencia y mis malos amores, en que la muerte la convirtió en estrella para mí...

Acaso fue siempre, desde antes de la vida y después de la muerte, una estrella. ¿Quién me lo va a negar? ¿Quién puede decirme lo contrario?

Tengo capacidad plena, derecho absoluto, ciencia y verdad suficientes para sostener ante un sínodo de graves y adustos catedráticos de filosofía, de economía, de astronáutica y de poesía, que Dulcinea del Toboso existió; que Beatriz la del Dante anduvo por la tierra y por el cielo, acompañando al poeta atribulado. Mi realidad, tan real como las nubes, los rayos de sol, la luna y las violetas, es Ella...

¿Qué cantidad de amor ha puesto Ella a lo largo de mi vida? ¿Qué intensidad de luz puso su presencia delante de mis pasos? Más que de intensidad puede hablarse de extensidad. Porque sin frenesí, este amor cubre todas las horas de la vida. Todos los sitios de la vida. Como el deseo de paz, como el amor del mar y el gusto por los niños, las aves y la música, como el dormirse cuando chiquito, en brazos de mamá, como pegarle al hijo de la cocinera, como robarme esas manzanas del huerto del curita vecino, como el alivio del dolor de muelas, como día de vacaciones cuando no tocan vacaciones, como no saber la lección y que el profesor no nos pregunte, como alcanzar a rascarse en medio de la espalda, como no rezar el rosario, como...

El amor por Ella no se opuso a los amores. Lucía, la de los ojos de color no visto, campesina dulce, inmaculada, que me dio ternura de mirarme, de andar por ahí. María, a quien besé una boca estremeceada y estreché unas manos heladas aquella tarde en que leímos la leyenda de Tristán e Isolda. Su hermanita pequeña, Rosita, a la que tuve junto al río reclinada en mi hombro. Rosita la que me ofreció sus labios en gesto de inocente, lasciva y virginal entrega; a la que no besé ni poseí por falsos prejuicios de respeto y, acaso, por timidez, por miedo. La Miché, la primera en la carne y la ternura, sabia en eso... Y luego, bueno, la negra aquella que fue todo, todo para mí, bondadosa y malvada, fiel y traicionera y que tenía toda la ciencia para guiar mis pasos por los caminos de la voluptuosidad.

El amor por Ella, ¿quieren creérmelo? coexistió con los amores. ¿Que esto no tiene explicación válida? ¿Que es un donjuanismo malo y de segunda mano? Posible. Pero para mí, era la posibilidad de Dios y el resto. La posibilidad maniquea de la creación buena y la creación mala. Para mí Ella es, ha sido y será. Cubre todas las zonas altas de la vida. Las nubes allá arriba, acá abajo, los valles y el camino. ¿Sería Ella lo que los católicos llaman *el ángel de la guarda*?

Por aquella época, con mis dieciséis años jaraneros, solía trasnochar frecuentemente. Mamá sufría, por temor a que... En *jorga* alegre con mis amigos, por las calles de mi pequeña ciudad, tiritando de silencio y, luego, cantando los *serenos*. Ladridos de perros callejeros, disgusto de la gente sería a la que "esos tunantes" no dejaban dormir. Alguna vez, muy rara, un hilito de luz detrás de una ventana. Yo, ¿lo sospechaban ustedes?, nunca he sabido cantar. Ni tocar bandolín ni guitarra. Nada de Dios en cosas de música. Salvo estas orejas sabias y sensibles para oír trinos de pájaros, arias de Scarlatti, la voz de Ella y todo, pero todito Mozart, que siempre estuvo hablando con los ángeles.

Pero tuve siempre amigos que sabían el arte de las serenatas. Cantar pasillos. De los tristes, de los desesperados, de los que amenazan suicidio y tumba fría. De los otros también, ingenuos cantos de amor.

Helada, cortante esa noche de junio. Ráfagas frías, llovizna, garúa.

—Comencemos por San Sebastián, donde la morena de Leonardo. Puede que hasta nos abran y entonces, tuna segura.

—No es cosa de tunar, sino de hacernos presentes ante todas las chicas nuestras enamoradas. Comencemos por donde diga Juan Antonio. Como este pendejo tiene tantas...

—Bueno, si quiereñ vamos antes de *chumarnos* donde mi prima Sofía, la Sofia Armendaris...

Yo no soltaba jamás el nombre de Ella. Cosa sacrosanta, que sólo la sabía —cómo no saberla— Julio Emilio. Y daba el nombre de Sofía.

Prima mía linda, Sofía, ¿dónde estás? Entre copitas de coñac y con la guitarra en la mano, —sin quererme ni una gota— me cantaste quedito, dulce, eso del poeta suicida de Guayaquil:

*Para envolverte en besos quisiera ser el viento
y quisiera ser todo lo que tu mano toca,
ser tu sonrisa, ser hasta tu mismo aliento
para poder estar más cerca de tu boca...*

Al filo de las cinco de la mañana, fatigado, cargado de copitas, empapado por la llovizna constante, aterido de frío, tosiendo, tosiendo llegué a mi casa, esforzándome por acallar la tos para no despertar a nadie, especialmente a mi mamá, con su sueño tan leve.

Mamá tenía por costumbre —y ése era mi temor y mi castigo cuando estaba en falta— servirme personalmente a la cama, a las seis de la mañana todos los días, una taza de café negro, muy fuerte, como nos gustaba a ella y a mí, antes del desayuno general. Cuando yo había trasnochado, sobre todo cuando había bebido licor, me horrorizaba el pensamiento de ser sorprendido por ella, por el vaho alcohólico de mi aliento y de mis ropas.

En esta ocasión —ella me lo refirió después— al entrar y descorrer las cortinas se encontró con un espectáculo aterrador: estaba yo tendido medio cuerpo en la cama, a medio desvestir, con la cabeza caída contra el suelo, los dientes apretados, pero dejando pasar espuma por entre los labios pálidos y resecos; la respiración silbante con estertor extraño, entrecortado, como el balido de una cabra. Y mezclados a la espuma que dejaban pasar los labios y los dientes que crujían y entrechocaban, tenues hilillos de sangre.

Lo primero que hizo ella —mamá me lo contaba después—, fue levantar mi cabeza, apoyarla en las almohadas, limpiar de mi boca la espuma y la sangre. Acabar de desnudarme, con gran dificultad, descalzarme sobre todo y pasar sus manos por mi frente que estaba ardiendo en fiebre, reseca la piel, los ojos semicerrados, opacos, deslucidos. El cuerpo todo estremecido y tembloroso. Al sentir la suave presencia de mamá, entre gemidos decía:

—¡Mamá, mamá!...

Rápidamente salió mamá en busca de mis hermanas y ordenó al negrito macareño que era mi compañero, sirviente y condiscípulo, que volara en busca del doctor Ledezma, médico de la familia. Mientras tanto ella, como buena ama de casa provinciana, hizo el diagnóstico rápido e infalible:

—¡Pulmonía!

El terrible nombre era entonces como el pronunciamiento de una sentencia de muerte:

—¡Pulmonía!...

¿Me comprenden ustedes? ¡Ah, la gente de ahora! Nos hallábamos a muchos, muchos años de distancia de la penicilina y de la bomba atómica, las dos secuencias buena y mala que nos trajo la guerra. Y estábamos además "*en el último rincón del mundo*" como llamara hace años Benjamín Carrión a mi pequeña ciudad.

Dulce tierra y bella época de yerbatería y ensalmo, cataplasmas y emplastos, reliquias y oraciones de santos, pegadas con agua bendita en la parte dolorida, leche de tres indias solteras biemparidas, orinas de vaca negra, apósitos de mostaza, parches de cantáridas, agua

enserrenada, borraja con leche y sal, llantén y ruda, monte-de-gallinazo y, sobre todo, ortigas, ortigas, ortigas hasta hacer sangrar. Y el santo, San Vicente o San Antonio o los dos juntos, puesto de espaldas, castigado con poncho de indio, gorra de policía o sombrero jaramo.

Cuando la cosa se ponía de peligro —así lo hizo la Sebastiana cuando mi enfermedad— se llevaba a San Vicente a la boca del horno grande de la cocina, y allí sacudía fuertemente a la imagen, la azotaba en su santo trasero de madera con goznes de alambre, levantándole los santos ornamentos. Y con palabras devotamente insultantes, le decía:

—San Vicentito milagroso, te juro por la mamita Virgen del Cisne y el Niñito del pesebre, que si no lo curas prontito al niño Juan Antonio, te dejo para siempre metido en el horno y no te saco ni cuando lo encienda para hornar el pan...

Dulce tierra y santa época de milagrería y de fe, en que gentes sencillas y buenas descansaban convencidas de que convivían con Dios y con los santos en buena camaradería cotidiana y confianzuda; en que sin verlos —a Dios, la Virgen y los santos— sin tener ni esperar jamás una respuesta, mantenían largos diálogos, esperanzados y tontos con ellos. Vivían convencidas de que las Divinas Personas eran capaces de sentir como los hombres, los infelices y resignados hombres, un dolor de barriga de niño o de ternero; un dolor de hombre traicionado por “esa ingrata e infiel mujer”; un dolor de muchacha preñada por el soldadito que le había jurado “amor hasta la tumba”.

Gentes sencillas y buenas que no se habían dado cuenta, como en las ciudades civilizadas, que el Altísimo estaba tan alto, allá arriba, para no oír la música de los hombres, hecha de cañones y clarines, de ayes lastimeros de bestias y de niños, de gemidos de hambre y de miseria, de protestas contra la injusticia, la explotación, la pérdida de la libertad. Para no oír la música secreta de las mentes más sabias de la tierra, empeñadas en descubrir cada día, en nombre del cristianismo y la civilización, las cosas más eficaces y rápidas para matar y destruir...

Dulce tierra y santa época en la que no se sabía que, entristecido y derrotado por sus falsos prosélitos, sus hipócritas devotos, Jesús se había ido, ofreciendo volver el momento en que sus redimidos, como nunca irredentos, dejaran de matar aves y destruir ciudades enteras, permitieran o hicieran morir de hambre a los hombres, las mujeres, los niños. Esos niños que El quería que se le acercaran.

Sinite parvulus venire ad me.

Cuando sus redimidos, hoy más que nunca irredentos, dejaran de odiarse los unos a los otros, contrariando el precepto. A éste porque es negro, a ése por amarillo, al ótro porque es indio. Cuando no hubiera miseria para los únos e inútil riqueza para los ótros. Cuando no murieran los pobres bajo los puentes del Sena, en la negrería de Harlem, en las favelas brasileñas, en los jacaes mexicanos, en las "callampas" chilenas, las "villa-miseria" argentinas, en los pantanos de la India, en la charneca venezolana, en las minas de diamantes de Katanga, y en la guerra malvada, *pan nuestro de cada día...*

Dulce tierra en que a Jesús —niño, hombre, crucificado— se lo creía persona familiar y cotidiana, compañero de las horas buenas y de las horas tristes, sanador de enfermedades, secador de lágrimas de niños, seguidor de novios para las niñas feas; a nadie se le ocurrió preguntar, porque nadie pensaba que se hubiera ido, *¿por qué Jesús no vuelve? ...*

10

El doctor Ledezma, que acudió rápido y acezando, con su papadita conmovedora de gran bebé sonriente, confirmó —así me lo contaba ella minuciosamente después— el diagnóstico de mamá, después de prolijos y bruscos golpecitos en todos los sitios dolorosos de mi pobre cuerpo ardiente, seco, consumido por la fiebre. No dijo la misma palabra de mamá, simple y conocida, roja y doliente como una puñalada: pulmonía. El tecnicizó el nombre del instrumento de muerte: bronco-pneumonía a la base del pulmón derecho, con posibilidad de complicaciones cardíacas o meníngeas, si no se dominaba el acceso febril: 40° 9 décimas, con termómetro aplicado por vía oral...

Mi madre, mis hermanos, el médico —los médicos luego— y la ciudad entera, mi pequeña ciudad de Loja, se dedicaron a curarme. Y, sin importarle nada del *qué dirán* de las gentes, Ella.

Intervinieron los santos, la Virgen del Pedestal, la curandera de las Tres Leguas, doña Estefanía, el niño Jesús del Pesebre de mi hermana mayor, las Madres Marianitas a pedido de Ella, los Padres Franciscanos, los canónigos, el Obispo, mis condiscípulos del colegio, los peones de la estancia de mi abuela, doña Santos Campoverde, que sabía secretos de la ruda y de la *casamarucha* —¿qué fuera si *casamarucha*?— Graciela, linda muchachita Graciela, que hasta organizó una serenata de mis enamoradas para cuando salí de peligro; los *pelacoches* que resolvieron turnarse el uno y el otro, Pancho y Minga, para pasar las *malas-noches* velando a la cabecera del moribundo...

Y Julio Emilio, heroico, imperturbable, sin dormir casi veinte noches seguidas.

Cholo querido, Julio Emilio, tan lejos que te fuiste, tan lejos... ¿Lo recuerdas? Una tarde, al séptimo día de la enfermedad y como la fiebre no cediera a pesar de las ventosas, el parche de cantáridas, ¡ay, ay, ay!, los sudoríficos, los antifebrífugos —¡cómo suena a primitivo y salvaje todo eso en esta época de antibióticos, combióticos y mil pendejadas parecidas!—; una tarde, el doctor Ledezma le recomendó a mamá que me hiciera ingerir la mayor cantidad posible de coñac —bueno, o de ron o de pisco— como estimulante interno. Y que volvería a la visita de la noche para ver cómo seguía.

Siempre me ha gustado el coñac, pero en mi garganta llagada y dolorida me caería como plomo derretido en la novena paila del quinto infierno. Y ni los ruegos de mamá —me lo contaba después ella— pudieron vencer esa humana resistencia. Pero Julio Emilio sí podía. Era tal la influencia que la bondad sin reservas de este muchacho ejercía sobre mí, que mamá concibió el plan —todavía pone cara de susto cuando lo recuerda y me lo cuenta— de pedirle a mi amigo que se quedara acompañándome y que me exigiera que, de cuando en cuando, tomara una copita de coñac, porque ése era el mejor remedio para la pulmonía.

Un momento a solas con el cholo Julio me hacía gran bien, lo anhelaba aún bajo el estado febril: podía preguntarle por Ella, saber de Ella, rogarle a Julio Emilio que le dijera que a todas horas pensaba siempre en Ella, que la nombraba, la llamaba...

Parece que en aquella tarde mi estado presentaba caracteres alarmantes. Abatimiento, persistencia de la fiebre por sobre los 40°, frecuentes estados delirantes. Julio Emilio, a pedido de mamá, se quedó pues a solas conmigo y con una recién descorchada botella de coñac Martell. Y el ruego angustiado de mamá:

—Julito, sólo usted ha de conseguir que el muchacho tome la mayor cantidad posible de coñac. El médico lo recomienda como el mejor auxiliar del tratamiento. Con usted, Julito, no se ha de negar porque lo quiere mucho...

—Pierda cuidado, Señora. He de hacer lo posible, todo lo posible porque...

Y parece que los ojos del muchacho se perlaron de lágrimas.

Mi estado —según después me lo contaba Julio Emilio— era de semidelirio con frases inconexas en las que mezclaba mi cariño por él, malas palabras...

—Carajo, creo que estoy fregado y que de ésta no salvo... cosas de nuestra camaradería, de nuestros estudios o paseos y, con insistencia, el nombre de Ella.

Aprovechándose de eso, Julio Emilio me había pedido que tomáramos una copa en recuerdo de Ella. Y que yo, sin vacilar un instante, había aceptado. Que, llevado por el entusiasmo, y en pleno delirio febril, le había pedido ayudarme a incorporarme en la cama sostenido por almohadas. Que como si me hubiera sentido transportado a un bar, a la trastienda de una cantina, era yo el que pedía,

—Sirve otra copa cholito. Por ti, por Ella, ¡salud!

Y yo, como en las farras:

—Toma todito, seca y volteada, por tu ñata, por ti, por Ella...

Y así, una tras otra las copas, sin parar. Y en esa casi trágica conjuración entre la fiebre y la borrachera, me había jurado que Ella vendría, que con mi mamá irían a traerla

—Porque, te juro, cholito, que al verla, me sano. No te quepa duda, cholito, me sano...

—La traeremos, sin falta mañana, segurito... Pero si Ella me ha dicho que quiere venir, te lo juro por diosito...

—Por Ella, porque venga mañana sin faltita, ¡salud cholito!

—¡Salud!

De pronto, y cuando la botella de coñac se había disminuído notablemente, Julio Emilio, a pesar de haber bebido, observó que algo extraño me estaba ocurriendo. Mi voz se hizo más débil, casi imperceptible. Las palabras entrecortadas, balbucientes... Mi cabeza se desplomó sobre la almohada y mi frente, violentamente pálida, se perló de sudor a gota grande. Me tocó la cara mojada, las manos húmedas y ardientes. Empavorecido, trastornado salió Julio Emilio en busca de mamá:

—Algo le pasa, señora, a Juan Antonio... voy por el médico.

El doctor —mamá me lo contaba después— tomó las cosas con calma, casi sonreído, frotándose las manos, después del examen del pulso, el corazón... Y, después de que declaró:

—Ya salimos adelante, Señora, ya, por fin...

se dedicó —qué indignación que tenía Julio Emilio al recordarlo, indignación agradecida y afectuosa— a preguntarle detalles de la *chuma*, de la borrachera salvadora.

—Claro, como toda borrachera, mi señora, por mucho que digan lo contrario...

—Conque salud, cholito... ¿Y qué más, Julio Emilio?, cuente, cuente no más...

Ante el silencio casi indignado del malhechor, continuó el médico:

—Oiga, joven, me parece que entre usted y el coñac, han salvado al muchacho, sí mi Señora, como le digo: lo han salvado... Lo que ahora tiene el enfermo es una *mona* fenomenal conseguida en estado de extrema debilidad, después de siete días de fiebre, sin haberse alimentado. Eso le ha traído lo que más buscábamos: una transpiración abundantísima que no habíamos podido conseguir con las medicinas... Pues sí, lo han salvado.

Lo dicho por el médico se confirmó luego. Un estado de sopor profundo, respiración más normal, accesos de tos menos frecuentes y los hilos de sangre en las espectoraciones más escasos y débiles. El sudor se había generalizado a todo el cuerpo, haciendo preciso que me cambiaran de ropa de dormir con frecuencia.

Emprendí mi viaje de regreso a la vida en un estado de sensibilidad exacerbado, pero optimista, esperanzado. Había puesto delante de mí una vitalizadora cantidad de futuro.

Estaba tiernecito, con vida renovada, enverdecida, reflorecida. Todo yo era un cántico de resurrección. El hambre, casi desaparecida, empezó a hacer su aparición exigente, que había más bien que contener.

Fue entonces cuando comprendí —al conocerlos por las referencias de mamá, mis hermanas, todos—, Dios se los pague, todos los bellos, casi heroicos actos de bondad que en torno a mi vida en peligro de muerte se habían desarrollado. Gentes buenas y simples que se habían dado enteras a la faena de salvar otra vida que les era querida. Lucha esforzada, cuerpo a cuerpo, de horas y minutos, con la presencia y el desvelo. Nunca después sentí con tanta intensidad rondar en torno de mi vida, que regresaba lentamente de las fronteras de la muerte, mayor caudal de humana y sencilla bondad.

Fue una segunda y más profunda infancia. Infancia a la que asistí como actor y espectador. Más tierna que la otra, a la cual asistimos con nuestro tímido despertar de inteligencia y sensibilidad.

Mi primera extrañeza fue el encontrar mi pie izquierdo, debajo de las sábanas, calzado con un extraño borceguí o pantufla cuidadosamente atado con cordones de hilo de plata trenzada. ¿Qué era eso? ¿Para qué servía? ¿A qué énsalmo, hechicería, magia, se habían ren-

dido mi madre y mi familia, en la angustia de pelear con mi muerte?

—Mira, me dijo mi hermana mayor, fue Ella la que les pidió a las monjitas de su colegio esta reliquia milagrosa que había sido usada por la Santa Fundadora...

—¿De veras, de veritas?

—Bueno, y no sólo eso. También se consiguió el Clavo Santo, tocado en uno de los Clavos que atravesaron pies y manos de Nuestro Señor.

Se lo pidió, casi llorando, al Canónigo Ramírez, tío de todos en Loja, casamentero, urdidor de hogares cristianos, quien se lo prestó asegurándole a Ella que el Clavo Milagroso me salvaría para que él nos diera pronto la bendición a los dos, sus más queridos sobrinos.

¿Ella y yo éramos parientes? Acaso no, en línea de consanguinidad. Pero como en el caso del simpatiquísimo Canónigo Ramírez, loquillo como una cabra, en mi pequeña ciudad todos los tíos eran tíos de todos.

Esa mañana la vi. Esa mañana tuve la señal verdadera de mi resurrección. Esa mañana recibí en mi cuerpo el estigma milagroso de la vuelta a la vida.

La vi. No se acercó del todo a mi cama de enfermo. Con su cabecita ladeada hacia la izquierda y los ojos ávidos de verme, grandes, ¿se acuerdan ustedes?, grandes y, bueno, así de dulces y luminosos. Me habló. ¿Qué me dijo? ¿Para qué contarles? Ustedes no me pueden comprender: jamás vieron sus ojos, su sonrisa, ni escucharon su voz. Entonces ¿cómo?

Acompañada, casi empujada por Graciela, se aproximó un tantito así y me alargó su mano, su manecita estremecida. Rozó la mía y luego, para preguntar, para asegurarse de mi mejoría, la pasó por mi frente aún ligeramente febril, y la arrastró así, por mis cabellos, en evidente ademán de caricia.

—Ya estás bien. Ya no tienes calentura, no, ya no tienes, estás fresquito. Mamá me pidió que te saludara. Que ya pasará a verte. Se va a poner muy contenta cuando le cuente que estás ya mejor. Ella te quiere mucho...

Se quedó de pie junto a la cama, mirándome y sonriendo, nada más que eso. Mientras Graciela, con su voz cantarina, contaba las cosas, esas cosas que Ella había hecho y dicho, durante mi enfermedad.

—¿Vas a creer? Esta le hizo una promesa, una tarde, en la Ca-

tedral, a la Vingencita del Cisne de regalarle un corazón de oro si te sanaba. Pero la tontita hizo esta otra barbaridad: le pidió a San Antonio, en San Francisco, que le pase a ella tu enfermedad y que te cure a ti... Se lo decía al Santo en alta voz, llorando...

—No es cierto, habladora. Ve, Juan Antonio, no le vayas a creer esas exageraciones, dijo enruborecida hasta la raíz del cabello. Pero ya estás bien, ya estás bien. Voy a decírselo a mamá...

Yo creo en la presencia divina. Yo he gozado de la presencia divina. Todo eso es cierto, les prometo. Y las aseguro que de esa hora, de esos minutos estuvo suspendida mi vida, mi esperanza. Acaso para siempre. Mi suerte en el mundo fue definitivamente echada en esa hora. Allí nació mi fe, esta tranquila seguridad en mí mismo. Si es posible eso, eso que me vino a mí, a mí solito, ¿qué no será posible ya, en los días, en cualquier día? En esa hora nació este optimismo incurable, esta confianza loca en las gentes, en las cosas, este vivir en iluminado trance de milagro que me ha sostenido y me sostiene siempre.

Su cabeza ladeada, sus ojos grandotes, su rubor, su sonrisa, su voz, quedaron erigidos para siempre en escultura, en "estatua de aire", a la orilla de mi vida. Allí están. Allí.

Por disposición del médico, mamá resolvió sacarme al campo, a la estancia de mi abuela para que convaleciera. Pero, qué cosas, para impedir díqué la caída de mi cabello, negro, fuerte, rizado, por consecuencias de la fiebre, la víspera del viaje fui rasurado con navaja barbera, quedando mi cabeza pelada, brillante como una bola de billar. Cuando me puse en pie, ayudado por Julio Emilio, único testigo extraño de mi grotesco sacrificio, le pedí que me condujera a esa pequeña antesala donde había un espejo "de cuerpo entero". Al mirarme escuálido, enflaquecido, lívido, con los ojos hundidos y ojerosos, la cabeza rapada, lancé un grito de horror: a los dieciocho años me encontré frente a frente con la prefigura fiel de mi esqueleto. "Imagen espantosa de la muerte", según el célebre soneto.

—¡Mamá, mamá!, llévame pronto al campo, bien tapado. No quiero que nadie me vea así. Nadie, nadie...

Ese nadie que no debía mirarme, por Dios, era solamente Ella. Es que... bueno, acaso quería como compensación a su heroico amor, a cambio de sus desvelos por mi vida, de su lucha tenaz contra mi muerte, ofrecerle el triunfo de mi resurrección a Ella debida... Claro

está, a Ella, por el poder de sus votos, por su fe, sus lágrimas, su "querer que no me muera"...

Muy en la mañana, en una de esas mañanas tibias de mi tierra, con sol recién nacido y resuelto a vivir y quemar, salimos a caballo hacia el campo cercano, por el camino que sigue las orillas del río. Mi mamá, mis hermanas, Don Benedito^o González y el negrito.

Allá nos esperaban, con arcos florecidos y llenos de frutas, la señora Josefinita, Adolfo, la Dolores cocinera y sus dos hijos, el vaquero de mi abuela y las vacas en el establo. Vacas negras, porque para convalecer, leche de vaca negra, niño Juan Antonio, y si se consigue, leche de longa soltera con guagua tierno. Sí, es verdad: un poco de alegría y otro poco de susto. Es que veían como yo mismo me viera ante el espejo, macilento, cadavérico, "hecho una tiranía, el pobre niño, hecho una tiranía..."

Seguramente los tres meses de convalecencia que pasé en la estancia, linda de verde claro y luz, son los más jubilosos de mi vida. Era el regreso de la proximidad de la otra orilla, de las brumas calientes de la fiebre, de las comarcas translúcidas del duermevela, alimentadas de memoria y de sueño.

Fue la paz, sí. Pero una paz férvida, en la que iba día tras día sintiendo enriquecerse mi sangre con todos los jugos de la tierra, los efluvios del aire, las reverberaciones fecundadoras del sol. Era grano que germinaba, rosal en flor después de la otoñada, fuente que volvía a manar después de una larga sequía. Ya, Dios se lo pague, recibí el premio de la vida, después de esos días de certidumbre cabal. Ya conquisté mi ciencia y mi manzana. Ya, ya está. Todo lo demás, inclusive Tú, que has sido la verdad, mientras Ella fue el sueño, me ha sido dado por añadidura... Porque esos días fueron el anuncio de Tu llegada y acaso el anuncio de la marcha de Ella. Ella fue y Tú has sido...

Cuando pude montar "El Tordillo", caballo manso y ágil, de color gris desvaído, casi blanco que, en nombre de mi abuela me dio Don Benedito, me bebía los aires de los sauces y el río, en carreras desaladas, solo. Sin aceptar la compañía sumisa, dócil de Adolfo. Durante esas carreras en que sentía que el pelo me iba naciendo, hice los propósitos más firmes de conquistar el mundo. De hacer los más bellos poemas, de ser el más ilustre escritor, más que Lamartine —perdón manita— más que Lamartine... De hacer los más fantásticos viajes, hacerme amigo de Anatole France, de Romain Rolland. Hacerme inmensamente rico. ¿Para qué, exactamente? ¡Ah!, sí, para

tedral, a la Virgencita del Cisne de regalarle un corazón de oro si te sanaba. Pero la tontita hizo esta otra barbaridad: le pidió a San Antonio, en San Francisco, que le pase a ella tu enfermedad y que te cure a ti... Se lo decía al Santo en alta voz, llorando...

—No es cierto, habladora. Ve, Juan Antonio, no le vayas a creer esas exageraciones, dijo enruborecida hasta la raíz del cabello. Pero ya estás bien, ya estás bien. Voy a decírselo a mamá...

Yo creo en la presencia divina. Yo he gozado de la presencia divina. Todo eso es cierto, les prometo. Y las aseguro que de esa hora, de esos minutos estuvo suspendida mi vida, mi esperanza. Acaso para siempre. Mi suerte en el mundo fue definitivamente echada en esa hora. Allí nació mi fe, esta tranquila seguridad en mí mismo. Si es posible eso, eso que me vino a mí, a mí solito, ¿qué no será posible ya, en los días, en cualquier día? En esa hora nació este optimismo incurable, esta confianza loca en las gentes, en las cosas, este vivir en iluminado trance de milagro que me ha sostenido y me sostiene siempre.

Su cabeza ladeada, sus ojos grandotes, su rubor, su sonrisa, su voz, quedaron erigidos para siempre en escultura, en "estatua de aire", a la orilla de mi vida. Allí están. Allí.

Por disposición del médico, mamá resolvió sacarme al campo, a la estancia de mi abuela para que convaleciera. Pero, qué cosas, para impedir dizqué la caída de mi cabello, negro, fuerte, rizado, por consecuencias de la fiebre, la víspera del viaje fui rasurado con navaja barbera, quedando mi cabeza pelada, brillante como una bola de billar. Cuando me puse en pie, ayudado por Julio Emilio, único testigo extraño de mi grotesco sacrificio, le pedí que me condujera a esa pequeña antesala donde había un espejo "de cuerpo entero". Al mirarme escuálido, enflaquecido, lívido, con los ojos hundidos y ojerosos, la cabeza rapada, lancé un grito de horror: a los dieciocho años me encontré frente a frente con la prefigura fiel de mi esqueleto. "Imagen espantosa de la muerte", según el célebre soneto.

—¡Mamá, mamá!, llévame pronto al campo, bien tapado. No quiero que nadie me vea así. Nadie, nadie...

Ese nadie que no debía mirarme, por Dios, era solamente Ella. Es que... bueno, acaso quería como compensación a su heroico amor, a cambio de sus desvelos por mi vida, de su lucha tenaz contra mi muerte, ofrecerle el triunfo de mi resurrección a Ella debida... Claro

está, a Ella, por el poder de sus votos, por su fe, sus lágrimas, su "querer que no me muera"...

Muy en la mañana, en una de esas mañanas tibias de mi tierra, con sol recién nacido y resuelto, a vivir y quemar, salimos a caballo hacia el campo cercano, por el camino que sigue las orillas del río. Mi mamá, mis hermanas, Don Benedicto^o González y el negrito.

Allá nos esperaban, con arcos florecidos y llenos de frutas, la señora Josefinita, Adolfo, la Dolores cocinera y sus dos hijos, el vaquero de mi abuela y las vacas en el establo. Vacas negras, porque para convalecer, leche de vaca negra, niño Juan Antonio, y si se consigue, leche de longa soltera con guagua tierno. Sí, es verdad: un poco de alegría y otro poco de susto. Es que veían como yo mismo me viera ante el espejo, macilento, cadavérico, "hecho una tiranía, el pobre niño, hecho una tiranía..."

Seguramente los tres meses de convalecencia que pasé en la estancia, linda de verde claro y luz, son los más jubilosos de mi vida. Era el regreso de la proximidad de la otra orilla, de las brumas calientes de la fiebre, de las comarcas translúcidas del duermevela, alimentadas de memoria y de sueño.

Fue la paz, sí. Pero una paz férvida, en la que iba día tras día sintiendo enriquecerse mi sangre con todos los jugos de la tierra, los efluvios del aire, las reverberaciones fecundadoras del sol. Era grano que germinaba, rosal en flor después de la otoñada, fuente que volvía a manar después de una larga sequía. Ya, Dios se lo pague, recibí el premio de la vida, después de esos días de certidumbre cabal. Ya conquisté mi ciencia y mi manzana. Ya, ya está. Todo lo demás, inclusive Tú, que has sido la verdad, mientras Ella fue el sueño, me ha sido dado por añadidura... Porque esos días fueron el anuncio de Tu llegada y acaso el anuncio de la marcha de Ella. Ella fue y Tú has sido...

Cuando pude montar "El Tordillo", caballo manso y ágil, de color gris desvaído, casi blanco que, en nombre de mi abuela me dio Don Benedicto, me bebía los aires de los sauces y el río, en carreras desaladas, solo. Sin aceptar la compañía sumisa, dócil de Adolfo. Durante esas carreras en que sentía que el pelo me iba naciendo, hice los propósitos más firmes de conquistar el mundo. De hacer los más bellos poemas, de ser el más ilustre escritor, más que Lamartine —perdón mamita— más que Lamartine... De hacer los más fantásticos viajes, hacerme amigo de Anatole France, de Romain Rolland. Hacerme inmensamente rico. ¿Para qué, exactamente? ¡Ah!, sí, para

irme con Ella a México, a España, a Inglaterra, a visitar la villa natal de Shakespeare, y pasar luego a Italia, a Verona, para conocer las calles y las plazas y el balcón ese de la disputa inmortal entre el ruiseñor y la alondra... Me hacía una ilusión más grande: no ir todo el año al colegio, plantar rosas —rosas blancas y rojas para Ella— cosechar naranjas en Malacatos, pero mejor chirimoyas. Bueno, y ser casi tan buen alumno como el cholo Julio. Y casarme con Ella —me había vuelto osado y valeroso— y tener tres hijitos, ¿para qué más? que se llamarían Ramiro, Inés, Alberto. Claro, Alberto, sí, como mi hermano... ¿Casarme con Ella? ¡Qué bruto! ¿Y entonces? ¿También eso? ¡Bruto, brutísimo que soy, Diosito, perdóname! Pero...

Volvía a la casa sudoroso y feliz. Y con Adolfo, a pie, con un canasto de naranjas que la señora Josefina nos daba, "para que no chupemos porquerías", nos íbamos al remanso del río por cerca de la casita de Lucía —¿se acuerdan ustedes de Lucía? Bueno, no me importa— que se ocultaba de mis ojos, ¡ay! esa tarde de los capulíes, porque meses antes, por dar gusto a su padre, viudo y solo, y porque, qué diablos, carajo, se había enamorado biensísimo de ese muchacho talabartero que vivía al otro lado del río, y que desde hacía mucho tiempo, seriecito y formal, la pretendía en matrimonio. Guapo muchacho, y se llamaba Vicente. Del cual —me lo iba diciendo Adolfo mientras nos desnudábamos para el baño— iba a tener un niño.

—Bien piponita está la pobre...

—Cállate, idiota, si no quieres que con esta piedra te rompa el alma, carajo...

Adolfo se calló, no por temor a mi piedra, sino porque, en esa tarde, ¡ay! esa tarde de los capulíes, él y yo, bueno, yo y él...

Desnudos del todo, y antes de entrar en el agua, nos tendíamos en las arenas calientes, junto al río. Nuestros cuerpos delgados y finos, como de dioses jóvenes, los queríamos tostados, morenecidos por el sol. Esa era la marca enorgullecedora de unas vacaciones pasadas en el campo, año tras año. Para mí, esta vez, era la marca del regreso a la vida.

Me parecía que todas las cosas habían sido vistas por mí por la primera vez. Así las encontraba de frescas, nuevecitas, risueñas. Las hierbas, las arenas, el río. Esa vaca alarmada de mirarnos y ese gusano *medidor*, que medía incansablemente un arco de meridiano de la esfera terrestre. Y la otra orilla, de la estancia ajena, que no era jamás bonita así como la nuestra, pero que ahora, ¿no es cierto,

Adolfo?, la encuentro bien bonita, porque, yo no sé ¿tenía también sauces como en nuestro lado? Y luego, allá, allacito, está la carretera para ir a Saraguro, a Cuenca, a Quito...

¡Uyuyuy!, qué fría al primer contacto, el agua. Pero luego, todo es hasta meterse. Chapotábamos entre grititos de alegría y de frío, y zambullíamos en busca de unos pescaditos que no se dejaban, nunca de Dios, atrapar, los bandidos. Salíamos nuevamente a tendernos al sol. Y al mirarnos desnudos, hablábamos obligadamente de mujeres... Adolfo, pretencioso e ingenuo Don Juan de barriada campes-tre, no paraba de contar sus éxitos con cholitas lindas y, ¿vas a creerlo? con la hija de la maestra de escuela de Motupe, que tiene unos... y unas... bueno, no te digo nada.

Yo no tenía urgencias sexuales inmediatas. Me bastaba el amoroso, el lujurioso reencuentro con la vida de que estaba gozando. Pero, claro, el recuerdo de la Miche... Que también había preguntado por mí, con los ojos llorosos durante mi enfermedad. Pero, en verdad, a medida que me fortalecía por la superalimentación —leche, y huevos, sobre todo, leche y huevos, ensalada de berros e hígados de zorro molidos— y por el reposo y la alegría, la bestia insinuaba de pronto sus actos de presencia perentorios, a lo que yo me resistía por temor a comprometer el curso de mi convalecencia.

Fue una escuela de bondad del hombre, de la naturaleza, de la vida, aquella de mis tres meses de convalecencia. Allí está la fuente de mi optimismo incurable, superior a las desgracias, a los infortu-nios, a la muerte misma. En el paso de la adolescencia hacia la juventud me sentí rodeado, con ocasión de mi segura muerte y de mi vuelta a la vida, por todas las fuerzas afirmativas de la resurrección, todo anochecer me traía una paz esperanzada. Me dormía te-niendo como a un perrillo fiel, al amor de mi madre, de mis herma-nas, del negrito macareño, filático, contador de cuentos de espantos y de brujas, de cabros que hablan y de diablos bien educados que, al hacer el "pacto" para llevarse una alma a los "quintos infiernos", regateaban como el pulpero de la esquina. Y el tremendo cariño de la negra Dolores, la cocinera que paría año tras año hijos medio rubios, medio zambos, medio indios...

—De quién también será este biringo, niño Juan Antonio, como a una la tumba no más cualquiera...

Cuando llegaba la hora de dejarme dormir, "para que me repon-ga", iban saliendo todos uno a uno. Mi hermanita menor, infalible-

mente, se acercaba a mi cama, en puntillas, y me "cobijaba" hasta por sobre los ojos.

Todo amanecer estaba poblado de planes inmediatos para el día, y del deseo resuelto de conquistar el mundo. Todo amanecer se iba llenando de Ella.

11

Una tarde, sentados en la loma de la Virgen, teniendo a sus pies, florida de campanas, a la pequeña ciudad, Francisco Soto, "el pendejo que dizque se iba a hacer cura", le dijo a Miguel Angel Echeverría:

—¿Será cierto que los curas y las monjas no siempre guardan el voto de castidad? ¿Será cierto que los frailes *se arman* a las mejores chicas, conquistándolas en el confesonario? ¿O será que se dedican solamente al placer solitario o a la corrupción de muchachos?

Es que, verán: Francisco Soto, Panchito Soto, estaba destinado —condenado, decía él— a hacerse cura. Sin remedio posible. Y a Panchito Soto le gustaban irremisiblemente las muchachas. Era *chintero* y *chiquillero*. Le gustaban las niñas decentes, pero más, mucho más, las criaditas indecentes. Qué carajo, cholitos.

Cara de angel. Sonrosado, blanco, unas caídas de ojos enternecedoras y un no sé qué de pícaro e insinuante, de inocente y bobalicon, que encantaba. Además decían que, para eso... brutal, brutálísimo.

Algunos pensaban que eso de que iba a ser cura, que no tenía más remedio que ser cura, lo hacía más apetitoso, más... Bueno. Comerse a un cura, a un casi cura. A la Bomboncito, a la Rosa Cariñosa y hasta a la señorita Pan de a Tres, se les hacía agua la boca. ¡Comerse ese casi curita! ¡Uyuyuy, qué rico!

Y Miguel Angel:

—Oye, Francisco, ¿qué te importa lo que hagan o dejen de hacer

los curas? Debes preocuparte primero de lo que piensas hacer tú. ¿Es que no puedes librarte de esa esclavitud de hacerte cura si a ti no te da la gana?

—Bueno, la verdad es que yo no tomo las cosas como tú, tan a lo serio. Me gusta pendejear un poco. Y, qué carajo, tengo curiosidad, mucha curiosidad. Y un grandísimo miedo, dejándonos de vainas... ¡Un grandísimo miedo! Pero no me gusta tomar las cosas a lo trágico...

—No, hijo, no. Te conozco. Tú no eres un farsante. Eres limpio, buenazo, honrado. Detrás de esa fingida ligereza con que presentas las cosas, hay algo más serio, más profundo, que tú quieres mantener en reserva, tapándolo con aparentes frivolidades. No me lo digas si no quieres o no puedes. Pero esos problemas de la castidad de los curas y tu berraquismo con las muchachas... No, no me la metes.

Miguel Angel Echeverría, el hermano de las chicas de doña Lolita —Angélica, María y Rosita— era algo excepcional. Todos los de la *jorga*, y aun otros más alejados, sentíamos una como urgencia de confesarlos con él, de abrirle nuestra intimidad, de hacerlo depositario de nuestras angustias, de nuestros problemas, tan grandotes. No lo buscábamos en las horas alegres, cuando las cosas marchaban bien. Pero cuando nos sentíamos acosados por dificultades, cuando queríamos creer porque dudábamos, entonces... pues a buscar a Miguel Angel, a entregarnos a él, a consultarle.

Pasada la primera época, quizás hasta de antipatía de él hacia mí, por suponerme un pretendiente más de sus hermanas, Miguel Angel sin proponérselo él ni buscarlo yo, se convirtió en una especie de director de conciencia, guía seguro y honesto, clara voluntad de bien y de justicia, al que me era indispensable acudir en las horas turbias, de desconfianza en mí mismo, de tambaleo por dentro y por fuera. Entonces, sin llegar la camaradería —no sé qué cosa de respeto nos mantenía a una grata distancia—, sin llegar a la intimidad confanzuda, Miguel Angel Echeverría fue el confidente, el consejero, el guía de itinerario seguro.

Nada extraño, pues, que el claro angelote pícaro que era Panchito Soto, se hubiese acercado a Miguel Angel en ánimo de confianza. Disfrazándola, por pudor, de cosa superficial, ligera. Pero Miguel Angel, con su agudo poder de catador de almas, comprendió que su amigo quería un oído benévolo, un corazón abierto para descargarse de sus dudas, sus angustias, su tragedia íntima.

Como yo, como Julio Emilio, Panchito Soto, "el que se iba a hacer cura", sintió el efluvio de bondad comprensiva que emanaba de Mi-

guel Angel; y se dio entero, dolido, mísero, acosado. El barbilindo risueño, el Donjuán irresistible para chiquillas y sirvientas, era un muchacho mordido por la miseria y la maldad humanas. Acaso mejor por las debilidades humanas. Rodeado de mentira, desde su infancia desvalida, todo para él era falso, inseguro, desde su nombre y su lugar entre los hombres.

Roto el hielo por las claras palabras de Miguel Angel, con franqueza liberadora de una vida de silencios mentirosos y de simulaciones de alegría. Panchito, como quien toma veneno o se lanza a un abismo mortal, con clara voz sin balbuceos descargó sobre Miguel esta confesión brutal:

—El canónigo Martínez, mi tío Monseñor Joaquín Martínez, es mi padre!...

Y ante el silencio sin sorpresas ni gestos de escándalo de Miguel Angel, continuó:

—¿Lo sabías tú? Creo que todo el mundo lo sabe. Que todo el mundo se ríe de mí...

—Es la primera vez que lo oigo, respondió Miguel Angel con su voz acercadora,

—Pero no es la primera vez que ocurre...

Y, como si después de hacer saltar el tapón, el resto no fuera sino el fluir del vino sobre el vaso, Pancho siguió contando la historia melancólica; acaso banal para los otros, de su vida. Historia de miseria, hipocresía, mentira permanentes. Historia en la que su madre, defendida por el amor del hijo, era la pobre víctima sumisa, bestezuela de sexo y de lujuria, conducida al pecado por los vericuetos de la sacristía y el confesionario, la liturgia y los rezos.

—Tú sabes, Miguel Angel, que yo no soy de aquí, de Loja. Nací en Platanillo, pueblo fronterizo de clima cálido, río grande, naranjas y papayas. Quizás eso me ha defendido, ha defendido la mentira de mi vida. Por eso todos, tú también, Miguel Angel, se han creído eso de "el tío Joaquín", el santo y venerable señor canónigo Martínez... ¡Viejo bandido! Toda mi capacidad de odio, que no es mucha, te juro, la he gastado en él. Ya no me sobra nada, Miguel Angel. Y lo demás, ¿lo crees tú posible?, acaso sea este poco, este mucho amor para las demás gentes como yo, pobres, desvalidas que sufren iguales o parecidas cosas...

—Yo creo, como tú, Pancho, que mientras nuestra capacidad de amar puede ser ilimitada, en cambio nuestra capacidad de odio se desgasta rápidamente por el castigo o la venganza; se diluye y aquie-ta en el olvido, en el deseo de paz y se muere entre las generosida-

des —o egoísmos— del perdón. Y, bueno, se duerme de pereza. De pereza de odiar. Te lo aseguro, Francisco: tu poder de odio me parece débil, limitado. Por eso es que casi siempre has podido dominarlo, esconderlo entre el bullicio frívolo de la conquista de muchachas. Tu aparente donjuanismo es el derivativo, infantil casi, de tu odio, para el que no tienes vocación. Yo te he observado sin que tú lo notes: eres más bueno de lo que te figuras.

—¿Bueno yo? Pero si a este viejo maldito...

—No, Pancho, no. En el colegio te he visto defender a los más pequeños que tú. ¿Te acuerdas que cuando Joaquín te robó el corta-plumas de siete navajas que te ganaste como premio, no lo quisiste denunciar? Puedes ser el mejor de tu clase, pero como te dedicas a ayudarles a esos noblecitos cretinos que no pueden hacer sus deberes...

—Bueno, pero eso es otra cosa. Pero al maldito viejo...

—A Domingo, tu primo, le diste para que pague su matrícula, la plata que trajiste para hacerte ropa. Y yo sé, porque ella me lo dijo, que no le hiciste nada una tarde a la Chabela que se te ofrecía, por no perjudicarla ante su novio. ¿Por qué recogiste y cuidas al perro sarnoso que abandonaron en el río? ¿No te acuerdas que casi le sacas dos dientes de una trompada al animal de Leonardo, que habló cosas contra la hermanita del negro Zabaleta? Bueno, y lo que todos sabemos que haces por tu mamá, por tu hermanita, por el mismo "viejo maldito", al que sirves de la mañana a la noche...

Jamás Francisco había sentido como en esta vez la emoción de ser tomado en serio, de que alguien —Miguel Angel, precisamente— lo considere bueno, de que alguien no crea en sus pequeñas e inocentes desvergüenzas. Y fluyó de sus labios la confesión inconteniblemente. Con su voz grave, cálida, sin énfasis ni exaltación, tapándose la boca con la mano —gesto habitual de él para contar secretos— siguió:

—Mi mamá es hija de una prima hermana de mi "tío" el canónigo Martínez. Señora hoy anciana y beata, doña Luzmila González, mi abuela, tenía a la época de mi relato, además de mi madre, dos hijos, varón y mujer. Hijos todos de "ese sinvergüenza" que después de haberla deshonrado, la abandonó en la miseria más completa. En ese estado la encontró el clérigo Martínez, recién ordenado en el Seminario Mayor de Quito. Y al ser destinado como "cura de almas" a esa lejana parroquia de tierra caliente, consiguió que esta prima en desgracia, de buen ver aún, lo acompañara con todos sus crios, en calidad de ama de llaves, sirviente *para todo*, cocinera.

Le pidió a Miguel Angel un cigarrillo que éste, que no fumaba, no tenía; sacó un paquete de su bolsillo, encendió uno y continuó:

—A la época de su viaje a Platanillo, mi abuela tenía menos de cuarenta años; mi madre, que se llama Clarita, unos catorce y sus hermanos doce y nueve, respectivamente. El varón, Vicente, bien que mal había terminado la primaria. La chica, pálida y debilucha, bonitiña y pecosita, Luz María, sabía apenas leer.

—El cura —continuó Francisco— llevó a estos parientes pobres como sirvientes baratos, que le hacían al mismo tiempo una familia. Casa y comida, nada más. Doña Luzmila desquitaba con creces, pues ayudada por mi madre —la que sería mi madre— hacía primores en “cosas de sal y de dulce”, que servían para la mesa de “taita cura” y para vender en el pueblo. Además doña Luzmila —la que sería y es mi abuela— le “calentaba la cama” al señor párroco. Esos juegos nocturnos le dieron un último fruto a mi abuelita. La primera “sobrina” para el señor cura. Se llamaba —y se llama— Virginia...

Estos descubrimientos edificaban ante Miguel Angel un Francisco distinto. Amargo, irónico, despectivo. Su constante apariencia de gran bebé angelical, bobalicón y rubio, había adquirido una gravedad y una melancolía enaltecedoras.

Francisco —como todos en nuestra pequeña ciudad— sabía el modo de pensar de Miguel Angel. Sabía que estaba alejado del catolicismo protector de ricos explotadores de hombres, de la Iglesia cómplice de las injusticias. Francisco sabía que Miguel Angel, igual que yo y Julio Emilio, era discípulo predilecto del doctor Villarreal, hombre de justicia; y que era reconocido por todos como un joven conductor, un guía escuchado por las juventudes llamadas “de izquierda”. Y sin embargo, a él se confesaba, a él le estaba entregando la dirección de su alma...

¿Había perdido la fe Francisco Soto, “el que se iba a hacer cura”? Ni él mismo lo sabía. Sus dolores, su angustia, su vergüenza, no le habían dado tiempo para zambullir en sus aguas profundas.

Amaba, sin duda, a Jesús. Al Jesús niño de las navidades, los “nacimientos” y los villancicos. A ese que había sido la única iluminación de su pobre infancia, demasiado pronto ensuciada primero por las sospechas inconfesables y luego por las realidades infames, desquiciadoras de todo el andamiaje de su vida. Amaba al Jesús Niño de los buñuelos y de la Misa del Gallo, de los paseos al río y los campos cercanos al pueblo en busca de musgos, arena blanca, plan-

titas para adornar el "pesebre". Amaba al Jesús del Evangelio, protector de los niños, indignado con los ladrones a la puerta del templo. Al Jesús del Sermón de la Montaña. Casi lo único que había leído en la casa parroquial era la Biblia de Scio en latín y español, en cinco grandes tomos con hermosos grabados. Allí había aprendido a querer a Jesús.

Pero es justamente en sus lecturas de la Biblia donde se habían originado sus dudas y sus rebeldías. Allí había encontrado contradicciones entre el cristianismo de Jesús y el catolicismo de los actuales usufructuarios de su doctrina. En la lectura de la Biblia pudo comprobar que, precepto por precepto, sin fallar uno, eran violados por los curas —por "su cura"—, los hacendados, las beatas ricas, los contrabandistas de pistola y devocionario, los comerciantes honrados, el Obispo, las personas decentes, los ricos y "nobles" de la cabecera provincial que tenían sus haciendas en la parroquia consagrada a la "cura de almas" a cargo de su "tío" el canónigo Joaquín Martínez. Los comulgadores, los rezadores, los que oyen la misa hincados con los brazos en alto, los que se golpean ruidosamente el pecho, los que tragan hostias con las manos juntas, los que dan limosnas ostentadamente en las puertas de la iglesia, los que se escandalizan por los pecados de los otros...

—Pero continuemos con mi historia, si no te fatigo mucho, Miguel Angel, porque ya que la he comenzado, me moriría si no la terminara.

—Iba a rogarte lo mismo —respondió Miguel Angel—. Y a propóñerte que bajemos a la ciudad, porque comienza a ponerse fría esta entrada de la noche. A mi cuarto, donde estaremos tranquilos, o al tuyo...

Fueron a la casa de Francisco.

El cura Martínez, desde que fue elevado a la dignidad de canónigo de ración entera, resolvió trasladarse definitivamente a Loja, con hatos y garabatos, bienes y familia. Compró casa central, "casa de altos" en calle principal. Y allí estableció su respetable hogar el Venerable Prelado. La familia la componían Doña Luzmila, mi abuela y primera querida del canónigo, con Virginia, la hija de los dos, mi tía y hermana a la vez; mi mamá y finalmente yo mismo.

La casa, dentro de la típica disposición de las casas de provincia, tenía puerta al centro, dos tiendas a cada lado, hacia la calle, un patio interior, con flores y macetas y un traspatio. Habitaciones

en los cuatro lados del claustro, en los dos pisos. La habitación de Francisco, para que fuera más independiente, estaba en el piso bajo. Arriba, la sala y la antesala y los dormitorios del Prelado y de las señoras y señoritas...

Francisco continuó la interrumpida confesión:

—Por palabras a medias, cuchicheos y sospechosos silencios, fui reconstruyendo, anudando la verdad de mi nacimiento y de mi vida. Acaso desde la edad de siete años o menos. La única verdad indiscutible era la de que mamá era mi mamá. De que era hijo de mamita Clara y nieto de mamá Luzmila. Los demás de la casa eran mis tíos, desde el cura Martínez hasta Virginia, la última hija de la abuelita, muy poco mayor que yo. ¿Mi padre? Quién sabe, pues, cosas así. Había muerto a poco de mi nacimiento... Nadie lo nombraba en la casa. Mamá...

“Asistí a la escuela desde los siete años y sólo por las tardes. Las mañanas barría los corredores de la casa cural, traía agua para llenar la tinaja. Y con Virginia, esta tía de nueve años, daba de comer a las gallinas, a los conejos, a los puercos. Las noches, rezaba el rosario y ya medio dormido, recitaba la “doctrina cristiana”:

“Todo fiel cristiano
está muy obligado
a tener devoción
de todo corazón”.

—“Decidme, hijo, si hay Dios?

—Sí, Padre, Dios hay.

—¿Cuántos Dioses hay?

—Un solo Dios, no más”.

“Fue en la escuela —continuó Francisco— donde entre risitas y cuchicheos, me fue apareciendo la verdad. Por pedazos o parcelas, fragmentada y confusa. Mi temor a enterarla, a darle vida real, me mantenía en una agobiadora incertidumbre. Pero esa cosa asechante, amenazadora, despertaba en mí una cierta altanería, un engallamiento desafiante y retador, que me empujaba a adelantarme a los sucesos, a provocar el estallido de la tempestad. En cambio, una timidez hipócrita cohibía a los muchachos de la escuela, a las gentes del pueblo. Pero todos, Miguel Ángel, sabían, sabían... ¿Qué era lo que todos sabían?

“La escolita fiscal del pueblo, era una escuela condenada, sin

titas para adornar el "pesebre". Amaba al Jesús del Evangelio, protector de los niños, indignado con los ladrones a la puerta del templo. Al Jesús del Sermón de la Montaña. Casi lo único que había leído en la casa parroquial era la Biblia de Scio en latín y español, en cinco grandes tomos con hermosos grabados. Allí había aprendido a querer a Jesús.

Pero es justamente en sus lecturas de la Biblia donde se habían originado sus dudas y sus rebeldías. Allí había encontrado contradicciones entre el cristianismo de Jesús y el catolicismo de los actuales usufructuarios de su doctrina. En la lectura de la Biblia pudo comprobar que, precepto por precepto, sin fallar uno, eran violados por los curas —por "su cura"—, los hacendados, las beatas ricas, los contrabandistas de pistola y devocionario, los comerciantes honrados, el Obispo, las personas decentes, los ricos y "nobles" de la cabecera provincial que tenían sus haciendas en la parroquia consagrada a la "cura de almas" a cargo de su "tío" el canónigo Joaquín Martínez. Los comulgadores, los rezadores, los que oyen la misa hincados con los brazos en alto, los que se golpean ruidosamente el pecho, los que tragan hostias con las manos juntas, los que dan limosnas ostentadamente en las puertas de la iglesia, los que se escandalizan por los pecados de los otros...

—Pero continuemos con mi historia, si no te fatigo mucho, Miguel Angel, porque ya que la he comenzado, me moriría si no la terminara.

—Iba a rogarte lo mismo —respondió Miguel Angel—. Y a proponerte que bajemos a la ciudad, porque comienza a ponerse fría esta entrada de la noche. A mi cuarto, donde estaremos tranquilos, o al tuyo...

Fueron a la casa de Francisco.

El cura Martínez, desde que fue elevado a la dignidad de canónigo de ración entera, resolvió trasladarse definitivamente a Loja, con hatos y garabatos, bienes y familia. Compró casa central, "casa de altos" en calle principal. Y allí estableció su respetable hogar el Venerable Prelado. La familia la componían Doña Luzmila, mi abuela y primera querida del canónigo, con Virginia, la hija de los dos, mi tía y hermana a la vez; mi mamá y finalmente yo mismo.

La casa, dentro de la típica disposición de las casas de provincia, tenía puerta al centro, dos tiendas a cada lado, hacia la calle, un patio interior, con flores y macetas y un traspatio. Habitaciones

en los cuatro lados del claustro, en los dos pisos. La habitación de Francisco, para que fuera más independiente, estaba en el piso bajo. Arriba, la sala y la antesala y los dormitorios del Prelado y de las señoras y señoritas...

Francisco continuó la interrumpida confesión:

—Por palabras a medias, cuchicheos y sospechosos silencios, fui reconstruyendo, anudando la verdad de mi nacimiento y de mi vida. Acaso desde la edad de siete años o menos. La única verdad indiscutible era la de que mamá era mi mamá. De que era hijo de mamá Clara y nieto de mamá Luzmila. Los demás de la casa eran mis tíos, desde el cura Martínez hasta Virginia, la última hija de la abuelita, muy poco mayor que yo. ¿Mi padre? Quién sabe, pues, cosas así. Había muerto a poco de mi nacimiento... Nadie lo nombraba en la casa. Mamá...

“Asistí a la escuela desde los siete años y sólo por las tardes. Las mañanas barría los corredores de la casa cural, traía agua para llenar la tinaja. Y con Virginia, esta tía de nueve años, daba de comer a las gallinas, a los conejos, a los puercos. Las noches, rezaba el rosario y ya medio dormido, recitaba la “doctrina cristiana”:

“Todo fiel cristiano
está muy obligado
a tener devoción
de todo corazón”.

—“Decídme, hijo, si hay Dios?
—Sí, Padre, Dios hay.
—¿Cuántos Dioses hay?
—Un solo Dios, no más”.

“Fue en la escuela —continuó Francisco— donde entre risitas y cuchicheos, me fue apareciendo la verdad. Por pedazos o parcelas, fragmentada y confusa. Mi temor a enterarla, a darle vida real, me mantenía en una agobiadora incertidumbre. Pero esa cosa asechante, amenazadora, despertaba en mí una cierta altanería, un engallamiento desafiante y retador, que me empujaba a adelantarme a los sucesos, a provocar el estallido de la tempestad. En cambio, una timidez hipócrita cohibía a los muchachos de la escuela, a las gentes del pueblo. Pero todos, Miguel Angel, sabían, sabían... ¿Qué era lo que todos sabían?

“La escolita fiscal del pueblo, era una escuela condenada, sin

Dios. Era una escuela laica. Tras esta palabra maldita, se escondían extraños maleficios, olor a azufre, presencia permanente del Diabolo.

"La escuela de la casa cural, a la que yo asistía, era una escuela bendita, con olor de incienso y vuelos de ángeles y palomas.

"El señor cura, mi "tío", decía la santa Misa de seis —primera de las que tenía derecho a celebrar para aumentarse el "pie de altar" —para los muchachos y las chicas de las escuelitas con Dios. Una de mujeres, otra de hombres, por respeto a la moral. Y no juntos y confundidos los dos sexos como en la otra, en la mala... El señor cura, en cumplimiento de su deber, al decirnos su infaltable pequeño sermón, hablaba compasivamente, pero con rigor, de los pobres niños ateos de la escuela fiscal, que era un revoltijo de muchachas y muchachos, en infernal contubernio libidinoso, en el que se iniciaban por los caminos de la fornicación y los pecados contra el sexto mandamiento desde la más tierna infancia...

"Una mañana de éstas llegamos al colmo de la indignación purificadora: el santo sacerdote, con todas las reservas y expresando su deseo de que todo fuera rumor, nos refirió en el sermón matinal que una chica de catorce años, campesina ignorante, corrompida por los laicos, había abortado criminalmente, para así destruir el fruto maldito de la fornicación con un alumno de apenas diecinueve años, retrasado en estudios, corrompido por esas teorías infames del amor libre que predicán los laicos. El doctor Martínez terminó con una invocación encendida de pasión mística, en la que impetraba de la misericordia y la justicia divinas, las llamas purificadoras, el fuego santo que convirtió en lagos de azufre y pestilencia las ciudades malditas de Sodoma y Gomorra.

"Una santa, fulgurante indignación piadosa nos consumía en sus sagradas candelas. Y contábamos los minutos que faltaban para salir al recreo y concertar una acción digna de héroes y mártires del cristianismo, como los Macabeos o como nuestro paradigma excelso, Gabriel García Moreno, "vengador y mártir del derecho cristiano". He aquí nuestro plan:

"Un grupo de los más grandecitos, a la salida, a cuya cabeza debía ir yo por pertenecer a la iglesia y ser sobrino del señor párroco, se lanzaría al encuentro del grupo de muchachos y muchachas más grandes de la escuela laica, entre los que estarían seguramente los crapulosos fornicadores, asesinos de sus propios hijos. Puestos frente a frente de los infames delincuentes, debíamos desafiarlos con estos gritos heroicos y piadosos:

¡Viva Dios!
¡Viva la Religión!
¡Mueran los corrompidos y masones!
¡Viva Cristo Rey!
¡Abajo los impuros comunistas!
¡Dios no muere!
¡A la carga con los laicos!

“Y para el deseable caso de que ellos, cholos atrevidos, tuvieran la osadía de responder con sus procacidades, nosotros llevaríamos los bolsillos llenos de piedras, y bajo los sacos, palos de leña para castigarlos!

“¡Y ojalá que asomaran también el longo corrompido y corruptor del maestro laico y la desvergonzada ramera de su concubina!

“Uno de nosotros creyó prudente consultar el plan vengador y cristiano con el señor párroco. La opinión del santo sacerdote era la esperada: se sentía orgulloso de nosotros. La buena semilla por él plantada en nuestros corazones había fructificado. Confiaba en nuestra bondad y nuestra misericordia para con esas ovejas descarriadas, a las que era una obra de caridad conducir hacia el redil. Terminó impartiéndonos su santa bendición.

“Amarrados material y espiritualmente con piedras, bendiciones, palos y gracia de Dios, nos dirigimos los alumnos llamados “grandes” —entre doce y diecisiete años— en número aproximado de veinte, hacia la esquina de la plaza del pueblo por donde debían pasar, a la salida de clase, los alumnos de la escuela laica. Nos sentimos ejecutores de la cólera divina, algo así como los ángeles exterminadores de Sodoma y Gomorra.

“Poco tardaron en aparecer, descuidados, los odiados enemigos; algunos de ellos jugando a las bolas, en marcha callejera, un poco mal hablada y pendenciera, exactamente como nosotros, cuando no cumplíamos una misión sagrada como la que nos incendiaba entonces. ¡El enemigo a la vista!...

“Azuzados por Plutarco Riofrío, el más grandote, bruto y amatonado de los nuestros, nos lanzamos. Primero con insultos y gritos, según el plan previsto.

“Los chicos y chicas “laicos”, se sorprendieron al principio. Retrocedieron un poco hacia su escuela, situada a pocos metros de distancia, con ánimo de defenderse y de evitar el “chivo”.

"Nosotros nos consideramos los dueños del campo, los victoriosos por la gracia de Dios. Presentimos un fácil triunfo ante un enemigo que huía... Sin más, empezamos a descargar sobre ellos una lluvia de piedras, de las que llevábamos llenos los bolsillos, a los gritos de:

—¡No corran, maricas!

—¡Hagan cara, mierdas, si son hombres!

—¡Viva el Corazón de Jesús!

—¡Planten, hijos de puta!

"Al oír este último insulto, que ningún muchacho de mi tierra soporta, se regresaron algunos de los "grandes" del enemigo en fuga y, a pesar de nuestras pedradas, uno de ellos, dirigiéndose especialmente a mí que iba, triunfador, adelante, me escupió en la cara el gran insulto:

"—¡Cállate tu, alcahuete de tu mama, hijo de puta y cura!

"Yo, querido Miguel Angel, no soy valiente, pero tampoco soy muy flojo. Se me nubló la vista, vi una mancha roja delante de mí. Y sacando la navaja, que nunca abandonaba, me lancé sobre el insultador:

"—¡Repíteme, canalla, hijo-e-perra, lo que acabas de decir!

"A lo que el ótro, entre colérico y burlón, sin ver el arma que yo mantenía oculta entre mi mano, volvió a escupirme:

"—¡Hijo de puta y cura! ¡Todo el mundo lo sabe, carajo, hijo de puta y cura!

"Me lancé como loco. El me recibió a patadas y, como era más fuerte, me arrollaba a golpes. Asomé la navaja...

"Llegaron apresurados los maestros laicos a calmar a sus chicos, según me lo dijeron después. El pueblo todo estaba de mi parte. Los gritos menudeaban. Y, mientras los "laicos" llevaban el cuerpo del muchacho herido hacia su escuela, el venerable párroco asomó para protegerme contra una posible captura de la policía. Revestido, con la cruz en las manos, y gritando también como nosotros:

—¡Viva la religión!

—¡Viva Cristo Rey!

—¡Mueran los comunistas y masones!

"Entre el grupo que se retiraba, el de los chicos y las chicas sin Dios, cada vez más lejanamente, se oía, fatídico, el grito que me sentenciaba para toda la vida:

—¡Hijo de puta y cura!"

12

—¿Te metes a los Ejercicios?

—No me meto, pendejo. Me meten, carajo.

El zambo Zabaleta, estudiante de "las mejores familias", al que todos en la pequeña ciudad creíamos riquísimo, era un desalmado. Un bandolero angelical. Era tan malhablado, que la cantidad de palabrotas deliciosas que soltaba, era mayor que la de las palabras corrientes que precisaba para darse a entender.

El zambo tenía plata. Plata en plata. Plata de bolsillo para gastarla con nosotros, en vestirse bien y... "para botarla con mujeres". Lo admirábamos como a un Dios, sin importarnos, y hasta mejor, por ello, lo brutísimo que era para los estudios. Nosotros —yo por ejemplo— éramos ricos, pero no teníamos plata, ni medio. Nuestra "fortuna" —la de nuestras familias— se calculaba en casas, cuadras, estancias y haciendas. Pero a los "chicos bien" de la ciudad no nos daban dinero para tirarlos en disparates, "dinero de bolsillo" para ir a billares y cantinas. A ese condenado zambo Zabaleta, en cambio...

—¿Y tú, te motes o no?

—Verás: a mí nadie me obliga. Pero yo sé que eso le dará mucho gusto a mamá. Y si te consigues una celda para dos, contigo sí me meto...

... ¿Y Ella? Sus ojazos negros, mi vida entera. La sonrisa de toda su carita luminosa y frutal. Sabía que le agradaría. Sabía que Ella quería que la Virgen nos ayudara. Que protegiera nuestro cari-

ño. A Ella le gustaba —me acordaba de dos años anteriores— porque con motivo de las ceremonias de Semana Santa, nos encontraríamos, a mi salida de los Ejercicios, en todos los lugares de rezo, de fanesca, de estaciones, de sonrisas y de penitencias. Desde el Jueves Santo hasta la Pascua de Resurrección. En la visita de los monumentos, después de comer la fanesca y la “olla podrida” en casa de mi abuela. El Viernes Santo —primeras sonrisas con las manos juntas y los ojos contritos— en el Sermón de las Siete Palabras de San Francisco. En el Sermón del Descendimiento, en Santo Domingo. En el Sermón de la Soledad de María, en la Catedral. El Sábado Santo, en la Misa Grande en que resucitan las campanas, se mueren los judíos, sueltan los perros con latas en la cola, disparan los cohetes de alegría, porque Jesús resucitó y se fue al cielo, y se acabó la Pasión, las maldades de los judíos, la negación de San Pedro, la coronación de espinas y esos desgraciados de Anás y Caifás y el marica ese de Poncio Pilatos...

—Ya está pues, entramos juntos.

Y lo primero, a preparar en el cuarto del zambo Zabaleta, en compañía de Cecilia, la hermanita menor, linda ella, y picarueta y alegre y bienhumorada siempre, como una campanillita de plata; a preparar la lista, la todos los años repetida lista de las cosas necesarias para la salvación del alma:

Ricas quesadillas
para las rodillas.
Dulces y alfajores
para los dolores.
Las siete cajetas
para las saetas.
Para tantos rezos
faltan cuatro quesos.
Hartas colaciones
pa las oraciones.
Y en fin, golosinas
pa las disciplinas...

Y así, indefinidamente, en versos cada vez más malos, pedíamos cosas cada vez más ricas. Listas para las mamás, para las enamoradas. (En todo caso, no para Ella, desde luego). Y la noche anterior a la entrada, “para hacer motivo” y reunir algunos pecadillos que justifiquen el “retiro espiritual”, serenata general a las “muchachas de

cada uno", con bastantes copitas en las calles; y una casa de amigas para la gran "tuna" de Semana Santa. Solamente entre los amigos de "jorga" que debían encerrarse en los "Ejercicios de San José".

Los "Ejercicios". Año tras año, a partir del martes anterior a la Semana Santa, los caballeros católicos de la pequeña ciudad ingresaban en el retiro, previo el pago de una módica suma por alojamiento y alimentación, con el santo objeto de "cumplir con la Iglesia" y, después de severa meditación sobre las verdades eternas, sobre "las novísimas y postrimerías" y sobre las parábolas de Cristo, siguiendo el plan de los Ejercicios Espirituales de San Alfonso María de Liguorio, confesarse y comulgar el Jueves Santo, en la misa de "consumación de las hostias".

*Pange lingua gloriosi
Corporis Mysterium,
Sanguinisque pretiosi
Quem in mundi pretium
Fructus ventris generosi
Rex effudit Gentium.*

Levantarse a las cinco de la mañana. Asistir a la misa con "pláticas doctrinales" sobre los dogmas, los misterios, los "artículos de la fé", el valor y significación de los sacramentos. La difícil explicación de la Fé. La más difícil aún de la Gracia. Y la tremendamente complicada explicación de Dios. De sus divinas perfecciones. El complicadísimo dogma de la Santísima Trinidad. Tres Personas distintas: el Padre Creador, el Hijo Redentor, el Espíritu Santo, Iluminador y Santificador, Paraclete o Consolador... Se nos explicaban también las cosas esas de los Angeles y los Demonios. Y se nos narraba el glorioso episodio de esa guerra civil entre el Arcángel San Miguel y Luzbel o Lucifer, el Arcángel rebelde y maldito, que fuera antes el mejor de los Arcángeles, el más bello de los pobladores del Empíreo, la más pura de las creaturas celestes... Pero que quiso ser igual y aun superior a Dios, vencerlo, derrocarlo, sentarse en su Trono... Perdió la batalla, la guerra civil celeste le fue adversa... Desde entonces, se alza ante los hombres, tentadora, seductora, la potencia del Diablo. De Aquel que se atreviera a tentarlo, después del ayuno de los cuarenta días y cuarenta noches:

Tunc Jesus ductus est in desertum a spiritu ut tentaretur a diabolo.

Después del fragoroso combate, en que a ratos parecía que lo ganaba el Diabło, "Dios no perdonó a los ángeles delincuentes, sino que amarrados con cadenas infernales los precipitó al tenebroso abismo, en donde son atormentados hasta el Día del Juicio", como lo dice —así nos lo enseñaban los Padres— el Apóstol San Pedro en su Segunda Epístola, verso 4 del capítulo II.

Por las mañanas, en esas *pláticas doctrinales* se nos repetían, con sabias exégesis aceptadas por la Iglesia, en Concilios Euménicos y Sínodos Dogmáticos, el drama del Paraíso Perdido. El cuento de Adán y Eva, nuestros primeros padres, colocados "desde el principio en un paraíso de voluptuosidades",

Plantaverat autem Dominus Deus Paradisum voluptatis a principio

pero en cuyo centro colocó un "árbol hermoso a la vista y suave para comer: el árbol de la vida y también el árbol del bien y del mal", como lo dice textual y poéticamente el Génesis. De cuya fruta no se debía comer, bajo pena de los peores castigos... Pero el hombre, el pobre, el infeliz, el desgraciado, tentado por la mujer —¿por quién, si no?—, previamente tentada por la serpiente, que no era otra que el mismísimo Diabło, se comió en amorosa comunión con Eva, la famosa manzana... De allí vienen todas las desgracias.

—¿Desgracias? —decía el zambo Zabaleta—. Yo creo al contrario, que allí es cuando comenzó el humor, muchachos...

Después del mordisco a la manzana, "se vieron desnudos y se avergonzaron".

—¿Por qué se avergonzaron? —insistía el zambo—. ¿No dicen que nuestros primeros padres eran hechos "a imagen y semejanza de Dios"? Pendejadas, les digo, puritas pendejadas.

Felizmente —esto va en serio— junto al árbol de manzano, había una parra, una casta y pudorosa parra, que les ofreció a nuestros progenitores sendas y anchas hojas para que con ellas pudieran cubrir sus "vergüenzas".

Aquí se armaba ya la discusión entre nosotros, pues yo sostenía que ésta era la revancha del Diabło contra Dios. Porque si Dios le ganó la guerra civil aquella en el paraíso, mediante su general-arcángel San Miguel, esta batalla, acaso más importante para el destino hu-

mano, se la ganó de lejos, de lejísimos, el Diablo. ¡Sin que pueda caer la menor duda!

Dios Padre está furioso. Más que de costumbre, pues él es habitualmente furioso. Y los lanza a los infelices comedores de manzanas, el terrible anatema, del cual Adán, poco caballeroso y nada hidalgo, se defiende acusando deslealmente, como un vulgar delator, a su dulce cómplice del dulce pecado:

—“La mujer que me diste por compañera, me dio la fruta del árbol prohibido y la comí. (Génesis, III_12).

La mujer, por defenderse, acusa a la serpiente.

Y el Dios ofendido maldice:

A la mujer:

—“Multiplicaré tus dolores y preñeces, parirás a tus hijos con dolor; estarás bajo potestad del varón y él tendrá dominio sobre ti.”

Al hombre:

—“Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de cuyo barro fuiste hecho. Porque polvo eres y en polvo te convertirás.” (Génesis III - 16 y 19).

El Padre predicador de las pláticas doctrinales, clamaba:

“Quia pulvis est, et in pulverem reverteris”.

Y explicaba que, desde entonces, según dogma de la Iglesia, nacemos sucios, manchados, malditos por la ignominia del “pecado original”.

Después de la “plática doctrinal”, de la que salíamos ricos de temas para armar acaloradas y, casi siempre, chispeantes discusiones, a las ocho y media de la mañana pasábamos al refectorio para tomar el desayuno. Mientras, un lego, desde la cátedra instalada en el centro, nos leía la vida de García Moreno por el Padre Redentorista Berthe, páginas edificantes de vidas de santos de *El Año Cristiano*. Un libro pesado de un señor llamado Cornelio A. Lápide y, a medida que se aproximaban los días santos, episodios de la Pasión del Señor y parábolas del Evangelio.

La hora del desayuno era el primer momento de la feria de vanidades. Se consideraba desgraciado, despreciable, infeliz el que comía del pan ordinario que a todos nos daban. O el que ocupara la vajilla ordinaria. Algunos eran tan pretenciosos y ostentosos, que sacaban del bolsillo las golosinas enviadas por las familias propias o las enamoradas. El zambo Zabaleta y yo no hacíamos eso. Porque el zambo era generoso y muy hombre. Era, además, rico de verdad, rico de veras y no necesitaba parecerlo.

De nueve a once de la mañana, tiempo libre para meditar y orar. Para comenzar el examen de conciencia. En realidad, todos nos retirábamos a nuestras celdas para preparar succulentos desayunos en los reverberos que llevábamos de nuestras casas. ¿Meditar? ¿Orar? ¿Hacer examen de conciencia? Pendejadas de San Lucas, como decía irrespetuosamente el zambo Zabaleta. Pendejadas de San Lucas, cholutos...

No hubiera faltado más, en efecto. Nosotros, el zambo y yo, invitábamos a Julio Emilio Ortega que, como había tomado celda en compañía de su hermano mayor, se aburría soberanamente.

Entre recuerdos de las *muchachas*, de las novias —yo nunca consentía en mezclar el nombre de Ella en esos parloteos descocados y salaces— soltábamos palabrotas referentes al sexo, a sus órganos y sus prácticas y nos trezábamos en discusiones pseudo-teológicas a base de las "pláticas doctrinales" predicadas por el dogmático y terminante Padre Buenaventura en la primera hora de la mañana. Mientras nos hartábamos el desayuno preparado por nosotros mismos y nos comíamos las ricas cosas que a cada uno nos llegaban, nos acercábamos a la pornografía y tocábamos los límites de la blasfemia.

—Bueno. A mí esas vainas de que hay un solo Dios y luego me asoman tres Dioses, Uno y Trino, como no las entiendo ni me interesan, me tienen perfectamente sin cuidado, carajo. En cambio, eso de los ángeles, seres perfectos y puros que le hacen la guerra a Dios, y por un tantito así, carajo, no se la ganan... Y que el capitán de esos ángeles, que según dicen era el más lindo, alonsito y buen mozo de todos, que por eso se llamaba Luzbel, se haya convertido en el Diablo, con mil nombres distintos y un solo Diablo verdadero... Francamente, cholutos, esas pendejadas no me las meten! ¿Qué hubiera pasado si esa guerrita la ganaba Luzbel, ah? ¿Que el Padre Eterno se hubiera convertido en el Diablo, y vice-versa? Al Diablo con esas vainas... ¿Qué te parece, Julio Emilio, ah?

—Pues, la verdad: esta cosa del Diablo, me ha parecido siempre una de las invenciones más débiles y discutibles del cristianismo, y de todas las religiones que la han incorporado a su dogmática. Sobre eso, pienso dos cosas, principalmente. En primer lugar, obedece la invención del Diablo, a la necesidad de crear una policía de la moral cristiana, difícil de sostenerse solamente con las perspectivas de la bienaventuranza, tan a largo plazo. El Diablo, desde este punto de vista, es el Gran Gendarme de la religión.

—Pero, más profundamente, mirando más al fondo, creo que es

un esfuerzo supremo para tratar de explicar la horrible realidad del mal, del dolor, de la enfermedad, de la muerte... Si Dios es un Ser infinitamente bueno, infinitamente perfecto, infinitamente misericordioso, ¿quién es el que se procura el placer siniestro del dolor, la miseria, el hambre, la enfermedad de estas pobres criaturas desvalidas, inermes, que jamás pidieron la vida y que, según lo dice la Escritura, fueron creadas "a imagen y semejanza de Dios"? Pues... el Diablo. Y lo que es más grave aún, el Diablo, el pobre Diablo derrotado en la guerra civil del cielo, se permite el lujo de, casi siempre, derrotar a Dios...

—Pero —intervine yo— lo inadmisible es que se haya convertido al Diablo en el Enemigo, en el Maldito cuando, en definitiva, es el mejor colaborador de Dios. Es el Co-Dios, el Encubridor, el Cómplice. De aceptar la teoría de Julio Emilio, el Diablo sería digno de compasión. Y nada más cercano al amor que la compasión. El Diablo, según eso, sería en realidad "el que recibe las bofetadas", el que carga con las culpas, las maldades de Dios... Sería el "paga-pecados" de Dios... Por eso, para no caer en esas blasfemias —de una lógica de hierro— yo sostengo y he sostenido siempre que no existe el Diablo o que, si alguna vez ha existido, ya se ha muerto...

El zambo Zabaleta se alarmó de que, quizás, habíamos ido demasiado lejos y que...

—Bueno, carajo, creo que ya estamos diciendo pendejadas nosotros también, peores que las del Padre Buenaventura... Comamos callados, ¿quieren? O hablemos de muchachas, que es más divertido...

A Julio Emilio, que ya se había enfrascado en esto del Diablo y otros asuntos más, era difícil apartarlo.

Agregó:

—Oigan: hay que convenir que a Dios, a pesar de su infinita perfección, le han salido varias cosas irremisiblemente malas respecto de nosotros, los hombres. Como tiene tantas cosas que hacer, allá arriba... Verán: algunos de esos fracasos de Dios, los principales... Primero: ese del Diablo y el infierno, que estamos analizando, sobre la base de lo que dijo el Padre Buenaventura en la "plática doctrinal" de esta mañana. El, Dios, pensó crear, creó según sus intenciones al más perfecto, al más bello, al más amable y amado de todos los seres de la creación. ¿Recuerdan ustedes el verso del Dante, cuando llama al Diablo

*"...il primo, superbo
che fu la somma di ogni creatura"*

“Pues bien, esa creatura perfecta, “la suma de todas las creaturas” y, según San Gregorio Magno, “el Supremo entre todos”, se creyó mejor que su Creador y se rebeló contra El. Si esto es verdad —como tiene que serlo porque así lo dice la Escritura— a Dios le falló la proclamada perfección de su Arcángel predilecto, de Luzbel. Le resultó vanidoso, soberbio, insumiso, envidioso, desleal, desagradado: Pecador, imperfecto en suma.

“En cambio, si todo lo de la guerra celeste entre el Arcángel Miguel y sus legiones y el Arcángel Luzbel y las suyas, es solamente una farsa, un simulacro, eso es una jugarreta indigna de Dios, de la suprema perfección de Dios. ¿No podía El, con su poder infinito —atributo primordial de Dios—, sin necesidad de simuladas guerritas celestiales entre los Angeles, Arcángeles, Serafines, Querubines, Tronos y Dominaciones —unos con Miguel y otros con Luzbel—, no podía, repito, con un gesto soberano de su mano todopoderosa, mandar al diablo al Diablo? Evitando así derramamiento de transparente sangre angélica... Todo esto del Arcángel perfecto que por orgullo se convierte en Diablo, en Anti-Dios, es un fracaso de Dios, una falla palpable de su infinitud o una mala comedia...

“Segundo: la creación del hombre. Dios pensó, y como lo pensó lo hizo, según el Génesis, crear al hombre “a su imagen y semejanza”. Un ser inteligente y bello, útil y bueno, destinado a la felicidad y que fuera la corona gloriosa de la Creación. Rey de todo lo creado, con dominio sobre los peces y las aves y todas las yerbas que produzcan simiente:

“Y dijo: hagamos al Hombre a nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra”.

“Y creó Dios al Hombre a su imagen: a imagen de Dios lo creó. Macho y hembra los creó”.

“Y bendijolos Dios y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra y sojuzgadla y tened señorío sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra”.

Estas citas nos las lanzó Julio Emilio, desde una Biblia de Bolsillo, autorizada, que había llevado para leer durante su retiro. Y continuó su plática así:

—A cambio de todas esas maravillas que nos cuenta el Génesis, en su Capítulo Segundo, versículos del 27 al 31 que he leído en parte, les puso al hombre y la mujer una condicioncita de juguetería:

que disfruten y se deleiten con todo, que coman todo, menos la fruta del Arbol del Bien y del Mal, que no era otra cosa que un manzano situado en el centro del Paraíso.

—Pues bien —siguió diciendo Julio Emilio enfervorizado y como escuchándose a sí mismo—, pues bien: ese hombre hecho del barro de la tierra, hecho por las mismísimas manos de Dios, igual a Dios; y esa mujer hecha de una costilla del hombre, en un descuido de éste mientras dormía —¿no suena todo esto a tomadura del pelo?—, “carne de su carne, sangre de su sangre, hueso de sus huesos”, esos dos seres de privilegio, “reyes de la creación”, hicieron precisamente lo que el Creador había prohibido: comer, por invitación del Diablo —la mentada serpiente parece que era el Diablo— la famosa fruta del Arbol del Bien y del Mal... ¿Simbolismos? El texto de la Escritura no da lugar, seamos sencillos y sinceros, a toda la literatura picaresca que se ha tejido en torno de este episodio, cuyos personajes son el Primer Hombre, la Primera Mujer y la —¿primera?— serpiente... ¿Que todo eso encubre el símbolo un poco primitivo de la obra de carne, la cópula animal engendradora y multiplicadora de la Especie? ¿Que los mordiscos a la manzana no encierran sino un púdico eufemismo que encubre la primera fornicación de hombre y mujer? No y no. Todo eso nos parece falso, pornográfico, obsceno. Y, sobre todo, contradictorio: en los versículos del Génesis que hemos citado, anteriores a la desobediencia, se establece el mandato de Dios a la mujer y al hombre: “Creced y multiplicaos”... ¿Cómo compaginar entonces, como emanados de Dios, estos preceptos contradictorios, el de multiplicar la especie y el de no ayuntarse conforme a la naturaleza, el hombre y la mujer? Pendejadas, amigos míos, ¿verdad zambo?

—Bueno, hijo, en esas vainas ya no me meto. Allá ustedes, los sabidos...

—No, muchachos, no. Le resultó mal, muy mal este ensayo de amor y creación al Todopoderoso Jehová. Y, para enmendarlo, para corregirlo, es que envió al mundo, a su Divino Hijo... Consumado el fracaso total del Antiguo Testamento, con la llegada de Jesús sobre la tierra, se inicia el tercer fracaso, el que hasta hoy presenciamos: el de la Redención.

Yo creí de mi obligación intervenir. Nunca ahondé mucho en la dogmática esencial del cristianismo. Pero me ha seducido siempre, me ha iluminado la vida la figura de Jesús. Su estar siempre del lado de los oprimidos, de los pobres, de los animales, de los niños. Su defensa de la prostituta “que ha tenido muchos maridos” y que le pide agua junto al brocal del pozo de Samaria. Su defensa de la adúltera

que iba a ser lapidada por la crueldad hipócrita de los falsos virtuosos, con el desafío inmortal: "quien esté libre de culpa, arroje la primera piedra". Su ataque a latigazos a los mercaderes del templo que "habían convertido la casa de oración en cueva de ladrones", salvando solamente a los pobres vendedores de palomas. Su milagro alegre cuando las bodas de Caná: convertir el agua en vino, para que los festejadores del amor puedan llegar a la plenitud del júbilo con la abundancia no regateada del zumo de la vid. Milagro alegre y sin hipocresía, franco y viril, saludable y humano. Aquellas palabras suyas que anuncian mucha piedad y perdón para quienes mucho han amado, dichas a la pecadora. Y la dulce y consoladora piedad del Sermón de la Montaña. Eso que nos queda de niños —única compensación por el mal, la enfermedad y la vejez— me ha hecho estremecerme siempre ante quien declaró su amor por los niños, que no se dejó tentar por el Diablo, que despreció las riquezas y los ricos, y confesó que hablar, dialogar sobre eso y lo otro con María, es aún "la mejor parte". Y sentenciar que "más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre al Reino de Dios". Y declarar, desde la cruz, que perdona a quienes lo suplician y lo matan, porque "no saben lo que hacen"...

No, no me seduce la prédica de la resignación, de la que se quieren colgar, y así lo han hecho siempre, los explotadores del hombre. En la que malignamente, se ha tratado de sustentar un cristianismo inhumano, consiguiendo con ello el ablandamiento y la sumisión de los pobres, porque la pobreza es ya, en sí mismo, un premio, una gracia divina. Me indigna la resignación, esa castración cobarde de la voluntad humana, que todo lo acepta, porque así hace mayores méritos para un más allá lejano, sacrificando ese don de Dios que es la vida, la vida integral y gozosa del individuo dentro de la colectividad.

Eso, la resignación, que es apenas una insinuación dentro de la prédica total, ha sido recogido por los "cristianos y occidentales" de hoy, de los labios de este manso y dulce profeta oriental, Jesús de Nazareth, que predicó también la rebeldía, la protesta y la insurgencia, acaso con mayor insistencia que la resignación. Paz, eso sí quería Jesús. Paz entre los hombres por sobre todas las cosas. Y si dijo aquella cosa dulce y pacífica de "si te ofende tu enemigo en la una mejilla, enséñale la otra"; en cambio encontramos los más variados pasajes en los que expresa su rebeldía, su protesta contra los "sepulcros blanqueados, raza de víboras", contra los que oprimen a los humildes, contra los hipócritas, simuladores de virtud, contra todo lo malo y bajo de los hombres guiados por la ambición, por el odio.

—Mira, Julio Emilio: yo, como tú, tengo mis reservas sobre el cristianismo de los "cristianos" que conocemos, contra el cristianismo de los curas, de los conservadores, de las beatas y de los hipócritas. Pero la figura de Cristo, su enseñanza de paz y de justicia, me es infinitamente amable y respetable...

—Estamos de acuerdo. Muy de acuerdo. Pero mi análisis se refiere justamente a la interpretación canónica del Evangelio, hecha para beneficio de un modo de ser histórico del hombre, y que por lo mismo, cada vez es menos justa, menos aceptable. Sostengo, por lo mismo, que la Redención, lo que se llama la Redención, es el tercero y más sonado fracaso del Dios de los llamados cristianos. No fracaso de Jesús, del que habló y... "en ese tiempo dijo a sus discípulos", como comienzan los Evangelios de la misa. Cuatro caminos, cuatro direcciones de salvación completan el gran drama de la Redención: primero, la encarnación, la humanización de Dios, la anti-creación del Padre, que en el sexto día "creó al hombre a imagen y semejanza suya", y ahora, "crea a Dios a imagen y semejanza del Hombre". Segundo, la enseñanza, "la Buena Nueva", anunciadora de la nueva Ley, de la nueva moral, del nuevo amor. Tercero, el milagro, para convencer a los hombres, pobres criaturas flacas y desconfiadas, de la autenticidad del origen divino, de la esencia divina del Redentor, del Mesías, del Enviado. Cuarto, el sacrificio, "pasión y muerte", para borrar las manchas indelebles del Pecado Original...

"La primera fase es la de la encarnación, la humanización, porque al Jesús del Evangelio, al Hijo del Hombre, los concilios, la iglesia, los "cristianos" nos han desfigurado al verdadero, al auténtico Jesús. ¿Es, en verdad, un hombre? Sin embargo, por prejuicios, pacaterías, incomprensión, empeño de fabulación y de mito, Jesús es escamoteado como hombre integral, con todas las excelencias y las debilidades de la naturaleza humana. ¿Jesús es un hombre, "nada menos que todo un hombre"? ¿Por qué entonces se le niega, en la dogmática, la capacidad esencial de amor, de amor pleno, de amor de hombre a mujer?

—No cholito, no. Te estás metiendo en honduras. Yo creo que todo eso que estás diciendo, es pecado mortal. No sé. Pero, en fin, como ya vamos a confesarnos, y allí lo borramos todo, sigue no más, para ver en qué paran tus fantasías...

—Mira, zambito. No creo que lo que estoy diciendo sea pecado, no. Más bien tú, con tu famosa teoría de que hay que pecar no más, porque la confesión lo borra todo, estás incurriendo en la gran infamia de los malos cristianos que conocemos: pecar, pecar y luego usar

del jabón fácil de la confesión que lava todos los pecados... Bueno, si no te opones, continúa. Yo pienso que San Pablo, más que los evangelistas, nos presenta un Jesús infecundo, que contraría la Ley, y que con su castidad, parece acusar de inmundicia a lo más bello de la propia creación divina: el amor fecundo, el que engendra niños, el que perpetúa la especie. El amor que salva al pobre ser desvalido que es el hombre, por los caminos de la esperanza, del estímulo humano, del arte, de la poesía... ¿Cómo imitar ese Jesús que condena, implícitamente, la plenitud del amor, obra suprema de la divinidad? ¿Cómo? ¿Cómo seguir su ejemplo sin perseguir la abolición, el exterminio de la especie humana? Si eso se hace, se contraría a la Ley que ordena "creced y multiplicaos". No, yo me resisto a imitar a Jesús por los senderos señalados por Kempis, el "asceta yermo", que son caminos de frustración y de impotencia. Y entre las cenizas del *Eclesiastés*, prefiero las brasas encendidas del *Cantar de los Cantares*... No, zambito: si imitamos la castidad infecunda, privamos a la vida de su espectáculo mejor: los niños. Jesús, como nadie, amó a los niños: *Sinite parvulos venire ad me*... Dejad venir a mí a los niños... ¿O es que el Redentor, al venir a lavar los pecados del mundo, lo que quizo fue confirmar la sentencia del Pecado Original? ¿Entonces, si es así, nosotros tenemos renovado el mandato de la Antigua Ley, de no comer del fruto del árbol del Bien y del Mal?

En este momento de la charla de Julio Emilio, que era inagotable cuando tocaba estos temas, llamaron a las oraciones previas al almuerzo: las once de la mañana. Apresuradamente, asearse, ir a "los comunes", lavarse las manos. En la iglesia, se nos proponían dos o tres temas de meditación, y se nos daban algunas indicaciones sobre el "examen de conciencia", la más grave y complicada operación de los ejercicios.

El Padre "suco", era el encargado de esta misión, que él cumplía con inteligencia y sagacidad. No era el Padre "suco" un fanático. Inteligente, fino, bondadoso, con bastantes lecturas profanas, "para poder guiar a estos desalmados", tenía real y sana inclinación por la juventud. Gustaba de conversar con nosotros. Preguntarnos cosas. Sin malicia, sin esa pérfida malicia del Padre Miguel, que era un violador de almas, un manchador de adolescencias.

—Al confesor, hijos míos, hay que decirle la verdad. Nada más que eso. Sin pecores. No todo lo que podáis haber hecho es pecado. Y para el pecado, la misericordia de Dios es infinita. El confesor os

dirá, con cariño y comprensión, lo que es pecado y lo que no es. Como al médico, no hay que ocultarle nada. Id repasando, mandamiento por mandamiento: los diez de la Ley de Dios, los de la Santa Madre Iglesia. Y recordad. Pero más que eso, hijos míos, confiadle al confesor vuestras preocupaciones, vuestras dudas, vuestros problemas. No agrandéis mucho las cosas en vuestra imaginación. La naturaleza humana es flaca. Todos pecamos por igual. Lo esencial reside en conseguir un sincero arrepentimiento por nuestras culpas y un propósito de enmienda valeroso y leal...

Gran dialogador como era, nos pedía que le hagamos consultas, que le propongamos cuestiones de fe, de vida, cosas. Y nosotros lo hacíamos. Y, les aseguro a ustedes que esta religión consoladora, nada conflictiva del Padre "suco", nos predisponía muy bien para el almuerzo, nos abría el apetito, por lo demás demasiado despierto en esa edad...

En la tarde, después del almuerzo, con pretexto de quedarnos en nuestras habitaciones para meditar y adelantar nuestra "preparación espiritual", sacábamos sigilosamente las barajas y, espiando, espiando la puerta, "echábamos" una partidita de "veintiuna". En la que conseguimos hacer pasar de una a otra mano, de uno a otro bolsillo, las moneditas que llevábamos. El zambo tenía una suerte "padre". Lo cual quería decir que la Chabela, su enamorada de turno, le estaba poniendo cuernos... morales.

—Pedazo de imbéciles. Lo que pasa es que son unas maletas para jugar. Mañana les doy el desquite, carajo. Y, oye, Julio Emilio, sigue con esas vainas que estabas charlando esta mañana. De veritas que me dejaste picado, de veritas...

Julio Emilio, que no deseaba otra cosa, accedía generosamente. Dispúose a continuar su exposición, fervoroso como siempre:

—La segunda fase de la obra redentora, es la prédica, la "evangelización", la voz que guía, que fortalece, que consueta. La palabra de Jesús, aún interpretada y tergiversada por la Iglesia, conserva su frescura original. Y allí, en ella, se encuentra las cosas más buenas y más bellas que labios humanos hubiesen pronunciado. Pero, fíjense ustedes: en este aspecto, el fracaso del cristianismo es total. Todas las buenas palabras de Cristo, en enseñanza, doctrina y máxima, han sido violadas, sin faltar acaso una, por el catolicismo oficial, por los que se atribuyen el derecho excluyente de llamarse católicos. En forma institucional, por la Iglesia; en forma individual, por ministros y fie-

les, clérigos y seglares. Por ejemplo: ningún precepto acaso más repetido por Jesús que el de la pobreza, el desdén de los bienes terrenales, porque "mi reino no es de este mundo". Este precepto puede ser discutido por los no católicos, por los materialistas. Pero quienes se proclaman a voz en cuello discípulos del Maestro, tienen que cumplir sus normas sin farsa ni mentira. ¿Quién más ostentoso rico, para comenzar, que el Papa? Dejémonos de cosas: todos los ricos explotan a los que no lo son, en nombre y por mandato de Cristo. Y los curas, digan que no, están en impresionante mayoría, siempre de parte del hacendado gamonal en contra del peón, del negrero en contra del negro esclavo. En nuestro país, eso casi no tiene excepciones; el cura, el hacendado, la autoridad civil son los permanentes aliados para la explotación del indio, del campesino. Y así se mantiene la gran tragedia de nuestros campos... y de nuestras ciudades también.

—Eso sí —agregué yo— es indiscutible: la prédica cristiana ha fracasado. Es en la órbita de la llamada "cultura cristiana", donde están en vigencia todas las más grandes injusticias: la preparación científica del asesinato en masa, la discriminación racial, el hambre universal, mientras existen unos cuantos miles de millonarios "cristianos", que acumulan fortunas de cientos y miles de millones. Y la guerra...

—Bueno, bueno, eso está claro. Pero lo que me interesa es eso que dijo Julio Emilio¹ sobre el milagro. ¿Qué vainas nos soltará para embaucarnos este cholo sobre eso del milagro?

—Mira, Zambo²—continuó Julio Emilio²: en esto del milagro, ya conoces mi opinión. Yo creo que Jesús no pretendió realmente forzar la fe con el milagro. No abusó del milagro. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, hay una diferencia fundamental sobre esto. Mientras los milagros del Génesis y, sobre todo del Éxodo, son milagros grandotes, espectaculares, "demagógicos", los milagros del Evangelio son dulces, bondadosos, bellos. Veán ustedes: Moisés abre en dos las aguas del Mar Rojo, hace llover el Maná durante cuarenta años para alimento del pueblo elegido; y al entregar a su pueblo las Tablas de la Ley, rayos y truenos incendian las cumbres del Sinaí y el Profeta surge ante su pueblo por entre las llamas de la zarza ardiente. Josué —con disparate y todo— hace parar el Sol... Y todas las cosas de Sansón, de Gedeón, de David, del mismo Salomón... Tiembla el misterio al recordarlas. En cambio, Jesús... Del agua hace vino para

que siga el humor —íbamos a decir dionisiaco— en las bodas de Caná. Hace florecer las flores o maldice la higuera. Resucita a Lázaro, de puro amor. De puro amor sana a la hija de Jairo, de puro amor camina sobre las olas, multiplica los peces y los panes, de puro amor... Y le gustaba dejar una línea de luz para que por ella se filtre esa posibilidad de libertad del pensamiento: la duda. En su propia resurrección nos dejó un motivo de discusión y de duda. Que lo diga si no Santo Tomás... Sólo María Magdalena, ella, la gran enamorada, oyó la voz dulce del hortelano que le dijo: *no me toques*... No, zambo: el milagro no fue en Jesús un truco fácil para obligar a los remisos a la fe. Cristo quizo dejar al hombre, anchos, "los caminos de la libertad", para en un día, el día del "santo Advenimiento" poder juzgar como los hombres han usado de ese bien supremo... Acuérdense de las tentaciones del Diablo, incitando al Cristo a realizar el milagro para asegurarse el triunfo... Jesús prefirió darle esa victoria barata al Enemigo, y no hizo el milagro por El exigido. Ni quiso tampoco obedecer al impropio:

"Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz".

Lo más importante del día era, sin duda, el sermón nocturno, predicado por el Padre Andrés. Era fina, musical, seductora la voz de este fraile al que casi todas las gentes de la pequeña ciudad querían, porque no era fanático, porque era comprensivo, porque sabíamos que venía desde el amor triste, desde las miradas de la mujer, desde el amor frustrado por la vida. A pesar de que tenía que ceñirse, en lo posible, al sabio plan del "gran demagogo" de la mística, San Alfonso María de Liguorio, el Padre Andrés sabía moverse con cierta libertad y hallar los caminos —o buscarlos por lo menos— de llegar hasta la sensibilidad de las gentes jóvenes, que era lo que le interesaba. Parábola del Hijo Pródigo, del Buen Samaritano, de la Oveja Perdida... Y esa tremenda cosa de las Novísimas y Postrimerías del hombre: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria.

El Padre Andrés sabía, como confesor preferido por la muchachada, que lo que más necesitaba guiarse y orientarse, era lo relacionado con el amor y el sexo en esa época de la adolescencia, de los despertares urgidos de la virilidad. Su empeño se dirigía a encauzarlos, apartándolos de los malos caminos del vicio solitario o de la intersexualidad. Era por eso que trataba de fomentar los amores, los buenos, los dulces amores provincianos de chicos y chicas, que había que conducirlos hasta la culminación afortunada de las flores de

azahar. Lo adorábamos por eso. El nos sabía las cosas, todas las cosas, esas cosas. Pero le interesaban los problemas de la fe, de la gracia, de la vida devota. Sabía que para eso, el mejor remedio es la provincia, las campanas, los ríos, las flores y el no tener qué hacer.

El Padre Andrés quería evitar las contaminaciones. Quería puros a sus amigos los muchachos y las chicas. No castos, sino puros, que no es la misma cosa. No combatía la lujuria sino la obscenidad.

Fraile alcahuete, decían las mamás entre indignadas y sonreídas, cuando sabían que el Padre Andrés andaba por allí ayudando a que los muchachos se vean con las muchachas, en "lugares serios", y que propiciaba reuniones de enamorados y defendía ante los padres celosos, un amor en marcha acelerada al matrimonio.

El miércoles —algunos desde el martes— nos confesábamos todos. Y todos querían hacerlo con el Padre Andrés. Menos el zambo Zabaleta y yo, entre otros. El zambo, porque todas sus historias eran de esas de tumba tumba y tras la puerta, sin itinerario posible al matrimonio; y yo, porque sabía que quería meterse —y eso sí que no tampoco— en lo relacionado con mi amor por Ella, que el frailecito zahorí sospechaba, y de muy buenas fuentes.

El Jueves Santo, era el día de la gran comunión y de las "posturas nuevas". Eso de las "posturas nuevas" era la tragedia del siglo. Todas las malas palabras olvidadas resucitaban ese día santo entre los santos. Contra el zapatero que nos había hecho los zapatos ajustados. Contra el pobre sastre, el gran idiota del maestro Echanique que nos había hecho arrugas en el saco y nos había sacado las mangas cortas. El zambo Zabaleta, seguro de sus cosas, gozaba de lo lindo, riéndose hasta más no poder de unos pobres pajarracos, sus parientes, pobretones, feos, presumidos y escrofulosos, que no tenían la verdadera "postura nueva" sino que, desgraciados, tenían que ponerse ropas "adichadas" de ropas de los padres o los hermanos mayores. Se cogía la barriga de la risa, y "mingaba" gentes para que vayan a ver a esos infelices, con sus caras hundidas de lechuzas viejas, grotescas hasta pedir basta...

La Comunión de Jueves Santo la hacíamos, por pedido del Obispo, en la Catedral, en la misa para consumir las hostias hasta la Resurrección. Los curas querían exhibirnos por toda la ciudad, como un rebaño reluciente de blancura, ovejitas piadosas. Pero en el recorrido por la Calle Real, casi todita la pequeña ciudad, las chicas

se asomaban por allí, por las ventanas. Los zapatos ajustados, la vanidad de las "posturas nuevas", las miradas de las novias y de... bueno, chicas como la Miche, nos habían ya, infelices de nosotros, hecho caer en tentación... Felizmente, la medicina estaba allí, para no cometer sacrilegio: los tres golpes de pecho, la pila de agua bendita a la entrada de la iglesia y el

"por mi culpa, por mi culpa,
por mi grandísima culpa".

13

Fueron los últimos "ejercicios" a los que asistí. Cumpí diecisiete años. Mi adolescencia terminaba. Fue la época en que, bajo la inspiración del viejo Villarreal, Miguel Angel Echeverría, Julio Emilio Ortega y yo, nos sumergimos en los abismos de la duda y, como salida, vislumbramos las claridades de una nueva fe.

Poco tiempo después se incorporó a nuestro grupo Francisco Soto, el aprendiz de cura.

Fue esa también la época en que le causé sufrimientos a Ella. Por mi imbécil orgullo. Por mi ostentosa entrega a los amoríos públicos, a los amoríos con público. Y por mi viaje a Quito, en fin. Imbécil que fui. Lágrimas de Ella y, acaso, el prelude y la fuga...

Leíamos incansablemente. De todo. Libros de teoría —que apenas llegaban a mi pequeña ciudad— y libros de literatura. Y platicábamos. La provincia: allí se ha refugiado eso que sólo se ha hecho en las horas mejores del hombre: conversar, entregarse a las delicias superiores del diálogo, única forma de construcción de ideas y de entrega de emociones. Única forma fecunda del quehacer humano.

De los escombros de la primera guerra mundial, habían surgido dos cosas nuevas: el socialismo hecho poder en Rusia con unos nombres raros, maximalismo, bolcheviquismo. Y el fascismo italiano, seguido por el nazismo alemán y, como caricatura vergonzante, el falangismo español. Las posiciones de las gentes de mi pequeña ciudad

se fueron clarificando: del lado fascista se colocaron los tipejos pre-tenciosos, de finchada y ridícula aristocracia provinciana, feos, mal-vestidos, que olían por dentro —eso que ellos llamaban el alma— a excrementos y orines; y por fuera, a naftalina y alcanfor. Aquellos de los que siempre nos habíamos burlado por presumidos y brutísi-mos. Pero no brutos así, por decir. No. Eran brutos comprobados, graduados, doctoradores de brutos. En la orilla fascista, todo lo des-preciable y repugnante. De ese lado los curas, casi todos los curas y los frailes. Menos el Padre Andrés, que sonreía y el Padre “suco” que hablaba mal de los fascistas pero que no hablaba nada de los otros.

Nosotros, por aseo espiritual, casi pudiera decir por gravedad, nos situamos en el otro lado, el “lado malo”. Pero quisimos docu-mentar nuestra posición, para que no apareciera gratuita, superficial, “de gana”. Quisimos conocer “nuestras razones” y no solamente nues-tras emociones. Procurar la convicción y no solamente las “simpatías y diferencias”. Leímos, pues, todos los libros posibles. Y nos inte-rrogamos, hondo, a nosotros mismos. Y constituímos, libremente, sin normas y sin leyes, una especie de célula socialista independiente. El grupo se completó con la presencia de María, la hermana de Mi-guel Ángel que nos iluminaba con sus reflexiones y con sus pregun-tas. Con sus preguntas sobre todo. Como en ejercicio de un carte-sianismo infantil, que comenzara con su propio *Cogito, ergo sum*, nos planteábamos la pregunta simple y terrible: ¿Por qué hay pobres y ricos? Y luego: ¿por qué hay pobres tan pobres y ricos tan ricos? Antes que *El Capital* y el *Manifiesto comunista*, que estábamos co-menzando a estudiar y comentar, era aún el *Sermón de la Montaña*...

No, no nos creíamos tráfugas del cristianismo ni traidores a Jesús. Habíamos abandonado la Iglesia. Acaso no por razones dog-máticas y teológicas que, por lo menos a mí, nunca me preocuparon mucho. Sino por motivos —¿razones, Blas Pascal?— de sensibilidad, de moral, de simple honestidad humana.

Eramos unos cuantos muchachos sanos, que empezábamos a com-prender. Y a los que se nos hacía un nudo en la garganta con la contemplación de la injusticia que nos cercaba, nos acorralaba por todos los costados de nuestras vidas que no habían delinquido toda-vía. En casi todos nosotros, no era el dolor personal, la propia causa la que queríamos defender: era la causa de los hombres, sumidos en la miseria, la injusticia, el mal, que nos estaba haciendo dudar de la conducta de las gentes, de la verdad de las leyes, de la moral estable-

cida, de la Patria, sólo buena para los ricos, de Dios, sólo bueno para los ricos...

No éramos gentes de palabra y lectura, teorizantes que habíamos caído en esas *novelerías* en boga. Vivíamos tan lejos, tan adentro de los caminos de los hombres. Vivíamos en lo que, desde Europa, un comprovinciano nuestro, Benjamín Carrión, llamara "el último rincón del mundo"... Pero allá, al "último rincón del mundo", llegaba la noticia de la inútil maldad de los hombres y pueblos más cultos de la tierra. Allá llegaba, "a lomo de mula", con semanas de retraso, la noticia desoladora de la crisis final, de la caída de la prédica de Cristo... Eran los grandes países "occidentales y cristianos", los que se habían lanzado a producir en cantidades industriales, sufrimientos, injusticias, miseria, desolación y muerte.

Nos llegaban los libros que relataban la última guerra universal: *El Fuego*, de Barbusse, la *Vida de los Mártires*, de Duhamel, *Las Cruces de Madera*, de Dorgelés, los libros de piedad infinita de Romain Rolland. Y vimos que la guerra no eran las clarinadas épicas y gloriosas del

*"Allons enfants de la Patrie
le jour de gloire est arrivé".*

La guerra era otra cosa: porquería, náusea, gentes mutiladas, héroes cornudos, excrementos, la bestia humana primitiva, hambrienta, dolorida y enferma... Eso y no otra cosa era la guerra que se habían hecho —que continuaban haciéndose— los hombres "civilizados y cristianos" de occidente.

Pensándolo bien, acaso es por el camino del odio a la guerra, más poderoso que el amor a la paz, que los hombres de mi grupo provinciano, fuimos cayendo en la duda sobre la eficacia del cristianismo, no del cristianismo de Cristo sino del "cristianismo" de los "cristianos". Sí. Comprendimos. Empezamos a comprender: el "cristianismo" de los cristianos ha fracasado para la intención de Cristo. Ha hecho prosperar en cambio, como ninguna otra religión, actual o antigua, a los explotadores del hombre: comerciantes ladrones, gamonales y latifundistas inhumanos, voraces capitanes de industria, frailes impíos que trafican con el amor, con la enfermedad, con la agonía y la muerte. Una organización eclesiástica que, basada en la institución extraevangélica del Purgatorio, lo ha tarifado todo, comenzando por los Siete Sacramentos:

El primero, bautismo, con tarifa.

El segundo, confirmación, con tarifa.

El tercero, penitencia, aparentemente gratuito, pero cobrado en extorsión mental, en obligación delatora, en conducto de consignas políticas, bajo penas severísimas: la excomunión, el infierno, entre otras, para el caso de desobediencia.

El cuarto, comunión, también aparentemente gratuito, pero igualmente cobrado.

El quinto, extremaunción, tarifado en dinero, en retractaciones humillantes y mentirosas, arrancadas a los moribundos.

El sexto, orden sacerdotal, con tarifa, a pesar de la escasez cada vez mayor, de las "vocaciones religiosas".

El séptimo, matrimonio, amén. Igualmente tarifado.

Tarifa por el bautismo, que borra el pecado original. Tarifa por adquirir el derecho de acostarse un hombre con una mujer, "sacramentalmente", para cumplir el precepto divino de crecer y multiplicarse. Tarifa para morir cristianamente con Dios Nuestro Señor. Tarifa para renunciar a Satanás, "a sus pompas y sus obras"...

Tarifa para triunfar del Mundo, el Demonio y la Carne, los tres "enemigos del alma".

En nuestro grupo "hereje", nos quitábamos la palabra para contar casos y cosas por nosotros conocidos. Cada uno quería referir una cosa más "jodida". Resolvimos hacerlo por turno, concediéndole la palabra a Panchito Soto, Sotomayor se firmaba, "el aprendiz de cura", porque según el decir del zambo Zabaleta, pronto lo íbamos a perder, desde que se sepulte en esa pendejada sin salida que es el seminario. Panchito habló:

—Habrán ustedes seguramente oído contar el caso, que se publicó en los periódicos, de esa pobre chica que, en Platanillo, se quemó a sí misma rociándose previamente toda ella con gasolina. Toda ella. Novela de santidad se hizo de lo que, en realidad fue un caso horrible de crueldad fanática, inspirado por el cura, azuzado por las beatas, agravado por las gentes "bien pensantes", buenas cristianas, cumplidoras con la Iglesia. Esa pobre chica. Estercita Ramírez se llamaba, era la gloria del pequeñito pueblo. Sus diecisiete años llevaban a cuestras todas las provocaciones de su cuerpo ya florecido, y de las que ella no era responsable. Carita picarona, senitos puntudos, ujujuj, nalguitas ondulantes, así, así, cholitos... Yo tenía apenas trece

años y apenas si... bueno, ustedes me comprenden. Todos los muchachos del pueblo estábamos jodidísimos por ella. Las beatas viejas y, peor aún, las beatas jóvenes de castidad incomedible, se confabularon contra ella. Desprecios en la calle, en las casas y, sobre todo, en la iglesia.

¿Qué había ocurrido? Pues que el jefecillo del destacamento de guarnición fronteriza, un muchachón subteniente, hambriento de mujer, aburrido de la insoportable monotonía del pueblo, se encandiló al toparse por allí con la linda zambita, empezó a seguirla y ella también, claro, cholitos, claro, ella también le coqueteó, así no más, de regresadas a ver, de sonrisitas y, ujujuy, de más chocoleo de caderas... Bueno: Estercita dio con el subteniente venido de Quito, todos los pasos necesarios hasta dar "el mal paso". Conversaditas tras la puerta, cititas al río y, ¡bulum! Eso fue todo. Una chica y un muchacho que se enamoran, se desean y se entregan. El viejerío católico y piadoso armó el escándalo y desencadenó la tragedia. Claras alusiones del cura, cura grandísimo, desde el púlpito; la muchacha perdida, jodida, corrompida, rompida, emputecida. El militar, totitos iguales, casado el muy sinvergüenza.

Un novio formal y pendejísimo que le había salido, se puso en contra de la muchachita a la cual desde entonces sólo llamaba la puta esa. Como esto no es una novela, el novio desdenado no se puso heroicamente en su favor, como hubiera resultado más bonito. Y entonces, la infeliz Estercita, pobre bestezuela acosada por todos en un pueblo minúsculo, fue por todos —ay, tan virtuosos, ay, tan puros— repudiada. Los muchachos bandidos, creían que ya era no más cosa de decirle vamos al río y tantearle las nalgas en cualquier apretón, y de hacerse, cochinos, los que no la conocían cuando habían gentes que los vieran. Y esas "amigas" virtuosas, que estaban dispuestas, ganosas, de vender la virginidad mediante escritura pública, actas, firmas, bendiciones, latines y curas, todo ello certificado, autenticado, legalizado, consagrado, sacramentado, tarifado. Eso, sobre todo.

A Estercita, en Platanillo, no le quedaban sino muy pocas cosas por escoger. Muy pocas, porque ni siquiera la putería podía resultarle, si no se resolvía a ir a las minas de Portovelo. Y eso, eso, francamente, no. ¿Putá para gringos? No. ¿El veneno? No se lo hubiera vendido el boticario y más bien hubiera hecho el gran escándalo. ¿La sogá y el árbol? Le parecía que eso era propio de Judas, cosa del diablo. ¿La pistola? Nadie tenía pistola, sino carabina y machete en el pueblo. Solamente el soldadito adorado, bandidito que-

rído, que no se la hubiera prestado. ¿Tirarse como Ofelia al agua? El río manso no la hubiera querido, ni podido, ahogar. Y, además, ella no había leído a Shakespeare... La gasolina, la lata de gasolina y el fósforo...

De esta infamia, los curas y las monjas, el Obispo, han querido hacer una historia de pureza y martirio, como ese de María Goretti. Y la pobre Estercita, cholitos, la pobre Estercita...

Le tocó luego contar su cuento a Julio Emilio, como en *El Decamerán*. Igualito. Sólo que... Verán:

En la región donde se asienta su pueblo natal, pueblo de caña de azúcar, de aguacates y chirimoyas, no tan caliente como Platanillo, existen tres gamonales zánganos. Dos de los cuales se hallan entregados a la pereza en la capital de la provincia. A la pereza, el séptimo de los pecados capitales, y a otros pecados, capitales o no. Vive el uno en barraganía con su hermana sordomuda, de la que ha tenido ya dos hijos. Pero sigue siendo, por ser aristócrata y rico, "señor muy principal", muy de misas y novenas, con reclinatorio puesto en la Catedral, y con derecho a pagar fiesta, cohetes y predicador en uno de los días del "septenario", que sigue a la solemnísima celebración del *Corpus Christi*:

*Tantum ergum Sacramento
veneremos cernui,
et Anticun Documentun,
Novun cedan ritui?"*

El otro es un viejo casi idiota, que no puede moverse a causa de una enfermedad repugnante y misteriosa, que lo hace vivir inmovilizado, cayéndosele la carne a pedazos, y despidiendo una hediondez apesosa que hace taparse las narices a las gentes... Viejo y santo patriarca según Obispo, frailes y beatas. Caritativo, porque hace dar con sus criados unas cuantas pesetillas los sábados, perdone vuelva el sábado... A este viejo infeliz, a quien las gentes llaman "el carcomido", lo hicieron casar con una vieja barbuda, barbada, horripilante, sesentenera, pero jovencita al lado del monstruo. Todo con el santo fin, según frailes y beatas, de que la fortuna pase a "buenas manos". Las de la corrompida y sucia familia de la "novia"... Naturalmente, este matrimonio monstruoso se disolvió gracias a las dosis

masivas de láudano que la vieja barbuda, barbada, administraba al viejo podrido, carcomido, para calmar, dizqué, sus horribles dolores. Después de la muerte putrefacta de ese sucio guiñapo —cuyo ataúd pobre y mal hecho se reventó en la calle a causa de una estallante hinchazón *post mortem*— todo el dinero, las fincas, las joyas guardadas en zapatos podridos, pasó a la “viuda inconsolable”; mediante un piadoso testamento en que el repugnante bicho, después de encomendar su alma católica, apostólica y romana a Dios Nuestro Señor y dejar una suma apreciable para misas gregorianas, todito a fardo cerrado se lo dejaba a la vieja repulsiva, barbuda, barbada y, luego de su santa muerte, a la santísima Virgen del Cisne, o sea, a los conventos, a la curia, al Obispo...

El tercer gamonal, continuó contando Julio Emilio, vivía permanentemente en su inmensa hacienda y era el más poderoso de los tres. Muy católico también, daba limosnas en madera y en trabajo de su peonada, para la construcción de la iglesia de dos torres que nunca se terminaba, porque así le convenía al señor cura. Porque el secreto de las iglesias en los pueblos —de una torre o de dos torres— consiste en que no se acaban nunca. Si por desgracia se terminaran, cosa que con la ayuda de Dios no ocurre nunca, adiós limosnas, mingas, misas de tres padres, ferias, colectas y priestazgos. Este gamonal, ya viejo al filo de esta historia, pero el menor de los tres, se había dado en sus mocedades lo que se llama la buena vida. Enamoró a una parienta suya que se había metido monja, la sedujo y, cuando estaba a punto de estallar el escándalo, declaró su pecado en confesión a un Reverendo Padre, el Padre Bernardino que vive aún. Quien, después de propinarle una reprimenda así, así no más, ya que se trataba de un muchacho de gran familia, rica y constante protectora de la iglesia, los santos y las congregaciones —de una ejemplar y muy religiosa familia, “protectora” de la Santísima Virgen del Cisne— después de esa suave reprimenda, lo absolvió de culpa y pena, lo dejó impoluto, limpio, puro como un arcángel; mejor aún: como un serafín. Porque los arcángeles... no hay que olvidar que Luzbel era un arcángel. Como penitencia para que pueda recibir la eucaristía, le recetó un rosario rezado con toda devoción y el consabido propósito de enmienda.

Dentro del secreto sacramental de la confesión —*sigilo confesional*— el Padre Bernardino les habló a los virtuosos padres del travieso

muchacho —¡irse a meter con una monjita el imprudente!— y ante el azoro y la angustia de los atribulados señores, que creían perdido para siempre a su querido chiquillo, tan buenito, tan religioso, tan amante de cumplir con la iglesia, el virtuoso sacerdote les procuró consuelos y consejos:

—No toda la culpa es del chico, mis respetados señores. La monjita se las traía, sí señor, se las traía. Coquetona, frívola. Ustedes se acordarán —todo Loja lo supo— que los papás de ella, tan católicos señores y de tan alta alcurnia como ustedes, mis señores, la obligaron a entrar al convento porque la sorprendieron en pecaminosos amoríos con ese joven morlaco desterrado en tiempo del masón Alfaro, por conservador y católico. Antes que verla casada con un cholito —y morlaco, por añadidura, y de apellido Huaipatín— prefirieron obligarla a que se haga monjita, sin tener vocación para el claustro. Era llamada por el Mundo y la Carne, mis respetados señores, ¡por el Mundo y la Carne! —Y luego, frotándose las manos y con una sonrisita picarona y comprensiva, terminó:

—La Madrecita no era ya pura, mis estimados señores, no era ya pura...

El consejo salvador fue éste:

—Mándenlo a pasear un tiempcito a Lima, mis respetados señores. El muchachito no es malo. Con esta desgracia está muy nervioso. Habla de suicidarse. Cree que cuando se haga más visible la preñez de la monjita —porque la monjita está preñada, mis respetados señores— se armará un escándalo tan grande que no podrá vivir en nuestra pequeña ciudad. Piensa que lo van a considerar un sacrilego, hijo del diablo, réprobo en vida. Que nadie querrá hablar con él... Hasta teme que lo ataque el populacho enfurecido y que lo linchen como a los negros en los Estados Unidos... Yo estoy tratando de tranquilizarlo, le aseguro que nada pasará, que nadie sabrá nada. Que yo me encargaré de todo. Como yo soy capellán del convento, tengo dos planes para proponerle a ella y a la Reverenda Madre Superiora, con grandísimo secreto —*sigilo confessionis*— y al señor Obispo, con igual grandísimo secreto...

“Pero el muchacho no se calma. Está aterrorizado por las consecuencias de su desliz. No es remordimiento, porque yo ya lo he absuelto y le he dicho: al absolverte yo, Dios te absuelve, al perdonarte yo, Dios te perdona... *lo que atares en la tierra, atado será en el cielo, lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo.* En latín y castellano, mis respetados señores, en latín y castellano...

No, no es ya remordimiento. Es miedo, miedo espantoso: miedo a los papás de la chica, cuya mamá es la virtuosísima hermana de usted, mi respetado señor, dignísima matrona, dignísima matrona. Y el papá es el venerable y rico primo hermano de ustedes, mis respetados señores... Miedo al escándalo público, a que se le dañe su compromiso con la pura, riquísima, bonita y virtuosa señorita Eulalia Valladares, que es prima también de la monjita y del joven hijo de ustedes... Miedo. Miedo físico y social. Miedo de ser rechazado, desairado, aislado, repudiado, abochornado, pisoteado, insultado. Miedo de que lo ataquen, lo peguen, lo linchen, lo arrastren, lo descuarticen, lo mutilen, lo castren, lo marquen en las nalgas...

"Mis planes para hacer pasar inadvertido el hecho, que nada tiene de excepcional, mis respetados señores, son los siguientes: primero, conseguir que la señora Clorindita, ¿saben ustedes? la Sacristana Mayor que es la mejor partera del lugar, saque de apuros, ustedes me comprenden, a la traviesa monjita. Pecado grande, es verdad, pero menor que el escándalo: "ay de aquel por quien viene el escándalo", dice el Santo Evangelio... El segundo plan, que yo prefiero, es así: dejar que nazca la criatura, con el más grande secreto y, con un poquito de dinero, mis respetados señores, hallar una persona honrada que la críe. Una familia campesina, católica y honrada, por ejemplo...

—Fue así como el tercer ganoñal de mi pueblo —continuó Julio Emilio— después de su feliz viaje a Lima, que borró sus pecados, se quedó definitivamente en el latifundio fronterizo, compuesto de varias haciendas de cría, de caña, de café. En la más próxima al pueblo estaba la casa principal en que vivía habitualmente. Y desde allí ejercía su cacicazgo bestial sobre el pueblo y sus contornos. Su aventura juvenil le enseñó que Dios —o lo que los curas designan con tal nombre— está siempre, siempre, de parte de los ricos, de los poderosos, de los audaces, de los pícaros con influencias, de quienes tienen cómo conquistar a lo alto y lo bajo, al cielo y la tierra, a Dios y al Diablo... Súbditos de su satrapía siniestra, humildes súbditos, eran el cura, el comisario, el teniente político y, algunas veces, por miseria, el maestro y la maestra de escuela.

"Padrote garañón y cachondo, seguro de que nada le ocurriría desde que, ja ja ja, empreñó a su prima la monjita, putísima ella... se convirtió en un verdadero patriarca del Antiguo Testamento, con innumerables concubinas, con decenas de hijos diseminados por toda la comarca... A las madres de sus hijos, gran señor que era, cuando

las abandonaba les daba, si eran campesinas, una vaca con cría; si eran puebleras y aseñoritadas, una máquina de coser... ¿Casadas, solteras? En el primer caso, *conchabar* al marido, borrachín casi siempre, con aguardiente y plata; si solteras, buscarles marido entre la gañanía o entre los pendejos del pueblo.

“Una de ellas, la Blanca Estrella, se le pegó como almeja y no se dejó botar. Mimos y rascaditas en el primer tiempo. Carajaduras y a-mí-no-me-la-haces-no-más-viejo-cabrón, después. Ya el viejo necesitaba quien le sobe la panza y le ponga emplastos. La Blanca Estrella con unos pechos que no la tumbaban hacia adelante por el contrapeso que le hacían las nalgas, se le había hecho necesaria. Grandísima esta, grandísima puta decía el viejo, indignado de verse cogido de la pata. La Blanca Estrella, además, le había parido, ella sola, nueve hijos, desde que la desdoncelló a los quince años, en esas navidades. El mayor de los hijos era su mejor apoyo en el manejo de la hacienda. Dicen que, sin protesta de la mamá, hasta le conseguía muchachas al viejo, después de probarlas y ablandarlas, para que el viejo no se esfuerce mucho.

Julio Emilio contaba cómo este viejo sátiro jubilado casi, fervoroso católico, usaba los más bárbaros métodos de crueldad para dominar a sus peones. Alguna vez —todo el pueblo lo supo— resolvió marcar con un fierro al rojo vivo las espaldas de los cuatrerros sorprendidos en robo de rescas. Felizmente, el animal no pudo continuar con tan salvaje castigo, porque una de las víctimas, ya marcada, pudo huir y, a salto de mata, llegar hasta Loja, donde presentó denuncia ante las autoridades y ante el pequeño periódico liberal, que hizo un gran escándalo que recogió la prensa grande de Guayaquil y Quito. Sirvió a la oposición para atacar al gobierno y para que en el Congreso se pronunciaran encendidos y patéticos discursos.

María, con su dulce voz suave, de opacas inflexiones, nos contó sus experiencias de niña y de mujer. En el colegio de monjitas, que predicaban la caridad cristiana y el amor al prójimo, se prefería a las ricas y aristócratas, porque sus papás hacían buenos regalos. Se les daba las mejores calificaciones, los papeles principales en la comedia del día de los premios. Y nos reveló que un día, delante de toda la clase, después de correr lista, la monjita humilde y piadosa de las manos juntas y la mirada baja, con voz endulzada por miles de avemarías, llamó a dos de las niñas recién entradas, entre seis y siete

años las pobrecillas, y les dijo que sentía inmensamente decirles que no podían seguir en el colegio, porque sus padres no estaban casados como lo mandan Dios y la Santa Madre Iglesia... Las pobres muchachitas, sin comprender lo que oían, salieron despavoridas, llorando a gritos... Recordó María la amargura de las muchachas pobres. No tenían dinero para los costosos uniformes frecuentemente renovados, se quedaban en la escuela o en sus casas sin desfilar ni concurrir a los festejos.

María nos contó el episodio dramático de esa chica zarumeña de quinto año de secundaria, tan vivaz, generosa y alegre, que no pudo tolerar que la monjita hipócrita y rezadora hiciera alusiones ofensivas en contra de sus padres:

—No, Madre, eso sí que no. No se lo aguanto, por diosito lindo, no se lo aguanto, Madre. Yo sé quién es su mamacita, pero ni usted ni yo sabemos quién fue su papá. Despacito, despacito. No le permito, Madrecita, que diga una sola palabra contra mis papás ni los de mis compañeras. ¡Ah, no, ah, no! Este rato me largo a mi casa. Y si Su Reverencia se me acerca un paso, ayayay, o repite algo desagradable contra mis papás, no respondo de lo que aquí pueda pasar...

La monja, sorprendida por esta insolencia inesperada, no supo cómo reaccionar en el primer instante. Pero, creyéndose respaldada por las alumnas de la clase, se adelantó contra la "chola atrevida" que no respeta ni los hábitos sagrados y procede como quien es... La chica ofendida no la dejó terminar. Como una gata enfurecida se lanzó contra la monja y, cogiéndola violentamente de la toca, le aplicó una sonora bofetada. Con la fuerza de la chica y el pavor de la monja al pretender correr, la toca quedó en manos de la agresora, y la piadosa y santa mujer, enseñó su pobre cabeza rasurada, ridícula, casi obscena... Las muchachas, instintivamente agrupadas junto a su compañera, no pudieron contener el estallido de sus risas. Tímidas y en ji-ji-ji al principio. Pero ante lo grotesco y lamentable de la escena, el estallido de las carcajadas fue brutal, hasta "mojar los calzones" como dijo una de ellas... La zarumeña rebelde salió disparada hacia su casa, en busca de su padre, abogado de armas tomar, sin Dios ni ley, jodido como él sólo que no aguanta moscas ni que nadie se le suba a las barbas, que se puso frenético y ante las ofensas a su muchachita, quiso ir al colegio para hacerles entender a estas monjas tales y cuales... No fue por ruego de su hija, pero armó el escándalo del siglo en las calles, las plazas, los periódicos. Se emborrachó, vociferó, gritó en las cantinas. Tuvo que calmarse porque el Obispo

lo amenazó con excomunión mayor de participantes. Ah, no, eso tampoco. ¿Y la clientela?

Yo, a mi turno, recordé —en ese especie de seminario para investigar entre los amigos por qué Jesús no vuelve— la vida de rapiña y crápula de las gentes más piadosas, católicas, practicantes, comenhostias, confesadoras, oyemisas, rezadoras de trisagios, rosarios, novenas, triduos, salves, padrenuestros, avemarías, el ángel del Señor, yo pecador me confieso, creo en Dios Padre todopoderoso, bendita sea tu pureza... Los frecuentes incestos entre hermanos —¿y ese que dizque dormía con su hija beata?—. Los atropellos, violaciones, estupro entre miembros de las familias más decentes, que se redimen mes por mes, semana por semana con una piadosa confesión seguida de una ejemplar y pública comunión en la misa más concurrida del domingo... Ese caso fatídico de cuatro hermanos, grandotes brutotes ricotes y noblotes que se disputan la posesión de la hermana provocativa pechona y caderona, hasta descubrir que la grandísima se ha acostado con los cuatro sucesivamente... Y entonces, como en acuerdo simultáneo y bestial de animales lúbricos y enfurecidos, llevarla a la parte posterior de la casa y con látigos de siete ramas azotarla y, cuando la ramera sangraba de los muslos, los senos, las espaldas, las nalgas, poseerla hasta dejarla medio muerta, los cuatro... La señorita Juana era una de las damas más virtuosas de Loja y los cuatro hermanos, caballeros cumplidos, piadosos, modelo de virtud cristiana.

La especialidad de los más virtuosos, como de hienas que se alimentan con carroña, es la de los testamentos. A uno, especialista, hombre de consulta, le dice el pueblo: Pedrito testamentos. Y conté el caso de la beatita robada con el cuento de las misas gregorianas. Y el de la tía que se había muerto horas antes y fue reemplazada en el lecho del testador, por una sirvienta bien enseñada para el fraude. Y el de esas muchachitas dejadas en la calle, por una falsificación de testamento. Y eso y lo otro y lo de más allá...

Ese puñado de muchachos ilusos —y desilusionados— decidimos alistarnos en las milicias del hombre. Enfermos de náusea por lo que veíamos de simulación e hipocresía, pero también confiados en la buena gente. Horrorizados ante ese gran robo, esa gran estafa de Jesús, resolvimos volver los ojos al del Sermón de la Montaña. Y... bueno, seguir todos los caminos que pudieran conducirnos a la luz.

14

Cuando Juan Antonio Molina resolvió —por ruegos de su mamá que llegó a temer que su muchachito se perdiera, como lo aseguraban las viejas tías beatas, putas algunas de ellas, chismosas, virtuosas, castas las demás de puro feas— hacer su viaje a Quito, toda la muchachería amiga de la ciudad, quiso despedirlo.

Pero antes... las calles, los campos, las piedras, las nubes, los ríos, los árboles, las flores, los pájaros, el aire, los prados, estaban llenos de la presencia bulliciosa de este Juan Antonio, curioso, cariñoso, anheloso de bien para todos. Este Juan Antonio que ante la inminencia de su viaje quería llenarse más, más, de sones de sus campanas, de aires de sus ríos, de verde de álamos y sauces. Arrastrando al remolque a su amigo Julio Emilio Ortega, su otro yo, iba por todos los lugares por donde vivió, amó, soñó.

A despedirse de ese viejo nogal del cercado ajeno que dominaba el patio de la escuela de Ella. Desde cuyas altas ramas, nada más, la miraba y sonreía, y Ella también, nada más lo miraba y sonreía desde la ventana abierta de su clase. Dos años seguidos, dos años de este dulce e imbécil ejercicio, la tontería divina: mirarse y sonreirse. Y decir con el consabido alfabeto de las manos las mismas complicadas maravillas: t-e a-d-o-r-o v-i-d-a m-í-a... El éxtasis.

A despedirse de la Colina de la Virgen, la Virgen de la Colina, donde el pasado mes de mayo, en medio de la multitud de fieles y devotos que comían las empanadas rituales entre los cohetes igual-

mente rituales, estrechó las manos, los senos, se arrimó, dio besitos así a la muchacha generosa y ardiente que lo amó, lo engañó con todos, con el mal poeta, con el deportista, el agente viajero, el subteniente, el estudiante, el amigo íntimo. Y fue suya ella sí, desde virgen, perversamente virgen. Y le fue fiel después, casada, viuda, otra vez casada, otra vez viudá, fiel, terriblemente fiel. Y siempre buena, y siempre infiel.

A despedirse de las esquinas de las serenatas. Esa esquina de los balcones altos cuyos postigos se entreabrían, poquito. Esa esquina de las ventanas bajas, con proyecto de besos y proyecto de... a pesar de los barrotes de las rejas, españolas, carajo, malditamente estrechos.

A despedirse de la pampita del Calvario —la loma opuesta a la Colina de la Virgen, la Virgen de la Colina— donde tantas veces Juan Antonio y el cholo Julio habían ido para estudiar las lecciones, pero en realidad para hablar, para callar, para soñar... Viajes, pintarle caminos a la bola del mundo, traspasar el cerro grande, el Villonaco y ver, clarito, París, Madrid, México, Roma, Valle Inclán, Antonio Machado, Pancho Villa, el Papa. Donde dan amor y besos las lindas chicas que se ven poco vestidas en las revistas.

A despedirse de la tienda —allá, cerca del río Malacatos— de doña Margarita, en cuya trastienda con una mesa, tres sillas y una banca, se fumaron los primeros cigarrillos, de los de envolver y pegar con babas, que les provocaron náuseas —¡qué pendejada, carajo!— y los primeros vasos de cerveza asentados con "fuerte". Donde hicieron el bachillerato de malas palabras y hablaron de su buena suerte con las muchachas, bajando la voz, a boca chiquita —no se lo cuentes a nadie, ¿no? cholito— y ponderaban las bellezas íntimas y... bueno. Allí, en la trastienda de doña Margarita jamás fue pronunciado el nombre de Ella...

A despedirse de la capilla de la Tercera Orden de San Francisco, donde Juan Antonio adoraba por las mañanas —y muchas tardes también— la carita divina de Ella, sus grandes ojos reidores, su cabeza cargada con esa mata de cabellos rizados, tan negros. Esa capillita donde Juan Antonio olvidaba todas las oraciones, desde el Avemaría hasta la Salve, por estar pendiente de las miradas de Ella. Mirarse y sonreirse, nada más, mirarse y sonreirse.

A despedirse de la calle del molino, donde vivía el Viejo. El viejo Antonio Villarreal, que despertó en Juan Antonio todas las escondidas esencias de justicia y amor por los hombres. El Viejo que era apóstol y patriarca de todos aquellos que como Miguel Ángel Echeverría,

Julio Emilio Ortega, el propio Juan Antonio, buscaban un camino, el camino... Esa calle del molino, por donde fue al río aquella tarde en que encontró a Rosita Echeverría, la muchachita dulce y linda, la hermanita menor de Miguel Angel. Aquella tarde en que la encontró sola, quiso que la besara y entregarse y él —Hamlet, sin locura ni venganza— la ofendió respetándola...

A despedirse del campanario de la catedral, en donde Juan Antonio pervirtió al gordito Jacinto, hijo del campanero mayor, tomando la defensa de Dios que por ser, como lo decía la Doctrina, "infinitamente bueno, infinitamente misericordioso", no pudo haber creado al Diablo ni al Infierno, que son infinitamente malos, infinitamente abominables... El pobre gordito campanero se puso a temblar ante la horrible blasfemia. Casi sin poder abrir la boca porque los dientes se le apretaban de puro miedo, empezó a tartamudear:

¡Santo Dios,
Santo Fuerte,
Santo Inmortal!
¡Líbranos de todo mal!

Recordaron entonces que, para que le pase el susto al pobre muchacho, lo llevaron a la trastienda de doña Margarita, donde le dieron una buena copa de pisco en agua hirviendo con azúcar y canela. Y cuando se repuso y entró en calor, le explicaron la cosa, le hablaron de la bondad divina, de lo buenito que tiene que ser el Niñito Dios. Julio Emilio le aclaró así las cosas:

—Ve, cholito. Dicen que quien creó al Diablo fue Dios Padre. El se inventó el Infierno por eso de la manzana. Ese señor de barbas que está en medio de un triángulo, ¿te has fijado?

Y a una señal de asentimiento del pobre gordo, Julio Emilio continuó:

—Tú sabes, ¿verdad?, que el gran bandido del Diablo engañó a nuestra madre Eva en forma de serpiente, y eso de la manzana y todo. Eva, a su vez, engañó al buenazo de su marido, Adán. Aun cuando hay algunos que aseguran que nuestro padre Adán no fue tan pendejo como lo pintan. Y que, comprendiendo la picardía de Eva, más bien dejó que se le atragantara la manzana. Por eso es que los hombres tenemos aquí esta cosa que nos sube y nos baja en la garganta, y las mujeres no. ¿Te has fijado? Pero el Dios Padre se arrepintió de las maldiciones contra los pobres Adán y Eva. Hecho el primero

a imagen y semejanza suya, y la segunda, de una costilla de Adán, que se la birló cuando dormía... Le dio pena a Taita Dios y entonces, ¿sabes lo que hizo? Pues mandar a su hijo, tan dulce, tan buenito. Para que entre él y su mamá, la Virgen Santísima, acaben con el Diablo, con el Infierno, con todas esas vainas... Y, ¿sabes? Claro que sabes. Fue la Mamá Virgen la que mató al Diablo, pisándolo con sus pies sagrados. ¿No habrás visto los cuadros de la Inmaculada, y esa imagen en bulto que hay en Santo Domingo? Ese animal horrible que la Santísima Virgen está pisando es el Diablo, el mismísimo Diablo. Que está bien muerto, "muerto para siempre" desde entonces... ¿Has oído hablar, gordo incrédulo, de que el Diablo haya resucitado después que Mama Virgen lo mató como a culebra?

—No, no... francamente, nunca he oído hablar de eso. Cierto, Julio Emilio, ¿no me engañas? Ese dragón que está pisando Mama Virgen en Santo Domingo, ¿deveritas es el Diablo? Nadie me lo había explicado antes, juradito, nadie... Pero, claro, eso tiene que ser, el Diablo Muerto... Págate otra copita, Julio Emilio, por el Diablo Muerto...

Despedirse de la iglesita del Carmen, allá, junto al molino, donde Juan Antonio hizo la comunión pascual, juntito con Ella, dada por el mismo Padre, el Padre Andrés, con el que los dos se habían confesado del mismo pecado de quererse. Y recordar, con los ojos húmedos de lágrimas y la garganta anudada ese momento en que, para ganar indulgencia plenaria, el Padre les hizo besar a los comulgantes, en un relicario de cristal, un pedacito del Santo Hábito de Santa Clara, la compañera de San Francisco... ¡Nunca después, se ha sentido capaz de tamaña osadía! ¡Nunca! El Padre Andrés daba a besar la reliquia y luego la limpiaba con un paño sagrado para que la besara el siguiente... Cuando besó Ella y luego debía besar él, con audacia inesperada Juan Antonio dijo, todos se lo oyeron:

—No limpie, pordiosito Padre, no...

El Padre, sonreído, no enjugó la reliquia. Y Juan Antonio posó golosamente sus labios, purificados por la Divina Hostia, donde Ella dejara la huella de los suyos...

Despedirse de esa gruta de carrizos y montes, junto al río, que solamente Juan Antonio conocía. Donde se ocultaba para hacer, en

un cuadernito de tareas escolares, los primeros versos, dedicados a su mamá y a Ella. Medio plagiados de Bécquer y Rubén Darío. Esa gruta donde se daba citas con la morenita aquella que se le entregó virgen, de veritas, ciertito, después de bañarse en el río, desnudita. Donde, luego, se ponían a leer versos, a contar chismes, a chupar naranjas.

A despedirse de las bancas del parque, donde tanto habían mentido, de los patios del Colegio, donde hablaron siempre de esas cosas que querían hacer y no hacían todavía, y de las piernas de la Chabela y de lo rica que era la Miche y las manzanas del canónigo y lo que dizque hacían las monjitas de la Inmaculada y de que, bueno, Pedro Hinojosa no había encontrado como quería o suponía a la Elenita y que por eso... Y que habían sorprendido al coto Pancho, el profesor de Historia, con la sobrinita esa que la quería hacer casar después con el hijo del portero, que no era ningún pendejo pero que...

A despedirse, esta vez sí llorando, de la Colina de la Virgen, de la Virgen de la Colina, desde donde se dominaba toda, impúdica y desnuda como mujer que se ofrece o dulce y humilde como paloma dormida, la ciudad pequeñita que, para Juan Antonio, estaba llena de Ella... Pero también de esas cosas, de besos de la Miche, del material del sueño, de mentiras y envidias, de esas viejas chismosas, castamente putas, que habían determinado su viaje. Y de los ojos negros y la mirada triste, voz alentadora, y paz, paz, paz: la mamá que... Lágrimas, lágrimas, lágrimas...

Despedidas, muchas. En la casa de Ella, mirarse y sonreirse. Valor de Ella, al principio, para vencer las lágrimas y después, dejarlas. Ojos hinchados de Juan Antonio, sin ningún esfuerzo para detener las lágrimas. Clara iluminación de sus ojos, sin voluntad siquiera de sonrisa.

—Hasta luego, ¿no?

Despedidas en todas las casas familiares, con la presencia de Ella. Y la antevíspera de la partida, por fin, la gran comilona y bebestión de los muchachos amigos. Discursos, muchos. Palabras con tono de discurso. Y ese muchacho, tan bueno él y tan pedante, jefecillo de grupo:

—Tienes que volver, Juan Antonio, solamente después de conquistar prestigio nacional y continental.

Miguel Angel Echeverría era el encargado —así lo dijo al princi-

piar sus palabras— de hablar en nombre de todos. Con su voz reposada y clara, su seguro pensamiento, dijo cosas bellas y nobles, con sencillez de colorido, lejos de la elocuencia. Parecía como que Miguel Angel se iluminara con una suave luz. Y era luz de verdad y de fe.

Cuando —a pesar de sus insistentes negativas—, la muchachada obligó a Julio Emilio a decir unas palabras, teníamos ya todos “el vino triste”. Juan Antonio, al oírlo balbucir cosas casi lloradas, comenzó a comprender que estaba realizando una cortadura de su vida. Que lo que dejaba ya no sería encontrado. Que una sonrisa de la muerte lo estaba acompañando hacia una nueva vida. Que ya no estarían allí el paisaje ni el río, ni la novia, la mamá y el amigo que, carajo... Julio Emilio estaba contando el itinerario de las despedidas. Como solamente él sabía hacerlo. ¿Nunca oyeron ustedes la voz de Julio Emilio? Voz de bordón de guitarra, ancha, cálida, como de abuelo que cuenta recuerdos a los nietos. Casi sin inflexiones, sin énfasis, contando, contando...

Juan Antonio ya no pudo contestar en discurso. Palabras, abrazos, recuerdos, midiendo la vida con deseos y la ausencia con suaves engaños... Por entre las palabras de todos, se filtraba el resplandor de Ella. Y el resplandor de Ella era opacado solamente por esa mirada de la madre.

SEGUNDO TIEMPO
QUITO, LUZ DE AMERICA

No hay cosa fuera del hombre, que entrando en él le pueda ensuciar; más las que salen de él esas son las que ensucian al hombre.

SAN MARCOS.—VII.—15.

El Cristo —decía mi maestro— predicó la humildad a los poderosos. Cuando vuelva, predicará el orgullo a los humildes. De sabios es mudar de consejo. (...) Mas si dudáis de una divinidad que cambia de propósito y de conducta, os diré que estáis envenenados por la lógica y que carecéis de sentido teológico. Porque nada hay más propicio de la divinidad que el arrepentimiento.

ANTONIO MACHADO,
Juan de Mairena.

Se lee en las antiguas leyendas que un río se enamoró de una virgen.

SOREN KIERKEGAARD,
Diario de un seductor.

*...je resterai seul avec ce ciel vide au-dessus de ma tête.
...me quedará solo con ese cielo vacío sobre mi cabeza.*

JEAN-PAUL SARTRE,
Le Diable et le Bon Dieu.

15

Traca-traca-traca-traca...

Las vacas, todavía. ¿Hasta cuándo las vacas? Estaba el tren, cansino, entrando en el valle de Machachi. Las asentaderas, molidas por cuatro días a lomo de mula, apenas habían comenzado a convalecer en dos días de parada en Guayaquil. Barco chiquito, el "Olmedo", sobre río grande. Un poquitín de mar. Los delfines. Mar, mar, mar... Y allá, Ella. Ella y la mirada esa, grande, triste. Y luego, otro río-entre-mar-y-mar: el Guayas, grandote, grandotote. Y en las orillas, lejos, verde, palmeras. Ciudad grande, caliente, Guayaquil, Guayaquil-de-mis-amores-que-manso-lame-el-caudaloso-Guayas . . . Cierto ha sido todo, hasta el verso. Luego, pasar el río de nuevo. Ya sabe lo que es el tranvía. Cartagena tiene mar pero no tiene tranvía. Guayaquil sí. Y entonces, otra cosa contada por el suco Vivanco: el tren, el ferrocarril. Todo, todito eso ha sido cierto. Y Ella...

Juan Antonio siente un poquito de pena al saberse tan cerca del final. Tan cerca de Quito. ¿Y ahora? Siempre le gustó caminar, nunca llegar. La llegada le produjo siempre desencanto. ¿Y? Paisaje de serranía, indios y burros. Tristeza, bajo cielos sin nubes. Una hora apenas, Quito.

¿Le llegaría el telegrama a su amigo Piedra, Enrique Piedra, compañero de colegio en Loja? Primero escribió, pidiéndole infor-

mes sobre alojamiento, cosas. ¿Dónde están los nevados? ¡Ah!... sí, allí están, allí... También ha sido cierto. Y Ella.

Traca-traca-traca-traca.

Ver los nevados. Y Quito, allicito. Y la revolución, esa famosa revolución de Julio, juliana, julianada, que en Loja poquito se había hecho sentir. Solamente las cosas, esas cosas de los militares, aplicando las leyes, haciendo justicia civil y penal, jodiendo. Pendejos. Hacer casar a la Roberta, la putísima Roberta, con el último zoquete que vivía con ella, y al que acusó, la muy zorra, de "violación de menor" ante el Tribunal Militar. Cosas buenas también. Atrapar ladrones, aunque entre ellos se deslizara, claro que las hay, una que otra persona honrada.

Traca-traca-traca-traca. Y unas largas pitadas, largas... Ella.

En el andén de la estación, cuándo no, lo esperan los paisanos convocados por Enrique Piedra. Llueve a cántaros, jodida la cosa. Habrá que esperar que pase un poco el maldito aguacero.

—¡Por fin, carajo, por fin!

—¿Cómo quedó tu mamá? ¿Tus hermanas?

—¿Y la guambra? Casito dizque te casas, casito. Parece que tuviste un camote bestial. Bueno, bien hecho de venir. Aquí se te pasa cualquier camote. Si vieras las guambritas que hay...

—Bueno, muchachos, ¿y ustedes? Cada cosa que nos cuentan allá, sobre todo los militares que van de guarnición. De ti, Enrique, barbaridades, pero así, barbaridades. Una chullita en "cuarto aparte". Y tu tío sufriendo a chorros, el pobre.

Apenas amainó el aguacero, pudieron conseguir dos automóviles. Ellos, ni pendejos, confesaron que habían ido en tranvía de a real. ¿Las maletas de Juan Antonio? Tendrán cuidado porque. No, aquí están. Y esos atados. Y esas piñas del Milagro. Al hotel se ha dicho.

—Te hemos conseguido un cuarto en el Hotel Ecuador —dijo con su vocecita amariconada (y no era, claro que no) Pepe Cevallos—, donde todo es sucio y exquisito. Y unas criaditas...

Ernesto Jaramillo, al oír esto, halló la ocasión de demostrar que él era el más corrompido, crapuloso, perdido. Se llevó a Juan Antonio hacia un lado y misteriosamente le previno: cuidadito, animal con meterte con cualquier mujer, cuidadito... ¡Cómprate preservativos! Hasta mientras, toma estos cuatro, con confianza, son nuevos...

No era del todo malo el cuartito del Hotel. Y tampoco estaban mal las chicas del servicio...

—Esta noche nadie duerme. Es noche grande, —anunció Ernesto Jaramillo, ya entrado en alegría con las cervezas que pidieron los amigos de Juan Antonio, y cuyo precio encontró marcado en la primera cuenta semanal del hotel.

—Vamos a ver el programa —anunció con chusca solemnidad Enrique Piedra.

—Mira, Juan Antonio —agregó Pepe Cevallos—: debemos prevenirte que hemos invitado a un par de amigos nuestros, quiteños, que de tanto oírnos hablar a nosotros de tí, ya te conocen y quisieron ir con nosotros a la estación a recibirte. Uno de ellos asegura que es algo pariente tuyo... Preferimos estar en confianza, solamente los paisanos en los primeros momentos, hasta que tú resuelvas. Ya los verás, estupendos muchachos, estupendísimos.

—Está bien, pero muy bien. Pronto deseo entrar en la nueva vida, en las nuevas cosas. Para ello, nada mejor que hacer amistades...

—Y ahora, ve, cholito, el programa...

—Lo que ustedes digan...

—No, no. Hay que ponernos de acuerdo, para que la primera noche en Quito te sea grata y la recuerdes con cariño. Verás: primero, vamos a comer en un reservado de La Palma, a dos cuadras de aquí. Allí nos esperan los amigos que te vamos a presentar. Después, visita donde las niñas Enríquez, que ya están prevenidas y han invitado el número necesario de guambritas, de modo que a todos nos toque una... Bueno: si estamos en juicio después de la farra y aún tenemos fuerzas y plata, vamos a parar donde "señoritas"...

—Déjate de vainas: eso es lo esencial, carajo. La farra sólo es para entrar en humor. Lo otro, cholito, es lo que vale, ya verás...

Juan Antonio se dejaba llevar:

—Sí, sí, muchas gracias, lo que ustedes quieran, claro, no faltaba más, ¿cansado?, vaya vaya, con ustedes siempre estoy bien, claro, ya tendré tiempo de descansar, sí, sí, la primera noche es de ustedes, gracias, gracias.

Estaba confuso y un poco desilusionado. No tenía tiempo para poner en línea sus emociones. Ella. No, no era eso lo que pensó, ¿pensó? hallar en su primer encuentro con la capital, la ciudad grande. ¿Mejor, peor? No, solamente no era eso, no era eso... Y allí

mes sobre alojamiento, cosas. ¿Dónde están los nevados? ¡Ah!... sí, allí están, allí... También ha sido cierto. Y Ella.

Traca-traca-traca-traca.

Ver los nevados. Y Quito, allicito. Y la revolución, esa famosa revolución de Julio, juliana, julianada, que en Loja poquito se había hecho sentir. Solamente las cosas, esas cosas de los militares, aplicando las leyes, haciendo justicia civil y penal, jodiendo. Pendejos. Hacer casar a la Roberta, la putísima Roberta, con el último zoquete que vivía con ella, y al que acusó, la muy zorra, de "violación de menor" ante el Tribunal Militar. Cosas buenas también. Atrapar ladrones, aunque entre ellos se deslizara, claro que las hay, una que otra persona honrada.

Traca-traca-traca-traca. Y unas largas pitadas, largas... Ella.

En el andén de la estación, cuándo no, lo esperan los paisanos convocados por Enrique Piedra. Llueve a cántaros, jodida la cosa. Habrá que esperar que pase un poco el maldito aguacero.

—¡Por fin, carajo, por fin!

—¿Cómo quedó tu mamá? ¿Tus hermanas?

—¿Y la guambra? Casito dizque te casas, casito. Parece que tuviste un camote bestial. Bueno, bien hecho de venir. Aquí se te pasa cualquier camote. Si vieras las guambritas que hay...

—Bueno, muchachos, ¿y ustedes? Cada cosa que nos cuentan allá, sobre todo los militares que van de guarnición. De ti, Enrique, barbaridades, pero así, barbaridades. Una chullita en "cuarto aparte". Y tu tío sufriendo a chorros, el pobre.

Apenas amainó el aguacero, pudieron conseguir dos automóviles. Ellos, ni pendejos, confesaron que habían ido en tranvía de a real. ¿Las maletas de Juan Antonio? Tendrán cuidado porque. No, aquí están. Y esos atados. Y esas piñas del Milagro. Al hotel se ha dicho.

—Te hemos conseguido un cuarto en el Hotel Ecuador —dijo con su vocecita amariconada (y no era, claro que no) Pepe Cevallos—, donde todo es sucio y exquisito. Y unas criaditas...

Ernesto Jaramillo, al oír esto, halló la ocasión de demostrar que él era el más corrompido, crapuloso, perdido. Se llevó a Juan Antonio hacia un lado y misteriosamente le previno: cuidadito, animal con meterte con cualquier mujer, cuidadito... ¡Cómprate preservativos! Hasta mientras, toma estos cuatro, con confianza, son nuevos...

No era del todo malo el cuartito del Hotel. Y tampoco estaban mal las chicas del servicio...

—Esta noche nadie duerme. Es noche grande, —anunció Ernesto Jaramillo, ya entrado en alegría con las cervezas que pidieron los amigos de Juan Antonio, y cuyo precio encontró marcado en la primera cuenta semanal del hotel.

—Vamos a ver el programa —anunció con chusca solemnidad Enrique Piedra.

—Mira, Juan Antonio —agregó Pepe Cevallos—: debemos prevenirte que hemos invitado a un par de amigos nuestros, quiteños, que de tanto oírnos hablar a nosotros de ti, ya te conocen y quisieron ir con nosotros a la estación a recibirte. Uno de ellos asegura que es algo pariente tuyo... Preferimos estar en confianza, solamente los paisanos en los primeros momentos, hasta que tú resuelvas. Ya los verás, estupendísimos.

—Está bien, pero muy bien. Pronto deseo entrar en la nueva vida, en las nuevas cosas. Para ello, nada mejor que hacer amistades...

—Y ahora, ve, cholito, el programa...

—Lo que ustedes digan...

—No, no. Hay que ponernos de acuerdo, para que la primera noche en Quito te sea grata y la recuerdes con cariño. Verás: primero, vamos a comer en un reservado de La Palma, a dos cuerdas de aquí. Allí nos esperan los amigos que te vamos a presentar. Después, visita donde las niñas Enríquez, que ya están prevenidas y han invitado el número necesario de guambritas, de modo que a todos nos toque una... Bueno: si estamos en juicio después de la farra y aún tenemos fuerzas y plata, vamos a parar donde "señoritas"...

—Déjate de vainas: eso es lo esencial, carajo. La farra sólo es para entrar en humor. Lo otro, cholito, es lo que vale, ya verás...

Juan Antonio se dejaba llevar:

—Sí, sí, muchas gracias, lo que ustedes quieran, claro, no faltaba más, ¿cansado?, vaya vaya, con ustedes siempre estoy bien, claro, ya tendré tiempo de descansar, sí, sí, la primera noche es de ustedes, gracias, gracias.

Estaba confuso y un poco desilusionado. No tenía tiempo para poner en línea sus emociones. Ella. No, no era eso lo que pensó, ¿pensó? hallar en su primer encuentro con la capital, la ciudad grande. ¿Mejor, peor? No, solamente no era eso, no era eso... Y allí

estaba —lo leyó en alguna parte— la distancia entre lo imaginado y lo encontrado. Pero, claro, esa distancia se iría achicando con los descubrimientos, los encuentros, el acomodo de los ojos, de los oídos. Y sobre todo —¿y Ella?— el acomodo del corazón. No, eso no, eso no.

Resolvió entregar, como si cumpliera un deber, esta primera noche de Quito a sus amigos. Sin mucho entusiasmo, pero sin repugnancia. Una vaga curiosidad. Porque por algo. Si no, no fuera así. Tantas cosas que dicen... Algo mismo ha de haber de cierto. Había que oírle al suco Vivanco todas las maravillas de su primera noche en Quito. Llevaba los cinco dedos de la mano derecha hacia la boca y con un sonido parecido a un beso, ponía los ojos en blanco. De ñeque. Brutal. De veritas, cholitos, brutal...

Al llegar al restaurante La Palma, encontraron a los amigos invitados:

—Guillermo Donoso, a sus órdenes...

—Carlos Nájera...

Simpáticos, los chicos, así, a primera vista. Donoso, parlanchín, afectuoso, dicharachero. Nájera más calmado, acaso más joven, un poquito triste. Ya los iría conociendo, poco a poco. El que resultaba un poco pariente suyo, por unos vagos tíos comunes, cosas así, lejanas, poco fáciles de establecer, era Nájera. Algo había oído de esto a su mamá, en Loja. Donoso lo puso al día de todas las novedades políticas, sociales, universitarias. Hablaron todos de la revolución, la famosa revolución de Julio de 1925, que llevaba ya un año en el poder y que solamente, nada más, cholitos, ha hecho la mar de pendejadas.

—Bueno, digo yo, no se puede negar la buena intención de los jóvenes oficiales... Esto estaba podrido...

—Y continúa podrido, podridísimo...

Carlos Nájera tenía palabras de benevolencia para la muchachada militar que, desgraciadamente, sin contacto con el pueblo, había intentado hacer algo en bien del país. Así, vagamente, en bien del país...

—Han hablado de repartir la tierra, de impedir las estafas, de imponer la moralidad administrativa, de hacer un poco de justicia...

—Pendejadas, requetependejadas, hijo. Ningún plan propio, ninguna idea sería. El único que parece tener algo dentro de la cabeza, es el Comandante Mendoza, pero, desgraciadamente, es más loco que siete cabras juntas. Que setenta cabras juntas...

Opinaron en forma diversa los muchachos lojanos, generalmente

en contra de la militarada joven en el Poder, y de casi todos los elementos civiles que se han puesto a su servicio. Y se quejaron de la relajación de la Universidad, de la apatía de las gentes, del que-mimportismo de todos, de la nueva rapacidad por cargos y prebendas, de la grandísima porquería de siempre, disfrazada ahora de austeridad militar...

—Bueno, Juan Antonio, ¿cómo se miran las cosas desde allá, desde su tierra, “el último rincón del mundo”? ¿Qué piensa el pueblo, los estudiantes, de toda esta mascarada de virtud, de honradez, porque sí, sin plan alguno, sin programa ni objetivo?

—Mire, Guillermo, a pesar de la distancia y de la incomunicación, allá muchas gentes, yo entre ellas, nos hemos formado un concepto claro de esta situación: es un movimiento frustrado, un triste, un lamentable fracaso. Pero nos alegramos mucho. Pensamos que ya es tiempo de que tratemos de hacer nosotros, el pueblo, una patria digna y justa. Y que no estemos esperando siempre de los militares la salvación del Ecuador. Más de cien años vivimos en esto: los militares mandan, en beneficio de las castas privilegiadas; la iglesia los apoya. Pero el pueblo está ausente. En toda la historia republicana, sólo en horas de angustia y de protesta, se hace sentir el pueblo... En general, se calla...

Los dos quiteños, singularmente Nájera, siguieron con simpatía e interés las palabras del recién llegado, del chagrito. Los muchachos lojanos no disimulaban su satisfacción, su orgullo. Pero todos encontraron que, por ahora, bastaba este cruce de impresiones de tipo general. Prefirieron, y en eso Guillermo Donoso era un maestro, entrar en los dominios del chisme, del se dice, de la bola, del verás yo le oí a un teniente, a mí me lo contó la moza del Mayor que, bueno...

Se corrió la juerga apenas terminada la comida. Alquilaron un auto para llevar los licores y algunas cosas para “picarse”. En la casa de las chiquillas Enríquez —eran tres, y una de ellas, la menor, se la habían destinado a Juan Antonio— se habían reunido otras amigas; dos de ellas acompañadas de papá y mamá y un hermanito; y otra sola, muy amiga, casi considerada como miembro de familia por las dueñas de casa. Presentaciones, chistes, los consabidos chistes. Qué le ha parecido Quito, joven; ojalá le guste y se quede entre nosotros, sus amigos han caído aquí muy bien; en general los lojanos son muy bien recibidos en Quito, son gente seria y bien alhaja. ¡No

es cierto? Bien alhajas mismo son los lojanos...

—Son pendejas las pobres, pero buenas, bien buenas, las pobres... —sentenció Pepito Cevallos, con su vocesita amariconada (y no lo era) y con sus conocimientos infalibles en esta materia. Acercándose al oído de Juan Antonio:

—La Yolandita Tatiana, la que te hemos dedicado esta noche a ti, tiene un camote con el Secretario de la Legación Boliviana. Pero él está ausente y a ella le está haciendo falta varón, hasta puede que te resulte... Entrale, éntrale...

Juan Antonio, desde el primer momento, observó que la "tuna quiteña", apesar de su música tristonra y sincopada, compuesta de albazos, danzantes, cachullapis y pasillos, era más animada desde el primer momento... Al principio, claro está, en una casa decente, hay que bailar las cosas de moda, el charleston sobre todo... Pero luego, y a exigencia de los muchachos, vámosle con los sanjuanitos, los alza-que-te-han-visto y los pasacalles... ¡Qué joder! Déjense de cosas de gringos y vamos a lo nuestro... En su lejana provincia, los comienzos de farra son muy difíciles, muy laboriosos. Los hombres a un lado, las muchachas al otro. Una mesa redonda con sobremesa y retratos de familia en el centro. Casi siempre una imagen de San Antonio Bendito... Toses, chistecitos cuchicheados, hasta que por fin un valiente, que se ha echado unos cuantos tragos previos para matar el miedo, se lanza a "entregar la sala" bailando un vals hua-chafó con la señora dueña de casa.

Verán como suceden las cosas: Juan Antonio, por más que se la entregaron desde la llegada, no hizo migas con la Yolandita Tatiana. A la que en confianza le decían Tatía sus amigos y amigas. Unos airecitos pretenciosos que él calificó para su adentro de pendejos; se refería en cada frase a su amigo "el diplomático". Tan ilustrado, tan viajado, tan culto, tan fino, tan generoso. Qué bien bailaba. Ese relojito de pulsera, de oro y marca Omega, regalo de él en su último cumpleaños. Y la cartera, y los aretes...

A la segunda pieza, cambió de pareja, y se encontró con una muchachita encantadora. Irene Gómez, a sus órdenes. Era de Sangolquí y acababa de graduarse con beca en el Normal. Voz acariciante, con mucha sh en lugar de elle. Gashina, gasho, posho, chiquisha, besho. Pero nada, pero nadita, tonta ni pretenciosa. Se podía conversar con ella con agilidad, sin pedantería. Tono de confianza suave, sin coquetería. Mientras la chica hablaba, Juan Antonio recordó a María Echeverría, la hermana de Miguel Angel, el amigo lejano:

Y, como estaba ya un poco cargado de copas, le habló de su pasión justiciera, de sus proyectos, del deber de luchar, de hacer algo... Hasta que, como una tromba, cayó Enrique Piedra trayendo al remolque a Yolanda Tatiana, Tatia; horrorizado de que "el dueño de la fiesta", se la pasara conversando, sin divertirse como era debido...

—Mira, Tatia, este par de genios hablando de política, de componer el mundo, de salvar al país, que no mismo se deja. Se conoce a la legua que eres chagra. Ni sigues bailando con Irenita y la aburres con tus sermones, y dejas abandonada a Tatia... Dejarse de vainas, ¿ah? Dejarse de vainas... ¡A la cantina, a la cantina! Yo llevo a Irene y tú llevas a Tatia. Y después de la copa, ¡baile! Andandito, pues...

Sin protestar, hubo que obedecerle.

—Es que Irenita quería descansar y charlar...

—Juan Antonio quiere saber cosas de Quito...

Tatia había sospechado la causa del despego de Juan Antonio para con ella. Y como él era el rey de la fiesta, no quiso abandonar tan fácilmente el reinado que debía compartir con él. Era una grave derrota el que su caballero, el galán previsto para estar con ella esa gran noche, la primera noche en Quito, prefiriera a otra, la compañía de otra. Era cuestión de amor propio.

—Ya el joven ni se acuerda de una... como Irenita es tan inteligente...

—No, señorita, no es eso... es que...

—Bueno, entonces, bailemos esta pieza.

Al bailar, ella se le ciñó estrechamente. Y él, sin hablar, arriándose, las caras juntas, las piernas casi entrelazadas, se hizo sentir, ardorosamente. Entonces, fue ella quien propuso:

—Me ahogo de calor. ¿No le pasa a usted lo mismo? ¿Por qué no salimos un poquito a la azotea, a tomar el fresco? La azotea es allá arriba, en el altillo. Hay una hermosa vista del Quito nocturno...

Y salieron. El tras ella, por la empinada escalerita. Cuando llegaron a la pequeña terraza, cruzada de alambre con ropa tendida a "enseranar", Juan Antonio, excitado, sin hablar una palabra, la estrechó fuertemente, le doblegó suavemente la cabeza con la mano izquierda y la besó en los labios, golosamente, con un beso succionador, largo, extenuante. Y entonces, luego:

—Mi amor, mi vida...

—No, por Dios, no. Aquí no, pueden vernos.

Las manos de él, sabias en los juegos de amor, por la experiencia

tenida con la Miche en la lejana provincia, la recorrieron toda. La sentó en sus rodillas, sobre un banco de madera y el itinerario amoroso continuó, más atrevido, más seguro...

—No, no, Juanito, mi amor, no...

Se oyeron voces que los reclamaban desde abajo:

—Tatia, Juan Antonio, ¿dónde se han metido?

Y ella, bajando la escalera, ágil y tranquila:

—Ya vamos, ya. No hagan tanto ruido... Lo traje un ratito al señor Molina a la terraza, porque quería ver Quito de noche en su primera noche...

Juan Antonio se quedó admirado de la fría desfachatez de la muchacha. Con su airecito virginal, con gran serenidad, seguía hablando de la noche, de la luna, de las cúpulas de San Francisco y de la Compañía...

De los dos muchachos quiteños amigos de los amigos de Juan Antonio, Guillermo Donoso sabía dónde duerme el diablo. Enredos de alta sociedad, preñeces de doncellas, abortos de "niñas bien" y sobre todo, qué divertido, cuernos y más cuernos.

—Aquí, cholito —le decía a Juan Antonio cuando los tragos lo hicieron entrar en confianza—, la putería es la regla:

*Putá la madre, putá la hija,
putá la manta que las cobija.*

—Ya verás. Aquí la cosa es bien jodida, cholito, jodidísima. Palabra. Y desde el principio no hay que dejarse, porque si no, ya te convencerás tú mismo, si te dejas joder te joden y cada sablista y cada guambra interesada y si te descuidas, carajo, amaneces comprometido y tienes que casarte, y eso sí es bien jodido porque, ya verás, la cosa no es así como así, sino que al contrario es una gran vaina. Si te ven con plata al menos, y creen que eres pendejo, aunque no lo seas, te hacen pendejo... Pero para eso estamos los amigos. A mí no me gusta que, francamente, dados de serviciales se hagan los faires abusados. No, eso sí que no, francamente...

—Sí, claro, ustedes tendrán que guiarme porque, en efecto...

—No faltaba más. Porque en el fondo, la gente de aquí es bien buena, yo lo irás viendo, servicial, sincera, nada plantilla. Cuando se es amigo se es amigo y no hay más pendejadas, que a mí no me

vengan con que... Horas de horas te pudiera contar casos así. Mi jorga es la más jodida de Quito. Ya te he de presentar, les has de caer muy bien. Hay de todo: unos buenos y otros tampoco. En el fondo, ya verás, no son peligrosos, sino que como se las dan de futres, se hacen no más. Algunos son de muy buen genio y hasta de buen corazón. Les gusta presumir de refinados, de nobles, de vivísimos. Casi todos son viajados y cada cosa que cuentan. Has de caer bien entre ellos, porque en el fondo, tú mismo lo has de ver, en el fondo, bueno, no te digo nada... Son de lo que aquí llaman "gente decente", de buenas familias y algunos, por ser escandalosos, hasta se las dan de socialistas... Lo que sí son una maravilla, las muchachas. Mentira eso de que, bueno, eso que andan diciendo. Son sencillas, un poquito pendejas, pero muy buenas, casi todas doncellas, aunque se diga lo contrario...

El otro muchacho era callado, discreto, sin pedantería. Sabía de un vago parentesco suyo con familias lojanas y, con toda seguridad, con Juan Antonio.

—Mi mamá me habla mucho de sus parientes de Loja, por parte de padre. Parece que mi abuelo hizo su fortuna allá en el tiempo de las cascarillas. Y que fueron muy amigos con tu familia, Juan Antonio.

—En Loja se acuerdan mucho, pero mucho, de tu abuelo, de los señores quiteños que vivieron allá en las buenas épocas de la cascarilla... Parece que, por poco, tu abuelo no se queda allá casado con una tía abuela mía. ¡Una de historias!

—Lo más pronto posible tienes que conocer a mamá y a Catalina, mi hermana. No somos sino los tres, desde la muerte de papá... Tú sabes, el pobre, perdió toda la fortuna heredada, cuando la crisis del cacao en la Costa... Pero, bueno, otra ocasión hablaremos de eso... Hoy es tu primera noche de Quito y...

Este muchacho, Carlos Nájera, le cayó bien a fondo a Juan Antonio. Y su ansia de confidencia, de primera necesidad para él, encontró acogida cordial, oreja atenta en Carlos. Poco a poco, en los momentos de descanso del baile, le habló de su vida en la lejana provincia. Recordó al doctor Villarreal, el viejo Maestro. Al grupo de amigos. Para cada uno de ellos, al pasar, una palabra buena.

Carlos lo escuchaba sin interrumpirlo, sin pestañear casi.

Y en todas las palabras de Juan Antonio, sin jamás nombrarla, flotaba el nombre de Ella. Sin jamás nombrarla. Claro.

Como es natural, Pepito Cevallos con su voz amariconada —y no

lo era— interrumpió el coloquio:

—No, hombres, no jodan. Tiempo tendrán para hablar hasta cansarse. Ahora, hay que pensar en acabar esto donde “señoritas”. Las mamás ya se quieren llevar a las chiquishas, y cuando a las viejas se les mete... Además, no hay programa ni nada ni nada...

La conspiración de Pepito Cevallos avanzaba. Carlos Nájera no podía acompañarlos, porque estaba muy cansado y ya era mucho más de medianoche. Así que, los tres lojanos, Guillermo Donoso, guía seguro y Juan Antonio.

—Bueno, pues, con dolor del alma, hay que acompañar a las señoras y niñas a sus casas. ¡Lindo hemos pasado! Hay que buscar dos automóviles.

El guambrito de la casa, Plutarquito, se ofreció. Este guambra ocioso que se ha malanochado de puro bandido. Felizmente mañana es domingo y no hay colegio.

Guillermo Donoso conocía buenas direcciones. Aun cuando, claro, Pepe Cevallos también. Los otros, Enrique Piedra y Ernesto Jaramillo, por muy corrompidos que querían aparecer, no pudieron demostrar su sabiduría en tan importante asunto.

En una callecita de por allí, en una casa donde se leía:

*“Baños calientes, 1 Sucre,
traiga toalla y jabón”*

Guillermo Donoso golpeó al principio quedito, regresando a ver, por si asome el policía de ronda. Luego más fuerte. Se entrecabrió una ventanuca de planta baja y una voz cansada, un poco ronca, preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, Carmelita, Guillermo Donoso. Te traigo unos amigos muy formales, abre, no seas malita... Son lojanos y —bajando la voz— chagritas con plata...

Como adormilada, echándose encima una especie de kimono japonés o chino, Carmelita entrecabrió la puerta y asonó un poco la desgreñada cabeza:

—Oye, creo que son muchos y aquí no estamos sino yo y la Lucía, la del cuarto de al lado, que no sé si querrá levantarse...

—Mira, oye. En primer lugar, no somos sino cinco, con un lojano

rico, recién llegado. Pero si esta tarde vino, en el tren. Ha de ser un buen amigo. Rico, te lo juro, bien rico... ¿No podríamos llamar a las de al lado? La Enriqueta, la Dorita... Y ahora que me acuerdo, tu sobrina, Virginita que ya dizque...

—¡Cállate, animal! Claro que Virginia, sí... pero se consiguió prontito uno a la estaca, que le puso departamento, sirviente... Está hecha una señorona la pendeja. Salió con suerte y no como una que, bueno, tiene lo mismito que le dio Dios a ella y que, ya lo ves, aquí jodida en esta vaina, que cada día va de mal en peor...

Durante el diálogo anterior, se acercó Pepe Cevallos, conocido de la Carmela y con buen crédito en el gremio, cosa que no siempre le ocurría a Guillermo.

—Buenas noches, Carmelita. Siempre tan buenamoza, ¿no? Vea, no sea malita, haga la lucha con las compañeras de al lado. Dígales que somos buenos amigos suyos, ah, Carmelita. La Enriqueta sí me conoce a mí. Sólo que, bueno, pero es sólo por el estudio, que uno no puede venir con más frecuencia... Ahora les traemos un paisano muy simpático, bien decente. Y queremos que pase de lo mejor su primera noche en Quito. No sea malita, víá... Queremos tomar con usted y con ellas una copita para el frío... O mejor un canelazo, si nos hacen el favor de prepararnos un poquito de agua caliente...

—Joven Pepe, por usted haría lo imposible. Pero vea: como ahora es sábado —ya creo que es más bien domingo— los "propios" de la Queta y la Dorita, han venido a dormir con ellas todita la noche. Claro, ellos pagan el alquiler del cuarto y les ayudan para la comida... Nosotras, pobres y perdidas, somos de palabra y les somos fieles a nuestros... bueno. Pero, de todos modos, entren, no se estén allí en el frío. Hasta está comenzando a llover. Entren, no les vaya a dar pulmonía. Y llamen a los otros jóvenes...

Corazón Santo
Tú reinarás.
Tú nuestro encanto
Siempre serás.

Allí, en el centro de la habitación, con una lamparita de aceite, la imagen bondadosa y rubia, presidiéndolo todo, y el verso escrito en letras gruesas, allí, como amparando el pobre y triste amor, a la luz medio agónica y parpadeante de la lamparilla devota y enter-

necedora... Lamentable, destartalado, pobre más que repugnante. Una banca forrada, tres sillas, una mesa en la primera parte, en la "sala". Separada con un biombo tendido de cretona, con su pudor inútil, la cama de hierro pintado de blanco, como cama de hospital. En las paredes cromos de calendario, con muchachas escasamente vestidas, bellos dientes y piernas más bellas aún. Páginas arrancadas de revistas de cine, con galanes y vampiresas.

Carmela, pobrecita ella, era romántica y tenía mucha dignidad. Cuidado, jóvenes, con propasarse...

—Tengan la bondad de sentarse. Como la Queta y la Dorita están ocupadas, voy a ver a las de la casa de baños. Puede ser que allí encuentre, vamos a ver: para el señor Piedra, el señor Jaramillo, tu, Guillermo y, bueno, yo me quedaré con el joven Pepito... Para el señor Molina, voy a proponerle a Lucía... ¿Conocen ustedes a Lucía? ¿Sí? Está la pobre tan debilucha, ojalá pueda levantarse... Creo que anoche tuvo mucho trabajo... Pero, eso sí, la Lucía es la mejorcita de nosotras, y nos ha de hacer quedar bien con el señor...

—Molina, señorita Carmela...

—Con el señor Molina, que parece tan bien educado y me ha caído simpático, por lo respetuoso y de buenas maneras...

Juan Antonio estaba, además de cansado por el viaje, las emociones tan variadas del día, desilusionado, entristecido...

¿Esta es la "vida alegre", esto la diversión civilizada, la corrupción refinada de la ciudad grande, de la capital viciosa y disoluta? Esto es pena, miseria, pobre mercado de amor, injusticia triste. De esto, hasta hoy, se salva la provincia... Allá se enamora o se viola al borde de una zanja, a la orilla del río o se tumba en los potreros o entre los matorrales... Esto no, esto no...

Llegó entre tanto la esperada Lucía, traída casi al remolque por Carmela. Era una linda muchacha, con su carita dulce, su cuerpo delgado, sus formas adolescentes y un aire así como de no ser lo que era. Como, bueno, ¿cómo decirlo? de hermana para querer y respetar. De personita para tomarle la mano y saltar llevando hacia arriba y hacia abajo las manos enlazadas, así, así. Y luego...

Esos ojos, esos ojos, otros ojos... ¡Soy un imbécil y un canalla, carajo!... Si ésta es una infeliz, una grandísima, para estudiantes y empleaditos... ¡Es un sacrilegio, una blasfemia! Pero esos ojos, Dios mío, ¿qué hago? esos ojos... Y esa manera, así, ladeada, hacia acá, de ver, de verme a mí, a mí... Creo que es preciso volver a creer en el Diablo, porque sólo el Diablo, sólo el Diablo...

Juan Antonio se puso muy, pero muy triste... Para animarlo —creyeron que era timidez— se arreglaron todos para dejarlo solo con Lucía... Primero, claro, unos tragos en común, servidos por turno y en una sola copa. Mientras, el agua hervía en el reverbero de Carmela, para el canelazo imprescindible... Lucía lo tomó de la mano y lo invitó a conocer su cuarto. Con modales suaves, sin obscenidad, lo guió por el pasillo exterior, mal alumbrado, hasta su igualmente pobre habitación...

El cuarto de Lucía, muy pobre, es cierto, tenía no sé qué de sobrio, de bueno, iba a decir de distinguido, pero... No, allí no había la indecorosa presencia de una imagen religiosa: estampas de buen gusto, paisajes, ningún retrato de familia. Aseo escrupuloso, cosa limpia, ambiente acogedor, como reposante.

—Siéntese un ratito, señor...

—Llámemme Juan Antonio, Lucía...

—Bueno entonces, siéntese un momento, Juan Antonio. Hasta que me arregle un poco. Esta atarantada de Carmela me sacó de la cama de un tirón, sin darme más tiempo que para echarme encima una salida...

—Como usted guste, Lucía. Por mí no se preocupe...

Esos ojos, ese modo de ver de esos ojos. Pero sólo los ojos. ¿Cómo es posible que estén también aquí, con la misma dulzura, con la misma sonrisa, en la cara marchita de esta pobre muchacha? Los mismos, eso sí, los que sabían nombrarme sin hablar, sin que los labios se movieran... Claro, los mismos... ¡Pero qué bruto, qué maldito, qué blasfemo soy!... O es que mis ojos... No, no son los míos. Son los de Ella. Aquí, aquí, en esta otra cara...

La muchacha estaba allí, delante de él, con su camisita de seda. Lista a cumplir su deber, a ejercer su oficio. Porque ella era eso, y a donde ella iban los hombre a eso... Luego de sentársele en las rodillas, lo besó en la boca y lanzó sus manos a las caricias despertadoras y sabias... La boca del hombre estaba seca, fría. El sexo inerte.

—¡Pobrecito! El cansancio debe ser. Venga, venga hacia acá, para que descanse un poco. Desvístase, acuéstese... Acá, en la cama. Voy a encender el reverbero para hacer un buen canelazo...

Los ojos. Esta tiene más dulzura en la voz, es más mimosa, más acariciante. Voz cálida, grave, que aterciopela las palabras. No, la voz no. La otra, cantarina, burbujeante, reidora, cristalina. La voz no. Es otra cosa. Como para adormecer, canción de cuna, nanita-nana, esta voz. Pero los ojos, los ojos... Mejor no mirarla, sólo oírla. Entonces sí, se rompe el sacrílego ensalmo.

Las dos manos en la cabeza, como apretándosela para que no estalle. Los ojos cerrados como si durmiera. Y todo, allí dentro vacío, hueco, sin sonoridad, sin resonancia. Sin bostezo, porque hasta el bostezo es actitud, ahahah...

—Vea, Juan Antonio, no sea así. Acuéstese. Ya lo voy a desnudar yo misma. A sacarle los zapatos, don ocioso. Pero primero, ¡cómo están de frías las manos! el canelazo... Ya mismo está caliente el agua...

—Mire, Lucía, no vale la pena, no se apure por mí. Estoy deveras, deveritas fatigado... Son ya diez días de viaje desde mi pueblo. Y allá... allá se quedó todo. Luego, es todo tan largo, tan largo, larguísimo. Y el ferrocarril, dos días traca-traca, traca-traca, traca-traca... Me da vueltas la cabeza. Además el licor que hemos bebido desde la llegada, desde las cinco de la tarde. Lucía... quiero descansar, pero oyéndola, así, así... Páseme su mano por la frente, acaríciame... así, así...

La muchacha, en verdad, se había acercado pasito, casi en puntillas junto al muchacho, y lo acariciaba suavemente, con dulzura, como a un gatito, como a un niño pequeño, como a una muñeca...

Qué bien está así. Así no veo sus ojos. Sus manos son las manos de Lucía, de esta Lucía. No, la otra Lucía no, la campesinita de allá lejos... Allá, Ella. Sus manos no me recuerdan nada... O si acaso... Sí, las manos de esa chica de ojos verdes que le gustaba oírme leer versos, teniéndome recostado en sus rodillas. Las manos... las manos... ¿Por qué, carajo, no tengo fuerzas para vivir la hora que vivió y no siempre lo otro? Ella.

—Descanse, descanse...

Duermáse mi niño
que tengo que hacer
lavar sus pañales
sentarme a coser.

La voz. Dulce, sin modulaciones. ¿Qué voz?... Ah, sí, sí... La voz de Isolina, la sirvienta de la casa de mi abuela, que tuvo un hijo del sacristán... ¿Cómo se llamaba el sacristán? Ah, sí, Anselmo, Anselmo Rivera, el mudo Anselmo... Esa Isolina de los pechos grandotes, que junto a mi cuarto hacía dormir en sus brazos a su hijito, tan feíto el pobre...

Arrorrró mi guagua
arrorrró mi amor

—Venga, acuéstese del todo, en la cama. Ojalá duerma un poco...

—Usted, Lucía, acuéstese. Hace mucho frío. Usted estaba durmiendo ya y se levantó, por nosotros... ¡Quito es muy frío, Lucía! Yo estoy bien con este abrigo grueso. Pero usted... Tomemos el canelazo y acuéstese. Yo la acompaño desde aquí, muy juntito. Usted me contará cosas de Quito, de su vida, no es sueño lo que tengo. Es... bueno, todo esto que llevo dentro y que no puede salir. Pero oírlo me hace bien...

—Mire, Juan Antonio: si no quiere acostarse, por lo menos recuéstese aquí, en esta banca. Acomódese un poco, así. Cúbrase con esta manta. Yo me sentaré aquí, a su cabecera, en este almohadón. Voy a ponerme la salida y cubrirme también con una manta, así... Pero antes, tome la agüita de canela, está bien calentita... ¿Más azúcar? Bueno...

—Sí, Lucía, mejor así... ¿No le disgusta?

No, solamente en los libros. En la provincia no, todavía no. Pagar, acostarse con una mujer desconocida, como bestias. La cosa no es así. Peor que bestias. Los animales se enamoran, se arriman, se dan patadas, se picotean, se arrullan... El Profesor de Ciencias Naturales del Colegio nos lo explicaba bien... Cómo recuerdo lo maravilloso que nos pareció a todos la explicación del amor de los cocuyos o luciérnagas: las hembras encienden una luz en la cola para atraer a los machos. Los que a su vez, con luz, dan señales de su aproximación. Amor, luz en el rabo, como los cocuyos... Pero esta porquería, esta cosa triste... No, no. Entrar, pagar. ¿Y si no se tiene con qué pagar? Hace falta una novena bienaventuranza: Bienaventurados los pobres porque están libres de esta inmundicia... ¿Bonito esto que acabo de pensar, bonito, no?

—Pero tómese su canelacito, todito, mi señor dormilón.

—Sí, Lucía, me está sentando bien. Es cierto que me hallaba un poco descompuesto. El cansancio, la noche toda en vela, el frío...

—Bueno, salud. Yo voy a sentarme aquí. Ya. Ponga su cabeza sobre mi brazo. Así. Cúbrase bien con la manta. Trate de dormir. Ya.

—Me siento ya mejor, mucho mejor. Hábleme Lucía. No le importe si no le contesto: No estaré dormido. Vea: es mi primera noche de Quito. Tengo todo el domingo por delante para dormir. Páseme su mano derecha por la cara, despacito, otra vez, otra vez...

—Bueno, Juan Antonio. Le voy a contar el cuento de mi vida. Mis papás ya no viven. A mi mamá casi no la recuerdo. Era muy chica, cerca de nueve años, cuando ella murió. Fue —así me lo repetía papá— una linda y santa mujer... Sólo recuerdo que una vez, al

salir de la escuela, un señor no muy joven, me quiso pagar un sucre para que le lleve un recado a mamá. Yo me enfurecí y me fui corriendo a la casa, donde llegué llorando... Me lancé a abrazar a papá y le mojé la cara con las lágrimas... Otra vez, al regresar de la escuela, encontré a ese mismo señor sentado en el sofá de la sala, cerquita de mamá... El tipo quiso acariciarme. Yo corrí a mi cuarto y me acosté en la cama sin desvestirme y no quise comer... Oiga, Juan Antonio, ¿será un crimen no querer mucho a la mamá? Porque yo...

—Siga, Lucía, siga...

—Mi papá bebía mucho. A veces llegaba un poco *chispo*. Pero siempre de buen genio, sobre todo conmigo... Me traía cualquier cosa... Solamente una vez, que salí a deshora de la escuela porque tuve dolor de barriga, alcancé a oír la voz indignada de papá que decía:

—“¡Sí, me emborracho, porque soy un cornudo y tú una grandísima...! Cuando quedó viudo con dos hijos, yo la mayor y mi hermano Fabián, cuatro años menor, repetía siempre:

—La mamá de ustedes era una santa mujer...

—¿Usted es poeta, Juan Antonio? Todos los de su tierra dizque son poetas...

—¿Por qué me lo pregunta, Lucía? Sí, he escrito algunos versos, pero poeta... Eso es cosa grande.

—Le pregunto, Juan Antonio, porque mi ñaño Fabián es poeta. Todos dicen que buen poeta. Algo ha publicado en periódicos y revistas del Colegio y, ahora, de la Universidad... Ya le enseñaré otro día... Porque, ¿no es cierto? usted ha de volver, no ha de ser malito, ¿no?

—He de volver, Lucía, se lo prometo. Y pronto. Pero ahora, siga contándome sus cosas...

—Bueno, verá: a la muerte de mamá, mi pobre viejo sufrió tanto, tanto, que no volvió a alzar cabeza en mucho tiempo... Pero había que seguir viviendo. En vida de mamá había dinero, había... Luego, prontito, la miseria. Papá, pobrecito, apenas ganaba unos poquitos centavos en las notaría. Buscó empleo fijo durante mucho tiempo sin poder obtenerlo. Se puso de mal carácter, malhumorado y, lo peor de todo, se dedicó a beber...

—Y ustedes, ¿qué era de ustedes?

—Yo... bueno, me iba haciendo mujer. Mi hermano, con sacrificio de todos, se matriculó en el Colegio Mejía donde era un buen estudiante. En cambio yo dejé mi Colegio, el Liceo Fernández Madrid, porque había que ayudar en la casa, cuidar a papá y a Fabian-

cito. Busqué a las antiguas clientes de mamá pero, se me recibía entre risitas que... Tenía que salir mucho. Y en la calle, los hombres... Es que, para serle franca, me había hecho toda una mujer, bien formada y... Felizmente un muchacho empleado en el almacén donde compraba materiales para mis costuras, se me insinuó muy respetuosamente. Creo que se enamoró de mí. Yo... yo no podría decir que me enamoré de él...

—Y eso, ¿por qué?

—La pura verdad de Dios, Juan Antonio, es que hasta hoy no me he enamorado de nadie, juradito, de nadie. Pero el muchacho me cayó simpático. Su modo de ser conmigo era otra cosa. No eso espeso, cargado de malacrianza, de atrevimiento, de lujuria que había en los demás, viejos o jóvenes que me seguían. Era la *chulla* pobre, buena-moza, a la que había que seducir facilito y por allí no más, en cualquier sitio, aprovechársela. Además, bueno, antiguos conocidos de mamá...

—Entonces, ¿lo de siempre?

—Bueno, sí. Pero no como usted se lo figura. Sin drama. Una cosa fea, repugnante, triste. Resulta que un señor muy virtuoso, aristócrata y rico, se encontró un día con nosotros, mi papá un poco bebido, al que por eso estaba yo llevando a casa sacándolo de la cantina. Habían sido condiscípulos desde la escuela. El, bastante ocioso y tonto: parece que mi papá le hacía los deberes escolares, a cambio de unas monedas. Inesperadamente se acercó a saludar muy cariñosamente a papá, con tuteos y abracitos, mijiteos y mucho-gusto-de-verte... Papá me presentó. Oh, pero qué hija más linda tienes, si es un premio de belleza, pensar que... bueno, algunos tienen suerte y no yo que no fui comprendido por mi mujer demasiado pretenciosa, demasiado frívola... tú me entiendes. ¿Lucía? Lindo nombre, Lucí-ta, me vas a permitir que te trate de tú desde el principio, porque eres algo así como mi hija, no, mejor, como mi sobrina porque tu papá ha sido como un hermano para mí, el más querido de mis hermanos...

—¡Viejo asqueroso y sinvergüenza! Continúa, continúa...

El resto, la historia vulgar: aprovechándose del estado progresivamente alcohólico del viejo, al que el magnate daba un sueldo por unos vagos trabajos de copias y secretaria, el ricacho se dedicó a seducir metódicamente a la chica. Obsequios al principio rechazados y después... Buscarles una casita cómoda en un barrio discreto. Visitas respetuosas, muy respetuosas. Pero... ella no se había engañado nunca. Las miradas del viejo —que no era tan viejo, pues no lle-

gaba a los cincuenta— eran desnudadoras. El truco sentimental: desgracia hogareña, mujer frívola e inmoral, con la que se había casado por dar gusto a sus padres, sólo porque era rica, hijos desamorados, un fracaso total de su vida... El era un sentimental y un refinado a la vez, como hombre educado en Europa. Necesitaba ser comprendido, buscaba una alma hermana que pudiera darle un poco de amor y de paz... Rico, claro que era rico, bastante rico, pero... la plata no es por sí misma la felicidad. Todo esto dicho en presencia del papá, y menudeando las copas. El viejo, recordando su vida, se conmovió hasta las lágrimas y abrazaba a su querido amigo, a su verdadero hermano, cholito, porque... y se quedaba dormido. Solos él y ella. También ella, ¿qué más le quedaba? mareada por las copas que no podía despreciar. Y él, hombre bueno y desgraciado, no mal parecido, rico y triste, romántico y cornudo...

—¡Viejo canalla!

Bueno. Ocurrió. Sin violación, sin drama, nada. Y cuando ella se dio cuenta de que estos jueguitos de amor y compasión la habían dejado encinta, y se lo reveló al noble, oulto, sentimental y católico caballero, éste, desconcertado como ante algo insólito, le dio un consejo: abortar. Conocía una señora discreta y un médico más discreto aún. Se les pagaría sus servicios adecuadamente. Nadie sabría nada...

—¡Viejo maldito! Sigue...

Sólo entonces gritó en ella lo que tenía de campesina sana, de cholita aún no corrompida por las farsas sociales y los fáciles perdones de los curas... ¡Váyase todo al Diablo! El "virtuoso caballero" era un canalla. Le estaba prononiendo un asesinato, el asesinato de su hijo, del hijo de los dos... ¡Sí, sí, carajo! confesarse, arrepentirse, comulgar y ya... Que allí quede jodida la pobre muchacha ¿pobre muchacha? la gran idiota que había caído en esa infamia... Sí. Comprendió la existencia del cómodo e irresponsable amor de los ricos y "virtuosos", cuyos delitos, ¡cuyas porquerías! se remedian con jabón de plata y agua bendita, absolución y golpecitos de pecho... Pero comprendió también la existencia del pobre amor de los pobres, cuya desembocadura es la miseria, la prostitución irremediable... Y en medio de todo eso, un niño sin padre, pobrecillo, hambriento, panzoncito, que paga las lujurias ajenas y que... bueno, será siempre, a todas horas, un hijo de puta...

No, no hubo necesidad del aborto... El papá, el pobre degenerado y alcohólico, sufrió un golpe horrible. Ella parió a destiempo. El chico no sobrevivió, aun cuando ella estaba resuelta a defenderlo contra todo y todos... Dios es grande, se llevó al angelito a los po-

cos días de nacido... Pero en la "virtuosa" sociedad en que vivían, ya estaba dada la sentencia: era una puta. Porque según los curas, el perdón de Dios es sólo para las señoras o señoritas ricas que paren, o dejan de parir... Pero, claro, son ricas, ricas. Y contra eso, no se atreve la Santa Madre Iglesia.

En la ciudad "Luz de América", "relicario del arte", con las más bellas iglesias católicas del Hemisferio Occidental, hechas por unos indios que hay que exterminar por hambre, devoción alcohólica o bala, la cosa ha sido peor que en "el último rincón del mundo", su Loja natal... ¿Por qué elegiría esa ciudad para llorar —y en la iglesia dorada de los jesuitas— la Virgen, la Dolorosa del Colegio? ¿Por qué? ¿Sería cierto eso? Pero al oír, en este cuarto de burdel, la vulgar historia de esta pobre muchacha, Juan Antonio no duda ya: la Virgen lloró. Lloró ante los hijos de los enemigos de su Hijo —los caballeros y damas virtuosas y católicas, A.M.D.G.— lloró, sin duda alguna. ¿Cómo no había de llorar?

Pero el llanto de la Virgen, como el de Jesús en ocasiones semejantes, fue estéril como siempre. Porque para consolar a la Madre de Jesús y enjugarle sus lágrimas, le hicieron altares resplandecientes de oro y pedrería, marcos de plata y oro, coronas con esmeraldas y diamantes... Pero siguieron corrompiendo niñas, explotando, robando, confesándose, comulgando, arrepintiéndose y va de nuevo... Ciudadanos piadosos y ejemplares que, después de dar con asco unos centavos al mendigo ciego de la puerta de la Compañía, se acercan al próximo guardia civil y le piden que lleve a la cárcel al pordiosero astroso y repugnante "que es una vergüenza para esta ciudad cultísima", según el lenguaje de los periodistas mestizos, en trance de ennoblecerse por contagio, al servicio doméstico de "sus señores naturales"...

Sí, la Virgen debió llorar. Pero en vano. Todo sigue lo mismo. Allí están los culpables atribuyendo el llanto de la Virgen no a sus propios pecados, causa indudable de esas lágrimas, sino a los pecados de los otros. Mirando, como dijera El, "la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio." La Virgen lloró por el robo del nombre y las enseñanzas de su Hijo. Lloró por las muchachitas violadas por sus falsos devotos. Por los niñitos abandonados por sus falsos devotos. Por el dinero robado a lo pobres por sus falsos devotos. Por los indios brutalizados hasta la sangre, el hambre y la muerte por sus falsos devotos. Por el dinero arrancado del pan de los pobres, para cubrirla a Ella de oro y pedrerías, por sus falsos devotos... Lloró. Y luego de llorar por las lágrimas vanas de su hijo. Y de llorar por el

inútil sacrificio de su hijo. Y de llorar por todo el dolor del mundo, por la injusticia, por los niños con hambre, por los mendigos y las ramera, empujadas a la miseria y la prostitución por sus falsos devotos. Lloró por la violación de la Ley y la palabra por sus falsos devotos. Y en su llanto, imploró a su Hijo que no vuelva. Y no por temor a la pasión, a los azotes, a la corona de espinas, a la negación de Pedro, a las caídas con la cruz a cuestas, a la lanza del Centurión... No. El sería nuevamente el Varón de Dolores si eso fuera útil a los hombres. Pero él no quiere decir de nuevo el *Consumatum est* en falso. Sabe que su vuelta sería inútil. Como lo ha sido la primera venida...

Qué va. No fue posible para Lucía encontrar un trabajo. Qué va. La madre soltera —cuando es pobre, se entiende— es una pecadora pública, un insulto a la moral católica, un motivo de escándalo, una enferma contagiosa. La madre soltera por seducción, por abuso, por violación o por compra, es una puta... ¿Ha parido sin casarse? ¿No tiene pieles, automóvil, joyas? Qué otra cosa puede ser, ¿qué otra cosa? Pues, puta.

Eso es todo.
Colorín, colorado,
este cuento ha terminado.

Juan Antonio no se pudo dormir, después del cuento ni... "después del silencio". Se lo impedía la rabia más, que la piedad. Esta primera noche, reclinado en el regazo de una ramera, de la primera ramera que le ofrecía la civilización cristiana en su camino de campesino ilusionado le dejó, más que un regusto de amargura, una afirmación de su fe.

Oyó que sus compañeros lo llamaban con chistes idiotamente obscenos:

—Juan Antonio, apéate, ya es hora, ya está claro...

—Lucía, suéltalo, corcovéale...

Muy suavemente, como temiendo despertarla, Juan Antonio levantó la cabeza del regazo de Lucía. Apartó la manta que tenía sobre las rodillas. Los dos se pusieron de pie. Juan Antonio, para despedirse, la miró de frente, le buscó los ojos y los miró muy hondo...

Eran sus ojos. Los ojos de Ella. Y ya no sintió indignación ni sor-

presa. Esos ojos eran los mismos ojos que iluminaron su adolescencia provinciana. Hondos, reidores, tristes. Según. Sus ojos. Y no los halló mal en esta cara entristecida, valerosa, pura. Y los besó con respeto, como cuando hizo la primera comunión.

16

Guillermo Donoso se presentó a eso de las cinco de la tarde en el cuarto de hotel de Juan Antonio. Fresquecito, dicharachero, dispuesto a "perseguirla", antes de que llegaran los paisanos de su nuevo amigo.

—Hombre, qué bien, cholito. Yo te creía todavía durmiendo. ¡Que la pasamos regio, la pasamos regio! ¡Bestial!

—Yo me levanté para almorzar. Dormí bien, y tenía curiosidad de las famosas mañanas quiteñas y, bueno... tú sabes, ver "cómo mismo" es esto... ¿Y tú? ¿Fueron tranquilamente a sus casas o la persiguieron?

—Perdona la confianza, pero no seas pendejo, cholito! ¡Ir a asomar en mi casa a las seis de la mañana! Ni que fuera qué. A esa hora toditos levantados, mamá, las criadas... ¡Me crees tan pendejo! Cómo se ve que todavía no me conoces, cholito. Lo que tengo de zoque es la cara...

—¿Entonces?

—Verás. Me fui donde Martita, una guambrita que me quiere pero la paga el otro... Yo te he de contar, cholito, ¡es una cosa fantástica! Bueno, y allí, ni creas que hice nada. Con lo de anoche tengo hasta el otro domingo... Le pedí desayuno y que me deje dormir en el cuarto de la Sara, la criada que le paga el amante. Bueno, para "porsiacaso". Cualquiera rato llega el fulano...

—A ver, a ver, cuenta, cuenta ahora mismo, no te hagas el misterioso...

—Bueno, hombre, bueno: esta Martita es de “corriente familia”. Medio pelo pintadita de noble... Parece que, por allí una travesu-
rilla de un tío mío, señor bien católico, virtuoso y rico...

—Ah, entonces es tu prima...

—¡Claro! Y como dice la ley:

*A la prima,
la pierna encima*

¿no has oído? Pues yo cumplo con la ley... ¡Y si la vieras! Allí la pinta de la familia. Hasta dicen que se parece un poco, que se da un aire a mí...

—Entonces, pobre, feíta ha de ser...

—¡A tu abuela! Bueno, déjate de pendejadas y óyeme. Allí me quedé hasta orita, pero antes telefoneé a mi casa diciendo que me iba a quedar donde mis primos los Enríquez, para estudiar con ellos un examen atrasado. En seguida avisé a mis primos la cosa para que no me descuelguen si es que pregunta mamá...

—Pero qué bien sinvergüenza eres, carajo! Engañar tan vilmente a tu pobre mamá, que tiene confianza en ti, que se desvive...

—¡A tu abuela! Lo cierto es que dormí bien, almorcé bien, volví a dormir. Me di tiempo para ir por casa, hablarle de ti a mamá y avisarle que vengo donde ti que me has invitado a la comida...

—Bueno, conmigo no habrá esas vainas ni esas alcahueterías para engañar a esa santa señora...

—Nuevamente, a tu abuela... Pero, ya en serio, ¿qué te provoca hacer ahora? Hay lindos programas. Por ejemplo...

—Mira, Guillermo. Si a ti no te aburre, yo preferiría pasear, conversar, conocer algo de la ciudad en la tarde, luego en la noche. Que tú me mientas, me cuentes cosas... Y que, luego, para reponer lo de anoche, y yo todo el cansancio del viaje, irnos a dormir en nuestras camitas como unos angelitos... ¿No te parece?

—Como parecerme mismo, no me parece, porque... Pero tú ordenas. Comprendo que quieras conocer cuanto antes, y a diferentes horas, nuestro Quito, “Luz de América”, “Relicario del Arte”, “Cima de la Libertad”, cuna de los próceres y de la Santa Marianita de Jesús... Su mercé manda, patroncito...

—Así me gustas, obediente y sumiso. Primero veamos el centro, hasta las ocho, hora en que comeremos en algún lugar donde den comidas típicas de Quito. Mucho he oído de los *llapingachos*, de las empanadas de morocho, de las “cosas finas”...

—Bueno, salgamos; y luego, viendo veremos... Pero lo que es eso de las comidas típicas, dificulto, dificulto... Aquí, *le monde chic mange en français*. Y nosotros, lo espero, somos gente chic, ¿nocierto, cholito?

—Ahora sí, ¡a tu abuela!

—Bueno, si tú lo ordenas, iré donde la mamá de papá. Pero eso no arregla las cosas. Aquí, m'ijo, las gentes se avergüenzan de lo nacional, de lo criollo, porque es cholo, sucio, *longo, atatay*... Lo mismo es en el vestido, en las casas, en las conversaciones, en la literatura, en la comida, en la política, en la religión, en todo...

—Pero eso serán los aristócratas, los nobles, la gente bien, de sangre azul, pergaminos extraviados y harta plata, como es en mi provincia también... Pero las otras gentes, las gentes de verdad, clase media, intelectuales, artistas, empleados de poco sueldo...

—Peor, cholito, muchísimamente peor. Ya te he de contar cuando estemos comiendo, u otro día. Hoy no te quiero agriar la sangre... Pero nos darán *paté de foie grass avec de truffes, galantine de esturgeon*, y otras pendejadas igualmente falsificadas pero supremamente chic. Oh, *mon cher, tres chic*...

—Al diablo, carajo, con tus franchutadas. Salgamos pronto, quiero conocer tu ciudad, mi capital, el centro de la tierra...

Frío. Intenso y seco. Cielo límpido. Atardecer —gracias a Dios— todavía provinciano, en el que ganan las estrellas, por ser muchas, el duelo a muerte con el sol, grandote y solito, que huye por las lomas, enrojecido de vergüenza... La Plaza Grande, tan pequeña y bella, con el viejo Palacio de Gobierno al fondo. Y a un lado, el atrio de la Catedral, pétreo y cargado de historias de pasión y de sangre... Y hacia oriente, delante de la verja de hierro, el sitio de los "arranca-plumas", de los murruradores, de los chistosos...

—Esa es "la banca tigre" —explica Guillermo Donoso—. Donde nos sentamos a mediodía, al salir de las oficinas, los sábelo-todo de la ciudad. Son las horas sagradas del "descuere".

—¿Y eso?

—¿Eso? Pues, el descuere, el despelleje, la pelada...

—¡Ah! Así, cualquiera entiendo...

—Verás: ni fidelidades conyugales ni doncelleces de solteras se respetan cuando desfila la "gente bien" y la otra por el Portal de Salinas... Oyemé bien, Juan Antonio: por allí pasan los ladrones, los cornudos, los esbirros, los hijos de puta, los sifilíticos, los maricones,

los de dudosa ortografía, los que han quebrado y los que van a quebrar, los desfalcadores, los contrabandistas, el-amante-de-tal, los usureros, ése que no dizque puede..., el que perjudica a sus hijos, los hijos que abandonan a sus padres, la-que-dejó-de-ser-virgen-anoche, la que le está poniendo cuernos al amante y... la que le está poniendo cuernos al marido, la que no es hija de su papá sino del amigo íntimo de su papá, esa señora digna, para qué también hemos de hablar, mira, mira esas dos que viven juntas porque han aprendido eso en París, la que trafica en drogas, vela ya sanita a esa que abortó hace ocho días, la que alcahuetea a sus amigas casadas prestándoles la casa, ¿ésa? pero si a cualquiera le da el número de su teléfono, la que le cuenta al primero que encuentra que su marido no está en casa de cinco a ocho de la noche, la gordita que dizque es muy buena en la cama, ¡qué gran cuero ése!, la que le quitó el novio a su hija para hacerlo su amante, la que se cree noble y *cholea* a todo el mundo, esa virtuosa *guambrita* que le están guardando al Chiriboga... El que se acuesta con la tía vieja y rica para sacarle la plata, ese pobre hijo de la vecina, el "pueta" de a perro, el que hace que su mujer visite a los ministros para conseguirle empleo al marido, la que hace lo mismo, pero para el amante, el que lleva al jefe de la oficina a su casa, le presenta a la mujer y se va a volver de allicito no más... el pobre viejo pendejo que busca novio para sus cuatro hijas, el honrado y prestigioso ciudadano, el que —dicen las malas lenguas— se acuesta con la hermana, ese cura bandido que mejor no te digo nada, ese cabrón del carajo, el Enrique con terno nuevo dado por la moza, esos comunistas muertos de hambre, ese santo sacerdote que mantiene a siete sobrinitos, la Torera, el mudo ese idiota, uyuyuy, la Charito que anoche... El señor Obispo, esos mocosos creídos que molestan a las chicas, la señora Margarita, esa bestia que desde que dejó de ser Ministro... Bueno, hijo, nadie sale con el pellejo sano. Allí se cuentan los últimos casos y las últimas cosas. Allí calladito, a boca chiquita, se afirma, con pelos y señales:

—Esta noche es el golpe, eh?

—Entonces, Guillermo, según tú, esa es como una especie de alcantarilla, de gran cloaca en la que se baña de porquería a todo el mundo...

—Bueno, sí, carajo. Pero allí también, mejor dicho en esta plaza y sus contornos, se han fraguado las batallas de la libertad y la dignidad de este país. Allí, cerquita, ¿ves? está la casa que fue de doña Manuela Cañizares, en donde "en buen amor y compañía" se reunían los próceres de la independencia, "los de adeveras" y los traidores

con apellido grande. Más acasito, mira, está el cuartel Real de Lima, donde se consumó el mártirio de los héroes verdaderos de la insurgencia. En este atrio de la Catedral, antes de su ornamentación probablemente, Moreno Bellido y el pueblo de las Alcabalas, dieron el auténtico primer grito de la independencia ecuatoriana, americana y lo pagaron con su vida. Aquí también, y en San Francisco, se fraguaban los golpes contra ese mulatillo rapaz que, traicionando el ideal unitario de Bolívar, se apoderó de la República, la hizo su hacienda propia de ganado y trapiche. El que colgó de un farol de alumbrado al mártir Hall. El que quiso hacer la "reconquista", devolviendo maniatado a la Corona Española, este país libertado por Bolívar... El que quiso conseguirnos, de alquiler, un reyecito de mentirijillas, hijo de una reina ramera... Aquel al que el tirano García Moreno —cuando aún no lo era— llamó "hijo de puta antes del parto, en el parto y después del parto". Acerquémonos un poco hacia el Palacio, subamos esa escalinata: éste el sitio en donde el machete libertador de Rayo y las balas de los jóvenes conjurados de Agosto —siempre Agosto en "el camino de la libertad"— eliminaron al tirano sombrío, Gabriel García Moreno, el que quiso entregar el país a Napoleón el Pequeño, hizo guerras ridículas y desastrosas a Colombia, fue hasta Lima para traer a tierras de la Patria al enemigo de la Patria...

—Sí, tienes razón, Guillermo. El amor que sientes por tu ciudad no te lleva a jurar con los ojos cerrados. Este es el corazón de nuestra patria, de nuestra pequeña gran patria, provincia de América. Yo lo sabía. Lo había estudiado en la escuela de mi pequeño pueblo. Por eso quería verlo con mis ojos... Cuenta, cholito. Muéstrame bien los sitios y las cosas...

—Con la visita a la Plaza Grande, tan pequeñita, tienes suficiente por hoy... Además, son ya las ocho pasadas y me muero de hambre. Me-muero-de-hambre, ¿entiendes? A mí los *chuchaquis* me atacan con un hambre voraz, hambre de huérfano. ¿A ti no?

—Bueno, claro, un poco... Además, esta primera salida quiero consagrarla a nuestra Plaza Grande, que es tan mía como tuya...

—Todo tiene su momento y las pendejadas también. Hoy tenemos que cumplir un deber sagrado e inaplazable: comer. Primera noche, putas. Segunda noche, el pasado glorioso. Y a propósito, ¿insistes en eso de la comida criolla?... Pendejadas, te lo juro. Cuando te presente a mamá, le palanqueamos una comida quiteña. La viejita es un ángel. *Yaguarlocro*, *tortishas* —tienes que decir así, con sh, como gente, y no *tortillas* como dicen, haciéndose los españoles, los chagras de Loja. *Humitas*, *llapingachos*... Pero qué bruto soy, con estos recuer-

dos se me caen las babas de hambre... Ve, déjate de vainas leídas y vamos aquicito, a una cuadra, donde el viejo Charpentier, que da de comer bien rico, comidita francesa y, a veces, por suerte, hasta se encuentran cosas de aquí...

—Como tú quieras. Ante una hambre como la tuya, no valen la lógica, el patriotismo ni la poesía...

Entraron los dos muchachos al viejo comedor, sin elegancia, pero con cierto buen gusto. Saludos a troche-moche de Guillermo para tirarle prosa al chagrito. Intentos de presentarle a todo el mundo para demostrarle a Juan Antonio su popularidad...

—Mira, Guillermo, déjate de vainas. Ahora no quiero conocer gentes, así al paso, que no se acordarán de mí ni yo de ellas tampoco...

—Buéno, a la legua se te conoce lo chagra. Pero de lo que no te libras ni a palos, es de que te presente a ese señor que está al fondo, solo, vestido de negro y leyendo un libro mientras come. ¿No lo has oído nombrar en tu mísera aldea? ¡Es don Belisario Quevedo!

—Claro que lo he oído nombrar. Conozco su texto de historia del Ecuador. Sé que luchó contra los chapas alfaristas el 25 de Abril de 1907. Se dijo que hasta se mamó uno de esos chapas... Pero, oye, ¿no te parece impropio aquí, en un restaurant? Desde luego, no me desagrada. Después de la Plaza Grande, que es el pasado, este señor que es el presente y, acaso, algo del futuro.

Se acercaron. Cuando Guillermo inició el saludo, el hombre de la mesa se puso de pie y sonrió, con ancha sonrisa amistosa, y los miró a los dos, alternativamente; más al nuevo que al antiguo.

Alto, delgado, un poco canijo. Muy moreno, cara afilada, enflaquecida, austera. Su vestido todo negro, le daba un aspecto sombrío, y una cierta semejanza con un jesuita secularizado.

—Don Belisario, buenas noches.

—Buenas noches, mi joven amigo.

—Me he permitido interrumpirle —pero siga, siga sentado, no se incomode por nosotros— para presentarle a este joven lojano que deseaba vivamente conocerlo...

—No, no se preocupe, mi joven amigo, no me incomodan nunca los jóvenes, al contrario... Pero, por favor, siéntense, háganme un poco de compañía. Soy tan solo... Ah! conqué lojano, ¿eh?

—Sí, señor Quevedo. Juan Antonio Molina, a sus órdenes...

—Mucho gusto, mucho gusto. Admiro y quiero a los lojanos, hay

entre ellos gente muy valiosa: Agustín Cueva, por ejemplo, es uno de los talentos más claros y elegantes que haya conocido; él es el verdadero introductor de los estudios sociológicos en la Universidad, un verdadero maestro; y Pío Jaramillo Alvarado, gran periodista, historiador, ensayista... No hace mucho, Pío me presentó a un joven paisano de usted, señor...

—Molina, don Belisario...

—... señor Molina. Usted debe conocerlo. Se llama Carrión, Benjamín Carrión... creo que anda por Europa...

—Íntimo amigo mío. Lo conocí en cosas universitarias y...

—Interesante joven, sí señor, interesante joven. Entusiasta, hace versos, bonitos versos, ¿verdad, Guillermo?

—Sí, don Belisario. Y con eso enamoraba públicamente a las guambas, rico tipo...

—Y usted, ¿poeta, mi joven amigo?

—No, don Belisario, por casualidad. Vengo a estudiar medicina, pero me preocupan los problemas sociales, la historia de la patria. Por eso su nombre y su obra, don Belisario, me son muy conocidos...

—Gracias, muchas gracias, joven amigo. Este país se muere por la falta de moralidad, por la ambición de poder de los mediocres, por el abuso de la gente que manda... Somos todavía una democracia de caricatura. Los conservadores hicieron muchas cosas malas, muchas, pero trataron de construir la patria a su manera. Los liberales, de los que tanto se esperaba, defraudaron completamente las esperanzas de la juventud... Nosotros, joven amigo, tuvimos que combatirlos. Combatir a Alfaro, en quien reconocemos grandes virtudes de luchador, pero que se dejó corromper por su camarilla, hasta el punto de abolir casi todas las libertades por las que había luchado... El 25 de abril de 1907...

—Oye, Juan Antonio, no te pierdas la narración del 25 de abril por don Belisario, que fue el actor principal de esa jornada...

—No exagere, joven amigo, no exagere. Yo no era sino uno de tantos jóvenes, liberales de verdad, que nos sentimos defraudados por el liberalismo en el poder, corrompido, verdugo de las libertades y de las garantías... La libertad de sufragio, por ejemplo...

—Sí, sí, es verdad, don Belisario... Pero, yo no sé. Con la perspectiva de algún tiempo, la figura de Alfaro se agiganta, toma proporciones extraordinarias para la juventud de ahora, entre la que me cuento... Creo, y perdone el atrevimiento, que fueron ustedes muy exigentes, muy puritanos... Una revolución es, al fin y al cabo, una revolución...



—No hay duda que este hombre vale. Pero, te diré, Guillermo, yo lo creía más liberado del espíritu, menos tradicionalista. Su puritanismo me parece inoperante, derrotista, destructor. Le hace falta fe en los destinos nacionales, optimismo. Catón el Censor, es un personaje indispensable en los períodos de culminación, pero no en los de construcción. Pero, vale, claro que vale, y mucho...

—Bueno, carajo, yo quería que lo conozcas, pero no era mi intención que nos malogre la noche. Pero eres mismo jodido vos. Te le pones pico a pico desde la primera vez. Y eso lo desconcertó un poco. Aquí las gentes que lo oyen no dicen esta boca es mía. Los jóvenes, por supuesto... Déjate de vainas ahora y pasemos a otra cosa. Cuando quieras hablar con él, vente acá un poco más temprano. Le encanta tener quien lo oiga. Pero convidarte a comer, eso, ca...

—¿Un vinito, blanco, tinto? Hasta en mi lejana tierra se sabe que aquí se encuentran unos vinos franceses que, bueno...

—Tinto, claro que tinto, animal, ¿no ves que hemos pedido carne, un buen *filet mignon*?

—Vaya por el vino tinto. Y mientras traen lo pedido, sigue contando, sátiro inmundo, la historia de tu prima...

—Martita, pendejo, Martita. ¿Pero es que faltaba algo de contar? Ah!, sí, lo principal: yo no *la perjudiqué*. Yo no fui el primero. ¡Guambrita bandida! Como la mamá parece que le dio a entender que... bueno, su papá no era su papá, sino mi tío, el aristócrata, millonario y católico, ella comenzó a presumir, a despreciar a los muchachos modestos que la pretendían *con buen fin*... Prefería coquetear a los chullas de buenos apellidos, irse con ellos al cine y... en una palabra: estaba estudiando para puta. Y, claro, fue aprobada con sobresaliente. Yo, que algo sabía sobre la paternidad de mi tío, asomé cuando Martita se había pescado un rico, honorable y muy virtuoso agricultor. Curuchupa como él solo. Le había puesto un simpático departamentito, bien amueblado, con cierto gusto —que después yo mejoré con mis consejos— y cuarto para criada. Allí es donde yo dormí esta madrugada, como te conté. ¡Hasta con teléfono!...

—No hay duda que eres un perro...

—Hay que saber vivir, cholito. En serio, Martita es una buena chica, de buen corazón. Me ayuda en todo, hasta me presta plata. Ahora mismo...

—Más bien cállate. Como sinvergüenza, eres sinvergüenza... Pero, francamente, tienes sangre liviana y puede que, con los años, muchos años, te vuelvas un hombre de provecho... Oye, Guillermo, ¿tú sabes algo de esa chica, esa Lucía, con quien pasé la noche, mi primera noche de Quito?

—Vaya, vaya que eres pendejo... No faltaba sino eso: que te salgas enamorando de la primera putilla con quien duermes. Estos chagritos... Iguales, todos iguales...

—Espera, hombre, voy a explicarte...

—No, no, no. Estás fregado. Yo conozco el caso: vienen los pobres chagras a estudiar de Latacunga, de Guaranda, de Otavalo, de Loja y, claro, lo primero con que se topan, para desasnarse es con *señoritas de la vida*. Oyeme esto: un guarandeño inteligente —no te rías, animal— después de pasar por lo que tú has pasado, hasta me expuso una teoría romántica al respecto...

—Cuenta, cuenta, chulla perrísimo...

—Decía que la primera noche de amor de un provinciano en Quito es como una segunda pérdida de la virginidad. Deja marca, huella indeleble, no se olvida nunca...

—A tu abuela que te crea esa pendejada. Son invenciones tuyas...

—No hay tal. Es rigurosamente auténtico. Hasta en la noche de bodas —sostenía el guarandeño— se reproduce la escena de esa noche de amor pagado pero sabio... Sobre la novia pura e intacta, el macho reproduce las salacidades aprendidas de la meretriz...

—Bueno, y tú, carajo, ¿le toleraste a ese imbécil toda esa sarta de infames estupideces? ¿No le rompiste la trompa sucia?

—Ya asomó otra vez el chagrito hipócrita. Además, mira, hay que ser tolerante, hombre, y respetar la estupidez ajena como respetamos la propia. Eso es de buenos cristianos...

—Tanta charla inútil, y no respondes a mi pregunta inicial. No estoy enamorado, animal, pero no puedo negar que esa chica, Lucía, me interesó. Hasta me conmovió. Me habló de sus padres ya fallecidos, de un hermano menor, algo poeta...

—Bien, ya en serio. Tienes razón. Lucía es una muchacha rara. Nada tonta, bastante bonita, con un cuerpo estupendo... Tú lo sabes mejor que yo, bandido... Pero ya se ha hecho un prestigio del hecho que ella no comparte el amor que vende, ni finge compartirlo, si quiera. Como lo hacen, pobrecitas, todas las de su profesión... Ella sufre la entrega, la soporta... Algunos creen que todo es fingido. A otros les gusta eso, porque les ofrece la ilusión —y eso hay que pagarlo bien— de que están seduciendo una muchacha pudorosa, vio-

lando una virgen... Pero a los más les encanta la sabiduría, las mañas, el descoco, hasta la obscenidad. Por eso la huyen, no la "cotizan", la llaman "la romántica", con un marcado desdén.

—Idiotas...

—Parece que hay algo trágico en la vida de esa muchacha. Engaño, violación, algo así...

—¿De sus padres sabes algo?

—Por allí va también la cosa. Parece que la madre, bueno, sin ser una prostituta, le ponía los cuernos al papá, que era un buen hombre, un santo varón, al que la chica adoraba... Se dice que el segundo hijo, el que hace versos...

—Eres un infame calumniador...

—¿Para qué me preguntas, entonces? Yo te digo lo que se oye...

—Bueno, perdóname, sigue... ¿Conoces al hermanito ése?

—Mucho, mucho, no. Pero lo conozco de cara. He oído eso de que hace sus versitos... Lo he visto trabajando en las notarías. Cuando quieras, te lo muestro. No soy amigo para presentártelo. Tú harás lo demás... Se llama, verás...

—Sí, sí. Fabián Martínez.

Terminada la comida salieron. Juan Antonio quería vagar, sin plan ni rumbo. Ver Quito de noche, por cualquier lado, siempre que no fuera el centro, todavía transitado a esas horas.

Guillermo era un verdadero maestro para guiar por la ciudad en sombras. Lo llevó derecho a la Plaza de San Francisco —¿dónde si no?— toda llena de Jesús y del Diablo, de leyendas de amor, de piedad y de espanto. Allí todo el espíritu de la vieja ciudad, tallado en piedras, en rudeza de indio, en sabiduría de fraile. Allí, donde ese flamenco misterioso, dulce como Francisco de Asís, Jodoco Ricke, plantó las primeras espigas de trigo y soltó para que lo picotearan, el primer vuelo de palomas...

17

Juan Antonio no vivía ya en el hotel. No, allí no tenía independencia. De todos modos. ¿Para tener muchachas? Bueno, claro. Pero especialmente para recibir amigos, charlar, jugar. Y eso, por sobre todo: conversar. Entonces, pues, con ayuda de los amigos se descubrió por allí un departamentito de dos piezas, en la planta baja, con puerta al zaguán y ventana a la calle. Por allí, por cerca de la Plaza del Teatro. Barrio al que los presumidos y noveleros lo llamaban el "Barrio Latino" de Quito. Por las fonditas y los bebederos de aguardiente que abundaban —¿y ahora no?— por ese lado...

¿Dónde reunirse sino allí? Los militares, la soplonería, todas las feas cosas establecidas por eso que daban en llamar "revolución de Julio" y que el pueblo, castigador, llamaba la julianada. Ya ni la esquina ni la plaza servían para esa cosa sana y buenota: conversar.

El cuarto de Juan Antonio se había convertido en una especie de club formado por sus ya numerosos amigos. Ya se sabía que el provincianito no era ningún pintado en la pared. De izquierda. Socialista. Nada hipócrita en la manifestación de sus ideas. Pero, eso sí que no tampoco: jamás el revolucionario torvo, verdense de bilis, dispéptico y, ay, por Dios, exhibidor de virtud de nunca bebo nunca fumo nunca... esas porquerías de ustedes ni, bueno, ni mujeres... A pesar de su pulcritud lojana en el hablar, jamás se detenía ante la fuerza insustituible de un buen carajo, de una palabra de esas que, bueno, ¿qué se hace sin ellas? Porque zoquete, por mucho que

quieras, no es lo mismo que pendejo, ni caramba lo mismo que carajo...

Juan Antonio, vaya cosas, cree que la Revolución —él sabe ponerle mayúscula a esta palabra cuando habla— es cosa para la vida y no cosa para la muerte. Servicial, *sangre liviana*, listo siempre para las buenas empresas de alegría. Pero sobre todo, lista la oreja para la confidencia que quisieran hacerle los amigos de un problema —carajo, me jodió la pendeja— de una necesidad —no tengo ni un cobre y mi pobre mamá— de un dolor —¿vas a creer que Juanita, sí, Dios mío, Juanita?...

Esa tarde había preferido ser él quien fuera a la casa de Carlos Nájera. Este muchacho, que tan bien le cayera desde ese momento que lo conoció el día de su llegada, casi nunca aparecía por su "club" y eso le molestaba, porque le hacía falta. Carlos Nájera, por tímido u orgulloso, no se sentía a gusto en grupos bulliciosos, dicharacheros, plantillas. Prefería a todo —y en esto le daba en la pepita del alma a Juan Antonio— el diálogo, el coloquio, la confidencia de ideas o de sentimientos. Pero no, eso no, tampoco, era un falso virtuoso. Enamorado, pero a su modo. De esquina, de cartita, de encuentros por allí, hasta de visita... Carlos Nájera era un muchacho bondadoso y bello. De una belleza fina, sin dejar de ser varonil. Ojos asombrados que todo lo veían por primera vez, pero tristes. Voz grave, sin estridencias ni muchas inflexiones. Con más cuento que canto. Y tenía, cosa curiosa, una mirada que no rehuía, que hacía frente a las otras miradas, pero... ¿cómo decirlo? no en polémica sino en pregunta...

Y sabía una cosa que ustedes y yo ignoramos: escuchaba.

Como escapando del bullicio de su "club", Juan Antonio había resuelto visitar a Carlos en su casa. Pero le había rogado que llevara esa tarde a Fabián, Fabián Martínez, el hermano de Lucía, la chica del burdel. Había querido también, en esta vez, evitar la presencia —que no le era en general desagradable— de Guillermo Donoso, mariposeador y frívolo, aunque en el fondo —este Juan Antonio creía saber ver en el fondo— inteligente y bueno.

—Qué tal, Juan Antonio, estaba esperándote impaciente... El muchacho Martínez, Fabián, llegará luego...

—Tú, ¿qué tal? Linda, linda tu casa... Como a mí me gustan, anchas, con patio, con naranjo, con geranios. Las dalias, me fijé al entrar, están bonitas. Y esa planta de hortensia, gigantesca, que casi llega al techo... Las rosas, en cambio. Creo que hay que aislarlas un poco. No están muy bien, no, francamente...

—Pero si eres un sabio en flores. Vas a congeniar con mi hermana Catalina que no piensa sino en eso...

(*Con Ella, esa rosa blanca del patio, para Ella... Allá...*).

—¡Ah? Sí. Voy a escribirle a mamá que nos mande unas plantas de bugambilla y de arupo... ¡Ah! Pero tú no sabes, qué vas a saber, lo que es el arupo...

Fabián había entrado, calladito esc momento y no quería interrumpir la desatada elocuencia de Juan Antonio.

—¿El arupo? Imposible. Es la flor de mi tierra. Arbolito grande... ¿Arbusto? No, no. Eso es literatura o texto de botánica. Una cosa así, mira. Grande como un árbol de peras. Pero, Dios mío... cuando pierde las hojas, toditas las hojas, es una sola flor, no flor, un solo plumaje rosado, rosado, que se diluye en arrebol, que sirve para darle aire a Dios, así, así, cuando le hace calor...

—Buenas tardes, Carlos...

—Buenas, Fabián...

Nada de tímido ni huidizo. Cauteloso. Cortés. Pero de ancha mano para el saludo cordial, sin presentaciones:

—Buenas tardes.

—¿Cómo está? Mientras lo esperábamos, veía yo con cariño el patio y las flores... Cosas de provinciano, ¿ve?

—Carlos me ha hablado de usted. De que usted quería verme. Y mi hermana, Lucía, me ha dicho mucho bien de usted...

—¿Acabaste tu trabajo, Fabián? No debe ser agradable eso que haces en esas pocilgas de las notarías. Hay que ver otra cosa... Pero, la verdad, lo que hago yo, tampoco...

—Sí, Carlos. Ni lo que hago yo, ni lo que hace mi hermana son cosas agradables. Pero hay que vivir... ¿Habrás que vivir? Sí, y resueltamente. No por el egoísmo de seguir cada cual instalado más mal que bien en el mundo. Sino porque hay que estar aquí para tratar de cambiar las cosas, para hacer algo al paso por la vida... ¿No lo creen ustedes así?

Le llameaban las miradas. El chico —¿más de quince años?— estaba ardiente, luminoso. Quemaba. Tipo moreno, claramente mestizo, no se sentía disminuído ni tampoco desafiante, frente a estos amigos blancos, "decentes", ante los que no se sentía inferior. Pero a los que sentía, eso sí, cercanos...

Fabián estaba seguro de su limpieza, de su saberse pobre, desa-

afortunado, pero no vencido ni roto por la adversidad. Seguro asimismo de la limpieza profunda de su hermana, prostituida, destrozada por la injusticia, pero tampoco doblegada, tampoco con los ojos al suelo, dolorosamente erguida, sin rendirse...

—Mire, Fabián, usted como Carlos, me interesan, me hacen falta, me dan mucho de lo que necesito...

Como todo lojano, Juan Antonio era reactivo al tuteo, confianzudo y hasta despectivo en veces. Había no sé qué de respeto en sus palabras para este muchacho que, bueno...

—Sí, me hacen falta ustedes, Carlos, Fabián... Este paso de la lejana provincia conventual, presumida, aristocratizante, hipócrita y corrompida, a la capital desconocida, llena de atracciones, de trampas, de emboscadas, no ha de quebrarme, lo sé. Pero solo, puedo recorrer falsos itinerarios, rutas equivocadas, caminos comprometedores... Sí, ustedes me hacen falta. En mi tierra, que no ofrecía otros caminos que los derivados del amor o la comodidad familiar, tenía junto a mí a Julio Emilio Ortega, a Miguel Ángel Echeverría, a mi hermano Alberto...

Habló largo, con emoción.

Carlos los invitó a entrar a su cuarto para charlar más libremente. Ya vendrían su mamá y Catalina, para que les sirvan café.

Juan Antonio habló. Su voz asordinada, voz de violoncello como le decía Julio Emilio. Habló, habló. De su mamá. Todos le decían que era parecido a ella. ¡Pero si ella era linda y yo...! Linda la viejita. Jamás, segurito, le exigió nada, nada en materia de religión ni de esas vainas de virtud de que no hagas eso qué dirán las gentes hay que ser formales y serios... No, nada. Pero a ella le debía ese poco que era. Eso de querer a los animales y las plantas, de acariciar a los niños y saber consolarlos cuando lloran, de mirar por allí, los crepúsculos morados y amarillos, de descubrir, mira, hijito, mira ese nuevo botón de rosa roja y de la blanca y de la rosada. Y allá arriba, esa naranja grandota y esa manzana que ya está pintona y bueno que vayas a jugar un poco que ya te has de cansar y de que ese libro ¿de Lamartine? es precioso, pobrecita Graziela y Rafael y... Bueno... todo eso...

Juan Antonio contó, sí tenía su pocotón de rabia, las feas cosas de las viejas brujas chismosas y malditas que indirectamente habían hecho posible su salida de Loja. De la morena inmortal que sabía querer a todos y engañar a todos y eso... Del doctor Villarreal que iluminaba de amor sus palabras, ¿saben? cuando hablaba, les

ponía luz, las hacía brillar, y les ponía también dulzura. De la Micho, su sabia profesora de todos los cursos del amor. Les contó, despacito, dulce, el cuento de la compañera de su infancia, clara y pura, todo el proceso de su cuerpo frutal, mientras iba de flor a fruta, fruteciendo: los senitos que apuntaban hacia el frente bajo de la blusita, de esos cuatro días en cada mes en que no hay como bañarse en el río ni montar a caballo ni, bueno... Todo entre rubores y risitas ingenuamente picarescas, mirando a un lado y otro y finalmente al suelo...

Juan Antonio habló a sus amigos nuevos, largo y amorosamente, del recuerdo inmarcesible de su hermano Alberto, el que al acercarse por su voluntad al camino de la muerte, de toda la muerte, le enseñó sin desvíos el camino de la vida, que es el mismo camino, el mismo...

(Ella esta presente en todos estos cuentos. Ella. Pero Carlos y Fabián no la veían).

Y así lo escucharon cada uno de ellos, Carlos y Fabián.

Carlos: transido de emoción. No apartó las miradas del platicador, con arrobamiento. Su vida pobre, con esa triste pobreza de los venidos a menos, se acuñó en la ternura, en la ternura amarga ¿hay ternura amarga? del dolor que se oculta, para no asustar, como a mariposas espantadas, a los angelitos, a los ángeles que revuelan en torno de los niños... ¿Dónde está, Catalina, el relicario de mamá, que no lleva ya sobre el pecho? El pecho de las mamás que los hijos miran siempre, golosos, como cuando eran niños. (¿Qué diablos tiene Freud que ver con esto, viejo impuro?) Oye, Catalina, ¿y ese cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro que siempre ha estado en el dormitorio grande, frente a la cama de mamá? ¿Y el Cristo ese, de marfil, que estaba sobre la cabecera de mamá, y que decían que abuelito lo hacía traído de Roma? Y tú, *ñañita*, ¿por qué no has vuelto a ponerte los aretes de esmeraldas, regalo de tu madrina, tía Adelaida, cuando cumpliste tus quince años?...

Maldita sea... ¿Qué? Pues que había que pagar matrículas, comprar libros, hacerle al muchacho —a él— ropita decente, comprarle zapatos, para que vaya al colegio. Y a Catalina también. Con lo abusivas que son las monjitas, y esas cosas de uniformes, de limonas para el papa y regalitos y eso... ¿Entradas? Pues sólo el arriendo de las tiendas, poquita cosa, apenas para seguir comiendo. Y todos los días, las papas más caras y la leche y todo... Desde que se graduó de bachiller, hace apenas dos años, Carlos consiguió un em-

fortunado, pero no vencido ni roto por la adversidad. Seguro asimismo de la limpieza profunda de su hermana, prostituída, destrozada por la injusticia, pero tampoco doblegada, tampoco con los ojos al suelo, dolorosamente erguida, sin rendirse...

—Mire, Fabián, usted como Carlos, me interesan, me hacen falta, me dan mucho de lo que necesito...

Como todò lojano, Juan Antonio era reacio al tuteo, confianzudo y hasta despectivo en veces. Había no sé qué de respeto en sus palabras para este muchacho que, bueno...

—Sí, me hacen falta ustedes, Carlos, Fabián... Este paso de la lejana provincia conventual, presumida, aristocratizante, hipócrita y corrompida, a la capital desconocida, llena de atracciones, de trampas, de emboscadas, no ha de quebrarme, lo sé. Pero solo, puedo recorrer falsos itinerarios, rutas equivocadas, caminos comprometedores... Sí, ustedes me hacen falta. En mi tierra, que no ofrecía otros caminos que los derivados del amor o la comodidad familiar, tenía junto a mí a Julio Emilio Ortega, a Miguel Angel Echeverría, a mi hermano Alberto...

Habló largo, con emoción.

Carlos los invitó a entrar a su cuarto para charlar más libremente. Ya vendrían su mamá y Catalina, para que les sirvan café.

Juan Antonio habló. Su voz asordinada, voz de violoncello como le decía Julio Emilio. Habló, habló. De su mamá. Todos le decían que era parecido a ella. ¡Pero si ella era linda y yo...! Linda la viejita. Jamás, segurito, le exigió nada, nada en materia de religión ni de esas vainas de virtud de que no hagas eso qué dirán las gentes hay que ser formales y serios... No, nada. Pero a ella le debía ese poco que era. Eso de querer a los animales y las plantas, de acariciar a los niños y saber consolarlos cuando lloran, de mirar por allí, los crepúsculos morados y amarillos, de descubrir, mira, hijito, mira ese nuevo botón de rosa roja y de la blanca y de la rosada. Y allá arriba, esa naranja grandota y esa manzana que ya está pintona y bueno que vayas a jugar un poco que ya te has de cansar y de que ese libro ¿de Lamartine? es precioso, pobrecita Graziela y Rafael y... Bueno... todo eso...

Juan Antonio contó, sí tenía su pocotón de rabia, las feas cosas de las viejas brujas chismosas y malditas que indirectamente habían hecho posible su salida de Loja. De la morena inmortal que sabía querer a todos y engañar a todos y eso... Del doctor Villarreal que iluminaba de amor sus palabras, ¿saben? cuando hablaba, les

ponía luz, las hacía brillar, y les ponía también dulzura. De la Micho, su sabia profesora de todos los cursos del amor. Les contó, despaquito, dulce, el cuento de la compañera de su infancia, clara y pura, todo el proceso de su cuerpo frutal, mientras iba de flor a fruta, fruteciendo: los senitos que apuntaban hacia el frente bajo de la blusita, de esos cuatro días en cada mes en que no hay como bañarse en el río ni montar a caballo ni, bueno... Todo entre rubores y risitas ingenuamente picarescas, mirando a un lado y otro y finalmente al suelo...

Juan Antonio habló a sus amigos nuevos, largo y amorosamente, del recuerdo inmarcesible de su hermano Alberto, el que al acercarse por su voluntad al camino de la muerte, de toda la muerte, le enseñó sin desvíos el camino de la vida, que es el mismo camino, el mismo...

(Ella esta presente en todos estos cuentos. Ella. Pero Carlos y Fabián no la veían).

Y así lo escucharon cada uno de ellos, Carlos y Fabián.

Carlos: transido de emoción. No apartó las miradas del platicador, con arrobamiento. Su vida pobre, con esa triste pobreza de los venidos a menos, se acuñó en la ternura, en la ternura amarga ¿hay ternura amarga? del dolor que se oculta, para no asustar, como a mariposas espantadas, a los angelitos, a los ángeles que revuelan en torno de los niños... ¿Dónde está, Catalina, el relicario de mamá, que no lleva ya sobre el pecho? El pecho de las mamás que los hijos miran siempre, golosos, como cuando eran niños. (¿Qué diablos tiene Freud que ver con esto, viejo impuro?) Oye, Catalina, ¿y ese cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro que siempre ha estado en el dormitorio grande, frente a la cama de mamá? ¿Y el Cristo ese, de marfil, que estaba sobre la cabecera de mamá, y que decían que abuelito lo hacía traído de Roma? Y tú, *ñañita*, ¿por qué no has vuelto a ponerte los aretes de esmeraldas, regalo de tu madrina, tía Adelaida, cuando cumpliste tus quince años?...

Maldita sea... ¿Qué? Pues que había que pagar matrículas, comprar libros, hacerle al muchacho —a él— ropita decente, comprarle zapatos, para que vaya al colegio. Y a Catalina también. Con lo abusivas que son las monjitas, y esas cosas de uniformes, de limosnas para el papa y regalitos y eso... ¿Entradas? Pues sólo el arriendo de las tiendas, poquita cosa, apenas para seguir comiendo. Y todos los días, las papas más caras y la leche y todo... Desde que se graduó de bachiller, hace apenas dos años, Carlos consiguió un em-

pleto de amanuense en la misma Universidad, por allí, en la Tesorería. Y así pudo matricularse en la Facultad de Ciencias...

Juan Antonio lo veía: Carlos era un muchacho dulce y luminoso, porque tuvo infancia y adolescencia nutridas de una ternura triste, ¿hay ternura triste? Junto a mujeres abnegadas, enfermas de esa enfermedad sin remedio: la resignación. Pobre, cercado por la miseria y sabiendo de cosas familiares de opulencia antigua, de derroche... Cuando el abuelo, cuando la abuela, cuando el tío, cuando la tía... Y las haciendas, y los caballos... *Llanos Grandes*, la hacienda del multimillonario ese, cholo pretencioso, había sido de su familia... Y la casa de tres pisos de la Carrera Guayaquil... Y los viajes a Europa. Un año a Italia, otro a España, todos quedándose una temporada en París... Pero Carlos estuvo siempre defendido por los amortiguadores silenciosos y sacrificados: su mamá, Catalina... Su rebelión, su ansia de justicia, no estaban amasadas con odio, con venganza; sino con lágrimas no vistas, adivinadas apenas entre pañuelos que se esconden. Ojos enrojecidos en caras sonrientes. Desayuno con dificultades, almuerzo con dudas, comida con milagros. Sastres y zapateros impacientes. Cocineras y criadas despedidas... o que se despiden... Papelitos blancos, parte impresos y parte manuscritos de comisarías y juzgados. Máquina de coser hasta la noche o hasta que un día... Aguja de tejer desde la madrugada... Y la casa de empeños y el préstamo casi siempre negado, porque la mamá no quería... No, no y no. Que sus hijitos vayan a colegios gratuitos cuando sus primos, los hijos de sus hermanos o de los hermanos de su marido muerto, iban a "colegios de paga", de padrecitos, madre-citas, hermanitos...

Pero Carlos, a tiempo comprendió. Y suplicó, lloró porque lo saquen del colegio de padrecitos y "niñitos bien", donde ese fraile gordito que se frotaba místicamente las manos, lo abrazaba estrechamente, niño mío, hermoso niño mío, le daba castos besos en la frente, en las mejillas; en las manos... Le regalaba paquetitos de bombones, lindos libritos con estampas místicas, le hablaba con voz cálida y susurrante de esos niños angélicos, San Luis Gonzaga y San Estanislao de Koska... Hasta que un día, el santo sacerdote lo sentó en sus rodillas, lo abrazó tiernamente y lo besó en la boca... Niño mío, ángel mío... Carlos logró desasirse, corrió desoladamente a su casa y, llorando, consiguió que su mamá le permitiera no volver nunca más...

Desde el primer momento, Fabián Martínez se reveló ante Juan Antonio en su verdad. Sin insolencia pero sin caramelo. Sus diez y siete años eran una ya larga vida, maduros al calor del dolor malo. No traía las manos tendidas para la dádiva de los demás. Manos anchas, de caudalosa virilidad. ¿Ofrecerle algo como ayuda piadosa? No. Con él había que conversar en mesa de hombres. No vano orgullo, no ese rámeril pudor de los mediocres que se llama delicadeza. Respeto para dar y recibir; cosa de hombres, carajo... Y había, ¡oh!, eso sobre todo, amor sin límites por su hermana. Porque era limpia, valerosa, heroica, pura... Sí, señor, pura. Como no lo son esas señoritingas con el himen entero, negociable a cambio de someterse a bendiciones, firmas, leyes, curas y autoridades... Vírgenes porque no tuvieron hambre, padre enfermo y agónico, hermanito pequeño sin zapatos, sin alegría, sin libros...

Sí, vírgenes; tennis; piscina, cebiches y cocktail, almuerzo con muchachos bien, de camisa deportiva, pelo en pecho sirviendo de nido a la medalla milagrosa, siesta, cine para no ver la película, aunque se estén dando besos largos porque... qué simpático el Fredy, ahora que está sin Gladys, su novia... Cita por allí "para quererse". Si hay descuido y para variar un poco, aborto... Viaje a París, pasando por Nuestra Señora de Fátima. Regreso, *mon p'ti chou, je m'en fou, allons y... Darling*. Bestial, brutal...

Elegancia, chic... y bueno, esto de que le suenen a uno las tripas cuando... y el dolor de barriga. Y ahora mismo, qué vaina, estoy así... Cosas que no se dominan ni con Dior y Guerlain... porque, es una tristeza esto de llevar siempre, siempre, unas cuantas libras de caca dentro de la barriga, por más que... Y esa cosa tremenda: ¿cómo harían Lulú y Totó para amarrarlos a sus novios? ¿Será de... bueno, de darles gusto en todo? Porque Tonny lo que quiere, prontito, prontito, es eso... y le mete a una la mano... ¿Pero y si...? ¿Y si después no?

Juan Antonio, lector apasionado de Lamartine desde niño encontró un rápido parecido entre éste chico Fabián Martínez y Saint-Just, el bello, apasionado y, al propio tiempo implacable discípulo de "El Incorruptible". Vio en él algo que había buscado siempre. Que encontró acaso en Miguel Angel Echeverría, el amigo lojano. Madera de luchador, de hombre de fe, servido por una clara, casi algebraica inteligencia y por una insondable pasión. ¿Será de este material con que se hacen los héroes, los santos, los tiranos? Fabián Martínez, a pesar de todo, no era un resentido ni menos aún un

amangado. Eliminaba de sí el odio como anécdota, como cosa personal y dolorosa. No, eso no. ¿Qué tenía que ver eso con eso? Era positivo, realista, casi alegre. Con una alegría dura, que no se des-templaba, que no se derretía en besos ni menos en sollozos. Alegría para andar, para sembrar, para pelear.

El sábado siguiente Juan Antonio, según lo prometido, regresó a casa de Carlos Nájera para ser presentado a su mamá y hermana. Con cierta timidez provinciana y dominguera —sin llegar a lo cursi— se había puesto elegante. Ese traje gris oscuro. La corbata a rayas y la camisa a rayas. Pasó por la peluquería. Se hizo lustrar los zapatos...

(¿Por qué esa tarde, casi todo el día, pensó insistentemente en Ella? Como si fuera a cometer una traición...)

La sala de recibo grande, penumbrosa, con perceptible olor a habitación largo tiempo cerrada. A pesar de los nardos que ¿seguramente Catalina? había puesto, con buen gusto natural, en los floreros. Carlos lo recibió, lo invitó a sentarse... y lo dejó unos instantes solo para ir a prevenir a su mamá y hermana...

(¿Y esto? La alfombra, los espejos venecianos, los muebles serios, colocados en torno de las paredes, las paredes empapeladas con tapiz de flores azules y rosadas, como allá?, las tres lámparas, estoy seguro, créanmelo, tres... lámparas de cristal de bohemia, esas con pupilas y lágrimas titilantes y sonoras... las cortinas de dumasco con borlas, la mesa redonda central, la cubremesa hecha de un mantón de manila, un "mantón alfombrado" como en el chotish... Las fotografías familiares en marquitos de plata peruana...)

La cortina se mueve... ¿Ella? Claro, quién sino Ella...

—Mucho gusto, Juan Antonio. Mi hijo Carlos no puede pensar sino en usted... Mi hija Catalina... Pero siéntese, por acá, por acá, con confianza, es más abrigadito y no se sufre las corrientes de aire...

Juan Antonio, de ordinario locuaz y nada tímido, estaba cohibido, acholado como si lo hubiesen sorprendido metiéndose al bolsillo un objeto valioso de la mesa... Se sentía un poco desnudo, sin defensa... Acababa de estar en presencia de Ella, vestido de aire de Ella, allá, lejos, en un lugar del cielo de su tierra... Pero...

—Muy buenas tardes señora...

—¿Señora?, me ha de decir María Luisa... no soy tan vieja como para...

—Me sentí feliz... María Luisa, cuando Carlos, mi mejor amigo en Quito, me ofreció presentarme aquí, a ustedes. En esta casa, en esta sala he sentido, yo no sé, algo de lo mío, de todo lo que más quiero en la lejana ciudad... Tres lámparas... Bueno, y el patio, y las flores...

—Eso de las flores, Juan Antonio, es cosa de Catalina.

Se encendió en rubor la cara de la chica. Agua para apagarla. Balbuceos de excusa y una voz —no otra voz, esta vez, sino la misma voz— dulce, bajita, pero no melosa, que explicaba:

—Sí, es verdad lo que dice mamá. Mucho me gustan las flores. Pero aquí, con estos muros altos, da tan poco el sol. ¿Le gustan a usted las flores? Claro que le gustan, señor...

—Eso sí que no. Faltaba más. ¿Señores a estas horas? Señor, señora, señorita... Vaya, vaya... Trátense por el nombre: Juan Antonio, Catalina y a mí, ya lo he ordenado, María Luisa.

—¡Mamacita linda! Qué linda es mi mamita, Juan Antonio. Parece —y muchos lo creen así— hermanita mayor mía. Más linda, eso sí... ¿Nocierto, Juan Antonio?...

—Juan Antonio no va a decir nada. Pero yo sí: mi vieja es lo más lindo de este mundo, ¿nocierto ñañita? Yo tiemblo, y la ñaña también, que algún día nos salga por allí un padrastro...

—¡Animal, bruto, cállate! Para decir burradas, éste... Agradece que hay visitas, que si no... Tonto, tontito lindo...

Carlos, en ese instante, medio entre arrodillado y sentado, se acuna como un perrito en el regazo de doña María Luisa... Ella, como que le tira las orejas, le acaricia el pelo ensortijado, le pasa suavemente la mano por la cara, lo besa en la frente.

Durante esta escena de bromas y ternuras entre Carlos y su mamá, Juan Antonio se quedó mirando a la muchacha, como buscando un diálogo mudo sobre algo que no admitía palabras. Catalina, no sé, pero no se parecía a la mamá; tampoco a Carlos. Era distinta, una belleza suavecita, tierna, sin destello. Una carita tranquilizadora, que derrama paz... ¿Dónde, dónde? Alguna cara de la ciudad lejana, de esas que aparecían y desaparecían en su memoria, que se encendían y apagaban como luz de cocuyos... aquí, allá, aquí, allá... Era una estampa. Y la estampa de un muchacho, no de una muchacha. Sí, sí, lejos. Esa estampa de *Bindo Altoviti* de Rafael, que adornaba su habitación de muchacho, tomada de una revista española de reproducciones. Los ojos, como para besarse y entonces... Ganas casi irresistibles de acariciar esa carita como la de un niño, de besarle calladito en los ojos:

*“Los ojos no debiste tú besarme
y mucho menos en la madrugada...”*

—Mire, Juan Antonio: este pillastrón de Carlos es bueno, bueno, bueno. Desde que quedamos solos por la muerte de mi marido, de Ricardo, él ha sido nuestro pequeñito papá. Papá de Catalina, que quedó muy chiquita, papá mío también... Mira, Catalina, ¿por qué no nos sirves el té? ¿O más bien café, Juan Antonio?

—Muchas gracias... en verdad, preferiría café. Es lo que tomaba en mi pueblo. Eso del té parece ser cosa elegante...

—No tanto, Juan Antonio. También preferimos el café, pero no siempre tenemos la seguridad de que sea bueno... sobre todo para un lojano... ustedes tienen fama de tomadores de café...

Como se lo pidiera su mamá, y ayudada por Carlos, Catalina sirvió el café: la esencia, el azúcar, tostadas. Eso rompió el hielo, calentó la confianza. Catalina, hasta entonces callada, le pidió a Juan Antonio que contara sus impresiones de Quito. Pero más que todo, les hablara de las cosas de su Loja lejana, casi más lejana que países extraños, de otros continentes, brumosa de leyendas, de apellidos, de no tener historia, de no tener caminos, allá, allá...

Todas las voces eran otras. Las miradas también. Esas tres lámparas, la alfombra, las mesas, las cortinas. Pero en medio de todo, para Juan Antonio había otra presencia, dominadora a ratos, desdibujada en otros: Ella. Y entonces, lleno de Ella, envuelto de Ella, deslumbrado de Ella, Juan Antonio sintió necesidad de asirse de algo, para no caer y habló, largo, largo...

—Sí, María Luisa, Catalina, Carlos: allá, en ese pueblecito perdido, al que nadie llega, muerto de paz, de tedio, de campanas, yo tengo una familia, acertada en los últimos tiempos por la muerte. Mi mamá, que vive para nosotros y para un recuerdo para mí nebuloso, el de papá... Mis hermanas, una casada y una soltera, mis hermanos, uno de ellos, Alberto, que regresó de un viaje voluntario hacia la muerte... La vieja cocinera, un poco chiflada y el negrito, Abel... ¡Pero qué tonto y qué provinciano soy!... Me estoy poniendo estúpidamente sentimental y echándoles a perder la tarde...

—No, al contrario. Nos gusta mucho oírle. Nos gusta su pronunciación, que nos recuerda a la de nuestro abuelo. Hablan lindo los lojanos...

—¡Por Dios! A mí me encanta, en cambio, el hablar de ustedes los quiteños. Ese hablar endulzado con la sh y que suena un poco

como a súplica, a caricia, al pasar de las manos de la muchacha querida por la cara... Nosotros, en mi pequeña ciudad, hablamos con claridad y corrección, es cierto. Pero con un poquitín de altanería, por las elles y las jotas tan claras... Es posible que estemos un poco más cerca del antepasado español y, desgraciadamente, más lejos del abuelo indio... Loja es una tierra de gentes que se sienten iguales. En la que no hay esta tremenda humildad de los campesinos de acá. Tierra en la que, normalmente, nadie se trata de tu...

Ella cada vez más presente, en el recuerdo, en este ambiente de la lejana tierra reconstruido con palabras. Ella, siempre Ella... ¿Qué hace esta Catalina aquí, donde debiera estar, donde está Ella?...

—Sí, Juan Antonio, cuente, cuente, de su Loja... ¿Es cierto que allá hay un señor Lequerica, un poco pariente nuestro y suyo, que se pasa, sano y bueno, acostado en la cama desde hace veinte años? ¿Es cierto que existe un millonario que se duerme sentado en medio de la conversación más animada? ¿Es cierto eso del bandido Naúm Briones, que robaba en los caminos reales a los ricos viajeros, para repartir lo robado entre los pobres? ¿Es cierto que los papás se ponen siempre furiosos con los enamorados de sus hijas? ¿Es cierto que las chicas, allá, son muy lindas, muy virtuosas? ¿Es cierto que los casamientos en las mejores familias se hace casi siempre sin conocerse los novios, por arreglos de los padres y con intervención del Obispo, las monjitas, los curas? ¿Es cierto...

—¡Vaya! ¡Se destapó ésta! Con lo callada que es... Se conoce que Juan Antonio le ha inspirado confianza. Pero si lo sigues bombardeando a preguntas absurdas, no volverá más, nos cogerá miedo, ñañita...

—No, Carlos. Al contrario. Que me pregunte. Yo le he de preguntar más, porque yo necesito saber más cosas de la tierra en que vivo... Y le he de preguntar a tu mamá, a tí mismo, Carlos. Necesito ser guiado en todo sentido...

—Perdone, Juan Antonio, no lo he de hacer más...

—Eso sí que no, Catalina. Si no lo hiciera, me resentiría... Verá: lo del pariente Lequerica es cierto. Hombre fino, culto, exasperado por la vulgaridad insufrible del ambiente que lo rodeaba, resolvió retirarse como un ermitaño en su dormitorio oscuro... Una vez, que hacía un mandado de mi casa, lo vi. Es un viejecito blanquísimo con una tez fresca de niño, una voz suave, como acolchada. Le llevaba unos libros de mi hermano. Manos blancas, largas, cuidadas, desperdiciadas para la caricia de novias y de niños...

Me dijo:

—“Dile a tu mamá que perdone y se resigne. La gente es cruel, un poco imbécil, pero acaso no mala del todo. Hay que ponerse lejos de su alcance. Dile a tu mamá que haga como yo, que se duerma, que se duerma”...

—¿No estará un poquito loco, Juan Antonio?

—¿Loco? Muchos dicen que lo está. Quién sabe. Yo no lo creo. En mí dejó una extraordinaria impresión de lucidez... Pero además, ¿dónde se halla el límite exacto entre la cordura y la locura?

“*Dormir, morir, soñar acaso*”.

—No se me olvide lo de ese saltador benéfico, ese Briones...

—¡Ah! sí. Naúm Briones. En esa historia aventurera y trágica hay mucho de leyenda, pero también mucho de verdad... Son cosas de la frontera, de la larga, larguísima frontera con el Perú... Cosas de contrabandistas de pieles de vicuña, de ganado, de cocaína. Una policía rural sin mayor preparación, convencida de que su misión es matar cuatreros, contrabandistas y ladrones... Naúm Briones como poco antes Arnoldo Cueva y el célebre *Pajarito* de la romántica novela de Rengel, tuvo durante un tiempo largo el dominio indisputado de la frontera sur... Asaltos a correos, a comerciantes que después de las ferias regresaban a Cariamanga. Raptos de muchachas por cuenta de los novios...

—Y eso, ¿cómo era eso?...

—Pues, verán. En Loja existe una vieja leyenda nobiliaria, como arrancada de las páginas de los dramas de Calderón de la Barca. Viejos chapados a la antigua, que no consienten en el casamiento que ellos llaman “desigual” de sus hijas. Con muchachos a los que ellas quieren porque, bueno, porque los quieren... Briones, entonces, a pedido del novio o de la novia, casi siempre de los dos a la vez, realizaba el asalto a la hacienda del viejo latifundista y, en connivencia con la chica, la raptaba hasta entregársela, sana y salva, pura y limpia, al enamorado... No, no era celestineo —cosa igualmente noble, desde luego— sino rapto romántico, con caballos y tiros...

—Bueno, y lo de la filantropía...

—Eso era, según lo dice la leyenda, lo más corriente. Asalto a comerciantes ricos, ecuatorianos o peruanos, que llevaban las alforjas llenas de billetes después de haber realizado cuantiosas ventas de caballos, ganado vacuno, pieles o hierbas, cocaína sobre todo —casi todo introducido como contrabando... Y después del pago

generoso a los compañeros de la banda, socorrer con el resto a familias pobres de los pueblos de frontera y aún de la misma capital de provincia... Se asegura que muchos jóvenes inteligentes pudieron continuar sus estudios, gracias a este bandido generoso que, después de un asalto —de ser posible incruento— entregaba sumas a los papás para que los hagan estudiar en la Universidad... Muchos lisiados, se dice, bendicen al ladrón por haberles facilitado sillones de ruedas, piernas y brazos artificiales para que puedan así seguir viviendo...

—Pero eso es maravilloso, Juan Antonio...

—Catalina, eso revela su gran corazón, su bondad...

La mamá también, sin decirlo, sonreía...

Mientras el muchacho contaba, con emoción, el cuento de su tierra, Catalina iba de asombro en asombro. La fábula romántica se iba trizando en las palabras de Juan Antonio, como un espejo que se rompe. Porque no todo era cosa de viejos eremitas urbanos, medio santos, medio locos ni de bandidos románticos un poco de película mexicana... La égloga o la aventura se manchaban con eso feo de todos los días provincianos, se manchaba de intrigas, envidias, chismes y maldades... Como en todos los lugares del mundo, pero achicado y sucio por lo pequeñito del ambiente, por la cosita así, de todos los días, a todas las horas, en todas partes... Trágicas historias de codicia sórdida, por las herencias de padres y parientes, por las dotes de las novias, por las riquezas de los vecinos... Agua grande hasta el crimen...

—Pero, Juan Antonio, ¿no exagera usted? De verdad, hasta el crimen?...

—Sí, María Luisa, se lo aseguro. Hasta el crimen... Quién sabe si más allá del crimen... Verá: un propietario avaro, cruel con sus colonos, que vivía como remontado, bestia feroz, lobo, alimáña. Encerrado en sus habitaciones, sin salir, días de días... Hasta que empezó a heder, a heder como hieden los muertos en las tierras calientes, sin gallinazos que se los coman a picotazos... No pudieron contenerse los sirvientes, temerosos de algo terrible que no alcanzaban siquiera a imaginar, y fueron hasta el pueblo próximo a prevenir a las autoridades... Hubo que romper puertas... Y allí encontraron, bestializado por el alcohol, al viejo monstruo delante del cadáver de su mujer ahorcada y en el suelo, tendido, putrefacto también, el cadáver de su hijo mayor, abatido a balazos... Los había sorprendido... Perdón, Catalina, estoy destruyendo la paz de esta casa... su claridad, su pureza...

La voz de Juan Antonio para contar las cosas de su pueblo era caliente, comunicativa, "cogedora"... Carlos y Catalina no le desprendían la mirada, no le perdían una sílaba... ¿Han oído ustedes a Juan Antonio en la intimidad, conversando, contando?

Nunca señaló ante sus nuevos amigos la presencia de Ella. Nunca. Si para su relato era necesario señalar presencias femeninas, a fin de que no pareciera esquelético y trunco, lo hacía con respeto y simpatía... Sin esas cobardes y viles reticencias que, bueno, dejan asomar las orejas del Don Juan cobarde, afeminado, que hace adivinar cosas sin comprometerse. Ese día, primer día en la casa de su amigo Carlos, que lo animó con la posibilidad de un ambiente hogareño, contó, contó, contó... Hasta que un día...

Hasta que un día, al llegar Juan Antonio sin anunciarse, como solía hacerlo ya, se encontró con Catalina sola. Doña María Luisa y Carlos habían salido juntos a realizar gestiones. Esas cosas de angustia con acreedores y jueces y alguaciles... Juan Antonio, ante lo inesperado se *acholó*. Definitivamente. Quiso retirarse en el primer momento. La muchacha, más dueña de sí misma, lo retuvo:

—Prontito volverán mamá y Carlos. Venga, entre...

—Gracias, Catalina, yo no sé... Quizás tengo tiempo para ir hasta el correo... hoy espero carta de mamá.

—¿De su mamá solamente? Yo creo que usted espera otra carta. Más urgente... Si es así, no me puedo oponer a que vaya a buscar esa carta, siempre que me prometa enseñármela, ¿ah?

—No, Catalina, le aseguro. De mamá y acaso también de algún amigo...

—¡Qué hombre más reservado! ¿Quiere negarme que ha dejado otra persona que... bueno, en Loja? Ya me lo contará Carlos muy pronto... Ustedes entre hombres se franquean más fácilmente... Con nosotras no, porque se creen obligados a galantearnos, pero no a hacernos confidencias...

—Mire, muchachita curiosa: voy a ser franco, totalmente, con usted, como con nadie... Sí, es cierto. Allá en mi lejana ciudad quedó Ella... Pero de Ella, Catalina, ni cartas ni retratos... Es como una luz lejana, como una canción escuchada en la sombra... ¿Quiere saber su historia?... Se la voy a contar:

—Fue una vez, en Florencia, y se llamaba Beatriz... Otra vez en Elsinor, y se llamaba Ofelia... Otra en el Rin, y se llamaba Isolda... Otra vez en el Toboso, y se llamaba Dulcinea... ¿Ella, cómo se llama ahora, cómo se llama Ella?

18

—Mira, hermano, estas vainas de aquí son una gran flauta, una grandísima flauta. Pero hay que tomarlas como son, entrar en ellas para aceptarlas, para divertirse un poco con ellas o, si tú quieres, para combatir las. Ya verás.

—Pero...

—No hay pero que valga. Te va a interesar, estoy seguro. De cerca vas a ver esto que llaman "la gente bien", la crema del rasta-cuerismo, de la simulación de vicio —alguna que otra vez, de vicio verdadero—, de sinvergüencería elegante... *La high life* de Quito.

Guillermo Donoso era el introductor. Con su filatería pintoresca y su charla petulante, graciosa, Guillermo había contado a Juan Antonio, el provinciano curioso de todas las cosas, el cuento de esta clase, de esta especie de natilla social, que flotaba sobre una ciudad misérrima, maravillosa de belleza y de sol, de iglesias superbarrocas, millonarias de oro, obra de los indios. Nata, en verdad, que flotaba y sigue flotando, sobre la pobreza de millares de indios, de mestizos y unos poquitos blancos pretenciosos de nobleza y dueños de la poca riqueza disponible.

Juan Antonio, aunque estudiante de medicina, tenía preocupaciones literarias, como casi todas las gentes del sur del país. Había preguntado preferentemente por los poetas, los poetas suicidas, de los que se hablaba tanto en su provincia natal. Pero eso, según Guillermo, había pasado ya. Con su recuerdo, también estaba en fuga

la elegancia de las drogas heroicas como cosa exclusiva de los intelectuales, sin misterio, sin poesía. Esas y otras peores. Mucho peores.

La Gran Guerra —como se la llamaba—, había traído otras preocupaciones. Las “gentes bien” hablaban de política. De política internacional. Y, en consecuencia, de política interna. Esta cosa jodida, jodidísima de tener plata, bastantísima plata para gastarla en... bueno, una porción de cosas que antes no constituían problema para las gentes de esta gran aldea aprendiz de capital. La “bohemia”, esa cosa entre romántica y bobalicona aprendida en los libros modernistas y, sobre todo, en Gómez Carrillo el cronista guatemalteco, estaba francamente fuera de moda, ya “no se llevaba”. Ahora... verán ustedes.

Se batían en retirada “los paraísos artificiales” y asomaba, por influencia del nuevo amo, los Estados Unidos, la categoría de *los hombres prácticos*. ¿Y eso, qué? Pues un injerto, sobre lo europeizado, que aún no se desvanecía del todo, la planta nueva, un poco silvestre, de lo norteamericano. De “lo americano” como se decía y se sigue diciendo con renuncia de nuestra participación en el nombre del continente al que pertenecemos.

Guillermo Donoso se reía un poco de la nueva ralea, dentro de la cual se movía, a la que pertenecía. Pero no podía escapar a su desastroso influjo porque... pues porque para vivir dentro de ella, tenía que ser como ella, participar de sus costumbres, de su modo de ser.

Juan Antonio advirtió, al ser introducido por Guillermo en la vida de la “gente bien” un nuevo motivo de desdén por lo propio, por lo latinoamericano, por lo ecuatoriano. Antes, dentro de la época de la europeización, el desprecio de lo nuestro se hacía en nombre del refinamiento, de la cultura, del buen gusto, de lo exquisito, distinguido, elegante. Hoy, esta nueva clase, fundaba su grandeza en todo aquello, un poco desvaído; pero lo reforzaba con la cosa más ofensiva y brutal del dinero, del éxito, de lo que, sin entenderlo acaso, se alegaba como la técnica, el progreso, los adelantos de lo moderno...

Pero conoció también la desvergüenza, el arribismo político y social, la simulación, la intriga, la deslealtad, la inconsistencia en las ideas, el esbirrismo y la adulación. El barniz de “lo gringo”, sobre lo mestizo de nuestras gentes, pegaba mal, no casaba... De allí que, entre las gentes que Juan Antonio conociera, abundaran los “sirvientes de casa grande”, cholitos hijos o nietos de cocineras, *huasicamas*,

habidos con los "niños" hijos del patrón. Que olvidados de la matriz indígena, traicionando a la madre, se entregaban con repugnante humildad a la babosa adulación de los nobles y los ricos, mientras pavoneaban con jactancia su "aristocracia contagiada"...

Desde luego, halló también gentes sanas, extraviadas en ese ambiente de artificio, hombres y mujeres. Hizo buenos amigos: Germán Castellanos y González, con todos los apellidos de las "veinte familias" explotadoras y dominadoras, gran muchacho, dulce, angelical, deseoso de hacer algo en bien del pueblo; a Inés Venegas, con quien nunca flirteó, linda e inteligente mujer a la que se podía hablar de cosas altas, de música, de libros y de cuadros; a Dora Iñiguez, de ascendencia costeña, con la que mantuvo un noviazgo aparente, que se limitaba a coloquios fervorosos, comentarios sobre poesía, frecuentación en sociedad para el baile y el pasco; a Edmundo Gómez Izurieta, estudiante de medicina como Juan Antonio, bello como un joven dios, alegre, chispeante y sonoro como unas castañuelas, con una suerte para las muchachas que... bueno; a Emilia de Toledo, mamá de las chicas Toledo, tan rubias y tan coquetas ellas, a quien Juan Antonio cayó la mar de simpático y con la que, hasta mientras parece que...; a Gonzalo Cevallos Howard, media sangre inglesa, fuerte y atlético, pecho velludo, brazos musculosos de boxeador, manazas poderosas. Alegre y ruidoso, contador de cachos, leal y serio, que de repente lanzaba unas carcajadotas que hacían regresar a ver las gentes en la calle.

¡Oh! Pero en cambio: Nelly Castro Ortiz, esa rubia de carita angelical, intrigante maldita, interesada y ambiciosa, que desempeñaba todos los bajos oficios, especialmente el de delatora; el pobre infeliz de Jorge Saravia, caído en las redes del ansia de "ser algo", y que recorría todos los caminos, desde el tráfico de embustes hasta la vulgar ratería de libros y cenicros de las mesas; Arturo Ramírez Costa que... no da ganas de creerlo y peor decirlo: hacía de mujercita con viejos corrompidos y corruptores; las hermanas Bermúdez, gente de lo mejor, que habían montado una verdadera agencia de alcahuetería, para lo bueno y para lo malo, con tarifa según... ¿Cassarse? ¿Virgo? ¿Rico o rica? Para acostarse no más, eso es ya otra cosa; José María Silva y Torres, bueno, eso sí un aprendiz de gangster a la americana, chantagista, pistolero a medias, aprovechador de deslices de casadas, resbalones de cajeros de bancos o instituciones de beneficencia, con una pequeña banda a su servicio; la nena Castañeda, virgen de profesión, en cuyas redes han caído ya unos tantos

incautos, especialista en joyas y abrigos de mink; Alfredo González, maestro —con su perfecta caligrafía— en la falsificación de firmas “aparentemente auténticas”, al servicio de las más grandes desvergüenzas de este tiempo; y el pobre ñato Delgado, Agustín Delgado, que tiene un débil por la pequeña estafa, los cheques sin fondos, las letras a no pagarse jamás... Pero, por sobre todos ellos, que son muchos, está Enrique Santa Cruz, el respetado y auténtico jefe, sobre el que ya tendremos tiempo y lugar para ocuparnos...

—Creo que me está resultando, ¿sabes? la nena Castañeda. Ayer, en el baile de los Ramírez me le pegué así, así, fuerte, hasta hacerle sentir... Dejó hacer, dejó no más. Y hasta, créemelo, correspondió su poco a la cosa... Me invitó a su casa a tomar el té el jueves, entre amigos de confianza, repitió, de confianza... ¿qué te parece?

—Pues que es un gran braguetazo si te la consigues, pero para casarte, ¿entiendes?

—Pero claro, hombre. ¿Me crees idiota? Para lo otro, hay mejorcísimas en cualquier lado, a la vuelta de la esquina. En ella, lo que vale es la plata...

—No es por desanimarte, porque sé tus planes. Pero la nena no es ninguna mosquita muerta ni menos una... bueno, una señorita. Tuvo unos amores largos y bien jodidos, cuando tú estuviste en Ann Arbor, con ese muchacho Gutiérrez, el futbolista, que le sacaba la plata que quería...

—¿Y eso a mí qué? Yo soy hombre práctico, a la americana. Pendejadas. ¿Cuándo en Estados Unidos van a fijarse en esas cosas? Son estupideces de ustedes los *latinos*... Lo que importa es que tiene plata en tierra y un papá bien pendejo que le da todo gusto y que quiere prontito casarla por eso del futbolista... Como hem-bra, además, no está mal. Viste bien, baila bien, gran apellido. ¿En qué edad crees tú que anda?

—Pues, te diré... vieja, lo que se dice vieja, no es. Espera... espera... fue discípula de mi *ñaña* Camila en el Colegio de los Sagrados Corazones. Camila se casó a los veintidós años; de eso hace cinco. Pues la nena debe estar ya por las veintiocho, sin llegar a los treinta. Me han contado que cuando el viejo Castañeda sorprendió a su mujer con el torero ése, Valentín II, la *guambra* quedó de unos catorce años y el hermanito menor, Eduardito, de doce. Fueron de viaje a Europa para tapar el escándalo y parece que allá mismo ya

se le desmandó la chica, alcahueteada por el pícaro de Eduardo que, bueno, todos sabemos que es de dudosa ortografía... Parece también que son los dos hermanos asociados para sacarle plata al viejo...

—¿Vas a creer? Pues yo no lo conozco al hermanito... ¿Me lo quieres presentar? A mí qué me importa que sea lo que tú dices... Mejor. Sobre eso y sobre la virginidad de las mujeres tengo yo mi propia teoría. Soy hombre práctico y en los Estados Unidos, bueno, para qué te digo nada...

—Encantado, hijo, te lo voy a presentar... Y *tout suite*, como dicen ellos que son afrancesados. Veamos, veamos... Como hombre chic que es, debe estar aún en la casa, apenas levantándose. Son las once y media... Que se venga a tomar con nosotros el aperitivo, ¿ah?

—Estupendísimo...

—Oye, parece que me va resultar el empleo ese... Es que tuve suerte: descubrí que el viejo sinvergüenza del Ministro de Hacienda, santo y austero varón, se bebe los vientos por la Consuelito, la Consuelito Dueñas, esa bermejita que se acostaba conmigo, ¿te acuerdas? y me dejó —de común acuerdo conmigo— para que aceptara las propuestas de don Lucas Mendizábal, el ricacho dueño de las "Ferreterías Unidas", que le va a poner departamento con criada y cocinera, todos los gastos, mucha ropa y mil sueres mensuales... ¡Como a Ministro de Estado, hijo, como a Ministro de Estado!...

—¿Empleito? ¡Valiente pendejo que eres! Ya que te metes a cabrón, que sea por algo que valga la pena...

—¡Idiota que eres! El empleo no es sino un truco, en que está metido el viejo Mendizábal. Es en las Aduanas, ¿comprendes? Entonces, yo arreglo papeles, documentos, todo; con el fin de que Mendizábal haga sus importaciones sin pagar derechos o un mínimo de ellos... ¿Comprendes ahora? Eso, sin perjudicar a nadie, puede dejarnos, bueno, una regular millonadita, ¿sabes?...

—Sí es así, no está del todo mal. Porque en cuanto a mí, yo no estoy para empleos ni rodeos... Si me sacrifico en enamorar y complacer a la viejona esa de Isolina de Martínez es porque, tú sabes, el marido que es palo grueso en Obras Públicas, me hace dar contratos en los que no hago sino poner la firma y cobrar... Claro que él se lleva la parte gorda del jamón pero... lo que a mí me toca es bien confortable... El camino de tal a tal parte, cien mil sueres

de comisión. El edificio aquel en Cuenca, cincuenta mil... Ahora ya están entrando por una nueva forma: las compañías extranjeras... Los gringos son más bandidos que nosotros, pero tienen que soltar la plata a cambio de ganarse una licitación, un concurso de precios...

—Pero todo eso no te parece...

—¿Robo? ¿Ibas a decir robo, no es cierto? ¿Y lo tuyo qué es? Lo mío y lo tuyo, hijo, pura cabronería, explotación del físico... Solamente que mi trabajo es más sacrificado, más patriótico: tú te acuestas —compartiéndola con un par de viejos, es verdad— con una chica guapa, joven y con mucho... Tal vez cobras menos. En cambio yo, hijo, tengo que sacrificarme, por lo menos una vez por semana, porque la vieja es exigente... ¡A mayor trabajo, mayor remuneración!... Marxismo puro...

La nena Castañeda y su amiga Camila, están sentadas solas en una mesa del Bar del Metropolitano, en espera de sus amigos que llegarán pasadas las doce del día.

—Ahora sí estoy contenta, Camila. ¡Contentísima! ¿Sabes? Me estaba enamorando un pocotón de Gerardo Montesdeoca, ese muchacho recién venido de los Estados Unidos y tan amigo de tu hermano... Parece mentira, ¿no es cierto? Y me tenía muy preocupada eso de que me pidiera la probadita —como dizque hacen allá entre gringos— y yo, tú sabes... Y me pedía la cosa de palabra y de obra y... bueno. Ya no era posible negarse por más tiempo. Me hubiera creído una bestia hipócrita y eso también no, no. Pero... Tú sabes que no me hubiera encontrado pura, purita, puritita como decía la grandísima de... Estaba por buscarte, consultarte contigo, pedirte consejo... A mi hermano no le podía decir nada porque, como tú sabes, él entiende poco de cosas de mujeres...

—Cállate, no seas deslenguada, hija, contra tu propio hermano...

—¿Crees tú que él piensa que eso es un defecto? Si vieras... Y lo de la virginidad lo tiene perfectamente sin cuidado. Acaso...

—Cállate, te digo. ¿Y qué es lo que te tiene tan contenta?

—Verás: con la ayuda de Dios...

—Hazme el favor de no meterlo a Dios en tus porquerías...

—Verás, como te iba diciendo. La ocasión se presentó ayer tarde en mi casa. Lo invité a tomar el té a solas. Como ya somos casi novios... Los jueves papá regresa tarde, porque tiene una sesión-comida en su Club. A Eduardito lo despaché fácilmente, soltándole

unos sueres para sus sinvergüenzadas...

—Que eres bandida, eres bandida. Sigue, sigue el cuento que ya me va interesando...

—Para tener valor, me apliqué un buen trago de whisky seco, así, tres dedos en vaso grande, antes de que llegue... Luego, ya con él, seguimos tomando cocktails que él mismo prepara en el *shaker*. Se cree un as para el martini. Después de las primeras timideces, más falsas que verdaderas, de parte y parte, nos abrazamos y besamos apasionadamente. Lo hace maravillosamente... Yo lo dejé hacer todo, todito, menos eso... Y cuando él, con arrullos, diminutivos inéditos, súplicas, me pedía de rodillas —qué grandes puercos son los hombres— “la comunión suprema del cuerpo y del alma”, yo me incorporé dignamente, y alejándolo suavemente le dije, con voz dramática:

—Gerardo: no puedo ser tuya sin antes revelarte un secreto, mi secreto... Temo desilusionarte. Temo perder tu amor, engañándote... Prefiero correr ese mortal peligro, pero diciéndote toda la verdad...

“Y con los ojos arrasados en lágrimas —tú sabes que eso no cuesta trabajo— y esa voz triste, humilde, acariciante que suelo emplear en casos parecidos —hasta con el futbolista—; con esa voz que tu maldad ha bautizado con el nombre de “voz de serpiente del paraíso en la tarde de la manzana”, le conté una historia patética, fascinante, llena de dolida ingenuidad, en la cual yo asomo como una chica pura, amorosa, confiada, que cae envuelta en redes de engaño y de perfidia...

—Me parece brutal eso de “las redes del engaño y la perfidia”. Con eso no comprometes a nadie y ni siquiera mientes... “Redes de engaño y de perfidia”. ¡Brutal! ¡Fenómeno! No me vengas con cosas. Eso lo leíste en alguno de esos novelones de escándalo... ¡Brutal! ¡Brutalísimo! Sigue...

—Pues noté que Gerardo, que al principio no pudo evitar un movimiento de sorpresa, conforme yo hablaba me acariciaba dulce, suavemente, la cabeza, la cara... Atrajo mi cabeza hasta su pecho y, de cuando en cuando, me besaba el pelo, los ojos, la frente... Se llevaba mis manos, una tras otra, a su boca. Y me decía, mimoso, quedito:

—Tontita, tontita...

“Yo me le arrebuja más y más contra él, como una niñita que busca protección, así así... Hasta que... lo que tú sabes... Pero

en qué forma, hija, ¡en qué forma!... Hasta las doce de la noche en que se fue, por temor a que llegue papá, tres veces hija, tres veces... Y como si nada... Enterito el condenado... Yo tuve que despa-
charlo y no con la amenaza del canto de la alondra sino con la inmi-
nente llegada de papá, como te digo...

—Me parece formidable, hija, formidable...

—¡Voy a ser muy feliz, Camilita, muy feliz! Si hubieras visto... Pero ahora estoy muerta, lo que se llama muerta... Hasta que ven-
gan ésos, pídemme un *high-ball*, hija, con mucha agua, mucho hielo
y... mucho whisky...

19

¿Y en la Universidad? Pues Juan Antonio halló en mayoría conservadores, *curuchupas*, niños bien de Quito y chagras, chagras, chagras... Muchacherío alegre, apresurado por sacar un título. Un poquitín politiquero. Tener un amigo, dos amigos, tres amigos entre los militares julianos, dominadores de la situación, de los empleos, de las maneras de ganar prontito, plata... No, no esperaba eso, francamente, pero...

No se interesó mucho por hacer amigos en los ambientes universitarios. Le bastaba con tener compañeros. Gente servicial, bondadosa, para prestar un servicio. En el anfiteatro anatómico, en el hospital...

¡Maldita sea! Todavía no. Todavía no hallaba lo que creyó encontrar: superioridad de cultura, de inquietud, de curiosidad, de rebeldía... ¿Qué había pasado? ¿Siempre había sido así? Claro que no: Don Belisario Quevedo, ese universitario permanente sin asistir a clases, le contaba cosas... El Profesor de Sociología, paisano suyo, Agustín Cueva, le contaba cosas... Todos le contaban cosas... Pero ahora... Con todo, por allí, acaso cerca de él, se observaba un mar de fondo. En la Facultad de Derecho, en la de Ingeniería... Hasta parece que había por allí, germinando, alguna agitación socialista. Pero él no hallaba todavía el hilo. Tendría que buscarlo. Mientras tanto...

Mientras tanto, seguía viviendo con el recuerdo, en su lejana Loja...

Ella. Los ojos, esos ojos. Niebla y sonrisas. Niebla y tristeza. Niebla. ¿Los ojos de Lucía eran aquellos ojos? Lucía... Sí. Era una lucecita que se le había encendido. Pero... Con esos ojos, no. ¡No!

Fiesta de Navidad quiteña. Fiesta de inocentes.

—¿Te vas a disfrazar este año?

—Te diré... vamos a ver. Estoy flojo de plata, y sin plata...

—No seas pendejo. Cuesta caro cuando se va por allí por lo bajo, a hoteles o restaurantes. Pero yendo a casas chic... Bueno, solamente el disfraz. Pero con un dominó, basta. Y traje de etiqueta... Además que tú quedarías muy bien, pero muy bien con un disfraz exótico: príncipe hindú, beduino, Mefistófeles... Ya veremos, si tú quieres todo es fácil. Sin botar la plata, eso no...

Navidades allá. Ella. Misa de Gallo. Buñuelos y los ojos sonreídos. Las manitas de Ella. Luego, un bailecito por allí, donde chicas así, así... Llevando licores nacionales y, mejor, Pisco de Locumba o Sol de Ica... Con besos y ajustaditas en el baile. Yo hubiera ido al final donde la Miche... ¡Qué brutal! Campanas de San Francisco, villancicos:

*Dulce Jesús mío,
mi niño adorado...*

Donde la Miche, claro... ¡Qué brutal, la Miche!

Guillermo Donoso había conseguido que a Juan Antonio lo invitaran en casas "de lo mejor". Dos o tres fiestecitas aseguradas... No hay duda que el muchacho lojano había caído bien en los medios de la *high life* quiteña. Buen mozo, con bastante platita, prestigio de "buena familia" y un misterioso y fabuloso cuento de haciendas y casas y ganado... hasta el sur, con el Perú... Como en la geografía. Como en el texto de geografía...

Fue en esas primeras fiestas de Inocentes pasadas en Quito, que Juan Antonio conoció a Irene Villaurrutia, la bella y elegante mujer de Enrique Santa Cruz, el dandy, el hombre de sociedad más culto, más chic, más refinado... más viajado.

Las cosas fueron así:

Romana del imperio. Sobrio disfraz que ennoblecía la figura esbelta, cimbreadora, elegante. Antifaz negro que dejaba pasar las miradas llameantes. Juan Antonio con dominó negro sobre traje de etiqueta. Bailaron. Y durante el baile, tras las banalidades de rigor, la

máscara le sostuvo a Juan Antonio un diálogo fino y picaresco, sin timideces, pero con elegante distancia, sin insinuaciones pero tampoco con rechazo. La voz... Juan Antonio era sensible a la voz, para la aproximación o el alejamiento... Los ojos, ah, los ojos...

Llegó el momento de abatir las caretas. Y entonces:

—Irene de Santa Cruz...

—Juan Antonio Molina...

Y como paso inmediato de ella:

—Mire, por allí anda mi marido...

Y luego:

—Enrique, ven. El señor Juan Antonio Molina, el joven lojano de quien todo el mundo habla.

—Mucho gusto... Enrique Santa Cruz, a sus órdenes...

Sí, claro que él había oído hablar de Enrique Santa Cruz. ¿Quién no lo nombraba con admiración y un poquitín de envidia?

Su historia de elegante depravado, refinado, orgullosamente aburrido, andaba de boca en boca. Se le atribuían cosas... desde la inversión sexual hasta el asesinato, pasando por el fraude, el vivir de las mujeres, el contrabando de drogas heroicas y la corrupción de menores de ambos sexos. Jugador, con automóvil, querida elegante e infiel, mujer propia elegante y... probablemente fiel.

Como buen provinciano —chagra pendejo, decía Guillermo Donoso— Juan Antonio tenía un respeto casi religioso por la mujer casada, por la *señora* de otro hombre. Sin ser un pacato, un Luis Gonzaga o un casto José, Juan Antonio creía poder ejercer el derecho de "primer ocupante" en terrenos baldíos. Pero, a pesar del madrigal español:

*"Flérida para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno".*

Juan Antonio, hasta entonces, no había tomado por ese camino. Cuando Guillermo Donoso, su maestro de mundanidades, le argüía que era menos duro y difícil transitar por trochas ya abiertas, por caminos reales en servicio, él resistía. Y hasta teorizaba al respecto:

—La misma repugnancia que siento por "la mujer de todos" me inspira, en forma de respeto, "la mujer de uno solo..."

—Bueno, claro... eso es la provincia, el campo...

Desde que se casaron, desde antes de casarse, Enrique Santa

Cruz e Irene Villaurrutia vivían en vitrina. En vitrina de refinamientos, de escándalos, alimentados por las murmuraciones y los chismes de color subido. Entre marcas de perfumes y vino, de modistos y sastres, se filtraban, a boca chiquita, bisbiseadamente, las revelaciones de pecados inéditos, de cosas de esas que se hacen en París, en Nueva York, por allí... Se insistía mucho, pero mucho, en la afición marcada de Enrique San Cruz por mantener en su torno una corte de admiradores, más que de admiradoras, dentro de la que se contaban esos muchachitos que siguen exageradamente las modas de revista y hablan, porque entienden un poco y tienen afición, de cosas de arte, de literatura, de deportes.

Después del primer año de matrimonio, Inés se fue purificando ante las gentes. Su prestigio comenzó a adquirir una cierta melancólica simpatía, cada vez más generalizada. Se decía esto, aquello, lo de más allá... Que el sinvergüenza del marido se hacía pagar por la vieja y millonaria señora María Josefa de Montúfar sus elegancias y caprichos a cambio de que el dandy, compasiva, misericordiosamente, le concediera una nocecita cada mes...

Para nadie era un secreto —y Santa Cruz no tomó la más ligera precaución por ocultarlo— que a Lolita Buen Corazón, Lola Fernández, le había “puesto” un departamentito muy coquetón y chic, para que fuera el centro de sus orgías con muchachitos depravados y alguna vez, también muchachas decentes. Toda “gente bien”, desde luego...

Que Irene, complaciente por amor al principio, después se negaba sistemáticamente a seguir el camino ultra chic de su marido. Muchacha salida de colegio de monjas, cayó bajo el encandilamiento de la elegancia refinada de su marido, el prestigio deslumbrador que ante la *high life* ejercía. Esa cosa indefinible de ser la mujer del hombre más elegante de Quito, del que más se hablaba, cuyas costumbres y vestidos todos trataban de copiar. De ser la mujer envidiada de todas las amigas...

Sí, sin duda. A causa de ese deslumbramiento, no se detuvo nunca a pensar si en verdad estaba enamorada de su novio primero, su marido después. El la tuvo envuelta en un torbellino de panoramas, de ciudades, de mares, de nombres, de literatura...

—Una vez, en París, en el estudio de Picasso...

—Ese crucero que hicimos por Palestina y el Cercano Oriente en el yate de Simón Patiño, con los Duques de Polignac...

—Esos millonarios yanquis no saben vivir... En casa de los Vanderbilt...

—Qué bárbaro, en el “privado” de Deauville, perdí medio millón de francos al *chemin-de-fer* con Alfonso XIII y la Mistinguet... Gracias que el Aga Khan...

—En ese club “amigos de lo bello”, en Greenwich Village...

—Pero nada como las islas, ¡oh! las islas de Indonesia... Unas negras frescas como agua de coco...

Este muchacho medio huído, con color de montaña y de prado, venido de “el último rincón del mundo” era lo *contra-exótico*, lo *anti-chic* que le hacía falta a Irene, para limpiarse de esa mugre fragante que ya le daba náuseas...

¿De qué hablar con él?

¿De qué hablar con ella?

Allí tienen ustedes: él sí sabía, a mí qué me importa, qué diablos, yo no le debo nada a nadie, él sí sabía de qué hablar con ella, con el rey, con el papa, con Lenin o el Presidente de los Estados Unidos... El sí sabía: pues de su mamá. (*El no la llamaba madre como en los libros y en las poesías, sino mamá, como le había dicho para pedirle el pecho, para contarle cosas... pues de Ella*) De su mamá, de su tierra, de una porción de cosas que son ciertas, aire, chirimoyas, vacas, lluvia, malos caminos, tierra... Y cuando él habló de eso...

Ella, Irene también ya supo de qué hablar con él: de las cosas, de todo. Recuerdos de la hacienda de los papás de ella... Y eso que su mamá... De la madre Rita que en el Colegio, bueno, les permitía que le hablaran de los muchachos ¿y Xavier, tu primo, qué tal? ¿Buen mozo? ¿Qué hacen cuando se encuentran? Hablar de su hermano menor que andaba enamorado de Dorita, linda ella pero, ¿cómo le diré?... Como que muy mosquita muerta... Hablar de música, sin pedantería: los maestros queridos y se hallaron de acuerdo completo en eso de preferir por sobre todos a Mozart... Y de libros. En eso de libros, Irene acaso sabía tanto o más que Juan Antonio: su marido tenía una biblioteca muy selecta, al día, en francés, en inglés, “hasta” en español... Tenía Irene el don de la pregunta buena, de esa que nos hace felices con sólo oírla, de esa que nos parece una caricia, un consuelo, una reparación... Justamente sobre eso: el lejano pueblo, expresando interés de conocerlo, he oído decir cosas lindas de Loja, de... Bueno, y la pregunta que nos hace felices, porque para ella tenemos toda la sabiduría...

—Hábleme de su mamá, Juan Antonio...

Y luego, como esperando y confiando en la sentencia:

pleto de amanuense en la misma Universidad, por allí, en la Tesorería. Y así pudo matricularse en la Facultad de Ciencias...

Juan Antonio lo veía: Carlos era un muchacho dulce y luminoso, porque tuvo infancia y adolescencia nutridas de una ternura triste, ¿hay ternura triste? Junto a mujeres abnegadas, enfermas de esa enfermedad sin remedio: la resignación. Pobre, cercado por la miseria y sabiendo de cosas familiares de opulencia antigua, de derroche... Cuando el abuelo, cuando la abuela, cuando el tío, cuando la tía... Y las haciendas, y los caballos... *Llanos Grandes*, la hacienda del multimillonario ese, cholo pretencioso, había sido de su familia... Y la casa de tres pisos de la Carrera Guayaquil... Y los viajes a Europa. Un año a Italia, otro a España, todos quedándose una temporada en París... Pero Carlos estuvo siempre defendido por los amortiguadores silenciosos y sacrificados: su mamá, Catalina... Su rebelión, su ansia de justicia, no estaban amasadas con odio, con venganza; sino con lágrimas no vistas, adivinadas apenas entre pañuelos que se esconden. Ojos enrojecidos en caras sonrientes. Desayuno con dificultades, almuerzo con dudas, comida con milagros. Sastres y zapateros impacientes. Cocineras y criadas despedidas... o que se despiden... Papelitos blancos, parte impresos y parte manuscritos de comisarías y juzgados. Máquina de coser hasta la noche o hasta que un día... Agujas de tejer desde la madrugada... Y la casa de empeños y el préstamo casi siempre negado, porque la mamá no quería... No, no y no. Que sus hijitos vayan a colegios gratuitos cuando sus primos, los hijos de sus hermanos o de los hermanos de su marido muerto, iban a "colegios de paga", de padrecitos, madrecitas, hermanitos...

Pero Carlos, a tiempo comprendió. Y suplicó, lloró porque lo saquen del colegio de padrecitos y "niñitos bien", donde ese fraile gordito que se frotaba místicamente las manos, lo abrazaba estrechamente, niño mío, hermoso niño mío, le daba castos besos en la frente, en las mejillas, en las manos... Le regalaba paquetitos de bombones, lindos libritos con estampas místicas, le hablaba con voz cálida y susurrante de esos niños angélicos, San Luis Gonzaga y San Estanislao de Koska... Hasta que un día, el santo sacerdote lo sentó en sus rodillas, lo abrazó tiernamente y lo besó en la boca... Niño mío, ángel mío... Carlos logró desasirse, corrió desoladamente a su casa y, llorando, consiguió que su mamá le permitiera no volver nunca más...

Desde el primer momento, Fabián Martínez se reveló ante Juan Antonio en su verdad. Sin insolencia pero sin caramelo. Sus diez y siete años eran una ya larga vida, maduros al calor del dolor malo. No traía las manos tendidas para la dádiva de los demás. Manos anchas, de caudalosa virilidad. ¿Ofrecerle algo como ayuda piadosa? No. Con él había que conversar en mesa de hombres. No vano orgullo, no ese rámeril pudor de los mediocres que se llama delicadeza. Respeto para dar y recibir; cosa de hombres, carajo... Y había, ¡oh!, eso sobre todo, amor sin límites por su hermana. Porque era limpia, valerosa, heroica, pura... Sí, señor, pura. Como no lo son esas señoritingas con el himen entero, negociable a cambio de someterse a bendiciones, firmas, leyes, curas y autoridades... Vírgenes porque no tuvieron hambre, padre enfermo y agónico, hermanito pequeño sin zapatos, sin alegría, sin libros...

Sí, vírgenes: tennis; piscina, cebiches y cocktail, almuerzo con muchachos bien, de camisa deportiva, pelo en pecho sirviendo de nido a la medalla milagrosa, siesta, cine para no ver la película, aunque se estén dando besos largos porque... qué simpático el Fredy, ahora que está sin Gladys, su novia... Cita por allí "para quererse". Si hay descuido y para variar un poco, aborto... Viaje a París, pasando por Nuestra Señora de Fátima. Regreso, *mon p'ti chou, je m'en fou, allons y...* *Darling*. Bestial, brutal...

Elegancia, chic... y bueno, esto de que le suenen a uno las tripas cuando... y el dolor de barriga. Y ahora mismo, qué vaina, estoy así... Cosas que no se dominan ni con Dior y Guerlain... porque, es una tristeza esto de llevar siempre, siempre, unas cuantas libras de caca dentro de la barriga, por más que... Y esa cosa tremenda: ¿cómo harían Lulú y Totó para amarrarlos a sus novios? ¿Será de... bueno, de darles gusto en todo? Porque Tonny lo que quiere, prontito, prontito, es eso... y le mete a una la mano... ¿Pero y si...? ¿Y si después no?

Juan Antonio, lector apasionado de Lamartine desde niño encontró un rápido parecido entre este chico Fabián Martínez y Saint-Just, el bello, apasionado y, al propio tiempo implacable discípulo de "El Incorruptible". Vio en él algo que había buscado siempre. Que encontró acaso en Miguel Angel Echeverría, el amigo lojano. Madera de luchador, de hombre de fe, servido por una clara, casi algebraica inteligencia y por una insondable pasión. ¿Será de este material con que se hacen los héroes, los santos, los tiranos? Fabián Martínez, a pesar de todo, no era un resentido ni menos aún un

amargado. Eliminaba de sí el odio como anécdota, como cosa personal y dolorosa. No, eso no. ¿Qué tenía que ver eso con eso? Era positivo, realista, casi alegre. Con una alegría dura, que no se des-templaba, que no se derretía en besos ni menos en sollozos. Alegría para andar, para sembrar, para pelear.

El sábado siguiente Juan Antonio, según lo prometido, regresó a casa de Carlos Nájera para ser presentado a su mamá y hermana. Con cierta timidez provinciana y dominguera —sin llegar a lo cursi— se había puesto elegante. Ese traje gris oscuro. La corbata a rayas y la camisa a rayas. Pasó por la peluquería. Se hizo lustrar los zapatos...

(¿Por qué esa tarde, casi todo el día, pensó insistentemente en Ella? Como si fuera a cometer una traición...)

La sala de recibo grande, penumbrosa, con perceptible olor a habitación largo tiempo cerrada. A pesar de los nardos que ¿seguramente Catalina? había puesto, con buen gusto natural, en los floreros. Carlos lo recibió, lo invitó a sentarse... y lo dejó unos instantes solo para ir a prevenir a su mamá y hermana...

(¿Y esto? La alfombra, los espejos venecianos, los muebles serios, colocados en torno de las paredes, las paredes empapeladas con tapiz de flores azules y rosadas, como allá?, las tres lámparas, estoy seguro, créamelo, tres... lámparas de cristal de bohemia, esas con pupilas y lágrimas titilantes y sonoras... las cortinas de damasco con borlas, la mesa redonda central, la cubremesa hecha de un mantón de manila, un "mantón alfombrado" como en el chotish... Las fotografías familiares en marquitos de plata peruana...)

La cortina se mueve... ¿Ella? Claro, quién sino Ella...

—Mucho gusto, Juan Antonio. Mi hijo Carlos no puede pensar sino en usted... Mi hija Catalina... Pero siéntese, por acá, por acá, con confianza, es más abrigadito y no se sufre las corrientes de aire...

Juan Antonio, de ordinario locuaz y nada tímido, estaba cohibido, acholado como si lo hubiesen sorprendido metiéndose al bolsillo un objeto valioso de la mesa... Se sentía un poco desnudo, sin defensa... Acababa de estar en presencia de Ella, vestido de aire de Ella, allá, lejos, en un lugar del cielo de su tierra... Pero...

—Muy buenas tardes señora...

—¿Señora?, me ha de decir María Luisa... no soy tan vieja como para...

—Me sentí feliz... María Luisa, cuando Carlos, mi mejor amigo en Quito, me ofreció presentarme aquí, a ustedes. En esta casa, en esta sala he sentido, yo no sé, algo de lo mío, de todo lo que más quiero en la lejana ciudad... Tres lámparas... Bueno, y el patio, y las flores...

—Eso de las flores, Juan Antonio, es cosa de Catalina.

Se encendió en rubor la cara de la chica. Agua para apagarla. Balbuceos de excusa y una voz —no otra voz, esta vez, sino la misma voz— dulce, bajita, pero no melosa, que explicaba:

—Sí, es verdad lo que dice mamá. Mucho me gustan las flores. Pero aquí, con estos muros altos, da tan poco el sol. ¿Le gustan a usted las flores? Claro que le gustan, señor...

—Eso sí que no. Faltaba más. ¿Señores a estas horas? Señor, señora, señorita... Vaya, vaya... Trátense por el nombre: Juan Antonio, Catalina y a mí, ya lo he ordenado, María Luisa.

—¡Mamacita linda! Qué linda es mi mamita, Juan Antonio. Parece —y muchos lo creen así— hermanita mayor mía. Más linda, eso sí... ¿Nocierto, Juan Antonio?...

—Juan Antonio no va a decir nada. Pero yo sí: mi vieja es lo más lindo de este mundo, ¿nocierto ñañita? Yo tiemblo, y la ñaña también, que algún día nos salga por allí un padrastro...

—¡Animal, bruto, cállate! Para decir burradas, éste... Agradece que hay visitas, que si no... Tonto, tontito lindo...

Carlos, en ese instante, medio entre arrodillado y sentado, se acuna como un perrito en el regazo de doña María Luisa... Ella, como que le tira las orejas, le acaricia el pelo ensortijado, le pasa suavemente la mano por la cara, lo besa en la frente.

Durante esta escena de bromas y ternuras entre Carlos y su mamá, Juan Antonio se quedó mirando a la muchacha, como buscando un diálogo mudo sobre algo que no admitía palabras. Catalina, no sé, pero no se parecía a la mamá; tampoco a Carlos. Era distinta, una belleza suavécita, tierna, sin destello. Una carita tranquilizadora, que derrama paz... ¿Dónde, dónde? Alguna cara de la ciudad lejana, de esas que aparecían y desaparecían en su memoria, que se encendían y apagaban como luz de cocuyos... aquí, allá, aquí, allá... Era una estampa. Y la estampa de un muchacho, no de una muchacha. Sí, sí, lejos. Esa estampa de *Bindo Altoviti* de Rafael, que adornaba su habitación de muchacho, tomada de una revista española de reproducciones. Los ojos, como para besarse y entonces... Ganas casi irresistibles de acariciar esa carita como la de un niño, de besarle calladito en los ojos:

*"Los ojos no debiste tú besarme
y mucho menos en la madrugada..."*

—Mire, Juan Antonio: este pillastrón de Carlos es bueno, bueno, bueno. Desde que quedamos solos por la muerte de mi marido, de Ricardo, él ha sido nuestro pequeñito papá. Papá de Catalina, que quedó muy chiquita, papá mío también... Mira, Catalina, ¿por qué no nos sirves el té? ¿O más bien café, Juan Antonio?

—Muchas gracias... en verdad, preferiría café. Es lo que tomaba en mi pueblo. Eso del té parece ser cosa elegante...

—No tanto, Juan Antonio. También preferimos el café, pero no siempre tenemos la seguridad de que sea bueno... sobre todo para un lojano... ustedes tienen fama de tomadores de café...

Como se lo pidiera su mamá, y ayudada por Carlos, Catalina sirvió el café: la esencia, el azúcar, tostadas. Eso rompió el hielo, calentó la confianza. Catalina, hasta entonces callada, le pidió a Juan Antonio que contara sus impresiones de Quito. Pero más que todo, les hablara de las cosas de su Loja lejana, casi más lejana que países extraños, de otros continentes, brumosa de leyendas, de apellidos, de no tener historia, de no tener caminos, allá, allá...

Todas las voces eran otras. Las miradas también. Esas tres lámparas, la alfombra, las mesas, las cortinas. Pero en medio de todo, para Juan Antonio había otra presencia, dominadora a ratos, desdibujada en otros: Ella. Y entonces, lleno de Ella, envuelto de Ella, deslumbrado de Ella, Juan Antonio sintió necesidad de asirse de algo, para no caer y habló, largo, largo...

—Sí, María Luisa, Catalina, Carlos: allá, en ese pueblecito perdido, al que nadie llega, muerto de paz, de tedio, de campanas, yo tengo una familia, acertada en los últimos tiempos por la muerte. Mi mamá, que vive para nosotros y para un recuerdo para mí nebuloso, el de papá... Mis hermanas, una casada y una soltera, mis hermanos, uno de ellos, Alberto, que regresó de un viaje voluntario hacia la muerte... La vieja cocinera, un poco chiflada y el negrito, Abel... ¡Pero qué tonto y qué provinciano soy!... Me estoy poniendo estúpidamente sentimental y echándoles a perder la tarde...

—No, al contrario. Nos gusta mucho oírle. Nos gusta su pronunciación, que nos recuerda a la de nuestro abuelo. Hablan lindo los lojanos...

—¡Por Dios! A mí me encanta, en cambio, el hablar de ustedes los quiteños. Ese hablar endulzado con la *sh* y que suena un poco

como a súplica, a caricia, al pasar de las manos de la muchacha querida por la cara... Nosotros, en mi pequeña ciudad, hablamos con claridad y corrección, es cierto. Pero con un poquitín de altanería, por las elles y las jotas tan claras... Es posible que estemos un poco más cerca del antepasado español y, desgraciadamente, más lejos del abuelo indio... Loja es una tierra de gentes que se sienten iguales. En la que no hay esta tremenda humildad de los campesinos de acá. Tierra en la que, normalmente, nadie se trata de tu...

Ella cada vez más presente, en el recuerdo, en este ambiente de la lejana tierra reconstruido con palabras. Ella, siempre Ella... ¿Qué hace esta Catalina aquí, donde debiera estar, donde está Ella? ...

—Sí, Juan Antonio, cuente, cuente, de su Loja... ¿Es cierto que allá hay un señor Lequerica, un poco pariente nuestro y suyo, que se pasa, sano y bueno, acostado en la cama desde hace veinte años? ¿Es cierto que existe un millonario que se duerme sentado en medio de la conversación más animada? ¿Es cierto eso del bandido Naúm Briones, que robaba en los caminos reales a los ricos viajeros, para repartir lo robado entre los pobres? ¿Es cierto que los papás se ponen siempre furiosos con los enamorados de sus hijas? ¿Es cierto que las chicas, allá, son muy lindas, muy virtuosas? ¿Es cierto que los casamientos en las mejores familias se hace casi siempre sin conocerse los novios, por arreglos de los padres y con intervención del Obispo, las monjitas, los curas? ¿Es cierto...

—¡Vaya! ¡Se destapó ésta! Con lo callada que es... Se conoce que Juan Antonio le ha inspirado confianza. Pero si lo sigues bombardeando a preguntas absurdas, no volverá más, nos cogerá miedo, ñañita...

—No, Carlos. Al contrario. Que me pregunte. Yo le he de preguntar más, porque yo necesito saber más cosas de la tierra en que vivo... Y le he de preguntar a tu mamá, a ti mismo, Carlos. Necesito ser guiado en todo sentido...

—Perdone, Juan Antonio, no lo he de hacer más...

—Eso sí que no, Catalina. Si no lo hiciera, me resentiría... Verá: lo del pariente Lequerica es cierto. Hombre fino, culto, exasperado por la vulgaridad insufrible del ambiente que lo rodeaba, resolvió retirarse como un ermitaño en su dormitorio oscuro... Una vez, que hacía un mandado de mi casa, lo vi. Es un viejecito blanquísimo con una tez fresca de niño, una voz suave, como acolchada. Le llevaba unos libros de mi hermano. Manos blancas, largas, cuidadas, desperdiciadas para la caricia de novias y de niños...

Me dijo:

—“Dile a tu mamá que perdone y se resigne. La gente es cruel, un poco imbécil, pero acaso no mala del todo. Hay que ponerse lejos de su alcance. Dile a tu mamá que haga como yo, que se duerma, que se duerma”...

—¿No estará un poquito loco, Juan Antonio?

—¿Loco? Muchos dicen qué lo está. Quién sabe. Yo no lo creo. En mí dejó una extraordinaria impresión de lucidez... Pero además, ¿dónde se halla el límite exacto entre la cordura y la locura?

“*Dormir, morir, soñar acaso*”.

—No se me olvide lo de ese salteador benéfico, ese Briones...

—¡Ah! sí. Naúm Briones. En esa historia aventurera y trágica hay mucho de leyenda, pero también mucho de verdad... Son cosas de la frontera, de la larga, larguísima frontera con el Perú... Cosas de contrabandistas de pieles de vicuña, de ganado, de cocaína. Una policía rural sin mayor preparación, convencida de que su misión es matar cuatrerros, contrabandistas y ladrones... Naúm Briones como poco antes Arnoldo Cueva y el célebre *Pajarito* de la romántica novela de Rengel, tuvo durante un tiempo largo el dominio indisputado de la frontera sur... Asaltos a correos, a comerciantes que después de las ferias regresaban a Cariamanga. Raptos de muchachas por cuenta de los novios...

—Y eso, ¿cómo era eso?...

—Pues, verán. En Loja existe una vieja leyenda nobiliaria, como arrancada de las páginas de los dramas de Calderón de la Barca. Viejos chapados a la antigua, que no consienten en el casamiento que ellos llaman “desigual” de sus hijas. Con muchachos a los que ellas quieren porque, bueno, porque los quieren... Briones, entonces, a pedido del novio o de la novia, casi siempre de los dos a la vez, realizaba el asalto a la hacienda del viejo latifundista y, en connivencia con la chica, la raptaba hasta entregársela, sana y salva, pura y limpia, al enamorado... No, no era celestínco —cosa igualmente noble, desde luego— sino rapto romántico, con caballos y tiros...

—Bueno, y lo de la filantropía...

—Eso era, según lo dice la leyenda, lo más corriente. Asalto a comerciantes ricos, ecuatorianos o peruanos, que llevaban las alforjas llenas de billetes después de haber realizado cuantiosas ventas de caballos, ganado vacuno, pieles o hierbas, cocaína sobre todo —casi todo introducido como contrabando... Y después del pago

generoso a los compañeros de la banda, socorrer con el resto a familias pobres de los pueblos de frontera y aún de la misma capital de provincia... Se asegura que muchos jóvenes inteligentes pudieron continuar sus estudios, gracias a este bandido generoso que, después de un asalto —de ser posible incruento— entregaba sumas a los papás para que los hagan estudiar en la Universidad... Muchos lisiados, se dice, bendicen al ladrón por haberles facilitado sillones de ruedas, piernas y brazos artificiales para que puedan así seguir viviendo...

—Pero eso es maravilloso, Juan Antonio...

—Catalina, eso revela su gran corazón, su bondad...

La mamá también, sin decirlo, sonreía...

Mientras el muchacho contaba, con emoción, el cuento de su tierra, Catalina iba de asombro en asombro. La fábula romántica se iba trizando en las palabras de Juan Antonio, como un espejo que se rompe. Porque no todo era cosa de viejos eremitas urbanos, medio santos, medio locos ni de bandidos románticos un poco de película mexicana... La égloga o la aventura se manchaban con eso feo de todos los días provincianos, se manchaba de intrigas, envidias, chismes y maldades... Como en todos los lugares del mundo, pero achicado y sucio por lo pequeñito del ambiente, por la cosita así, de todos los días, a todas las horas, en todas partes... Trágicas historias de codicia sórdida, por las herencias de padres y parientes, por las dotes de las novias, por las riquezas de los vecinos... Agua grande hasta el crimen...

—Pero, Juan Antonio, ¿no exagera usted? De verdad, hasta el crimen?...

—Sí, María Luisa, se lo aseguro. Hasta el crimen... Quién sabe si más allá del crimen... Verá: un propietario avaro, cruel con sus colonos, que vivía como remontado, bestia feroz, lobo, alimaña. Encerrado en sus habitaciones, sin salir, días de días... Hasta que empezó a heder, a heder como hieden los muertos en las tierras calientes, sin gallinazos que se los coman a picotazos... No pudieron contenerse los sirvientes, temerosos de algo terrible que no alcanzaban siquiera a imaginar, y fueron hasta el pueblo próximo a prevenir a las autoridades... Hubo que romper puertas... Y allí encontraron, bestializado por el alcohol, al viejo monstruo delante del cadáver de su mujer ahorcada y en el suelo, tendido, putrefacto también, el cadáver de su hijo mayor, abatido a balazos... Los había sorprendido... Perdón, Catalina, estoy destruyendo la paz de esta casa... su claridad, su pureza...

La voz de Juan Antonio para contar las cosas de su pueblo era caliente, comunicativa, "cogedora"... Carlos y Catalina no le desprendían la mirada, no le perdían una sílaba... ¿Han oído ustedes a Juan Antonio en la intimidad, conversando, contando?

Nunca señaló ante sus nuevos amigos la presencia de Ella. Nunca. Si para su relato era necesario señalar presencias femeninas, a fin de que no pareciera esquelético y trunco, lo hacía con respeto y simpatía... Sin esas cobardes y viles reticencias que, bueno, dejan asomar las orejas del Don Juan cobarde, afeminado, que hace adivinar cosas sin comprometerse. Ese día, primer día en la casa de su amigo Carlos, que lo animó con la posibilidad de un ambiente hogareño, contó, contó, contó... Hasta que un día...

Hasta que un día, al llegar Juan Antonio sin anunciarse, como solía hacerlo ya, se encontró con Catalina sola. Doña María Luisa y Carlos habían salido juntos a realizar gestiones. Esas cosas de angustia con acreedores y jueces y alguaciles... Juan Antonio, ante lo inesperado se *acholó*. Definitivamente. Quiso retirarse en el primer momento. La muchacha, más dueña de sí misma, lo retuvo:

—Frontito volverán mamá y Carlos. Venga, entre...

—Gracias, Catalina, yo no sé... Quizás tengo tiempo para ir hasta el correo... hoy espero carta de mamá.

—¿De su mamá solamente? Yo creo que usted espera otra carta. Más urgente... Si es así, no me puedo oponer a que vaya a buscar esa carta, siempre que me prometa enseñármela, ¿ah?

—No, Catalina, le aseguro. De mamá y acaso también de algún amigo...

—¿Qué hombre más reservado! ¿Quiere negarme que ha dejado otra persona que... bueno, en Loja? Ya me lo contará Carlos muy pronto... Ustedes entre hombres se franquean más fácilmente... Con nosotras no, porque se creen obligados a galantearnos, pero no a hacernos confidencias...

—Mire, muchachita curiosa: voy a ser franco, totalmente, con usted, como con nadie... Sí, es cierto. Allá en mi lejana ciudad quedó Ella... Pero de Ella, Catalina, ni cartas ni retratos... Es como una luz lejana, como una canción escuchada en la sombra... ¿Quiere saber su historia?... Se la voy a contar:

—Fue una vez, en Florencia, y se llamaba Beatriz... Otra vez en Elsinor, y se llamaba Ofelia... Otra en el Rin, y se llamaba Isolda... Otra vez en el Toboso, y se llamaba Dulcinea... ¿Ella, cómo se llama ahora, cómo se llama Ella?

18

—Mira, hermano, estas vainas de aquí son una gran flauta, una grandísima flauta. Pero hay que tomarlas como son, entrar en ellas para aceptarlas, para divertirse un poco con ellas o, si tú quieres, para combatir las. Ya verás.

—Pero...

—No hay pero que valga. Te va a interesar, estoy seguro. De cerca vas a ver esto que llaman "la gente bien", la crema del rasta-cuerismo, de la simulación de vicio —alguna que otra vez, de vicio verdadero—, de sinvergüencería elegante... La *high life* de Quito.

Guillermo Donoso era el introductor. Con su filatería pintoresca y su charla petulante, graciosa, Guillermo había contado a Juan Antonio, el provinciano curioso de todas las cosas, el cuento de esta clase, de esta especie de natilla social, que flotaba sobre una ciudad misérrima, maravillosa de belleza y de sol, de iglesias superbarrocas, millonarias de oro, obra de los indios. Nata, en verdad, que flotaba y sigue flotando, sobre la pobreza de millares de indios, de mestizos y unos poquitos blancos pretenciosos de nobleza y dueños de la poca riqueza disponible.

Juan Antonio, aunque estudiante de medicina, tenía preocupaciones literarias, como casi todas las gentes del sur del país. Había preguntado preferentemente por los poetas, los poetas suicidas, de los que se hablaba tanto en su provincia natal. Pero eso, según Guillermo, había pasado ya. Con su recuerdo, también estaba en fuga

la elegancia de las drogas heroicas como cosa exclusiva de los intelectuales, sin misterio, sin poesía. Esas y otras peores. Mucho peores.

La Gran Guerra —como se la llamaba—, había traído otras preocupaciones. Las: “gentes bien” hablaban de política. De política internacional. Y, en consecuencia, de política interna. Esta cosa jodida, jodidísima de tener plata, bastantísima plata para gastarla en... bueno, una porción de cosas que antes no constituían problema para las gentes de esta gran aldea aprendiz de capital. La “bohemia”, esa cosa entre romántica y bobalicona aprendida en los libros modernistas y, sobre todo, en Gómez Carrillo el cronista guatemalteco, estaba francamente fuera de moda, ya “no se llevaba”. Ahora... verán ustedes.

Se batían en retirada “los paraísos artificiales” y asomaba, por influencia del nuevo amo, los Estados Unidos, la categoría de *los hombres prácticos*. ¿Y eso, qué? Pues un injerto, sobre lo europeizado, que aún no se desvanecía del todo, la planta nueva, un poco silvestre, de lo norteamericano. De “lo americano” como se decía y se sigue diciendo, con renuncia de nuestra participación en el nombre del continente al que pertenecemos.

Guillermo Donoso se reía un poco de la nueva ralea, dentro de la cual se movía, a la que pertenecía. Pero no podía escapar a su desastroso influjo porque... pues porque para vivir dentro de ella, tenía que ser como ella, participar de sus costumbres, de su modo de ser.

Juan Antonio advirtió, al ser introducido por Guillermo en la vida de la “gente bien” un nuevo motivo de desdén por lo propio, por lo latinoamericano, por lo ecuatoriano. Antes, dentro de la época de la europeización, el desprecio de lo nuestro se hacía en nombre del refinamiento, de la cultura, del buen gusto, de lo exquisito, distinguido, elegante. Hoy, esta nueva clase, fundaba su grandeza en todo aquello, un poco desvaído; pero lo reforzaba con la cosa más ofensiva y brutal del dinero, del éxito, de lo que, sin entenderlo acaso, se alegaba como la técnica, el progreso, los adelantos de lo moderno...

Pero conoció también la desvergüenza, el arribismo político y social, la simulación, la intriga, la deslealtad, la inconsistencia en las ideas, el esbirrismo y la adulación. El barniz de “lo gringo”, sobre lo mestizo de nuestras gentes, pegaba mal, no casaba... De allí que, entre las gentes que Juan Antonio conociera, abundaran los “sirvientes de casa grande”, cholitos hijos o nietos de cocineras, *huasicamas*,

habidos con los "niños" hijos del patrón. Que olvidados de la matriz indígena, traicionando a la madre, se entregaban con repugnante humildad a la babosa adulación de los nobles y los ricos, mientras pávoneaban con jactancia su "aristocracia contagiada". . .

Desde luego, halló también gentes sanas, extraviadas en ese ambiente de artificio, hombres y mujeres. Hizo buenos amigos: Germán Castellanos y González, con todos los apellidos de las "veinte familias" explotadoras y dominadoras, gran muchacho, dulce, angelical, deseoso de hacer algo en bien del pueblo; a Inés Venegas, con quien nunca flirteó, linda e inteligente mujer a la que se podía hablar de cosas altas, de música, de libros y de cuadros; a Dora Iñiguez, de ascendencia costeña, con la que mantuvo un noviazgo aparente, que se limitaba a coloquios fervorosos, comentarios sobre poesía, frecuentación en sociedad para el baile y el paseo; a Edmundo Gómez Izurieta, estudiante de medicina como Juan Antonio, bello como un joven dios, alegre, chispeante y sonoro como unas castañuelas, con una suerte para las muchachas que . . . bueno; a Emilia de Toledo, mamá de las chicas Toledo, tan rubias y tan coquetas ellas, a quien Juan Antonio cayó la mar de simpático y con la que, hasta mientras parece que . . . ; a Gonzalo Cevallos Howard, media sangre inglesa, fuerte y atlético, pecho velludo, brazos musculosos de boxeador, manazas poderosas. Alegre y ruidoso, contador de cachos, leal y serio, que de repente lanzaba unas carcajadotas que hacían regresar a ver las gentes en la calle.

¡Oh! Pero en cambio: Nelly Castro Ortiz, esa rubia de carita angelical, intrigante maldita, interesada y ambiciosa, que desempeñaba todos los bajos oficios, especialmente el de delatora; el pobre infeliz de Jorge Saravia, caído en las redes del ansia de "ser algo", y que recorría todos los caminos, desde el tráfico de embustes hasta la vulgar ratería de libros y ceniceros de las mesas; Arturo Ramírez Costa que . . . no da ganas de creerlo y peor decirlo: hacía de mujercita con viejos corrompidos y corruptores; las hermanas Bermúdez, gente de lo mejor, que habían montado una verdadera agencia de alcahuetería, para lo bueno y para lo malo, con tarifa según . . . ¿Casarse? ¿Virgo? ¿Rico o rica? Para acostarse no más, eso es ya otra cosa; José María Silva y Torres, bueno, eso sí un aprendiz de gangster a la americana, chantagista, pistolero a medias, aprovechador de deslices de casadas, resbalones de cajeros de bancos o instituciones de beneficencia, con una pequeña banda a su servicio; la nena Castañeda, virgen de profesión, en cuyas redes han caído ya unos tantos

incautos, especialista en joyas y abrigos de mink; Alfredo González, maestro —con su perfecta caligrafía— en la falsificación de firmas “aparentemente auténticas”, al servicio de las más grandes desverguenzas de este tiempo; y el pobre ñato Delgado, Agustín Delgado, que tiene un débil por la pequeña estafa, los cheques sin fondos, las letras a no pagarse jamás... Pero, por sobre todos ellos, que son muchos, está Enrique Santa Cruz, el respetado y auténtico jefe, sobre el que ya tendremos tiempo y lugar para ocuparnos...

—Creo que me está resultando, ¿sabes? la nena Castañeda. Ayer, en el baile de los Ramírez me le pegué así, así, fuerte, hasta hacerle sentir... Dejó hacer, dejó no más. Y hasta, créemelo, correspondió su poco a la cosa... Me invitó a su casa a tomar el té el jueves, entre amigos de confianza, repitió, de confianza... ¿qué te parece?

—Pues que es un gran braguetazo si te la consigues, pero para casarte, ¿entiendes?

—Pero claro, hombre. ¿Me crees idiota? Para lo otro, hay mejorcísimas en cualquier lado, a la vuelta de la esquina. En ella, lo que vale es la plata...

—No es por desanimarte, porque sé tus planes. Pero la nena no es ninguna mosquita muerta ni menos una... bueno, una señorita. Tuvo unos amores largos y bien jodidos, cuando tú estuviste en Ann Arbor, con ese muchacho Gutiérrez, el futbolista, que le sacaba la plata que quería...

—¿Y eso a mí qué? Yo soy hombre práctico, a la americana. Pendejadas. ¿Cuándo en Estados Unidos van a fijarse en esas cosas? Son estupideces de ustedes los *latinos*... Lo que importa es que tiene plata como tierra y un papá bien pendejo que le da todo gusto y que quiere prontito casarla por eso del futbolista... Como hem-bra, además, no está mal. Viste bien, baila bien, gran apellido. ¿En qué edad crees tú que anda?

—Pues, te diré... vieja, lo que se dice vieja, no es. Espera... espera... fue condiscípula de mi *ñaña* Camila en el Colegio de los Sagrados Corazones. Camila se casó a los veintidós años; de eso hace cinco. Pues la nena debe estar ya por las veintiocho, sin llegar a los treinta. Me han contado que cuando el viejo Castañeda sorprendió a su mujer con el torero ése, Valentín II, la *guambra* quedó de unos catorce años y el hermanito menor, Edwardito, de doce. Fueron de viaje a Europa para tapar el escándalo y parece que allá mismo ya

se le desmandó la chica, alcahueteada por el pícaro de Eduardo que, bueno, todos sabemos que es de dudosa ortografía... Parece también que son los dos hermanos asociados para sacarle plata al viejo...

—¿Vas a creer? Pues yo no lo conozco al hermanito... ¿Me lo quieres presentar? A mí qué me importa que sea lo que tú dices... Mejor. Sobre eso y sobre la virginidad de las mujeres tengo yo mi propia teoría. Soy hombre práctico y en los Estados Unidos, bueno, para qué te digo nada...

—Encantado, hijo, te lo voy a presentar... Y *tout suite*, como dicen ellos que son afrancesados. Veamos, veamos... Como hombre chic que es, debe estar aún en la casa, apenas levantándose. Son las once y media... Que se venga a tomar con nosotros el aperitivo, ¿ah?

—Estupendísimo...

—Oye, parece que me va resultar el empleo ese... Es que tuve suerte: descubrí que el viejo sinvergüenza del Ministro de Hacienda, santo y austero varón, se bebe los vientos por la Consuelito, la Consuelito Dueñas, esa bermejita que se acostaba conmigo, ¿te acuerdas? y me dejó —de común acuerdo conmigo— para que aceptara las propuestas de don Lucas Mendizábal, el ricacho dueño de las "Ferreterías Unidas", que le va a poner departamento con criada y cocinera, todos los gastos, mucha ropa y mil sueres mensuales... ¡Como a Ministro de Estado, hijo, como a Ministro de Estado!...

—¿Empleito? ¡Valiente pendejo que eres! Ya que te metes a cabrón, que sea por algo que valga la pena...

—¡Idiota que eres! El empleo no es sino un truco, en que está metido el viejo Mendizábal. Es en las Aduanas, ¿comprendes? Entonces, yo arreglo papeles, documentos, todo; con el fin de que Mendizábal haga sus importaciones sin pagar derechos o un mínimo de ellos... ¿Comprendes ahora? Eso, sin perjudicar a nadie, puede dejarnos, bueno, una regular millonadita, ¿sabes?...

—Si es así, no está del todo mal. Porque en cuanto a mí, yo no estoy para empleos ni rodeos... Si me sacrifico en enamorarme y complacer a la viejona esa de Isolina de Martínez es porque, tú sabes, el marido que es palo grueso en Obras Públicas, me hace dar contratos en los que no hago sino poner la firma y cobrar... Claro que él se lleva la parte gorda del jamón pero... lo que a mí me toca es bien confortable... El camino de tal a tal parte, cien mil sueres

de comisión. El edificio aquel en Cuenca, cincuenta mil... Ahora ya están entrando por una nueva forma: las compañías extranjeras... Los gringos son más bandidos que nosotros, pero tienen que soltar la plata a cambio de ganarse una licitación, un concurso de precios...

—Pero todo eso no te parece...

—¿Robo? ¿Ibas a decir robo, no es cierto? ¿Y lo tuyo qué es? Lo mío y lo tuyo, hijo, pura cabronería, explotación del físico... Solamente que mi trabajo es más sacrificado, más patriótico: tú te acuestas —compartiéndola con un par de viejos, es verdad— con una chica guapa, joven y con mucho... Tal vez cobras menos. En cambio yo, hijo, tengo que sacrificarme, por lo menos una vez por semana, porque la vieja es exigente... ¡A mayor trabajo, mayor remuneración!... Marxismo puro...

La nena Castañeda y su amiga Camila, están sentadas solas en una mesa del Bar del Metropolitano, en espera de sus amigos que llegarán pasadas las doce del día.

—Ahora sí estoy contenta, Camila. ¡Contentísima! ¿Sabes? Me estaba enamorando un pocotón de Gerardo Montesdeoca, ese muchacho recién venido de los Estados Unidos y tan amigo de tu hermano... Parece mentira, ¿no es cierto? Y me tenía muy preocupada eso de que me pidiera la probadita —como dizque hacen allá entre gringos— y yo, tú sabes... Y me pedía la cosa de palabra y de obra y... bueno. Ya no era posible negarse por más tiempo. Me hubiera creído una bestia hipócrita y eso también no, no. Pero... Tú sabes que no me hubiera encontrado pura, purita, puritita como decía la grandísima de... Estaba por buscarte, consultar contigo, pedirte consejo... A mi hermano no le podía decir nada porque, como tú sabes, él entiende poco de cosas de mujeres...

—Cállate, no seas deslenguada, hija, contra tu propio hermano...

—¿Crees tú que él piensa que eso es un defecto? Si vieras... Y lo de la virginidad lo tiene perfectamente sin cuidado. Acaso...

—Cállate, te digo. ¿Y qué es lo que te tiene tan contenta?

—Verás: con la ayuda de Dios...

—Hazme el favor de no meterlo a Dios en tus porquerías...

—Verás, como te iba diciendo. La ocasión se presentó ayer tarde en mi casa. Lo invité a tomar el té a solas. Como ya somos casi novios... Los jueves papá regresa tarde, porque tiene una sesión-comida en su Club. A Eduardito lo despaché fácilmente, soltándole

unos sures para sus sinvergüenzadas...

—Que eres bandida, eres bandida. Sigue, sigue el cuento que ya me va interesando...

—Para tener valor, me apliqué un buen trago de whisky seco, así, tres dedos en vaso grande, antes de que llegue... Luego, ya con él, seguimos tomando cocktails que él mismo prepara en el *shaker*. Se cree un as para el martini. Después de las primeras timideces, más falsas que verdaderas, de parte y parte, nos abrazamos y besamos apasionadamente. Lo hace maravillosamente... Yo lo dejé hacer todo, todito, menos eso... Y cuando él, con arrullos, diminutivos inéditos, súplicas, me pedía de rodillas —qué grandes puercos son los hombres— “la comunión suprema del cuerpo y del alma”, yo me incorporé dignamente, y alejándolo suavemente le dije, con voz dramática:

—Gerardo: no puedo ser tuya sin antes revelarte un secreto, mi secreto... Temo desilusionarte. Temo perder tu amor, engañándote... Prefiero correr ese mortal peligro, pero diciéndote toda la verdad...

“Y con los ojos arrasados en lágrimas —tú sabes que eso no cuesta trabajo— y esa voz triste, humilde, acariciante que suelo emplear en casos parecidos —hasta con el futbolista—; con esa voz que tu maldad ha bautizado con el nombre de “voz de serpiente del paraíso en la tarde de la manzana”, le conté una historia patética, fascinante, llena de dolida ingenuidad, en la cual yo asomo como una chica pura, amorosa, confiada, que cae envuelta en redes de engaño y de perfidia...

—Me parece brutal eso de “las redes del engaño y la perfidia”. Con eso no comprometes a nadie y ni siquiera mientes... “Redes de engaño y de perfidia”. ¡Brutal! ¡Fenómeno! No me vengas con cosas. Eso lo leíste en alguno de esos novelones de escándalo... ¡Brutal! ¡Brutalísimo! Sigue...

—Pues noté que Gerardo, que al principio no pudo evitar un movimiento de sorpresa, conforme yo hablaba me acariciaba dulce, suavemente, la cabeza, la cara... Atrajo mi cabeza hasta su pecho y, de cuando en cuando, me besaba el pelo, los ojos, la frente... Se llevaba mis manos, una tras otra, a su boca. Y me decía, mimoso, quedito:

—Tontita, tontita...

“Yo me le arrebujaba más y más contra él, como una niña que busca protección, así así... Hasta que... lo que tú sabes... Pero

en qué forma, hija, ¡en qué forma!... Hasta las doce de la noche en que se fue, por temor a que llegue papá, tres veces hija, tres veces... Y como si nada... Enterito el condenado... Yo tuve que despa-charlo y no con la amenaza del canto de la alondra sino con la inmi-nente llegada de papá, como te digo...

—Me parece formidable, hija, formidable...

—¡Voy a ser muy feliz, Carnilita, muy feliz! Si hubieras visto... Pero ahora estoy muerta, lo que se llama muerta... Hasta que ven-gan éstos, pídeme un *high-ball*, hija, con mucha agua, mucho hielo y... mucho whisky...

19

¿Y en la Universidad? Pues Juan Antonio halló en mayoría conservadores, *curuchupas*, niños bien de Quito y chagras, chagras, chagras... Muchacherío alegre, apresurado por sacar un título. Un poquitín politiquero. Tener un amigo, dos amigos, tres amigos entre los militares julianos, dominadores de la situación, de los empleos, de las maneras de ganar prontito, plata... No, no esperaba eso, francamente, pero...

No se interesó mucho por hacer amigos en los ambientes universitarios. Le bastaba con tener compañeros. Gente servicial, bondadosa, para prestar un servicio. En el anfiteatro anatómico, en el hospital...

¡Maldita sea! Todavía no. Todavía no hallaba lo que creyó encontrar: superioridad de cultura, de inquietud, de curiosidad, de rebeldía... ¿Qué había pasado? ¿Siempre había sido así? Claro que no: Don Belisario Quevedo, ese universitario permanente sin asistir a clases, le contaba cosas... El Profesor de Sociología, paisano suyo, Agustín Cueva, le contaba cosas... Todos le contaban cosas... Pero ahora... Con todo, por allí, acaso cerca de él, se observaba un mar de fondo. En la Facultad de Derecho, en la de Ingeniería... Hasta parece que había por allí, germinando, alguna agitación socialista. Pero él no hallaba todavía el hilo. Tendría que buscarlo. Mientras tanto...

Mientras tanto, seguía viviendo con el recuerdo, en su lejana Loja...

Ella. Los ojos, esos ojos. Niebla y sonrisas. Niebla y tristeza. Niebla. ¿Los ojos de Lucía eran aquellos ojos? Lucía... Sí. Era una lucecita que se le había encendido. Pero... Con esos ojos, no. ¡No!

Fiesta de Navidad quiteña. Fiesta de inocentes.

—¿Te vas a disfrazar este año?

—Te diré... vamos a ver. Estoy flojo de plata, y sin plata...

—No seas pendejo. Cuesta caro cuando se va por allí por lo bajo, a hoteles o restaurantes. Pero yendo a casas chic... Bueno, solamente el disfraz. Pero con un dominó, basta. Y traje de etiqueta... Además que tú quedarías muy bien, pero muy bien con un disfraz exótico: príncipe hindú, beduino, Mefistófeles... Ya veremos, si tú quieres todo es fácil. Sin botar la plata, eso no...

Navidades allá. Ella. Misa de Gallo. Buñuelos y los ojos sonreídos. Las manitas de Ella. Luego, un bailecito por allí, donde chicas así, así... Llevando licores nacionales y, mejor, Pisco de Locumba o Sol de Ica... Con besos y ajustaditas en el baile. Yo hubiera ido al final donde la Miche... ¡Qué bruto! Campanas de San Francisco, villancicos:

*Dulce Jesús mío,
mi niño adorado...*

Donde la Miche, claro... ¡Qué brutal, la Miche!

Guillermo Donoso había conseguido que a Juan Antonio lo invitaran en casas "de lo mejor". Dos o tres fiestecitas aseguradas... No hay duda que el muchacho lojano había caído bien en los medios de la *high life* quiteña. Buen mozo, con bastante platita, prestigio de "buena familia" y un misterioso y fabuloso cuento de haciendas y casas y ganado... hasta el sur, con el Perú... Como en la geografía. Como en el texto de geografía...

Fue en esas primeras fiestas de Inocentes pasadas en Quito, que Juan Antonio conoció a Irene Villaurrutia, la bella y elegante mujer de Enrique Santa Cruz, el dandy, el hombre de sociedad más culto, más chic, más refinado... más viajado.

Las cosas fueron así:

Romana del imperio. Sobrio disfraz que ennoblecía la figura esbelta, cimbreadora, elegante. Antifaz negro que dejaba pasar las miradas llameantes. Juan Antonio con dominó negro sobre traje de etiqueta. Bailaron. Y durante el baile, tras las banalidades de rigor, la

máscara le sostuvo a Juan Antonio un diálogo fino y picaresco, sin timideces, pero con elegante distancia, sin insinuaciones pero tampoco con rechazo. La voz... Juan Antonio era sensible a la voz, para la aproximación o el alejamiento... Los ojos, ah, los ojos...

Llegó el momento de abatir las caretas. Y entonces:

—Irene de Santa Cruz...

—Juan Antonio Molina...

Y como paso inmediato de ella:

—Mire, por allí anda mi marido...

Y luego:

—Enrique, ven. El señor Juan Antonio Molina, el joven lojano de quien todo el mundo habla.

—Mucho gusto... Enrique Santa Cruz, a sus órdenes...

Sí, claro que él había oído hablar de Enrique Santa Cruz. ¿Quién no lo nombraba con admiración y un poquitín de envidia?

Su historia de elegante depravado, refinado, orgullosamente aburrido, andaba de boca en boca. Se le atribuían cosas... desde la inversión sexual hasta el asesinato, pasando por el fraude, el vivir de las mujeres, el contrabando de drogas heroicas y la corrupción de menores de ambos sexos. Jugador, con automóvil, querida elegante e infiel, mujer propia elegante y... probablemente fiel.

Como buen provinciano —chagra pendejo, decía Guillermo Donoso— Juan Antonio tenía un respeto casi religioso por la mujer casada, por la *señora* de otro hombre. Sin ser un pacato, un Luis Gonzaga o un casto José, Juan Antonio creía poder ejercer el derecho de “primer ocupante” en terrenos baldíos. Pero, a pesar del madrigal español

*“Flérida para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno”.*

Juan Antonio, hasta entonces, no había tomado por ese camino. Cuando Guillermo Donoso, su maestro de mundanidades, le argüía que era menos duro y difícil transitar por trochas ya abiertas, por caminos reales en servicio, él resistía. Y hasta teorizaba al respecto:

—La misma repugnancia que siento por “la mujer de todos” me inspira, en forma de respeto, “la mujer de uno solo...”

—Bueno, claro... eso es la provincia, el campo...

Desde que se casaron, desde antes de casarse, Enrique Santa

Cruz e Irene Villaurrutia vivían en vitrina. En vitrina de refinamientos, de escándalos, alimentados por las murmuraciones y los chismes de color subido. Entre marcas de perfumes y vino, de modistos y sastres, se filtraban, a boca chiquita, bisbiseadamente, las revelaciones de pecados inéditos, de cosas de esas que se hacen en París, en Nueva York, por allí... Se insistía mucho, pero mucho, en la afición marcada de Enrique San Cruz por mantener en su torno una corte de admiradores, más que de admiradoras, dentro de la que se contaban esos muchachitos que siguen exageradamente las modas de revista y hablan, porque entienden un poco y tienen afición, de cosas de arte, de literatura, de deportes.

Después del primer año de matrimonio, Inés se fue purificando ante las gentes. Su prestigio comenzó a adquirir una cierta melancólica simpatía, cada vez más generalizada. Se decía esto, aquello, lo de más allá... Que el sinvergüenza del marido se hacía pagar por la vieja y millonaria señora María Josefa de Montúfar sus elegancias y caprichos a cambio de que el dandy, compasiva, misericordiosamente, le concediera una nocecita cada mes...

Para nadie era un secreto —y Santa Cruz no tomó la más ligera precaución por ocultarlo— que a Lolita Buen Corazón, Lola Fernández, le había “puesto” un departamentito muy coquetón y chic, para que fuera el centro de sus orgías con muchachitos depravados y alguna vez, también muchachas decentes. Toda “gente bien”, desde luego...

Que Irene, complaciente por amor al principio, después se negaba sistemáticamente a seguir el camino ultra chic de su marido. Muchacha salida de colegio de monjas, cayó bajo el encandilamiento de la elegancia refinada de su marido, el prestigio deslumbrador que ante la *high life* ejercía. Esa cosa indefinible de ser la mujer del hombre más elegante de Quito, del que más se hablaba, cuyas costumbres y vestidos todos trataban de copiar. De ser la mujer envidiada de todas las amigas...

Sí, sin duda. A causa de ese deslumbramiento, no se detuvo nunca a pensar si en verdad estaba enamorada de su novio primero, su marido después. El la tuvo envuelta en un torbellino de panoramas, de ciudades, de mares, de nombres, de literatura...

—Una vez, en París, en el estudio de Picasso...

—Ese crucero que hicimos por Palestina y el Cercano Oriente en el yate de Simón Patiño, con los Duques de Polignac...

—Esos millonarios yanquis no saben vivir... En casa de los Vanderbilt...

—Qué bárbaro, en el “privado” de Deauville, perdí medio millón de francos al *chemin-de-fer* con Alfonso XIII y la Mistinguet... Gracias que el Aga Khan...

—En ese club “amigos de lo bello”, en Greenwich Village...

—Pero nada como las islas, ¡oh! las islas de Indonesia... Unas negras frescas como agua de coco...

Este muchacho medio huído, con color de montaña y de prado, venido de “el último rincón del mundo” era lo *contra-exótico*, lo *anti-chic* que le hacía falta a Irene, para limpiarse de esa mugre fragante que ya le daba náuseas...

¿De qué hablar con él?

¿De qué hablar con ella?

Allí tienen ustedes: él sí sabía, a mí qué me importa, qué diablos, yo no le debo nada a nadie, él sí sabía de qué hablar con ella, con el rey, con el papa, con Lenin o el Presidente de los Estados Unidos... El sí sabía: pues de su mamá. (*El no la llamaba madre como en los libros y en las poesías, sino mamá, como le había dicho para pedirle el pecho, para contarle cosas... pues de Ella*) De su mamá, de su tierra, de una porción de cosas que son ciertas, aire, chirimoyas, vacas, lluvia, malos caminos, tierra... Y cuando él habló de eso...

Ella, Irene también ya supo de qué hablar con él: de las cosas, de todo. Recuerdos de la hacienda de los papás de ella... Y eso que su mamá... De la madre Rita que en el Colegio, bueno, les permitía que le hablaran de los muchachos ¿y Xavier, tu primo, qué tal? ¿Buen mozo? ¿Qué hacen cuando se encuentran? Hablar de su hermano menor que andaba enamorado de Dorita, linda ella pero, ¿cómo le diré?... Como que muy mosquita muerta... Hablar de música, sin pedantería: los maestros queridos y se hallaron de acuerdo completo en eso de preferir por sobre todos a Mozart... Y de libros. En eso de libros, Irene acaso sabía tanto o más que Juan Antonio: su marido tenía una biblioteca muy selecta, al día, en francés, en inglés, “hasta” en español... Tenía Irene el don de la pregunta buena, de esa que nos hace felices con sólo oírla, de esa que nos parece una caricia, un consuelo, una reparación... Justamente sobre eso: el lejano pueblo, expresando interés de conocerlo, he oído decir cosas lindas de Loja, de... Bueno, y la pregunta que nos hace felices, porque para ella tenemos toda la sabiduría...

—Hábleme de su mamá, Juan Antonio...

Y luego, como esperando y confiando en la sentencia:

—¿Qué le ha parecido Quito, Juan Antonio?...

La respuesta del muchacho era como si estuviera retribuyendo un bien, devolviendo una caricia. Quito: sin exaltaciones, casi bajando la voz como para hacer una revelación, el muchacho provinciano le decía a esta mujer inteligente, amiga, todas las pequeñas cosas que de Quito le habían gustado. La suavidad de la voz de las gentes, ese don de bondad de todos, en la calle, en las tiendas, esa gana de prestar un servicio y, bueno, esa ingenua picardía de los chicos al limpiar los zapatos... A Irene le gustó que no le hablara, como todos, de las cosas grandes: de la maravilla de los templos, empleando todos los lugares comunes amontonados en años, de la grandiosidad del panorama, de los monumentos... Irene le agradeció infinitamente a Juan Antonio que no le dijera que Quito era "el relicario del arte"... Bueno: Juan Antonio no le habló a Irene ni del "frío tónico" ni menos, mucho menos de "la sal quiteña"... Porque aquí, entre nosotros, Juan Antonio no creía mucho en eso de la sal quiteña... Juan Antonio estaba convencido, por el contrario, de que Quito era una ciudad severa, melancólica... Le parecía casi una ofensa que se mantuviera como máximo blasón, el de que Quito es una ciudad chistosa...

—Sí, Irene: no he de negarle que el transplante de las plantas silvestres, de las hierbas del monte, cuesta mucho. Pero Quito me gusta. Mejor dicho, me va gustando día tras día. Porque poco a poco me va ofreciendo los secretos de su intimidad. Poco a poco la voy descubriendo. Y el descubridor, Irene, tiene cariño, ternura, por lo descubierto. Hay en ello mucho de engendramiento; casi diría de parto... Yo no sé decir galanterías ni he de aprenderlo nunca. Pero en usted, con usted estoy hallando lo que siempre he buscado, en mi tierra, aquí, en todas partes: paz.

—¿Paz? Es acaso usted, Juan Antonio, la primera persona que me lo dice. Y me halaga. Acaso por la leyenda de mi marido, que me envuelve. Quizás por esta frivolidad mundana en que me muevo... Por mi manera de vestir, por mi tipo físico, por todo; yo siento, casi con horror, que tengo la apariencia de algo que detesto, que desprecio: la *mujer fatal*. Yo sé que esa es mi estampa, mi apariencia en la vida. Y a eso, que me repugna, se dirigen las gentes... No las culpo. ¡Yo no soy eso, Juan Antonio!

—Yo, Irene, jamás la he visto así...

En el transfondo de su espíritu se había quedado fijada para siempre Ella. El, Juan Antonio, no tenía alcances para ver la impureza. Negaba la existencia de lo impuro en las cosas de la naturaleza y más aún en las obras y acciones del amor. Como no creía en

el infierno, porque no podía concebir la eterna perversidad de Dios...

—Junto a usted, Irene, he sentido una gran paz. Ancha, verde, tranquila. Usted me hace pensar en flores, en agua clara, en esa vez, Irene, que bañándome niño en el río de mi pueblo, vi que las muchachas no tenían en su cuerpo las mismas cosas que yo... Y en la ternerita pintada de la vaca mocha, que ahora, segurito, ha de estar hecha una linda vacona... Pero, ¡qué bruto soy, Irene! Perdóneme, bailemos ese tango...—. Y con una especie de pudor por ese comienzo de desnudamiento de su vida en que se había precipitado, le dio por hacer el perverso, y bailó cimbreado, voluptuosamente el tango...

"La culpa fue de ese maldito tango..."

No, seguro que no. ¿Estaba traicionándola a Ella con esto de Irene Villaurrutia? Ni pensarlo, carajo. No faltaría más. Lo que pasa es que... Luego, otra cosa, otra distintísima cosa: Catalina Nájera, la hermanita de Carlos. Bueno, tampoco. ¿Qué tiene que ver eso con esto? Es que uno no puede... Pero, eso sí que no. Jamás de Dios. ¿Enamorar a la hermana de un amigo? Nunca, nunca... Lo que hay es que Catalina le resulta como una hermana nueva, eso que tanta falta le hace. Y entonces, ¿por qué Diablos...?

Buscaba, eso sí, la ocasión de diálogo con Catalina. Le gustaba escucharla. Todo eso que ella le contaba. Y, bueno, también que lo escuchara a él. ¿No ven que con Carlos?... Peor aún con Guillermo Donoso. ¿Los paisanos? Estaban bien para esas otras vainas, los enredos, las noticias, que dizque la fulana ha tenido un hijo de... Y que eso y que lo otro. Pero con Catalina, nada más conversar. Oírla y que lo oigan. Y leerle las cartas de la mamá y las de los amigos... Catalina era tranquilizadora. Era incapaz de perturbación y de conflicto... Así tiene que ser, solamente que... Y optimista y risueña y fácil a las lágrimas y a secarse las lágrimas. Pero mucho más fácil para la sonrisa y para la mirada clara y el oído atento.

Al contárselo a ella, era fresco, nuevecito, luminoso el cuento de su vida. Solamente que no era bueno, no, no era bueno, por tonto, cuando le contaba las cosas del amor. ¿Pero es que este simpleton de Juan Antonio no miraba los ojitos entristecidos de Catalina cuando él desbordado, incontenible, le hablaba de Ella? Otra vez, otra vez causando penas a quien más dulcemente quería... Pero es que...

Con Irene Villaurrutia siguió viéndose, *encontrándose*. Y ocurrió algo extraordinario, sobre todo para ella. ¿Van a creerlo? Volvieron a ser niños. Niños. Niños tímidos, ruborosos, tontos. Tontísimos. Encantadores. Babosos, mocosos, malcriados, insociables, huidizos, *acholados*, heroicos, imprudentes, traviesos, golosos... Los amigos lo pillaron a él leyendo esas historias dulces de Francis Jammes, *Clara de Ellebeuse*, en que la pobre muchachita se suicida porque habiendo dado besos al novio, creyó que iba a tener un niño... "fruto de sus besos", como en esas obscenas novelas rosas, inocentes e imbéciles...

¡Ah! Juan Antonio Molina, Juan Antonio! Todo el verde de potrillo tierno de su campo lojano, le reverdeció el alma. Y andaba por allí, cosas de alisos, de arupos y de sauces, riéndose solito y haciendo en todas partes la mar de pendejadas. De pendejadas divinas, desde luego...

¿Irene? Peor que peor. La gran dama, deslumbrante de elegancia, depravación, refinamientos literarios y misterio. Irene Villaurrutia de Santa Cruz, la *femme fatal* que hacía crujir de malsana lujuria los huesos supercivilizados de poetas y dandys impotentes... La que sabía todo eso de París y de Nueva York que sabía su marido y otras cosas peores, porque... Bueno: Irene Villaurrutia estaba inaugurando su niñez que no brotó en el invernadero de rezos del colegio de monjas.

Irene no cambió el ritmo de su vida social. Ella sabía que todo el barro y las aguas negras de la maledicencia —de una maledicencia admirativa—, la habían manchado indeleblemente. Nada podía contra eso. Nada quería intentar tampoco. Ella sabía que cuando se acercaban a ella los amigos íntimos de su marido era para aprovecharse de todas las sabidurías del refinamiento vicioso importadas por su marido... Ella se sabía la mujer legítima de Enrique Santa Cruz!...

A Irene le bastaba saberse incontaminada del fango. Y era rígidamente inaccesible. Y no por serle fiel a Enrique Santa Cruz, cuya vida de infidelidad con la naturaleza, lo había vaciado de su propia substancia, le había consumido la virilidad inútil.

Hoy, ¿por qué? se sentía llena de nueva, de renacida frescura. ¿Se estaba enamorando, se había enamorado ya del joven provinciano? No lo sabía, lo sospechaba acaso. Y ese secreto se lo guardaba para ella sola, y con él se sentía iluminada por dentro como una lámpara cuya luz iba esclareciendo muchos rincones de sí misma, inexplorados, vírgenes...

Juan Antonio, una tarde, le dijo así las cosas:

—¿Que cómo la veo a usted, Irene? ¿Cómo la vi desde el primer

instante?... Palabrita de Dios que no pude verla —¿la ofendo con ello?— ni elegante, ni refinada, ni... perversa. ¿Me atrajo usted por vanidad? A riesgo de ofenderla otra vez, he de decirle francamente que no. Verá usted: la vi a mi medida, hasta donde me alcanza mi vista, a mi medida campesina de muchacho hecho de agua y sol. La vi —pero si parece mentira—, como a una chica de mi tierra, prima, casi hermana, que me amó. Se llamaba, se llama aún, felizmente, Graciela Romero. A esa muchachita, día por día, le fui viendo el crecimiento de los senos, como se le engrosaban la cadera y los muslos, como se le ponían bonitas, así, las pantorrillas. Y todo, como el florecer de los azahares en los naranjos de la vega del río, y como los azahares se iban haciendo naranjas pequeñas y verdes, naranjas grandes y amarillas... La vi a usted a través de sus ojos, hasta adentro, aquella noche del baile de disfraces. Y le oí la voz... No, Irene: con esos ojos y con esa voz, no se puede ser perversa. Ojos de agua, Irene, voz de agua... Y el agua...

20

—¿En la cárcel?

—Sí, Juan Antonio, en la cárcel. Lo han capturado anoche, al tratar de ocultarse en la casa del canónigo Donoso, su tío...

Fabián Martínez, con su sobriedad seca, desconcertante, informaba a su amigo de la prisión de Guillermo Donoso.

—Bueno, pero ¿por qué?

—Cosas feas, muy feas las que se dicen, desgraciadamente.

Juan Antonio estaba sinceramente abatido, contrariado. A pesar de todo, había llegado a tenerle cariño a ese muchacho alegre, inescrupuloso, desaprensivo; producto y víctima al mismo tiempo del medio falso, vicioso, canalla en que vivía, al que pertenecía.

—¿De qué lo acusan en concreto, Fabián?

—Verás: el hecho pesquisable, lo que ha servido de base para la intervención de la policía, han sido unos cheques sin fondos que ha girado a favor del gringo ése, tenedor del garito de la Carrera Venezuela... Parece que eso se hace allí con frecuencia, que lo hacen muchos, pero que el gringo tiene lenidad y espera... Casi siempre cobra. Pero esta vez... acaso alguna intriga, no sé. Lo cierto es que el gringo se ha presentado en el banco a primera hora y ha tratado de cobrar los cheques firmados por Guillermo. El banco los ha protestado y, sin más, el gringo ha entregado el asunto a su abogado... Lo demás...

—Bueno... si no fuera más que eso... ¿A cuánto montará el va-

los de los cheques protestados?

—Exactamente, no lo sé. Pero un empleado del banco amigo mío, me ha asegurado que la cosa no llega a diez mil sucres... Diez mil sucres, hijo, son diez mil sucres... A menos que...

En medio del diálogo de Juan Antonio y Fabián, se presentó nervioso, visiblemente atribulado, a pesar de su calma habitual, Carlos Nájera.

—Ven, Carlitos, ven. Te esperábamos. Cuenta, cuenta. Tú has de saber cosas, detalles... ¡Pobre Guillermo! tú sabes que yo, a pesar de todo, lo he llegado a querer. Quisiera hacer algo, no sé...

—Poco o nada puedo agregar a lo que ustedes posiblemente saben, que todo el mundo sabe... Guillermo preso, cheques en falso... Guillermo, ustedes lo saben, es mi primo. Sobrino de mamá. La pobre está muy sufrienda, y vengo este instante dejándola en casa de tía Elvira, la mamá de Guillermo. Mamá no quiso que la acompañara Catalina... Tía Elvira es ya muy viejecita, bastante mayor que mamá... Está como muerta. Todos dudan que pueda sobrevivir a este golpe... Lloro, llora, pero a ratos se secan sus ojos irritados por el llanto, los fija duramente en un sitio, se la ve como ausente... Y abre los labios para soltar palabras al parecer incoherentes... Canallas, malvados, pobrecito mi hijo... Ese maldito Enrique Santa Cruz...

Al oír este nombre, Juan Antonio se sobresaltó...

—Algo debe saber la señora mamá de Guillermo, ¿no lo crees tú? Lo querría ayudar a Guillermo...

—Bueno, tú sabes, a tía Elvira no se le puede preguntar nada en el estado en que se halla... En cambio Josefina, la hermana mayor de Guillermo, ¿sabes? casada con el señor García Pérez, algo alcanzó a decirme, a medias palabras, claro, dadas las circunstancias. Según ella, parece que se trata de Enrique Santa Cruz y su pandilla de invertidos, drogómanos, sablistas, medio gánsteres, elegantes, refinados y *clubmen*. Guillermo, a lo que entiendo, los ha estado encubriendo a cambio de que lo mantengan en su círculo, el más cotizado socialmente, el más brillante de Quito. Y Guillermo no los ha delatado. Ha corrido todos los peligros y no los ha delatado. Es de los que piensan que aún en esos abismos, hay que ser caballeros...

—Pero dime, Carlos, ¿qué podemos hacer?

—A eso vine, justamente, Juan Antonio... Aquí, prácticamente, todos lo han abandonado a su suerte. Allá él. Que se joda. Todos los parientes ricos, inclusive el canónigo ese, hipócrita, tacaño, hijo de puta, han esquivado el bulto y lo dejan al pobre, y lo ignoran...

Nunca los labios de Carlos Nájera se habían manchado con la

mala palabra .Siempre pulcro, decoroso, llenitas las manos de perdón, siempre tratando de explicarlo todo, de justificarlo todo. Pero ahora...

—Ya, ya. Lo primero es amansarlo al gringo ése, con pago o garantías a su satisfacción, para que retire el cheque, la acusación, todo... En seguida, dedicarnos a rehabilitar a Guillermo, esclareciendo todas las cosas turbias en que lo han complicado. Del pago o garantías, voy a ocuparme yo este rato, y espero conseguirlo hoy mismo. En lo otro, pueden colaborar con mayor eficacia tú, Carlos y Fabián...

—Es que...

—Sí, comprendo. Acaso temen que mi amistad con los Santa Cruz... Nada de eso, cholitos. Creo que nos ha llegado una oportunidad magnífica para reventar este tumor podrido, para desenmascarar esta sociedad frívola, dominada por prejuicios de casta, de raza, de fortuna... No sé, Carlos, lo que a ti te pueda traer...

—¿Por qué? ¿Por pertenecer yo a ese mundo por vínculos de sangre? Alcarajo. Nadie acaso como yo, por estar —o haber estado— cerca de esa podredumbre, por haber sido su víctima al mismo tiempo que lo más querido de mi vida... Nadie acaso como yo tiene más urgencia de reventar esa apostema, para hallarle remedio, si aún lo tiene... Lo urgente es, ahora, salvar a Guillermo... El será luego nuestro mejor aliado...

No, no es el mismo hombre. No, éste no es Guillermo Donoso. A la salida de la cárcel, abatido y silencioso, no quiere apartarse del dormitorio de su mamá que se halla grave. El golpe ha sido para ella superior a sus fuerzas...

Su muchachito alegre, bondadoso, lleno de ternura. Su muchachito lindo, su muchachito santo... ¿Cuándo ha hecho nada malo? Siempre, al llegar de la calle, unos dulces, unas golosinas... Y ese empeño por hacerla tomar las medicinas, mamá, para que te pongas buena y vamos juntos a divertirnos por allí. Mamacita tan linda... Su muchachito... Pero si era todo, todito lo que tenía en la vida... Y de pronto, policía, cárcel, acusación de robo... ¡Canallas!... Pero Dios es grande, diosito del cielo, San Vicente bendito... Y la Dolorosita del Colegio... ¡Canallas!... Si hubiera justicia, en alguna parte, justicia... ¡Canallas! Y el peor de todos, su cuñado el canónigo, maldito, mil veces maldito, que se había atrevido a decir que ha caído vergüenza y baldón sobre la familia, el apellido ilustre... ¡Canallas! Virgencita santa, Jesucristo bendito... Canallas malditos...

Ya la cabeza no podía alzarse de la almohada... Sólo las manos

dulces del muchachito podían acercarse a sus canas... No, no, ya no...

La calle, los salones, el ambiente malvado de los "mentideros":

—Guillermo Donoso, el futre, está preso...

—Por ladrón...

—Ha estafado a todo el mundo...

—Miles de miles de sucres...

—Se ha robado las joyas de la señora...

—Ha forzado la caja fuerte del banco...

—Ha asesinado y robado a la vieja usurera...

—Se ha hecho pagar miles de sucres por unas cartas falsas...

—Por unas cartas de amor escritas a un torero por la mujer del millonario...

—Parece que lo han encontrado en actos deshonestos con un jovencito de la mejor sociedad...

—Ha roto las puertas de la joyería de...

—Lo han podido atrapar en la estación del tren, con pasaje para Europa y una maleta con sesenta mil dólares en billetes...

—Todo dizque ha sido por pendejo...

—Sí, por pendejo dizque ha sido todo...

—Doctor, doctor, dígame, ¿es muy grave, se salvará mamá?

—Estamos haciendo todo lo posible, señor Donoso, todo lo posible... El golpe ha sido grave, muy grave...

(—Yo, yo la maté a mamá. Sí, yo. La he mantenido engañada, diciéndole que ganaba dinero en comisiones, en ventas de casas, de automóviles... Y lo que en realidad he sido es un cabrón, un alcahuete, un mierda... Sí, ¡un mierda! Yo la maté, pobre viejita... ¡Soy un perro, carajo!... ¿Se salvará mamá? ¿Cómo puedo dudarlo? Soy mismo bruto, además de malo, bruto... Si muriera, tengo que pegarme un tiro... ¿Pegarme un tiro? ¡Qué val! Si soy un maldito cobarde... Tal vez mejor veneno... Se compra estricnina para las ratas... ¡Una rata, una maldita rata, eso es lo que soy! Una hedionda, una maldita rata...).

—Niño Guillermo, la patrona...

—No, Juan Antonio, no. Jamás me he de perdonar la muerte de mamá... No he valido para nada, ni siquiera para matarme. Para nada, Juan Antonio... Porque yo la maté, Juan Antonio, mi viejita,

mi viejita... Por vivir en esta alcantarilla de inmundicias, desvergüenzas, borracheras y crimen... Y yo, idiota, en medio de todo eso, de toda esa porquería por creerlo refinado, chic... La *high life*, ca-rajo, excremento, putrefacción, basura... Poetillas sablistas, aristócratas maricones, criaduchos de casa grande metidos a periodistas y a rateros, niñas bien... bien putas, casadas emputecidas y en medio de todo eso, unos cuantos explotadores, vivísimos y canallas que se aprovechan de la viciosa estupidez de los demás... Y yo, sirviéndoles como alcahuete y cabrón, como intermediario de estafas, correve-y-dile de chantajes, agente de deshonras, contratista de virgos, confidente de mariconerías, padrino de adulterios... ¡Pobre, pobre mamá! Yo la maté, Juan Antonio, yo... Pobrecita... tan pagada de la aristocracia, del puro timbre de sus apellidos, tan señora. Segura de la dignidad, de la virtud, del honor de su hijito... Un Donoso Carcelén, preso en la cárcel por estafador, por ladrón... Pobre mamá...

—Desahógate, cálmate. Y reflexiona. Mira bien adentro, al fondo de ti mismo. Del fondo de tu caída, tienes que levantarte. Nos tienes a nosotros, a Carlos, a Fabián, a mí...

—A ti, sobre todo. Te debo esta poca cosa miserable que ha quedado de mí. Esta pobre cosa que soy ahora. Nadie, nadie, dé toda mi larga familia, paterna o materna. Ese clérigo maldito, que solamente sirvió para agravar las cosas... Hasta el gringo del garito, a la postre, se portó mejor, retirando la demanda... Mira, Juan Antonio, cuando chico, cuando jovencito, yo me creía algo privilegiado en medio de todos los de mi clase, bastante tontos y degenerados... Hoy... Hoy sé toda la triste miseria de mí mismo y de todos los de mi ca-laña...

(Enrique Santa Cruz, el marido de Irene... el rastacuero arrogante que había envenenado todas las aguas... El había montado la trágica escenografía en la que al pobre pendejo de Guillermo Donoso le había tocado el papel de "villano". Para nadie era más repugnante y odiosa la persona de Enrique Santa Cruz, tatur afeminado y chantajista de oficio, que para él, Juan Antonio Molina. Quería mucho a Irene. ¿La amaba? y por lo mismo consideraba como una profanación la sola presencia de tal hombre en las proximidades de Irene, en su ambiente familiar, en su casa. Había que salvarla. El —no sabía cómo, exactamente— la salvaría...).

—Bueno, Guillermo, este Enrique Santa Cruz, nombrado por tu madre al morir, acusado por tu hermana, ¿qué papel juega en toda esta miseria? Según Carlos Nájera...

—Mira, Juan Antonio: yo había pensado callar todo lo referente a este asunto, por ese voto de complicidad entre canallas que ellos llaman "caballerosidad". Caballerosidad, en esos ambientes, es una palabra sonora que oculta feas cosas: el encubrimiento de la delincuencia aristocratizante, la sucia delincuencia elegante de la "gente bien". Ahora estoy resuelto, contigo, a hablar: Enrique Santa Cruz, antes que un malvado, es un "enfermo". Hombre de una cierta superficial cultura, buen gusto y distinción innegables, tiene, en cambio, una vanidad sin límites, basado en la femenina seguridad de su hermosura física, sus apellidos, el mucho dinero que antes ha tenido y derrochado, su familia, sus viajes, sus lecturas. De puro snob, antes que por vocación, se ha entregado a todos los vicios que considera refinados, que todos consideran refinados... Desde la morfina y la marihuana hasta la inversión sexual...

—Bueno, y sabiendo eso, ¿ustedes...?

—Sí, Juan Antonio. Existe una como *maffia* tácitamente organizada para endiosar a este bello animal ultracivilizado, de estampa y modales subyugantes que, a pesar de su leyenda, acaso por ella mismo, enloquece a las mujeres y... naturalmente a los jovencitos de buenas familias... Viejas ricas y vanidosas, pierden su decoro y su orgullo, para someterse a los caprichos y la explotación económica de este Casanova depravado pero... hay que confesarlo, supremamente elegante... Yo he formado en este grupo, Juan Antonio. Merezco tu repugnancia, tu desprecio... Pero yo no, eso sí que no...

—No te alteres, muchacho, y sígueme contando. Esto te desahogará, te aliviará. Tranquilízate, sigue...

Para hacerlo entrar en confianza, darle valor, Juan Antonio buscó una botella de coñac y dos vasos.

—Un poquito para entrar en calor, ¿sí?

—Te lo agradezco, cholito, se me secan los labios... Sí. Yo era uno de los más eficaces colaboradores de esta pandilla infame. Tú conoces mi labia, mi ninguna timidez, mis numerosas relaciones sociales... Ese ha sido mi capital en esta empresa de porquería. Pero, Juan Antonio, voy a confesarte una cosa al parecer increíble: yo no obraba por interés de dinero, por lucro... Tengo la horrible vergüenza de admitir que lo hice por gusto... ¿Vocación de alcahuete, de chantajista, de cabrón? Quizás no... Era una satisfacción en la que se mezclaba una cierta vanidad canalla de alternar, en calidad de hombre de confianza, casi de protagonista, con el grupo social más brillante de Quito... Temo no darme a comprender de ti, tan rectilíneo, tan sin hipocresías...

—No te preocupes. Creo estarte comprendiendo. Sigue, sigue...

—Dado mi modo de ser, que tú has creído conocer, ¿verdad que se te hace imposible toda esta cochinada que te estoy contando? Yo me pagaba con creces con la vanidad de sentirme hombre necesario para muchas gentes importantes, “zurcidor de voluntades”, acoplador de lujurias, negociador de refocilos y acostadas, artífice de adulterios, intermediario de intrigas políticas que pasan por la alcoba, depositario de secretos financieros y galantes... ¿Dinero? Puedo afirmarte que no lo he percibido en este infame oficio. Directamente, por lo menos... Tal cual comisión por negocitos lícitos al margen, como venta y arrendamiento de inmuebles, venta de automóviles... ¡Figúrate que esas cosillas me permitían tener cuenta corriente en el banco!

—Así lo había notado...

—En el curso de esta época horripilante, he llegado a tocar el fondo de la miseria humana. De la pobre y triste, triste, sobre todo, miseria de esta gente de “la alta sociedad”. Yo caí, Juan Antonio, como una pobre mariposa atontada por la luz. Me he chamuscado las alas y me he quemado por dentro. Me siento purificado por la vergüenza y por el inmenso dolor... Pero oye, Juan Antonio, ¿quieres creerme? No me siento despechado ni vencido. Más bien aliviado... sobre todo, cuando observo que me oyes con benevolencia, que acaso te explicas ciertas cosas...

—Pero hijo, no faltaba más. He asistido emocionado a tu desnudamiento interior. Te he admirado. Es el valor más rudo y viril: el valor de confesar. Te agradezco inmensamente tu confianza, porque al fin y al cabo, ¿qué soy yo para ti? Un ser humano...

Guillermo Donoso estaba cubierto de sudor, jadeante, estremecido. Juan Antonio trataba de ver claro en medio de encontradas emociones. Lo único cierto, es que se hallaba junto a este muchacho desgraciado, y que había hecho en él un amigo...

—Dame un trago, ¿quieres?

Se repuso. Y desde ese instante, se lo vio transfigurado, luminoso; Juan Antonio estaba deslumbrado. No más ya el Guillermo dicharachero y procaz, divertido y alegre. ¿Alegre? Quién sabe. Ahora era una nueva alegría, con piedad y con rabia. Con todos los buenos ingredientes que hacen que un hombre sea esta cosa admirable: un hombre bueno. Solamente que el precio que había pagado por esta ganancia era espantoso. Había muerto su madre...

21

Todos estaban allí. El departamento de Juan Antonio Molina se había convertido en el lugar de reunión de todos "los salvadores de la patria", como les llamaba irónicamente el poeta Javier Salamanca, uno de esos salvadores, desde luego. Pero es que la patria no se dejaba salvar por nosotros, afortunadamente!

Todo era nada. Todo se jodía. Cada vez peor, ¡fú!... La julianada de los militares, se había convertido después de años en una julianada de aprovechadores civiles. Conspiraciones de todos los días. Esta noche, ¿sabes? esta noche es el golpe. Se lo oí contar a un sargento de la "Bolívar", allí donde ustedes saben... ¿Para quién? Pues, quién sabe... Los conservadores se mueven, los liberales se mueven, los socialistas se mueven. Cualquiera rato. Cualquiera cosa. ¿Pero esto? Esto no puede durar... No, señores, no puede durar...

El grupo había aumentado. Además de los organizadores, o sea Juan Antonio, Carlos Nájera, Fabián Martínez y Guillermo Donoso, se habían incorporado en forma casi permanente Eduardo Navas, periodista y, dizque, crítico literario, artístico, teatral. El poeta Javier Salamanca que, carajo, todo es una gran pendejada, qué diablos... Dueño de todas las malas palabras habladas y de todas las buenas palabras, las bellas palabras de sus poemas. Alcarajo todo, alcarajo. Dos pintores: el uno, Augusto Arboleda que juraba por Picasso, por su abuela, por el diablo, y que hablaba interminablemente, y su acólito José Sarmiento —decían que mejor pintor que Arboleda— y que

jamás decía esta boca es mía ni ohus ni mus. El estudiante de leyes Luis Carlos Armendáriz, que contaba "con los elementos revolucionarios de la Universidad, que ahora no son como los de antes, no señor, no son como los de antes". Y el teniente en retiro dado de baja por estos sinvergüenzas "por convenir al buen servicio", pero que conservaba contactos con muchos oficiales y con la tropa, eso es, con la tropa. Lo demás, perdejada... Se llamaba Morejón, Juan Morejón.

Fabián Martínez, seguramente uno de los más jóvenes, había asumido, por tácita aceptación de todos, una cierta posición de capitán. ¿Jefe, director, líder? No. algo distinto, acaso mejor que eso: suscitador, animador, guía... Guía amigable, "con la lámpara en la mano, carajo, con la lámpara en la mano para evitar tropezones", decía Salamanca.

Cuando Fabián Martínez se hallaba "en trance" apostolar, hablaba bajito, lentamente, en forma coloquial, dulce voz grave, sin oratoria, sin ademán y sin literatura... Creía controlar su nerviosidad, que se denunciaba con el incesante encender y fumar cigarrillos, que en veces arrojaba a medias consumidos... Y eso que...

No podía hablar sentado ni fijamente de pie; tenía que moverse, caminar, empujar una silla, palmear a un amigo, abrir un libro, aunque del revés... Una cosa: no accionaba con las manos. ¿Cómo?

El Grupo, ya con mayúscula, porque se llamaba G R E, Grupo Revolucionario Ecuatoriano; era llamado por las gentes, pocas, que lo conocían, el grupo de los "grecos". Se reunía en el cuarto de Juan Antonio una vez por semana cuando menos. En las reuniones, se comenzaba comentando la política extranjera, noticias europeas, universales. Los desafíos de Mussolini a Europa, al mundo entero. La infamia de la guerra de Etiopía. Las tropas fascistas, que antes de salir a matar abisinios, recibían primero la bendición del Papa, después que en su misa cotidiana repetía muchas veces:

Pax vobis.

Se decían palabrotas sobre ese austriaco pintapuestas, invertido y siniestro, Adolfo Hitler, que ya amenazaba con incendiar el mundo para cumplir sus ambiciones y que en Polonia, en Rumania, en Alemania y en Austria, desencadenaba ya los pogromos en los que caían asesinados millares de judíos...

Pero los ánimos se caldeaban más al comentar la infamia de Es-

paña: la sublevación contra el pueblo de unos generalotes traidores y asesinos... La muerte de Unamuno...

Y era luego lo nacional. A la julianada —intento pretoriano de sanear la vida administrativa del país, fracasado en medio de la inepticia y del ridículo— habían seguido muchos intentos de rectificación, muchas empresas personalistas y ambiciosas. Hasta que por fin, el país se había hundido en una dictadurilla barata, ridícula, chistosa, una dictadurilla de sal quibena y de rapacidad integral. Contra eso actuaba el grupo de Fabián Martínez y Juan Antonio Molina, queriendo aglutinar voluntades, despertar la conciencia popular, encender la rebeldía de las juventudes...

En el grupo, hasta que se formalizaba la conversación, y mientras llegaban todos, se iniciaba la cosa con chismes, bolas, conjeturas:

—¿Han oído lo que dicen de...?

—La otra noche, en casa de mujeres alegres, el dictador, que le gusta que lo acaricien pollitas de quince años, porque ya no...

—Un sargento de la "Bolívar", que duerme con una mujercita que vive cerca de casa, ha contado que...

—Pero lo más brutal es eso del contrabando realizado por el mismísimo Ministro de...

—¿Saben ustedes que las chicas Yépez, la buenasmozas, actúan como espías a sueldo de la dictadura?

—¡Bah! Señoronas de no creer se ganan la plata delatando, intrigando, mintiendo...

—Y la historia del comunismo, carajo, es la más jodida. Todo el que no está con el gobierno, comunista...

—Sí, hombre, sí. Comunista el hombre honrado que no se presta a latrocinios, comunista el que se niega a aceptar un cargo en este gobierno de vergüenza, comunista el que expresa una opinión religiosa, política, económica que no es grata al gobierno, comunista el poeta ese que hizo unos versos hablando de hambre, desnudez y frío, comunista ese señor que había puesto a secar en el patio de su casa un zarape mexicano, que los esbirros dijeron que era la bandera soviética, comunista el profesor que explica las ideas de Bolívar, comunista el trabajador sindicalizado, el campesino que reclama contra la explotación de sus amos, comunista el que canta el Himno Nacional...

—Bueno, hablando ya en serio —canaliza Fabián Martínez— lo verdaderamente grave es el encanallamiento, la miseria, el hambre en que se debate el país. Es la corrupción, la ineptitud llevadas a

límites extremos. Mientras unos pocos aventureros satisfacen sus apetitos de poder, de dinero, sin detenerse ante nada, el pueblo se muere literalmente de hambre, sin literatura alguna, de hambre. La clase media urbana abúllica, sumisa, embrutecida. Haciendo malos chistes y dedicada, como usted, como yo, a la empleomanía, a la burocracia, que nos vuelve a todos esbirros y lacayos...

Conforme hablaba Fabián, los demás se iban interesando por lo que decía, se acercaban a oírle.

El pintor Arboleda, hasta entonces callado, aparentemente tranquilo, se iba enfureciendo a la vista de todos. Como primer acto de coraje pidió un cigarrillo precisamente a los que no fumaban, hasta que Juan Antonio le ofreció uno y se lo encendió con su elegante encendedor automático.

—¡Carajo! todo esto es intolerable, comenzando porque en este chiribitil no dan nada, absolutamente nada...

—Ya va, hijo, ya va. ¿Qué quieres? Tengo un buen pisco y un mal coñac, ¿qué prefieres?

—Venga por el pisco, aunque sea hecho por nuestros "tradicionales enemigos". El pisco, sí, carajo. Y en seguida, ¿por qué no conspiramos para botar a este gobierno de mierda?

Juan Antonio, ayudado por Carlos Nájera repartía copas de pisco, comenzando por el orador enfurecido, Arboleda...

—Pendejadas, dijo calmadamente Eduardo Navas, el periodista. ¿Qué sacamos con eso? Ya lo hemos visto tantas veces: se bota unos tiranuelos imbéciles, explotadores, rateros y, cualquier rato, caemos en otros, igualmente ineptos, explotadores y rateros, pero con más agallas, con mayor rapacidad que éstos... Hasta aquí —tengo veinticuatro años— sólo he oído decir a todos que el gobierno botado era mejor... Siempre... Esto necesita algo más radical. Nada de jueguitos conspirativos. Si no hemos preparado algo en programas, hombres, orientación política, lo que ocurrirá es que los militares, para salvar la patria del caos —cuantas veces los militares han salvado la patria del caos— se encaramarán en el gobierno y... otra vez la juliamada, ruido de botas y de sables en todas partes...

—Es verdad, comentó con serenidad bondadosa, Carlos Nájera. Como lo recuerda Navas: ya vimos lo que pasó el 9 de julio, hace diez años... Esos militarillos —algunos de ellos— eran unos buenos muchachos, ilusos, patriotas, pero ignorantes y un poco envanecidos. Cuando fracasaron, sintieron el poder como una brasa de candela en sus manos y lo entregaron a una Junta de Gobierno compuesta en

su mayoría por políticos ambiciosos, muchos de ellos aspirantes a la presidencia de la república... ¿Después? El opaco, el tristísimo frustramiento de una buena intención... Sobre todo en el caso de Mendoza...

En ese preciso instante entró Lucía Martínez, la hermana de Fabián, a la que tanto conocemos. Por influencias de amigos y parientes de Carlos Nájera y de los recientes amigos de Juan Antonio, la muchacha había podido hallar trabajo, primero en el Hospital como ayudante de enfermería en la sala número 7 y luego en la oficina de despacho de recetas. La muchacha, valerosamente, había hecho el aprendizaje de la nueva vida... Era hoy, como antes y durante su período de sacrificio, una muchacha pura, sana, endurecida por los años de experiencia dolorosa, en su adolescencia y su primera juventud... Ahora que trabajaba en una faena modestamente pagada, se había unido al grupo de los amigos de su hermano; y con esa voluntad de proselitismo de que son capaces las mujeres, colaboraba con ellos leal, reflexiva, apasionadamente. A quien escuchaba, respetaba con admiración teñida de ternura, era a Juan Antonio Molina. De aquella noche de su encuentro con el muchacho lojano en el cuarto de prostíbulo, Lucía derivaba el cambio de su vida, como María Magdalena de aquella tarde de Judea en que tuvo su primer encuentro con Jesús...

En realidad, al grupo le faltaba un camino de contacto con el pueblo. Ninguno de sus integrantes conocía el preciso itinerario. En eso residía su debilidad. Eso los convertía en revolucionarios de Ateneo, de Academia, que trataban de organizar al mundo con juegos de la inteligencia, en pláticas a puerta cerrada. Y, sin embargo, era del pueblo, de su suerte, de su desamparo, de la injusticia de que es víctima, de su esclavitud, que el grupo se preocupaba o decía preocuparse...

El que más decía saber de lo que, un poco pedantescamente, llamaba "las bases", era Armendaris, estudiante, pero asiduo concurrente a la Casa del Obrero, en la que había adquirido cierta facilidad de palabra, un notable desenfado para hablar ante públicos más o menos numerosos. Armendaris representaba un doble papel, que le daba cierta autoridad y prestancia: era el hombre de los trabajadores ante el grupo de intelectuales revolucionarios, y era el hombre de los intelectuales ante los trabajadores. Ventaja y desventaja a la

vez, pues según marchaban las relaciones entre los dos grupos, llegaba el caso en que se hacía sospechoso ante todos.

Fabián Martínez, comprendía, anhelaba la aproximación al pueblo. Pero estaba convencido de que le faltaban cualidades personales para esa aproximación. Nadie más que él orgulloso de ser pueblo, hombre del pueblo como ninguno; pero no sabía las palabras del diálogo acercador. Era un intelectual y un tímido.

Juan Antonio Molina, menos tímido acaso para otras necesidades de relación, tampoco hallaba la forma, tampoco "le cogía la punta" a esto de fraternizar, de inspirar confianza a los trabajadores. Él sentía el ideal revolucionario desde las lejanas reminiscencias provincianas. Por el recuerdo del doctor Villarreal, de Miguel Ángel Echeverría. Pero ni allá, menos aquí en la capital de la república, había podido tomar contacto directo con el pueblo, con su dolor o su júbilo.

Y así, más o menos, los otros. Hombres de lecturas, fervorosos por la justicia social, inconformes con la desigualdad, la explotación, los prejuicios, la desastrosa organización económica del país. Saturados, eso sí, de lecturas marxistas, que interpretaban libremente, con pasión encendida.

Traían separadamente, cada uno, un estímulo distinto. En los unos, era generosidad teórica, de tipo reflexivo, sentimental o emocional personalmente desinteresado. Otros eran revolucionarios "porque sí". Los demás, en cambio, era amargura, resentimiento, dura experiencia sufrida en carne vida, lo que los había conducido hacia la revolución. El ajuste, el acoplamiento cabal era difícil. Sobre todo para crear un instrumento, una maquinaria política de acción eficaz, en el plano del debate cívico, o en el heroico y duro de la rebelión.

Esta noche es el golpe... La frasecilla, entre misteriosa y burlesca, que mantuvo en constante zozobra a nuestras gentes el segundo cuarto de siglo, después de la frustrada "revolución juliana" de 1925, era llevada con frecuencia a las reuniones del Grupo, especialmente por Armendáriz, el periodista Eduardo Navas o el teniente retirado Morejón. "Esta noche es el golpe".

Y es que el ejército era, en realidad, la esperanza mayor —¿la única?— de esta generación de revolucionarios de escritorio y de conversadero. Cien años de pretorianismo, sin careta o con ella, habían producido este resultado lamentable: generaciones jóvenes que se sucedían preocupadas en veces de la suerte de la patria, teorizantes,

ilusas, que todo lo confiaban de la taumaturgia de los "ciudadanos armados". ¿Elecciones, ejercicio de la democracia? Mentiras que a nadie, absolutamente a nadie, podían engañar... Hay que cambiarlo todo, se decía —únos a la derecha, ótros a la izquierda— hay que cambiarlo todo, pero que lo hagan los soldados, mediante el sistema conocido: el golpe. Por eso, pues, "esta noche es el golpe"...

Juan Antonio Molina estaba desilusionado. No esperaba esto. No pudo, en su lejana provincia, imaginar la pequeña cosa que era la política, la revolución, para estas juventudes más cercanas a las fuentes del poder. El recordaba las pláticas del Viejo Villarreal, la Revolución con mayúscula, y aquí se encontró con que lo único que preocupaba e interesaba, era la politiquería, el empeño premioso de botar unas gentes para poner a otras. La urgencia de cambiar de nombres, sin ocuparse de sistemas, de estructuras, de cosa humana y profunda. Y por allí, agazapado, casi inconfesable, el interés inmediato de surgir, de "triunfar", de mejorar, egoístamente, de situación personal, económica y social...

Fabián Martínez sentía una especie de rubor ante su nuevo amigo, y se empeñaba en conducir las cosas por mejores rumbos. Pero... no podía, era siempre derrotado. ¿Programas? ¿Estudio de problemas, proposición de soluciones? Cosa romántica, libresco, "intelectual"... El asunto era tener amigos entre los oficiales, entre los sargentos, combinar cosas, conspirar, "dar el golpe". ¿Después? Ya se vería... Cualquier cosa. Ya saldrá. Lo esencial es botar a estos de ahora. Cualquier cosa ha de ser mejor que ésto... ¿Y?

Morejón, el teniente Morejón, se ofreció a llevar a una de las reuniones, a dos oficiales amigos, vestidos de civiles. Fabián estuvo reticente, pero no se opuso. Juan Antonio puso a disposición de los amigos su departamento. Arboleda se indignó: con esos sinvergüenzas, volteados, delatores, no quería nada. De los militares, ni la felicidad... Pero, en fin, habría que oírlos... Morejón afirmaba que la "cosa andaba muy bien, que todo estaba asegurado" y que los oficiales en activo, tenían encargo de ponerse en contacto con el Grupo para hablar sobre la organización del nuevo gobierno que surgiría de la revolución.

Varias reuniones se sucedieron. En distintos lugares. Para darle mayor misterio, algunas de ellas fueron en los bosques de eucaliptus del Pichincha, sobre el Seminario Mayor. Otras en las quebradas de la Magdalena, no lejos del cuartel del Pintado...

Se arreglaron fiestas con mujeres alegres. Alcohol, bailes, borra-
chera. Palabras que se sueltan, cosas que se dicen... Lucía Martínez
se mantuvo constantemente opuesta a esta cosa invertebrada, pueril,
de gentes que se entregaban maniatadas a una acción sin contenido,
sin propósitos, informe, dislocada...

Hasta que esa mañana... Tiroteos por aquí y por allá... La
cosa es en la Bolívar, el Regimiento de Artillería Bolívar... Los
soldados se resisten a salir de la ciudad. Bala, bala, bala. ¿Qué?
Cuatro horas. Doscientos muertos, mil heridos...

Ordenes de arresto para todos los del Grupo. Todos. Cayeron
algunos. Muchos se escondieron. Confinios, destierros. Pocos meses
de eso. Luego, la magnanimidad, sobre todo con los estudiantes...
Porque han sido engañados por los políticos ambiciosos...

Y las gentes que vieron la cosa, contaban largamente: los más
"esforzados defensores del orden", los más heroicos soldados de la
Constitución, fueron esos, esos... Esos que asistieron a las reuniones
de los pobres pendejos del Grupo Revolucionario Ecuatoriano... Esos
mismos...

Morejón, el teniente Morejón, fue reincorporado al servicio activo
de las armas... y ascendido a Capitán...

22

Jueves 28 llegaré por ferrocarril. Abrazos. Francisco.

Ocurrió al fin. Tenía que ocurrir. Panchito Soto, el muchachote sonrosado y de apariencia alegre de la provincia lejana, anunciaba su inminente llegada. Para hacerse cura, irremediablemente.

Un estremecimiento, como cuando la hermanita menor lo despertaba en la estancia rociándole la cara con agua, lo sacudió todo. Juan Antonio sabía la cosa. Mil veces había hablado de ella con los amigos de Loja, con los nuevos amigos de Quito. Pero hasta entonces la había sentido lejana, brumosa, como cuento escuchado no sé dónde o como cosa que ya había ocurrido en épocas lejanas. Panchito se hacía cura. Un chico que había jugado con él. Que había matapeinado con él. Que había hecho cosas en su compañía. Que había dicho malas palabras y robado frutas con él... Cura, cura. ¿Entonces así no más son los curas? ¿Como Panchito Soto?

Y entonces, todo se le representó, como cuando se levantan las brumas, poco a poco, y van dejando ver las cosas. Todo lo de allá, lejano y penumbroso, se iluminaba de pronto, como si recibiera la luz de un reflector... Todo. Y era por eso, porque Panchito Soto llegaría después de dos días. Porque Panchito Soto se venía a Quito, desde Loja, para entrar al seminario, para ordenarse, para hacerse cura... Panchito Soto... De golpe, todo, todo eso, lo que se estaba confundiendo, opacando, con la ausencia, con estas otras cosas, amores, amigos... Pero de pronto... Todo, todo se le apareció clarito, transparente, como era...

¿Ella? Ella. Sus ojos, su voz...

"¿Cómo era, Dios mío, cómo era?

—Oh corazón falaz, mente imprecisa!—

¿Era como el pasaje de la brisa?

¿Como la huída de la primavera?"

Toda la poesía inefable de Juan Ramón Jiménez, con aire claro de amor entre las cosas, se le vino a Juan Antonio después de la lectura del telegrama del pobre amigo que, desde la tierra lejana, venía para meterse cura. Toda la poesía del poeta, como lámpara, iluminaba el ambiente. Y el telegrama, ¡Dios mío, cómo que olía a naranjas, a sauces mojados en el río, a chirimoyas, a Ella...!

Ella. Sí, claro. Sus reidores ojos negros —¿eran negros, eran...?— que aquella vez estuvieron un poquito tristes, con sonrisa entre lágrimas... Cuando aquella vez, en la cuadra del río, con beso de ojos, desde lejos, realizaron el esponsal con rosas y con lágrimas —¿quién dijo que las lágrimas son tristes?— de purita alegría... Ella, la que se quedó allá lejos sin la nube de un mal pensamiento. Ella, que sólo tuvo tiempo para ser buenita y... para ser linda. La que se ofreció toda a la Virgencita de nosotros, la Virgen de bronce de la loma, cuando le contaron esa tarde, que él se podía morir... ¡Virgencita buena, que me muera yo y no él, yo y no él, Virgencita!...

Sacudió el aire con las manos como para ahuyentar mariposas... Y el telegrama estaba en su mano derecha. Entonces...

—Mudo tan pendejo, tan bueno, tan desgraciado... Venía para hacerse cura el condenado... ¡Y no dejaba criadas en su barrio, por el lado del Puente de las Monjas, sin tumbárlas!... La historia de la Chabela, que quería quedar encinta de él, para que no se haga cura... ¿Dónde se ha visto un cunita con guaguas? ¿Dónde? Panchito Soto... ¿De esta madera están hechos los curas? Traería noticias de los amigos. De Miguel Angel Echeverría. Contaría como había sido la muerte del Viejo Villarreal... Bueno. Y habría visto seguramente a su mamá, a sus hermanos... La viejecita linda... Este año, sin fallita, iría a verla... Sin faltita ninguna... Tal vez Pancho le traiga platita de la venta de la mula. Porque Adolfo ya debe haber vendido la mula en la feria... ¡Quizacito! Quería hacerse dos trajes, uno azul y otro marrón, y dos pares de zapatos... Con la Miche, claro que se ha de haber encontrado el pendejo este, seguro... Ya debe estar con guagua del sargento saxofón... ¡Qué rica, la Miche, diosito, qué rica!...

(¡Qué bruto, olvidándose del cholo Julio Emilio, qué bruto!... Si él solo valía por toditos... Después de mamá, después de Ella... Y Julio Emilio sí sabía, lo mismo que Graciela, de los esponales esos de la Cuadra del Río, con rosas y con lágrimas...).

—Qué mas, pues, terno nuevo... Para hacerse cura, ¿será necesario tener ropa nueva?

—Claro, ¡qué joder, pendejos! Y les traje pisco, es decir *te traje pisco*, Juan Antonio... Qué bien te veo, ¿y las chullas? ¿Es cierto eso de las chullas?

Con Juan Antonio, varios amigos lojanos y quiteños fueron a la estación a recibir al proyecto-de-cura. Se cumpliría el rito habitual. Comida, borrachera. Lo de siempre. Juan Antonio lo llevó a su departamento, para que se bañe, se afeite, descanse y... le cuente todas esas cosas, toditas esas cosas...

—Bueno. Después de una copa de la buena llegada, marcharse todos, ¿eh?, hasta las siete, para ver qué hacemos: comer, beber, ir donde señoritas... Yo me quedo con este aprendiz de cura para ver si hago los últimos posibles...

Cuando todos se fueron, Juan Antonio lo acribilló a preguntas al recién llegado.

—Bueno, vamos poquito a poco, por partes. Tu mamá está bien. No más un poco triste por tu ausencia. Ha comprendido la intriga sucia de las viejas beatas que conspiraron contra ti hasta organizar tu viaje a Quito... Tiene ganas locas de verte. Tus hermanos, bien... Don Alberto... bueno, tú sabes, desde aquella cosa...

—Pobre mi viejecita... En estas vacaciones, sin falta...

Después de lo esencial, que era saber de su mamá, ya no hubieron preguntas sino...

A borbotones fluía de labios del recién llegado, la noticia, la novedad, el chisme, el cuento. La provincia con su paz con moscas, con su aire tibio, entibiado de flores, desaseo, canalladas, amores, crímenes, divorcios, nacimientos legítimos e ilegítimos, testamentos falsos, abortos de doncellas que siguen doncellas, "antes, en y después"... asaltos de bandidos en la frontera, politiquería aldeana, porquería del gobernador, noviazgos que duran años de años. A la Zoilita, novia de toda la vida del chalán Mosquera, le ha puesto un hijo el Teniente Zapata. Esas beatitas "nobles" que nadie pretendía, han parido las dos: Eduwigis, del turco que lleva casimires a las

ferias y Domitila, del padrecito dominico ese, tan modocito él y tan virtuoso... El zambo Zabaleta dejó de estudiar en el quinto año, se dedicó al contrabando en la frontera y se ha hecho bien rico, el desgraciado. Don Juan *pat-e-palo*, sigue llevando cartitas de los muchachos enamorados a las chiquillas "decentes" y recaditos amorosos, a pretexto de enseñar mercaderías de contrabando, baratitas, baratitas... Gana más, te juro, como alcahuete que como mercachifle, mucho más. Las hermanitas Rojas han tomado caminos diferentes: la mayor, Enriqueta, después de eso... bueno, se hizo monja; la segunda, Griselda, malcasó con ese chazo cuatrero; la última, Sabinita, emputeció...

—¿Y de tu casa? ¿Tu mamá? ¿Tus hermanos? ¿Tu abuelita? ¿tu tío?...

—Otra vez, vamos por partes. Mamá, la pobre, está muy sufrida, muy sufrida. Ella se da cuenta de mi sacrificio, pero... el cura maldito la tiene como hechizada, *brujada*... Nunca ha pensado sino con la cabeza del cura, mi padre. Es que, ¿comprendes? El ha sido un poco padre, marido, sacerdote, para ella. Todo lo grande —triste o alegre— de su vida. Le parecería una blasfemia, un crimen, contrariar su voluntad... Algo fuera de lo posible, absurdo. Pero a mí, ¿sabes? me quiere... Con una ternura medio vergonzante, como se quiere a algo malo pero muy sabroso, un amor pequeñito, íntimo, así, de palmadas en las nalgas, de besos en la frente, de no te mojarás, muchacho, cuídate de esas golosinas, no vayan a enfermarte, ve, aquí te tengo guardado este tamalito... ¿Mis hermanos? Va... cada cual por su lado...

—Me olvidaba, oye, ¿y esa chica que me contaste que era tu hermana y tu tía a la vez, hija última del cura y de tu abuela, y que apenas es uno o dos años mayor que tú?... ¿Cómo se llamaba?

—¡Ah!... Sí: se llama Virginia, ya te has olvidado... Y esa es la vaina mayor que hay en todo esto... ¿Te acuerdas? Creo haberte contado que en Platanillo, yo dormía en un cuarto cercano al que dormía mi mamá y el señor cura... y que en ese mismo cuarto dormía también Virginia... ¡Ah, carajo, cholito... Figúrate: ella se desvestía delante de mí, cuando ya me creía dormido... Como era un poquito mayor, ella hacía los últimos mandados de mi abuela —mamá de ella— y se venía a dormir cuando yo estaba ya acostado... Yo me hacía el dormido y le veía toditito... La bandida se daba cuenta porque... Bueno: lo cierto es que a mí no me quedaba más que... y amanecía ojeroso, debilucho, como después de las tercianas...

—Pero cuando fueron a vivir en Loja, cambiarían las cosas...

—Cambiaron, sí, pero para empeorar... Virginia se comenzó a poner bonitíña, ¿te acuerdas? Yo creo que tú mismo... Lo cierto es que tenía unas rabias violentas con todos los que se le acercaban... Y a mí me tenía enloquecido. Se daba modos de entrar en mi dormitorio, para arreglar las cosas, llevarme café, poner flores... Cuando el cura, padre de ella y mío, aunque en distinta madre —mi abuela y mi mamá— se puso de mucha gravedad con la primera fiebre reumática, nos quedábamos hasta bien tarde para hacer mandados, ella ir a la cocina a preparar un remedio, yo salir a la farmacia a comprar algo, hacer despachar una receta... Para no dormirnos, íbamos a la sala cercana y nos sentábamos en la banca grande a conversar, a contar cuentos, a media luz y a veces casi a oscuras... Como nos hiciera frío, nos poníamos los dos, ella y yo, el mismo poncho, y sacábamos nuestras dos cabezas por la misma abertura... Naturalmente... ¡Qué barbaridad! Naturalmente, nos estrechábamos, nos refregábamos, hasta que nos besamos...

—¿Y?

—Bueno: te lo juro, no llegamos a más, hasta orita... Yo no sé qué es lo que nos detenía... De todo un poco: miedo de que nos sorprendan, recelo del terrible parentesco, que apenas entendíamos... Yo me agotaba con esos jueguitos, hasta el punto de temer yo mismo por mi salud...

—¿Sabía ella que estabas destinado a hacerte cura?

—No seas pendejo: no había diablo en mi casa, en todo Loja, que no lo supiera. Y ella, Virginia, más que nadie... Se entristecía cuando ayudaba a su mamá y la mía a hacer los preparativos para mi viaje: coser camisas y calzoncillos... Porque, ¿sabes? los curas usan calzoncillos. Y cuando se hablaba de mi viaje, clavaba en mí sus ojos tristes, como pidiéndome algo... que la quisiera un poco, que no me viniera... ¡Qué horror!, Juan Antonio, ¡qué horror! Pero, eso sí, no llegamos a eso, te lo juro...

La emoción, el azoro, perlaban de sudor la frente del muchacho. Al notar Juan Antonio que ya estaba oscureciendo, se puso de pie y dio luz.

—Qué barbaridad, las seis y media ya. Tres horas de charla sin cesar y, después de poco llegarán esos bárbaros de los amigos para ir a comer y correr la primera juerguita con el reverendo... Anda, báñate, múdate de ropas, arréglate bien, ponte buenmozo porque esta noche es noche buena y, sin remedio, tienes que recibir tu bautismo

de Quito... Hay un programón bárbaro, litúrgico y ritual para "el joven levita"... ¿eh?

Ya entrada la mañana, y bastantes *chispos*, regresaron los amigos a casa. La habían corrido con todas las de la ley: comida, tuna con "chiquishas", dormida final con "señoritas"... Y cerveza y trago que dio miedo. Durmieron los muchachos, Juan Antonio y Panchito el "aprendiz de cura", hasta pasado mediodía... Ni siquiera se vistieron de calle... Juan Antonio, como buen soltero alegre, tenía sus cositas, su bar, sus botellitas, sus picantes en lata. Cuando llegó el muchacho que le arreglaba la habitación todos los días, le encargó que trajera unas botellas de cerveza, bien fría, eso sí, para el chuchaque y *cosas finas*: fritada, aguacates, tostado y, como buenos lojanos, mote... Pero que te den con ají, eso sí, no te olvides, con ají...

Bañados, afeitados, boníticos —a las seis de la tarde volverían los zánganos de los amigos para "perseguirla"— Panchito Soto y Juan Antonio continuaron la charla de la tarde anterior, que se había cortado en lo mejorcito, cuando llegaban a lo bueno...

—Bueno, pero nada me has dicho...

—Sí, claro, de mi padre el señor Canónigo Martínez, amante de mi abuela primero y de mi madre después, mi tío ante la sociedad y el mundo... Verás. Pero sirve primero la cerveza, porque sí no... Gracias. Verás: el viejo está actualmente que da lástima; con su reumatismo, su gota, no sé qué pendejada así, pero se pasa en un ¡ay! todito el día. Da pena, pobrecito viejo corrompido. Casi no sale ya. Y cuando sale, tengo que acompañarlo yo, su sobrinito querido... Y eso, sólo para ir donde el señor Obispo. Hasta la misa le ha permitido el Obispo que la celebre en la casa, en una capillita que le arreglamos en un cuarto vecino de su dormitorio. ¡Pobré viejo condenado! Las está pagando todas. En los últimos tiempos le dio por estar cariñosísimo conmigo. Quería que permanezca a su lado, que le haga sus lecturas en voz alta, porque su vista ya no... Libros casi siempre zoquetes —o religiosos—, excepto LAS CONFESIONES de San Agustín, que son la mar de interesantes... Parece que el santo obispo de Hipona fue cuando joven un perrísimo, así, como lo oyes. El muy perdido tuvo un hijo a los dieciocho años, con una esclava... Pero, lo peor de todo es que, no sé como decírtelo, parece que, como él lo cuenta con especial entusiasmo, tuvo "amistades íntimas" con hombres... Esa depravación de un tan gran santo, parece que lo consuela

y tranquiliza, hoy que se le acerca ya la "rendición de cuentas"...

Otro vaso de cerveza y...

—Pero qué ricos estos chicharrones y esta fritada, riquísimos... y con esta cervecita... Porque lo de anoche fue padre, padrísimo... La chica esa que me tocó a mí, una bandida, pero buenaza, lo que se dice...

Y juntando todos los dedos de la mano junto a la boca, los desprendió en abanico, haciendo sonar con los labios algo como el ruido de un beso... Así, así...

Juan Antonio, solícito, le llenó el vaso nuevamente, con cuidadito, para que no haga mucha espuma, como "un chispo de consulta"...

—Con que San Agustín, ¿eh?

—Bueno y otras cosas también, para preparar su alma. Está tan mal el pobre viejo que, hace un par de meses, se desmayó después de la consagración de las Sagradas Especies... Fue un susto grande, grandísimo... Después de llevarlo a la cama para que se restablezca, apenas abrió los ojos me ordenó que corra a la iglesia y traiga otro cura para que consuma las Sagradas Formas y el Vino Consagrado... El curita consultado, me aconsejó que me confiese para que pueda yo mismo hacer la comunión. Yo me confesé pero, claro, no dije nada de las cosas que hacíamos con la Virginia... Ni pendejo. ¿Acaso me hubiera dado la absolución? Comulgué hostias y vino, como si ya fuera cura. Hostias y vino...

—¿Está en realidad tan mal? Cuando me vine, quedó todavía duro, garboso en el andar...

—No, hijo, no. De este año no pasa... Unos días antes de mi viaje hacia acá, hizo testamento cerrado. Me lo hizo leer, llamando a mi mamá, antes de legalizarlo ante Notario. Deja varios legados para el pueblo de Platanillo, donde hizo fortuna y donde... bueno, donde nací yo. A mamá le deja la casa de Loja, "por haberlo servido con abnegación en sus enfermedades y vejez". Pequeñas sumas a varias personas, de las que "las malas lenguas" aseguran que son hijos suyos con diversas madres y, por ende, medio hermanos míos... Porque, ¡ah viejo para berraco! Pasan de media docena —justamente ocho— éstos entre "sobrinos y sobrinas". Unos, los más, de Platanillo; otros de Loja. A mí, por haberlo acompañado fielmente en sus achaques y para ayudarme en mis estudios para sacerdote, me deja un buen capitalito, ¿sabes? cuarenta mil sucres, hijo. Con los intereses puedo seguir en el internado y... bueno, ni pensarlo, hasta pudiera mantenerme modestamente afuera... ¿lo crees tú?

—Pero claro, hombre. Holgadamente. Y eso es lo que debes hacer, dejándote de pendejadas...

El muchacho quitó los platos, pero sirvió más cerveza en los vasos. Juan Antonio le dio dinero para que traiga seis botellas más...

—A las seis deben venir los zánganos esos: Guillermo Donoso, Carlos Nájera, puede que también Fabián Martínez... ¡con una sed!... Anda, arréglate un poco, porque han de querer sacarte otra vez a divertirme... antes de que pierdas "el don divino de la libertad". ¿Cursi, eh?

Nada, nada podía contar este animal de Pancho acerca de Ella. Nunca supo nada. ¿Sospecharía algo? Es posible. Pero como jamás supo de los labios de Juan Antonio nada, él se porta discreto y no hablará una palabra... Pero es que, la verdad, ¿qué podía saber Panchito Soto acerca de Ella? ¿Puede existir la historia de unas miradas dulces, hondas, que se cruzaron por las regiones del aire? ¿Tiene memoria el aire? ¿Conoce alguien la crónica de una rosa que se dejó caer como al descuido y que, como al descuido, la recogió una mano y la sepultó entre las páginas de un libro de poemas? ¿Se ha publicado en las notas sociales de un periódico la historia secreta de unas lágrimas? ¿Se comenta en los corrillos de alguna ciudad, la huella que en el aire dejan unas manos en ademán furtivo de saludo? ¿Existe el libro de poemas que Juan Antonio escribió sin palabras, para Ella? ¿Que Ella se sabía de memoria?

Pancho siguió contando, en cambio, cosas, cosas y cosas. De Miguel Angel Echeverría, que no le perdonaba su resolución de hacerse cura. No mismo. Cuando en cambio su hermana, María, hacía por comprender la situación. Del negro Zabaleta, ese gran muchacho, que parece estar comprometido en una historia de raptó de una chica cerca de la frontera, complicado con la muerte del hermanito de la "perjudicada", que quiso, según dicen, obligarlo a casarse con pistola en mano...

—¿Y de Julio Emilio? Nada me dices del cholo Julio, cuando tú sabes que para mí...

—Eso del cholo Julio, te diré, es una vaina. Se ha enredado de verdad con una chica "honrada", de la que ha tenido un hijo y con la que no se casa porque cree innecesario el matrimonio: él la quiere, ella también; son marido y mujer, sin necesidad de Registro Civil ni menos de —como él dice— esas ridiculeces eclesiásticas... Tú sa-

bes: es tan delicado, tan bueno, tan leal, tan inteligente que, yo también estoy seguro de que tiene razón. Lo que él hace está bien hecho. Pero las gentes, las beatas, los curas, los curuchupas, esas viejas grandísimas que tú tanto conoces...

Más y más cerveza y...

—Bueno, carajo... nada me preguntas de mi Chabela. Me tienes resentido...

—Es que, Panchito, a un señor sacerdote, casi sacerdote, ¿cómo le voy a hablar de esas cosas pecaminosas?

—Cállate pendejo. No me tomes el pelo... Soy un desgraciado, ¡maldita sea!... La Chabela, la Chabelita... Claro que no es una dama, una "señorita bien", nada de eso, nada... Pero me quiere, Juan Antonio, me quiere... Quería tener un hijo conmigo, pobrecita, porque así estaba segura de retenerme, de que yo no me podría hacer cura... La Chabelita, carajo... Pobrecita... y ni eso siquiera le dejé, ni eso...

Le cayeron en gracia al "aprendiz de cura", los muchachos qui-
teños amigos de Juan Antonio: Carlos Nájera y Guillermo Donoso.
Le inspiraron confianza. Mañana y tarde lo invitaban a pasear. Por
las noches, los más variados programas, en distintos niveles. Menos
en el de la *high-life*, que aterrorizaba al provinciano modesto a quien,
al fin y al cabo, habían educado, habían preparado para cura...
Chullitas para bailar, conversar, tomar tragos, hasta para besuquear...
"Señoritas" para todo servicio...

Una noche, en que los amigos le estaban proponiendo, como siem-
pre un programa tentador; casi en vísperas ya de su encierro en el
seminario, Panchito, un poco emocionado, les pidió quedarse en casa
de Juan Antonio, para conversar sobre cosas, consultarles, hacerles
confidencias... Bueno, a menos que no fuera para ellos demasiada
molestia, eso es, demasiada molestia...

Todos aceptaron encantados y entonces...

—Verán, muchachos: Juan Antonio conoce mi vida, mi problema.
Ustedes no. ¿Algo les ha dicho Juan Antonio?

—Muy poco, Panchito, casi nada... Sólo lo que salta a la vista:
que vas a cometer esta cosa tremenda: hacerte cura... No estaba
autorizado...

—Autorizado, autorizado... déjate de vainas. Tú sabes que para
todo lo mío estás autorizado. Ni faltaba más... pendejo... Lo que

si quiero es beber esta noche más que ninguna otra, hasta caerme de borracho, eso es... No tienen más remedio que aguantarme. Será la primera y la última vez... Y quiero beber pisco, carajo, lo que bebíamos en Loja, Juan Antonio... Lo que me refresca la memoria, me hace acordar de todo... De la Chabela, de mi joda, de todo...

Juan Antonio destapó una botella de Pisco "Sol de Ica" y trajo cuatro copas, que llenó:

—Salud, salud... Y con confianza, hay lo suficiente para rodar todos por debajo de la mesa... Es un pisco que ha traído a regalarme este santo varón que prontito estará diciendo misa, el gran carajo...

Panchito estaba transfigurado. Nunca lo habían visto así. Pero al mismo tiempo, se lo sentía resuelto a hablar, a contar, a vaciarse... Y necesitaba que se lo escuche, irremisiblemente...

—Mira, hijo. Si quieres, puedes abstenerme de hacer revelaciones que pueden ser penosas. Basta —¿verdad, ustedes?— con que nos hables de tu actual estado de ánimo y de... bueno, de este paso para nosotros absurdo que estás resuelto a dar...

—Salud.

—Salud.

—No, hijo. Es preciso —para mí— que lo sepan todo. Trataré de abreviar para no fastidiarlos...

Nerviosamente se paró y se llenó nuevamente la copa que había vaciado de un trago. Pidió un cigarrillo. Lo encendió y

—Necesito poner fuerzas y perder la vergüenza... ¡Soy hijo de cura! El hombre que pasa por tío mío, el sabio y virtuoso Canónigo Doctoral Joaquín Martínez, fue primero el amante de mi abuela, pobre señora que se empleó como ama de llaves después de haber quedado viuda, con hijos ya crecidos, entre ellos mi mamá...

Después de pedir un cigarrillo y encenderlo, se llenó el vaso de pisco y se lo bebió de un trago; y como nadie le interrumpiera con preguntas, pues todos estaban suspensos del cuento, continuó:

—Todo esto era en un pueblo cálido de la frontera, lindo lugar de río, de fruta y de palmeras. Cuando creció mi mamá y envejeció mi abuela, el cura hizo su amante a mamá, muchacha de dieciseis años, tímida y apocada entonces como sigue siéndolo hoy... De esto hace más de veinte años... Nací en la casa cural y pertencí desde mi nacimiento a la tribu del párroco... ¿Sobrino, sirviente, recogido? lo supe años después únicamente, cuando en una riña escolar me dijeron la horrible cosa:

—¡Hijo-e-puta y cura!...

Esta vez, ante las caras desfiguradas de todos, fue Juan Antonio el que se levantó para servir el pisco, vaso lleno, a todos... Y sacó del pequeño bar otra botella...

—Abrí mis ojos, me desteté, me crié y crecí entre campanas, campanillas, latines, misas, viáticos con el Santísimo, sermones, incienso, regalo de gallinas, confesiones, rosarios, entierros de niños, bautizos, novenas, trisagios, gregorianas, bendición de sementeras, conjuros para sacar el demonio de los posesos, excomuniones, benditas ánimas del purgatorio. Y dinero, dinero, dinero por todo. Por el bautismo, tarifa; la confirmación, limosna; el matrimonio, derechos, el entierro, tarifa... Y las indulgencias: por días, por meses, por años... Y esa formidable cosa que es la indulgencia plenaria... El día de difuntos, dos de noviembre, era fiesta grande: los responsos, las misas de *requiem*, las jaculatorias... Yo vigilaba al sacristán al principio. Luego, era yo mismo quien recibía la colecta...

—Mi abuela fue relegada al papel inicial de ama de llaves, cocinera, repostera... Dulces riquísimos, tamales, champuz de arroz, champuz de mote con hojas de congona y agua de ámbar... Le ayudábamos en esos trabajos todos en la casa. Especialmente la Virginia, la hija última de mi abuelita, apenas mayor que yo, pero menos crecida... que fue quien me fue enseñando, sin pretenderlo, las diferencias del hombre y la mujer... Viéndola bañarse a Virginia en el río, en ese calor de Platanillo, aprendí que las mujeres no tienen las mismas cosas, y supe que nosotros no teníamos otras... los muchachos varones...

—Otro poquito de pisco, propuso esta vez a todos Juan Antonio... Del mismo pisco que bebíamos allá, ¿te acuerdas, Panchito? esto te refrescará la memoria. Sigue, sigue...

Guillermo Donoso, estrictamente vestido de negro, no perdía una sílaba del relato de Panchito... Y por la avidez con que consumía cigarrillos y copas, se podía medir el grado de tensión emocional con que escuchaba.

Carlitos Nájera estaba anonadado. Su espíritu cristalino, lleno de iluminaciones, su clara ingenuidad de buen muchacho, educado en el seno de una familia pulcra, dignamente pobre, empobrecida, con una mamá impecable, el recuerdo sagrado del padre y la hermanita dulce... Todo eso lo hacía débil ante la visión de la humana maldad, de la humana porquería...

—Sigue, Panchito, sigue...

—Catecismo, moral y doctrina cristianas a todas horas, “tarde y mañana”. Los diez mandamientos, con explicaciones así:

—Nunca han de robar, muchachos, nunca... Cosa horrible que castiga el diablo, quemando en el infierno las manos del ladrón... Nunca han de fornicar...

—¿Y eso qué es, taita cura, fornicar? preguntó la hijita del sacristán...

—Fornicar, muchachos, es hacer cosas feas... las mujeres con los hombres sin estar casados...

—¿Qué cosas feas, taita cura, hacen las mujeres con los hombres? ¿Yo las habré hecho alguna vez?...

—Cállate muchacha bruta, mocosa malcriada...

Y yo, en la noche:

—¿Estás mamacita casada con el taita cura?

Porque, como yo había visto eso, como yo había oído eso...

—Yo me daba cuenta de que el señor cura —que yo creía mi tío— no era querido en el pueblo. Tampoco muy odiado. En los pueblos de mi provincia no pasa lo que en los demás pueblos de la sierra, según he sido informado aquí. El cura que hace alianza con la autoridad civil y el gamonal para explotar al indio, es desconocido en Loja. Eso parece que es algo propio de las provincias del norte. En los pueblos del sur, el cura tiene que formar parte del gentío de la parroquia, hacer su misma vida. Explotarla por cuenta propia, a fuerza de ser vivo... ¿Quiere tener mujeres?, pues que las tenga, pero “a lo macho”, “a lo puro macho”: enamorándolas, seduciéndolas, conquistándolas, forzándolas... ¡Qué carajo!...

—¿Y eso, a qué se debe?

—Pues, no les sabría decir. Pero el cura con familia, mujer, hijos, no es cosa del otro mundo allá... Ni mucho menos. Casi siempre el refugio del visitante, ya sea viajante de comercio, ganadero, turista, ladrón, contrabandista, es la casa cural donde frecuentemente abundan las “sobrinas” buenamozas del cura... ¡Y las farras que se arman! El mismo cura, alzándose la sotana, baila unas cuecas de lo lindo...

—Igual cosa ocurre en el norte del Perú, confirmó Juan Antonio, para respaldar con su autoridad el testimonio de Panchito...

—Eso es, aceptó complacido Panchito. Sólo que el grupo nuestro en la casa cural de Platanillo, era absolutamente transplantado. Dame otro traguito, Juan Antonio...

La segunda botella estaba ya en las últimas... Hubo que sacar

otra, para repartir trago a todos... Se notaba comienzos de embriaguez en algunos, embriaguez con un poco de rabia, yo no sé...

—La vaina era jodida. Verán. Parece que a mi mamá, cuando muchachita de quince años, le salieron enamorados... Uno, carajo, con intenciones serias, para casarse... Pero el cura de mierda... No, carajo, si cuando me acuerdo...

Carlos Nájera, el muchacho puro, no pudo contenerse, y afloró su contenida tendencia a las malas palabras...

—Sí, tienes razón, cura del mismísimo carajo... Y esos son los que se dicen "ministros de Dios", hijos de perra...

—Bueno, sí... El cura ahuyentó a todos y por temor de que alguno se la arrebatara, apresuró las cosas... Y nací yo... Hasta los siete años, sí... por lo menos, yo nada sospechaba...

—¿Cómo lo descubriste?

—Verán: nadie me lo dijo abiertamente. Nadie. Palabras cortadas, conversaciones que se interrumpen al acercarme yo... Y finalmente, después de una riña a pedradas de los muchachos de la escuela cural, católicos y virtuosos, con los de la escuela de gobierno, laicos y malditos, uno de éstos me lanza el insulto bestial:

—¡Hio-e-puta y cura! ¡Hijo-e-puta y cura! Soy un desgraciado, cholitos, un desgraciado... Hijo de puta y cura... eso, carajo...

—Descansa un rato, Panchito, te estás atormentando demasiado. Tomémonos todos un trago... y con mano ya un poco temblorosa, Juan Antonio sirvió a todos, llenándoles las copas ya vacías.

Guillermo y Carlos, que habían permanecido casi inmóviles oyendo estas inesperadas confidencias, bebieron de un trago, quemándose la garganta, el aguardiente. Como para ahuyentar los trágicos fantasmas, se pusieron de pie, encendieron cigarrillos, dieron algunos pasos... Es que... bueno, este muchacho provinciano que venía a hacerse cura, del que esperaban cosas, pendejadas, ingenuidades; los había puesto frente a frente a una cosa siniestra, una realidad inesperada hecha de una niñez maldita... sin eso... mamá para gritar mamá, papá que trae cosas cuando vuelve, que algunas veces hasta pega por las malacrianzas... Un verdadero nido de víboras, cultivadas en el clima hediondo de la falsa virtud...

Guillermo Donoso había sufrido su gran prueba y se creía el más infeliz de los hombres. Había estado insumido en una charca podrida, Sodoma y Gomorra de imitación, pero con maricones y rateros, putas nobles y ladrones distinguidos... allí, dentro de eso había estado y por eso, por eso, lo juro, juritito, había matado de penas a

su mamá... Pero, Dios es grande, había tenido cosas bonitas cuando chico, cosas bien bonitas, son vainas, cuando chico... todas esas cosas, mamá, papá... Sólo que de puro bruto, pretencioso del diablo, se había metido en esa ponquería, esa ponquería, carajo, carajísimo... Pero todo eso comparado a este pobre chagrito desgraciado...

¿Y Carlos Nájera? No, no era feliz... Pobreza, privaciones, la mamá sufriendo la decadencia, la hermanita sin poder ir a los buenos colegios, los colegios de paga... Y esas vainas de su amor perdido, contrariado y casi nada, nadita, con cien mil diablos, delante de él... Joda presente, pasada y futura, sin ninguna salida como no fuera, qué carajo, la revolución... Pero todo eso comparado con lo de este pobre muchacho aprendiz de cura, venido del campo... No, son pendejadas, no... Pero si esto era horrible, horrible, cosa del Diablo, mala y sucia... Carlos Nájera tenía, lo había dicho Juan Antonio a poco de conocerlo, "el corazón lavado por la lluvia"...

—No, carajo, Juan Antonio, te lo juro, no estoy borracho... Ni un poquito así... Yo necesito, ¿te acuerdas? cuatro veces lo que hoy he bebido para emborracharme... ¿Te has olvidado de esa vez en El Valle? Todos ustedes, toditos cayeron como mulas... Sólo yo en pie, y tuve que recogerlos como basura y llevarlos a Loja en una carreta jalada por bueyes, una carreta de alfalfa...

—¿Quién ha dicho que estás borracho? Todos hemos tomado lo mismo... Pero todos... Es que... Bueno, te vas a enfermar, ¿no podrías continuar mañana?

—Eso sí que no, cholitos. Yo tengo que terminar esta misma noche... Si ustedes están cansados, carajo, y si se aburren con mis pendejadas, yo me voy al estanco ese de la esquina, y se lo cuento al estanquero, su mujer y sus hijos... Que me oigan todos, carajo, todos, en la calle... Si no termino hoy de contar, me moriría...

—No hijo, nosotros no estamos cansados. Te oímos con toda atención, con afecto... pero la cosa es muy dura y, en realidad, como dice Juan Antonio, te puedes enfermar...

—Bueno, carajo... veo que no tengo amigos, claro, por eso, porque soy hijo de puta y cura, claro... ¡Váyanse a la mierda!...

Todos se lanzaron a abrazarlo. Carlos Nájera, realmente conmovido, le dijo:

—Mira, Panchito: aquí nos estaremos hasta el amanecer oyéndote, pensamos que estarías cansado, nada más... Sigue, sigue...

—Bueno, bueno, gracias... Tú, Carlitos, eres un gran muchacho... Pero comprendan, carajo: me voy a hacer cura, ¿entienden eso ustedes?, me voy a hacer cura... Oigan, y aquí en confianza ¿soy católico siquiera? ¿Creo, tengo fe? ¿Creo por lo menos en Dios? Yo, les juro, no puedo responderme a mí mismo... Pero, oholitos, me voy a hacer cura... Otra copita, Juan Antonio, otrita... ¡a joderse todos!...

—Las que quieras, Panchito. Te acompañamos hasta el fin.

—Me voy a hacer cura, cholitos, carajo, porque soy un desgraciado, un cobarde, un... y porque... porque quiero mucho a mi mamá, mamacita linda, carajo... mamacita...

No pudo contener las lágrimas el pobre chico, sonrosado y de apariencia alegre. Hubo un silencio angustioso, que fue interrumpido por Guillermo Donoso, que ayudaba a Juan Antonio a servir otra copa. Quiso cambiar el giro de la conversación, para hacerla menos angustiosa, y llevarla un poco al plano de lo reflexivo:

—Oye, Panchito: si no tienes fe, si no crees verdaderamente, ¿cómo puedes cometer esa gran pendejada? Yo creo que puedes aguantarte un poco hasta que...

—Sí, te comprendo, hasta que se muera, hasta que reviente el Canónigo Martínez, mi padre...

—Bueno, no precisamente eso, pero...

—No hay pero posible... Por otra parte, verán: aunque lo que les voy a decir es un poquito, un poquito *curuchupa*, lo cierto es que así veo yo la cuestión. En esas vainas de la religión, yo distingo claramente dos cosas: lo cristiano y lo eclesiástico; la moral y la liturgia... Y estoy convencido de que lo propiamente cristiano, la moral del Evangelio, las prédicas de Cristo, son cosa buena, humana...

—Ustedes no saben —aclaró jovialmente Juan Antonio— que por lo que le he oído estos días, nuestro Panchito quiere ser un curita a lo *Nazarín* de Pérez Galdós o a lo *San Manuel Bueno Mártir* de Unamuno: a un lado la fe y al otro la bondad. Curitas que prefieren la bondad a la fe...

—Eso sí es cierto, ciertísimo, carajo. Tú tienes la culpa, Juan Antonio, toditita la culpa. Tú me prestaste libros, me abriste los ojos... Y me decías, ¿recuerdas?, que Unamuno era el cristiano por excelencia y que él había creado ese personaje del que no me he de separar jamás, *San Manuel Bueno Mártir*, el curita santo que no creía en la resurrección de la carne y la vida perdurable, amén... Nunca olvidaré ese momento en que el cura misericordioso reveló que no

creía... pero que seguiría engañando que creía... me aprendí de memoria aquel párrafo sobre la verdad, la bondad y la fé:

"Yo estoy aquí —dice el curita— para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlas felices, para hacerlas que se sueñen inmortales y no para matarlas. (...) ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión verdadera es la suya, la que le ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío"...

—Ya ven, ya ven cómo no estoy borracho... Es que estos párrafos me los he repetido a mí mismo mil veces, un millón de veces... Los recordaré textualmente hasta en la hora de mi muerte... Y me acuerdo de ese final tremendo: en la confesión, cuando Angelina, la hermana, le pregunta si cree y él le contesta que no... Y le dice, ¿lo recuerdas, Juan Antonio? Contigo lo leímos muchas veces:

—“Y ahora, Angelina, en nombre del pueblo, ¿me absuelves?”

Y ella, la que se confesaba, la penitente, le responde:

—“En nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, le absuelvo, padre”...

Carlos Nájera seguía la confesión de Panchito con emoción y simpatía a la vez... El, había creído. Todo. Por pereza mental. Era una fe de palabras aprendidas. Pero todo llamado a la bondad, le llegaba adentro. Sus ojos anchos, claros desde su adentro oscuro, no se apartaban del muchacho víctima de una doble tragedia: la humana, real, la que había destrozado su vida, la había ensuciado, contaminado, humillado, envilecido; y la tragedia de la inteligencia, atravesada por la fe, que se pierde y la bondad, que se aviva... Y que había hallado una como tabla de salvación en las palabras de Unamuno, conocidas por habérselas comunicado Juan Antonio al prestarle sus libros.

—Comprendo, Panchito, porque a mí me ha ocurrido lo mismo, el que aún habiendo amenguado la fe, el ambiente de tu infancia, lleno de misticismo, te haya dado una fijación religiosa durable. Lo que me asombra en ti, Panchito, es que después de haber perdido la fe, hayas en cambio conservado, fortificado tu moral, tu bondad, tu amor al prójimo... Todo eso en un ambiente capaz de destrozarse la moral más sólida...

—¿Moral, has dicho? ¿Moral cristiana? Mira, Carlos, lo mío es otra cosa... Yo creo en la bondad de Jesús. De toda la turbia cié-

nega de mi niñez, me queda esa cosa pura, fresca, verde de musgos y de líquenes que es la Navidad, el nacimiento de Jesús, el muchachito que brilla a la luz de una estrella de papel dorado, al que acompañan el toro y la mulita... Y después, las parábolas, la cara dulce y un poquito triste, su amor por los niños y los pobres... La defensa de la adúltera, la mujer de los muchos maridos, de la samaritana... Me entusiasma la cólera de Jesús, contra los mercaderes del templo que convirtieron la casa de oración en cueva de ladrones, contra los fariseos, *sepulcros blanqueados, raza de víboras*... ¿Cuándo anduvo Jesús exaltando cosas contra natura, como eso de la castidad, invención de San Pablo? ¿Castidad, continencia? Contrariar el mandato divino que ordena crecer y multiplicarse...

—Ah, bandido, ya te veo venir, le dijo sonriente Guillermo Donoso...

—No, cholitos... todo eso me parece inmoral, hipócrita y yo no concibo un cura, un párroco inmoral... No me las doy de puritano, eso sí. Me he de conseguir muchachas, carajo, les prometo, pero como hombre, no como cura. Nunca por seducción *intra confesionis*. Yo las he de enamorar como macho, como purito macho... Les prometo, ¡carajo!...

Carlos Nájera intentaba sonreír... pero al oír estas cosas, algo se le trizaba dentro de sí mismo. Toda su vida, crecida a la sombra de una virtud sencilla, se le hacía añicos como un espejo que se cae por los suelos... Los curas... Ya no creía en ellos, pero prefería ignorarlos, conservar intactas las aguas de la infancia... Esto, no...

En cambio Juan Antonio sonreía satisfecho. Sentía un poco la paternidad de las cosas que decía Panchito, al que quiso guiar por los caminos de la liberación, del libre pensamiento. ¿Evitar que se haga sacerdote? Lo intentó un tiempo, pero desistió. Tenía en contra lo emocional del muchacho, su honestidad inexorable, el amor a su madre... Pero, por lo menos, que se haga un cura "lo menos cura posible" según la expresión que hacía reír al mismo Panchito... El estado actual de Panchito, era también un poco el producto de las influencias del grupo de amigos de la lejana provincia... De Julio Emilio Ortega, de Miguel Ángel Echeverría y sus hermanas, del Viejo Villarreal... Juan Antonio sonreía orgulloso, satisfecho de su obra. El muchacho, cargado de copas, había hablado. Con emoción, con rabia, pero sin perder la lucidez un solo instante, había hecho su dolorosa confesión ante estos amigos nuevos, de oídos frescos y en-

tenderas claras, que los sentía cerca de su conflicto, comprensivos, buenos, sangre liviana...

Pero... al fin, después de la dolorosa exhibición de su pobre vida, dominado un poco por la embriaguez y el desahogo de su espíritu, una fatiga serenada, tranquila, le cerró los labios y los párpados...

Una luz blanquecina, turbia, lechosa, se filtraba ya por las ventanas entreabiertas... Y hasta allí llegaban las "llamadas a misa" de la ciudad de las campanas, que no despertaron a los muchachos fatigados.

23

Irene Villaurrutia colmaba el ansia de amor de Juan Antonio. ¿Toda?...

Julio Emilio Ortega le escribía desde Loja:

"Ella ha regresado del campo. Nos encontramos en la esquina del doctor Flores, más acasito de la Catedral. Me vio, me vio, largo... y unas lágrimas grandotas le asomaron a los ojos... Yo me quedé sin palabra, como paralizado. Ella pasó."

Esa misma tarde debía encontrarse con Irene en los bosques de eucaliptos de las laderas del Pichincha. El le exigía estas escapadas de colegiales "echando hoja", como en su tierra, cuando chico. Y a Irene le hacían bien estos baños de campo fresco y fragancia de eucaliptos...

Los ojitos reidores, ¿cómo serían "con lágrimas grandotas"... Sí. El lo sabía, lo recordaba... Aquella vez... Se parecían a los ojos de mamá. Mi hermana mayor me lo decía siempre... Y los ojos de mamá, "con lágrimas grandotas", sí los vi frecuentemente, muchas veces... Cuando me besaba —su guagüito— cuando me besaba y se acordaba... ¿Por qué las lágrimas grandotas? Ella sabría acaso, por mamá, que iría en las vacaciones próximas... O alguien le habría contado mi vida acá, en Quito... Tontita, tontitita... Diosito mío... Si esto de Irene es otra cosa. Otrísima... Dulce, adorable, deliciosa... Pero no es Ella. Si Ella es solamente Ella. Y está allá, lejos... No nunca, jamás de los jamases... Amor impuro lo de Irene? ¡Qué

grande, qué inmensa estupidez!... ¿Es que no pueden haber amores buenos además... Pero si estoy brutalísimo y sólo pienso disparates... Pero si desde que quiero a Irene y ella me quiere ¿me quiere? me siento más bueno y eso. Más inteligente, con más ganas de trabajar, de servir para algo. Saber que ella me quiere me ha limpiado de malas cosas. No tengo envidia por nadie... Pero si yo... Claro... ¿A quién voy a envidiar? Quisiera que todos sean felices, que a todos los quieran..., otra vez para bruto... Y eso que, maldita sea, el cabrón ése de Enrique Santa Cruz es cada vez más corrompido, más perrro... Si dicen que a esos muchachitos... Diosito mío... Unas lágrimas grandotas me dice el cholo Julio. Dos lágrimas grandotas. Eso es, sí. Dos lágrimas grandotas... Si estoy triste, pienso en mamá. Pero mamá... No, no es posible... Debe haber sido por eso. Ella, Ella, con lágrimas grandotas al pensar en mí. Ella...

Irene llegó a la hora convenida. Nerviosa y, como casi nunca, un poco triste... Ni siquiera se inclinó a recoger las flores amarillas... Ni dijo esas cosas. No. ¿Qué había pasado? Nada. Cosas. Nuevos escándalos de Enrique Santa Cruz y su grupo... Que don Javier Espinosa, el padre de ese chico afrancesado y melencólico, lo había tratado de castigar con el bastón y que él había tenido la audacia de abofetear al anciano y hacerlo rodar por el suelo... cobarde. Estafas, trampas de los demás... Su padre, el papá de Irene, estaba harto de cubrir las pillerías del yerno. Pero al mismo tiempo se horrorizaba del escándalo... ¿Divorcio? Por ningún motivo consentía el bandido, porque el aval, la garantía expresa o tácita del suegro millonario, le abría todas las puertas del crédito ante los prestamistas y usureros... Porque el papá de Irene, rezongando, maldiciendo, blasfemando, pagaba, pagaba siempre...

—Bueno, ¿y? Me atormento terriblemente oyéndote hablar así...

—A papá se le ha ocurrido la idea de un viaje. Un viaje a Europa con mi hermano y conmigo... Por motivos de salud de él y míos...

—Y Enrique, ¿acepta, consiente?

—No sabe nada ni debe saberlo... Además de papá y mi hermano, sólo lo sabes tú... He venido a pedirte consejo, ayuda... Eres todo lo que tengo para ello. Yo no veo claro, no puedo ver claro en esta maraña espantosa de intrigas, bajezas, infamias, de la que hasta cierto punto, vengo a resultar el centro.

—Yo menos que tú, mi amor, menos que nadie... Nada sé de todo esto, sino que tú estás implicada, sin quererlo, en ello... Y temo

por tí, Irene. Al reventar ese foco purulento, te puede salpicar. Sobre todo ante esta sociedad hipócrita, sin misericordia, cruel... Lo único que puedo decirte es que todo lo sacrificaría a tu felicidad, a tu tranquilidad cuando menos. Que yo, si no puedo ayudarte, menos aún quiero ser un obstáculo. No, Irene, eso no...

—Prefieres que me marche, ¿no?

—No.

—¿No?

—A nadie harás más falta que a mí. Sin escena, sin drama. A nadie. Tú me has alentado, sostenido. ¿Amor? Debe ser amor. Por la falta de egoísmo, acaso... Porque —tienes que creermelo— gozo más con tu felicidad que con la mía. Sufro de sentirte en peligro y me pareces necesitada de protección, como los niños chiquitos... Tú, la gran dama, tan alta, tan peligrosa, tan "mujer fatal", con una leyenda diabólica de refinamiento, eres para mí una chiquilla ingenua, cándida, caída en un pozo de acechanzas y de trampas.

(Ella, allá lejos, agua pura que no puede enturbiarse. Ella).

—Tú solo entre todos, Juan Antonio, puedes mirarme así. Hasta yo misma he perdido el don de perspectiva. Tú me subes tan alto. Como para que pueda ver el panorama de mi alma... Y hay niebla, Juan Antonio, niebla...

—Es la provincia, Irene... El recuerdo de mi adolescencia provinciana. Por eso, sin esfuerzo, sin mérito alguno, no he podido pensar de ti lo que los otros piensan... Es que...

Callaron largo rato y tomados de las manos, continuaron inter-nándose en el bosque sonoro de hojas secas y rumores de la ciudad extendida allá, abajo...

(Ella... y mamá. Y las otras que talvez me quisieron. Las que me ofrecieron sus cuerpos. Yo no he violado nunca a una mujer ni la he comprado... El animal de Pancho Soto, que se va a hacer cura... A la Dolores, en la quebrada, le quise regalar diez sucres, para que compre una oveja. Se puso a llorar inconsolablemente... Niño grosero, niño malo, yo no soy de ésas, yo no soy ganadora... niño malo, yo no soy ganadora... Y no permitió más que le cogiera la mano, que me acercara a consolarla... ¡Yo no soy ganadora, niño malo!).

Hablar, hablar... ¿Para decir su alma, para alejar su alma, para aliviar su alma?

—Recuerdas, Irene aquel soneto de Noboa Caamaño que todos hemos aprendido a decir, que se titula *Ego Sum*?

—Sí, lo recuerdo, escúchalo:

*“Amo todo lo extraño, amo todo lo exótico;
lo equivoco y morboso, lo falso y lo anormal:
tan sólo calmar pueden mis nervios de neurótico
la ampolla de morfina y el frasco de cloral.*

—Basta, Irene, basta... En tus labios húmedos de miel de flores, iluminados con tus ojos lavados con agua, me suenan mal esas palabras falsas... Cayeron, Irene, los poetas de ese tiempo, en la siniestra trampa de la muerte... Se fugaron por puertas que no eran las tuyas, hacia “los paraísos artificiales” que no podían ser los suyos... ¿Y ahora? ¿Crees que aún vivimos algo así como una sobremesa de ese festín trágico?

—No, Juan Antonio, no lo creo. Por lo que oigo en torno mío, la cosa no es la misma... A la crápula poética que enseñara París, se ha mezclado el gansterismo de Chicago... Y a esa pócima siniestra la ha ensuciado aún más la maloliente porquería del falangismo español. Todo importado. Todo falso...

—¡Magnífico, Irene, colosal, gritó entusiasmado Juan Antonio. Y le pagó la frase con un beso...

—¿Nos sentamos un poquito a descansar?

Al besarla, sintió sus labios fríos, secos, la boca entrecerrada, como castañeteante por el escalofrío...

—Tú tienes algo, Irene... Algo que no me cuentas... y que deberías contarme... ¿Es sólo esa conversación sobre viaje o algo más concreto, inminente?

—Sí, Juan Antonio, sí. Apenas apagado el escándalo que destrozó la vida de nuestro pobre amigo Guillermo Donoso. Enrique y su banda de fascinosos decentes, entre aristócratas y “sirvientes de casa grande”, han urdido una trama complicada de chantajes, falsificación de firmas, contrabando de drogas heroicas y, lo peor, con la complicidad de médicos y parteras, han montado una verdadera empresa de abortos para salvar las apariencias de “honor” de muchachas que, con engaños o perversidades, han sido conducidas a una casa de citas, un verdadero burdel disimulado, administrado por Dolores Fernández, “Lolita Buen Corazón”, aparente “amiga” de mi marido...

Juan Antonio, nervioso, la escuchaba y, al mismo tiempo, trataba de reconfortarla acariciándole las manos, las mejillas, sin pretender besarla...

—Pero, ¿es posible tanta infamia?

—Mi pobre muchachito tonto, eso no es nada... Ahora nos per-

sigue a ti y a mí... Nos ha hecho seguir, en la etapa confiada de nuestras relaciones, cuando cometimos la imprudencia de vernos en tu propia habitación... Y ha buscado testigos, mediante ese lacayo servil, hermano menor de su querida, Sergio Fernández... Mestizo indecente capaz de todas las vilezas con tal de tocar "cuerpo de noble", de creerse miembro de la pandilla del gran Enrique Santa Cruz...

—Canalla, más que canalla, pero... ¿se ha atrevido a...?

—A todo, Juan Antonio, a todo... El primer tiempo, Enrique se permitió ciertas alusiones, bromas soeces... Nunca te lo quise decir porque todo terminaba en esta inmundicia: sacarle dinero a papá, hacerle pagar deudas... Tú te resentiste conmigo porque, ¿te acuerdas? comencé, sin darte explicaciones válidas, a limitar nuestros encuentros, y no volví nunca a ir a tu departamento... Prefería estos paseos a sitios apartados, como hoy...

—Canalla, canalla...

—Finalmente, ayer me planteó, sin drama, sonriente y tranquilo, cortés, amablemente irónico: que debo ayudarle, para dejarme en libertad absoluta, a conseguir un préstamo importante de papá... Trescientos mil sucres... El respeta a papá sobre todas las cosas y no quiere... bueno, sugerirle que contribuya a la felicidad a que yo tengo justo derecho y que él no puede darme...

—¡Miserable! ¿Me permites, Irene, que lo castigue, que lo abofeteo, que lo provoque... para matarlo o que me mate... Libertarte de él por la muerte o la cárcel...

—No, muchachito tonto, mocito alocado, cálmate y ayúdame a pensar. Eso que tú dices, tan noble y digno de ti, es inútil con un hombre como Enrique. Es fuerte y a tu agresividad ha de responder con un desplante... ¿Duelo? ¿Duelo tú, mi adorado bolchevique? Si para ti —y para mí también, después dé conocerte— el duelo es una cosa ridícula y absurda... Lo único efectivo de todo eso —favorable a Santa Cruz, desde luego— es el escándalo. El escándalo a costa de mi reputación... Celos... Los más ridículos celos según el criterio de la *high-life*, son los del amante contra el marido... Cosa de sainete. Una gran carcajada de todos a mi costa... El amante defendiendo el honor de la querida contra el marido que la deshonra... No, bobito mío adorado... Hay que buscar otra cosa, otra...

—Entonces... el viaje, ese viaje...

—Probablemente, sí... Pero, óyeme, muchachito, la mejor forma de apoyo que me puedes dar es no ponerte trágico. Hacer un gran esfuerzo por estar tranquilo. Sonreír. Así, así... Esos tres años de di-

ferencia entre nosotros —yo tengo veintiocho, tú veinticinco— son una eternidad...

—Irene...

—No protestes, muchacho. Esto que sentimos el uno por el otro, ¿es amor? Para mí, ha sido una cosa fresca, pura, agua clara que corre... En medio del fango de que estoy rodeada, fango dorado si tú quieres, hallé en ti la persona con quien hablar de mi mamá ya muerta, porque hablábamos a todas horas de tu mamá, afortunadamente viva... Tú me hiciste recordar que algún día, entre brumas, había sido niña... ¡Yo también niña, Juan Antonio!... Yo también, como tú, me he bañado en el río y he tomado leche fresca, "al pie de la vaca"... En mis sueños, se han entrettejido tus saucos con los míos, y ese vuelo de aves, ¿es de tu infancia, es de la mía?... Pero amor, Juan Antonio, amor...

(Sí. Tal vez tiene razón Irene. Amor... Amor es lo que he sentido, siento y sentiré por Ella. Planes de vida, camino por andar, familia, pensar en los nombres de los hijos, la casa, el jardín, jardín con rosas, estanque con patos y vuelos de palomas... Al recordarla a Ella, sonrisas, lágrimas. Y todo tejido con los ojos grandes, benditos, sonrientes, tristes, de mamá... Ojos para mirarla a Ella junto a mí. A Ella, a mí... ¿Amor? ¿Es amor esto de Irene?... No lo sé todavía... Irene, te quiero con toda mi alma! Tú has sido lo más bueno; lo más... Seguramente te amo... Pero no quiero que seas desgraciada por mí, no, no, no, eso no... ¿Qué va a ser de mí cuando te vayas?).

—¿Lo dudas, Irene? No puedo, no quiero oírtelo decir... Pero si es necesario, aquí tienes mi sonrisa... Si es preciso tu viaje... bueno... Pero ten seguro, segurísimo, que esta desgarradura...

—Calla, calla, muchachito tonto, tontito mío. La vida apenas, apenas te entreabre sus puertas. Ya las abrirás tú mismo, para violarla o padecerla... Y luego, tu mamá y... mi mamá. Pensemos en este maravilloso episodio de amor que tanto bien me ha hecho...

Fingidamente fuertes, detuvieron las lágrimas. Ella se fue primero... Y cada voltear de un árbol en el bosque, un voltear de la cara y besos enviados con las manos... El sí lloró, lloró con lágrimas grandotas...

Pero las lágrimas grandotas... Ella, allá, en Loja... ¿No le escribió el cholo Julio que Ella había vertido, al mirarlo, lágrimas grandotas? Allá, lejos...

24

¡Ah! sí. ¿Y sus estudios, y su fervor político, su deber de generación? Sin advertirlo casi, su amor por Irene Villaurrutia había alejado a Juan Antonio, poco a poco, de esas preocupaciones. En repetidas cartas, su mamá le venía exigiendo su graduación, pues hacía ya cerca de dos años que había terminado sus estudios regulares en la Facultad.

Durante su pasión por Irene, encontró siempre motivos de justificación —ante su mamá, a veces ante sí mismo— de su retardo: preparación cuidadosa de la tesis doctoral, repaso general de los estudios... Un poco de práctica en el hospital. Pretextos. Pendejadas. Cosas...

Pero después de la partida de Irene —que lo sumió en larga melancolía algunos meses— perdió el gusto por la vida social y salomera, que en realidad nunca le había atraído. Su introductor en la *high-life*, Guillermo Donoso, estaba asqueado después de su gran fracaso. Y Carlos Nájera había sido refractario siempre a esas vanidades. Fabián Martínez, desde luego...

A estudiar, pues. Para llenar el vacío que la falta de Irene había dejado en sus costumbres, en sus horarios, en su vida. Con avidez, con ansia de ganar las etapas perdidas. Pensando en su mamá. Y en Ella.

Mientras estuvo en eso, en lo de Irene, qué diablos... Ni los amigos de Quito, menos los de Loja. Ni contestar cartas de Miguel

Angel Echeverría, de Julio Emilio, de Zabaleta, de Panchito Soto... de nadie... La mamá, aunque lo ocultaba, sufría. Mucho. Había enflaquecido, se la veía muy poco... Cartas de Julio Emilio le decían que le hacía frecuentes visitas, porque comprendía que para la señora su presencia era un consuelo melancólico, pero consuelo al fin... Julio Emilio le hablaba también en sus cartas de Ella.

Bueno, carajo, y que no sea vago, que se gradúe pronto. Que no haga sufrir tanto a la gente que lo quiere de veras... ¡Desgraciado y pendejo al mismo tiempo! Y claro que era así, el cholo tenía razón, por su mamá, por Ella.

Juan Antonio estudiaba desafortadamente. Desde la madrugada hasta la noche. La salud de su mamá le preocupaba mucho, porque sus cartas, fingidamente tranquilas, demostraban ansiedad por verlo... Y las de la hermana: que mamá sólo piensa en ti, que a todas horas pregunta por ti, que... Bueno, y hasta una carta de Graciela en la que le hablaba de Ella, otra vez sobre lágrimas, con historia de lágrimas... Y las de Julio Emilio, con ciertas exigencias que, bueno...

En forma confidencial, sin demostrar mayor inquietud le escribí a Ernesto Jaramillo, el doctor Jaramillo, aquel amigo que entre otros la recibiera en la estación cuando llegó por primera vez a Quito... Se había graduado hacía ya unos cuatro años y Juan Antonio sabía que era muy inteligente y que estaba ejerciendo con éxito la profesión de médico en Loja. Le escribí Juan Antonio a Ernesto, rogándole que en plan de amigo visitara a su mamá... Que le contara que, por un amigo quiteño ya Profesor en la Universidad Central, sabía que él, Juan Antonio, estaba haciendo ya los trámites para doctorarse... Y aprovechando de ello, la observara y, si notara algo intranquilizador, sin alarmarla de ninguna manera, se ingeniara para hacerle un examen de su estado de salud... Pero eso sí, mi querido Ernesto, sin asustarla...

Carta de Ernesto: sí, la señora estaba algo delicada. Pero la noticia que le llevara de la próxima graduación de su hijo, la había reanimado considerablemente. Es otra, Juan Antonio, la señora, otra. Hace planes para la recepción de su hijito, de "su guagua", de "su doctorcito", que por fin volvía...

Y la hermana: sí, mamá había estado realmente de cuidado... el hígado, cosas de esas. Consecuencias del paludismo dicen todos... Nunca se queda bien cuando se han tenido tercianas... que me duele por aquí, por acá... Felizmente el doctorcito Jaramillo se ha portado

muy bien, más como amigo que como médico... y como médico es muy bueno, pero muy, muy bueno. El mejorcito aquí en Loja... Mamá se pasa preguntándole de ti... Mil de cosas. Que si no te habrás enamorado... que si no tendrás novia... Ustedes, entre amigos, se tapan bien esas cosas. Cuándo que no sepa... ¿No tendrá...? Bueno: por esas viejas chismosas, la pandilla de tía Leonor, que tanto atormentaron a mamá... Viejas del diablo, del mismísimo diablo... Gracias a que el doctorcito es un sapo de la Grecia —tan bueno y tan simpático— y le cuenta maravillas de ti. Que eres un gran estudiante, formalote, serióte. Que los profesores “se hacen lenguas” de ti, que vas a ser un gran médico, que si te quedas en Loja le vas a quitar la clientela, y que él, para no fregarse, te va a proponer asociarse... Y chistes, bromas... Mamá está encantada. Hasta consintió en dejarse examinar y... bueno, ya te ha de escribir a ti pero... pero no parecía intranquilo... Que descanse mamá, que disipe las preocupaciones... Como su única preocupación eres tú... El remedio que necesita mamá, de apuro, de apurísimo, eres tú, juradito de Dios...

Mamá, Juan Antonio, se despierta y se duerme haciendo planes sobre tu regreso... La fiesta de bienvenida, tu habitación y el consultorio que tienes que poner, eso, sí, con el doctorcito Ernesto Jaramillo. Ya piensa en la placa y el aviso en cobre:

DOCTORES JUAN ANTONIO MOLINA
y ERNESTO JARAMILLO

Médicos graduados en la Universidad Central

Oye, ñaño, ¿sabes una cosa? ¿vas a creer? Me mandó donde Ella, para que le cuente de tu próxima graduación y tu regreso... Fui. Al principio, ¿qué se imaginaría? se le cayeron las lágrimas... Pero cuando le conté de tu próxima venida a Loja, Dios mío bendito, nunca la he visto más linda, más alegre... brincaba de gusto, me abrazaba... Cosa que la mamá, que estaba contentísima también, tuvo que decirle que no sea tan exagerada, tan loquita... Y entonces se lanzó contra la mamá y casi la derriba con abrazos y besos... hasta que la levantó en alto y le dio unas cuantas volteretas, entre risas y lágrimas... de la purita alegría. Eres un *suertista*, ñaño bandido... Y lo que tienes que hacer, pobrecita mamacita linda, es venir pronto, todo hecho un doctor y con eso, solito con eso, la sanas por completo...

Angel Echeverría, de Julio Emilio, de Zabaleta, de Panchito Soto... de nadie... La mamá, aunque lo ocultaba, sufría. Mucho. Había enflaquecido, se la veía muy poco... Cartas de Julio Emilio le decían que le hacía frecuentes visitas, porque comprendía que para la señora su presencia era un consuelo melancólico, pero consuelo al fin... Julio Emilio le hablaba también en sus cartas de Ella.

Bueno, carajo, y que no sea vago, que se gradúe pronto. Que no haga sufrir tanto a la gente que lo quiere de veras... ¡Desgraciado y pendejo al mismo tiempo! *Y claro que era así, el cholo tenía razón, por su mamá, por Ella.*

Juan Antonio estudiaba desafortadamente. Desde la madrugada hasta la noche. La salud de su mamá le preocupaba mucho, porque sus cartas, fingidamente tranquilas, demostraban ansiedad por verlo... Y las de la hermana: que mamá sólo piensa en ti, que a todas horas pregunta por ti, que... Bueno, y hasta una carta de Graciela en la que le hablaba de Ella, otra vez sobre lágrimas, con historia de lágrimas... Y las de Julio Emilio, con ciertas exigencias que, bueno...

En forma confidencial, sin demostrar mayor inquietud le escribió a Ernesto Jaramillo, el doctor Jaramillo, aquel amigo que entre otros la recibiera en la estación cuando llegó por primera vez a Quito... Se había graduado hacía ya unos cuatro años y Juan Antonio sabía que era muy inteligente y que estaba ejerciendo con éxito la profesión de médico en Loja. Le escribió Juan Antonio a Ernesto, rogándole que en plan de amigo visitara a su mamá... Que le contara que, por un amigo quiteño ya Profesor en la Universidad Central, sabía que él, Juan Antonio, estaba haciendo ya los trámites para doctorarse... Y aprovechando de ello, la observara y, si notara algo intranquilizador, sin alarmlarla de ninguna manera, se ingeniara para hacerle un examen de su estado de salud... Pero eso sí, mi querido Ernesto, sin asustarla...

Carta de Ernesto: sí, la señora estaba algo delicada. Pero la noticia que le llevara de la próxima graduación de su hijo, la había reanimado considerablemente. Es otra, Juan Antonio, la señora, otra. Hace planes para la recepción de su hijito, de "su guagua", de "su doctorcito", que por fin volvía...

Y la hermana: sí, mamá había estado realmente de cuidado... el hígado, cosas de esas. Consecuencias del paludismo dicen todos... Nunca se queda bien cuando se han tenido tercianas... que me duele por aquí, por acá... Felizmente el doctorcito Jaramillo se ha portado

muy bien, más como amigo que como médico... y como médico es muy bueno, pero muy, muy bueno. El mejorcito aquí en Loja... Mamá se pasa preguntándole de ti... Mil de cosas. Que si no te habrás enamorado... que si no tendrás novia... Ustedes, entre amigos, se tapan bien esas cosas. Cuándo que no sepa... ¿No tendrá...? Bueno: por esas viejas chismosas, la pandilla de tía Leonor, que tanto atormentaron a mamá... Viejas del diablo, del mismísimo diablo... Gracias a que el doctorcito es un sapo de la Grecia —tan bueno y tan simpático— y le cuenta maravillas de ti. Que eres un gran estudiante, formalote, seriote. Que los profesores “se hacen lenguas” de ti, que vas a ser un gran médico, que si te quedas en Loja le vas a quitar la clientela, y que él, para no fregarse, te va a proponer asociarse... Y chistes, bromas... Mamá está encantada. Hasta consintió en dejarse examinar y... bueno, ya te ha de escribir a ti pero... pero no parecía intranquilo... Que descansa mamá, que disipe las preocupaciones... Como su única preocupación eres tú... El remedio que necesita mamá, de apuro, de apurísimo, eres tú, juradito de Dios...

Mamá, Juan Antonio, se despierta y se duerme haciendo planes sobre tu regreso... La fiesta de bienvenida, tu habitación y el consultorio que tienes que poner, eso, sí, con el doctorcito Ernesto Jaramillo. Ya piensa en la placa y el aviso en cobre:

DOCTORES JUAN ANTONIO MOLINA
y ERNESTO JARAMILLO

Médicos graduados en la Universidad Central

Oye, ñaño, ¿sabes una cosa? ¿vas a creer? Me mandó donde Ella, para que le cuente de tu próxima graduación y tu regreso... Fui. Al principio, ¿qué se imaginaría? se le cayeron las lágrimas... Pero cuando le conté de tu próxima venida a Loja, Dios mío bendito, nunca la he visto más linda, más alegre... brincaba de gusto, me abrazaba... Cosa que la mamá, que estaba contentísima también, tuvo que decirle que no sea tan exagerada, tan loquita... Y entonces se lanzó contra la mamá y casi la derriba con abrazos y besos... hasta que la levantó en alto y le dio unas cuantas volteretas, entre risas y lágrimas... de la purita alegría. Eres un *suertista*, ñaño bandido... Y lo que tienes que hacer, pobrecita mamacita linda, es venir pronto, todo hecho un doctor y con eso, solito con eso, la sanas por completo...



Los escándalos del grupo de Enrique Santa Cruz, ligeramente aplacados a causa del que causó la desgracia —y la liberación— de Guillermo Donoso, habían arreciado, habían recrudecido. Ya no se quedaban solamente en salones, clubes sociales y corrillos de *high-life*. Trascendían a todas las esferas sociales. A Juan Antonio le llegaban, filtrados, por allí, por los pasillos de la Facultad de Medicina y las salas del hospital... Contra lo que él mismo esperaba, esos chismes ya no le interesaban. Nebulosos, como cuentos viejos, extraños. Solamente cuando en ellos se mezclaba el nombre de Irene, prestaba atención, “paraba las orejas”. Felizmente, el comentario general favorecía a Irene... benevolencia, comprensión, simpatía, hasta piedad...

Habían ocurrido cosas, qué diablos, cosas... La casa de citas de Dolores Fernández, “Lolita Buen Corazón” había sido denunciada... Alusiones en los periódicos y, ¡qué brutos! hasta habían publicado unas listas de asiduos a los “actos sociales” que allí se celebraban... Morfinómanos, maricones, putas nobles, casadas y “doncellas”... ¿Saben por qué había sido denunciada? Por esto: una muchacha de sociedad que había sido conducida allí por su amante, *para evitar la deshonra* —ustedes saben, Normita Gonzalez, novia de Adalberto Suárez Jerez— había sufrido una hemorragia mortal después de la “operación libertadora” del famoso doctor Arturo Aragón y Peña, miembro de la trinca y accionista de la “empresa”... Creyeron poder ahogar el escándalo con dinero... Pero, ustedes saben, ya las cosas no son como antes... Por allí no faltan unos comunistas alzados, enemigos de los que algo tienen y son de buen apellido... y han denunciado la cosa... Todos se han jodido su poco. Solamente Enrique Santa Cruz se ha sacudido el vestido, como quien se sacude el polvo del camino y, elegantemente, ha hecho un viraje... Ha resuelto entenderse con el abogado que los Villaurrutia han dejado en Quito para que administre sus cosas durante su ausencia y, cosa rara, sin aparentes exigencias económicas, sin un claro *chantaje*, ha sido él, Enrique Santa Cruz, quien ha apresurado los trámites del divorcio...

¿Razones? Muy simples y muy claras: necesita otra vez, y de urgencia, el capital de su soltería para usarlo nuevamente... Ha sacado cuentas, llegando a esta conclusión: la noche mensual de *dormida*, que tenía *contratada* con doña María Josefa la viuda millonaria, solamente le producía regalitos, pendejadas como él decía, joyas valiosas y de gusto dudoso, tabaqueras de oro y, a lo más, a lo más,

un automóvil deportivo el día de su cumpleaños... como se las daba de gran señor, ni siquiera podía vender esos objetos de inmediato... la viuda lo hubiera sabido —tanta gente chismosa como hay— y entonces, ay, ay ay... Después de revisada su contabilidad económico-amorosa, resolvió emplearse a fondo... Pasar por el Registro Civil... Solamente que, pendejadas... él sería un divorciado a la hora de la hora y ella era una vieja beata, todito el tiempo...

En nuestra católica capital, *in ilo tempore* —ahora ya no tanto—, gentes corrompidas, capaces del concubinato, el adulterio, la inversión sexual, se muestran implacablemente virtuosas frente al divorcio y, peor aún, al matrimonio posterior, si uno de los cónyuges es divorciado... A eso, que es una institución legal, civilizada, la llaman las beatas grandísimas, prostitución legal...

Doña María Josefa viuda de Montúfar, gran dama y grandísima puta, que había matado a su infeliz y aristocrático marido a fuerza de disgustos y cuernos, sentía escrúpulos virtuosos, religiosos, piadosos ante la idea de casarse con un hombre divorciado, bueno, buenísimo para amante de una noche cada mes —¡ay, tan poquito!— Enrique Santa Cruz...

Prefería —vieja tal y cual, pensaba Santa Cruz— continuar el digno concubinato, procurando aumentar por lo menos a dos veces por mes el número pactado de las noches nupciales... Pero no exponer su reputación, su impecable posición social, casándose por segunda vez... y con un hombre divorciado...

A Enrique Santa Cruz, en cambio, no le interesaba el sacrificio mensual —peor aún bimensual— que le imponía doña María Josefa... Era solamente un camino, una estación para lo otro... El acta del Registro Civil era su meta perentoria... Ya se veía —¿y el ridículo, qué?— Tres grandes haciendas, dos casas, la residencial y la rentera y esos terrenos en el norte que están subiendo de precio como la espuma... En acciones y cédulas bancarias tenía la vieja un fortuón... El finado se lo había dicho: papeles bancarios, hija, papeles bancarios... Y últimamente, ¡qué brutal! con motivo del proyectado viaje de "luna de miel" a Estados Unidos y Europa, María Josefa le había hecho esta confidencia:

—¿Sabes, mi vida? Tengo unos centavitos en el National City Bank de Nueva York. Unos centavitos...

La página de vida social de Juan Antonio en Quito se había volteado o, por lo menos, suspendido. Estudiar, graduarse. Su ma-

má... No hay duda, su mamá debe estar enferma. Tanto la hermana mayor como Julio Emilio y el doctor Ernesto Jaramillo, le ocultaban algo. Las cartas de Loja eran llenas de alegatos, de argumentos... que por su ausencia, que cuando tú vengas... No hay vainas... cuando una persona está bien, está bien y sanseacabó... Pero eso de: está un poco fatigada, no es nada importante, tu presencia la sanará del todo... Todo eso, uh... No hay más que estudiar, guardarse, volver...

Estamos en agosto. Le han señalado el mes de octubre para el doctorado, sin precisar fecha aún... De vez en cuando, las noches, lo visitan Carlos Nájera, Fabián Martínez, Guillermo Donoso... Que no debes matarte estudiando, ¡qué diablos!... hay que distraerse un poco, salir, ver gente, charlar...

Una tarde, por fin, Carlos Nájera consigue sacarlo de su encierro y llevarlo a su casa, donde doña María Luisa y Catalina lo reclaman, están hasta un poco resentidas...

—¡Qué milagro, Juan Antonio!... Nos da gran gusto verlo. A Carlitos le hemos estado exigiendo que nos lo traiga...

—Me han sobrado ganas de venir, pero... yo no sé... me ha entrado una como fiebre, casi enfermedad, por estudiar, graduarme, ir donde mamá. Mamá no está bien, María Luisa, Catalina... No, no está bien. Por mucho que en sus cartas me digan lo contrario mi hermana, los amigos... Quiero ir a visitarla y volver...

—Sí, tienes razón, Juan Antonio. Así se lo digo a mamá... pero tenemos miedo de que ya no vuelvas...

Un intenso rubor hizo bajar los ojos de la chica... Pero ya estaba dicho y, además...

Fatigada, un poco enflaquecida después de la muerte de su hermana, la mamá de Guillermo Donoso, doña María Luisa parecía más bella, más... ¿cómo decirlo? tranquilizadora... El pelo se le había emblanquecido, y la sonrisa se le había hecho más dulce porque había aprendido eso que, generalmente, las sonrisas no saben: ser un poco tristes...

A Juan Antonio le hizo bien entrar en la casa de Carlos. Oír la voz de María Luisa. Mirar a Catalina... Las sillas, las tres lámparas... Bien de paz, de sencillez madura como fruta. Bien de estar bien donde se está. Sin querer estar más acá ni más allá... Recordó haber leído por allí que D. H. Lawrence, su novelista predilecto, cuando se sentía dentro de un ambiente dominado por mujeres "podía estar sentado y ser completamente dichoso"... Eso le pasaba

ahora, claro, era eso... Estaba sentado y era completamente dichoso...

—Te estás matando con tanto estudiar... Te veo un poco pálido...

—Sí, Catalina, creo que tienes razón. Estoy exagerándome un poco en el estudio. Un buen poco... pero es...

Y ante la mirada ansiosa de la chica, bajando un poquito la voz:

—De mi casa, en realidad, buenas noticias, Catalina... solamente que... yo soy muy aprensivo y siempre estoy imaginándome lo peor...

Otra vez Catalina se ruborizó, pero esta vez por la pregunta que casi se le sale, pero que no hizo...

(Juan Antonio se fue. Estaba lejos... Es que como un vuelo de alas, un moverse de cortinas, un tintineo de los cristales de las lámparas, de las tres lámparas... Ella. Pero como evanescido, etéreo... ¿Es que el viaje de Irene? Bueno: ahora estaba aquí Catalina, pero Catalina —¿Irene lo era?— Catalina no era adversaria de Ella... Ella podía estar, y estaba ahora, donde está Catalina... Con mamá...)

—¿En qué piensas? Estás como ido... El estudio exagerado... Apostaría a que los cien mil nombres de la terapéutica... Hice bien en traerte... Además, mamá y Catalina no me dejaban en paz...

—Déjate de hablar y haz servir un refresco... ¿Té? Ah, ya me acuerdo que no le gusta el té sino el café... pero nosotros, en eso de café andamos muy mal... Catalina, Carlos, hay que retenerlo a comer a este muchacho... ¡Le robamos todo el día! He oído decir que cuando se acerca mucho un examen, es mejor no recargarse la cabeza estudiando demasiado... Parece que hay peligro de confundirse... Hay que salir, distraerse, ver gente...

—Venir acá, María Luisa, venir acá y no a otro lado... A "sentarse y sentirse completamente dichoso", como Lawrence... Yo no sé lo que me pasa, pero cómo se me aclaran las entendederas, se me refresca la memoria y... "se me hace chiquito el mar para hacer un buche diagua"... Si este rato me presentara ante el tribunal, me aprobaría por aclamación...

—Las bugambillas que nos regalaste pidiéndolas a Loja, están preciosas. Vamos a verlas, antes de que se haga oscuro... Y verás también como, siguiendo tus consejos, han mejorado las rosas... Tiempísimo que no vienes...

—Vamos, Catalina, vamos... ¡Faltaba más! ¿Verdad?

—Vayan, vayan muchachos...

Un poquitín temblorosa y fría, la mano de Catalina que Juan

Antonio estrechó con la suya siempre cálida y seca... *La Miche le decía: mano de Angel de la Guarda...*

Junto a las bugambillas, que echaban de sus estacas las primeras hojas tiernecitas. Y mirando los rosales, esta vez bien cuidados y florecidos, Juan Antonio otra vez... Otrísima vez: *Ella, la de las nieblas luminosas, la del pueblo lejano, allá...*

De vuelta a la sala:

—Se siente un poquito de frío, afuera... Con usted, María Luisa, no sé... todo es calentito, sabroso...

Plática con pan y queso. Como allá. Y eso... Y eso que no hablaron mal de nadie... Solamente de las Baquero, las solteronas que teniendo tanta plata... Y de Lucho Vázquez, tan pretencioso el pobre que, por haber estado unos meses en París, no dice tres palabras sin mezclar una en francés... Y de la Virgen del Perpetuo Socorro que por más novenas que le hace mamá, no le cura la patita a la perra Diana, que la atropelló un carro...

—Calla, calla, hablador, charlatán. Vea Juan Antonio, no le haga caso, él es así...

Locuaz, dicharachero, como no lo había estado en mucho tiempo, Juan Antonio se dejó estar después de la cena hasta cerca de la media noche. Sus olvidadas aficiones literarias y artísticas se desempolvaban ante la ignorancia bondadosa de doña María Luisa; ante el interés de hombre culto y bien formado que hay en Carlos, y la apasionada atención de Catalina, borboteante de preguntas ágiles, inteligentes, no siempre conformes ni humildemente aceptadoras.

Juan Antonio hizo el reencuentro de un hogar. El paso de Irene por su vida fue desconcertante. Un gran sismo emocional que acaso le hizo bien, haciéndolo estremecerse, intranquilizarse, vacilar... Esto... Otra cosa, otrísima cosa. Estas mujeres, María Luisa y Catalina, entibiaban y serenaban el ambiente. Carlos, con sus anchos ojos asombrados y su cara de pregunta... Bugambillas de su tierra enriquecidas de hojas nuevas. Rosas. Paz dulce, agua de lluvia.

Octubre. La graduación. La familia de Carlos le había exigido que el agasajo a profesores y condiscípulos —ineludible y tradicional— se realizara en su casa. Juan Antonio, que sabía la estrechez económica de sus amigos, no consintió al principio. Pero la sencilla franqueza de doña María Luisa resolvió el problema:

—No, Juan Antonio, eso sí que no... ¿Ir a un restaurante, como

si no tuviera amigos, como si fuera un *botado*? Jamasísimo de Dios Los gastos, en su mayor parte, puedes hacerlos tú, muchacho, para que no te apene el causarnos molestias. Catalina, yo y la muchacha haremos unos bocadillos... Eso nos encanta...

—Pero, de todos modos...

—No hay pero que valga. Tú pondrás los licores, que es lo caro. Guillermo y Carlos harán los cocteles y el programa de las bebidas...

—A propósito, mamacita, ¿podremos echar un bailecito después? Porque un doctor sin baile el día del grado, fracasa sin remedio... Se cuentan casos...

—Ya te veía venir, bandido... ¡Claro, no faltaba más! Desde que enviudé, nadie ha bailado en esta casa... Once años de eso... Mi pobre muchachita Catalina nunca ha podido corresponder a sus amigas...

—No me ha hecho falta, mamá... no sufras por ello. Si yo lo hubiera deseado... ¿verdad Carlitos?, mamá me habría dado gusto... El que en realidad debe consentir ahora es Guillermo... pero ya dos años...

—Pero si Guillermo ya lo sabe. El lleva su dolor por dentro y... bueno, no necesita de esas demostraciones... Déjanos todo a nosotros, Juan Antonio. A mí, me encanta. Ni siquiera te mates estudiando más. Consérvate fresco, tranquilo. Ven a vernos con frecuencia. Con Guillermo, Fabián y Catalina, dirigidos por mamá, haremos las listas de invitados, consultándote, claro está... Y lo que es más grave, la lista de licores, ¡yuyuy! con lo borrachos que son éstos... sobre todo los viejos profesores... Guillermo quiere poner la orquesta y él mismo se ofrece a tocar el piano a ratos...

Juan Antonio sentía que no sé qué cosa ¿gratitud? le hacía nudos en la garganta y le hinchaba los ojos... Y se le vino... cómo no, el pensamiento de que a esas mismas horas, en su casa lejana, su mamá, sus hermanas, Ella...

(Pensaba en Ella, como nebulosamente superpuesta a la figura de Catalina... Una Catalina en tono mayor, que tenía a ratos los ojos en sonrisa y a ratos las lágrimas grandotas... ¿Ella? No. Catalina... Estaba allí parlanchinamente opinando sobre chicos y chicas que se debía invitar... Ella se fue).

—Verán: las dos Serranos, Sarita Aguirre... ¿Y la novia de Guillermo?

—No me tomes el pelo, primita, tú bien sabes que...

—Bueno, digan las chicas que les pueden interesar a los compañeros de ustedes... ¿Y para Carlos?

—¿Yo? Yo con mamá me sobro y me basto... mamacita linda, ¿no es cierto que hemos de bailar los dos hasta cansarnos?

—Cállate, malcriado... Pero ¿y los profesores?

—Viejos pendejos, perdón, mamacita y ñanita...

(Carlos pensaba en Lucía, la hermana de Fabián... Era tan culta, tan bonita, tan digna... Pero esta sociedad pretenciosa del carajo, del grandísimo carajo... Todos conocían su vida anterior. Ellos, Juan Antonio, Guillermo, comprendían. Pero ¿y el resto? Manada de hipócritas, imbéciles... Fabián mismo se opondría... Proponérselo, ya sería ofenderlos... Pero... ¿y no proponérselo? El le hablaría a la misma Lucía. Carlos sabía que no era tímida ni acholada. Pero tampoco era partidaria de heroísmos inútiles... Sabía que la llamada "sociedad", en Quito, a pesar de llamarse cristiana, es y será por muchos años, llena de prejuicios y, por lo mismo, incapaz de comprender las palabras del Evangelio: "El que esté libre de culpa, arroje la primera piedra"...)

Lucía agradeció a Carlos, a su mamá, a Catalina por la invitación y se ofreció entusiastamente para ayudar en la casa, en los preparativos de la fiesta. Pero se excusó de asistir porque, bueno... ella quería hacerse cargo de todo, pero desde adentro, para que doña Luisa y Catalina hagan los honores de la casa durante la fiesta de graduación de Juan Antonio... Todos comprendieron y agradecieron...

Con sencilla nobleza, la familia de Carlos recibió y atendió a los profesores y amistades de Juan Antonio Molina, del doctor Juan Antonio Molina, en la noche de su graduación de médico... Muchachas lindas, jóvenes alegres y los viejos maestros, que se retiraron pronto...

Catalina estaba linda, así, linda. Parecía embellecida por una alegría de adentro, que se le salía, que desbordaba. Y doña María Luisa, entre la cocina, donde vigilaba el servicio, a cargo principalmente de Lucía y la sala, donde repartía amabilidades y saludos. Fue precisamente ella quien exigió que se iniciara el baile. Juan Antonio, realmente emocionado, le pidió con cariño y respeto a doña María Luisa que lo acompañara en el primer vals, "para abrir plaza"... Con su natural y serena elegancia, dio unos pasos de baile con el nuevo doctor.

La fiesta se prolongó hasta la madrugada. Juan Antonio, en medio de esta alegría, de esta cordialidad, no se daba cuenta clara de lo que le ocurría... Se clausuraba esa noche una etapa de su vida... Su juventud ponía allí, en ese crucero de caminos, una flecha indi-

cadora... Final de sus amores —¿de su amor?— por Irene Villaurrutia. Final de su vida de estudiante... Acaso se exageró un poco —todos brindaban por su triunfo y lo obligaban a beber— en las copas esa noche. Seguramente así fue... Y le dio por lamentar, especialmente con Fabián Martínez, el haber olvidado sus sueños revolucionarios... Y se acordó de Loja, de las gentes de allá... De esa fiesta en que lo despidieron los amigos pidiéndole que se engrandezca en Quito para servicio de la revolución... La provincia... La Provincia... Carajo... el viejo Villarreal, el cholo Julio Emilio, Miguel Angel Echeverría, la Miche, la negra, el pobre Panchito Soto que se iba a hacer cura porque era hijo de cura...

Y Ella... Catalina, ven... Pero no... mamá, mamá...

Carlos, Guillermo, Fabián lo acompañaron hasta su casa, para que descansara... Y en el camino... la vida es una pendejada bien jodida... Bueno, ya, ya soy médico... ¿Y ahora qué?

Se levantó tarde. En la noche anterior, los amigos habían puesto telegramas a su familia. Le estaban llegando las felicitaciones...

Sintió ganas de estar solo. Los amigos vendrían en la noche. Y quería, ante que vinieran, conversar un poco —se había acostumbrado a ello en su prolongada ausencia de los suyos— consigo mismo.

¿Qué? Pero, en definitiva, ¿qué? Eso "iba siendo" la vida... Cosa grande, claro, esta de graduarse de médico, de "coronar la carrera"... Pendejada, grandísima pendejada... Un ancho, un asfixiante, un terrible vacío... ¿Había encontrado un camino? ¿Había hecho un bien? ¿Había hecho un mal?... Bueno, un poco de aire, de sol, de ese sol claro, como el de su tierra, mejor que el de su tierra... Camina y camina, como en los cuentos, había echado a andar por la Carrera Venezuela hasta el pie del Panecillo... Y por una vereda casi inaccesible, había trepado hasta media altura del montículo... Allá abajo, Quito... Como un Rastignac a la inversa, no miró a la querida ciudad en todo desafiante, sino más bien en actitud de preguntarle cosas, casi de pedirle perdón... Ella, la ciudad, le había dado todo, acaso más de lo que podía pedirle... Amistades, amores, amoríos... eso que llaman "aceptación social"... Buen crédito en los ambientes llamados pomposamente "intelectuales"... Simpatía general... Dios se lo pague... Allá, abajo. En ese barrio, esa chica que lo quiso tanto y a quien él... Y esos balcones, allá lejos, donde se asomaba... Y los bosques donde paseara con Irene Villaurrutia... Y, sin precisarla, pero allí estaba la casa de los Nájera... Allí estaba

Catalina... ¡Qué bonita, qué alegre, qué dulce estuvo anoche! Una cosa era cierta, indudable: al día siguiente, sin más retardo, saldría para Loja.

El nuevo telegrama recibido en las horas de la tarde, de Julio Emilio, daba una sensación —¿por qué— de urgencia. Se lo palpó en el bolsillo y, aunque se lo sabía de memoria, quiso releerlo. Se aproximó al más cercano bombillo eléctrico:

"Vente inmediatamente. Queremos todos felicitarte. Más que nadie tu mamá que se encuentra mejor ansía abrazarte."

Julio.

(Que se encuentra mejor... que se encuentra mejor... Luego ha estado enferma... Claro, clarísimo, imbécil que soy... Las personas sanas no "se encuentran mejor". Están bien, simplemente, están bien").

Precipitadamente, tembloroso, Juan Antonio se lanzó al centro de la ciudad, al telégrafo... ¡Maldita sea! La lejana ciudad no tiene teléfono... Hay que resignarse con el telegrama, con los signos tic-tic-tac-tac-tac, que van y vienen... Que, en ningún caso, llegarían ante de la mañana... Y él no podría, imposible, esperar la respuesta... En la mañana saldría en el único tren hacia Guayaquil:

"Julio Emilio Ortega.—Loja.

Salgo mañana vía Guayaquil suplicote comunicarme estado salud mamá Hotel Metropolitano. Abrazos.

Juan Antonio."

TERCER TIEMPO

LA PUERTA ESTRECHA

Forzad la entrada por la puerta estrecha.

SAN LUCAS.—XXIII.—24.

Los pasos se han ido, los besos, los perdones... Lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón.

CESAR VALLEJO,

Los poemas humanos.

Es inútil que miremos al cielo. Está desierto. En vez del sitio donde solía sentarse el Altísimo, y escuchar las plegarias, súplicas y arrepentimientos, sólo queda un gran vacío en el empíreo. Podemos seguir orándole a ese vacío, si queremos. El Altísimo se ha ido.

D. H. LAWRENCE,

Apocalipsis.

¡Bienvenida seas, oh vida!

JAMES JOYCE,

Retrato del Artista Adolescente.

25

Traca-traca-traca-tran traca-traca-traca-tran... Otra vez, como hace ocho años... Se había cuajado, claro que sí, la imbécil esperanza. Casi todo el sueño. Casi. Y era nada, poco menos que nada. Eso quiso, eso tuvo. O casi. Y era nada, poco menos que nada... Porque... ¿qué? Este regreso era como la esperanza volteada del revés. Como el sueño desandado. Hacia atrás, como los cangrejos... Con Julio Emilio, en las playas de Zamora... hacia atrás... los cangrejos...

Volví hacia la madre, hacia el origen. Hacia todo... Y a Ella... Pero Ella se perdía un poco, un mucho, un todo cuando pensaba en mamá... Mamá, mamacita... Me parece que se le han humedecido los ojos... ¿Está llorando? ¡Faltaba más!...

Horas de horas. ¿Cuánto tiempo en des-soñar? ¿En volver desde el sueño, pero en otro sueño? Horas de horas. Hacía frío, frísimo en la mañana... Los nevados, bueno ¿y qué, los nevados? Pendejadas, grandísimas pendejadas... Y los valles, y las vacas, y los indios. Y ahora está caliente, calientísimo... Hay que sacarse el saco, ¡uf!... Las garzas, bandadas de garzas... Pendejadas, grandísimas pendejadas... Y el río, grandote, grandotote... ¿Hacia dónde camina este río? ¿Hacia acá, hacia allá? Pero hay que pasarlo... Y las maletas y todo eso... Bueno, hemos llegado: Guayaquil. El Hotel. Lo único que importa: el telegrama:

"Apresura el viaje, Abrazos.
Julio."

Bueno, ya está. Ahora, hacia Loja. Primero, ese poco de río. Luego, ese poco de mar. Puerto Bolívar. Allí, donde vio por primera vez el mar... La única cosa del mundo que no desilusiona. Porque así es de grande, así es de mar. La cosa que deja cansadas las palabras. ¿Quién le puso ese nombre, mar?

Cuántas veces, cuando estudiante, Juan Antonio Molina hizo este mismo recorrido. Esperando hallar en la punta del viaje, unas veces Loja, otras veces Quito... En Loja, la mamá y Ella... En Quito, las demás cosas, esas cosas...

Allí, en el muelle, la carota plácida, amiga, tranquilizadora, del zambo Zabaleta... Desde Quito, claro, le puso un telegrama... Juan Antonio esperaba, imprecisamente, que el zambo, amigo, frecuentador de su familia en Loja, pudiera darle alguna noticia sobre la salud de su mamá. No, nada. Estrepitosos, efusivos abrazos, pasitos de retiro para verlo mejor:

—Carajo, estás estupendo. Elegantísimo, buenmozo, fuerte... ¡La cosecha de chicas que vas a hacer en Loja!...

—El que está muy bien eres tú, pero muy bien... Más negro, más gritón, más jodido... ¿En qué andas ahora, bandido? De puro bruto no seguiste estudiando. De puritito bruto... Aunque no, mejor no... Ya estarías de abogado, explotando, abusando miserablemen de esos pobres chazos...

—Bueno, basta de charla... ¿Estas son todas tus maletas? Cuéntalas bien... una, dos... a ver... tres, cuatro, cinco... ¿Ese cajón grande es también tuyo? ¿Y ese? ¿Y ese?

—Espera, espera, vamos a ver... cinco maletas, un paquete grande, tres cajones... Sí, está todo completo... Voy a necesitar tal vez tres mulas, además de la "de silla" para mí...

—Déjate de pendejadas. Todo corre de mi cuenta... ¡Faltaba más! ¡Abiatar, Abiatar! Ven, hijo, éste es el doctorcito Molina que vas a llevar a Loja... ¿Oíste? Como si fuera yo mismo, igualito...

—Mucho gusto, señor doctor, para servirle Abiatar Vergara a sus órdenes... ¿Sabe? de los Vergara de Sosoranga... Basta que sea amigo de don Zabaleta...

—A sus órdenes, señor don Abiatar... Juan Antonio Molina, a sus órdenes... Espero hacer muy buen viaje en su compañía...

—Y ahora, a tomarnos una cerveza, ¡uf, qué calor muchachos!... Y en seguida, ¿qué dices, Abiatar? a Santa Rosa...

—Sí, don. Hay que llegar temprano para arreglar las mulas y poder madrugar... porque, eso sí, señor doctor, tenemos que madrugar fuerte, fuerte, si no... En el hotel ya separé dos piezas buenas...

—Hotel, hotel, no seas pendejo... Yo me lo llevo donde la Sabina... ¡Faltaba más! Y tú te vienes también, Abiatar...

—Dios se lo pague, don Zabaleta, pero...

—¡Ah!... claro, bandido... ¿creerás que no sé?...

—Siguiendo su ejemplo, don Zabaleta...

Una risa anchota, sana, buenaza, alegra la cara quemada, varonil, hermosa de este hombre duro, como tallado en madera, de este hombre del sur, campesino franco, sencillo que trata con respeto pero con amistosa confianza, sin servilismo. Como todos los de su región, que nada tienen que ver con la humildad de esclavos que a los indios del norte ha impuesto la pseudo aristocracia explotadora...

Santa Rosa. Lindo puerto fluvial, en cuyo río remansado y transparente, de aguas torrentosas en su origen serrano, Juan Antonio había conocido el primer barco... esa casota nadando... cuando niño chiquito...

Cerveza fría, deliciosa, la mejor del mundo. Unos vasos, no muchos, en compañía de Abiatar... Luego solos, porque el arriero se alejó alegando que debía preparar las mulas para el viaje de la madrugada...

—Jodida cosa, señor doctor, jodida cosa, pero linda, señor doctor...

—No se olvide, Abiatar, que yo soy de acá, chagra legítimo de Loja... Y oiga: un poco de Macará también, por mamá... La mejor gente del mundo, don Abiatar, de toditito el mundo...

Cerveza y cerveza... Como antes... Hasta, bueno, hasta "ponerse en humor, ¡qué carajo ni qué pendejadas del diablo!"

—Oye, carajo, Juan Antonio. ¿Quieres? Vamos a comer donde la Sabina, ¿sabes?, mi muchacha "a la estaca"... Bien buena es la pobre... Le he hablado tanto de ti, que se muere por conocerte y se resentiría hasta la muerte si no te llevo... Creería que es desprecio, por lo que es zambita y... porque no estamos casados...

—Pero hombre, ¡faltaba más!

—Oye, carajo, y le he dicho que invite a su prima, la Blanquita, zamba linda, con unos ojazos así y unas caderas así y unos senos

así... y, bueno, no te digo nada... ya la verás... Y si le caes en gracia, Santa Rosa linda, que te la comes, juradito de Dios que te la comes...

—¡Zambo bandido! Te encuentro más perro y desgraciado que lo que te dejé... Y eso que... Cosecha has de estar haciendo con estas inocentes montubias... cosecha, zambo puerco...

—Bueno, sin alabanza, carajo, la cosa no iba mal... Pero como a éstas, eso sí que no, jamás de los jamases, no les gusta hacer eso con precauciones, ¿sabes?, sino limpio a limpio, como manda Dios; me estaba, carajo, llenando de hijos, de obligaciones y de puras vainas... No hay bolsillo que alcance... Una máquina de coser a la Lastenia, en El Pasaje... Un puesto de refrescos a la Felicidad en Zarumilla, con carro y todo y para que putee con otros... Una vaca con cría a la Olinda en Huaquillas... La grandísima de la Gloria del Río, que me sacó un viaje a Guayaquil... Mil sures por aquí, quinientos por allá... Y lloros, y amenazas de suicidio... La Dulce Zulema, casito, casito, la bruta... Para asustarme, se había tomado unas pastillas de veronal... Y casito, casito se larga y casito, casito me jode...

—Pero, entonces, tú...

—Claro que la cosa es bien vainosa y por eso... Una vez tuve que "jalarme al machete" con Alipio Zúñiga, marido de la Salve Regina... y el bruto le dijo que vendría tres días después, porque se iba a Túmbez... y el muy bestia vuelve la misma noche, la misma noche y nos encuentra...

—Algo me dijeron, oye, zambo, de una cosa más fea...

—¡Ah! sí... lo de Pepe Vivanco, el pobre Pepe... ¿Oye, quién te llevó el chisme? Las gentes son...

—Todos, hijo, todos... Si hasta salió en los periódicos... Yo pasé una época preocupadísimo... hasta que, por fin...

—Bueno, verás, la cosa fue bien jodida. Si yo hasta pensé escribirte pero, la verdad, tuve miedo de que la carta se extravió y eso...

—A mí me pasaba lo mismo y hasta pensé en venir...

—Pobre Pepe Vivanco... Era un buen chico pero... Le gustaba meterse a jodido y... chupó... Yo andaba en esas cosas con la Zarina, hermanita de Pepe... Aquí son casi más celosos de las hermanas que de las mismas hembras propias o de las enamoradas... Un hermano que no "saca la cara" por la *ñaña*, es un cobarde, un flojo, un cabrón... Yo andaba con ella en eso, por allí, por cualquier lado, en el río, tras una puerta, en el campo... Te juro por lo más santo

que yo no fui el primero, eso sí... ni de vaina. La bandida, fúuu... Parece que le contó al ñaño un cuento tremendo de engaño, de seducción, de forzamiento... Y que iba a tener *guagua*... Y que la gente ya se andaba riendo de ella, de él, de toda la familia... que estaba deshonrada... Eso lo supe el momento de la desgracia y me lo han contado todos después... Yo... como no fui el primero, ¿sabes? no me preocupaba de nada... La chica preciosa, un cuerpo... un... bueno... Y bien sabida para todo eso... Una noche me citó en las afueras del pueblo, por allí, por allí no más, ¿ves? cerca del río... Y le había avisado al pobre Pepe... ¡Pobre Pepe! Se metió a jodido... Sacó pistola... Se metió a jodido, cholito... y chupó... Tuve que fugarme... andar escondido, a salto de mata, casi siempre al otro lado de la *raya*, en Túmbez, Ayabaca, Sullana, Paita, Piura... Pero, te lo juro, hermano, Juan Antonio, ni siquiera virgo había sido la pendeja... Porque, eso sí, soy bien caballero, carajo... Si hubiera sido virgo, me casaba, cholito de mi alma... me casaba...

Seis botellas de cerveza llevaban consumidas los dos amigos entrañables de la época colegial en Loja... Orinaban en el patio de adentro y segulan bebiendo... Transpiraban...

—Tomemos las dos últimas antes de ir donde la Sabina, hasta acabarte el cuento, ¿sí? ... Te juro, no había sido ni virgo... Muchos la habían visto por allí, en eso, con el peruano Olavide, el que trae caballos a la feria de Santa Rosa... Otros aseguran que también con don Antenor hacía eso en la trastienda del comercio de telas... Oye, y hasta con el chino Chen-Si, Antonio Chen-Si... ¡Qué jodida cosa!... De mí, viéndome la cara de pendejo, se dejó enamorar como una colegiala pudorosa... Carajo, lo que más rabia me da es que me hizo que le dé serenatas con pasillos de esos... bueno... de esos para las doncellitas... Lo cierto es que cuando al fin hicimos eso, yo sentí que no, que no y que no... Claro que los pechitos puntones, claro que... pero cholito, tú sabes, cuando se tiene alguna experiencia... Y el bendito de Pepe, el ñaño —todo bien convenido entre ellos— llega el momento preciso y me trata de traidor, de mal amigo, de abusador de la inocencia... Y, por Dios, ¡qué desgracia!... Me amenaza que si no me caso con la hermanita a la que yo había “deshonrado”, me obligaría con su pistola... La muy garza presenciaba la escena sin mezclarse en ella, lloriqueando, lloriqueando, la muy garza, carajo... Yo alcancé a ponerme el pantalón y pararme... Cuando vi la pistola de Pepe que me la refregaba en la nariz, perdí la cabeza, por diosito santo... Y me desgracié, hermanito, me desgracié...

—Tres años de fuga, un abogado en Machala, diez mil sucres... ¿Has de creer que todavía ahora, carajo, cuando me ve la grandísima, me menea la cadera y se me hace alfeñique?... Era riquísima, cholito... Pero te juro por lo más santo, no era virgo, cholito, no era virgo...

Bien cargados de tragos, un poco tambaleantes pero no borrachos, los dos amigos se encaminaron donde la Sabina, a una casita de madera, pintada de azul y rosado, un poco en las afueras del pueblo, frente al río. Con geranios en macetas y un corralito de chivos a un lado de la casa, bajo unos algarrobos como sombrillas y unos árboles de ciruelas.

—Antes de entrar, cholito, orinaremos todita la cerveza, para que se nos pase la chuma... La Sabina es feroz... pero ella, negrita linda, me ha salvado... Te lo juro, carajo, cholito... ni más guaguas por fuera, ni pleitos en las cantinas, ni vainas de esas... Pero la zamba es feroz, cholito, feroz...

Un par de muchachas morenas los esperan en el portalito con hamaca... Presentaciones:

—Oye, zambita, oye, Blanquita, éste es el doctor Juan Antonio Molina... Carajo, lo mejorcito de este mundo...

—¡Muchísimo gusto! ¿Por qué tardaron tanto, zambo?... Estábamos preocupadas, y teníamos Blanquita y yo muchísima gana de conocer al señor doctor...

—Déjense de vainas, zambas. Nada de señor doctor, Juan Antonio a secas, ¿no es cierto que a ti te gusta mejor así?

—Pero naturalmente, nada de doctor... No me acostumbro todavía... Cuando oigo eso, regreso a ver porque creo que se lo dicen a otra persona... Así, que Juan Antonio y nada más, señoritas...

—¿Señoritas? ¡Faltaba más! Díganos por favor sólo el nombre: Sabina, Blanca... Nada de señoritas... Parece que no nos tuviera confianza ni cariño... Señoritas, señoritas... Blanquita, Sabina, nada más...

Zamba linda, risueña, apetitosa la Sabina. Ojazos negros, pelo rizado, extendido a fuerza con gomina, dientes blanquísimos... Y una naricita para arriba, llena de picardía, llenita de picardía... Un parloteo cantarino... Y unos senos así de puntudos y todo eso... Cogidos de la falda, greñuditos pero limpios, un negrito de cuatro años y una negrita de... ¿dos? Cosa así, solamente a la vista.

La Blanquita, un poquito, un poquito menos prieta. Más coque-tona en el peinado con cinta... Y una ruidosa bandidez, con caídas de ojos, llena todita ella de dichos y lindezas... Y qué cuerpo, señor, qué cuerpo el de la zamba condenada...

—Una copita de pisco para asustar las tercianas... ¿no, señor doctor? Digo, qué bruta, Juan Antonio... Saca de adentro el pisco y las copas, Blanca...

Botella y copa en mano, la Blanquita exigía a Juan Antonio que se la comía con los ojos:

—Seca y volteada, señor doctor, digo, Juan Antonio... a la moda de aquí, seca y volteada...

—Tú comienzas primero, a la moda de aquí... ¿de dónde crees que soy yo, ah?

—Bueno, salud... Juan Antonio...

Y la chiquilla —blusita blanca, escotadilla hasta..., bien ceñida, falda azul celeste —se bebió la primera copa hasta la última gota para tener el derecho —así son las leyes de la *tuna*— de exigir otro tanto a su invitado...

—Seca y volteada, Juan Antonio... así...

—Gracias, Blanquita. Y ahora, salud por usted, Sabinita, por usted y por el zambo este tan "suertista" que no se la merece...

—Gracias, Juan Antonio... Salud contigo, zambo lindo...

—¡Salud, princesa!...

—Oyes, Sabinita —mientras ella, ayudada por Blanquita y una negra sirvienta ponían en la mesa mantel, cubiertos, platos— oye, te voy a meter un chisme contra el zambo... ¿sabes lo que me dijo? Pues que erás muy celosa y exigente con él, palomita blanca, santito en andas, niño de Praga, casto José, virgo prudentísimo...

—Bandido, enredista, calumniador... No le creas zambita preciosa, no le creas... Lo que le dije, y eso es ciertísimo, es que eras feroz... Eso sí le dije, eso sí...

—¿Celosa yo? ¡Faltaba más! Si es un zambo pretencioso, doctorcito Juan Antonio...

—Nada de doctor. Lo ofrecido, ofrecido...

—Bueno, Juan Antonio... Y ahora, véngase a "hacer la pegadura" con esta meriendita de pobre, pero eso sí, con todo cariño y voluntad, eso sí... Pero antes, Zambo, dale otra copita de pisco a tu amigo... Aquí las tercianas son bravas...

Esta vez, las copas se sirvieron en la mesa...

—Salud...

—Salud...

—Bendito y alabado sea el señor...

—Estas zambas son bandidas y beatas, bandidas y beatas, Juan Antonio. Su rezadita no se la perdonan nunca, Juan Antonio, nunca...

—Y tú, masón, ateo, condenado en vida. ¿Qué te importa una oracioncita, un Padre Nuestro, "para por si acaso"?...

La mesa estaba blanca, llena eso sí, con balas de verde, majado, yuca cocida, queso duro y amarillo. Unas veces Sabina, otras Blanquita se levantaban de sus puestos para ayudar a la negra en el servicio... La bandeja de arroz. Otra con el "seco de chivo" que estaba como "para chuparse los dedos"... La bandeja de ayacas grandotas, envueltas en hojas de plátano...

—Pero antes, muchachos, "para picarse", sírvanse el cebichito de prietas. Mi zamba es brutal, brutalísima para un cebiche...

Al tiempo de decir esto, Zabaleta abrazó estrechamente y, goloso, besó los labios carnosos y pintados de Sabina...

—Abusivos, protestó picarescamente Juan Antonio, no hagan morir de envidia... eso dizque es malo para el corazón o no sé qué...

—¿Envidia? Creo que eso de hacerte doctor te ha hecho pendejo... ¿o así mismo eras? ¿No es cierto, Blanquita? ¿Acaso ella es el cuco? Lo más que te arriesgas es una buena cachetada... pero la cosa vale la pena, claro que vale la pena...

Con la primera insinuación de Zabaleta, Juan Antonio se había atrevido a cogerle la mano a Blanquita, bajo el mantel... Ella se la estrechaba y, al mismo tiempo, lo miraba con unos ojos llameantes y reídos, como invitándolo y dándole licencia...

—Antes, en Loja, eras el más jodido de nosotros, de toditos nosotros... ¿Te acuerdas de la Miche?

Juan Antonio miraba al zambo con ojos asesinos, zambo bestia, ya lo jodiste todo, todito...

—Ya ve, ya ve... ha sido un pillísimo el señor doctor... Así somos de tontas las mujeres...

—Nada de doctor, Blanquita, ya me lo prometiste... ¿Por qué te pusiste bravita? Este zambo es un bandido, no le creas nada, ni lo que se persigna... Es un charlón... Claro que no soy un santo ni un beato... Ni Dios quiera, zambita linda, pero no soy un pillo, eso sí que no... Lo que soy es bien querendón... Eso es lo que pasa, bien querendón...

—Coman y cállense un poco. Para todo hay tiempo. Se va a enfriar el chivo... Y al chivo hay que bautizarlo con pisco, para que no patee en la barriga... Salud.

—Salud.

—Y para pasarlo, cervecita. Claro que el chivo se lo pasa con chicha... Pero la Sabinita, antes de conocerte, te tenía vergüenza... Todo un doctor, ¡un señor doctor y de Quito! Pero con cervecita también se calma el chivo y no pateo...

Mesa costeña, rica de cosas, de cosas ricas: todas las formas del plátano verde, yuca, el seco de chivo, las ayacas de gallina, el arroz... y la maravilla de frutas, de las mejores frutas de este mundo... el seda, la chirimoya, la naranja, la guanábana, la papaya, el aguacate, la piña, la ciruela, la tuna... Como que entonces hasta el pobre es menos pobre y Dios vela para que todos coman... a pesar de los ricos, de las compañías, de los gringos de la *United*, de los "fomentadores"...

—Oye zamba, carajo, carajito, te lo juro por mi madre linda. A este pendejo de Juan Antonio Molina, a este grandísimo pendejo, lo quiero como a nadie en el mundo... como a ti, zamba del diablo... Y quiero que esté contento en mi casa... no sabes lo que ha hecho por mí... él y toda su familia... y su mamá que es como una reina, como una santa... Y tú Blanquita, preciosa, corazón, tienes que quererlo y hacerlo pasar bien, pero ¡biensísimo toda esta noche... y si no, me enojo para siempre... ¿oíste, zambita linda? En casa del zambo Zabaleta, Juan Antonio Molina tiene que estar como en su casa, carajo, mejor que en su casa...

—Ya te pusiste jodido, zambito... claro que lo queremos a Juan Antonio por ser tu amigo y porque ha sido bien alhaja, sencillito... La Blanquita se ha de portar como quien es, ya verás... Pero para todo tómense una vuelteita de pisco...

—Salud.

—Salud.

El zambo, bastante *chumado* es conducido a su cuarto por Sabina, casi a rastras...

—Carajo, Juan Antonio Molina en mi casa, carajísimo...

Y Blanquita a Juan Antonio, ya a solas:

—Has de querer dormir, Juan Antonio, ven...

Despertar madrugador, a pesar de la noche extenuadora. Las tres "bestias" ensilladas y listas. Don Abiatar Vergara —Carlos Abiatar Vergara Ramos a sus órdenes— comedido y ágil, pero tranquilo, arregla las cangas sobre las acémilas; y bien cinchado y listo el macho de paso para el señor doctor.

Como si nada hubiera ocurrido, las dos muchachas, Sabina y Blanquita, preparan el desayuno... ¡Esos desayunos costeños!... Blanquita, alegre, sin cansancio alguno, auxilia a Juan Antonio en eso de lavarse y afeitarse, como mujer propia... El agua, el jabón, la toalla... como mujer propia... mismamente mejor que la mujer propia de uno...

Y la mesa: rajas de papaya, rodelas de piña, naranjas peladas. Sabina trae para cada uno de los viajeros, don Abitar y Juan Antonio —nosotros desayunaremos luego— un enorme plato con cecina, huevos fritos, tajas de plátanos maduros igualmente fritos. Unas grandes balas de verde en vez de pan. Y grandes tazas de café con leche...

—Antes del desayuno, *draque* para no “agarrar los fríos”. Con bastante “punta” de pisco: limón, canela, azúcar, agua hervida... Dos turnitos siquiera, dos turnitos...

Abrazos, besos, ya sin pendejadas... Y los ojazos de Blanca que se hinchaban un poco con las lágrimas...

—Prontito he de regresar, mi negra, ¿no es cierto Zambo y Sabinita? Prontito. Adiós a todos. No se me ponga triste mi negra...

Macho zaíno, “de paso y paso-llano” —el macho de silla de la Concha, la “otrita” que tengo en Piñas, con perdón de usted, señor doctor— es el que monta Juan Antonio Molina en esta primera jornada de las cuatro largas que tiene por delante hasta Loja.

Va molido. *Chuchaque*. Noche de amor, de tragos, de emociones... El encuentro con el zambo Zabaleta le ha movido toda su capacidad de memoria. Zabaleta sabe, como pocos, de aquella historia dura, que señaló con sello poderoso toda su adolescencia: el suicidio frustrado de su hermano... ¿Fue suicidio en verdad?... Lo que fuera, lo que ocurrió en esa hora que marcó para siempre su vida, el zambo Zabaleta y Julio Emilio Ortega lo sabían. Lo sabían, en hecho, acaso más que él mismo... El, por corazonadas, por *pálpitos*. Ya que del asunto nadie quería —nadie quiso— hablar con él. Boca chiquita, palabras quebradas. Silencios...

El macho de pasitos cortos, “suave como una hamaca” lo iba llevando lejos en la madrugada caliente, todavía en penumbra, por el camino bordeado de ciruelos. Paso frecuente de quebradas y riachos que cortan el camino, en su viaje precipitado hacia el río que culebrea, como dormido mansamente, allá abajo, entre las plumas

verdes de las cañas guadúas. Tras él, para arriar las mulas con la carga, *todavía* silencioso, don Abiatar Vergara.

Va aclarando ya, francamente. El sol, tamizado apenas por un espeso copo de neblina, está flojón aún, como para mirarlo valientemente, cara a cara...

—Don Abiatar, don Abiatar... ¿vio? ¿cómo se llama esa culebra negra que acaba de atravesar el camino casi por entre las patas del macho?

—¿Esa? Culebra negra se llama, señor doctor...

El zambo, el zambo Zabaleta. El sabía, él sabía todo... Por lo bueno que era, la mamá de Juan Antonio le había tomado cariño. Servicial, generoso. El recuerdo de este muchachote alegre, enamorado de criaditas, jaranero y seductor de chicas de "medio pelo", era querido en la casa de Juan Antonio... ¿Cómo olvidar su conducta casi heroica cuando... bueno... cuando el accidente de su hermano Alberto? Durante cerca de dos semanas, en turno o juntamente con Julio Emilio Ortega, se pasó velando en forma agotadora, mientras su hermano volvía de aquel viaje a la muerte, cerquita de la muerte, de todita la muerte... La mamá de Juan Antonio le tenía, a base de cariño, una confianza entera. Sin él preguntarlo jamás, pues el zambo animal tenía el culto religioso de la discreción, se informó de muchas cosas íntimas de la familia Molina... Todas esas cosas... los novios de la hermana, las cosas de intereses, deudas, dificultades... La mamá de Juan Antonio le consultaba sobre arriendos de fincas... ¿Sabría algo sobre Ella? El macho se detuvo a orinar al paso de una quebradilla de aguas rápidas y bulliciosas...

—Deje *miar* al macho, señor doctor, deje *miar* al macho...

—¿Qué tanto habremos caminado ya, don Abiatar? ¿Unos veinte kilómetros?

—No, señor doctor, *aunó*. En la otra vuelta, en el vado de Limón Playa serán apenas las tres leguas, señor doctor... Allí les daremos agua a las mulas y nosotros también nos soplaremos un buen draque, para que no le *peguen* las tercianas al señor doctor. Don Zabaleta me dio un "termo" con agua caliente y tres botellas de pisco de Locumba para el camino...

Pero, con este calor, don Abiatar...

—Cómo se ve que el señor doctor se ha olvidado de su tierra... ¡El draque con buen pisco quita el calor cuando hay calor y el frío cuando hay frío, señor doctor!

(*Ella debe saber de su regreso. No se lo había avisado directa-*

mente, porque la idea de la enfermedad de su mamá lo dominaba todo... Esta zamba de Santa Rosa, la Blanquita, qué cosa... El Zambo sirvengüenza le había dicho, entre palabrotas, que las zambas son frescas... Ella misma había soplado la vela... Brutal... brutalísimo... Tal vez en Portovelo al día siguiente, qué vaina, tanto tiempo, podría saber algo de su mamá... Los telegramas urgentes que puso en Santa Rosa a su hermana y Julio Emilio indicaban que se le podría contestar a las oficinas telegráficas del tránsito. Su mamá le estaría preparando la fiesta de celebración del doctorado y del regreso... Ella estaría seguramente allí... Pero mamá está enferma, segurito, mamá está enferma...).

—¿No quisiera darme otro draquecito, don Abiatar?... Cierto que ha sido bueno para el calor también.

—¿No le dije, señor doctor, no le dije? El diablo sabe más por viejo que por diablo... A mí me lo enseñó Mister Whitney, de las minas de Portovelo. Sólo que él lo hace con whisky purito, purito, señor doctor... A la llegada, sea a Santa Rosa como al regreso a Portovelo, siempre llega con unas jumas bestiales pero pacíficas, cantando pendejadas en inglés. La mula lo derrama no más... Y él asegura que esta borracho como una yegua... Yo no he visto nunca una yegua borracha, señor doctor, nunca...

—No es mala idea la del gringo, don Abiatar... Péguese usted también una y buena... salud, don Abiatar...

—Dios se lo pague, señor doctor. Almorzaremos aquí arribita no más, en La Avanzada. Porque eso sí, tenemos que avanzar antes de las seis hasta el campamento de los misteres de Portovelo, en la mitad de la montaña, antecito de Ayapamba...

—Oiga, don Abiatar: ¿es cierto que por aquí, cerca de Ayapamba hay muchos leprosos y que por eso no hay que quedarse en ninguna posada ni aceptar nada de las gentes?

—Aura peor que nunca, señor doctor. Tiempfiisimos que no han llevado los lázaros a Quito... En toditas las casas, en todititas, señor doctor... De noche salen a bañarse en los esteros, sobre todo cuando hay luna... Por eso quiero llegar pronto a la posada de los misteres donde mi compadre Joaquín y la Rosalía que es... bueno, ya la va a ver, señor doctor... es buenaza...

A la oración —en mi tierra los campesinos llaman así a la hora del crepúsculo— a la oración llegaron al campamento de los gringos.

Y desde el camino:

—Compadre Joaquín, compadre Joaquiiiiín... ¿Hay posadita para un pobre, compadre Joaquín? ¿Y yerbita para cinco bestias?

Un chiquillo de pocos años, ¿diez, once?, se asomó a la puerta de la más pequeña cabaña de madera, la más cercana al camino. No vestido a la moda campesina, sino completamente a la gringa, camisa de kaki arremangada, *blue-jeans*, zapatos...

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Yo, Pepito, yo, Abiatar. ¿Dónde está tu papá?

Al acercarse él y los viajeros, Pepito reconoció a don Abiatar, entre los ladridos chillones de un perrillo flacucho y lanudo, que avanzaba hacia los visitantes y se retiraba, avanzaba y se retiraba...

—¡Compadre Abiatar! Pero si es el compadre Abiatar... ¡Calla, Sultán!... Venga no más, apéese, *dentre*... lo mismo el señor... ¿Cuándo salió de Santa Rosa? ¿Ahorita mismo? Para ayer lo esperábamos con papá y la Rosalía... Espéreme un ratito, descansen... voy a llamarlos en seguida. Fueron a cortar la caña para las mulas de los *místeres*...

—¡Papá, papáaaa! ¡Rosalíaaaa! El compadre Abiatar! Papá, papáaaa...

—Ya voy, ya mismito voy, que se apeen, que *dentren*...

Comedido, parlanchín, filático, Pepito ayudó a don Abiatar a amarrar las bestias en las estacas del patio, a desensillarlas... y sobre todo a atender al nuevo huésped, al señor doctor, como le oyó decir a don Abiatar...

Apenas libres de cargas y ataduras, el macho y las mulas se tendieron en el suelo y se revolcaron sabrosamente, patas arriba, hacia un lado y hacia el otro...

—Una mantita aseadita y suavcita para el señor doctor, aquí en la banca, para que descansen...

El pobre "señor doctor", más desgraciado que las mulas, no podía ni revolcarse y, a pretexto de estirar las piernas, se paseaba penosamente por el corredor de la cabaña... Lo que en realidad tenía era una soberana matadura que le había desollado las nalgas.

—¿Tiene candela prendida? Ve, Pepito, hasta que venga la Rosalía, pon a calentar agua en un perol para tomarnos un draque... el "termo" está ya vacío... Un draquecito bien calentito, ¿no, señor doctor? Eso reanima y, sobre todo, impide las tercianas. Estos aires de montaña caliente son bien traicioneros, señor doctor.

Mientras el chico entró al interior y don Abiatar sacaba de las alforjas la botella de pisco, el azúcar, la canela; Juan Antonio renqueando, renqueando se acercó y muy acholado y en voz baja le dijo:

—Oiga, don Abiatar, estoy jodido, jodidísimo... Tengo el trasero hecho una lástima... No voy a poder seguir el viaje así... ¿Y ahora?

—¡Ay mi señor doctor! ¡Ques pes! Cómo se ha olvidado en Quito de las cosas de su tierra! ¿Ya no se acuerda de la primera vez que montó largo? Estoy seguro de que ha de haber sido peor...

—Sí, claro que me acuerdo. Pero entonces era un muchacho y a esa edad estas cosas no hacen mella...

—Me perdona el señor doctor, pero las nalgas amatadas duelen lo mismo al muchacho que al joven como usted, señor doctor... Aguarde un poco que venga la Rosalía y el compadre y nos abran la casa de los *místeres* para que se recueste el señor doctor y le hagamos una curacioncita... Verá como queda el señor doctor, fresquito. Es como la mano de Dios, como la mismísima mano de Dios, verá no más. No hay matadura de cristiano que resista. La Rosalía es buena para eso...

Apresuradamente llegaron el padre y la hija. El delante, cojeando, cojeando, ella detrás. Llenos de real alegría, se lanzaron a saludar de puro abrazo al compadre Abiatar. Que cómo le ha ido, que por fin, que le estábamos aguardando desde ayercito mismo... Y el señor...

—El doctor Juan Antonio Molina, de Loja, que viene de Quito graduándose...

Saludos. Mucho gusto de verlo. Que claro, que sí sabían, que sí conocían de nombre al señor doctor y a su digna familia, que ojalá, que descanse, aquí no falta cariño, aunque pobres...

Don Joaquín Mendieta, de los Mendieta de Celica, era un hombrequito pequeño, cojito del pie izquierdo, más que viejo, envejecido por el trabajo, los climas fuertes en que había vivido, la desnutrición. Desde que le vino "la desgracia", o sea la invalidez del pie, y después, "la otra desgracia", la pérdida de "la finadita", abandonó la arriería y se dedicó a tambero y cultivador en pequeño en "la posada de los gringos", acompañado de sus dos hijos que le dejó de recuerdo "mi finadita de mi vida": Rosalía y Pepito. Rosalía era una linda muchachota, era lo que en el decir de las gentes de por allá, se llama una lindota. Buenas formas, ni bonita ni fea, pero simpática, risueña, coquetona. Piernas rollizas, descubiertas hasta "arribísima", por la pollera levantada para el trabajo, pechos de nodriza, desafiantes por entre la camisa descotada por el clima, que dejaba ver la medallita de la Dolorosa, que se perdía por allí dentro, en la aparente separación de los senos.

Mientras el diálogo corriente entre gentes de la arriería, sobre cosas y cosas de mulas, de hijos, de enfermedades, de mujeres, de lo caro de las cosas —siempre, en toda época, en todas partes, las cosas

caras para el pobre— y de ¿qué hay por allá? y ¿cómo han cainado estos días?; don Abiatar iba sacando de su alforja paquetes que entregaba a la Rosalía y ésta recibía: pan, azúcar, café molido, kerosene, cecina, manteca, latas de sardinón y sardinas y la consabida botellita de pisco, que era el regalo de don Abiatar en cada viaje:

—Para los fríos, compadrito, para los fríos... que por aquí son bien jodidos... y para tomarnos un canelacito con la Rosalía, que está cada día más hermosota...

—Con sus reflejos, padrino, con sus reflejos... reía la muchacha, dirigiendo sus miraditas interesadas al nuevo, al "señor doctor"...

Y los otros "encargos": dos cortesitos de tela de algodón floreado para vestidos de la chica, camisetas y un pantalón *blue-jeans* para Pepito y cigarrillos "Progreso" para don Joaquín...

—Oye Rosalía, mijita, ábrenos la casa de los *misteres* para que se acomode allí el señor doctor. Tú sabes que Mister Whitney...

—Sí, padrino, sí. Tenemos orden de abrirla cuando usted trae a personas importantes, bien importantes como el señor doctor...

—No tanto, guambrita... importante no, pero...

—Papá, pásame la llave de la casa de los *misteres* para que allí se acomode el señor doctor... Nosotros, como pobres, no tenemos comodidades... cuantimás dignas del señor doctor...

Cojeando, cojeando, el viejo alcanzó las llaves.

—Mientras arreglo el cuarto y la cama, recuéstese en la banca, señor doctor, así, así, de ladito, para que no le duela... con picardía aconsejaba la Rosalía, así, eso es, así...

Mientras la Rosalía abría la casa de los *misteres*, don Abiatar preparaba ayudado por Pepito y don Joaquín, el "draque" que resucita muertos y que impide que se nos "peguen" las tercianas...

—El draquecito, señor doctor, sí se ha de acordar de sus buenos tiempos...

—Claro que me acuerdo... buenas monas me he pegado con el famoso draquecito, que es casi lo mismo que el "canelazo" de Quito... sólo que éste es con pisco y el otro con trago puro... Pero que venga la buenamoza, porque así sabe mejor el draque...

—Rosalía, Rosalíaáá, vení, acabá pronto, que te llama el señor doctor para que nos sirvas el draque...

Ligerita, ligerita, la Rosalía llegó toda sonreída, bien señalados los hoyitos de las mejillas rozagantes; trajo la botella y el perol de agua caliente y sirvió en tazas desparejas de loza, con flores y angelitos en relieve.

—Salud, señor doctor, por el gusto de conocerlo y de servirle y

para que no le pegue ningún mal de estas tierras calientes...

—Salud, guambrita —la palabrita deliciosa se le había pegado en Quito— salud guambrita, muchas gracias por sus buenos deseos y por usted, don Joaquín, salud...

Los tragos se repitieron en varios turnos o "rondas". Agua caliente, una poquita de azúcar, muy poquita, una rajas de limón y bastantito, eso sí, bastantito pisco, hicieron el milagro de calentar los estómagos, alegrar los ánimos y bueno... todo lo demás...

—Vea compadre, ya estamos "a la oración" y aquí oscurece pronto... ¿Quiere acompañarme con Pepito a cortar la cañita para las mulas? Usted como arriero que ha sido sabe: en los viajes, primero la mula que el cristiano, no hay vainas, primero la mula que el cristiano...

—Ve, Rosalía, quédate tú calentando la comida y acompañando al señor doctor... Ya volvemos, diaquisito, cortando la caña para las bestias... Harás rica comida, ¿no?

Cuando se quedaron solos, Juan Antonio se puso de pie, olvidándose de sus mataduras y, como es de rigor, galantéó a la muchacha... Le dijo que era linda, que sus ojos así, que su cuerpo, que su boca...

—Calle, calle, señor doctor... No se burle de una pobre *chacita*... El señor doctor ha de haber dejado lindas enamoradas en Quito... Porque en Loja sí he oído... caída y limpia el señor doctor con las muchachas, con las mejorcitas, caída y limpia...

Juan Antonio la siguió a la cocina y, a pesar de los arrumacos de la chica, la abrazó, la besó...

—No, no, señor doctor... suélteme, déjeme... ya mismo vienen... qué dirá el padrino Abiatar... no, no, así no...

—Pero amorcito, si no te voy a hacer nada malo... Pero no he podido contenerme viéndote tan linda... tan fresquita, tan rica... Bueno, no lo vuelvo a hacer... Pero tomémonos una copita los dos solitos, así, en el pico de la botella, así, pero no tan poquito, ya... pero no limpies el pico... quiero saber tus secretitos...

La muchacha, con el esfuerzo aparente de defenderse, con los tragos repetidos y la llama del fogón que le iluminaba la cara, estaba realmente bonita, con una lindura de fruta, apetitosa, carnosa, suave... Juan Antonio olvidado de sus magulladuras, enardecido por los tragos y la belleza frutal de la chica, seguía abrazándola con ternura, suavécito, así... deslizando sus manos, ya casi sin protesta de ella, por los senos, las caderas, los muslos...

—Suélteme, no sea malito, suélteme, no sea así...

—Esta noche, mi amor, tienes que venir un ratito a acompañar-

me... ¿no? ¿sí?... yo no puedo dormirme solito... ¿Vendrás? Y para que me cures. Sé buenita... no me he de dormir, si no vienes...

La chica, removiendo el arroz en la cacerola, para que no se quemé, con los ojos bajos, sonreía...

En la curación de las posaderas de Juan Antonio, intervienen todos. Rosalía, púdicamente, prepara los elementos. Don Abiatar dirige. Juan Antonio, acostado boca abajo en la cama de los *místeres*, "a calzón quitado" exhibe sus nalgas irritadas... casi no siente nada, esperanzado en las posibilidades de la noche. Pepito tiene en alto la lámpara de gasolina. El cojito, cojo, cojo, se mueve de aquí para allá. Pasa la agüita tibia de escancel y malva y, después del lavado suavecito, viene la parte heroica: don Abiatar toma en la boca una buchada de pisco y la lanza con ruidos estrépitosos sobre las posaderas doloridas y al aire...

—¡Ay, ay, ay, carajo! Perdona, Rosaliita, pero me ardió una brutalidad...

—El resto del pisco hay que tomarlo por la boca... Así se completa el remedio... Salud, compadre, Rosaliita, señor doctor... Hasta vos, Pepito, tienes que tomarte un trago... ¿Dirá el señor doctor que no se siente aliviado?...

—Sí, ciertitito, Dios les pague a toditos...

Levantándose los pantalones, Juan Antonio se incorporó para la comida que Rosalía y Pepito comenzaban a servir.

—¿Y Rosalía y el guambra no nos acompañan?

—Como no, señor doctor... Vean, muchachos, no sean *chagras*. El señor doctor quiere que se sienten a la mesa también... Y copitas, copitas...

Después de la comida, a la cama. El viejo cabeceaba de sueño. A dormir todos en la otra casa, para que descansen el señor doctor, porque hay que madrugar... Después de un ratito, las luces de la otra casa apagadas, la Rosalía fue a ver lo que podía faltar al señor doctor...

Madrugada. Las bestias ensilladas. Neblina. El desayuno listo, preparado por la Rosalía. Antes de montar de nuevo, una gratificación de doscientos sures para que vayan a pasear en Guayaquil el próximo nueve de Octubre...

—Que no, que no y que no... Que no se moleste el señor doctor,

si todo, todito es pura buena voluntad para el compadre... La Rosalía sonríe con los ojos bajos...

—¡Dios se lo pague, señor doctor, con las ganas que tenian los chicos de conocer Guayaquil!

Y cuando el trotecito de las mulas los alej  un poquito del tambo, Don Abiatar cazurro y risueño, cerró el capítulo así:

—A mí no la meten, señor doctor... Ojos tengo, orejas tengo... a mí no la meten, señor doctor...

26

Selva caliente. Vaharadas de niebla que, como humo blanco, salen de la jungla tremenda, hinchada de verde, de aromas, de rumores, de pájaros y monos. Sin llover fuertemente, la garúa nocturna ha mantenido húmeda, fangosa, la pequeña vereda que se abre estrecha, en medio de la vegetación abrumadora que destila por el canal de millones de hojas, agua, agua, agua. La vereda empinada hasta la cumbre, es un pequeño cauce que mantiene disimulada la hondura del fangal. Las mulas, con lentitud desesperante, sacan penosamente la una pata delantera y meten la otra; pugnando por sacar del atasco, una tras otra también, las patas traseras.

—¡Mula, macho! ¡Ah! ¡Ah!...

La voz de don Abiatar estimulando, espoleando...

—¡Mula hijoeputa, carajo, sal!...

(Mañana, sí, segurito, mañana ya en Loja. Acaso hoy mismo... alguno de la familia, Julio Emilio tal vez, llegaría hasta Portovelo... Mamá, mamá. Sus ojos grandes, tristes, mirándolo en el patio, cuando se despidieron la última vez. Sin lágrimas. Con avidez de retener, de retratar, de fijar, de adueñarse desesperadamente y para siempre de esos instantes en que la cara de ella, la cara de él ocupaban un lugar en el aire, y luego nada, nada. "Sólo tengo en mi mano / la forma de su huida". Este poeta Jiménez, siempre, siempre... Y Ella... Hace años, años, estuvo esa noche donde Ella para despedirse. Ella sí, con lágrimas grandotas resbalándole por entre la sonrisa de sus

ojazos dulces... Sonrisa, claro... Sonrisa y lágrimas... Como cuando se casa el Diablo con la Diabla... Eso es...).

—Agárrese bien, señor doctor, agárrese bien... el piso está endemoniadamente resbaloso... Y me parece que el macho...

(Su mamá había estado enferma. ¿Estaría enferma todavía? En la carta de su hermana, le cuenta que su mamá está atareada, preparando la fiesta, las invitaciones... ¿Estaría ya mejor, sin duda... ¿Y Ella? ¿Iría Ella? Con eso de la tía que se murió hace apenas un año... Esos duelos eternos de Loja. Toditiita la vida... ¡Qué vaina! ¿Vendría el cholo Julio Emilio "a encontrarlo" siquiera hasta Portovelo, hasta La Toma? Estos amigos son una vaina... ni el más pequeño esfuerzo, pendejos de mierda... ni el más pequeño. ¡Pero si soy un idiota! Claro que ha de venir el cholo Julio... ¡Faltaba más! Bueno, seguramente, mañana vendría alguno y sabría noticias de su mamá. Mañana...).

—Oiga, señor doctor... Ya salimos del atolladero y estamos en el llano... si "picáramos" un poquito las bestias, podemos avanzar hoy mismo a Portovelo... Más que sea a la oración... ¿Qué le parece? ¿Y cómo van esas sentaderas?

—Me parece brutal, don Abiatar, brutalísimo... Y así, ¿que le parece? mañana mismo en Loja o, por lo menos en La Toma...

—En Portovelo, señor doctor, no hay necesidad de buscar yerba para las bestias ni hacer comida para nosotros... Podemos llegar más que sea a las siete o más... Todo está listo en casa de mi compadre José María Castro... ¿Se acuerda de él, señor doctor? Claro que se acuerda, claro... el que le decían el gato Castro en el colegio, por sus bigotes, su rubicundez, su...

Bastante cansados llegaron los viajeros, sobre todo Juan Antonio. La jornada, déjense de vainas, es bien, pero bien jodida... Allí le esperaba a Juan Antonio el telegrama deseado:

"Doctor Juan Antonio Molina. (A su paso por Portovelo). En La Toma te esperaremos mañana viernes varios amigos y parientes tuyos. Abrazos.

Julio Emilio".

Lo recibió temblando, pero así, temblando. Era ya el contacto con eso hacia lo que venía de tan lejos en el espacio, en el tiempo, en la intensidad de la esperanza. Era el contacto ya cercano con la raíz y

la esencia de su vida, con el origen y el destino. Con la tierra, el sol, el agua, el aire de que estaba hecho su cuerpo. Con la luz, el amor, las lágrimas y el sueño de que estaba hecho todo él. Con el nacimiento cercano de las fuentes de su dolor y de su gozo, de su miedo, de su vergüenza, de su fe, de su rabia, de su deseo, de su asombro ante las cosas. Cerca de la fuente de las malas palabras y las malas obras. Porque allí vio pegar al primer niño y al primer perro, allí vio el primer beso de los otros y la primera cópula. Allí vio morir a su padre. Allí tuvo la certidumbre de las vacas que dan leche, de las rosas que florecen, de los pechos de las niñas que comienzan a hincharse. Del río que se va y de las nubes que se van en el río. La certidumbre de los capulíes y la blanca certidumbre de la primera comunión. Supo de la gran pendejada de los dientes de leche y esa cosa tremenda, madre de todas sus rebeldías, de que hay ricos y pobres; niños ricos y tontos que son los mejores alumnos y niños pobres, rotositos y tristes. Supo de las gallinas y los huevos y de los nidos de pájaros... Era el contacto cercano, allí, allicito, tras las lomitas esas... con Ella. A pocas horas-luz, sí, señores, Ella...

Y el estigma de su vida, como el de San Francisco, que atravesó su carne, su verdad: una vez allá, hacia donde hoy volvía, se encontró cara a cara con la muerte... Con la muerte a la que fue, con sus propios pies, el hermano. El que le enseñó las cosas, casi todas las cosas. El hermano que le hizo saber aquello de Mallarmé:

*La chair est triste, hélas!
et j'ai lu tous les livres...*

El hermano que le había señalado los pasos. Unos eran de sombras, y era necesario darlos. Dando traspiés, cayendo. Y allá, abajo, sonriendo, sin huesos sonoros, sin ojos vacíos, sin guadaña, la muerte.

Su hermano Alberto había llenado su adolescencia con certidumbres, inconformidades, dudas... ¿Qué lo había alejado de Dios? Así decían. Lo habían dicho esas arpías siniestras, hediondas de incienso y de maldad, casi todas tías suyas, como esa vieja alcahueta, doña Leonor... Y se lo habían dicho a su madre, para hacerla sufrir. Pero su madre sabía que Alberto, su Alberto, el hijo suyo que había llamado a la muerte tocándole la puerta con sus propias manos, no podía estar lejos de Dios... Porque amaba la belleza de los libros y los versos, de los animalitos enfermos y los niños... Esa perra sarnosa a la que bañaba cantándole... Y defendía a los nidos en los árboles contra los chicos con piedras y asechanzas... y se ponía de parte del

peón incumplido, porque, pobrecito... y del chico ese que robó las flores porque, pobrecito... Su hijo Alberto que cuidaba a la tortuga y le llevaba, todas las mañanas, unos guineos maduros para que desayune... Y todo lo hacía cantando... Y a la mamá, le leía versos de Baudelaire y de Rimbaud y la llamaba a gritos para enseñarle un botón de rosa, un sapito verde, qué lindo, o una mariposa... Le regalaba libros de Anatole France y, mamita, verá qué lindo, novelas de Flaubert...

El telegrama recibido lo había transportado a las comarcas del recuerdo, con sueño, con neblina... ¿Dormido, despierto?

—Señor doctor, señor doctor, las mulas están listas, ya son las cuatro...

Sonidos de pasos de don Abiatar calzados con espuelas...

Noche de ensueño y de pureza, vísperas del reencuentro...

Don Abiatar sí estaba contento. Había pasado la noche con la *otrita*, señor doctor, en Portovelo. Don Abiatar, como todo arriero de verdad "en el camino de Santa Rosa", era como zarumeño. Se hallaba en el suelo y el aire de su tierra. Tierra con oro, allá, adentro, en los agujeros de las bocaminas y calva por fuera en la fuga interminable de su lomerío, móvil y sonoro de millares de chivos.

—Ahora sí, señor doctor, un buen draquecito con *reposado* de Piñas, regalo de mi amiga para usted, señor doctor. Los *fríos* de Huaiquichuma son los más jodidos, señor doctor... En el río Ambocas tengo una comadre, no sea mal pensado, señor doctor, que nos ha de servir agüita bien caliente, para llenar el termo también.

Por filo de las seis de la mañana, juntito a la huecada del río Ambocas, cerca de la línea divisoria entre El Oro y Loja, la casita de la comadre se desperezaba en humo de hogar, señal de vida.

—Comadre Chaba, comadre Chaba, soy yo, Abiatar, que viene con un amigo a saludarla!

—¿Quién? Ah!... ya voy, ya voy, compadre... Apéese, *dentre* al corredor, que ya salgo... enseguidita.

Joven, un poco pálida, modestamente vestida y casi despeinada, sale la comadre. Es de Loja, mismamente. Vino con el marido a trabajar, a ganar harta plata en Portovelo, donde los gringos de las minas de oro... El ingrato, *agarrado* por una *pilla* de Guayaquil, de esas *ganadoras* que tienen siempre los malditos gringos para que les saquen la plata a los trabajadores, la dejó botada sin medio con dos guaguas, varoncitos ambos, bendito sea Dios, que le han salido for-

malitos, y la ayudan en el trabajo de la casa y la huertita, bendito sea Dios...

¿El joven es el señor doctor Molina? Claro... ella conoce mucho a la familia del señor doctor... La señora mamá, una santa, mismamente una santa... ¿El señor doctor no se acuerda de ella? Ingratos mismo son los paisanos... Hija de la señora Hermelinda, que vivía en el Puente de Abajo... acuérdesese no más, señor doctor... hermana mayor de la Conchita, de la Conchita Reyes, señor doctor... ¡claro que se acuerda!... Pero si el señor doctor, cuando era un mocoso, bien simpático el condenado, la perseguía a mi ñañita por los potreritos del río... Felizmente... claro que se acuerda el señor doctor...

El señor doctor se acordaba, claro que se acordaba... De la señora Hermelinda y sus tamales, de la Conchita... qué lindas piernas tenía la Conchita... a la que sólo alcanzó a besar, apenitas, a saltos y brinco por entre los sauces del río, cuando ella se le deslizó como pescadito de entre las manos temblorosas... Y esa Chabela, Chabita, Chaba... ¿Cómo no acordarse de esa mañana en que, sin que ella lo sospechara —ni lo sabrá nunca— con el zambo Zabaleta la sorprendieron, escondidos detrás de unos sauces, desnudita, lindita, gordita, bañándose en pelota, en purita pelota... Y ellos, allí mismo... ¿Cómo no se había de acordar?...

Estaba enflaquecida, marchita, por el trabajo, los sufrimientos, los hijos, pero aún bonita, de bonitura apocadita, triste... De bonitura para acariciar, pero ya no para violar...

Con el ron de Piñas, reposado, y el agua caliente de la comadre, hicieron un draque riquísimo, "recontraojodido", para alentar a Juan Antonio que se sentía con estos encuentros, cada vez más cerca, más cerca...

(Ya, ya... las mismas voces, las mismas caras... el mismo sutil aire de entonces... y él tomando las mismas copas para embriagarse igual... Esta cara de la Chaba... pero claro... ya está cerquita de Ella... Este trago igualito... Allá, tras lomita, todas las cosas de su adolescencia... y eso... cuando esa vez lloró de júbilo porque supo que Ella lo quería para toda vida... y el verso:

*"Dios está azul,
la flauta y el tambor
anuncian ya la cruz de primavera..."*

y aquel muchacho sastre que lo acompañaba en las mañanas, para pescar miradas de Ella, sonrisas de Ella... y en las tardes, bandidos

del carajo, para perseguir a las muchachas del barrio y tumbarlas entre los carrizos... La Miche...).

—¿Qué has sabido de novedades de Loja, Chabita? Pasa por aquí tanta gente de allá en viaje a Guayaquil... ¿De mi mamá?

—No, señor doctor, nadie ha pasado estos días, nadiecísimo...

—Dime, Juan Antonio, Juanito, como antes...

—Me da vergüenza, con lo que ya te has hecho doctor... cuantimás que no nos hemos visto añísimos... Pero bueno, Juanito: de tu mamacita no he sabido nada en estos días... Que estaba buenita me contó un arriero hace unas dos semanas... Ese muchacho que era de la hacienda de ustedes, y que siempre lleva y trae encargos de su mamá... Pero si quieres saber otras cosas de Loja...

—Quiero, claro que quiero, cuenta, cuenta...

—Verás. Me han contado que la señorita Virginia Simancas, la Virgencita, ¿te acuerdas?, amiga de mi ñaña Conchita, que era tan virtuosa y pudorosa y dada de noble, dizque se ha salido con un teniente de Otavalo, que dizque ha resultado casado... El bruto ese de Ramón Errázuris, el hermano de esas barbonas horribles, ¿te acuerdas? se ha quedado con la lengua afuera... y está medio podrido...

—¿Idiay?

—Lo del zambo Zabaleta sí has de haber sabido... con lo amigos que eran ustedes... Es que para jodidos, ustedes... y nosotras pobres, que nos moríamos de amor y... bandidos que han sido!

A la hora de despedirse de la Chaba y volver a montar en las cabalgaduras, Juan Antonio estaba borracho de ron, de recuerdos, de aire de la tierra propia... Y así, en trance, como en vuelo, con la vista metida hacia adentro, hacia la comarca de-sueño donde estaba su adolescencia dormida, pasó sin darse cuenta el lindero entre la Provincia de El Oro y la Provincia de Loja, su tierra...

Las vueltas y más vueltas del camino en Huaiqui-chuma y Chi-guango, se le pasaron a Juan Antonio por entre un delicioso sopor, cercano al sueño... Tres días largos... y éste es el cuarto ya. El malestar del cuerpo ha desaparecido esta mañana, en que Ella está mirando el mismo cielo que él...

Y la mamá... su recuerdo como que lo aneblina, lo volatiliza todo. Y junto a ese recuerdo, el de su hermano mayor, Alberto, separándose y juntándose, como en un juego de sombras chinescas...

En una encañada de esta tierra reseca, como calcinada, amarilla

de muerte, castigada por Dios, se oyó el rumor inesperado de un hilo de agua, allá, allá, adentrísimo... Hacia él, como atraídas por esa frescura, las mulas apuraron el paso, emprendiendo en un alegre y esperanzado trotcecito. Juan Antonio, como despertando, regresó a ver al arriero, con mirada cargada de preguntas...

—Sí, señor doctor, mientras beben agua las bestias, nosotros debemos pegarnos también nuestro traguito de pisco. De ese buenazo que le regaló don Zabaleta.

—Muy bien, don Abiatar. Venga el traguito. La cercanía de Loja, me ha dado una cosa como escalofrío. Acérquese un poquito, tóqueme la mano, estoy temblando...

—¿Cree el señor doctor que las tercianas...?

—No, don Abiatar. Cuando muchacho tuve muchas veces, años, paludismo, y me sé con la memoria de mis huesos, todos los síntomas y momentos de los *fríos*... Esto que tengo ahora, es el mal de la tierra, el mal de Loja. Es un mal que se produce con palabras, con sonidos, con aromas, con aire, con la única luz... Esta vez, fue el rumor de esta agüita... Al oírla, me sonaron campanas, vi a mamá y...

—Mejor así, señor doctor, según mis pobres entendederas... Las tercianas son bien jodidas y esto que le ha dado, es más bien un mal bueno, un mal buenísimo, señor doctor, con su perdón...

—Muy bien dicho, don Abiatar... Sí, es "un mal bueno"... Como cuando se llora de alegría... ¿no le ha pasado a usted?

—¡Claro que me ha pasado, sí, señor doctor! ¡Claro que me ha pasado! Cuando mi finadita Clara, mi mujercita de mi vida, dio a luz el único varoncito, Eloycito, que así le puse por el gran viejo Don Eloy Alfaro... Cuando abrió los ojos enseguida del parto y me vio, me dijo como asustadita:

—¿Por qué lloras, negrito?

—¿Llorando yo?

Y al tocar con las manos mis ojos arrasados, grité:

—¡Pero si es de alegría! ¡De puritita alegría, si soy el hombre más feliz del mundo!

—Y entonces, señor doctor, aprendí que se llora de gusto...

Un buen trago —cuatro dedos malos— se tomaron don Abiatar y Juan Antonio, mientras las mulas, a las que previamente don Abiatar quitó los frenos y aflojó las cinchas, bebieron agua fresca en la quebrada y comieron yerba fresca crecida junto al agua...

—Y, perdone, don Abiatar, ¿qué fue de su esposa y de ese niño, Eloycito, que debe estar ya hecho un hombre?

—Ella, señor doctor, mi Clarita, en el cielo. Yo no la merecía.

Hace ya de eso dieciocho años. Murió de sobrepáto, en Zaruma... Justamente esa vez que lloré de gusto... Se me metieron las lágrimas adentro, adentrísimo, señor doctor...

—Perdone, don Abiatar, que sin quererlo, haya provocado tan tristes recuerdos... ¿Quiere servirnos otro trago? Yo ya estoy entrando en calor...

—Sí, señor doctor, otro traguito... fue mi guagua, mi hijito quien me dio fuerzas para seguir viviendo...

—Cuenta, cuenta del chiquillo, cómo es, qué hace...

—Señor doctor, malo es que yo lo diga, pero el muchachito me ha salido lindo, lindo, señor doctor. Igualito a mi difuntita de mi vida... Sus mismos ojitos y ese modito de hablar, así, y de sonreír, así...

—¿Estudia, trabaja?

—Estudia, señor doctor. Porque eso quería la finadita, cuando conversábamos... cuando ya supimos que Dios nos lo iba a dar... Este año, si Dios quiere, se va a graduar de Bachiller... Yo quiero, como quería la finadita, que se haga doctor como el señor doctor... Cuando estemos en Loja se lo voy a llevar para que lo visite... ¿Otro traguito para volver a montar, señor doctor?

Una pregunta suya, la explicación de que su pequeño escalofrío no era causado por el paludismo, había dado lugar a la sencilla confianza, que le traía la revelación de que allá, adentro del arriero, había un hombre, con su amor, su dolor, su pequeña alegría, su pequeña esperanza. Desde ese instante compartieron sus vidas, sin hablarse. Don Abiatar iba hacia el hijo, él hacia la mamá, hacia Ella...

Y allí estaba ya, enverdecido por el sol de la tarde. El valle del Catamayo, abrigado y refrescado de agua por los dos ríos, el Guayabal y el Arenal... Al verlo, los ojos de Juan Antonio se nublaron... Don Abiatar *emparejó* su mula con la de Juan Antonio:

—Una copita, señor doctor... la última que tomaremos solos en este viaje. Salud, señor doctor!

—¡Salud, don Abiatar, por usted y por Eloy, salud!

Las mulas, solitas ellas, apresuraron el trote. Allicito, en el poblado de La Toma, estaban ya "los encontrantes". Al desmontar Juan Antonio, fue recibido por el abrazo estrecho y silencioso de Julio Emilio. Muchos amigos y parientes. Su hermano Alberto no se encontraba entre ellos...

27

Todo estaba vacío. Vacío hecho de silencios dolorosos. Y vacío de palabras vacías. No, no eran así las cosas. Nunca habían sido así: allí estaba el río, el son de las campanas, la casa igualita, grande y clara, las gentes. Allí estaba Ella...

Pero no había nadie, nada.

Opacamente, Juan Antonio advirtió que había necesitado siempre de otros ojos en compañía para ver las cosas de allí... como antes habían sido, como serían siempre... Su mirada se había quedado como el antejo estereoscópico al que se le ha roto uno de los lentes: no veía con perspectiva ni volumen. Allí estaban las cosas, planas, desdibujadas, muertas. Más que muertas, provocadoras de ansiedad, de tristeza...

No nada. Su hermano Alberto, por allí, callado, inerte, como lámpara apagada por falta de aceite. Como perro sin dueño. Como Ángel de la Guarda con las alas caídas. Como sábado que fuera víspera de lunes. Como patio de escuela en vacaciones. Como la hora de rezar el Rosario...

Sus hermanas, pobrecitas. Querían contarle cosas, cosas. Ya mismo. La enfermedad, las palabras, el renacer de la esperanza, "el miércoles amaneció mejorcita"... Pero se ahogaban en sollozos, no podían. Y él, Juan Antonio, se salía hacia afuera, pero no había un buen "afuera". Ni era bueno el viento, ni valía el cielo ni era bueno el sol. El río, esa gran pendejada que era el río. Ni sombra de los

saucos ni gana de hacer, con las piedritas planas, pan-queso-y-raspadura... Las flores, pordiosito del cielo, ni la misma rosa blanca... ¿Y Ella? ¿Por qué, para qué si...?

Ella... Nunca supo en verdad Juan Antonio cómo pasó la cosa... Creo que fue por el lado de las campanas... ¿Por qué estas malditas campanas ya no sonaban como antes? Pero, claro que sonaban como antes... pero no... La comadre Eulalia, la vecina Isabel... Siempre tuvieron las palabras de elogio para Ella, cuando Juan Antonio pasaba... Hoy, se les había hecho las palabras tristes, las miradas caídas, sin sonrisa. Claro. No podía ser de otro modo... Todo, todo se le había salido de la vida. La Virgen de la Loma se había ido. San Antonio también. ¿Y Dios? Se había ido también...

Todo había sido accidente, matiz, perfume, tono y visión en torno de la Ausente. Todo se había ido con ella. Todo lo había barrido la escoba de la muerte. Y había quedado sonando el viento contra las ventanas de la casa abandonada. Talac-talac-talac.

Volver, entonces. Más que volver, irse, fugarse. Toda la pequeña ciudad se convirtió en abrazos, en palabras. Todos "hacían suyo" su dolor incompartible, espantosamente solo. Eran mentiras piadosas, contra las cuales no cabía indignarse. ¡Al Diablo con las palabras, contra la inutilidad del diccionario! Los límites de su resistencia se acertaban. Ya no podía más.

Era superior a sus fuerzas el diálogo tremento. La sirvienta vieja, la Estefanía, al verlo se llevaba la punta del delantal a los ojos... Esas campanas de San Francisco que antes... que antes apresuraban corbata clara y ramo de claveles... Esas condenadas viejas lloronas, las tías... "Mijito, mijito querido". No, carajo, yo no quiero ser hijo de tías, de estas tías grandísimas que la hicieron sufrir. Y allí estaba el caballo tordillo y la perrota Zenobia con esos ojazos húmedos que todas las mañanas me repetían la mala noticia...

—¡No, no, maldita sea!...

La noche era terrible. Los pasos en el entablado, Los ruidos de la calle. Faltaban esos pasos, ingrátidos casi... y el detenerse momentáneo por frente de mi puerta, para ver si dormía:

—Mucho lees, hijo, con esta luz tan mala...

Se volvía penosamente a dormir. Y al despertarse, otra vez... Esas campanas chiquitas de la catedral en disputa con la campana grande... Las voces y los nombres, los mismos pero otros. Y el café

con pan, tan distinto. Y la ida de todos a la misa de siete...

Al principio, a la llegada de Juan Antonio no fue tanto. Para él no fue cierto aquello del choque fulminante y brutal. No. Al principio sintió como un desacomodo, una distonía entre comprender y sentir. Por entre resquicios de inconsciente, se cuelga "la idiota esperanza" que dijera el poeta. No se espera con la inteligencia. La inteligencia, cobarde, se niega sin razones a entender...

Pero los ojos esperan, las orejas esperan, la frente, las mejillas, esperan unas manos que deben estar en algún lugar del aire, de este aire...

Un sacudón terrible: el buen amigo don Francisco, con suavidad respetuosa le dice:

—Me han dicho que el señor doctor piensa vender la casa...

—Los estaba esperando, don Abiatar... Pero si éste es un hombrarrón, y buen mozo... ¿Cuándo el grado, Eloycito?

—El miércoles de la semana entrante, señor doctor. Me ha dado una gran pena el que se haya excusado de formar el tribunal el señor don Alberto, hermano del señor doctor! Lo que más he estudiado es su materia. Pero, naturalmente...

En verdad, su amor de padre y de enamorado de su "finadita" no le había llevado a decir cosas exageradas a don Abiatar: Eloy era un muchacho estupendo. Más alto que su padre y muy esbelto. Era rubio, de un rubio de miel y unos ojazos que tranquilizaban con su luz clara y azul. Vestía deportivamente con pantalón *blue-jeans*, camisa de manga corta, muñequera de reloj y zapatos claveteados.

Viendo que Juan Antonio no separaba la vista del muchacho, don Abiatar se creyó obligado a dar explicaciones:

—Es el purito retrato de la "finadita" señor doctor. Visto él, vista ella. Y es que —aquí entre nos— ella era hija de Don Burneo, un *suco* buenmozote dueño de haciendas de ganado en la frontera. Ella misma, la finadita, me lo contó, sin ofender a su mamá. Como el papá "legítimo" el finadito Don Timoteo se había desgraciado tanto por motivo de la *chuma*... Entonces, señor doctor, usted comprende...

Oyendo a su papá, Eloy sonreía, ruboroso como una doncella, pero no disgustado:

—Pero papá, por Dios, ya sales con tus cosas... ¿Qué le importan esos enredos al señor doctor?

—Al contrario, muchacho, me interesan mucho, muchísimo. ¿No ves que me refrescan la memoria, casi diría que me rejuvenecen?

Se puso de pie y se acercó al chiquillo. Le hizo una suave caricia en su cabeza rizada, rebelde contra el peine y el agua:

—¿Así que eres discípulo de mi hermano Alberto? Entonces, seguramente, te habrá pervertido...

Don Abiatar sonreía en forma picaresca y cómplice...

—¿Pervertido, señor doctor? Si don Alberto es el mejor hombre del mundo. Oyéndolo, uno se siente bueno y hasta, señor doctor, uno tiene ganas pero así de grandes, de ser inteligente para no perderle una palabra de lo que dice. ¡Qué cosas lindas dice, señor doctor! ¡Qué cosas buenas! Y sabiendo lo que la quería a la señora mamá de ustedes... Perdón señor doctor... Pero es que don Alberto no ha sido para nosotros solamente el profesor que enseña su materia, sino que nos enseña principalmente a caminar bien en la vida. Nos indica lo que hemos de leer, nos presta libros... Libros de Filosofía, que es la cátedra que explica y libros de Literatura, que es lo que en el fondo le gusta en realidad. Este año nos ha dictado *Ética* y *Estética*. Cuando explica los *Diálogos* de Platón, nos parece que estamos oyendo la voz y las palabras del propio Maestro del Maestro, a Sócrates...

—Exageras un poco, muchachito, exageras...

—No, señor doctor, no exagero; nos leía hace poco el *Hippias Mayor* y otro día el *Ión*... después el *Banquete* y el *Fedro*... y le aseguro, señor doctor, que es entonces, con esa lectura y con su explicación, que he podido comprender algo del problema de lo Bello y del misterio del Amor y la Poesía... Don Alberto es el mejor hombre de este mundo...

La voz articulada, modulada, del muchacho que hablaba a la lojana, le refrescaba la vida a Juan Antonio... Era una voz de siempre, pero nueva al propio tiempo para Juan Antonio, porque esta voz no había sido escuchada simultáneamente con la voz de la Ausente... Esta presencia nuevecita le lavaba los ojos, le refrescaba el aire.

—¿Es verdad que quieres continuar tus estudios fuera de Loja, muchachito? Algo de eso le he oído a tu papá...

—Sí, señor doctor...

—Tú no tienes raíz aquí... tu mamá...

—Mis dos tías, señor doctor, han sido y son como mamacitas para mí... Pero quieroirme, es cierto. Estudiar, trabajar, a Guayaquil, a Quito, a otra parte donde... Pero no quiero sacrificar a mi papá, que tanto hace por mí. El debe ya descansar...

—Estos muchachos, señor doctor, creen que los viejos ya no servimos para nada...

—Papá...

—Yo creo que podré ayudarte en Quito, muchacho. Buscas un trabajo que te deje tiempo para estudiar... Y mientras lo halles, vente a vivir conmigo. Mi departamento da lugar para dos. Me acompañarás, ahora que me he quedado solo...

—Muchas gracias, muchísimas gracias, señor doctor. Pero no puedo permitir que se moleste tanto... Lo mismo que le doy aquí al muchacho, puedo darle allá, sin ningún sacrificio... Además, señor doctor, de parte de su finadita mamá, Eloycito tiene algunos centavos...

Conversaron. Sólo a ellos, a don Abiatar y Eloy, Juan Antonio les contó su resolución de regresar de inmediato a Quito, recomendándoles absoluta reserva. Temía observaciones, ruegos, lágrimas. Hablaron. Bajando la voz como conspiradores. Harían el viaje por Cuenca esta vez y no por Guayaquil... No quería que el muchacho se diera cuenta de las "otritas" del camino... El miércoles próximo sería el bachillerato de Eloy. El domingo saldrían. Casi de fuga Juan Antonio. Fuga al vacío doloroso de su tierra antes llena de todo.

(¿Y Ella? La había visto cuando fuera con su mamá a visitar a las hermanas, a visitarlo a él. Pero por la primera vez, inesperadamente, se le hizo un nudo el corazón. Se le nublaron los ojos, se puso tembloroso y frío, como si fuera a darle un desvanecimiento. No se entendió a sí mismo... ¿Desamor? ¿Tibieza por los años de ausencia? ¿Quito? ¿Su arrebatadora novela de amor con Irene Villaurrutia?... Ella allí y su madre no... No se podía representar el drama por falta de uno de los personajes... Una como traición a la memoria de la Ausente... Igual cosa pasó con la acacia amarilla que plantara con su mamá, él cavando el hoyo en la tierra y ella depositando la plantita tierna con raíces y todo... Hoy, retiraba la vista del árbol ya crecido y cubierto de flores traicioneras... Lo mismo con la rosa blanca y esos carrizos ya grandotes... Le dolía todo lo que fue con su madre, lo que debía seguir siendo con su madre. Después, probablemente... Volvería... Y entonces sí, Ella... Sí, seguramente, volvería...).

Este chiquillo, Eloy Vergara, era una ficha nueva. En su cara ni en su voz estaba incluido el pasado, eso... Era una nueva fe, futuro, proyectos, y eso junto a sí, le haría bien. Futuro y proyectos, como él los tuvo hace más de ocho años, cuando salió hacia Quito por la primera vez. Como los comenzaba a tener ahora, siendo el primero salir, irse de Loja. A esta ciudad a la que, hace muy pocos días, le había traído todo, llenos los brazos de la mies cosechada. El Título

en las manos... Y ya no estaban allí ni en ninguna parte, las manos que debieron recibirlo...

Para Juan Antonio Molina, Julio Emilio Ortega era la ganancia de amistad más grande de su vida. Fraternidad profunda hecha de comprensión y de respeto, de abnegación, de confianza. Todo con él en su infancia y en su adolescencia. Todo con él en su primera juventud. Todos los *por qué*, casi sin respuesta, algunos respondidos, habían sido planteados con él, a la vida, a la naturaleza, a Dios. Los dos habían, desde el campanario de la Catedral, abolido el Diablo y el Infierno. Los dos —pero si apenas tenía Julio Emilio, el mayor de ellos, nueve años— vieron eso... eso... cuando el cabo Carrillo empujó desde el estribo del puente hacia el carrizal del río a la muda Ramona y le levantó las faldas, entre risitas y protestas y se subió él sobre ella y eso, eso... Los dos, en las esquinas, esperando que asomen... Y en las noches, en el cuarto de él, Julio Emilio tocaba la guitarra y cantaba bajito, con los pelos caídos sobre la frente y Juan Antonio, maldita sea, leía versos ajenos y propios... Los dos anduvieron largo tiempo en la empresa urgente de —además de la novia— tener una muchacha, varias muchachas... Y los dos, entre un “de corrido” sobre la Guerra de Troya y el teorema de “los dos paralelepípedos rectángulos que se cortan por la base”, se contaban entrecortadamente, con muchos carajos y “verás pendejo”, las hazañas galantes, sin gallotería, con sencillez desprovista de obscenidades. Y los dos soñaban... viajes, Julio Verne, Robinson Crusóe, Bolívar, lo que habría tras del Villonaco y, por el camino de Quito, París...

A pesar de la intensa y mutua admiración, era muy frecuente escuchar observaciones y hasta críticas severas hechas por el uno al otro: reclamándose mayor dedicación al estudio —esto generalmente de Julio Emilio a Juan Antonio— mayor delicadeza o caballerosidad en el amor. Por eso Juan Antonio sintió, durante su permanencia en Quito, la falta de su amigo lejano... Porque las nuevas amistades quiteñas eran para una parte, para un lado de su personalidad: ideológica, intelectual, emocional. La de Julio Emilio era íntegra, el ángel y la bestia, el pensamiento y la sensibilidad, la vida entera.

Juan Antonio, esta vez, quería llevarse a Quito, irremediablemente, a Julio Emilio. Discusión. Todas las objeciones eran rebatidas, todos los obstáculos superados... Pero...

Juan Antonio estaba, un poco superficialmente, informado de un

lío femenino de su amigo. Nada le había dicho. Era un caso de traición. Y esto, francamente, cohibía a Juan Antonio, porque... él tampoco —la verdad es la verdad— no había mantenido todo el tiempo informado a Julio Emilio desde Quito, sobre su gran historia de amor con Irene Villaurrutia. Así es que no tenía derecho para ser muy exigente...

La triste perspectiva de una soledad desesperada —a pesar de la conquista de Eloycito Vergara— hizo a Juan Antonio vencer todos los recelos y abordar el tema de esta atadura sentimental de la que apenas se hallaba informado... Era intolerable esa zona de sombra interpuesta en la transparencia de su amistad sin secretos...

—No, Juan Antonio. No es falta de confianza contigo. ¡Qué va! Es... yo no sé como decirlo... Timidez orgullosa, respeto por este amor silencioso y cabal que se ha apoderado de mi vida. Verás: un capricho inicial —¿quién sabé cómo empiezan estas cosas?— deseo, costumbre, bondad, bondad de ella, todo esto estimulado por el chisme, el comentario hiriente. Todo esto rematado, anudado por el hijo. Pensé escribirte muchas veces, cuando me insistías en que vaya a Quito. En alguna vez, hace unos dos años, ¿recuerdas? te insinué algo, pero tú...

—Sí, es verdad. Ahora lo recuerdo. Francamente, no le di mayor importancia. Estaba yo entonces envuelto en mi amor por Irene Villaurrutia. Algo te dije de eso también, pero poco. A pesar de la pureza de nuestro amor, yo me sentía por esos días en un pantano, en una *tembladera*. La pandilla siniestra de Enrique Santa Cruz me tenía anonadado. Provinciano zoquete al fin. Uno de mis mejores amigos —te he hablado de él— Guillermo Donoso, naufragó en ese océano de lodo y mierda. Cayó en la cárcel acusado de estafa y de rufianería... Estaba yo asqueado y por eso tu pedido de auxilio me sonaba a hueco, a ingenuidad provinciana de la que yo mismo, en ese momento, pensaba haber sido víctima... Seguramente debí entonces haberte tratado de pendejo desde lejos...

—Seguramente. Porque tu respuesta, que yo consideré idiota, me hablaba de que envidiabas la paz y la pureza provincianas de las que tú habías escapado de puro bruto y te arrepentías de ello...

—Sí, sí, ahora lo recuerdo bien. Eso que te debió parecer una tontería presumida, era mi verdad de entonces. Cuántas veces, cuántas, abominé de mi estúpido viaje y traté de grandísimas putas a las viejas arpías, cuya capitana era la tía Leonor, que lo empujaron. A esas viejas malditas que tanto hicieron sufrir a mamá... En este

instante, estoy volviendo a creer lo que entonces. El precio de ese viaje, lo he pagado con la muerte de mamá en mi ausencia... Y, acaso, la indiferencia hacia Ella...

—Perdona Juan Antonio si, impensadamente, he removido tu dolor... Pues bien: con todo eso que te digo, se tejió la tela de araña en que estoy aprisionado... No me quejo, no protesto. Estoy. Ha sido una avalancha. Se trata de una muchacha humilde. Te conoce y sabe todas las cosas de tu vida. ¿Quién no? Tú la conoces también: es Angélica Matute, hija de la señora Dioselina Matute. Si te has de acordar. Antes de que te vayas vendían, cerca del Colegio, cajetas de dulce, colaciones, pan de dulce, caca-de-perro y dulcesecos... Entonces, ni yo ni tú nos fijábamos en la chica... sólo pensábamos en las golosinas, que a ti te fiaban y a mí no...

—Claro que me acuerdo, si la señora Dioselina era muy amiga de mamá, habían sido condiscípulas en la Escuela de las Marianitas...

—Bueno. ¿Cómo empezó? La chica se fue poniendo bonitiña y con fama de inteligente y muy lectora... Cosas. Lo de siempre. Pero cuando supe lo del chico, cuando supe que iba a tener un hijo, perdí la cabeza. Alegría, responsabilidad, gratitud. Yo no sé. Todo. Esta sociedad hipócrita que acepta mancebías, violaciones, adulterios, estupro, siempre que se use con relativa frecuencia el jabón confesional y se obtenga la absolución de un cura; esta sociedad me ha condenado por tener una mujer y de ella un hijo. Yo no estoy dispuesto a someterme. Me conoces. Pero por ella y por mi hijo... Y verás: es ella quien me sostiene y me estimula para que no me rinda. Prefiere el aislamiento, el hielo, los desprecios, antes de verme derrotado por esta crápula decente de falsificadores de testamentos, de violadores y adúlteros con licencia clerical... ¿Cómo no sentir gratitud?

—Te comprendo, Julio Emilio, y te apruebo. Voy a pedirte un favor: quiero ser presentado a tu mujer y conocer a tu hijo. Contigo, son ellos parte esencial de la familia que me queda...

—Gracias, Juan Antonio... Ahora sí, espero que comprendas mi negativa a irme. Que no es definitiva...

Juan Antonio pidió ser el padrino del chico, que Julio Emilio no había pensado aún en bautizar. En ceremonia pública, en la iglesia de San Sebastián, aunque sin fiesta a causa del duelo del padrino. Fiesta no, pero sí una reunión de amigos y parientes, exigida por

Juan Antonio, para romper el aislamiento de todos y de todo en que vivían Julio Emilio y su pequeña familia. El prestigio, el nombre de Juan Antonio, eran la mejor reparación, el más puro enaltecimiento de la situación de Julio Emilio... Un bofetón para la "sociedad" dijeron en cambio las gentes pacatas y virtuosas...

Se consiguió que asistiera —para que salga de su retiro implacable— a Don Alberto Molina, hermano de Juan Antonio, considerado por todos como la más pura inteligencia y querido y admirado por todos. Fue Miguel Ángel López acompañado por sus hermanas, María y Rosita. Y con su mamá, la señora Dioselina, estuvo presente Fernando Matute, muchacho de colegio aún, compañero de Eloy Vergara. De este chico extraordinario por su talento y su belleza varonil, hemos de ocuparnos muy largo en esta historia.

Juan Antonio tuvo una ocasión para hablar. Recuerdos del antiguo grupo de muchachos rebeldes, cuyos maestros e inspiradores habían sido el doctor Villarreal, el gran viejo socialista prematuramente fallecido y don Alberto Molina, hermano de Juan Antonio. El que, como Mallarmé "había leído todos los libros" y estaba de regreso de un viaje frustrado y voluntario hacia la muerte. Juan Antonio con las copas, muy nutridas, se puso sentimental y evocador. Se acordó. De todo. En aparte prolongado con el "cholo Julio", preguntó por la Miche, su maestra de amor:

—El sargento saxofón, después del matrimonio pidió la baja. Con los ahorros y el retiro puso una tiendecita de ventas en la que tenía de todo. En la trastienda con patio vivían, con gallinas y puerco. Y ya en siete años de casados, tres chiquillos. Al segundo, que les salió varoncito, le pusieron como nombre Juan Antonio...

Julio Emilio le habló de Ella, largamente. Le repitió aquello de las lágrimas grandotas y de que llevaba luto por el fallecimiento de la mamá de Juan Antonio... Te quiere como nadie te ha querido ni te querrá jamás. Juan Antonio callaba...

—Trago y más trago para todos...

—¡Qué viva la comadre!

Y en un momento en que Julio Emilio se enredó en una conversación muy animada con Miguel Ángel y don Alberto Molina, a los que formaron rueda las muchachas y el chico Fernando; Angélica, la comadre, aprovechó para hacer un aparte, que todos respetaron, con Juan Antonio:

—¡Cuánto, pero cuánto tiempo he soñado conversar con usted! Julio Emilio lo quiere por sobre todo, tiene fe en usted... Y ahora,

Juan Antonio, es indispensable su ayuda... Porque voy a decírselo a usted aunque mucho me duela: mi marido no es feliz. No, no lo es... Y tengo ser yo la culpable...

—Cuénteme, Angélica, tenga confianza en mí... Cuéntemelo todo... pero antes, hágame dar un trago...

Angélica llamó a Fernando y le pidió que sirviera unas copas al compadre. El muchacho, que formaba en el corro de quienes escuchaban a Don Alberto Molina y Miguel Angel López, acudió de inmediato.

—Este hermanito suyo, Angélica, es una maravilla. Yo creo que si ustedes lo consienten, voy a llevármelo a Quito, junto con Elay Vengara. ¿Vendrás, muchachito?

Fernando se ruborizó hasta la raíz del pelo:

—Con usted, Juan Antonio, iría muy feliz...

Cuando Fernando se alejaba, Angélica continuó:

—Mientras para Julio Emilio fui capricho, ocasión, deseo, él para mí lo es todo. Es muy bueno y generoso y sé que se está sacrificando. Usted, Juan Antonio, conoce la vida en nuestra pequeña ciudad... El amorío de un hombre con una muchacha es hazaña para ser contada en las cantinas. Si la seduce y le hace un hijo, es un gran triunfo. En cambio para una muchacha...

—Sí Angélica, lo sé. Pero Julio Emilio la quiere, adora a su hijo. Quiere darle una reparación, casándose, constituyendo con usted y el hijo de los dos un hogar, *su hogar*...

—Usted ha dicho la palabra justa, Juan Antonio: Julio quiere "reparar" su falta generosamente, casándose conmigo. Pero "reparación" es condena, expiación de un delito... Pero, ¿será amor?

—Me parece que hila usted muy delgado...

—No, Juan Antonio: yo miro la verdad frente a frente. Y no en mi defensa, porque mi defensa está en mi hijo, sino en defensa de él, de Julio. Y de esto, de este hogar, de esta casa... Cuando la maldad de las gentes "virtuosas y católicas" se cebó en nosotros por haber tenido un hijo sin la bendición del cura, Julio me pidió con espontaneidad heroica que me casara con él...

—Y hoy, me lo ha dicho, insiste en su deseo...

—Sí, Juan Antonio, lo sé. Antes de este bautizo me lo repitió. Pero yo sé que es un sometimiento, una derrota ante la hipocresía farisaica del ambiente, que yo no puedo consentir... Y le he rogado que esta ceremonia pública del bautizo de nuestro hijo, se haga siendo yo su concubina...

—Usted ha arrojado su deshonra, Angélica... Y eso, que yo juzgo inútil, se lo agradece Julio Emilio de todo corazón...

—Nuevamente agradece usted, Juan Antonio, cuando habla de agradecimiento. Sí, gratitud por haberlo querido; gratitud por haberme entregado a él sin ser su mujer por la Ley y la Iglesia. Gratitud por haberle dado un hijo. Gratitud por estar orgullosa de todo eso y desafiar los prejuicios de la ciudad chiquita... ¿Pero amor, Juan Antonio, amor?

—¿Amor? ¿Cree usted Angélica, que un hombre como Julio Emilio sería capaz de mentirle, de simular amor si...

—Mentirme, no, Juan Antonio. Pero sí obrar por piedad, compasión, gratitud, orgullo... Pero lo grave es que Julio Emilio se siente fracasado, torcido su camino... Y creo que es usted la única persona capaz de devolverle la confianza en sí mismo.

—Me pide usted, Angélica, que yo dé a Julio Emilio algo que yo mismo no tengo: confianza... Siento como que me he desplomado, perdido el equilibrio. Es una sensación casi física...

—Perdone Juan Antonio, yo...

—No Angélica, no sufra. Su pedido empieza a darle razón y utilidad a mi vida. Me vincula a las cosas y me da la certidumbre de que mi soledad se va poblando... Verá usted: la ausencia suspende el fluir cotidiano de la vida. Es como un libro cuya lectura se interrumpe y se deja marcando con una señal la página hasta que se ha llegado... Y se lo cierra... En la vida como en el libro no ocurren nuevas cosas mientras se está ausente o mientras no se continúa la lectura del libro...

—Trato de comprender, Juan Antonio...

—Mire, Angélica: mi vida, en Quito, se enriqueció con nuevos elementos. Ideas, estudios, amistades, sueños, vicios, amoríos. Pero lo de acá, lo de Loja, quedó todo suspendido en torno de mamá... Como un libro cuya lectura se interrumpe mientras se leen otros libros... Y de pronto, al volver...

—Sí, Juan Antonio, empiezo a comprender: la señal del libro, el libro mismo, se ha perdido...

—Eso es, gracias... Haré lo que usted quiera, Angélica. Trataré de hallar con Julio nueva dirección a nuestras vidas... Acaso intentar conmigo un viaje a Quito...

—¿Pero es que usted, de verdad, regresa?

—Sí, Angélica. Aquí he perdido el libro que leía y no sé cómo puedo rehacer su argumento.

Miguel Angel desprendiéndose del otro grupo, que se disolvió al despedirse don Alberto Molina, se acercó donde platicaban, copa en mano, Angélica y Juan Antonio.

—Vamos, vamos a ver qué secretean aquí entre compadres. ¿No interrumpo?

—No, Miguel Angel, ven. Estaba diciéndole a mi comadre lo que solamente Julio, tú, mis íntimos saben: que me regreso a Quito. Les estaba diciendo que a pesar de ustedes, de mis hermanos, mi tierra está ya para mí vacía. Todo en mis recuerdos, en mis planes, en mis nostalgias; estaba lleno, teñido, perfumado, sonoro de mamá... Siete años de ausencia de mi tierra, me resultan ahora siete años de ausencia de mamá... La colina para ver el paisaje pintado de casas y de ríos... Esas campanas de la Catedral, de Santo Domingo, de San Francisco, me la nombran si-la-ba-da-men-te... Oye, Miguel Angel, tú me conoces. No soy un sensiblero. Pero quien no ha sufrido el golpe que me agobia en las mismas circunstancias que yo, tiene poca posibilidad de comprenderme. Mi ausencia fue una ausencia cargada de planes, repleta de futuro. Partir, casi en adolescencia "desde la madre" para regresar "hasta la madre"... Y a la hora del retorno, no encontrarla... No Angélica, Miguel Angel: no puedo vivir aquí, no puedo...

Miguel Angel López declaró comprender y —cada loco con su tema— insistió en el deber de actuar en planos más amplios que los puramente individuales. Su vocación apostólica se iba convirtiendo en fanatismo. Y en ese plano —bien cargadito también de sus tragos de pisco— reclamó a Juan Antonio mayor consagración a la causa del pueblo...

El hermano menor de Angélica, proveedor incansable de atenciones y copas, se había aproximado al grupo. Fernando era un muchacho hermoso, de profundos ojos oscuros, de dorada sonrisa, de cabello ondulado. Miguel Angel lo abrazó fraternalmente, como a un viejo conocido:

—Ya oirán hablar ustedes de este chico. Hará lo que nosotros no hemos podido hacer hasta hoy...

Fernando se ruborizó como una niña y miró a todos con grandes ojos asombrados.

—Usted, Miguel Angel, con el doctor Villarreal y don Alberto nos enseñan muchas cosas en el Colegio y fuera de él. De usted, doctor Molina, nos ha hablado siempre con fervor...

—Es que Juan Antonio ha sido y es para nosotros ejemplo y

esperanza, muchacho. El representa en nuestra pequeña ciudad chupada a la antigua, al hombre que, perteneciendo a las clases privilegiadas, ha tenido inteligencia y sensibilidad para saber cuál es el buen camino, cuál es la buena causa. A costa de sacrificios y renunciamientos.

Visiblemente emocionado Juan Antonio y tonificado por las continuas libaciones, se dirigió de una manera especial a Fernando, al cual atrajo junto a sí:

—Creo que debo a mamá esa inclinación por la justicia. Tienes razón, Miguel Angel: yo pude, acaso “debi” ser uno de la pequeña y ridícula *high-life* provinciana. Gentecilla presumida de noblezas falsas, parasitarismo social degenerado biológicamente, en proceso de incontenible cretinización por el ambiente de religiosidad hipócrita en que viven. Mamá tenía los ojos lavados para ver las cosas, la mente clara y sencilla para comprenderlas y, sobre todo, ancho el corazón. Mira, Fernandito: junto a mi vida, estrechándola, apretándola, marchaba la injusticia, la grande y pequeña maldad de las gentes “decentes”, de las “gentes bien”. Vi —perdóneme Angélica— la putería disfrazada de elegancia. Cursi elegancia provinciana, “bovarismo”, copia de novela y figurín importados. Vi violadores de primitas inocentemente pervertidas por la falsa educación confesional mezclada con una pobre gana de aparecer modernas y superiores al prejuicio. Vi frailes seductores de doncellas y mujeres casadas a través de rejillas de confesonarios con olor de incienso y sacristía... Esa pobre muchacha —¿se acuerdan ustedes, carajo?— preñada por el famoso fraile español Castañeda, que murió desangrada en las manos de doña Margarita Peña, la famosa beata apagacirios, alcahueta, zurcidora de virgos y “tejedora de ángeles”.

Al escuchar a Juan Antonio, en trance apostólico por el dolor, el trago y los recuerdos, toda la reunión formó un solo grupo. Todos trataban de recordar nuevos casos:

—Ese viejo virtuoso, practicante y tragahostias que vivía con su criada negra de la que tenía tres hijos y que violó a su hija —habida con su difunta esposa— a los pocos días de salir del colegio de monjas... A la pobre chica la casaron con un noblecillo escrofuloso y muerto-de-hambre —al que llamaban *Palanqueta*— cuando iba a parir un hijo de su propio padre...

—Y aquella loquita, mudita casi, que se creía Santa Marianita de Jesús, heredera de una fortuna importante en tierras grandes, casas grandes, joyas pesadas de plata y oro con perlas enormes y

esmeraldas sin pulir como culo de botella, que la metieron en el Convento de la Concepción, después de hacerla firmar escrituras de donación a favor de un primo abogado, Síndico de Congregaciones... Todo con la complicidad del Obispo y de ese famoso canónigo padre de numerosos hijos en numerosas madres.

Juan Antonio recordaba, interrogaba para llenar lagunas. Le informaron de todas las nuevas intrigas, las estafas, los abusos, los estupro, los casamientos por plata entre patizambos y sifilílicos. En todo ello, casi siempre, figuras siniestras de virtuosos caballeros católicos y de distinguidas matronas más católicas aún...

No, no. Carajo, no. Se llevaría a Julio Emilio, a su mujer, a su hijo. A este muchachito angélico de silencio inteligente y de clara voz armoniosa. A Eloycito, el hijo de don Abiatar, con quien Fernando haría una pareja ideal, si doña Dioselina consentía... Y otra vez, el futuro...

¿Lo demás? Lo demás se había dormido para siempre. Todo esto era "después del silencio". Lo demás casi no era...

¿Y Ella?

28

Fernando, ya en Quito, recordaba:

Don Agustín Moreira, el hombre que vivía con su madre, era un fervoroso católico. Llegaba casi siempre borracho, en altas horas de la noche, a casa; pegaba a su madre, a su hermana y a él. Todos lloraban. Angélica se abrazaba a la mamá. Don Agustín Moreira se confesaba y comulgaba todos los primeros viernes. Su mamá, doña Dioselina Matute, sacristana Mayor de las Adoraciones; se confesaba y comulgaba también. Cuando don Agustín llegaba borracho, trataba a su mamá de grandísima... Gritaba que la mosquita muerta de la chica, Angélica, no era su hija, sino la hija del canónigo Montaña, "ese viejo braguetero y corrompido que había desvirgado a la Dioselina cuando tenía quince años..."

Y vociferando que no tenía tampoco la seguridad de ser el padre de él, de Fernando:

—¡Es que esta grandísima es tan...!

Una noche cuando él, Fernando, tenía apenas ocho años —jamás lo olvidaría— don Agustín llegó borracho como siempre. Y vociferó las cosas de siempre. Que él era noble, que había sido muy rico, que sólo la desgracia y el ladrón de su hermano abogado ayudado por su hermano cura, lo habían dejado en la calle, sin un centavo... Y entonces, para su mala suerte, había caído con esta perra arrastrada de la Dioselina, que había sido la moza del canónigo Montaña hasta cuando ya el viejo no podía... Fernando vio cómo el hombre que

decían era su padre, pegaba a su mamá y la insultaba canallescamente... Hubiera querido ser más grande, carajito por Dios... Del puro miedo, se durmió y al poco rato, se despertó todito él orinado, de los pies a la cabeza... Empapado de orines ya fríos, se había recogido a un rinconcito un poco seco de la cama... Sus ojos medio encandilados trataban de penetrar la semioscuridad lechosa de la madrugada. Y vio, y oyó que entre los cuichicheos casi inaudibles, pero suavcitos de la mamá, Don Agustín reaccionando algo de su borrachera se quitó torpemente los zapatos, que cayeron uno tras otro sobre el suelo entablado, luego el saco y el chaleco, los pantalones por fin, que cayeron con tintineo de llaves y monedas...

Y luego... eso...

—Ven, cholito a acostarte, te estoy esperando calentita...

—Ya voy, negrita, ya voy... un ratito, ya voy, carajo...

Desde entonces, recordaba Fernando ya en Quito, odió al viejo que decían era su padre, pero cuyo apellido jamás había llevado en Loja. A ratos, por-diosito-lindo, odiaba también a su madre por lo de aquella noche... Y recordaba haberle dicho:

—Mamá, no quiero dormir más aquí... Quiero arreglar mi cama en la bodega chica de la leña... Allí hay luz y tengo que hacer mis deberes de la escuela por la noche.

La madre comprendió, avergonzada quizás, y lo ayudó. Una linda camita para mi muchachito, con velador, con lamparilla. Pero que no se quede hasta muy tarde, porque me le ha de hacer daño...

Fernando sabía que su mamá estaría así más tranquila, porque sabía que, a pesar de todo, de insultos y palizas, doña Dioselina adoraba al hombre que decían era su padre. Nada importaba: que la insulte, que la pegue, pero que al final la estreche entre sus brazos, la haga gritar de placer y se quede dormido al lado suyo hasta la mañana...

El sí lo odiaba. ¿Era su padre? Nada le importaba... Pero era el amante de su madre... Y cuando, a pesar de estar en otro dormitorio, lo escuchaba llegar y se acordaba lo de aquella noche, se estremecía de rabia y de lujuria y terminaba entregándose al placer solitario...

Don Agustín Moreira era un noble provinciano arruinado, de varonil guapeza a pesar de sus cincuenta años sonados. Con una tendencia clara, irreverente y blasfema a parecerse al Corazón de Jesús de los cromos oficiales: barba en punta, rubia, ligeramente partida en

dos al final, cabellos bien peinados, con ondulaciones anchas y sedosas. Voz sentenciosa, muy clara, que se volvía tonante y procaz a la hora de la borrachera y del insulto y se dulcificaba en diminutivos a la hora de la caricia y la lujuria.

Manirroto y generoso. Cuando en la noche había reñido con doña Dioselina, al día siguiente se agenciaba dinero ya sea empeñando su reloj con leontina de oro o dando un sablazo al primer amigo o pariente que encontraba. Con ese dinero llevaba golosinas a casa y, él mismo, que se las daba de excelente cocinero y guisador, preparaba cebiches y frituras, que rociaba con cerveza abundante. Era el sabido sistema para desenojar a la amante agraviada. De esos festines participaban también los muchachos, Angélica y Fernando.

Desde que consiguió trasladar su cama a la bodega, allí se encerraba Fernando a leer revistas y periódicos. Julio Verne, Salgari, Sabatini. Pero también Vargas Vila, el colombiano rebelde, pornográfico y exitante... Esta lectura, en especial, la compartía con su amigo predilecto, el *cariamunga* Federico Armijos, robusto y musculoso, y la hacían estrechamente abrazados... Cuando salía de casa o del colegio, solo o con Federico Armijos, iba a tenderse a la orilla del río, o se subía a la colina de la Virgen desde donde soñaba en viajes y escuchaba el rumor de la pequeña ciudad extendida a sus pies.

Federico Armijos le proponía seguir a las muchachas que les coquetaban y los provocaban. A esa Elena Chamba, que se arremangaba las polleras hasta arribísima, como si estuviera sola... Pero él, Fernando, se sentía ofendido, y acusaba a su amigo de vulgar, de seductor de sirvientas... Muchas veces Federico insistía, se le separaba y se iba tras de la chica tentadora... Fernando regresaba a su bodega furioso, se encerraba y lloraba...

Es entonces cuando planeaba irse de Loja, de su casa, de su mamá. Del hombre que decían era su padre. Se sentía el ser más desgraciado de este mundo... No podía resistir la vecindad de tanta porquería, después de esa noche en que vio, oyó, sintió. Le tomó asco al amor físico de hombre y mujer. Prefería la compañía de muchachos... Ante la imposibilidad de retener a Federico en su amistosa intimidad, buscó la de ese muchachazo rubio, callado, bondadoso, Augusto Valdivieso, "de las buenas familias", que lo respetaba por su inteligencia superior y al que ayudaba a hacer los deberes de clase. Petita, la criadita muchachona y simpática que servía a la familia, buscaba pretextos para entrar en la bodega cuando estaba allí "el niño Fernandito".

Porque "el niño Fernandito", antes de aquello, sí la perseguía su

poquitín, tímidamente. Le sonreía y hasta, una vez, le cogió de la mano... Todo eso antes de aquella noche... ¿Después? Petita se le ofrecía, le arreglaba el cuarto, se sentaba en la cama del muchacho para ver si estaba blandita... Una noche, cuando todos dormían y Fernando velaba haciendo un trabajo de clase ya acostado en la cama, Petita entró en camisión de dormir, haciéndose la olvidadiza... Fernando fingió ni siquiera verla...

—¿No se le ofrece nada, niño Fernandito?

—No, nada, gracias...

Fernando en Quito ya, recordaba todo eso... Se sentía aliviado, libre de la angustia que en Loja lo había rodeado con la repugnante lujuria de todos. Tenía cerca de veinte años y era virgen aún...

Eloy Vergara, el muchachito de don Abiatar el arriero, había cumplido su inmediato ideal: ir a Quito en compañía del doctor Juan Antonio Molina y permanecer junto a él.

Eloy venía desde muy lejos: sin madre, hijo de tías, que se aprendió de memoria toda la doctrina cristiana, sin entenderla apenas. Eloy, rubio, ojos nucvecitos de bolas de cristal de jugar "á las bolas". Que se le encendían de matices cambiantes para el entusiasmo, la rabia o la alegría. Que se le apagaban en resplandor morado, de malva seca, para la tristeza.

Las tías le enseñaban:

Todo fiel cristiano
está muy obligado
a tener devoción
de todo corazón.

Y le contaban esas cosas bonitas del niñito Jesús, el que la Virgencita de noche, para acostarlo, le decía, presentándole una bacini-llita de plata: "Jesúsito, pichi, pichi, pichi..."

Y esas cosas tan dulces, con milagros bonitos de panes que se multiplicaban y de peces que, siendo cinco, Jesús los volvía cinco mil para que coman los pobrecitos pescadores que nada, pero nada, habían pescado en toditito el día... Y esa tarde que Nuestro Señor, para que vean los zoquetes de los apóstoles, se puso a pasear, con luces en los pies, por encima del lago enfurecido...

Eloy Vergara, por eso mismo, por ser hijo de tías, había sido un poco plazuelero, chico de la calle. Las tías, tan buenas, lo repre-

dían suavécito; y pegarlo, eso sí que no: no lo pegaron nunca... Eloy Vergara había aprendido en la calle todas las cosas malas, sin que nadie le explicara por qué eran así, pero así tan malas... Vio a los gallos pisar a las gallinas; cuando la perra Diana se puso así... caliente decían los otros chicos, él mismo buscó un perrito bien bueno para que *casteara* con Diana, porque si no, la muy... perra se podía desperdiciar con perros *runas* de la calle. Y, Dios mío, la cantidad de palabrotas, muchacho malcriado, que se había aprendido y que, como si nada, soltaba en el primer momento y en la peor circunstancia... Con esos ojos claros, luminosos, brillantes igualitos a bolas de cristal de esas de jugar a las *bolas*...

Bueno, todo eso, pendejadas. Lo que sí era grave es que, mientras el padrecito José María le contaba las mismas cosas que le contaban las tías, y le regalaba pan con queso... Cosas de esas lindas, de los lirios del campo, y del buen pastorcito, y del hijo pródigo, y de que Nuestro Señor sabía convertir el agua en vino en unas bodas, para que no se acabe el humor de los farristas y se queden tunando hasta la madrugada... Y eso de que curaba a las pobrecitas enfermas y hasta, qué bueno, Dios mío, resucitaba a los muertos y ponía la mano sobre los muchachitos malcriados para defenderlos de que los hablen las mamás... Mientras eso, tan bueno del padre José María, en cambio el Padre Miguel, ese Padre Miguel... Cuando predicaba, decía que los liberales y los masones —de un señor militar, sabía que era liberal, pero masones, masones, no, no conocía ni unito— que los liberales y los masones eran “bestias malas del diablo”, excomulgados, a los que no había que acercarse y no alzarles pero ni un jarro de agua...

Pero peor todavía, esos sermones del Cura de Vilcabamba, el doctor Vayancela, que contaba que había mucha inmoralidad en el pueblo, que casi nadie se casaba como manda Dios, y que toditas las cholitas se dejaban hacer hijos por allí, en cualquier lado, en las zanjas, en los potreros, peor que perras... Y todo por no pagar la miserable limosnita que debían dar a la iglesia y su ministro, para bendecir su unión y “procrear santamente...”

—¿Qué es eso de procrear santamente, tía Juanita?

—Calla, muchacho bruto, no digas indecencias...

Pero esas indecencias las había dicho el curita en la iglesia, desde el púlpito...

Cuando en ese año regresó a Loja después de vacaciones, les contó a sus amigos lo del curita malhablado, con ajos y cebollas:

—Pero tú, pendejo mismo eres, le confió su amigo Leoncio. ¿No

sabrás que aquí, en Loja, el Padrecito Narváz de Santo Domingo, ese que tiene dos hijitas ya grandes con doña Marga, la beatita-vendecajetas; el que hizo parir a la Divina Gracia, esa negrita del Catamayo, dice cosas mucho más rajadas que tu curita del campo?

—No, la verdad, no lo sabía...

—Pues verás: ese curita es párroco de El Valle, aquícito no más. Pueblito de indios a un kilómetro de la ciudad. Este curita no se anda por las ramas. El domingo que estuve allí oyendo misa, le oí esto:

—Amados hijos míos en Nuestro Señor Jesucristo: ya no es posible tolerar tanta corrupción. Mi sagrado ministerio me obliga a ser severo con los pecadores que escandalizan con sus crímenes. Acaba de entrar en este sagrado templo, José Rosendo Pullahuari con la longa Carmen Asunción Pirucha, un par de concubenarios desvergonzados, que tienen ya, sin casarse, tres guaguas... Y qué decir de Pedro Curimilma, de Sigsichaca, que se robó una vaca parida, recién parida y dando leche, de su buen patrón el dueño de Hacienda Larga, caballero caritativo que no ha querido denunciarlo a la policía, y ha preferido confiarme el asunto a mí para que yo consiga su devolución... Y como Dios es grande y misericordioso y no pide imposibles a sus débiles e imperfectas criaturas, yo os digo que José Rosendo y la longa Carmen Asunción serán perdonados si confiesan públicamente sus fornicaciones impuras y vienen a la casa cural para arreglar conmigo los detalles del sacramento purificador del matrimonio. Si no tienen plata en plata para pagar los derechos de la iglesia y la limosna para el templo, yo puedo facilitarlos todo, recibiendo la vaca pintada por todo: dispensa de proclamas, misa cantada, música tocada en el melodio por Maestro Cabrera, velaciones con bendición del vientre de la mujer impura que ya ha tenido hijos sin pasar antes por el santo Sacramento de Dios... Y en cuanto al bandido de Pedro Curimilma, también el virtuoso caballero patrón está cristianamente dispuesto a no denunciarlo a las autoridades ni hacerle dar los doscientos latigazos que merece por ladrón, si confiesa públicamente su delito y devuelve la vaca robada con la cría y la leche que se ha tomado desde hace ocho días... Gritos, alaridos de arrepentimiento, públicas y lacerantes confesiones, pedidos humildes y lastimeros de perdón...

Todo esto, y las demás cosas que en la calle descubría todos los días de Dios, hicieron que este muchacho hijo de Don Abiatar Vergara, cuidado por sus buenas tías, llegara a no saber dónde estaba la verdad y a resolver, sin darse cuenta de ello, el problema de por qué Jesús no vuelve...

Los primeros días de Quito, tanto Fernando Moreira —autorizado ya a llevar el apellido del hombre que decían era su padre— como Eloy Vergara se alojaron en el amplio departamento de soltero de Juan Antonio Molina, situado en la Avenida Colombia, al costado oriental de la Alameda. Eran, hasta cierto punto los invitados de Juan Antonio, y él, después del gran golpe sufrido, estaba muy contento de poder gozar de la compañía de sus jóvenes amigos y paisanos.

Juan Antonio, médico recién graduado, necesitaba organizar su vida, montar su consultorio. No sabía por donde empezar. Sin saberlo, sin sentirlo, mientras vivía su madre, había tenido algo así como una dirección a control remoto, que lo tranquilizaba... Hoy, de hijo, se había convertido, así, de golpe, en padre: gozaba dedicando buena parte de su tiempo a sus *lojanitos*, como les llamaban los amigos. Les iba, por diversos motivos, tomando apego, casi cariño. Le cayeron, la verdad, simpáticos. Cada uno en su género.

Hacerlos visitar Quito, "relicario del arte". Llevarlos a la Universidad, presentarlos al rector doctor Paredes, que había sido profesor de Juan Antonio. Llevarlos a la Casa de la Cultura, fundada por un paisano de ellos, Benjamín Carrión, al que querían conocer... ¡Chagradas pretenciosos! No se dejaban no más deslumbrar por lo que veían. Sobre todo Fernando. Eloy sí. Daba gritos de entusiasmo por una porción de cosas y, sobre todo, por las muchachas, que, eso sí, le parecieron fenómenos de lindas. Y con esas piernas...

—¿Es verdad, doctor, que las piernas se les hacen así, tan lindas, a las quiteñas por tantas cuestras y tantas bajadas?

—En primer lugar, déjate de llamarme doctor. Llámame Juan Antonio. No soy tan viejo como crees, guambra malcriado... Y déjate también de preguntarme pendejadas, ¿eh?

Los chicos se escapaban solos a ver los barrios. Y solos hicieron descubrimientos que no habían siquiera sospechado, porque la literatura que sobre Quito les había llegado al "último rincón del mundo" era sólo de cosas lindas, parques preciosos, palacios... Se encontraron con los barrios pobres, que se empinan al Pichincha, como San Diego, San Roque, El Tejar, Toc-Tiuco, San Juan; y los que se recuestan sobre las colinas orientales como La Tola o se desbarrancan por las quebradas, como San Marcos, La Mama Cuchara y los barrios de entrada que van a Chimbacalle... Niños sucios y pobres, pero cuántos, por Dios, con sus pipis y sus traseritos revolcados. Mendigos, lisiados, gente *chumada*... Y cuando les llegaba la entrada de la noche por uno de esos barrios apartados, sobre todo El Aguarico o La Tola, se toparon con el espectáculo que más los desmoralizó y que,

en secreto, buscaban: las putas. Pobres mujeres pintarrajeadas, vestidas con ropas de seda, impropias del frío de Quito, algunas con pieles ordinarias, ótras con abriguitos raídos... Y algunas hasta con sombrero, como las señoritas...

—Ven riquito, ven, aquisito no más...

Y vieron las muchachitas pobres, candidatas a la prostitución, la ratería, la vagancia, mal vestidas, arrulladas a todas horas por la música de las malas palabras, de las proposiciones lúbricas de estudiantes pobres. Asistieron —antes que a la otra— a la universidad de la miseria que es la calle del suburbio, en que tras de cualquier esquina, en los zaguanes oscuros, se roba, se fornicaba o se defeca...

Visitaron también los barrios ricos, comenzando por el que vivían y luego los del Parque de Mayo hacia el norte. Villas pretenciosas, de buen gusto algunas, copiadas de revistas de arquitectura las más. Allí solamente los aspectos lavados de la vida: jabón y dignidad, dignidad y jabón. Cuartos de baño. W.C. que se llevan por las cañerías elegante y casi silenciosamente, toda la náusea que se queda afuera en los barrios miserables. Inodoros —confesonarios modernos— que se llevan los preservativos, que preservan la honra y la virginidad, y preservan también de la blenorragia y de la sífilis... Inodoros —W.C.— que se llevan por sus desagües las etiquetas de los específicos anticoncepcionales...

Juan Antonio Molina fue recibido con cariño por sus amigos de Quito, que lo vieron partir hace unos meses llevándose la gran ilusión, y lo veían regresar vacío, desecho.

Guillermo Donoso, Fabián Martínez, Carlitos Nájera. Les cayó a todos ellos muy en gracia la pareja de muchachitos lojanos —los lojanitos— que se había traído consigo Juan Antonio. Los invitaban, les organizaban paseos, visitas, les presentaban amistades de chicos y chiquillas.

Fernando y Eloy, que apenas se habían conocido en la ciudad pequeña, sintieron una intensa fraternidad, como compañeros de destierro. Confrontaron caracteres, opiniones, vocación y gustos. Y por hallarse en muchas cosas diferentes y en muy pocas identificados, se hicieron amigos.

Fernando, con sus ojos de agua profunda, iluminada allá adentro por el sol, traía una carga de injusticia y de rabia, impuesta sobre

su vida por su propia madre. Sabía, estremecido, rebelde, desdeñoso, que él era eso que es considerado por las gentes como el peor de los insultos: hijo de puta. Sin embargo, sin saber claramente por qué, trataba dentro de sí mismo de justificar a su madre. Por medias palabras y medias sonrisas, cuchicheos y conversaciones escuchadas a medias, había llegado a rehacer la figura, la estampa de su madre. Las riñas entre ella y el hombre que decían era su padre, que terminaban en diminutivos y besos, habían echado ráfagas de luz sobre lo que fue su madre antes. Antes de ser engendrado y parido. Muchacha linda y pobre, con mamá y sin papá. Con poca escuela. Desde los doce años, trabajando. Palabras en la calle, palabras en la casa, palabras en el confesonario: el frailecito aquél que, cuando se confiesa, le hace preguntas sobre cosas y le dice: ¿cuántas veces?

Hasta que asoma él —el primero— que alguien le dijo se llamaba Alberto. Lleno de palabras, de todas las palabras, humildemente apasionadas, respetuoso, rendido. Era moreno, elegante, generoso. Le llevaba lindos libros de poemas que leían los dos las cabezas unidas. Aquella tarde, ¿cómo fue? ... Pues como siempre, romanticismo, versos, besos, adornos del deseo. Y la entrega total. Embarazo, tragedia, nace la niña, abandona él a la madre. La niña, Angélica, la mujer de Julio Emilio ... Después, otros, acaso el señor canónigo. Y finalmente, éste don Agustín Moreira, el hombre que decían era su padre ... Así la historia, reconstruida entre chismes y bocas chiquitas, de su madre. Era, pues, hijo de puta. Y lo que más quería en el mundo —¿mucho, poco?—, era su madre ...

Fraternizaron entre ellos los muchachos. En la ciudad pequeñita, poco o nada los había acercado. El uno de aquí, el otro de allá. Juan Antonio buscaba ocasiones de platicar con ellos. En realidad, él era el responsable del viaje de los chicos. Juan Antonio necesitaba, acaso más que los muchachos, hacerse una familia nueva, fresca, recién nacida, para compartirla con estos adolescentes que había arrancado de su tierra nativa. De su paz o su ignominia.

Naturalmente, la familia de su amigo Carlos Nájera, su mamá y Catalina, era lo que más se aproximaba a un hogar para Juan Antonio. A pedido insistente de ellas, Juan Antonio llevó una tarde a los muchachos. Para ser grata a Juan Antonio, Catalina había preparado golosinas y té para los protegidos de Juan Antonio. Y había invitado a su prima Laura Chiriboga y a su amiga Mónica Salvador para hacerles más agradable la visita. Y para poder ella tener mayor

oportunidad de conversar con Juan Antonio.

Los chicos impresionaron muy diversamente a la familia Nájera y a los amigos de Juan Antonio, Guillermo y Fabián, que también asistieron.

Eloy, dicharachero, extravertido, cuentacuentos, mentiroso. Mentalidad de arriero le decían en su tierra. Imaginación de Simbad el Marino, le atribuía Juan Antonio: "Una vez, en el desierto de Sechura, entre Macará y Sullana, abajo en el Perú, carajo, don Samaniego, por meter un contrabando..." Fernando, aparentemente tímido y silencioso al principio, se fue soltando, estimulado por la curiosidad que despertaba en su auditorio. El decía cosas, opiniones y, sobre todo, preguntaba. Y una cosa que impresionó bien a todos: escuchaba, comprendía. Para su edad, había leído. No era pedante. Pero atrapaba en el aire alusiones, referencias.

Las muchachas invitadas por Catalina, no se plegaron a los planes de ella: que cada chica se enamore o coquetée con cada muchacho. Las dos se enamoraron de Eloy, las dos.

—Bueno, Eloycito, ¿y? ...

—Nada, Naún Briones, el bandido de la frontera, después de robar lo que llevaban en plata pura vendedores de caballos y dejarlos amarrados en medio camino, fue a Cariamanga y dejó todita la plata, alforjas de soles de plata, en la portería del hospital...

—Eso sí que no le creemos...

—Otra vez fue peor: se robó a la muchacha, la hija de don Valdivieso, para que se case con el suco Benigno. Los chicos se adoraban y los papás de la niña, porque él era pobre, no querían...

Mientras Fernando expresaba opiniones, ideas, Eloy contaba cuentos de bandidos, de amores desgraciados que terminaban en besos, de ladrones que roban a los ricos para dar a los pobres...

¿Sería por eso? ¿O? Lo cierto es que las dos muchachas se enamoraron de Eloy. Las dos.

29

Juan Antonio Molina agotó sus esfuerzos por retener junto así a los dos muchachos. Pero Eloy se mantuvo invencible: quería vivir independientemente, no siquiera en una pensión sino en un departamentito sin servicio de comidas. Fernando sí se quedó con Juan Antonio, pues así lo habían convenido en Loja, cuando se lo confiaron y como parte del plan de llevar a Julio Emilio y su familia a Quito. Eloy los visitaba muy frecuentemente.

El poder de seducción de Eloy Vergara residía en la cantidad de hombre bueno que había en él. En su sencilla generosidad. En su comunicativa alegría. En su cariño a los niños y a los perros. Este muchacho de risa pronta, juego de palabras ingenioso y cuento de diversos colores con final de carcajada pícaro, inspiraba confianza por sus manos añchotas para el apretón amistoso y sus orejas listas para la confidencia, el problema, la angustia de los otros. Listo siempre para la empresa juvenil de serenata o farra. Con él, con su franca solidaridad se podía contar siempre para la conspiración o la conjura estudiantil, para las protestas y las huelgas.

Pronto, en la Universidad, hizo contactos de jovialidad y camaradería y luego de fraternidad con los muchachos de avanzada política. Detestaba, no entendía al revolucionario torvo y desgreadado, que se pasa gruñendo contra todo y todos. El concebía la Revolución como una cosa grande, esperanzadora, luminosa. Sintió, inmeditamente después de conocerlo, gran respeto y simpatía por Fabián Martínez,

ya prestigioso maestro joven del recién nacido socialismo. Pero se sentía un poco lejos de su rectilíneo dogmatismo. Le reclamaba un poco de sonrisa y mayores dones de estremecimiento y hasta de lágrimas. No había ido hacia la revolución por la protesta solamente, sino principalmente por una animosa voluntad de justicia. Había tenido en sus orígenes lejanos, el dolor y la muerte. La muerte de su madre al darlo a luz. ¿Contra quién la protesta? ¿Contra la naturaleza que nos hizo al par sensibles y mortales? ¿Contra Dios? Quién sabe... Acaso la naturaleza, la trascendencia, Dios mismo, lo tenían sin cuidado...

Fernando Moreira congenió, en los primeros días, con Fabián Martínez. El sí venía de la maldad, de la miseria inútil, de la vida puerca, ensuciadora de todo. Como el propio Fabián Martínez. ¿Qué culpa tenía de la forma, el sitio, las circunstancias de su engendramiento? ¿Qué culpabilidad tenía él de la calidad y posición de quienes lo engendraron? El garañón campesino de estampa luminosa como los cromos alemanes del Corazón de Jesús y la madre, mujer sana, hermosa y amorosa. Todo debió ser fisiológicamente perfecto. El era, sin duda por todo eso, sano, bien conformado, casi bello. ¿Que no fue engendrado en una cama ancha, con sábanas limpias, perfumadas de alhucemas? ¿Que sus padres, para ayuntarse y engendrarlo, no escucharon en un templo católico deslumbrante de flores y de luces, la marcha nupcial de Mendelsohn? ¿Que un cura con casulla dorada, estola al brazo, no les hizo las preguntas rituales ni les dijo a sus padres los latines litúrgicos que autorizan la fornicación urgente, ennoblecida como sacramento?

El, Fernando Moreira, como dijera Vallejo, "tan sólo ha nacido". No había sido esperado ni bien recibido en la vida. Fue para su madre el signo visible de su deshonor y su vergüenza. Alejandro Moreira era un "hijo natural", y su padre, Don Agustín Moreira, conviviente de su madre, no era también el padre de su hermana Angélica. Hijo natural... ¡Hijo de puta!...

Eloy Vergara, sabio en las malas palabras callejeras, poco sabía de las cosas malas. Al oír la historia de Lucía Martínez, la muchacha que se hizo puta por dar de comer a su padre y a su hermano —Fabián—; al conocerla buena y pura a pesar de eso; se enamoró locamente, sin importarle los diez años de edad con que ella lo adelanta-

ba. Pero así, locamente.

(Tenía trece a catorce años entonces, en su pueblo. Lecturas, muchas; lo que caía en las manos. Vargas Vila, para estimular los primeros goces solitarios. Julio Verne. Policiales. Como policial también, una cuyo autor era un ruso al que nombraban todos Dostoyuski: Crimen y Castigo. Allí se contaba la historia de una muchacha, Sonia, que se purificaba por el amor y el sacrificio, como la otra, la de Galilea, María Magdalena. Y él, novelero y bueno, sintió que era llamado por un "mensaje" de redención, de purificación... Además, claro, Lucía era una linda, una dulce, una inteligente mujer).

Eloy Vergara era un muchacho sexualmente precoz. Esa historia de Loja, cuando al enamorar a la chica se acostó con la mamá y, al fin de cuentas, se acostó también con la hija. Pero eso no mataba su romanticismo ni su capacidad de cariños de esos que llaman puros. ¿Por qué les llamarán impuros a los otros? Ah! Es que el cuerpo y el alma...

Halló pronto Eloy un camino para su nueva vida, en Quito. Empresa de *jarra*, deporte, muchachas, juego de cartas en cuartos de amigos. Estudio y lectura, vocación revolucionaria. Y Lucía... Los chequecitos de don Abiatar, los pellizcos a la hija de la dueña del restaurante, le facilitaban cierta holgura económica. Todo en orden, con apariencia de desorden. Y los cuentos colorados, las malas palabras, la alegría.

Fernando Moreira —¿por qué?— tenía una cierta apariencia aristocratizante. Buen mozo, distinguido, guapo, cuidadoso de la raya del pantalón, de los caprichos de la moda en peinado y vestido. Y una cierta suavidad de voz y de modales, y esa cosa indefinible del muchacho bien... Se hizo de amigos. Cayó bien entre los *futres*, a pesar de que no ocultaba sus ideas izquierdistas, que entonces "vestían" a las gentes, porque eran importadas de por allá... Fabián Martínez, el austero, al principio prefirió a Fernando.

Mientras Eloy cayó como en casa propia entre los *chullas* y las *chullas* y fue uno más en la algarada estudiantil; Fernando se dejó atraer por los jovencitos "de buena familia", que lo acogieron como uno de ellos. Juan Antonio Molina, con sus amistades, le consiguió un empleo en el Ministerio de Relaciones Exteriores donde ganaba su buena platita. Y como lo esencial le daba Juan Antonio...

En su nuevo grupo, nadie tenía su nombre verdadero en español. Eran muchachos traducidos al inglés o al francés, por dentro y por

fuera. El lojanito pasó inmediatamente a ser Ferdinand...

Jonny Donoso le dijo:

—Mira, Ferdi, tenemos para esta tarde un programa bestial, ¿sabes? bestial. Bety, mi chica, va a la especial del Universitario con dos amigas: Kity, ¿comprendes?, que es la *guambra* de Fredy... esa morena macanuda que te presentamos la otra tarde y Margot, ¿te das cuenta, pendejo? esa chica de cabellos lacios, "de color de lino", que deja caer sobre la frente como un muchacho. Te ha visto con nosotros, parece que le has caído padre, te encuentra sobrado y bestial y quiere conocerte...

Fernando aceptó. Qué diablos. Uno no se ha joder toda la vida. Ya no, ya no. Eso de pasarse siempre entre dos concubinatos, "en el idílico ambiente provinciano", el de la mamá y el de la hermana. Sobre todo desde aquella noche... Gruesas palabrotas que se adelgazan en diminutivos. La mamá y el hombre que decían era su padre. Odió esa cosa obscena y puerca. Odió a las mujeres, sintió náuseas por lo sexual. Prefirió la compañía y la intimidad de muchachos... Casi, casi, aquella noche con la Petita, la sirvientilla provocativa... ¿Después? Toda aproximación femenina le era indiferente cuando no odiosa. Iba para los veinte años y era aún virgen... Sin advertirlo y por lo mismo sin resistirlo, se dejó conducir por los mandatos de su juventud que reclamaba su desquite. Por ello, las tentaciones que esos adolescentes pervertidos le ofrecían, eran seductoras como frutas largamente deseadas. Diálogo de la serpiente y la manzana. Todos han caído.

En el cine, sin importarles la película, las dos parejas compañeras se dedicaron sin recato, a chuparse golosamente las bocas, mientras las manos de ellos travesaban por los senos y los muslos... Fernando, tímidamente, había aceptado sobre su hombro la cabeza reclinatoria de Margot... La película, italiana, era de un crudo y doloroso realismo: dolor con niños, hambre, miseria, pasión. Fernando y Margot, en esa primera ocasión, sí vieron la película...

Juan Antonio Molina, como en ávida busca de refugio, frecuentó más que antes la casa de su amigo Carlos Nájera. Un poco de su madre, un poco de madre, de hermana, de Ella. Un poco...

(Ella ¿quieren creerlo? se estaba yendo lejos, por allí, por camino no conocido, el camino que —dicen— había seguido su madre... ¿Cómo era? ¿Dónde empezaba? ¿Dónde concluía?).

Catalina se había iluminado. Sus ojos estaban llenos de la luz

que faltaba. De la luz necesaria. Como esos reflectores de los teatros, que se retiran de un sector de la escena para dejarlo en sombras e iluminar otro sector. En ese lado estaba Catalina...

¿Quién ha dicho, ¿ah?, que el cariño es lo mismo que el amor? ¿Quién? El amor produce miedo. Miedo caliente como el que producen los incendios. Miedo frío como el que da la tempestad de truenos, de ventisca y de rayos.

Y el cariño... Naranjita dulce, luz de sol que nos cae por entre el follaje de los árboles como una lluvia de monedas de oro, zapatito viejo, pondejadita rica... Música de Mozart, cuadro de Rafael, versos de Becquer... Suave milagro de hacer el agua vino, "dejad a los niños que vengan a mí"... Ah! claro, niños, niño. La rima mejor —¿ya está la estrofa?—, para cariño, niño.

(¿Y Ella? Sí, claro, Ella. Pero se ha ido por ese camino que yo no conozco).

"¿Cómo era, Dios mío, cómo era?

—¡Oh corazón falaz, mente indecisa!—

¿Era como el pasaje de la brisa?

¿Como la huida de la primavera?"

.....
"No sé cómo eras, yo qué se que fuiste".

Catalina, sí. Tiene luz, la luz necesaria. Pero tiene también música: la música prevista, la esperada, la única.

—¡Te quiero desde que te vi, te quiero, Juan Antonio!

Entonces, bueno, ya está.

(¿Y su madre? ¿Y Ella? Ellas estuvieron allí también. Todo era blanco de sonido y de luz. La madre y Ella sonreían... ¿Desde dónde?...).

30

Juan Antonio, para casarse, tomó una quinta al norte, en la zona residencial. Y su piso de soltero —en el que lo había acompañado Fernando— lo dejó para los dos muchachos. Para que vuelvan a estar juntos. Fue difícil convencer a Eloy. Pero aceptó previo un pacto de plena independencia. El departamento se componía de un pequeño vestíbulo, una salita común y dos recámaras totalmente separadas, con un baño cada una. Todos los gastos a medias: luz, agua, teléfono. Eso sí. Si no, no. Una sirvienta vieja, conseguida por Lucía Martínez, para que les arregle el departamento, les sirva el desayuno, les prepare la ropa. Habían convenido unas señales para los casos en que querían, cada uno de ellos, no ser perturbados en su respectiva habitación. Y una pizarrita en la sala, cuyo sitio ellos solos conocían, sería para dejarse recados y mensajes.

La libertad en que vivían, hizo posible que se precisaran más los temperamentos de cada uno de los chicos, marcando inesperadas diferencias. Sobre todo en Fernando, que se soltó de todas las amarras, como un desquite de su infancia limitada, rodeada de vergüenzas y fornicaciones. En tanto Eloy, que siempre fuera dicharachero, alegre, extravertido, seguía igual, sin cambios sustanciales, encaminado siempre hacia el amor, la justicia. Muy pocas veces los amigos del uno eran también del otro. Eran distintos sus itinerarios.

Este Fernando Moreira, demostró una capacidad de asimilación asombrosa. El chico siempre "humillado y ofendido", el que se sabía

mal nacido en el pueblo natal, en Quito cayó entre los niños bien como pez en el agua. Tiene "clase", decían de él. Tiene "clase"... Lo que tenía, en verdad, eran unos grandes ojazos de color de miel, dulces y melancólicos, cuyas grandes pestañas arqueadas, encendían y apagaban la luz. Personaje adolescente de un diálogo de Platón, de una égloga de Virgilio, de un soneto de Shakespeare... Sin embargo, Margot Ortiz Guerrero, la refinada, la mixtificada, pero acaso la más inteligente de su grupo, se encaprichó con él y lo atrajo hacia sí, provocando risillas envidiosas y malévolas...

Una mañana, en el Golf, se armó un escandalazo cuando Fredy Cordovez le dio, con aire desafiante, un beso en la boca a Margot. Lo inesperado: Fernando Moreira le lanzó un bofetón bien macho y una patada bajo de la barriga, que lanzó a Fredy contra el suelo, aullando de dolor y de rabia:

—¡No te quedas con esto, marica de mierda, hijo de puta!...

Fernando, un poco pálido, con los labios temblorosos y sacando nerviosamente un cigarrillo:

—Les ruego que perdonen, muchachas y muchachos. Pero...

—No, claro, tú tenías razón...

Después de almorzar en el Golf, a la hora del cine, Fernando y Margot se excusaron de ir al besuqueo acostumbrado con el grupo. Se fueron los dos solos, en el automóvil de ella. Y ya nadie repitió eso de marica. Margot menos que nadie, desde luego...

Eloy Vergara no. El quería casarse con Lucía. ¿Que había sido públicamente la mujer de todos? Pero no había sido, en verdad, de ninguno. Del amor de su padre y de su hermano... En cambio, esas vírgenes-rameras amigas de Fernando... La Samaritana, la Magdalena de la Biblia. Las heroínas de Dostoyevski. Margarita Gautier... se le habían hecho un lío en la cabeza. Eloy Vergara se había educado a la sombra de don Alberto Molina, el hermano mayor de Juan Antonio. De lejos o acercándose un poco a la orilla de esa inteligencia en trance perenne de bondad, Eloy Vergara había edificado su alma.

Don Alberto Molina el ateo —¿ateo?— amaba como sombra benéfica en la historia humana, la figura de Jesús, el primero, *el que no ha de volver*. Antes de que lo hubiesen aprisionado en jaula de oro aquellos a quienes —lo dice San Mateo— combatió implacablemente: los fariseos, los sepulcros blanqueados. Pontífices con triples coronas

de oro y pedrerías, obispos, congregaciones, clérigos y seglares hipócritas o timoratos, han construído, por ostentación y boato, iglesias de granito y mármol, alabastro y oro, sobre el dolor —produciendo el dolor— el hambre, la miseria de millones de gentes. Hambre y dolor de ancianos. Hambre y dolor de niños... ¡De niños!

Ese amor de don Alberto Molina por el Cristo, después de su regreso de las playas de la muerte. Ese amor irreligioso, tremendo, desesperadamente humano, era el que había modelado, como en cera caliente, la personalidad de Eloy Vergara... Con alegría, sin sacrificio ni heroísmo, Eloy ansiaba —enamorado de toda ella, de su historia, de su alma, de su cuerpo— hacer de Lucía Martínez su mujer.

¿Se acuerdan ustedes de Panchito Soto, el muchacho hijo de cura que vino hace unos años a Quito para hacerse cura? Pues se hizo cura. Mientras estudiaba en el Seminario Mayor, el Canónigo Martínez, su padre, había muerto en Loja. Su testamento era —Dios lo tenga en su Gloria— la historia de su vida. Una especie de autobiografía a tanto por concubinato, a tanto por hijo. Justicia distributiva, nada más. Solamente cuando las cosas habían ocurrido a la sombra del matrimonio, santo Sacramento, el señor Canónigo había omitido los legados, que eran casi una calumnia...

Casi todo —era justo— lo legó a la mamá de Panchito y a Panchito mismo. El curita, que adoraba a su mamá, fue hasta el pueblo para llevarla a Quito. Le ayudó a vender la casa, los muebles, el ganado; y con un regular capitalito, la familia del señor cura se trasladó a la capital.

Allí ya, con frecuencia se reunían con el "curita propio" Juan Antonio Molina y los muchachos. Casi nunca faltaban Guillermo Donoso, Carlos Nájera y hasta Fabián Martínez. El santo sacerdote les llevaba siempre unas botellas de pisco del Perú, que le mandaban de Loja. Y la charla, conducida por él, era picaresca, anecdótica y alegre.

—¿Por qué, decía, he de ser un *agua fiestas*? Bastante lúgubre es a veces la vida de las gentes, para que yo contribuya con mis pequeñas vainas a entristecerla más.

Como en los "pactos de la muerte" en que dos amigos incrédulos se comprometen con juramento a que el primero que muera vendrá a decirle al otro lo que hay "más allá" —que dio lugar al famoso grabado de Goya en que una mano muerta sale de una tumba con este cartel: NADA—; así Panchito Soto les había prometido a sus

amigos contarles lo que hubiere "más allá" de la ordenación sacerdotal, de la confesión y la misa.

Un viejo lazarista francés —refería Panchito— había sido testigo de sus conturbaciones, de sus dudas, de su angustia. El Padre Vignon, Marcel Vignon, que después de Jesús creía en Pascal, el "carrizo pensante", el cristiano absoluto, le había ofrecido su confianza y él, el neófito Panchito, le había pedido que fuera su director espiritual.

Así, pues, el Padre Vignon asistió, tratando de canalizarla, a la agonía de este muchacho, hijo de cura; a la lucha tremenda por tratar de descifrar la verdad de su alma. La primera tarea que el sacerdote le dio, fue la de leer el Evangelio. Leerlo y meditarlo. Hasta entonces en Loja, a la sombra del canónigo Martínez, el Evangelio era el libro prohibido, que solamente había que leer con las interpretaciones canónicas. Pero el Evangelio desnudo, no había sido jamás leído libremente por él, a pesar de que su destino era el de ser cura. Y allí empezó, con esa lectura, a abrir de verdad los ojos, a ver. Se iba rehaciendo un alma nueva, de niño, esperanzado y alegre, que jamás tuvo en su infancia, que fue sórdida y triste, a la orilla vergonzosa del pecado clandestino, de la hipocresía de los otros —de los suyos— y en la compañía permanente de la muerte y el diablo. Cada encuentro con el Cristo en las páginas del evangelista Mateo, le traía paz, amor a la vida propia y a la vida de los otros. Los versículos de *el sermón de la montaña*, le iban aclarando todo, y el diablo, el pobre diablo, cada vez más débil, cada vez más lejos. Comprendía los crepúsculos, los borregos chiquitos, las flores y las aves, comprendía las culebras, el parto de las mujeres y las bestias, el pipí de los niños, su mamá, ese pobre perrito, *Sultán*, que reventó un automóvil, las naranjas, los suicidios por amor, los que bailan el tango, ese viejito bravísimo que defiende a las palomas, la vaca que se lame la pata agusanada, el-que-se-casa-con-la-chica-que-va-a-tener-un-hijo-de-otro, el pobrecito diablo desde que Jesús ha re-suelto no volver, el hombre-de-la-pata-de-palo, los cuadros de Rafael, el obrero que dice discursos por la paz mientras su hijito se está muriendo de hambre, la muchachita coja enamorada del novio de su hermana, el hipopótamo, Gabriela Mistral, "el puerquito de Dios" de Tata Vasco, la hierbabuena que quita el dolor de barriga, "la costurera que dio aquel mal paso", la gitana que hace bailar al oso, el oso que baila para que la gitana recoja unas monedas, el sulfato de quinina, "esa negra Fuló, esa Negra Fuló", los ojos del caballo agonizante, Charlot Chaplin, el chico que fue al burdel y se encontró

con su madre, (en la versión de Jorge Amado o en la de Carlos Cocioli), los claros de luna, las putas, el manjar blanco con queso, el hombre que escribió las obras de Shakespeare, el hombre viejo que al sacarse la lotería se compró el caballito de palo con que soñó en su infancia, el perro muerto con los dientes blancos, la música de Mozart, "pues bien, yo necesito", el que bebe aguardiente para calmar sus penas, el que le cruje la barriga en la cita de amor, "píntame angelitos negros", el muchachito malmandado que quiebra los huevos que su mamita le mandó comprar, San Francisco de Asís, la muchacha que besa en la boca al tísico agonizante que la adora, "no todos tienen la suerte de ser huérfanos" (versión de Jules Renard), la ortiga, los sodomitas que escribieron la Egloga II, los Sonetos de Shakespeare, *En busca del tiempo perdido*, *El Romancero Gitano* y pintaron la Gioconda; "la suave patria", la chica que se creyó embarazada por haber dado un beso (versión de Francis Jammes), el pan nuestro de cada día, el torito y el burro de los nacimientos...

En cambio, cada encuentro con el dogma, con los ritos tarifados a tanto la oración, y más cara cuando es en latín, el purgatorio del que se sale a punta de plata, de indulgencias, de misas y de plata, plata y plata, el cielo asegurado para los ricos y también para los pobres... cuando se resignan a ser eternamente pobres, esclavos y pendejos, lo iban alejando inexorablemente de la fe necesaria para ser sacerdote.

El bondadoso Padre Vignon, que había recorrido ese mismo itinerario de angustias, en viaje hacia la paz de su conciencia; había asistido, con amor y simpatía, al *via crucis* que venía recorriendo el joven postulante. En algunas dudas de Panchito, el Padre Vignon hallaba una ocasión para decir las buenas cosas:

—¿En qué se funda, Padre, la Iglesia para conceder sitio tan preponderante a la Virgen Santísima? En los Evangelios poco o nada se halla que justifique estas advocaciones, estos dogmas, como si se quisiera contraponer la Madre a la divina figura del Hijo. Por ejemplo...

—Sí, hijo mío, sí. *Je tache de vous comprendre...* Así, el catolicismo de mi patria, Francia, es un catolicismo *mariano* más que *cristiano*. Las grandes catedrales góticas llevan todas el nombre de la madre: *Notre Dame* de Chartres, de París, de Beauvais, de Rouen, de Reims, de Amiens... son los más excelsos monumentos del catolicismo. ¿Y Lourdes, la Inmaculada Concepción, la gruta, el agua, los milagros, Bernadette?

—¿Entonces?...

—Pues se funda en nada y en todo. Dice usted bien al afirmar que en los Evangelios casi no se encuentra referencias a la madre de Jesús. Pocas palabras cuando la anunciación, el parto, la presentación, la huida a Egipto, el generoso y dulce milagro de convertir el agua en vino en las Bodas de Caná... Y en la pasión, la tercera palabra: *Mujer, he allí a tu hijo*... San Pablo no la nombra. No la necesita para fundar su Iglesia. El quería una religión de prosélitos, una religión para la lucha, para imponerla a todos, judíos y gentiles, circuncidados e incircuncisos. San Pablo necesitaba más de la divinidad de Jesús para su prédica. Y la madre era la prueba, —antes de los dogmas— de su dolorosa y pura humanidad. San Pablo está en derrota ante María Santísima: el cristianismo llegó a los hombres y se quedó con los hombres por obra y gracia de la madre de Jesús. Mientras todo se debilita: advocaciones, devociones, misterios y milagros; en cambio crece, se agiganta la figura tiernecita, gordezuela, del Niñito-Dios, recién parido por su madre en un establo, calentado por el aliento de una mula y un buey. Las navidades son la fiesta mayor de los hombres, porque ellas significan la alegría, la esperanza, esa cosita chiquita de que hay que agarrarse para no sucumbir, para que no nos lleve el diablo...

Cierto que la infancia y la adolescencia de Panchito Soto —el curita de nosotros— habían transcurrido junto a las hostias, a las vinajeras, al incienso y los latines. Y, primero sin comprender y luego comprendiendo demasiado, vivió junto al pecado sacrílego: su mamá y el santo sacerdote —que era su padre— dormían juntos. Pero a las seis de la mañana, acompañado por él como acólito, revestido con paños albos y casulla dorada, estaba diciendo la primera misa; y a la hora de la consagración, la elevación, la comunión, hechas con las manos calientes de las fornicaciones:

“Domine, non sum dignus”.

Todo eso era cierto, pero ahora él era cura. Había saltado el muro que separa el hombre común del Ministro del Altar. Ahora sabía. Y el tremendo conocimiento era su lamentable tragedia. Porque sabía la ciencia de hacer con un trocito de pan, un Dios cada mañana. Y sabía que eso estaba tarifado. Como poner una inyec-

ción o sacar una muela podrida para el dentista. Diez sures... Y, como había subido la vida por los malditos impuestos y los malos gobiernos, veinte sures. ¡Por veinte sures fabrico un Dios con una migajita de hostia!...

—¿Que te quieres casar, indio bruto —le oyó decir al cura de Conocoto— para no vivir en sucio pecado con la Juana, estando ya los longuitos *maltones*? Quinientos sures.

—¿Quieres bautizar al guagua, con padrinos patrones, velas adornadas, sacristán y música? Doscientos sures, fuera de la limosna para la construcción del templo y para el Papa.

—¿Que tu mujer se muere y quiere confesarse, para no ir “derechito al infierno”, a las pailas del diablo? Ciento cincuenta sures, más el auto o el caballo si no hay camino de auto.

—¿Que el guagua se murió y hay que enterrarlo? Con tres resposos, tres *réquienes*, permiso para cavar el hueco en el panteón de pobres y ponerle una cruz, mil sures... El metro de terreno cuesta caro...

Lo que más le golpeó al neófito, en lo vivo de su sencillez de muchacho campesino —por mucho que haya presenciado el ejercicio de su profesión en el Canónigo Martínez— fue la vasta, la implacable organización financiera de la Iglesia. Su voraz afán de lucro, de enriquecimiento sin tasa ni medida. El Padre Vignon lo había puesto en guardia contra esto. Todo el complicado mecanismo del Purgatorio, de las indulgencias, de las reliquias, de las medallas, de los escapularios, del agua bendita, del óbolo de Pedro, del ceño de la Virgen y de todos los santos. Una triste sonrisa del santo lazarista, como diciéndole: ni tú ni yo somos Martín Lutero...

Y, como de niño malcriado, las preguntas:

—Por qué, Padre, la Iglesia ha convertido en cosa pecaminosa y vergonzosa el cuerpo de los hombres y de las mujeres, hecho por las mismas manos de Dios, “a imagen y semejanza suya” como se dice en el Génesis? ¿Por qué a los niños, Padre, a los niños se los educa en la creencia de que sus cuerpecitos, obra maestra de Dios, tienen “partes vergonzosas, vergüenzas, cosas malas”, produciendo en sus almitas una curiosidad malsana? ¿Por qué, Padre Vignon, la Iglesia ha hecho del amor de hombre y mujer algo impuro y manchado, en que se hace residir el honor, la honradez, el pudor?

—Y por qué esas mismas cosas, cuando se ha pagado la tarifa, se convierten de vicio nefando en Sacramento? Me estremece de

horror y de cólera el trato de vergüenza y de infamia que la Iglesia ha impuesto a lo que llaman "los hijos del pecado"? Al "hijo ilegítimo", cuyos padres —por pobreza, ignorancia o seducción masculina— no han pagado antes de engendrarlos, la tarifa impuesta por la Iglesia, se lo condena a situación de paria, de leproso... Faltaba la licencia de fornicación, que tiene un precio, una tarifa...

—Padre Vignon, ¿le parece a usted conforme con la doctrina de Cristo el que los curas se pongan —con raras excepciones— de parte de los ricos y en contra de los pobres? Yo quisiera que usted, Padre, fuera por nuestros campos, y viera el trato que los magnates católicos dan a esas bestias de carga que son para ellos los indios, hijos de Dios, criaturas de Dios como nosotros. Mientras tienen toda clase de cuidados para la vaca cara de ubres opulentas o para el toro aristócrata, lleno de pergaminos, de sexo poderoso y testes arroberos; al pobre indio lo tratan a patadas y látigo, lo matan de hambre, bajo la mirada plácida y las bendiciones del cura, humilde y obediente siervo del gamonal también.

El viejecito francés escuchaba y comprendía. Hace treinta años, entre las dos guerras mundiales, había sufrido la misma crisis. El había visto en el "occidente civilizado y cristiano", al Papa bendecir a los bárbaros de Mussolini para que vayan a ascinar negritos en Abisinia. Había visto a un Obispo, en el patio de honor de un castillo feudal a orillas del Loire, adquirido por un nuevo rico con el tráfico de armas, bendecir a la jauría aullante que iba a ser lanzada contra los ciervos del coto de caza, para que el señor del castillo, las altas damas prostitutas, sus amigos, los distinguidos caballeros de industria, dieran rienda suelta a sus instintos sanguinarios, preludio de las batallas de alcoba que, cambiándose parejas, se darían en los altos lechos blasonados que siglos antes sirvieron para que los duques de Turenna, igualmente con las bendiciones de otro obispo católico, con otras prostitutas de altos nombres y caballeros de industria de sangre real dieran otras gloriosas batallas de amor, cambiando de parejas igualmente...

Al Padre Vignon le había tocado presenciar en Granada primero, en Córdoba, Madrid, Burgos, Guernica, Barcelona, Burgos, los horrores que los soldados moros de Franco —dirigidos por los tudescos e italianos de Hitler y Mussolini— cometieron con el pueblo español, con la bendición de Cardenales, Arzobispos y Obispos y la compañía

alentadora y beligerante de frailes y de curas. El Padre Vignon vio los caminos atestados de fugitivos que desesperadamente ansiaban llegar a la frontera francesa: mujeres encinta que parían en las cunetas, ancianos, niños de pocos años... y poetas perseguidos por los aviones italianos bendecidos en Italia y rebendecidos en España... El Padre Vignon sabían la historia de tres grandes poetas españoles, los más grandes acaso: Antonio Machado, Miguel Hernández y Federico García Lorca, puras voces humanas acalladas por la barbarie fascista. Vio cadáveres horribles, comidos de los perros, los gusanos y los gallinazos, con los ojos abiertos, hediondos de muerte y excrementos. Todo hecho con fusiles, ametralladoras y bombas bendecidos en nombre de Jesús.

Vio el Padre Vignon también las torturas, las castraciones en masa, los ojos reventados por millones, los campos de concentración en que se mataba de hambre a judíos y no judíos en la "occidental cristiana" Alemania de Hitler. Y vio, en todas partes, el dolor de los niños, las torturas de los niños, el llanto de los niños... Esos niños a los que Jesús tanto amaba... La sola cosa que él, humilde sacerdote de Cristo, no le perdonaba a Dios hasta que Dios no se lo explique en el Juicio Final como esperaba confiadamente... Dios juzgaría a los hombres, pero los hombres, pobres hombres débiles y tontos por la gracia de Dios, podrían también pedir explicaciones a Dios por el dolor de los niños...

Cae de rodillas el pobre fraile al advertir la blasfemia:

... "mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa"... "Vade retro, Satana!"

Nada de lo que aterraba al joven Francisco Soto, asombraba o sorprendía al viejo y bondadoso sacerdote francés, cuyas anchas barbas grises endulzaban los reflejos un poco picarescos de los ojos de un claro azul desvanecido. Que los curas seducían *intra confessionis* a casadas, solteras o viudas. Que los curas campesinos violaban a las indias o tenían "ama de llaves" y "sobrinos"... Sí, todo eso y mucho más.

Pero el balance para el sacerdote hombre bueno que, aún sin fe, guiaba a los feligreses por los caminos de la moral, de la justicia, de la bondad cristiana, era muy favorable. Podía un cura de almas, como el *San Manuel Bueno, Mártir* de Unamuno, no creer en la resurrección de la carne ni en el infierno ni en el purgatorio. Dudar de

ciertos dogmas, de la mayor parte de los milagros tontos, ingenuos, grotescos... Dudar de muchas cosas, muchas... Pero si el cura de almas sigue las enseñanzas de amor del Evangelio. La contenida en las bellas parábolas, en las pláticas con las prostitutas, en las duras respuestas dadas a los fariseos. Lo demás... ¡bah! Tánta cosa buena por hacer, niños que acariciar, hambres que mitigar, consuelos, alegrías, optimismo. El Padre Vignon pensaba que la mano extendida, el púlpito, el confesonario, eran armas muy eficaces para hacer el bien, sin necesidad de la fe absoluta, la ortodoxia total. Y Panchito Soto halló en el viejo bondadoso esa rama para asirse, para no caer.

—Pero, ¿y la confesión, Padre? Me resisto a este robo inicuo de la conciencia, de la intimidad de las gentes. Si con apoyo de nosotros, los sacerdotes, los ricos les roban a los pobres, los poderosos humillan a los débiles, ¿por qué este atraco a la vida interior de las gentes, esta policía sutil, más cruel que la que emplea la tortura física para hacer *confesar* a los delincuentes?

—Tienes razón muchacho. Pero guárdame el secreto que me acabas de arrancar. Yo también pienso y siento como tú. Pero justamente ese "robo de pecados" que es la confesión, puede ser utilizado en provecho de las gentes, por la vía del consejo, de la confianza, de la conversación cordial de penas, conflictos, problemas... Desgraciadamente... Yo creo que un cura de almas según la ley de Dios, tiene que engañar un poquito, que mentir otro poquito para guardar una autoridad que puede ser beneficiosa... De lo contrario...

—Y es así como, tocando todos los aspectos, afrontando las dudas, las vacilaciones, Panchito Soto llegó —conducido por el Padre Vignon— a buscarle el buen lado a esta profesión de cura, en la que se había metido por mandato de su padre, por ruego de su madre...

El cuento de Panchito, una especie de "confesión", consumió varias botellas de pisco, de ese buen pisco de Locumba que el mismo curita recibía desde su pueblo para tomarlo con sus amigos. Juan Antonio, Guillermo Donoso, Carlos Nájera discutían, comentaban, fumaban y bebían. Juan Antonio gozaba, pues se sentía un poco el autor de esta liberación del pensamiento de su amigo de toda la vida.

Para los muchachos lojanos, la sorpresa fue desconcertante. Claro que por distinto camino, habían los dos llegado a la libertad de pensamiento. Los dos se habían limpiado de fanatismo y mitos. Pero no estaba todavía muy lejos el tiempo de la ciudad pequeñita, en que,

ya en sus casas, ya en la escuela de los Hermanos Cristianos, las cosas de la religión, los curas, la confesión, la misa, eran respetables, rodeabas de veneración, de estremecimientos, de miedo. Y ahora... así, de golpe, descubrir "el lado de adentro" de las cosas de los curas, de las pendejadas de los curas, entre copas de pisco —que a ellos los tenían bastante borrachos— y humo de cigarrillos. Este Panchito Soto, "el curita propio", como lo llamaban Eloy y Fernando, del que esperaban a lo más historietas verdes de beatas y de curas, porque conocían su temperamento divertido y alegre, les resultó el gran revelador de cosas vagamente sospechadas, pero nunca así puestas al desnudo, al desnudo repugnante y odioso de las cosas malas.

Porque era tan dramática la actitud del joven sacerdote, sin dramatismo teatral de ademán o gesto, sino con el dramatismo de la dura verdad, de la increíble verdad. Era como si hubieran sido llevados al borde de un abismo, en el que todo se hundía, todo era escalofriante, repugnante, obsceno, maloliente... y doloroso.

Y pretendiendo que toda esa porquería, toda esa carroña, sea cubierta con el nombre alto y puro de Jesús.

Panchito Soto, cargado de licor, para ahuyentar las sombras de su drama, abrazando a los unos, *choliteando* a todos, pasó al cuento de historietas innobles de onanismo y sodomía ocurridas en el Seminario. Salidas nocturnas con soborno del portero, "el viejo cabrón de don Manuel", que a los seminaristas con plata los llevaba a su casa y los dejaba solos con su mujer y sus hijas. Y el frailecito ese, gordinflón y sonrosado, que se le pegaba, se le frotaba en los primeros días, hasta que tuvo que mandarlo alcarajo, con amenaza de quejarse ante el padre superior. Pero eso sí, diosito, dejémonos de vainas, había conocido al Padre Vignon, el hombre más bueno, casi un santo... Y volver a lo mismo y lo mismo:

—Qué pensaría el curita ese maricón que me sonreía y se me refregaba, ¡qué pensaría, carajo! Porque eso sí, cholitos, pordiosito-lindo, yo no me he dejado enamorar por los frailes!

31

—Trabajas mucho, cholito. A veces te noto cansado, preocupado...

Y con su mano fina, larga, bien cuidada, jugaba Catalina con el cabello negro y ondulado de Juan Antonio. Acostada junto a él, con la cabeza reclinada sobre el hombro de su marido, le acariciaba dulcemente, así, así, la cara, besándole suavemente los ojos, la frente...

El, recostado de espaldas, tenía la cabeza puesta sobre sus dos brazos cruzados tras la nuca, con las almohadas ligeramente levantadas. Al escuchar la voz de Catalina, como si despertara o volviera de muy lejos, descruzó el brazo derecho y extendió la mano hacia la cabeza de su mujer, la atrajo suavemente, muy suavemente, y la besó en el pelo, los ojos y, más suavemente aún, la boca. Como si temiera hacerle daño con la levedad de los besos, del aliento... Catalina, pocos días antes, le había anunciado que iba a tener un hijo.

Su generación, su grupo, ha fracasado en los ímpetus revolucionarios. Ningún obstáculo grande frente a ella. Ni el tirano opresor, cruel; ni el sátrapa rapaz. Nada. Y en el país, todo por hacer: la justicia sobre todo. Y el hambre en ciudades y campos. El analfabetismo, el tugurio infame como habitación de las gentes. Y los indios... Pero eso, con ser tan tremendo, no moviliza gentes, a los mismas gentes enfermas de hambre, de suciedad, de ignorancia, de todas las enfermedades... Y estos gobiernitos pendejos, liberales de realidad con-

servadora, y conservadores cavernarios. Curas, curas y más curas. Importación masiva de falangistas españoles vestidos de curas, para continuar la obra de la esclavitud y el embrutecimiento. Los eternos pitucos presumidos de aristocracias falsas. Los apóstoles de esquina y de café. Todo en pequeño y bajo. Ni maldad grande ni latrocinio grande... Cosa sucia, lastimosamente inmoral, pobre, triste.

Guillermo Donoso, después de sus fracasos, proclamaba a voces su teoría:

—Oigan, cholitos: las patadas en el trasero exigen dos elementos. Un puntapié lanzado con fuerza y un trasero cercano para recibirlo. ¿Que no nos patean? Es que cuando la pata del mandón se alza, nuestros prudentes traseros ya están lejos, de fuga... ¡No hay manera, cholitos, no hay manera! Ahora, el mandoncillo de turno ni siquiera se molesta en levantar la pata... Fabián Martínez, nuestro Fabián, parece que desalentado con toda esta tibieza, se ha afiliado al Partido Comunista. Y anda por allí predicando que hay que crear la circunstancia emocional para lanzar al pueblo hacia la acción. ¿Conseguirá algo? Quién sabe...

Juan Antonio, a los treinta y ocho años, ha perdido el ímpetu para la lucha, aun cuando ha acendrado su convicción sobre la inhumana injusticia reinante. Ahora conoce el por qué profundo de la necesidad de luchar, pues ha tocado con sus manos de médico el dolor sórdido de la miseria. Conoce la casa del pobre y la casa del rico. Y ha visto todo lo que sobra, insolentemente inútil en unos lugares y lo que falta, clamorosamente indispensable en otros... Y sin embargo...

No, ya no. ¿Transfugios, traiciones desilusionadoras? Claro. Los más apresurados en llegar, los ambiciosos, los falsos revolucionarios. Casi siempre, los renegados han llegado. ¿A dónde? Carguitos, prebendas, pendejadas... Fabián Martínez se ha encastillado en su austera vida de estudio. No ha concedido, no ha pactado con el ambiente. Se ha hecho a un lado. De los otros amigos, Carlos Nájera es su cuñado, su entrañable hermano. La madurez —a la que están llegando todos los del grupo— no le ha empañado la frescura de agua transparente de su mirada. Carlos Nájera es ahora un revolucionario de lecturas, de emociones, de puritita bondad. Pero de allí a dar un paso, a luchar... Sabía el lado bueno de los acontecimientos y en ese lado estaba: por el pueblo español y contra Franco, por el venadito y

en contra de los perros, por los enamorados que se besan en los parques y contra la policía...

¿Y Guillermo Donoso? Intentó por varias ocasiones los caminos de acción. Pero fracasó, sin derrota, sin amargura, sin descorazonamiento. En uno de esos intentos, a los que se entregó con apasionada fe, resultó elegido diputado de minoría socialista. Hizo oposición, con un escaso grupo, al gobierno reaccionario que estaba encaramado en el poder, a fuerza de importar frailes falangistas españoles... Todo en vano: las gentes se volteaban hacia quien mandaba y sus amigos fueron disminuyendo, hasta dejarlo prácticamente solo...

Y así las cosas. Juan Antonio y su grupo se consideraban la "generación perdida". Y a los pocos años de Hiroshima...

Fernando Moreira, el muchacho de la adolescencia y la infancia doloridas, era un resentido. Con un resentimiento ansioso de desquitarse y, acaso, una inclinación hereditaria hacia la disipación, el machismo. El hombre que decían era su padre, don Agustín Moreira, era el típico aristócrata provinciano venido a menos. Inteligencia cazurra, manirroto, lujurioso y bebedor. Su madre, la pobre muchacha ya seducida por otro, con una hija de otro, su hermana Angélica. Así toda su vida. Y ese recuerdo horrible...

Fue creciendo así: mimos del viejo, regalitos, groserías cariñosas. Y oír las noches, muchas noches, con esa voz sonora, crecida por el aguardiente, aquella cosa dirigida a su madre: puta, grandísima puta. Y aquel final emporcado con diminutivos amorosos...

Su respiro, la calle. La calle provinciana sin peligro de vehículos. Allí, con los otros chicos, jugaba a las bolas de cristal y decía las más inocentes palabrotas:

—Hijo-c-pato, ya me estás robando...

—Cállate, carajo, o te hincho la trompa.

—Mira, mira, qué ricas piernas de la Margarita...

—¿Me das un besito, linda?

—Chabelita, no seas mala, cuándo me das...

Retirarse luego, por allí, por el río y acordándose de las piernas, desfogarse... Y cómo lo abrazaba el muchachito ese rubio y le decía que las muchachas no valen la pena, que son unas pendejas...

Eloy Vergara, el otro "lojanito", no tenía queja especial contra la vida. Nadie de quien vengarse. Su mamá al darlo a luz, una tra-

gedia entre nieblas de sueño. Como leída en un libro...

—Vístete pronto, hijito, te vas a atrasar de la escuela, con la voz de Tía Teresa.

—Ven, muchachito, antes de que se enfríe el chocolate. Apúrate, cholito... con la voz de Tía Domitila.

Y él se apuraba despacito, entre bostezos.

—Venga, tía Domi, porque no puedo ponerme los botines... Ya les dije, por no comprarme zapatos bajos. Ya se los voy a encargar a mi papá para que me los traiga de Portovelo, del almacén de los gringos...

Cuando el papá Abiatar venía, zapatos bajos, ropita nueva. Nunca vio nada malo en su casa, todo correcto, todo elaro. Las tías un poco beatitas rezadoras. Papá Abiatar en cambio... ¿Sería masón su papá, como se lo habían dicho sus amigos?

—¿Qué es ser masón, tía Tere?

Tres santiguadas de la beatita consternada:

*"Ab renuncio a Satanás,
poder en mí no tendrás,
que en el día de la cruz,
dije mil veces Jesús".*

—Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús...

—¿Quién te mete en la cabeza esos horrores, muchacho?

—Nadie, Tía Tere, sino que en el texto de historia se dice que el Libertador Bolívar fue masón...

—¡Cállate, condenado! ¿cómo has de decir estas blasfemias? ¿Bolívar, el gran Bolívar, masón? ¡Ayayay! Bien dice el Padre Miguel Shoro que en esos malditos colegios laicos, solamente cosas malas enseñan a los chicos...

—Bueno, Tía Tere, no se caliente. ¿Qué culpa tengo yo de que en mi libro de historia se diga que Bolívar fue masón? ¿Tan malo es eso? ¿Acaso se puede decir de Bolívar ninguna cosa mala?

—Domitila, Domitilá...

—Quéeee.

—Ven, que necesito que me ayudes con este muchacho...

—¿Qué le pasa mi bonito? ¿Me lo han castigado en la escuela esos bandidos de los profesores?

—No, hija, no. Eso no sería nada... Figúrate que en el libro de historia del colegio laico donde estudia, ha leído que Bolívar, el Libertador, era masón, hija, masón...

Tres nuevas santiguadas de Tía Teresa. Tres nuevas santiguadas de Tía Domitila...

—¿Masón? Es cosa del Diablo, hijo mío. ¡Del mismísimo Diablo!... Los masones son unos bandidos que por la noche dicen la Misa Negra en unas cuevas misteriosas, adoran a un chivo padre... escupen y, que Dios me perdone, hijito, bailan, pisotean y se orinan sobre la Hostia Consagrada...

*“Santo Dios,
Santo Fuerte,
Santo Inmortal,
Libranos, Señor,
De todo mal...”*

—Y después, hijito, se ponen de rodillas y le besan el rabo al chivo padre. Y rezan el credo al revés...

—¿Cómo al revés, Tía Tere?

—Sí, muchacho, al revés. Así:

“No creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, ni en Jesucristo, su único Hijo...”

La pobre tía, como es natural, decía “sunicuijo”. Y al muchacho le sonaba así: sunicuijo, sunicuijo, renacuajo, jimbirico...

—Dios nos libre y nos favorezca. Ya hubiera caído un rayo en nuestra casa. ¿Tu papá, mi hermano Abiatar, masón?

El muchacho se daba cuenta de que sus pobres tías eran víctimas del fanatismo provinciano. Y resolvió tomar otras informaciones. Le preguntaría al profesor del tercer curso, que tenía fama de inteligente.

—Oiga, don Clotario, perdone: ¿qué es un masón?

—Bueno, muchacho, te lo digo si tú me dices por qué me haces esa pregunta tan pendeja...

—Verá, don Clotario: en el libro de historia del quinto grado, dice que el General Miranda, Bolívar, Sucre, todos los libertadores y Padres de la Patria fueron masones... Y como andan diciendo que mi papá también es masón...

—Ahora te comprendo. En esta ciudad chiquita y fanática, has de haber oído horrores contra los pobrecitos masones...

—Bueno, claro...

—Verás, Eloy. Esto de los masones, es una historia larga y com-

plicada que, según ellos, arranca desde la época de David y Salomón. Es una sociedad secreta que adoptó los símbolos de la arquitectura, más exactamente de la albañilería. Con su mucho de esoterismo, de rito y, sobre todo actualmente, su buen poco de ridículo. Su pocotón de ridículo. Ha librado esta secta una pertinaz batalla contra los jesuitas, no contra el cristianismo. Y según las épocas, sus métodos han sido diferentes: cuando el modo de operar de los jesuitas era el asesinato, el envenenamiento, el crimen, los masones parece que hacían lo mismo. Hoy, son unas buenas personas que hacen unas cuantas cosas cómicas y otras cosas útiles. Una especie de fraternidad, muy parecida a los rotarios, a los leones. Pero, eso sí, con una tradición magnífica de servicio a las causas de la libertad, de la democracia, del liberalismo. En la independencia de América, mientras los jesuitas fueron enemigos jurados de la causa de los pueblos, los masones estuvieron siempre del buen lado. Y es muy cierto que todos los grandes libertadores como Bolívar, Miranda, Sucre, Washington, Garibaldi, pertenecieron a esta fraternidad...

Eso es lo que supo Eloy cuando era chico. Ahora, ya no se oye hablar —o muy poco— de los masones. Se sabe que los gringos millonarios juegan a los masones, sin chivo negro ni credo al revés. En Guayaquil era una cosa honrosa hasta hace treinta años. Después, el Templo Masónico de la mejor calle del puerto, fue comprado por un diario...

Ahora la vaina es contra los comunistas. Los gobiernos impopulares acuden al truco. Quienes lo manejan con plata y más plata, son los norteamericanos. Tienen sus listas. Y los reaccionarios de la peor especie. Su símbolo es el recuerdo de un senador cavernario y brutal, ese Mac Carthy, que trató de humillar a las mejores gentes de pensamiento de los Estados Unidos. Y que determinó que el gran dramaturgo Arthur Miller escribiera su formidable drama "*Las Brujas de Salem*", y creara el género horripilante de los cazadores de brujas que se ha propagado como yerba mala por todo el mundo. Especialmente por nuestros países ingenuos y *subdesarrollados* de la América Latina. Los "cazadores de brujas", son los agentes más eficaces del imperialismo colonialista de los primos de América del Norte.

Para los "cazadores de brujas" criollos, los que reclaman por el hambre de los indios, comunistas; los que escriben en favor de los niños descalzos, desnudos, sin escuelas, comunistas; el que no declara que el más grande hombre del mundo es el generalísimo de España, Franco, comunista; el que protesta por asesinatos de campesinos y

obreros en la ciudad y los campos, comunista; el que acepta una invitación a Rusia o China, comunista (a menos que sea Nixon, Harriman, Stevenson, que son inmunes al bacilo mortal); el que admira a Charles Chaplin, comunista; al que le parece una gran pendejada la demagogia pictórica de Salvador Dalí, comunista; los que aceptan las hazañas científicas de los soviéticos Gagarín, Titov o Nicolayef, comunistas; los que han querido la caída de las dictaduras de Trujillo, Batista, Pérez Jiménez, Somoza, etc., comunistas; los que hablan de Reforma Agraria, comunistas; los que leen a Jean-Paul Sartre, Waldo Frank, Neruda, Miguel Angel Asturias, Camilo José Cela, Prato-
lini, Bertrand Russell, Moravia, Nicolás Guillén... comunistas; los que piden alza de salarios o baja del precio de las subsistencias, comunistas; ése que dijo que le gusta Pablo Picasso o el torero Luis Miguel Dominguín, comunista; el que piensa que Franklin D. Roosevelt fue mejor Presidente de los Estados Unidos que Truman el de Hiroshima o Kennedy, el de la Bahía de los Cochinos, comunista; el que admira a Fidel Castro y su hazaña sin igual de Playa Girón, comunista; el que ve películas rusas, comunista; los que no se dejan así no más... comunista; el que afirma que Oscar Niemayer es un gran arquitecto, comunista; el que sostiene que esas agencias internacionales dicen más mentiras que palabras, comunista; el que defiende la enseñanza laica, comunista; comunista feroz el que asegura que el único liberalismo verdadero fue el del General Alfaro; el que opina en contra de la canonización de García Moreno, comunista; y ay del que dice que están caras las papas, los huevos, las matrículas de las escuelas, el arroz, la manteca... Comunistas feroces los que creen que se pueden hacer obras nacionales con ingenieros y arquitectos nacionales; el que quisiera que los gringos no nos compren tan barato nuestras cosas y nos vendan tan caro las suyas, comunista. Pero los más peligrosos comunistas, los que deben ser encarcelados, desterrados, perseguidos, ahorcados, son los que abogan por la PAZ, la palabra maldita, como la llamara la gran mujer y gran poeta de estos pueblos, Gabriela Mistral...

(El papá don Abiatar volvió. Con muchas cosas buenas para su hijito: zapatos gringos, camisas con dibujos de Pielés Rojas, hasta un reloj de pulsera!).

—Oye, papi: ¿cierto es que eres masón?

—Claro, carajo... ¿y qué hay por eso, pendejito? Mi General Alfaro, ¿entiendes? el gran Eloy Alfaro era masón!).

32

Después de aquella escena en que Fredy Cordovez le dio un beso en la boca a Margot —la chica de Fernando— y él le dio una patada bajo del estómago, Fernando adquirió un prestigio de machismo, a pesar de que Fredy, desde el suelo, le llamó "marica". Ese prestigio lo hizo ser buscado por los niños bien, invitado a sus reuniones íntimas, introducido a sus más escabrosos secretos. Fernando se dejó tentar, se dejó querer. Eloy quiso intervenir un poco, pero se sintió alejado, evitado por Fernando; habló seriamente con Juan Antonio Molina, que era un poco tutor de Fernando y protector de los dos.

Juan Antonio vivía sus mejores días, en espera del hijo. Despertó como de un sueño con las noticias de Eloy Vergara sobre Fernando. Y resolvió hablar con él, a pesar de no haberlo visto ¿un mes, dos meses? Para él ya no había otra medida de tiempo que los anuncios que desde el seno materno les enviaba el hijo sobre su próxima llegada. Transido de afecto, de bondad, Juan Antonio buscó a Fernando. Se encontró con los ojos profundos, iluminados como lago nocturno. Con la cara angelical, un poco empalidecida y más bella, que le recordó siempre al *Bindo Aldoviti* de Rafael, que nos sigue eternamente con la mirada amorosa...

Pero... algo encontró cambiado en el muchacho desde el instante del encuentro. Algo sonaba a falso. Su chiquillo triste, ruboroso, cohibido, era ahora, a los pocos meses de no haberlo visto, un "rebelde sin causa", presumido, afectado:

—¿Qué milagro por acá, Juan Antonio? ¿Cómo está su mujer? ¿Ya nació el niño? Me parece que ustedes esperaban un niño...

—Mira, muchacho, déjate de pendejadas, vuelve a ti mismo, Fernandito Matute. Sé tú mismo. Acuérdate de tu mamá, de tu hermana, de Julio Emilio Ortega y el hijito de ellos, tu sobrino...

—Gracias por el recuerdo, Juan Antonio... Sé lo que usted quiere decirme... sí, es verdad. Vengo de una vergüenza. Mi casa era poco menos que un burdel. Pero eso no me humilla, Juan Antonio, porque no me siento culpable. No tengo por qué pagar ajenas porquerías...

—Muchacho...

—No, Juan Antonio. Ya no soy un muchacho. Veinte años de infamia y uno de liberación han hecho de mí un hombre. Con toda la náusea y oprobio que lleva esa palabra: hombre... Yo sé todo lo que a usted le debo. Lo que quiso hacer a través de mí por su mejor amigo Julio Emilio Ortega, el amante de mi hermana, mi cuñado ilegítimo. Se lo agradezco. Con su ayuda pude entrever mi "camino de libertad". Por ese camino, he resuelto tomarle a la vida todo lo que la vida me negaba: dignidad, consideración, placer, vicio, riqueza, "posición social", vergüenza, crimen, todo...

—Pero, Fernandito, ¿y tus sueños de justicia, de revolución?...

—Sigo con ellos, Juan Antonio... Pero usted no puede comprenderme... Yo he tenido mi vida amarrada a la vergüenza, a la prostitución, al oprobio de los otros... Ahora soy libre, libre, Juan Antonio. No quiero amarrarme yo mismo a las estacas de un dogma, de un ideal, de un partido... Porque sé las normas, quiero violarlas todas. Violar a las mujeres, a la moral, a la ley... Mire usted: no siento "vocación" por la pederastia, pero *quiero poder ser maricón* cuando me dé la gana... No tengo predisposición por el robo, pero *quiero mantenerme en posibilidad de robar*... La ley, la moral, siempre estuvieron al alcance de mi mano, protegiendo las cosas malas, injustas, crueles. A mí jamás me amparó la ley ni la moral... Sabiendo que tenía padre, he sido legalmente "hijo de padre desconocido"... Mi identificación legal y moral ha sido esta: hijo de puta...

Aquí en Quito —y a usted se lo debo en mucha parte, Juan Antonio— no les ha importado nada mi origen. El cargo bien pagado y honorable que usted me consiguiera, me ha permitido mantener una situación de primera línea. Las amistades tuyas... Gracias a usted, he usado el apellido del hombre que dicen es mi padre, el amante de mi madre, don Agustín Moreira... Con ese nombre me

inscribió usted en todas partes, me presentó a sus amigos... Fernando Matute, el sucio harapo que cubría mis "vergüenzas" en Loja, murió allá. Aquí nació y vive Fernando Moreira...

Juan Antonio Molina se hallaba desconcertado, sin palabra ni voz. ¿Era éste el muchachito lindo, triste y tímido que había traído de su tierra, confiado a él por Julio Emilio y Angélica? Este cinismo inesperado, reflexivo, tranquilo, escapaba a la comprensión del joven médico. Oía, oía como la razonada exposición de una tesis teórica, impersonal, descarnada. Su actual estado de ánimo, optimista, derramado de esperanzas con el anuncio del primer hijo engendrado con la mujer querida, lo hacían casi impermeable a las confidencias fríamente amorales de este chico, construído por él a retazos, en las horas duras de la muerte de su mamá, allá en Loja.

Ocurrió lo inesperado. Se invirtieron los roles del drama: el hombre maduro tenía a su cargo la parte del optimista, el esperanzado, el revolucionario; el muchachito bello de los ojos de agua, representaba el papel del analista frío, cargado de ciencia y de experiencia, amargo y duro.

—Creo que tienes razón, Fernando. La vida, la ley, la moral, la religión, han sido implacables contigo. Pero tu desquite no lo vas a tomar en contra de nadie sino contra ti mismo; contra lo mejor que hay y lo mejor que tienes. Contra lo mejor que aún puedes tener: amor, paz, alegría de luchar por la justicia, hogar, hijos... Y más que eso: sufrir la ingratitud de las gentes a quienes haces bien y eso, bueno, que es superior a todo: hacer el bien a los que te hacen el mal... *Dr. David Gopichon*

—Juan Antonio, por Dios... Jesús quiso hacer eso, hizo eso, y ya vemos lo que le pasó... ¿Era Dios? Bueno, en la parte en que era Dios, todo fue una comedia: no podían dolerle ni el látigo ni las espinas. Ni clavos en manos y pies y lanza en el costado. Ni beso de Judas, traición de Pedro o sentencia de Pilatos... ¿Era hombre? Ya ves como clamaba con voz dolorida de condenado a muerte: "Señor, si te es posible aparta de mí este cáliz"... Y... si es verdad que su corazón humano, le hizo decir las más puras y santas palabras: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen"... También es verdad que, mártir o víctima de su doctrina de amor mil veces traicionada, no pudo más y lanzó el amargo grito de inconformidad: "Eli, Eli, lamma sabatani"... Señor, señor, ¿por qué me has abandonado?...

—Pero Jesús ha de volver. Lo ha prometido. Su primera expe-

riencia ha recorrido ya dos mil años de camino. Y durante esos dos mil años se han encendido muchas luces de esperanza...

Una carcajada diabólica, estridente, de metales malditos, salió de la boca carnosa, sensual, casi femenina de Fernando.

—Sí, Juan Antonio: por inspiración de Cristo, los llamados cristianos han resuelto la muerte por hambre de los hombres. Por inspiración de Cristo, unos miles de millonarios han montado el grotesco escenario del mundo, con bambalinas y candilejas, y han tomado palcos de primera para ver el espectáculo más divertido:

—Venid a ver cómo tres mil millones de gusanos, que dicen también llamarse hombres, se arrastran en el fango sobre esta bola pequeñita llamada Tierra, hambrientos y desnudos, creyéndose libres, porque en unos papeles escritos por nosotros --Constituciones, Leyes-- proclamamos que es sagrada la libertad de los hombres!... Venid a verlos y a reír... Por esos papeles se matan en unos episodios divertidos que se llaman guerras, que nosotros, los pocos millonarios, provocamos. Para los cuales nosotros, millonarios occidentales y cristianos, en nombre de Cristo, fabricamos y vendemos toda clase de juguetes asesinos, desde las escopetas hasta las bombas atómicas... Les hemos inventado problemas de fronteras, de "dignidad nacional", les hemos hecho banderas, himnos a la libertad y a la justicia: ¡No te dejes quitar tu sagrado territorio! No dejes atropellar tu dignidad!... Te ayudamos con armas para que te defiendas. Te las damos a crédito. Son usaditas ya. Son un poco "chatarra"... A cambio de tus frutas, de tu petróleo, de tus metales, de tu soberanía... Les mandamos unos gusanos voraces y crueles llamados dictadores, a los cuales vendemos armas viejas para que maten a los gusanos de su propia tierra para sostenerse en el mando y así podernos vender a nosotros, los pocos millonarios de los *trusts* del petróleo, de las frutas, de todo, sus riquezas, su soberanía, su libertad. ¡A nosotros, los pocos millonarios civilizados y cristianos!...

—Sí, Fernando, tu verdad es la mía. ¿Cómo he de negar que la mente de los hombres ha sido conducida —en nombre de Cristo— a producir elementos de odio y de muerte? ¡La Era Atómica! como se dice con demoníaco orgullo, después de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki... La Era Atómica que, en nombre de Cristo, ha sustituido en el calendario de la civilización occidental, a la Era Cristiana... Y que tiene su partida de bautismo en ese siniestro 6 de Agosto de 1945... Todo eso es verdad. Pero, Fernando, lo que no puedo comprender es esto: que conociendo la injusticia, la maldad,

odiándolas, tú hayas adoptado esa posición egoísta —egoísta al revés— con la que el único perjudicado eres tú mismo...

—Mire, Juan Antonio, usted como yo sabemos que Jesús no volverá. Su primera venida fue uno de los males más grandes que se nos ha hecho a los pobres gusanos que somos los hombres. Con su muerte les dio el triunfo que buscaban a los "sepulcros blanqueados, raza de víboras". Usted lo sabe más que yo: los fariseos del tiempo de Jesús, son los cristianos de hoy, los que se han apoderado de su nombre, cambiado, adulterado su doctrina. En su nombre, se han adueñado de todos los bienes de la tierra, materiales y espirituales, robándose los a los tres mil millones de "pobres de espíritu y de corazón" que, a pesar del Sermón de la Montaña, *no poseerán la tierra*, sino cuando ellos mismos la conquistaron... Si ha de haber explotadores y explotados, yo que he sido siempre explotado, quiero alguna vez ser explotador... Jesús no volverá... ¿Qué puedo hacer yo, pobre gusano, después de su fracaso?

¿Se acuerdan ustedes de Enrique Santa Cruz, el ex-marido de Irene Villaurrutia? ¿No? Bueno: luego de su sonado divorcio, y de su más sonado segundo matrimonio con doña María Josefa viuda de Montúfar —la vieja millonaria hipócrita, la de las dos noches nupciales por mes— había viajado a Europa durante algo más de tres años, después de la guerra, con esos centavitos de dólar de la nueva-vieja esposa en el National City Bank...

Resulta que el famoso *ex-dandy*, hoy respetable y respetado millonario, ha puesto su casa, dirigida por él mismo, con planos traídos de París, con un lujo refinado y sabio, en uno de los barrios residenciales más "exclusivos" del norte de la capital. Nadie recuerda o no quiere acordarse del Enrique Santa Cruz de las épocas tormentosas de truhán en apuros, en roce permanente con el Código Penal. Ahora es un pícaro millonario, un sinvergüenza rico. Los que antes pudieran haberse considerado como vicios y corrupción, ahora, a punta de dinero son refinamientos, exquisitices de un ultracivilizado.

A doña María Josefa, resfriada ya por la menopausia, la ha lanzado hacia los derivados de la devoción religiosa, de las obras pías y las congregaciones. Presidenta de éste, con los padres jesuitas, de lo otro con los dominicos, de lo de aquí con los franciscanos, de lo de allá con los mercedarios... Chismes de beatas, amoríos de casadas y doncellas, líos de abortos y alcahueterías, entremezclados con

muchas cantadas de tres padres, caridades, patronatos, comuniones y limosnas, llenan la vida de la aristocrática dama. Mientras tanto...

Mientras tanto su marido, Enrique Santa Cruz, en una ala independiente y exclusiva de la casa, ha erigido —con entrada particular— “el Tabernáculo”. Lugar sagrado donde, como un maharajá indostano, recibe a “su mundo”, compuesto principalmente de juvenuelos sospechosos, a quienes llama, paternalmente, “sus discípulos”. Uno que otro viejo respetablemente corrompido... Y, muy rara vez, a una que otra dama refinada, capaz de afrontar las más escabrosas situaciones o protagonizarlas.

Enrique Santa Cruz ha envejecido. Pero una cabellera emblaquecida, luminosa, brillante, aureola su cara fina, pálida, hermosea por una noble barba en gris. Su cuerpo, que mediante un control riguroso, no ha aumentado de peso, se mantiene erguido, ágil, esbello, como siempre.

Es que Enrique Santa Cruz ha pasado de largo la cincuentena de años. Y, sabio en refinamientos y elegancia, los ha enfrentado valientemente, acomodando su manera de vivir, sus vestidos, sus actitudes, con su verdadera edad. Ni viejo verde ni *dandy* retrasado: hombre maduro. Su dudosa reputación es llevada por Santa Cruz con una cierta dignidad, si es que de eso puede hablarse: no hace de ella una ostentación insolente, pero tampoco se excusa ni demanda perdón. No presume ni concede.

El Tabernáculo está montado con sobria elegancia y buen gusto. Cuadros, objetos de arte, esculturas. Libros. Con divanes dispuestos entre las estanterías, la biblioteca: libros franceses, ingleses, italianos. Algo de latinoamericanos y... hasta de ecuatorianos. Lujosas encuadernaciones. Libros numerados y dedicados. Lo mejor de la literatura contemporánea en novela, poesía, ensayo. Todo Proust, Joyce, Kafka, Lawrence, Sartre. Más allá, Rimbaud, Mallarmé, Gide. Y en español, Machado, Neruda, Asturias, Vallejo, García Lorca, Carlos Fuentes...

Es en la biblioteca donde Santa Cruz guarda las más bellas cosas de su colección artística. Una pequeña mancha llena de color atribuida a Gauguin y —¿sería posible?— un pequeño Modigliani, de la época de *Haricot Rouge*. Un dibujo de Tamayo, dos de Guayasamín, entre los cuales un buen retrato de Enrique Santa Cruz. Con dispositivos y parlantes sabiamente dispuestos, una selecta discoteca, en la que se hallan los virginalistas y clavecinistas, corales religiosos,

Vivaldi, Marcelo Couperin y, naturalmente, Bach, Beethoven, Mozart, Mozart sobre todo. Shostakovich, Prokofiev, Jachaturian, hasta Carl Orf, Shoemberg, Alban Berg... Música folklórica, distorsionados sonos afro-cubanos, ritmos de endemoniadura y de vudú.

En una tarde de "tenida rosa" —ordinariamente ocurrían todos los miércoles— Mickey Valdospinos y Tony Chiriboga, que se habían convertido en la sombra tutelar de Fernando Moreira, para orientarlo por entre los vericuetos de la *high life* capitalina, llevaron al muchacho lojano al Tabernáculo, previa invitación telefónica de Enrique Santa Cruz, cosa que, como último rezago de pudor y vergüenza, había exigido Fernando para ir.

Mickey y Tony eran —¿cómo explicarlo?— unos lindos muchachos que, bueno... formaban en la corte de Enrique Santa Cruz... Además de Fernando Moreira, en esta "tenida rosa" iban a ser presentados Carlitos Villaverde, "de las mejores familias" y que hacía todo lo posible para que lo crean... eso. Eso que parece que sí era: maricón. Y una chica, no tan joven ella, "andando" por los veintiocho años, Hellen del Río, sofisticada y, al decir de malas gentes, un poquitín lesbiana, agringada y fervorosa partidaria del whisky.

Fernando Moreira, "nuestro" Fernando, estaba francamente deslumbrado por todo lo que veía. La acogida de Enrique Santa Cruz, fina, discreta, acariciadora, con sutiles alusiones a su inteligencia y su cultura, después de los primeros minutos de charla. Y, sin que desentone demasiado, elogios a su juventud y gallardía. Grupos de gentes que se hacían y se deshacían. Discusiones interesantes sobre arte, literatura, política.

Juanita "Buen Corazón", hallaba encantador al gordito Kruchev, con escándalo de su amante titular don Gustavo Coronel Posadas, el viejo millonario, padre de las chicas Coronel, Norma y Gracia, consideradas entre los mejores partidos de Quito por aristocracia, dinero y belleza. En cambio Mickey y Tony, por adular al viejo, abominaban de los criminales bolcheviques y del sanguinario Fidel Castro. Es que Mickey y Tony, sin sacrificar su mutuo amor, necesitaban dinero para mantener su alto tren de vida. Y ese dinero, que sus padres no les daban sino muy moderadamente y que ellos no sabían ganar por su haraganería elegante, querían obtenerlo por el fácil camino del matrimonio con mujeres ricas, sistema que, en su *argot* de burdel, era conocido entre los de su calaña con el cínico nombre de

“el braguetazo”. Y las víctimas elegidas eran las lindas y buenitas hijas del viejo cochino que, además de mantener a Juanita por el “qué dirán” gustaba de los muchachos estos con carita de ángeles. Juanita “Buen Corazón”, a la que repugnaba el viejo pero no su dinero, gozaba protegiendo sus desvergüenzas y alcahueteándolo a como dé lugar...

Hellen, más lejos, pontificaba sobre poesía, y le sostenía a Bob, poeta robusto y bien alimentado, que Rimbaud era “un arcángel diabólico”, que los únicos libros que merecían ser leídos son los de Henry Miller que, en sus “Trópicos” repetía cuatrocientas once veces la palabra “traseró”, comunicándole una “virginidad espiritual” que no alcanzaban a comprender los que leen los libros buscando en ellos obscenidades y babosería pornográficas...

Bob, ya medio borracho y bien comido, continuaba:

—Mira, hija. La poesía ha dicho ya todas las cosas. Ha puesto nombres a las flores, a las piedras, a las sabandijas. Ha inventado a Dios y, cuando ha sido necesario, lo ha abolido. A eso que tienen que hacer machos y hembras para aumentar la especie—inclusive la humana— le ha dado el nombre melodioso, perfumado, de amor... E inventó —la poesía— los puntos suspensivos, los púdicos puntos suspensivos... para que, después del beso... nazca el niño... Pero, carajo hija, cuando conviene el otro amor, el que te gusta a ti y a mí —*l'amour qui n'ose pas dire son nom*— también la poesía tiene dichas todas las cosas, ¿te acuerdas de Virgilio y su bello Alexis al que amaba Corydon? ¿y los sonetos de Shakespeare? ¿y en nuestra época, Marcel Proust y el Barón de Charlus y, sobre todo, la señorita de Vinteuil? ¿Y André Gide? ¿Y nuestro García Lorca?...

Fredy Cordovez, Mickey y Tony escuchaban al gordo poeta “tremendista” con admiración deslumbrada. Pero Hellen, que no se dejaba imponer cosas por nadie, le cortó la inspiración:

—No digas macanas, Robertico. Le tienes rencor a la poesía porque no ha querido entregarse a ti. La poesía tiene, mijito, por delante todo el futuro del mundo. Nosotros, tú y yo, acaso somos indignos de la poesía, pero es que la poesía no es tampoco el arte inferior de encontrar palabritas llamadas “decentes” para las cosas del sexo y de la digestión. ¿No hay poesía en Lawrence? Y, dejémonos de cosas, tenemos que confesar que la poesía está hallando su verdadero camino...

—Entonces, tú crees, Hellen que la poesía —interrumpió Fredy Cordovez, que a pesar de su aparente frivolidad, era muy inteligente—

puede sobrevivir y salvarse, a pesar de esta crisis de odio, bombas atómicas y podredumbre... a pesar de esta sociedad en que nos ha tocado vivir cobardemente sumergidos, sin fuerza para sacudirnos ni rebelarnos...

—Sí, Fredy, lo creo. Aún más: cuando he leído poemas como los de Antonio Machado, Paul Eluard, César Vallejo, Pablo Neruda, Quasimodo o Sandburg, he pensado que la poesía está encontrando su camino verdadero...

El anfitrión, Enrique Santa Cruz, sin preocuparse de servicio o atenciones —todo marchaba en forma impecable— era el centro de la constelación solar, a la que se había sumado desde el primer momento Fernando Moreira, deslumbrado, encandilado como los adolescentes que constituían su corte natural. Ante ellos desenvolvía su elegante cinismo. Su voz grave —“voz de violoncello tocado por Casals”, como le dijera un joven pianista polaco de los conciertos Daniel, poblador de Sodoma— fluía sin premura, acariciadoramente. El secreto de la fascinación de Santa Cruz residía, además de su cautivante capacidad de conversador, en que sabía escuchar, conceder atención e importancia a las opiniones de los otros, a los problemas de los otros. Y también a su don de reserva, de confidencia, de caballerosidad, que consistía en una lealtad sin quebraduras para su cofrades —iba a decir sus cómplices—, hicieran lo que hicieran, por bajo, anormal o delictuoso que fuere. En reciprocidad, él exigía lo mismo. Y lo que no perdonó jamás fue la delación o la infidencia. Era el jefe ideal de una sociedad secreta de conspiradores, de vendedores de drogas o de *gánsters*. Y cierto sentido particular de la ternura, de la compasión:

—Hacer sufrir sin objeto, causar dolores inútiles, ser cruel con los niños y los pájaros, he allí lo que debemos evitar. Pero gozar de la vida, no privarnos de lo que está al alcance de nuestras manos sin perjuicio de nadie, ¿por qué ha de ser malo? No olvidemos nunca el evangelio de Marcel Proust: *le coeur est la dimension supreme de l'intelligence*. Al hombre genial, yo prefiero el hombre bueno...

—Mire, Enrique— se aventura Tony— ¿qué le parece más odioso, violar a una chiquilla —por la seducción, el engaño o la violencia—; arrebatarle lo que en nuestra sociedad hipócrita se llama “el honor”, hacerle un hijo y luego abandonarla en medio de la pobreza y la vergüenza, o tener una amistad amorosa con un hombre al que queremos y nos quiere?

—Te has respondido tú mismo, muchachito: en el primer caso, han engendrado dolor, deshonor, has “perdido” a una niña, con todas sus trágicas consecuencias... En el segundo, a nadie has hecho da-

ño... has dado y obtenido los más puros y más altos placeres...

—Pero, —se atreve Fredy, que se ha sumado al grupo— ¿y la violación de las leyes de la naturaleza, la inversión de las funciones, el escándalo de las gentes normales, de las “gentes decentes”?

—Tu pregunta, Fredy, es un simple juego de la inteligencia. Mira: la naturaleza ordena imperativamente o insinúa, propone, sugiere. La iglesia, en cambio, como la sociedad y la ley, atribuyen valores morales variables a las acciones de los hombres. ¿La virginidad perpetua, los votos de castidad no son igualmente violaciones de la ley natural? El mandato es: “¡creced y multiplicaos!” Mandato por la voz de la Biblia y mandato irrecusable de la Especie, que necesita balancear las pérdidas causadas por la muerte con las ganancias obtenidas por los nacimientos. Sin embargo, en nombre de Jesús y, sobre todo, por mandato y pedido expreso de San Pablo, se consagra como virtud excelsa, capaz ella sola de conducir a la santidad, a esta violación, a esta desobediencia a la naturaleza, a esta insurrección contra Dios: la castidad...

—¿Qué nos dice, Enrique, de los placeres solitarios?, lanza pienscamente Mickey.

—Son el desquite que se toma la naturaleza frente a la pobreza, a la propia fealdad en veces, a la mala suerte. Son el anticipo que se ofrece la infancia, frente a la moral pacata que hace de las relaciones sexuales un pecado nefando. Por lo mismo, un pecado de audacia, un pecado de clandestinidad y, peor que eso, un pecado caro... El onanismo es fácil, recatado, barato. No escandaliza, es útil a los seminaristas y a los jóvenes virtuosos... Cuando te confiesas de eso, el padre te pregunta entre hostezos: ¿cuántas veces? y te da como penitencia rezar tres *avemarías*... Y sin embargo, cada acto solitario es un asesinato sin dolor para la víctima, con placer para el hechor...

Las copas y los bocadillos menudean:

—¿Pernod, señorita?

—¿Whisky, señor?

—¿Vino de Tokay?

—¿Cognac, armagnac?

—¿Champaña?

Al calor de los licores, “las afinidades electivas” se van manifestando en abrazos, besos, recriminaciones. La luz, sabiamente graduada, la música en el tocadiscos, poniendo un telón de fondo de suave intimidad, presente y lejana al mismo tiempo...

33

¡Niño! Sí, era un niño. Catalina, instalada en una *chaise-longe*, delante de los ventanales amplísimos que hacían entrar en la alcoba toda la luz del mundo, tenía a su lado la cunita balanceante de Pedrito, gordezuelo, sonrosado, "igualito a la mamá", según Eloy Vergara; "los mismos ojos, la misma nariz, la misma boca del papá", según doña María Luisa, la feliz abuela.

Con el hogar y la paternidad, Juan Antonio había hallado paz y un fervor remansado para nuevas empresas de su vida y de su inteligencia. La bondad de Catalina, la segura amistad de Carlos, el *estar allí* del niño, lo hacían sentirse en tierra firme. Como que su mamá no se hubiera ido del todo, como si por allí, un poquito, ¿quién? anduviera Ella...

Le había dolido el extravío de su joven pupilo Fernando Moreira. Desde luego, el trato de amistad no se había interrumpido. Con ocasión del nacimiento de Pedrito, Fernando había visitado frecuentemente a los felices papás como miembro de familia. Sobre aquello, el *Tabernáculo*, Enrique Santa Cruz, ni una palabra...

En Eloy Vergara en cambio, Juan Antonio halló la calidad humana que buscaba. Este muchacho florecido en la aldea, hijo de arriero, cuya madre muriera al darlo a luz, hijo de tías, nunca se

sintió acosado por la sombra del mal y de la muerte. Estaba contagiado del amor humilde, del pobre amor que se da sin ostentación como "el pan nuestro de cada día danoslo y perdonanos" del Padre Nuestro. Pensaba buenas a las gentes y estaba seguro, porque así se lo había contado don Abiatar el arriero, que las culebras no pican sino al que las pisa:

*"Si le das con el hacha se muere,
¡Dale ya!
No le des con el pie que te muerde,
No le des con el pie que se va...
Sensemayá la culebra, Sensemayá..."*

como en el poema de Guillén.

Eloy no tenía saldo deudor en sus cuentas con la vida. No le debía nada. No la odiaba ni la maldecía. Quería vivirla en bien de pobre, sin amargura ni rencor. Creía que las buenas y humildes cosas que siempre había tenido y tenía, correspondían al mínimo derecho de los hombres, de todos los hombres. Exigible por las buenas o las malas. Había llegado a la justicia y su lucha, con optimismo y fe, sin amargura. Pero con implacable resolución de conquistarla. Por las buenas o las malas... Revolucionario feroz y casi alegre. Piensa en que hay que demoler, pero para construir sobre las ruinas.

Su amor por Lucía no tiene esos ingredientes de compasión y heroísmo de *La Dama de las Camelias*, ni la inspiración expiatoria de Raslkolnikoff y Sonia, Dimitri Karamasov y Grushenska. Es un amor claro, sanote. Con deseo de cuerpos en flor, pero con ganas de amistad y ternura. Eloy sabe, por confidencias minuciosas de Lucía, todo su pasado. Su cuerpo había sido de muchos y de nadie. Ella no había delinquido para necesitar regeneración... Pero sabía... Conocía el medio hipocritón y pacato en que vivían:

*"Si es el pobre, borrachera,
si es el rico, buen humor..."*

—Mira, Eloy, reflexiona. Nos van a hacer, te van a hacer a ti, que es lo que importa, el vacío más hosco en la vida social, política... Te van a huir, a hacerte desaires, todo por mi culpa...

Eloy se ponía de pie, enfurecido y, tras caminar tres y cuatro pasos, y luego regresar delante de Lucía, lleno de argumentos y ademanes:

—Pero, ¿no comprendes, mujer, que eso que me dices es ofensivo para mí? ¿Me quieres? ¿Nos queremos? ¿Sí?

Lucía lo miraba con sus ojazos dulces, embobecidos por la felicidad, cargados de luz humilde, y sonreía...

—Pues, hija, todo lo demás son pendejadas, todo. La sociedad, eso que llaman la sociedad, un sacratisimo pepino del carajo... Con tal que tú y yo...

—Pero, muchachito, ¿por qué casarnos? Yo puedo ser tu mujer sin necesidad de solemnidades previas ni sacramentos. ¿Para qué remover cosas, soltar a los perros...?

—Pues por eso mismo, Lucía, por eso mismo. Quiero, como una prueba de mi fortaleza, de mi purificación interior, desafiar esa gran farsa que llaman "sociedad"...

—¿Es indispensable tanto sacrificio, sacrificio tuyo?

—¿Sacrificio? Pendejadas. Yo lo hago con alegría, por mi santísima y real gana... Veamos claro las cosas, huambrita: tú eres quien me ha tendido la mano y me ha salvado. ¿No ves esa cosa grotesca a que ha sido arrastrado mi amigo, mi hermano casi, Fernando Moreira? Se ha hecho sablista sin necesidad, sinvergüenza sin vocación, maricón sin ganas... Y nadie, créemelo Lucía, tan inteligente como él, tan fino y, ¿quieres creerme? tan bueno en el fondo, allá dentro, adentrísimo...

—Sí, cholito: eso que dices de Fernando es la purita verdad. A mi hermano Fabián, que llegó a tomarle afecto al muchachito, lo ha enfermado su caída... ¿No podremos aún hacer algo por él?

—Haremos lo indecible, chiquilla. Pero me temo que el mal haya avanzado demás... Su extravío tiene dos causas principales: resentimiento y vanidad. La vida le ha ensuciado, le ha enturbiado las cosas más puras. Nada que amar, nada que respetar. Ni una poquita, así, de ternura. Porquería al norte, al sur, al este y al oeste. Y ahora se le abren, anchotas, las puertas del desquite.

—Bueno, Eloy, haremos todo por Fernando. Pero, ciertito, ¿por qué el empeño de casarte conmigo? Me estremezco al pensar que ese casamiento puede ser el camino de perderte... Soy yo la que quiere purificarse, ofrecerte algo, este poquito que me queda: la posibilidad del desprecio pero para mí sola. No, no es justo que seas tú solo el que da...

Excitado, vibrante, estremecido, Eloy temblaba todo ante Lucía. No pudo más. Se lanzó de rodillas a los pies de la muchacha, hundió la cabeza en su regazo y como "un niño chiquito", con sollozos, lloró.

Lucía acariciaba los suaves cabellos rizados, como una mamá que consuela a su muchachito. Y balbucía, la garganta con nudos, los más triviales diminutivos:

—Tontito lindo, no quiero verte así...

Y levantándole la cara, mojada por las lágrimas, suavemente, con las dos manos, lo besaba así, así, los labios carnosos, infantiles. Al encontrarse las miradas, Eloy levantó su cara a la altura de la de Lucía, y se prendió a sus labios, golosamente, con hambre de niño que se prende y chupa los pezones llenecitos de leche de su madre.

Vivían juntos y apenas se veían.

El desenfreno casi vengativo en que vivía Fernando, estaba saliéndole a la cara. Su belleza de ángel, algo siniestra ahora, se estaba marchitando, a fuerza de cinismo, de vicio y desvergüenza. Cada vez más elegante, de gusto muy seguro, como si siempre se hubiese movido en ambientes refinados. El *discípulo amado* de Enrique Santa Cruz.

—¿Sigues viviendo en el mismo departamento, con el marica ese?, le preguntaban los amigos, desaprensivamente, a Eloy Vergara.

Eloy, antes que indignarse, ¿para qué, carajo? resolvió hablar seriamente con Fernando:

—Es increíble que viviendo en las mismas habitaciones, casi no nos veamos nunca, no crucemos palabra... ¿qué pasa?

La voz de Eloy, clara y familiar siempre, sonaba un poco tiesa, como si recitara algo aprendido, un texto, una lección.

—¿Qué ha de pasar? Nada. Ven, ven, tengo mucho gusto de verte. Entra a mi cuarto. Tenemos tantas cosas de qué conversar. ¿Has sabido algo de tu papá? Gran viejo... Quiero enseñarte algunas cosas que he comprado, libros, discos... ¿Y tú? Cuenta, cuenta... parece que andas enamorado "de a de veras"...

Tampoco la voz de Fernando era la de antes. Esa voz caliente, confidencial, como para contar las grandes vainas que a uno le pasan, sonaba ahora frívola, mariposeante, buena para esa cosa pendeja que es la cortesía... voz llena de ausencias, como si lo que dijera no estuviera destinado a quien lo oía, sino a cualquiera... o a nadie.

Ante esa fuga artificiosa de Fernando, Eloy recobró su aplomo:

—Mira, hermano, dejémonos de pendejadas. Oyeme, si tienes tiempo, si no estás muy ocupado: yo quiero hablar seriamente contigo, a calzón quitado, como antes, como siempre...

—Para ti, nunca estoy ocupado... al contrario. ¿Quieres tomar algo? ¿Un high-ball? ¿Cigarrillos?

—Lo que quieras. Pero, te repito, dejémonos de pendejadas. ¿Quieres que hablemas? ¿Sí o no? Porque de lo contrario, me largo...

—¿Fuego? Bien. Te oigo...

—Acuérdate, Fernando. En el pequeño pueblo de donde vinimos hace poco tiempo, en Loja, carajo, nos conocemos todos. Tú y yo somos unos pobres muchachos, unos muchachos pobres. Tú sabías con exactitud el número, bien claro, de mis camisas y mis pantalones. Conocías las criaditas, bueno... Yo tengo presente, aquí, la modesta casita de tu mamá, en el callejón que va al río Zamora...

—¡Ah! Ahorita comprendo, te lo juro, ahorita: vienes a predicarme, a pedirme que vuelva al buen camino y esas cosas... A recordarme mi pobreza, que soy un muerto de hambre, un hijo de puta, un mierda... ¿Crees que yo lo olvido? Porque me acuerdo de todo eso, que no es obra mía, he resuelto ser lo que soy ahora: un maricón, un alcahuete, un mantenido...

—¡Por Dios, Fernando!

—Sí, cholito. Y un cabrón, un sablista y, cuando a mano viene, un ratero...

—¡Fernando!

—¿Y qué? Cuando era bueno, sumiso, niño modelo, buen hijo, buen hermano, magnífico estudiante, todos me pisoteaban, era una basura para todos. Tenía que vivir respirando la mancebía de mi madre, el concubinato de mi hermana...

Lejos de todo artificio, embellecido casi por la brutal desnudez de su miseria, Fernando acezaba, sudaba...

—No te pongas así, por Dios, hermano... ¿Es que tienes alguna queja contra mí, y me incluyes entre los que te han hecho daño, entre tus enemigos? Recuerda un poco, un poco... Tú me ayudabas en todo: los deberes de clase, las cartitas de amor, las mentiras a las tías...

—¡Sí, sí, carajo! Tú eras el cholito satisfecho, a quien todos querían, el mal alumno que siempre gana el año, el tumbador de criadas... ¡El mal alumno!... Yo nunca he podido ser el mal alumno. Yo era muy inteligente el pobre, muy estudioso el pobre, muy aseadito el pobre, muy buenmocito el pobre, rubiecito el pobre, un encanto de chico el pobre, tan devotito el pobre, tan seriecito el pobre... ¡tan hijo de puta el pobre! ¡Sí, sí, carajo! Eres mi enemigo, porque eres bueno, porque eres generoso, porque te quieren las muchachas, porque eres cholmierda, porque tienes papá, porque tienes tías, porque

notienes plata, porque haces lo que te da la gana, porque no haces lo que te da la gana... Sí, carajo, sí, eres mi enemigo...

Ante este desborde de dolor contenido, Eloy escondió la cara entre sus manos y esperó que este desahogo pueda hacerle bien a su amigo. No intentó siquiera una palabra de consuelo, imbécil e inútil en ese momento...

Se bebieron de un trago el whisky que tenían servido, los dos al propio tiempo, y rehusaron mirarse... Fernando, ya más tranquilo, continuó, como acogiendo un poco las palabras iniciales de Eloy:

—Sí, tienes razón de recordármelo, aun cuando yo jamás lo olvido.

—Mi niñez, mi adolescencia en Loja, fue una cadena de oprobios. Esos muchachos imbéciles, compañeros del Colegio —¿lo recuerdas?—, esos “hijos de puta” nacidos en “noble cuna”, tenían la consigna de “no meterse conmigo” por ser hijo de padre desconocido y madre demasiado conocida... ¿Te acuerdas de Alfredo, Alfredito Valladares, ese chico tan dulce, tan generoso, debilucho, que buscaba mi compañía a pesar de todo? Pues fue denunciado a sus padres por las beatas esas tragahostias, las Vinuezas, porque siendo noble se juntaba conmigo que era un muchacho malnacido e impuro... que dizque lo llevaba por el camino de la corrupción y los pecados contra naturaleza... Y te juro que en ese tiempo... Era dulce la amistad de ese chico. Con él leíamos versos y mirábamos el paso de las nubes... Esto que soy ahora... bueno...

—Te comprendo, Fernando. Recuerdo todo lo que dices, todo... Pero te ruego que me atiendas. Que me oigas...

—Sí, te voy a oír todo lo que quieras decirme. Pero antes déjame desahogarme contigo, porque aunque feliz, normal y afortunado, eres un buen muchacho, nada más, un buen muchacho... Te lo juro, Eloy, yo no fui maricón en Loja... Esa amistad de Alfredo Valladares, fue pura. El estaba enamorado de una chica, ¿te acuerdas? de Lucrecia Venegas, y le hacía versitos sentimentales. ¿Ahora? Paso por ser el amante de Enrique Santa Cruz... respeto mucho tu manera de pensar y no insisto en detalles. Le saco todo el dinero que me hace falta para hacer esta vida de niño bien, a la altura de los más refinados de Quito. Soy envidiado. Se habla de mí como de un pequeño monstruo. Pero se me recibe en todas partes. Me hacen intervenir en todas las pequeñas porquerías en que esta gente vive sumergida, dándome a ganar comisiones jugosas... Estoy rico, Eloy... Tengo, mira, libreta de cheques... Y para tapanlo todo, ¿quieres creerme? me voy a casar... Para ti no tengo secretos; dos ver-

güenzas tengo que confesarte: me hice social-cristiano y voy a casarme, por lo civil y lo religioso, con la linda y putísima Margot Ortiz Guerrero. Ella sabe lo mío y yo lo de ella. Será "un matrimonio blanco", una razón social y comercial: ella les saca la plata a sus amantes, yo a los míos...

—Por Dios, Fernando, dime que bromeas, que es chiste.

—Eso y mucho más, Eloy, es cierto. Yo tenía que ser, a causa de la injusticia de mi vida, la vergüenza de mi niñez, santo o canalla... Lo primero, ni lo pude ni lo quise. Lo segundo:...

La satánica confesión de Fernando, le quedó en el alma como un hedor de azufre, como el que dejan las piruetas del Diablo. Qué, carajo, entonces, qué. Náusea, pero también apretura en la garganta, ahogo, lágrimas. No, entonces esto no vale nada... Negro todo. ¿Expiar?, ¿arrepentirse? ¿Para qué? ¿Para ser un maricón regenerado, un ratero *compuesto*, un ex-cabrón, un alcahuete arrepentido? No, nada. Pobre muchacho...

Con los ojos hinchados por las lágrimas, que al fin a solas no pudo contener, corrió Eloy donde Lucía. Ella lo esperaba ansiosamente. Ella sabía el poder de la amargura, la fuerza del resentimiento. Había visto a su padre ahogarse en alcohol, matarse lentamente, en huida repugnante y triste, con la bondad maldita de los débiles, que no saben gritar, que no saben morder.

Lucía comprendió el dolor de Eloy ante la verdadera muerte de su compañero de toda la vida. Lo recibió tranquila, sin hacerle preguntas.

—Todo inútil, mi amor. Lo de Fernando no es vicio, no es pervisión congénita. Es rabia. Una rabia suicida y asesina a la vez. Quiere gritar su libertad maldita, su indomable poder de ser canalla. Probar a todos la imbecilidad de una moral que sólo funciona en favor de los ricos y de los poderosos y estrangula a los débiles, a los seres colocados al margen. Que da ventajas a los ricos, ventajas que sólo pueden ser vencidas a fuerza de ser más sinvergüenzas, más cínicos, más viciosos que los mismos ricos. Fernando sabe que su único caudal, de fácil desvalorización, es su juventud, su inteligencia y, sobre todo, su insolente y angelical belleza... Todo inútil Lucía, todo inútil...

La muchacha lo atrajo hacia ella. Enredó sus dedos en el pelo

de Eloy, haciendo que la fuerte cabeza, la cara varonil, descansaran en su regazo:

—Es una inmensa pena la pérdida de Fernando. Pero tú tienes que sobreponerte, Eloy.

—Tienes razón. Sobre todo porque me quedas tú, Lucía. Y esta gana cada vez más grande de servir para algo, para todos. No me dejes solo, ayúdame...

Al pasar la muchacha su mano cariñosa por la cara de Eloy, la sintió mojada de lágrimas, calientes, mansitas....

Se casaron Lucía y Eloy.

Y la sola cosa expresamente convenida, fue llevarse a vivir con ellos a Fabián y al viejo don Abiatar. Para salvar al viejo de su solitario y melancólico envejecimiento en Loja, después de la muerte de sus hermanas, las tías bondadosas y beatitas, que habían criado y educado a Eloy.

No fue fácil convencer a Fabián. Creyó poder negarse, pero no tuvo fuerzas. Revolucionario teórico, de austeridad casi monacal, era como un hijo grande de Lucía. Hubo que prepararle un departamento con toda independencia. Para sus libros y para recibir —cada vez menos— a sus amigos, sus jóvenes discípulos.

Don Abiatar estuvo en Quito para el matrimonio. No quiso quedarse después. Pero les hizo una formal promesa: volvería cuando, en el solar que les diera como regalo de boda, hubiesen construido la casita propia, en la que hubiera "un rinconcito para él". Y cuando además estos muchachos ociosos le fabriquen un nieto. Porque casa donde no lloran y se orinan guaguas, carajo, no sirve absolutamente para nada.

34

—Qué horror, lo de Fernando... esta mañana...

—Pero dicen que no fue suicidio, que...

—Que después del compromiso solemne con Margot Ortiz Guerrero para casarse dentro de tres meses, fue donde Santa Cruz, al Tabernáculo y que...

—Esas son vainas, cholito, puras vainas. Fernando era marijón sin remedio... ¿casarse?

—Pues ahí tienes: la tarde del compromiso con Margot fue donde Enrique Santa Cruz a explicarle la cosa, a sincerarse, a... Lo acompañaron Mickey y Tonny —fueron testigos en la ceremonia— que son como tú sabes, rabiosamente maricones...

—¡Qué amiguitos los que te gastas!

—Déjate de pendejadas... son tan amigos tuyos como míos...

Con fingida indiferencia, Charles Villaverde, Fredy Cordovez y Edgard Jijón, comentaban el escándalo del día, en una mesa con vasos de whisky en el *Country Club*: el suicidio o el asesinato —esto último a boca chiquita— de su inseparable amigo Fernando Moreira. Al bello muchacho provinciano nunca lo quisieron mucho, aunque lo aceptaban y buscaban por su maestría para moverse en sociedad, su elegancia insuperable y por el hecho de ser el amigo preferido de Enrique Santa Cruz, el dictador, el árbitro social, en los ambientes sofisticados y mundanos de Quito.

Los periódicos dieron los primeros datos y callaron después.

Acuerdos de los clubs, de los amigos... La cosa inusitada aun, a pesar del frenético aprendizaje de snobismo, y de películas como *Les Tricheurs*, *La Dolce Vita* y ótras, pasó al comentario de los corrillos, de los té-canasta, de las fiestas piadosas y de caridad. Los amigos del muerto y los frecuentadores de *El Tabernáculo* eran los más solicitados para adquirir informaciones escabrosas. El nombre del magnate refinado, católico y vicioso, Enrique Santa Cruz era el más citado... se le llamaba "el viudo"...

Una tímida investigación judicial fue detenida en sus comienzos. El certificado de defunción lo firmó un médico *chic* y de buen apellido: se trataba de un caso inobjetable de suicidio. Las autoridades aceptaron y se permitió el entierro. Tierra, tierra, tierra...

"Y el resto fue silencio".

José Emilio Ortega fue llamado de urgencia por Juan Antonio Molina. Tomó el primer avión en Loja y a pesar de eso, no pudo alcanzar al funeral de Fernando, el muchacho de belleza angélica, hermano de su mujer, que salió de su pueblo hace muchos años, que nunca regresó. Y que nunca escribió una carta a su madre, a su hermana, a sus amigos. Del que sólo tuvieron noticia por lojanos que viajaban a Quito, por cartas de amigos, por la prensa.

Juan Antonio fue al aeropuerto a recibir a Julio Emilio, acompañado por Eloy Vergara y el cunita Francisco Soto. Duro, doloroso fue el encuentro, después de tantos años —tántas cosas— entre Juan Antonio y Julio Emilio. Los dos muchachos que durante la infancia, la adolescencia, la primera juventud, fueron más que amigos, más que hermanos. Socios en juguetes, travesuras, malas palabras y sueños.

Mal vestido, con barba de tres días, tembloroso, Julio Emilio era un guiñapo, un trapo mojado pendiente de una sogá, maldita sea... Traía un atado de ropa y una tristeza floja, deshilachada, sórdida.

Juan Antonio, al verlo descender del avión, sintió algo desgarrador, inexpresable... Toda su vida, el río, la mamá, esa planta de rosa, el primer beso, las cosas que hizo con la Miche, la esquina de las serenatas, el pan dulce con dulce de cajeta, Ella... Todo se le arrugó allá dentro, se le empolvó, se le deshizo como mariposa disecada entre las páginas de un libro.

¿Y ahora?

Su corazón, ancho, grandote, le hizo reaccionar en sonrisa, en golpes en la espalda, en abrazos... Pero no. Julio Enrique era un perro pegado, el hijo de la vecina pobre, el mendigo de la esquina, eso...

Barbas crecidas, dedos teñidos por la nicotina y una vaharada de alcohol sobre la cara cercana... Juan Antonio, apretada el alma por contener las lágrimas, le arebató de las manos el atado de ropa.

—Ven, por aquí, cholito, por aquí...

Y lo condujo hasta donde tenía estacionado el automóvil.

Eloy Vergara, que llevaba tres días embrutecido de dolor, no se acercó en el primer momento. Se abrazó a los hombros de Panchito Soto, "el curita de nosotros", y con sollozos grandes, sonoros, sin importarle el numeroso público del aeropuerto, lloró con palabras y lágrimas... En el automóvil, que Juan Antonio conducía, el viajero ocupaba el asiento delantero, junto a él. El curita y Eloy iban atrás, silenciosos. Juan Antonio, por decir algo, indicaba lugares:

—¡ñaquito.

—La Carolina.

—La Avenida Colón.

—Por fin, llegamos.

Catalina, con el niño en brazos, aguardaba en el vestíbulo exterior, con su suave sonrisa:

—¡Cómo han tardado! Venga, pase... ¿qué tal viaje, señor...?

—Buenos días, muchas gracias, señora...

—Pero, ¿qué les pasa, Catalina, cholo Julio? ¡Señor, señora!... Faltaba más. Del nombre, del nombre y a tutearse, como hermanos que somos...

—(En ese instante —¿vino con Julio Emilio, estaba siempre allí?— se asomó sonriente, Ella).

—Cierto, no. Claro. Ven Julio Emilio, ven. Te acompaño a tu cuarto, que es arriba. Ayúdale con el paquete, Juan Antonio. Los demás, esperen abajo con mamá y Carlos. Por aquí, Julio Emilio...

—Gracias, sí, muchas gracias, Catalina...

El curita Francisco y Eloy se quedaron abajo, en la sala, unos momentos solos. Eloy estaba aturdido, tembloroso. Se acordaba... Se acordaba de aquel Julio Emilio Ortega deslumbrante de inteligencia, de agilidad, de seguridad en sí mismo, que había conocido en Loja, cuando muchacho, cuando *plazuela*, cuando él, Eloy, era un aprendiz de pillastre sin muchas facultades para ello. Y ahora... este harapo humano, esta miseria...

Francisco Soto, que continuamente viajaba a la tierra natal, rompió el silencio:

—Algo sabía yo. Por eso, el golpe ha sido para mí menos duro.

Julio Emilio ha sido derrotado por la provincia, a la que desafió altaneramente. Y no tuvo fuerza bastante para vencerla. Quiso vivir en un medio dominado por la hipocresía y el fanatismo, sin someterse a su regla y su mandato. No se sometió, y ha pagado su entereza así... La miseria física y el desastre espiritual. Se sumergió en el alcohol, como refugio último.

Mientras Julio Emilio se quedó solo en su habitación para arreglarse un poco; mientras Catalina, para evitar el hacer comentarios, se deslizó hacia la cocina; Juan Antonio fue a la sala, donde estaban Eloy y Francisco.

Para nadie pudo ser más rudo el golpe. Juan Antonio se sentía un poco culpable del desastre total, del derrumbamiento moral y biológico de Julio Emilio. Sólo se le ocurrió esto:

—Muchachos, ayúdenme.

Generosos, conmovidos, el curita y Eloy hicieron un plan de compañía, distracción, paseos, para levantar un poco el ánimo de Julio Emilio.

El viajero bajó después de un rato. Bañado, afeitado, un poco más aseado que a la hora de la llegada. Con intención de sonrisa y ese gesto, tan suyo, de levantarse el cabello que pugnaba por caerle en la frente.

Catalina, sin esfuerzo que pareciera protector, con esa franca alegría que era más de flor que de persona, le inspiró confianza desde el primer momento. No quería desilusionarla. El sabía qué clase de Julio Emilio le había prometido Juan Antonio. Conocía la estampa que de él esperaba Catalina. Y veía, por fuera y por dentro, la basura humana en que se hallaba convertido. Fue un esfuerzo heroico. Estuvo, a pesar del temblor indomitable de sus manos, ingenioso, ágil conversador, como en los buenos tiempos...

En un par de horas de diálogo, comprendido el tiempo que duró el almuerzo, hizo la crónica más completa de todo lo ocurrido en Loja en los últimos años.

—¿No te aburres, Catalina, con tanta tontería?

—Al contrario, me divierte un mundo. Sigue, Julio Emilio, sigue... Entonces la tía Leonor...

—¡Vieja grandísima!... perdón, Catalina... pues la vieja sigue dedicada a buscar novios para los esperpentos de las sobrinas y novias para los fenómenos de los sobrinos...

—Cuidadito, ¿eh? —terció Juan Antonio— cuidadito... esas viejas y esos sobrinos se las dan casi todos de parientes míos...

—Cosas de esas pasan en las mejores familias... ¿Te acuerdas

de Isolina Palacios, esa sobrinita de ustedes, tan coqueta y meneadita? Pues cuando se sintió encinta por sus travesuras con el Teniente Donoso, que resultó casado, se confió a la vieja Leonor para que la salve de la deshonra o... "de la tumba fría"... Tu tía, Juan Antonio, reunió al "consejo de viejas"; hijas de confesión tuyas, Panchito...

—*Sigilo confessionis. Vade retro Satana!*

—A tu abuela con tus latinajos, curita desgraciado. El "consejo de viejas" resolvió que al diablo con los abortos y al diablo con los partos secretos, grandes pendejadas peligrosas... Como la preñadita no es pobre, había que mejorarle una dote en contribución de beatos, beatas y la Curia, para escogerle un pendejo —perdón, Catalina— un pendejo que cargue con el muerto... es decir con el *guagua*... Los candidatas a manidos surgieron a millares, como en el Himno Nacional... "a millares surgir"... Que reunían las condiciones indispensables: noble, muerto de hambre, católico y pendejo... Perdón, Catalina... La decisión final quedó en manos del Obispo, que dio singular importancia a dos de las condiciones exigidas: católico y pendejo... ¡Perdón, por última vez, Catalinita!...

Juan Antonio, el curita Sotomayor y Eloy Vergara, acompañaron a Julio Emilio Ortega en las tristes diligencias judiciales para la apertura de la sucesión y, por consecuencia, del departamento de Fernando Moreira, contiguo al de Eloy Vergara.

Todo: el ambiente, el perfume, la presencia del muchachito muerto, en ese departamento todavía caliente de su vida, sorprendió a Julio Emilio. Sus existencias se habían ido por una tremenda Y sin reencuentro... Fernando, el muchachito silencioso, de carita de ángel, que andaba por allí, por la casa del pueblo. Delante del cual se besaba a la hermana. Y el viejo Moreira besaba a la madre... Y esto... esto...

Perfumes finos, peinador de muchacha, con frascos de cristal, cepillos de plata, polvos... Ropa interior finísima, docenas de zapatos, docenas de camisas... Corbatas... para veinte personas...

Libros, muchísimos libros. Lujosamente encuadernados. Libros tristes, graves, trascendentales. Ninguna frivolidad, nada superficial y tonto. Ni la más lejana muestra de pornografía... Virgilio, Shakespeare. Las Eglogas, los Sonetos. Toda la mística española en ediciones primorosas. San Juan de la Cruz...

En lo moderno, Proust. ¿Es que Marcel Proust es un escritor pornográfico? *Le Grand Meaulnes* de Alain Fournier, en una edición ma-

ravillosa. Y en hojas *detachables*, todo, toditito Rimbaud. Algo de literatura marxista. Obras de poetas hispanoamericanos. García Lorca...

En un cajón con llave, varios cuadernos de esos de tipo escolar, infantil, que llevaban todos por título —repetido en la cubierta de cada uno de ellos— ¿por alusión bíblica? ¿por recuerdo de Gide?: *La Puerta Estrecha*.

35

LA PUERTA ESTRECHA

Una especie de diario, de autobiografía, de novela. Una cosa cálida, quemante, que dejaba un regusto de ceniza. Rabia, pasión, náusea. Junto a una página terrible contra Dios, otra analítica, descarnada sobre la pobre cosa que somos:

"... fábricas de hacer mierda. Porque la mierda es el único producto natural del hombre. Y toda una civilización, la más avanzada y cristiana, es la civilización del excusado, del water-closet... la civilización de los gringos..."

Consideraciones sobre la moral. Todo en torno de la fornicación. Sutiles diferencias: cuando es precedida de música de Mendelssohn, emblanquecida y purificada con flores de azahar, consagrada por un fraile y unos latinajos:

—Ego te conyugo, in nomini patris et filio et spiritu sancto... Entonces el permiso de fornicación es Sacramento: "el-séptimo-matrimonio-amén"...

El cuaderno ofrecía ciertas iluminaciones. Voz de niño pobre y triste, con recuerdos lejanos, azules, con paz y con mañanas. Con río para bañarse, con naranjas, bolitas de cristal y malas palabras inocentes... Y por allí, la mirada escondidita, dulce, carita colorada y ojos

bajos, de esa colegiala, ¿recuerdan? que no sabía nada de él...

No, nada. La palabra se encabritaba en el papel del cuaderno. Claro, carajo, Cristina no sabía nada de él, nadita de Dios. Y por eso le sonreía. Y por eso se le caían los libros y cuadernos para que él le ayudara a recogerlos... Pero él —honradez, orgullo, crueldad— le soltó aquella tarde:

—¡Soy hijo de puta!...

Y corrió, llorando, hipando, echando ajos, con dolor de estómago, hacia el río...

Aquella vez —página 17 del cuaderno—, en casa de Alfredo Valladares. Andaba por allí, por los trece años, segundo de Colegio. Se habían reunido cinco muchachos, incluido el dueño de casa, para estudiar exámenes de fin de año. Todos, excepto él, malos estudiantes, pertenecían a las llamadas "buenas familias" de la pequeña ciudad. Él, siempre buen alumno, les explicaba y ayudaba. Esas pendejadas de la aritmética, esas zoquetadas de la gramática, esas bobadas de la geografía. Estudiaban en la salita chica, llena de pequeños adornos de plata peruana. Un marquito de plata martillada, con el retrato de la abuelita de Alfredo, se confundió una tarde. Lo advirtió la sirvienta, Sebastiana, cuando fue a hacer la limpieza... Estos niños tan fumadores, escupidores, tan sucios... Se lo buscó por todas partes, en todos los rincones de la casa. Sebastiana lloraba... Uno de los niños se ha llevado el marquito... uno de ellos...

¿Cuál? ¿Quién? ¿Jerónimo Palacio, tan rico, tan noble? Imposible. Ni pensarlo siquiera. ¿Evaristo Riofrío? Medio muerto de hambre, ese niño, pero... tan católico, tan devoto, tan confesador... ¿Serafín Borrero? Tan bruto, el pobre, pero qué tan bruto. No le entraba una palabra del estudio... Pero hijo de padres tan honrados, de tan buena conciencia... Pendejadas de Dios, puritas pendejadas...

Pero qué brutos, si la cosa es muy clara: ese Fernando Matute!... ¡Qué injusticia inculpar a la pobre China Sebastiana! Ya le hemos dicho a Alfredito que no traiga a la casa esa clase de gentes... chamuchina pura, malnacido, seguramente de malas costumbres, muerto de hambre... Esa misma tarde, a pesar de las lágrimas de Alfredo, que protestaba contra la injusticia, él, —ahora Fernando Moreira—, fue llevado a la cárcel, en medio de muchos curiosos... ¡por ladrón! Después se supo que el jovencito Riofrío había vendido el marquito en una platería, sin el retrato, claro... Pero Fernando quedó ya mar-

cado... Y en los pleitos en la orilla del río, además del conocido hiejoputa, se le agregaba ladrón...

Su vida en la escuela (página 35 del cuaderno, en adelante). A pesar de todo, lo mejor de su infancia. Eso de que los primeros puestos fueran siempre para los niños ricos, llegó a no importarle un sacratísimo comino. Esos niños "nobles" eran unos pobres pendejos, brutos hasta cansarse. Nada aprendían, para nada servían. Y tenían que humillarse ante él, para que les ayude en las tareas, para que les "sople" en las lecciones... El Hermanito Cirilo... ¿Cómo olvidar sus grandes y humildes ojos cálidos de perro de aguas? A él le daba sus quejas, le hacía sus confidencias... Pero pronto colgó los hábitos religiosos, por ese asuntito de la Carmen, la linda vendedora de pan, a la que le hizo un hijo... Con ella, honradamente, se fue a Cariamanga, se casó y tuvo más y más guaguas... Tan bueno el Hermanito Cirilo. Supo comprenderlo, hacer de él el mejor alumno de la Escuela...

Eso de los premios para los niños ricos, Fernandito, es cosa del Hermano Director. Eso de las "excelencias" en conducta y aprovechamiento, es cosa, Fernandito, del Señor Obispo..."

En cambio, ese Hermanito joven, buenmocito —decían que hijo de un señor rico en una guapa cocinera— se le arrimaba mucho. Se llamaba Camilo, el Hermanito Camilo, y todos estábamos de acuerdo en que era muy alhajito... Y muy entrador el bandido. Le regalaba cuadernos, lápices, estampitas de San Luis Gonzaga, tan puro él, y de San Estanislao, tan puro también él... Le acariciaba el mentón y las mejillas: mi lindo muchachito, mi mejor alumno, mi angelito de Dios. Que tu almita sea tan bella como es tu carita, tu cuerpito todo... Y aquella tarde... Nadie, nadie tuvo para él un poco de ternura sincera. Nada que lo defienda... Era bueno, cariñoso el hermanito aquél... Pero, caraajo, yo no era maricón entonces. Juradito, no lo era...

Su hermana Angélica se iba poniendo cada día más bonita (página 42). Maldita sea. Tenía ya quince años, dos más que él. Siempre habían tenido la misma habitación para los dos. Y, sin advertirlo, comenzaron a recatarse el uno del otro, en las horas de vestirse y desvestirse... El sabía, por oírlos en la escuela y la calle, los nombres más soeces de las partes ocultas de sus cuerpos. De esas que los confesores llaman "las vergüenzas... Pero se horrorizaba, se golpeaba a

sí mismo hasta hacerse daño, si se le venían esas palabrotas a la memoria cuando miraba de reojo desnudarse a su hermana... ¡No, no y no! Era como si estuviera cometiendo un crimen. Pero no podía evitarlo, no podía...

Los chicos del Colegio, que conocían a su hermana —ella asistía al Colegio de las Marianitas— le hacían señales obscenas y le gritaban la provocación terrible:

—¡Cuñadito!

Con el más insistente, Jonás Vivanco, de Catacocha, no pudo más esa mañana y, ciego de cólera, le soltó:

—A la gran puta de tu madre!

El pleito fue inevitable. Rodeados de un grupo de azuzadores, se fueron a la orilla del río. Se sacaron los sacos y, como en riñas de gallos, se atacaron:

—¡Sin patadas, maricón!

—¡No tengas miedo, pendejo!

—¡Te voacer mascar chocolate!

—¡Te voaenseñar quién es tu padre!

Fernando estaba ciego de rabia. Era más débil, más delicado que el fortachón Vivanco, el matón de la clase. Con puño cerrado, lo golpeaba sin misericordia, hasta que lo hizo caer brutalmente contra el suelo.

—Lo mataste, animal.

—Ya basta, bestia.

Fernando, penosamente, se levantó del suelo, sangrante, adolorido. Vivanco, triunfante, mascullando malas palabras, esperaba.

De pronto, con agilidad gatuna, Fernando se abalanzó contra su enemigo, más alto que él y le hincó las uñas en la cara, con arañazo asesino, desde los ojos para abajo. Los gritos arreciaban:

—¡Marica!

—¡Marica!

Una tarde, al llegar a su casa de improviso, con ese paso suyo ingrávido, "de vuelo de ángel", como le dijera una vez Julio Emilio, sorprendió la verdad íntima de las relaciones de su hermana y Julio Emilio. Dolor, rabia, impulsos asesinos o suicidas... Suavecito, como ratero a punto de ser sorprendido, a pesar de que su presencia im-
portuna fue advertida por los dos amantes, huyó furtivo, avergonzado, como si él fuera el culpable. Huyó corriendo, sin mirar a nadie en las calles, hasta el bosquecito de alisos, junto al río. Se sentía criminal, alcahuete, entregador de su hermana, hijueputemierda, maricón desgraciado. Y lloraba convulsivamente, tendido de cabeza sobre

la orilla del pequeño río, mojando la cara en el agua para lavar las huellas de las lágrimas...

Después... ¿qué hacer? Alcahuete, alcahuete. Fue poco a poco aceptando la situación bochornosa, volvió a hablar con Angélica, con Julio Emilio... Cierta reticencia pudorosa al principio para aceptarle dinero para libros, para golosinas... Luego, derrotado el escrúpulo, qué carajo, acabó por pedirle dinero... Alcahuete. Alcahuete.

Las páginas del manuscrito encontrado —desde la página setenta y dos en adelante— relataban lo de aquella noche en que —puros recuerdos— muy pequeño aún, presencié los abrazos líbricos de su madre con el hombre que decían era su padre. Estaban borradas, casi ilegibles; por las lágrimas.

Nada le quedaba, nada. Eso, la madre, eso, la hermana, eso la vida. Pura putería. Ese jadear acesante del macho sobre la hembra, era el amor. Para llegar a eso, los claros de luna, los cisnes sobre el lago, las serenatas en la noche con pasillos suicidas, las ojeras de las vírgenes, las tabletas de nembuta, las noches de insomnio, la música de Chopin, "pues bien, yo necesito", las rosas blancas, los pañuelos bordados, Julieta y Romeo, todos los diminutivos, los besos desde lejos, los besos desde cerca, todo Becquer, incluyendo "volverán las oscuras golondrinas", los polvos de la madre Celestina, la petición de mano, el velo blanco, toda la gama de suspiros. Y, hasta Pablo Neruda:

"Puedo escribir los versos más tristes esta noche"...

Y todos los poetas... Para llegar a eso la sonrisa de la colegiala ruborosa, los anillos de esponsales, las amenazas de suicidio, todo el poema de Tristán e Isolda, esa maldita música de Mendelssohn, la busca en el prado del trébol de cuatro hojas, la pregunta dulcemente imbécil a los pétalos de las margaritas: "¿me quiere, no me quiere?" "Sí... no... sí... no... y sabías que te adoraba ya", las palizas que hay que aguantarles a los maridos celosos, todas las tratagemas de El Decamerón, hasta los curas!... Para eso, para el goce asqueroso del macho y de la hembra, toda la literatura, la sacra y la profana; toda la música, la sacra y la profana... Y todas las malditas explicaciones de Freud...

Su madre no llevó nunca, antes de engendrar hijos, vestido blanco, velo, blanco, corona de azahares. Su hermana, tampoco... ¿Peñaras? ¿Putas? No. Ellas y las otras. Mujeres pobres, mujeres ricas.

Mujeres. Razón, muchísima razón tenía San Pablo... Qué gran tipo ese San Pablo...

La Petita, la criadita rolliza(en las páginas noventa y cuatro del manuscrito de Fernando y siguientes) y coquetona, ya no le atraía. Las noches, cuando estaba oscuro y la mandaban a traer agua, le rogaba que la acompañara al río porque le daba miedo. No sea malo, niño Fernando, me da miedo. Toda entre sonrisas y rubores... Fernando se negaba, pretextando cualquier cosa absurda: lección que aprender, amigo que esperar, un poco de resfrío, hija, un poco de resfrío...

En cambio, se hizo más cálido para la amistad con los muchachos. El hermapito Camilo, Alfredo Valladares, el muchacho rico y noble que lo había defendido cuando todos lo acusaron de ladrón... Era fuerte, autoritario, con el pecho y los brazos rudamente velludos. Pero deslumbrador. Capaz de todas las cosas fuertes y bellas... Y tan dulce de ojos. Cómo lo escuchaba, cómo seguía sus fantasías y sus cuentos, con éxtasis de gigantón buenísimo:

—¿Por qué será, Fernando? Oírte hablar me encanta, me emboba como voz de guitarra punteada. Me suena como el canto de mi mamá para hacerme dormir... Las mismas cosas que dicen los otros, me gustan más cuando las dices tú... ¿Por qué será?

Y le tomaba las manos, y le rodeaba el cuello:

—Sigue, sigue, Fernando...

—Verás, dizque había...

Y le contaba las historias que leía; le recitaba los versos que sabía.

Las hazañas bárbaras y generosas de Robin Hood. El cuento triste de Genoveva de Brabante. Las aventuras de los piratas, de los grandes ladrones, de los detectives famosos.

—Sigue, sigue, Fernando...

Y era así como se sentía él, tan débil y tan pobre, tan desgraciado en su casa, una especie de héroe de leyenda, para este muchachote hermoso y esforzado, al que todos adulaban y temían.

Por eso, cuando Alfredo se fue a Quito para continuar sus estudios, como lo hacían todos los muchachos ricos, creyó que moriría. Mucho tiempo no quiso hablar con nadie. Andaba por allí, por los rincones, mordiéndose las lágrimas... Hasta que, por fin, ese amigo de Julio Emilio, ese doctor Juan Antonio Molina, que se había graduado de médico en Quito, anunció su llegada a Loja, sin saber acaso que su madre estaba agonizando...

Y llegó el amigo lejano, cuando la madre ya había muerto. En él

fundó Fernando sus esperanzas. Porque Juan Antonio, hombre inteligente y bueno, no pudo resistir su dolor y resolvió regresar rápidamente a Quito. Y le abrió todas las puertas, al invitarlo para que lo acompañe a la capital de la República.

36

LA PUERTA ESTRECHA (Continuación)

Fernando vino a Quito. (Desde la página ciento nueve del cuaderno). Se sintió deslumbrado y desilusionado a la vez. ¿Esto es eso? Pero de todos modos, aliviado, liberado. Acá respiraba aire, aire, aire. Le parecía un sueño el haber escapado de ese cerco de pobre amor que lo asfixiaba. Pobre amor con alcohol y con miseria... Y esas cosas que destruyeron las palabras más puras, que empañaron la pureza de la Caperucita Roja y el Hada Madrina, que profanaron el aire del Ave María y lo hicieron dudar de la virtud de la muchachita esa colegiala de los ojos tan grandes...

Vamos a ver... primero, claro, conversar. Lo poco que sabía casi resultaba excesivo. Bueno: de la revolución, de la justicia. Con Fabián Martínez, con Eloy Vergara... Hacer algo, oigan ustedes, rebelarse, conspirar... Bueno ¿y?

Pero su liberación, su desquite —¿su venganza?— necesitaba otros caminos. La vida le debía —¿no lo tenían todos?— ternura, afecto, comprensión. Cosas para él, para solo él. No lo que les es debido a todos los hombres, que sabrían ellos ganárselo por la fuerza un día. Quería lo suyo, qué diablos, lo suyo, exclusivamente suyo...

Bueno, acaso el amor, el grande amor: madre, familia, hijos, ya no, ya no. Le quedaba el otro, el amor que se le arranca a la vida a puras dentelladas, de perro, de chacal, de tigre... ¿Moral, inmoral? Y eso ¿qué es? Cuando le llegó el momento de gritar: "*Padre mío, ¿por qué me has abandonado?*", no tuvo ángeles que le alienten con su "rumor de alas", ni tuvo como pensar, ¿cómo? en un "*padre nuestro que estás en los cielos*"... Su padre, el hombre que decían era su padre, era don Agustín Moreira, el borracho amante de su madre... Entonces, ¿qué? Y dale con el amor. Pero sí el amor para él había sido una cosa sucia y triste. Cópulas y ayuntamientos clandestinos, vaharadas de aguardiente, palabrotas de burdel que se quiebran en diminutivos nauseabundos... Vientres abultados, partos con gemidos rítmicos, niños sanguinolentos, mal olor. Las gentes que paren como perras... El triste amor que hace hijos pobres, desnudados, panzones...

Hoy se le estaba ofreciendo otra cosa... Este Enrique Santa Cruz, los amigos... Ternura suavcita, cargada de aromas, de espíritu. Dinero para trajes y coches. Libreta de cheques. Placeres con secretos... Todo eso, para él:

—¡Hijo de puta!

(Esta vez, en el río Zamora, se reflejó su cuerpo en un remanso. Se llevó las manos al sexo. Era hermoso su cuerpo. Sus muslos eran redondos y finos... Alfredo Valladares le había dicho que era hermoso... Pero en Loja no. Palabrita que no...)

Ahora, aquí. Le hablaron de sus ojos. De esos ojos grandes, ojos de agua...

Como los ojos de Nuestro Señor le había dicho una vez la Petita, la criadita con la que no...

Además, no. No es verdad que "eso" haga imposible lo otro en el sentido físico. Enrique Santa Cruz, ¡él mismo! le había aconsejado que tuviera novia, para acallar las imbéciles habladurías... Desde aquella vez —¿se acuerdan?— en que fué llamado marica, tuvo amores ostentosos con Mangot Ortiz Guerrero, la muchacha mixtificada, ingenuamente viciosa que le presentaron sus amigos. Viciosilla, pero no... Con todo, no sé, las demás muchachas lo evitaban un poco, le huían casi, a pesar de que cada vez eran más bellos sus grandes ojos de agua...

Santa Cruz repetía:

"La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres."

No. El no venía solamente de los libros. Venía de la miseria, de

la podredumbre, de la muerte de las palabras dulces, del mal olor de las palabras altas.

Y ahora, ¿dónde estaba? ¿Esto era todo, todo? Había llegado a lo más alto, a los amores malditos, al "amor hermoso". Y, ¿por qué no? a cierta manera de ternura... Pero, ¿eso era todo? Junto a sí, junto al vicio perverso e inofensivo que practicaba —ahora sí— vio el vicio malo —y normal— de fornicadores de doncellas, de ladrones encumbrados, de prostitutas respetables... Gentes que, saliendo de alcobas de adulterio, iban directamente a comulgar, con la vista baja y las manos unidas. Jóvenes de virtud intachable, misacantanos y tragahostias, que violaban muchachitas pobres, sin más patrimonio que su virginidad... Chicos abandonados en las puertas de las iglesias, para evitar una mancha en la reputación inmaculada de señoritas aristocráticas... Y las grandes empresas de asesinato de niños recién engendrados, mediante el abortosalvahonras... Maricón. Sí, lo era, pero a nadie hacía daño con ello... Era cosa elegante en cambio el contagiarse la sífilis los unos a los otros...

Por allí andaba, de consultorio en consultorio, con reacciones Wassermann siempre positivas, el pretencioso de Tonny que por salvarse de Corydon, sedujo y violó a Mónica Salcedo, la chica confesadora y devota, más virgen que Juana de Arco —más virgen que una estatua de Juana de Arco, según Lazcano Tegui—. ¿Pobre Tonny? Bienecho, por hipócrita y maldito...

Curas, obispos, santos... El Nombre, el dulce nombre de Jesús mezclado en todo eso... ¡Ay Jesús! ¡Ay Jesús! en los peores momentos de la mentira, del robo, de la maldad, de la lujuria... ¡Ay Jesús! La muchacha que con todas las bendiciones, velo blanco, azahares, Mendelssohn, se deja violar en lecho perfumado de alhucemas por ese ricacho brutal, tosco y católico, mientras ella, con los ojos cerrados, en el minuto doloroso y sangrante del desdoncellamiento conyugal, se entrega al muchacho ese que le da serenatas y le publica versos en periódicos universitarios...

Era muy poca la cantidad de Dios que le quedaba. (Página ciento veintitrés del cuaderno de Fernando). Le quedaba, eso sí, un poquito de "su Jesús", derrotado, perdido. El Sermón de la Montaña?... ¡Bah!... Jesús, el de los años lejanos de Loja —el de la capilla, la campana y el río— no estuvo junto a él para ayudarlo. El no violaba Su ley, él no hacía mal a las gentes. El no atormentaba animales de Dios ni tiraba nunca la primera piedra... Claro que no era bueno. Era egoísta, gozador, impuro... Pero Jesús convertía las cántaras de

agua en cántaras de vino, para que muchachos y muchachas danzaran y se amaran en Caná... Y para que el lecho de las nupcias fuera propicio a las batallas de amor de los recién casados, para el enamorado y cálido engendramiento del hijo...

¿Por qué Jesús no le tendió la mano? ¿Por qué permitió que aprovechando su nombre y su doctrina, los llamados cristianos de hoy, lo hicieran víctima de la injusticia, la hipocresía, el vicio, la mentira?... ¡Ah! Es que Jesús, resistiéndose a las tentaciones del Diablo, no quiso abusar del milagro para sostener la fe...

Enrique Santa Cruz fue la transubstanciación diabólica. Angel alucinado y fatal, él le había ofrecido lo que no le diera la madre; la casa, la ignorada pureza, que no es regalo de los pobres. El no había podido ser puro, porque estuvo siempre cercado de impureza... No supo de las grullas, del Padre Noël, del Niño Dios... El supo siempre cómo se engendraban los hijos de los hombres. Como los perros. ¡Como los perros! Lejos de las alegrías pequeñas, de los pequeños dolores. La fruta que nos dan, el coscorrón aplicado "por nuestro bien". Fue siempre el pecado. Vergüenza para la madre, estorbo para todos. Fue siempre un "contrabando", lo clandestino, lo fuera de la ley.

¿Y ahora?

Enrique Santa Cruz, de pronto, se había sentido viejo. (Páginas ciento cincuenta y siete del manuscrito de Fernando). Esa mañana, frente al espejo de tres lunas de su cuarto de baño, comprendió... Canas, arrugas, flacidez. Y ese dolor de las articulaciones, anuncio de la presencia de la artritis. Ni la cortisona ya. ¿Y la novocaína? después veremos... Quizás un viaje a Europa... Ahora, la serenidad. La noble cabeza encanecida, la chimenea encendida, música, libros... Diálogo, anécdotas pintorescas, recuerdos... Restablecer en plenitud la categoría social, las consideraciones, la importancia... Con esa hermosa cabeza encanecida, hasta se lo veía noble y puro... Y los millones de la esposa devota... "Todo verdor perecerá" dice El Libro.

"La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres."

Fernando lo venía observando desde hacía algunos meses. Cada vez más afectuoso y cortez Enrique Santa Cruz para con él. Regalos de libros de autores amados por Fernando: Lawrence, Kafka, Proust, Gide y los poetas, Eluard, García Lorca, Neruda, Radiguet... Discos de su música preferida...

Y una tarde, por fin:

—Oye, Fernando, ¿no te gustaría hacer un viaje por Europa?... Tú no has estado allá todavía...

—Claro, Enrique, será un sueño... Iremos...

—No, muchacho, conmigo no. Yo ya estoy viejo. Pienso ir, naturalmente, más tarde, a hospitalizarme, para un tratamiento a estas molestias artríticas... Lo que te propongo es un viaje de placer, de alegría, de cultura... Museos, teatros, playas, aventuras...

Fernando, tembloroso, abatido, escuchaba. Como un cuento. Como el final de un cuento... Era un despido piadoso, una propina por servicios que ya no se juzgan útiles...

Enrique, acaso sin pensarlo, agravó la crueldad:

—Muchachito —así le decía en sus horas de intimidad—, muchachito, ¿por qué no un viaje de luna de miel? A Margot le encantaría, tan fina, tan exquisita... Además, ¿verdad? ustedes ya se conocen íntimamente, se gustan... Ahí tienes, muchachito, un gran plan... habla con ella...

Fernando intentó un balbuceo, una súplica, ¿una protesta? que reventó en sollozos...

—Enrique...

...Y aquí termina, temblorosa, vacilante, la escritura del cuaderno...

El golpe fue terrible para Julio Emilio Ortega. Sus vicios provincianos: tabaco negro, aguardiente barato, cópulas conyugales antes de dormirse, no le habían permitido sospechar la sucia y perfumada infamia de los vicios refinados... Haciendo un sobrehumano esfuerzo de lucidez mental —él, el muchacho más inteligente de su grupo adolescente— vio en el fondo de la tragedia de su cuñado suicida, el muchachito triste, bello como un arcángel, de grandes ojos de agua...

Y se acordó. Se acordó de aquella vez en que... y de aquella otra también... Y comprendió... En los ojos de la hermana, en las horas supremas del espasmo, veía otros ojos... grandes ojos de agua, por allí...

Liquidó en pocos días lo relativo a los bienes —los efectos personales— de Fernando. Retuvo cosas buenas y puras, música, algunos libros, para llevar a Loja, para la madre y la hermana. Juan Antonio Molina adquirió, aún sin necesidad, muchas cosas, para evitar que ojos extraños gozaran con la intimidad "refinada" del querido muchacho. Eloy Vergara separó libros...

Su apoderado, en actitud respetuosa, pidió permiso a Julio Emilio para ofrecer a la madre lejana de Fernando, una pequeña ofrenda... Julio Emilio, cortésmente, sin alardes, la rechazó...

Y sin atender las súplicas de Juan Antonio, de Catalina, de Eloy, tomó el avión de retorno, sin el abatimiento cruel de la llegada, casi alegre, como robustecido y libre, hacia la escondida provincia...

No ha vuelto a emborracharse —le cuenta en sus cartas don Abiatar a Eloy—. Siembra maíz y papas en una finca arrendada. En el patio riega los geranios. Se baña en el río. Sale al campo los sábados con Angélica y los niños. Y en la noche les cuenta cosas de la vida, sin hadas, sin caperucitas, sin gato-con-botas ni bellasdurmientesdelbosque...

—No le crean a la mamita eso de que Jesús va a volver si son buenitos... Jesús ya se quedó tranquilo en el cielo para siempre... Que hay que ser buenitos... para eso... para ser buenitos...

Angélica, ancha, sonrosada y feliz, le dice:

—Cállate hereje, condenado...

Y le pasa la mano por el pelo...

37

Después de haber cenado en caliente clima familiar en casa de Catalina y Juan Antonio, Lucía, su joven marido Eloy Vergara, Carlos Nájera, Guillermo Donoso y Fabián Martínez, conversan. Y recuerdan...

La ráfaga de dolor que se abatió hace días sobre todos, con la muerte del querido muchacho Fernando Moreira, víctima de la crueldad que lo aprisionara desde niño, siembra a ratos silencios, insinúa reservas, hace que ciertas palabras caminen de puntillas, como temiendo asesinar un sueño.

Juan Antonio, calentando con la mano una copa de coñac, confiesa:

—Nuestra generación ha sido cogida por las tenazas de las dos guerras mundiales. Cosa bárbara. Cierto que desde lejos... desde lejos para nuestra pobre capacidad de comprender sobre todo. En el pueblo, en Loja, la primera... yo era un muchachito. Cuando llegaban los periódicos de Guayaquil, mi mamá leía en voz alta:

—Ayer, en Verdún, durante un feroz asalto de los alemanes, han muerto de una y otra parte —más de los asaltantes que de los defensores— cuarenta y siete mil personas... Virgen Santísima, qué horror... y luego:

—Cristina, Cristinaaá... ¿ya diste de comer a las gallinas? Están cacareando de hambre, muchacha... Y tócales para ver las que tienen huevo...

Y yo:

—¿Cómo cuántos, mamacita, son cuarenta y siete mil muertos? ¿Son muchos? ¿Peor que en las guerras de Alfaro?

—Sí, mijito. Es como si mataran en un día al triple de todita la población de Loja, desde Pucará hasta el Valle, del Zamora al Malacatos... El triple, mijito, más del triple...

Yo hacía esfuerzos por comprender, y no podía. Y peor no podía afilar la punta del trompo que necesitaba para jugar a los "quiños"... Tres veces la ciudad de Loja, con toditas las gentes, con el Minga y el Pacho, con mi mamá, mis hermanos, el loco "nabonejo", la Miche y el negro de la tienda... ¿Todittos muertos? ¿El señor Obispo? ¿Yo también? ¿Ella también?...

Me iba a buscar a Julio Emilio:

—Oye, pendejo, ¿sabes cuántos han muerto el viernes por la noche en la guerra? Cuarenta y siete mil...

—¡Qué brutos!

—¿A quién vas? Tú siempre medio de parte de los bestias de los alemanes...

—¿Yo? Bien sabes que soy más francés que tú... sólo por joder... El que está por los alemanes es ese animal de "Palanqueta" y todita su jorga de pendejos... Y no quieren apostar los burros...

Hasta que esa tarde... Toditas las campanas, toditas, repicaban... Corrimos donde Jacinto, el hijo del sacristán de la Catedral. ¿Por qué están repicando las campanas, toditas las campanas?... Se acabó la guerra, se acabó la guerra.

—¿Y quién la ganó?

—Los franceses, carajo, los franceses...

¡La Paz! ¡La Paz!... Yo no sabía el color de la paz, el olor de la paz, el sabor de la paz... Pensé en Ella, diosito, antes que en mi mamacita, en Ella... Con sonar de campanas de todas las torres de mi pueblo, fui corriendo donde Ella...

Fabián Martínez, de tanto estar solo, había aprendido a oírse. Hablaba para adentro. Su voz grave y como conversada iba dirigida a todos, a nadie. Es que esa noche, no había en ninguno ganas ni intención de diálogo. Era como ¿se acuerdan? cuando de muchachos, alguien propone: contemos cuentos... Y alguien comienza: "Dizque había una vez un rey que tenía tres hijas..." Fabián dijo:

—...sí, cierto es eso... las dos guerras mundiales. Y entre ellas,

la Revolución Rusa, el fascismo, el nazismo y esa caricatura de los dos: el falangismo español... Una vida, una sola vida de las nuestras, vale por cien generaciones anteriores... ¡Qué cosas!... Nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad no estaban preparadas para comprender, ni acaso para sentir, lo que le está sucediendo al mundo, a los hombres, a las ideas, a nosotros...

No ha sido posible lavar, raspar de nuestra mente y nuestro corazón lo que se ha ido acumulando en siglos, marcando con estigmas, y hasta corriendo por nuestra sangre...

(Leíamos juntos el periódico mi padre y yo. Leía casi siempre yo, porque el viejo estaba un poco débil de la vista. Más o menos:

"1917.—Noviembre 18, París.—Nuevo y más furioso asalto de los Alemanes a nuestras trincheras de Chemin-des-Dames. Les matamos tres mil setecientos. Nuestras bajas no llegaron a dos mil..."

Y mi padre:

—¿No ha mandado alguito la pobre Lucúta? No tenemos nada para almorzar... Don Alfredo ya no me quiso fiar ayer... le debemos como quince sucres... Hagamos la prueba con la grandísima de doña Josefina... ¿Cuánto le debemos a doña Josefina, ¿'cholito?

—Ocho sucres, papá... cuando le dejé la paila...

—Anda, entonces, hijito... la prenda alcanza para alguito más... Una media librita de carne y dos libritas de papas...

Mientras papá pelaba las papas con sus manos temblorosas y amarillas de nicotina, me pedía que siga leyendo las noticias. Y yo, monótonamente:

"San Petersburgo, 10.—Los revolucionarios, que se llaman bolcheviques, se han apoderado del palacio, de los ferrocarriles, de los bancos... El jefe es un antiguo agitador llamado Lenin..."

—Oye, Fabiancito... ¿qué diablos será eso de los bolcheviques? ¿Será peor que esta porquería en que vivimos y que llaman democracia, civilización occidental, no sé qué vainas? ¿Peor que esto? No, hijito, peor que esto, nada, nada... Sí, es verdad, yo soy un borracho, un hombre abandonado al vicio... Pero, hijito, tú sabes por qué...

—Papá...

—Oyeme bien, carajo; pregunta, lee... Eso que están haciendo por allá los rusos esos, los bolcheviques o no sé qué vaina, me parece de cuidado... ¿Me oyes? ¡De cuidado!... Yo ya no, carajo, yo ya no... He de morir en mi ley... Liberal radical, maldita sea... Liberal radical hasta la muerte... ¡Libre para morirme de borracho! ¡Libre para morirme de hambre!... Mi hijita... mi Lucía... ¡libre pa-

ra volverse puta! Libres, eso sí, carajo, bien libres... Y tú...

—Papá...

—Sí, muchachito, sí. ¿No tienes un sucre? Claro que no, pobre-cito... Pero, por Dios, me muerdo si no tomo un trago, un traguito, uno solo... Fabián, Fabiancito... ¿dónde te has metido?

Y Fabián recordaba: fui corriendo con mi trajecito nuevo, regalo de mi pobre hermanita, donde la vieja grandísima de Doña Regina Suasnavas, dueña de la sórdida contaduría "El Consuelo de los Pobres", la sucia casa de empeños de la esquina de arriba...

Y por fin, una botella de puro... Qué gritos de alegría los del pobre papá. Pero de pronto, con la botella ya en la mano, se le desencadenó un llanto convulsivo, mortal...

—Papá...

Con lagrimotas grandes, grandotas que, al pretender enjugarlas con la mano, le mojaban toda la cara agrietada, como madera azotada por la lluvia...

—Papá...

Le preparó amorosamente un canelazo, con agua hirviente, azúcar, rodajas de limón...

—Salud, cholito... Oye, Fabiancito, no has visto últimamente a tu hermana, a la Lucíita?... Dame otro canelacito, ¿quieres?

Y al mismo tiempo que preparaba la bebida:

—Sí, papá. Todos los días la veo. Te manda saludos y cuando puede, un poquito de plata...

—Ya ves, ya ves... ¡Soy un miserable, un indigno, un canalla!... Tú y yo, carajo, cholito, somos unos cabrones, mantenidos por la puertería de mi hija, de tu hermana... ¡Soy un mierda!... Perdóname, cholito, pero dame otro traguito... ¿quieres? Y oye, carajo: no creas nada de lo que te digan... Tu mamá era una santa, y yo no debo nombrarla con esta boca sucia de cabrón, de mantenido de su hija... Soy un miserable, un borracho...

Atrapaba la botella —olvidando el canelazo ya frío— y trasegaba golosamente, haciendo sonar el paso del líquido por la garganta, a grandes tragos babeantes... Hasta que se la cayó de las manos y la botella ya casi vacía y él rodaron por el suelo. Fabián no tenía fuerzas bastantes para levantarlo, hasta la cama o el sofá... Lo acomodó entre almohadas, en el suelo, sobre la pobre alfombra deshilachada del cuarto para todo...

La hora de la escuela. De puntillas, despacito... el papá quedó allí roncando...).

Eloy Vergara había nacido entre las dos guerras mundiales. Representaba otra generación... Y dijo:

—Las nuevas palabras: bolchevismo, nazismo, fascismo, falangismo, no fueron nuevas para las gentes de mi generación. Nosotros nacimos antes que esas palabras. No nos sorprendieron, no nos fueron extrañas, como para ustedes... Las aprendimos junto con el alfabeto, las cuatro operaciones, la doctrina cristiana...

—Decídme, hijo, ¿hay Dios?

—Sí, Padre, Dios hay.

No había tal "padre", en el asunto. Era mi tía Domitila la que me enseñaba. Pero el Catecismo de Ripalda decía así, y ella, la pobre tía, no se creía autorizada a modificar nada... Todo lo de la "doctrina" era sagrado...

En el Colegio, en cambio, el sabio Profesor explicaba:

—De la primera Guerra Mundial, el hombre recibió, junto con el dolor y la muerte, una gran luz: la de que hay que luchar por la paz y la justicia. Aprendió después de la tragedia, que todo era obra de los traficantes, de los mercaderes de la guerra... Paz, paz a los hombres de buena voluntad, como dice el Evangelio. Y la paz sólo es posible sin explotación, sin hambre, sin miseria...

Y nos contaba cómo los hombres más nobles y más puros del mundo: Romain Roland, Chaplin, Henri Barbusse, Zweig, Sherwood Anderson, Picasso, Madame Curie, Bertrand Russell, Einstein... Y en nuestras tierras Gabriela Mistral, defendían la paz, "la palabra maldita", y la justicia, palabra más maldita aún en la "civilización occidental y cristiana"... El final, que va perfilándose ya, repetía el viejo maestro, es claro, alegre, lleno de esperanza. Ustedes, muchachos, llevan en las manos puñados de estrellas. Como puñados de trigo lleva en sus manos el sembrador. Riéguelas por todas partes... Ya me miraba las manos y... en verdad, estaban llenas de estrellas, estrellas...

Y Eloy Vergara, con esa voz de suaves timbres y ese cadencioso y puro hablar lojano, cambiando miradas con Lucía, sintiendo que hacia sí llegaban de todas partes efluvios de adhesión y simpatía para su límpida juventud ilusionada, continuó:

—Cuba nos está enseñando el camino de la justicia, de la paz, del amor. El sembrador se acerca. Yo le veo las manos, las anchas manos que derraman estrellas. Estamos ya muy cerca de la Cortina de Luz...

Y contaba el cuento de sus compañeros entusiastas y puros, no contaminados de interés sórdido ni de fanatismo sombrío al servicio

de todo lo anticristiano: la explotación, la riqueza desmedida, las discriminaciones sociales...

Todos sabíamos que Lucía y él, estaban esperando un niño.

Carlos Nájera, casi de la misma edad que Juan Antonio Molina, venía de más lejos que él. Su adolescencia no había recibido las llamadas que Juan Antonio, el provinciano, el "chagra", había recibido en la ciudad lejana, en el pueblo recoleto, ávido de noticias, donde el libro que se lee, se incorpora a la historia profunda de cada vida. Porque se lo lee más cerca de la naturaleza, en medio de un silencio que permite más directo y profundo, el diálogo con voces interiores...

Carlos Nájera tenía fina la sensibilidad y segura la inteligencia. Y vocación tranquila por las cosas justas y nobles, así, porque sí... No había en él madera para el héroe ni el agitador... Estaba hecho de esa materia rara e inencontrable de que se hacen los amigos... Con él se puede contar siempre, cuando es amigo, en el triunfo o la derrota. Más en la derrota que en el triunfo. Carlitos Nájera.

Su mamá. Su hermana Catalina. Apellidos que lo emparentan a toda la aristocracia criolla. Que lo ligan directamente con el Himno Nacional:

*"Los primeros, los hijos del suelo,
que el soberbio Pichíncha decora"...*

En las líneas de su mano, la gitana del circo vio una prima... La muchachita bella, maleducada y rubia, hija de Don Baltazar Chiriboga y Flor de las Banderas. Hija única, mucha plata, un gran partido. Su mamá, su pobre mamá, tan buena ella, tenía la gran ilusión de casar a su Carlitos, el muchacho más aristocrático de la capital, con Gladys, la hija de su rico y lejano primo Baltazar...

Carlitos, mientras tanto, este Carlitos, se había enamorado locamente de Paquita González, hija de la señora Marianita González, la del cafetín y venta de pastas de "a la vuelta de la esquina"...

Preciosa la *guambrita*. Esos ojazos negros, esa carita, esa... y esa manerita tan dulce de decir:

—¿Cómo ha estado, señor Carlitos?

Esa tarde; a la salida del Colegio, él la seguía a media cuadra de distancia, y ella cada diez pasos lo regresaba a ver... Se detuvo en la puerta del cafetín y sonreída, sin mirarlo, le dijo:

—¿No quiere saludar a los pobres, señor Carlitos?

El, rojo como una amapola, dando traspiés y tropezones:

—Buenas tardes, Paquita, ¿cómo está?

—Bien no más, señor Carlitos! ¿Por qué no entra a descansar un ratito? Vea, no sea malito, ayúdeme a hacer el deber de aritmética que tengo que llevarle a la maestra mañana a primera hora...

—Quisiera saludar a su mamá...

—Si estoy solita. Se ha ido a hacer unas cobranzas... prontito ha de venir. Ha dejado a las dos muchachas *dependientes*... Como a esta hora casi no hay clientela...

—Bueno, Paquita, si es así, con mucho gusto... aunque yo para la aritmética...

—No se haga... ya bachiller y tan buen alumno que ha sido...

Con la audacia propia de las chicas inocentes, lo tomó de la mano y lo llevó al jardincillo que hay detrás de la trastienda. Allí, en el pasillo hacia las habitaciones, está la-mesa-de-hacer-los-deberes de Paquita...

—Aquí, señor Carlitos, voy a traer otra silla para mí...

Feliz, envalentonado, Carlitos puso condiciones:

—Si me sigue diciendo "señor" no hay trato... Carlos y, si no fuera mucho pedir, Carlitos...

—Ya estuvo se... Ya estuvo, Carlitos... Faltaba más...

Fue el idilio más puro, sol brillante, río, campo, dulzura, paz... Para pensarla, para estar con ella, ya ni Becquer ayudaba nada... Y eso que Becquer... Con ella, para ella, con la voz de ella, leyó todos los poemas, los cuentos de Anderson e hizo, con una dulzura infinita, como si fueran vuelos de mariposas o besos volados en el aire, los problemas de aritmética... Qué cosa más linda que una regla de tres, y los quebrados comunes y esa cosa divina, rítmica, adorable, de preguntarse el uno al otro la tabla de multiplicar... tres por cuatro doce, nueve por nueve ochenta y uno... Qué cosa más maravillosa...

Entre deber y deber —unos de aritmética, otros de gramática o de lugar natal— como quien hace una picardía, como quien se roba algo, se contaban cuentos... Cuentos, sí señor, cuentos: Alí Babá y los Cuarenta Ladrones... Y ella, una vez, con lágrimas en los ojos, le contó la leyenda del bandido angelical de los bosques ingleses, Robin Hood... Y él —audacia sin límites— le contó la dulce historia de Romeo y Julieta...

Pero las cosas no pudieron ser como en los libros...

La amiga íntima de ella, una tarde le dice: :

—Paquita, el joven ese que te viene a ver, el señor Nájera, se

casa con una prima millonaria. Se han comprometido ayer...

Y la mamá:

—Hijita, la amistad con ese joven te compromete. No es de nuestra clase. Con las muchachas como tú, no se casan los jóvenes como él...

El cuento de la Cenicienta es mentira...

Carlitos Nájera sigue solo, enriquecido con la herencia que le dejó Paquita González: ese saber de qué lado están las cosas justas; no para la aventura quiijotesca y heroica. Sino *para estar allí*. De parte de los pájaros y contra el cazador. Del lado de los niños que juegan y contra de las niñeras que se entienden con los policías. De parte de los enamorados que se besan en los parques. Y de los que graban dos corazones atravezados por una flecha en los troncos de los árboles. En el cine, de parte de los pobres ladrones perseguidos en el oeste norteamericano por los malvados policías. Con los republicanos españoles traicionados por los generales sanguinarios. De parte de los negritos de África, que se dejan matar por la libertad de sus patrias. Indignado por el asesinato de Patricio Lumumba. Y por las majaderías de los artistas de Hollywood y sus divorcios. De parte de la Revolución Cubana. Contra la insolencia desafiante de Aristóteles Sócrates Onasis, Porfirio Rubirosa, Nelson Rockefeller. Listo para reír casi con lágrimas las películas de Chaplin. Y también las de Cantinflas, cuando no se vende a los mercaderes internacionales del cine. Dispuesto a gozar con ciertas historietas cómicas y a detestar las Seleccionaciones del *Reader Digest*. Enamorado de las novelas policiales de Agatha Christie, George Simenon, Nicholas Blake... Con los cieguitos mendigos de las esquinas y las puertas de los templos, aunque no sean cieguitos, y los pobres chicos —y las chicas— que hacen escuela de ratería y prostitución vendiendo loterías o cuidando automóviles sin que se lo pidan. Contra los boxeadores y luchalibristas y por las pobrecitas rameras. Y con los pobres, los pobres, los pobres...

(Catalina, en silencio, recuerda: piensa y siente como Juan Antonio. Ahora. Pero, ¿fue siempre así? Su mamá —como a Carlitos— tan bondadosa, le habló desde muy niña de sus apellidos, de sus pergaminos, de vagas historias de hidalguía y heroísmo de sus antepasados, primero en la corte de los reyes cornudos y luego en las luchas por la libertad...

En el Colegio, todas se lo decían: era bonita, dulce, prima de todas las muchachas ricas, prima de todos los muchachos ricos. Sólo que sus primas y primos, los muchachos y las muchachas ricas, tenían automóviles deportivos, villas en las zonas residenciales y "exclusivas", haciendas con muchas vacas en los valles cercanos. Vacas que daban ríos de leche para costear la vida lujosa y ociosa de sus primos y primas.

Mientras su mamá era un ejemplo de virtud sacrificada, los papás de sus primas y primos se iban a París. Se divorciaban como los artistas de cine. Protagonizaban orgías que daban que hablar a "todo Quito" durante semanas. La mamá de Paulette se había ido a París no con el papá de Paulette sino con el amigo íntimo del papá de Paulette... Las primas de Catalina, desde los once hasta los dieciséis años, tenían como enamorados a primos que estudiaban en el Colegio "Cardenal Spellman", en el "San Gabriel", en la "Academia Militar Ecuador". Las iban a buscar en sus automóviles a la hora de salida. Se juntaban y se iban...

Yolanda Pérez Izurieta era rica, pero buena. Hasta, ¿quieren creerlo?, un poquitín inteligente. Y le tenía admiración, cariño a Catalina. Un poquito locuela, eso sí... y coquetona. Armando Gómez Nájera, primo de Catalina y de Yolanda, era el galán de turno de Yolanda... Quien le pidió a su novio, que le consiga un enamorado para Catalina, a fin de poder salir juntos, con los permisos de los respectivos papás. Otro primo de los tres, Sergio Ramírez Chiriboga, fue el elegido.

—Es un poco bestia, pero buena persona, le previno Yolanda a Catalina. Salían juntos: Armando y Yolanda adelante, cuando manejaba Armando y Catalina y Sergio atrás. Cuando manejaba el volante Sergio, se invertían los papeles. Los dos chicos tenían automóviles de sus familias— pero ninguno de los dos tenía permiso de conducir. Ninguno tenía la edad exigida...

Yolanda sabía —¿Catalina no?— que para casarse, era la virginidad un factor importante. Sobre todo para las chicas pobres. La virginidad se cotizaba en la feria matrimonial, en razón inversa del dinero de la niña. A mayor pobreza, mayor virginidad... Las chicas defendían celosamente ese capital. Yolanda le consentía a Armandito muchas cosas, pero no le permitía que se propasara... ¿Eso? No. Besos agotadores, que ella devolvía con cierta cándida obscenidad...

Sergio, por no ser menos que su amigo, trataba de enamorar a Catalina. El pobre era tan cursi como una novela rosa, un gato en misa, un pasillo que termina en "tumba fría". El sinvergüenza, cre-

yéndola "leída y escribida", le tomaba las manos y le decía versitos... Y creía mejor su sistema que el usado por Armando, porque Armando, a más de los besitos... nada. Aunque él, sin los besitos siquiera, nada...

A Catalina, *chica aristocrática y linda, pero pobre, se le fue entrando, pasito, pasito, un real cariño por este muchacho respetuoso, bobalicón, no mal parecido, bien colocado socialmente... Y tan sincero...*

Hasta que un día Sofía Portugal, su buena amiga, le hizo saber la infame cosa: Sergio, el muchacho de apariencia tímida, el de los versitos recitados con temblorosa emoción, se reía entre amigos al anunciar que muy pronto Catalina Nájera, tan presumidilla de virtuosa e inteligente, caería en sus brazos... ¡El muy sinvergüenzal... Y que sus papás le estaban arreglando, entre confesores y obispos, su matrimonio con Josefina Peláez, feuchona y un poco mayor que él, pero heredera de unos milloncitos...

El resto fue silencio para Catalina... Y luego, esta cosecha de felicidad con Juan Antonio, su hijito, su mamá, su hermano, los amigos... Y saber todas las cosas, toditas las cosas...).

Quien había ganado su verdad y su paz, era Guillermo Donoso. Es que Guillermo Donoso había llegado a las mismísimas puertas del infierno... Tanto o más que el pobre muchachito muerto, Fernando Moreira, que se quemó como vela al contacto con la vida cruel y poderosa. Guillermo Donoso había ganado su verdad y su paz, pagando el altísimo precio de la vida de su mamá... Tenía todos los derechos, incluso el de ser justo y bueno... Había mandado alcarajo las conveniencias sociales, la consagración de la mentira nuestra de cada día, a la categoría de sacramento y deber casi sagrado. Había mandado alcarajo los prejuicios, las ridículas pretenciones nobiliarias. Había mandado alcarajo a don Fulanodetal, a don Menganodetal, a don Perenejodetal... Había ganado el derecho de ser justo, mandando previamente alcarajo su nombre, su apellido, su historia y su genealogía... Podía ser justo ahora, porque había aprendido a tocar el hueso profundo de las cosas, mandando alcarajo todo lo fofo, lo aparente. Mandando alcarajo la virginidad de las señoritas granputas. Alcarajo la virtud de las grandes damas adúlteras, el orondo orgullo de los potentados cornudos, de los comulgadores rateros, de los oidores de misa estafadores...

Guillermo Donoso tenía olfato y tacto para saber y descubrir. Y

ni el Ministro estafador, ni el jesuita maestro en testamentos de muertos ya bien muertos, ni el predicador de virtudes estuprador de niñas, lo engañaban. El había vivido con ellos, casi había sido uno de ellos. Les sabía las mañas y los trucos. El, como el poeta, sabía que la carne es triste, ¡ay!, y que había leído todos los libros... Los mitos y los ídolos habían sido derrocados ante su vista. Había adquirido la noble, la terrible potencia de mirar la verdad hasta adentro, hasta la cal de los huesos y los metales de la sangre. Por todo ello, creía firmemente en que nada valía en la vida y en la acción de los hombres, que no fuera la Revolución. Y a ella se había dedicado, ya que no como actor, por lo menos como inspirador y alentador.

Guillermo Donoso había tenido que buscar la compañía de Eloy Vengara y las gentes de su edad e inclinaciones, para reverdecer, para sanear su espíritu, para pagar la gran deuda contraída con su pueblo y con su gente. Todo su esfuerzo a ello estaba consagrado. Y los muchachos, en su fervor sin trabas, acudían a este hermano mayor que había roto sus cadenas y estaba listo para romper las cadenas de los otros.

(Lucía Martínez) también sin palabras, recordaba: No, quizás no. Cuando pequeña —¡ocho, diez años?— un señor de alguna edad, le quizo pagar un sucre para que le lleve un papel a su mamá...

Ella no quiso. Casi enferma de cólera. Todavía hoy le daba rabia al recordarlo... ¿Por qué? Entre sueños: cuando llegó a su casa y vio a su mamá bonita, joven, malvestida, se echó a llorar amargamente...

—Mi nena, mi nenita linda... ¿por qué lloras?...

Y ella, mordiéndose el delantalito remendado de la escuela, lloraba, lloraba...

Por aquel mismo tiempo, su mamá comenzó a salir frecuentemente a la calle, a vestirse mejor... Su papá... pobrecito... Comenzó a beber con amigotes, perdió el empleo... DENOCHÉ, denochísimo, llegaba cantando cosas tristes, que la despertaban. Cosas tristes, pasillos, cachulapis, con palabras del pobre amor hacia "la ingrata"... invocaciones a la muerte y al suicidio...

¿Qué sería, que no?... Nunca pudo olvidar —y le dolía muy adentro el recuerdo— el episodio tonto, maldita sea, del señor ese que le quizo pagar un sucre cuando niña para que le lleve una carta a su mamá.

Y el hermanito pequeño, Fabiancito, muchos años menor que

ella... siete años menor que ella, nacido en ese tiempo...

Pobrecito papá... Y mucho tiempo después, cuando fue a vivir más cerca de ella, cuando ella ya... Aquella noche... Un guiñapo sanguinolento, amasijo de lodo y sangre, maloliente a licores baratos, reventado... Un ataúd barato, de tercera... Y las constataciones policiales, el accidente banal de ese auto en la noche que no alcanzó a frenar ante el hombre borracho, tendido en el canto de la calle... Y su pobre hermanito, creciendo, mientras ella... Y todos los recuerdos de eso: la tarifa, el ajuste de precio, el oficio. Con la única satisfacción que le daban los centavos así ganados, para vestir al muchachito, para comprarle libros...).

Y ahora... toda la luz del mundo. El niño que vendría. Y el fervor de su Eloy por la batalla de la justicia, y esa bondad alegre del marido que sabía el buen lugar, el único buen lugar de las buenas gentes de este mundo...

¿Por qué? Pero es lo cierto que, en la paz de este remanso con amor, con amistad, con fervor y con niños, Juan Antonio Molina sentía una compañía inesperada... Ella... y su mamá también. Ella... ¿se había ido en verdad? ¿estaba allí? Ni el Poeta sabía:

“¿Cómo era, Dios mío, cómo era?

—¡Oh, corazón falaz, mente indecisa!—

¿Era como el pasaje de la brisa?

¿Como la huida de la Primavera?

.....
.....
¡No sé cómo eras, yo que sé que fuiste!”

¿Y el resto? No, el resto no era silencio... era vida. ¿Luchar? Quizás ya no. Por lo menos en la forma e intensidad soñados en su juventud. Era el otoño. Meditar, estudiar, platicar, escribir...

Sobre todo, no torcer el camino. Cuantas torceduras, derrotas, descaminaciones había presenciado. Pero amargas, estranguladoras, constrictoras. Tanto, que habían ahogado a sus víctimas. Por caminos distintos a los de Guillermo Donoso, había llegado acaso al mismo punto: la pérdida del miedo a la verdad.

INDICE

	Págs.
NO ES PROLOGO	5
PRIMER TIEMPO	
El último rincón del mundo	9
SEGUNDO TIEMPO	
Quito, Luz de América	151
TERCER TIEMPO	
La Puerta Estrecha	269

*Este libro se terminó de imprimir en
la Editorial de la Casa de la Cultura
Ecuatoriana, el día 23 de marzo de
1963, siendo Director de los Talleres
Gráficos, Edmundo Velasco Z.*

*Santa Juana, 1880
(la biblioteca original)*



EDICIONES DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- A la Costa*, por Luis A. Martínez.
En las Calles, por Jorge Icaza.
Las Cosechas, por Miguel Angel Corral.
Para Matar el Gusano, por José Rafael Bustamante.
Pacho Villamar, por Roberto Andrade.
Notas sobre el Moderno Pensamiento Español, por Pierre Jobit.
Al Margen de la Historia, por Cristóbal de Gangotena y Jijón.
Don Balón de Baba, por Alfredo Pareja Diezcanseco.
Viejos Cuentos, por Jorge Icaza.
Visión y Revisión de Bolívar, por J. L. Salcedo Bastardo.
Luto Eterno, por Pedro Jorge Vera.
Atahuallpa, por Benjamín Carrión.
Teatro (Dos Tomos), por Francisco Tobar García.
Historias, Leyendas y Tradiciones Ecuatorianas (2 Tomos), por Laura Pérez de Oleas.
La Semilla Estéril, por Pedro Jorge Vera.
Calabozo 51, por José Joaquín Silva.
Obras Selectas, por Augusto Arias.
Los Invencibles, por Miguel Donoso Pareja.
Una Llama en la Noche, por Manuel Terán Monge.
Resumen de la Arcilla Perdurable, por Félix Yépez Pazos.

PROXIMAMENTE:

- La Aurora es Inmortal*, por Fedro Guillén.
Alain - Fournier, Poeta, por Darío Lara.
Hombres y Lugares, por Sergio Huneeus.
Hombre Planetario, por Jorge Carrera Andrade.
Voz desbordada, por Euler Granda.
Manuela Sáenz, por Raquel Verdoso de Romo Dávila.